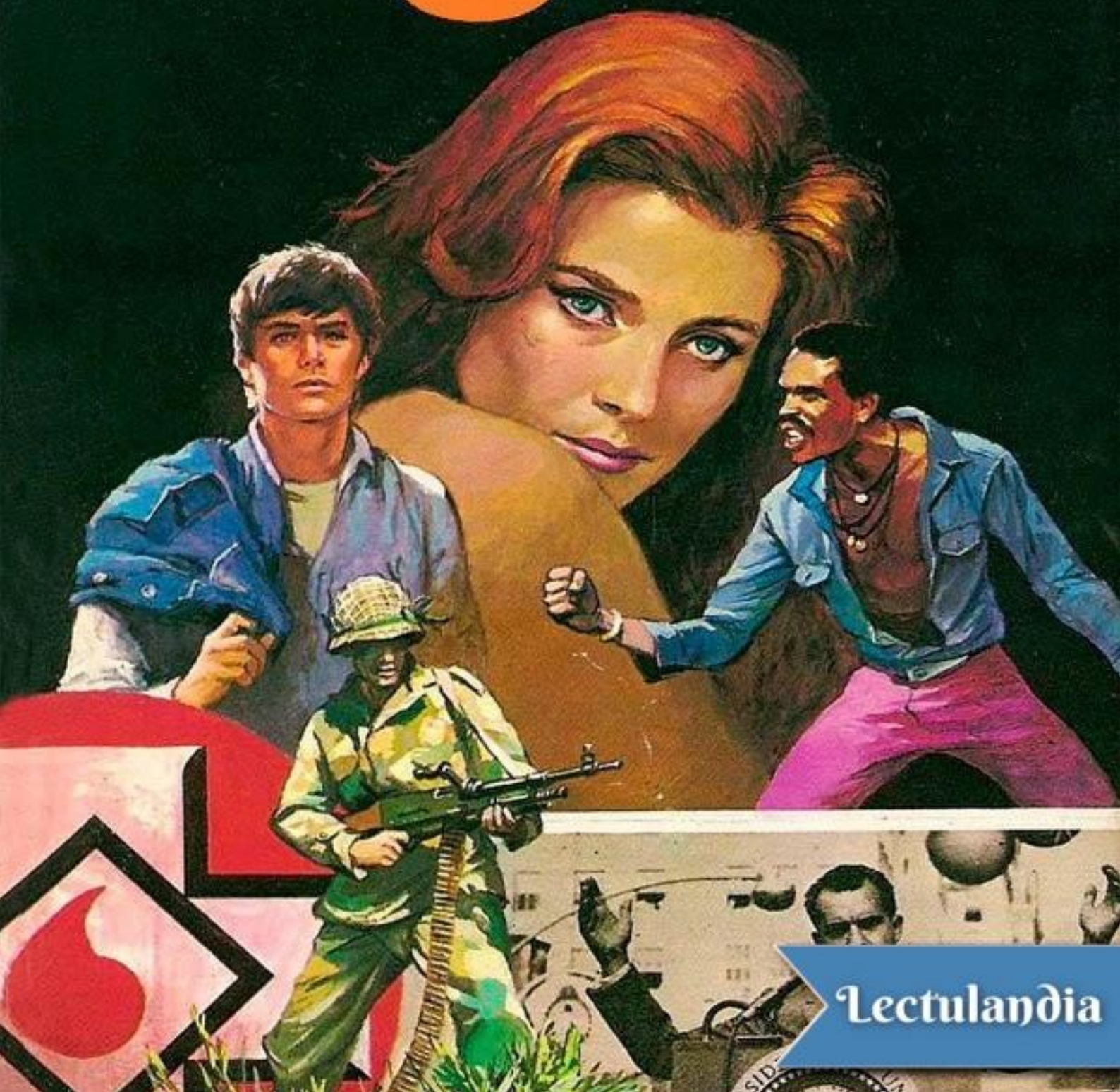


# el Howard Fast Legado



Lectulandia

Con «El legado», Howard Fast continúa la saga de la familia Lavette durante los años sesenta. La figura dominante de esta tetralogía («Los inmigrantes», «Segunda generación», «El sistema» y «El legado») es Barbara Lavette, una mujer brillante y de talento. Aquí la vemos profundamente comprometida con el movimiento feminista y angustiada, a la espera de que su hijo Sam sea reclutado y enviado al Vietnam, con lo cual ella entrará de nuevo en la corriente de la Historia.

El relato abarca una época de gran turbulencia, y los Lavette se encuentran en el centro de muchos acontecimientos: el linchamiento por los derechos civiles en el Sur, la Guerra de los Seis Días en Israel, Vietnam, disturbios en las calles...

**Lectulandia**

Howard Fast

# **El legado**

**La familia Lavette - 4**

ePub r1.0

Etsai 28.08.13

Título original: *The legacy*  
Howard Fast, 1981  
Traducción: Amalia Monasterio  
Retoque de portada: orhi

Editor digital: Etsai  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Rachel y Jonathan  
mis queridos amigos y consejeros  
en el arte de vivir.



## Uno

A cualquiera que visitase San Francisco a finales de los años cincuenta le habrían aconsejado que junto con los tranvías, la Coit Tower y el Puente Golden Gate, tratara de ver a Dan Lavette. Aunque no era tan conocido como las cosas antes mencionadas, excepto localmente, Dan Lavette; constituía, sin embargo, una especie de institución ciudadana, y casi cada mañana, si no hacía mal tiempo, podía ser encontrado paseando a lo largo del Embarcadero, en compañía de su esposa Jean. Si el visitante deseaba más detalles, le habrían dicho que buscara a un hombre corpulento, de más de metro ochenta de estatura, con una greña de pelo rizado blanco como la nieve y el rostro curtido tan lleno de rayas y arrugas como un mapa en relieve del norte de California. Con toda seguridad llevaría pantalones de franela gris y un jersey de punto irlandés, yendo cogido del brazo con una hermosa mujer de pelo blanco casi tan alta como él. Desde el edificio del transbordador al Muelle del Pescador, conocía a todos los tenderos, vendedores callejeros, pescadores y habituales frecuentadores del Embarcadero.

Habitualmente a eso de las nueve, los Lavette salían de su casa situada en Russian Hill, bajando por Leavenworth hacia la bahía. Pero, en verano, cuando la afluencia de turistas al Embarcadero resultaba masiva, se dirigían al Parque Golden Gate, para dar su paseo entre el Jardín de Té Japonés y el océano, regresando por el mismo lugar. Eran buenos andarines, y después de casi medio siglo de conocerse, sus silencios eran tan pertinentes y agradables como su conversación.

En esta mañana, de un día de la última semana de agosto, habían decidido dar su paseo matutino por el Parque Golden Gate. El tiempo se había vuelto desapacible, como sucede a veces en agosto, y la niebla del Pacífico que envolvía a la ciudad no daba muestras de disiparse. Una vez se hallaron en el parque, Jean se preguntó si en aquel día no sería preferible encender un fuego en la chimenea del estudio de Dan y tomar un cóctel antes del almuerzo. Dan se disponía a manifestar su conformidad, pero comentó que, con la niebla, el jardín japonés tenía una extraordinaria y cautivadora belleza, y puesto que estaban ya allí, podían dar un paseo por el Jardín de Té.

—Como desee mi señor —dijo Jean.

—Muy bien, vieja dama, así me gusta que hables. —Jean llevaba una falda gris de pliegues y un jersey blanco de casimir, y su marido la miró con aprobación cuando ella salió del coche—. Hoy tienes un aspecto magnífico.

—¿Y no lo tengo todos los días?

—Me gusta lo que llevas puesto.

—Ya es viejo, pasado de moda.

—Bueno, eso es lo que me va a mí.

—No, Danny, muchacho, esto es un cumplido de lo más delicioso, y los piropos a los sesenta y ocho años son muy especiales. —Ella le cogió el brazo y ambos empezaron a pasear por los laberínticos caminos del Jardín de Té. Tenían todo aquel lugar para ellos solos; por allí no se veía ni un alma.

De pronto, surgiendo de detrás de unos arbustos, aparecieron ante ellos dos hombres jóvenes, de unos veinticinco años; vestían pantalones téjanos, camiseta y ajustadas chaquetas de cuero. Uno de ellos tenía el cabello sucio y fibroso y le llegaba hasta los hombros; el otro era más moreno, con largas patillas y mandíbula poderosa. El individuo de pelo largo y claro, cuyos ojos eran de color pálido, llevaba una larga navaja automática en la mano. El sujeto estaba en tensión, alerta, el cuerpo le temblaba ligeramente. El individuo moreno llevaba una manopla en su puño derecho. El hombre de cabello claro era alto y bien constituido; el otro era más bajo y delgado.

—Muy bien, papi —dijo el que llevaba la navaja—. Vacía tus bolsillos. Y usted, señora, suelte el bolso.

—De acuerdo —admitió Dan—. Tened calma. Nada de jaleos. —Notó que Jean apretaba su brazo con más fuerza, y entonces él le susurró—: Déjame hacer, querida.

Ella le soltó el brazo y dejó caer su bolso al suelo.

—Sin cuchicheos —dijo el hombre bajo, haciendo una mueca—. Queremos enterarnos de todo.

—Aquí tenéis más de cien dólares —dijo Dan, sacando su billetera. Él les alargó el dinero, y el hombre de la manopla lo tomó—. Habéis dado un buen golpe —dijo Dan—. No queremos problemas.

—Nada de problemas, papi. Quiero tu reloj y también el de la vieja.

Mientras Dan se quitaba el reloj, el hombre de la navaja dijo:

—Esta vieja tiene una pechuga cojonuda. ¿Te has follado alguna vez una momia, Lucky?

—Ya tenéis vuestro dinero —dijo Dan—. Haced las cosas bien y largaos de aquí.

El individuo de cabello claro se adelantó y puso el filo de la navaja en el cuello de Dan.

—Si haces algún movimiento, papaíto, te corto en rodajas. —Y dirigiéndose al otro—: Mira a ver si la pechuga de la vieja es real o las tetas son postizas.

Jean permaneció quieta, sin retroceder mientras el hombre bajo se aproximaba a ella. Éste extendió la mano para tocarle el pecho, y, en aquel momento, cuando el sujeto de cabello claro volvió la cabeza para mirar, Dan le pegó un rodillazo en la entrepierna. Dan sintió un dolor en el cuello y mientras el individuo alto se doblaba a causa del golpe, Dan le propinó con todas sus fuerzas un puñetazo en un lado de la cara. Al mismo tiempo, Dan sintió en su hombro izquierdo el golpe de la manopla. Al saltar para apartarse, el hombre bajo se aproximó a él, pero Dan consiguió coger con

ambas manos el brazo del agresor. Con todas sus fuerzas, logró alzar en vilo al individuo y arrojarlo sobre unos matorrales. El tipo alto yacía en el suelo, inconsciente. El otro salió arrastrándose de entre los matorrales, gimiendo de dolor, con un brazo dislocado, y se marchó de allí dando traspiés todo lo de prisa que pudo.

Dan se quedó tembloroso, jadeante, mientras un hilo de sangre descendía por su jersey.

—¡Dios mío, te ha cortado! —gritó Jean.

—No es nada. Sólo un arañazo.

—Déjame que te lo mire. Estás sangrando como un cerdo.

—Gracias —dijo él respirando dificultosamente—. Es lo que necesitaba oír.

—Dame tu pañuelo. —La mano de él tembló mientras le daba el pañuelo a su esposa—. Esto lo contendrá. Suerte de estos jerseys de cuello cisne. ¡Vaya un matón que estás hecho!

Él asintió, sonriente.

—¿Te encuentras bien, Danny?

—Claro que estoy bien. —Se le había aliviado el dolor del pecho. Respiró varias veces profundamente—. ¿Puede creerse esto? Estamos en plena mañana en el parque y no se ve un policía ni un alma. ¡Esto sí que es una civilización!

Jean había recogido la billetera y su bolso.

—Creo que lo has matado, Danny. No se mueve.

—No creo. —Él se inclinó para meter la mano en el bolsillo del sujeto inconsciente.

—¿Qué estás haciendo?

—Quiero mi reloj. Pagué doscientos dólares por ese reloj.

El yacente exhaló un gemido.

—Vayámonos de aquí, Danny —rogó Jean.

—¿Y permitir que este cerdo asalte a otras personas? ¡Ni hablar!

El hombre estaba ahora apoyado sobre sus manos y rodillas, quejándose de dolor. Dan recogió la navaja y se la entregó a Jean. Después puso al tipo de pie cogiéndolo por el cuello de la ropa, le dobló un brazo detrás de la espalda, y le dijo:

—Vamos a dar un paseo hasta allí arriba, hijito. Si haces un movimiento en falso, te romperé el brazo... y créeme, sentiría un gran placer al hacerlo.

Pasaba de la hora del almuerzo cuando acabaron con la Policía y las declaraciones. Jean había limpiado la herida, cubriéndola con tiritas. Dan se había cambiado de ropa y estaba cómodamente sentado en una silla en el estudio, con un cigarro en una mano y un vaso de whisky en la otra.

—Quiero que te reconozca el doctor Kellman —dijo Jean—. No creas que no te vi respirando con dificultad y tocándote el pecho.

—No es nada. Me encuentro bien.



—¡Y ese cigarro!

—¡Mujer, por el amor de Dios! Te salvé de un destino peor que la muerte.

—No lo sé. Ser violada a mi edad..., pues constituiría una experiencia. ¡Y estás hecho un monstruo! Nunca lo hubiese creído... Este hombre tan dulce, un anciano de cabellos blancos a quien nuestro alcalde ha llamado tesoro ciudadano.

—Ya sabes, querida, que no me he metido en una pelea real en treinta y cinco años. Creo que es como montar en bicicleta: es algo que no se olvida. Pero yo no deseaba que sucediese. Yo quería que cogieran el dinero y se largasen.

—Fue muy valiente y noble por tu parte, Danny.

—¡Diablos, pues claro que sí! Y también estúpido... atacar a un sujeto que me había puesto una navaja en el cuello.

—Desde luego, no suelen luchar por las mujeres de mi edad. Pero, en lo sucesivo, pasearemos por el Embarcadero. El mundo está cambiando, Danny.

—No cabe duda —admitió él.

La hija de Dan, Barbara Lavette, escribió en su primera novela, que llevaba como título *Driftwood*: «El sentido de ser una mujer es el sentido de ser un marginado. Ha habido otros marginados: los esclavos, las minorías, los judíos, y, en un lugar u otro, tanto los católicos como los protestantes. Pero, a lo largo de toda la historia conocida, sólo ha habido una marginada constante: la mujer. Ella nunca pertenece al mundo; siempre permanece al margen, tolerada, amada a veces, respetada menos veces; esporádicamente ha podido ejercer un poco de poder. Pero aun incluso en el poder, nunca es libre de apartarse del borde del círculo y situarse en el centro del mismo».

William Goldberg, que estaba produciendo una película basada en el libro de Barbara, subrayó este párrafo y le dijo a ella:

—Me parece que ahí está la raíz de tu problema. No me meto en lo que hayas puesto en el libro. Eso es cosa tuya. Una película es otra cosa. No es que comparta plenamente esa opinión. No sitúo a mi mujer en esa categoría, y casi he conseguido que Kelly Jones sea protagonista. Estamos muy unidos, condenadamente unidos, y si tuvieras alguna idea de la clase de zorra arrogante y exigente que es, tampoco la clasificarías en esa categoría. De todos modos, no estoy seguro de entender qué diablos quieres decir. Me limito a olfatearlo en todo tu guión, y eso es lo que no me convence.

—He tratado de explicártelo, Bill —dijo Barbara con impaciencia—. No es nada que yo haya creado o inventado. Es la esencia de la película.

—Nunca he comprendido por qué insististe en escribir el guión.

—Porque el relato es mío.

—El libro sí, pero no la película. Bueno, claro, es tu relato —añadió él apresuradamente, al ver la expresión de ella—, pero, al mismo tiempo, no lo es. De cualquier modo, voy a hacer que se encargue del guión otro escritor. No tengo más

remedio.

Jerry Kanter, elegido para director de la película que se basaría en *Driftwood*, ya se había refocilado en informarle a ella que aquello sucedería tarde o temprano.

—Siempre pasa lo mismo. No es que te desestimen, Barbara. Te pagaron cincuenta de los grandes por el primer texto, y eso es una cantidad soberbia. Ten en cuenta que es una chiripa que compren para el cine un libro que tiene ya veinte años.

—Entonces, ¿por qué me dejó hacer el primer guión?

—Es un gesto. Esta industria está llena de gestos, casi todos ellos obscenos. Créeme, ten confianza en Bill Goldberg. Él es el primero que ha tenido redaños para no hacer caso de la lista negra, y el libro va a ser llevado a la pantalla. Eso es lo que cuenta.

Barbara no estaba segura de que aquello contara, o de hasta qué punto contaba. Ahora, en diciembre de 1958, estaba concluyendo su tercer mes en Los Ángeles. Hubo un tiempo en que le gustaba vivir en Los Ángeles, hacía ya años, cuando su padre había vivido allí. Ahora..., bueno, ahora ella había estado demasiado tiempo en la *suite* de un hotel. En este momento se acercó a la ventana después de que Goldberg se hubiera marchado, y contempló cómo caía la lluvia; eran auténticas mantas de agua que se precipitaban con una furia aparentemente vengativa que compensaría por todos aquellos meses de sequía desde abril. A través de la lluvia, podía distinguir vagamente la silueta de las colinas de Santa Mónica. Ella se arropó en una desesperada, aunque no demasiado incómoda, capa de soledad, consciente de que la derrota que acababa de sufrir era de pequeña importancia, pero sentíase atrapada en la impotencia de ver cómo le habían arrebatado su preciosa obra... Sería recortada, cambiada y desvirtuada. Sin embargo, la derrota no era tan abrumadora. Preciosa no era quizá la palabra más apropiada, y ella se preguntó cuánto le importaba en realidad aquel libro escrito hacía ya tanto tiempo. El tiempo lo borra todo suavemente, y cuando sonó el teléfono, ella cambió de talante y decidió que pronto, muy pronto, regresaría a su casa de San Francisco, permaneciendo fuera de aquel maldito mundo cinematográfico.

La llamada era de Carson Devron, y Barbara le dijo:

—Gracias a Dios que eres tú. Necesitaba oír tu voz. ¡Bendito seas!

—Ya me lo explicarás luego. Mientras tanto, esta lluvia cesará dentro de una hora. Pasaré a recogerte antes. Iremos en coche a la playa y andaremos sobre la arena húmeda. Te prometo que comeremos unos mariscos deliciosos, ¿de acuerdo?

—Sí, claro que sí. ¿Qué ropa debo ponerme?

—Pantalones téjanos. Un suéter grueso y sandalias.

—Estaré abajo, esperándote —dijo Barbara—. Y salvada.

—Pues me alegra haberte salvado —dijo Carson—. Dentro de treinta minutos estaré ahí.

Ella había conocido a Carson Devron tres meses antes, la noche de su cuarto día en Los Ángeles. Goldberg, su productor, había organizado una fiesta para ella, en la mansión de éste en Beverly Hills. La mansión era una gran casa de estilo neoclásico, cuyo trazado recordaba vagamente a las residencias de las plantaciones del Sur, antes de la guerra de Secesión. Según había dicho Goldberg, a la fiesta acudirían todas las personas que significaban algo. Ya que Barbara no conocía a quienes eran importantes en lo que pasaba por ser la sociedad de Los Ángeles, admitió las palabras de Goldberg, pero no se quedó muy impresionada. Aparte media docena de estrellas cinematográficas cuyas caras reconoció, no vio allí a nadie que ella conociese, y después de una serie de presentaciones, tanto los rostros como los nombres se confundieron en algo indefinido. A Barbara no le gustaban las fiestas, y las fiestas en que casi todo el mundo era desconocido le resultaban particularmente insoportables. Ella no era una gran bebedora y tampoco era muy aficionada a las conversaciones intrascendentes. Rodeada por un grupito de personas que Goldberg se había esforzado en conducir hacia ella, Barbara trataba de mostrarse agradable y soportar la situación. Entonces se fijó en ella Carson Devron. Él la vio al principio como una alta y hermosa mujer, de recia osamenta, de unos cuarenta y tantos años, con el cabello color miel recogido en un moño en el cuello y que todavía no había empezado a volverse gris. Sus rasgos eran correctos, las cejas bien trazadas, los ojos azul pizarra, la boca bien formada y algo grande..., pero en realidad fue su planta lo que le atrajo a él: su estatura, lo enérgico de sus movimientos, su poderosa cabeza. Carson Devron estaba hablando con Jack Sheldon, miembro del Ayuntamiento de Los Ángeles, en el momento en que reparó en Barbara, y le preguntó a Sheldon quién era ella.

—¿Quién?

—Esa mujer alta con vestido azul.

—Ésa, muchacho, es Barbara Lavette, la famosa, según el sentido en que se mire, invitada de honor.

—Me gustaría conocerla —dijo Carson.

—Ve tú mismo a presentarte. A mí todavía no me la han presentado. Goldberg lo ha intentado, pero yo no me he decidido todavía a relacionarme con ella.

—¿Por qué?

—¿No lo adivinas?

—Eres un atontado, Sheldon, y discúlpame.

—De acuerdo —dijo Sheldon tristemente.

Barbara ya se había fijado en Carson Devron, y lo había tomado por un actor. Era una suposición razonable. Devron era un individuo cuya estatura sobrepasaba el metro ochenta, rubio, bastante apuesto, ojos color avellana, rostro agradable, anchos hombros y la musculatura de atleta. Había participado en unas Olimpiadas, consiguiendo una medalla de bronce en el decatlón. Los veranos se había dedicado a

hacer surf en las playas; en suma, era un buen producto de California, y aquello resultaba bastante evidente. No es que a Barbara le disgustase lo que él representaba, pero ella entendía que él no pertenecía a su mundo y, por lo tanto, no le interesaba. Él se decidió a abrirse paso hasta ella a fin de presentarse; Barbara aceptó su saludo y se pusieron a hablar. Tiempo después, no pudo recordar con quién había estado hablando. Lo que tuvo perfectamente claro fue el modo en que Devron permaneció delante de ella, con firmeza, observándola y sonriendo ligeramente.

—Miss Lavette —dijo él por segunda vez—, me llamo Carson Devron, y tengo muchos deseos de hablar con usted.

—Ya me lo ha dicho. Carson Devron. Usted es actor. —No tuvo nada mejor que decir. Ella empezaba a sentirse irritada: por la fiesta, por lo aburrido que resultaba todo, por aquel hombre que estaba frente a ella, con su buena presencia y cabello rubio. A ella le parecía tan intrascendente como todo lo que había en aquel lugar.

—¿Por qué dice usted eso? —quiso saber él.

«Porque eres un figurón —pensó ella—. Si te dijera eso, que eres un figurón, que resultas ridículo, ¿cómo reaccionarías? ¿Por qué no te largas?». En lugar de ello, murmuró algo así como que él tenía aspecto de actor.

—No soy actor, Miss Lavette, y me gustaría que no se decidiera a despreciarme hasta que pueda basarse en algo terrible que descubra. Yo sé mucho acerca de usted. Usted, en cambio, no sabe nada acerca de mí.

—Eso es verdad —admitió ella—. Lo siento. No estoy resultando muy agradable. —Ahora los dos estaban solos, o al menos todo lo solas que pueden estar dos personas en una habitación compartida con cuarenta o cincuenta hombres y mujeres—. A mí no me gustan estas fiestas.

—No, lo comprendo. Pero ésta sí que me gusta. Me refiero a que estoy encantado de haberla conocido.

—¿Por qué?

—Porque la he admirado a usted durante años, porque he leído sus libros y porque opino que es usted una gran mujer.

—Gracias. Eso es muy halagador.

—No pretendo ser halagador —dijo Devron—. Bueno, creo que sí. Quiero caerle bien.

—Usted no me desagrada. No lo conozco... —Fue interrumpida por Goldberg, quien insistió en que Devron fuera a hablar con una estrella cinematográfica.

—Se lo he prometido, Dev —dijo Goldberg—. Sólo cinco minutos y podrás estar de nuevo con Barbara.

Goldberg se llevó de allí a Devron, y Jerry Kanter, el director escogido para su película, la única persona en aquella sala —aparte Goldberg—, a quien conocía antes de la fiesta y durante los pocos días en que ella había estado en Los Ángeles, se

acercó con dos vasos.

—Necesitas un trago —dijo él.

—No. Gracias.

Kanter era cuarentón, delgado y no muy agradable.

—He visto que hablabas con el muchacho dorado —le dijo a Barbara.

—¿Quién?

—Devron.

—¿Quién es?

—¿Es que no lo sabes? Por supuesto, San Francisco no es que esté sólo a seiscientos kilómetros: es otro mundo.

—Lo siento. Cuando regrese allí, les diré que traten de acercar más las dos ciudades.

—¡Una gran idea! De acuerdo, te informaré. Los Devron crearon Los Ángeles..., al menos según su punto de vista. A ellos les pertenece la mayor parte del centro de la ciudad, y también son propietarios del *Morning World*. Tienen más dinero que Dios... ¡Oh, lo he olvidado! Eres una Lavette. La oveja negra, pero, de todos modos, una Lavette. Quizá no tendrán más dinero que los Lavette, pero sí más dinero que Dios.

Barbara pensó que aquel hombre le desagradaba mucho. Le hubiera gustado poderle decir lo mucho que la disgustaba. Pero estaba escribiendo el argumento de una película, y él tendría que dirigirla, y aquello exigía paciencia.

—En cuanto respecta a Devron —prosiguió Kanter—, es el editor del *Morning World*. Ocupó el cargo el mes pasado. Algunos dicen que es gracias a su familia. ¿No quieres esta copa?

—No. No la quiero.

Ella se apartó de allí para evitar a aquel hombre y se encontró de nuevo frente a Devron.

—Ya no puedo soportar este lugar —dijo él—. Y por su aspecto, usted se siente igual. Marchémonos. Cenemos juntos, por favor.

—No puedo marcharme.

—Claro que puede. Sé que es usted la invitada de honor, pero la mitad de la gente de aquí no lo sabe, y a la otra mitad no le importa. Créame. Soy un veterano en estas estúpidas fiestas.

—Entonces, ¿por qué acude usted a ellas, Mr. Devron?

—He venido esta noche a conocerla, y ahora que ya lo he hecho, vayámonos de aquí, por favor.

Y sin saber muy bien por qué lo hizo, Barbara le permitió que la cogiera por el brazo y la condujera por entre la multitud hasta salir de la casa. Él le preguntó si ella tenía coche. Barbara le dijo que había llegado allí en taxi.

—Bien, entonces iremos en mi coche. Los coches son la pesadilla de este lugar. A propósito, ¿por qué ha salido conmigo?

—Para marcharme de ese lugar, supongo.

—Entonces no ha sido por mi bello rostro —dijo él, aunque tan ingenuamente que no sonó trivial—. Hay mujeres que desconfían, de entrada, de los hombres guapos, y yo sospecho que usted es una de ellas. ¿Verdad que no es natural que diga semejante cosa? Pero es como ser inválido, créame. Uno vive con eso, pero no acaba de acostumbrarse. —Antes de que ella nudiera hacer comentario alguno, dijo—: Tengo treinta y seis años. Usted es mayor. ¿Qué edad tiene?

—¡Santo cielo! —exclamó ella irritada—. ¿Qué es usted? ¿Una especie de niño rico idiota? No es en absoluto de su incumbencia la edad que yo tenga. Apenas lo conozco, y estoy segura de que no quiero saber nada más de usted.

En este momento, uno de los vigilantes de parking, vestidos con chaqueta roja y contratados por Goldberg para la fiesta, había traído su coche, un «Buick» descapotable, modelo 1952; el hombre abrió la portezuela y se quedó de pie, esperando.

—Me avisarán un taxi —dijo Barbara—. No creo que desee cenar con usted.

Las palabras de ella lo hundieron. El rostro que la miraba desconcertado parecía pertenecer a un muchachito entristecido; se quejó:

—¿Qué he dicho? Lo siento mucho... La última cosa en el mundo que quisiera sería ofenderla. Por favor, perdóneme.

Durante un largo instante, ella se lo quedó mirando. Después asintió, rodeó el coche y se subió al vehículo. Se marcharon de allí, y él condujo en silencio hasta que dijo:

—Digo las cosas tal como las pienso. ¿Puedo explicarle lo que pretendía decir?

—Preferiría que no lo hiciera. Olvide sólo que me he enfadado. No ha sido por culpa suya. Estoy aquí hace ya cuatro días, y me los he pasado en su mayor parte lamentándome por haber venido. Esta noche me encuentro deprimida y humillada, y no quiero explicar las razones. Es culpa mía. No resulto muy agradable.

—Creo que comprendo cómo se siente.

—Bueno, vamos a dejarlo. ¿A dónde me lleva?

—Al centro de la ciudad. ¿Conoce usted el centro de Los Ángeles?

—No muy bien.

—Es tan diferente de Beverly Hills como el día de la noche. Conozco un buen restaurante italiano, cerca del periódico. ¿Le gusta a usted la comida italiana?

—Mucho. Soy medio italiana —respondió Barbara bruscamente.

—Ya lo sé. Mire, he estado trabajando en el periódico durante doce años, y usted, su padre y su familia siempre han constituido noticia. De modo que estoy muy al tanto de sus cosas, así como de Dan Lavette y su familia. Por ejemplo, cuando Dan



Lavette se enfrentó con aquellos dos delincuentes en el Jardín de Té Japonés, ¡este agosto pasado, le dediqué un recuadro especial en la página deportiva! ¡Cielos, fue fantástico! Un hombre de sesenta y nueve años tan en forma y con tan buenos reflejos. Desde luego, hay que descubrirse ante ese hombre.

«Está esforzándose por quedar bien», pensó Barbara, y dijo sin entusiasmo:

—Mi papá no está en forma. Tuvo un ataque cardíaco hace diez años. Él cometió esa locura sólo porque uno de aquellos hombres amenazó a mi madre. Tendría usted que conocer a mi papá para comprenderlo.

—Siempre quise conocerlo, y a usted también, por supuesto. También he leído todo lo que usted ha escrito. Me refiero a sus libros. Y cuando la metieron a usted en la cárcel, me encolericé, aunque no pude hacer mucho: sólo escribir un editorial acerca del asunto que no llegaron a imprimir, aun cuando amenacé con marcharme, lo cual no hice por falta de agallas. También sé cosas de su marido que debió de ser un hombre realmente maravilloso... —Él se interrumpió y le dirigió una mirada. Barbara estaba rígida, silenciosa, y durante los siguientes minutos no dijo ni una palabra. Finalmente, Devron dijo casi con tristeza—: Mi nombre completo es Kit Carson Devron. Usted también debe de saberlo. Me siento ridículo y debo completar el cuadro.

—Opino que es usted más bien agradable —dijo Barbara al cabo de un buen rato.

Aquello había sucedido hacía tres meses. Ahora, con un impermeable sobre los téjanos y el suéter, Barbara se hallaba de pie junto a la entrada del «Beverly Wilshire Hotel», aguardando a Carson Devron. Apenas había esperado unos minutos cuando él apareció en su descapotable. El coche no constituía para él una ostentación; le resultaba indiferente conducir un vehículo u otro: para él cualquier coche era bueno con tal de que anduviese. Barbara salió de debajo del paraguas del portero, y penetró en el vehículo por la portezuela abierta, acomodándose en el asiento contiguo al del conductor. Devron se dirigió hacia el Oeste y poco después bajó por Wilshire hacia la playa.

—¿Cómo es que te he salvado? —quiso saber—. ¿Y por qué?

—Quería matar a alguien. Pensé en mí misma, pero aún no estoy preparada para suicidarme. Después se me ocurrió matar a mi productor. Eso resulta difícil, porque el único otro Goldberg que he conocido en mi vida fue Sam Goldberg, que fue mi gran amigo y abogado; a nuestro hijo le pusimos su nombre. Debo matar a nuestro director. Eso resultaría agradable. No digo más que tonterías. Soy incapaz de matar ni una mosca. Son sólo ideas sanguinarias.

—¿Quiere usted hablar acerca de eso?

—Sí. No soy de esas personas que sufren en silencio. Mi productor me ha comunicado que están alterando el guión que escribí y lo reescribí de acuerdo con las sugerencias de todos los idiotas incompetentes que lo leían. Lo han desechado y se lo

han encargado a otro escritor... Mi libro, mi vida.

—¿Es que pueden hacer semejante cosa?

—Sí que pueden. Cuando compran un libro, les pertenece. Pueden hacer lo que les plazca. Si lo hubiera sabido, yo habría hecho las cosas de modo distinto. Pero me creí que resultaba tan maravilloso por su parte, tan valiente, llevar a la pantalla el libro de una autora que figuraba en la lista negra, que nunca puse objeciones al contrato. De cualquier modo, existen algunos aspectos positivos. Ya he acabado con Los Ángeles.

—¡Pues vaya con los aspectos positivos! ¡Mira ahí! —dijo Devron, señalando hacia el Oeste, en donde las nubes empezaban a abrirse, atravesadas por dorados rayos de sol—. Eso es lo real. Este lugar puede ser muy hermoso si te olvidas del cochino negocio del cine. Ese mundo no es para ti. No es para personas humanas.

Dejaron estacionado el coche y caminaron a lo largo de Santa Mónica Beach. Después de la lluvia, la vasta extensión de la playa estaba vacía, con excepción de las alborotadoras gaviotas. Sobre los promontorios del Norte se veía aún un negro cúmulo, que empezaba a desgajarse y a ser atravesado por la luz del sol. La arena de la playa estaba húmeda y firme bajo sus pies.

—Lo que aquí tenemos —dijo Devron—, es demasiado grande, demasiado hermoso y demasiado sucio como para que cualquiera lo acepte por las buenas. Por esa razón consigue ser odiado tan ferozmente. En Nueva York han hecho una religión de odiar la ciudad.

—He sentido eso. Incluso en el Norte, se siente.

—Yo nací aquí. ¿No significa eso ningún pequeño mérito ante tus ojos?

—No puedo creerte, Carson. Eres como un chiquillo.

—Si lo ves de ese modo —admitió él—. Ya me lo dijo en cierta ocasión mi madre. Pero soy lo suficientemente maduro como para tener opiniones definidas. ¿Quieres casarte conmigo? No, no, déjame que lo plantee de un modo más formal. ¿Quieres hacerme el honor de convertirte en mi esposa? Eso es lo que más deseo en el mundo.

Barbara le lanzó una rápida mirada. Después, por un instante, siguió caminando en silencio, con la vista fija en la húmeda arena y removiéndola con la punta de los pies.

—Hay que dar alguna respuesta —dijo él finalmente.

Ella pensaba en la primera vez que se habían acostado juntos. Fue la tercera cita después del día en que se conocieron. Él la había llevado a cenar a un pequeño restaurante francés en Sunset Boulevard, y después fueron con el coche por Laurel Canyon hasta Mulholland Drive. Él estacionó el coche en un amplio saliente de la carretera, desde donde se dominaba una amplia y espléndida panorámica del Valle de San Fernando. La luna llena iluminaba el valle, así como el imponente anillo de

montañas que lo rodeaba. Permanecieron en el borde de la pendiente, aspirando el fresco aire nocturno; él la había rodeado con su brazo, siendo ésta la única prueba de afecto que se había permitido. Nunca se habían besado ni abrazado. Su actitud hacia ella había sido sumamente formal y respetuosa. Ahora, esta noche, no se intercambiaron palabras mientras estuvieron allí. Una virtud que Barbara admiraba en él era su escasa afición a la palabrería. A él no le daba miedo el silencio.

Después de unos diez minutos aproximadamente, él regresó al coche. Ella lo siguió y se dirigieron hasta el hotel de Barbara. Subieron a su habitación. En el cuarto, ella le dijo, simple y directamente:

—Yo utilizaré el cuarto de baño. Tú puedes desnudarte aquí.

Cuando ella salió del cuarto de baño, arropada en un albornoz, él estaba sentado en el borde de la cama, desnudo, con su cuerpo hermosamente formado inclinado hacia delante, como para ocultar su erección; era la misma actitud de un muchachito que hubiera sido sorprendido en una travesura; ella lo había notado ya en otra ocasión. Barbara abrió su albornoz y lo dejó caer hasta el suelo, quedándose desnuda, consciente del hecho de que el tiempo no la había privado de su belleza, pues su estómago todavía estaba liso, sus pechos erguidos y firmes, así como sus largas piernas rectas y bien formadas.

—¿Es que no vas a mirarme, Carson? —preguntó ella gentilmente.

Él levantó la cabeza y le dirigió una mirada.

Barbara sonrió, pensando que se iba a la cama con un hombre más joven que ella porque lo deseaba más desesperadamente de lo que nunca lo había deseado antes, tan desesperadamente que ella podía sentir su cuerpo estremecerse por el deseo. Cuando él la cogió en sus brazos, ella se aferró a él con una fuerza que la hizo sobresaltarse; Barbara apretó sus labios contra los de él, buscó con la lengua un paso entre sus labios, y cuando él la penetró, ella estalló en una pasión que no la abandonaría; las oleadas de su orgasmo se repetían una y otra vez, hasta que finalmente quedó entre los brazos de Carson, blanda y exhausta, algo mareada e inmensamente feliz.

Y ahora, caminando sobre la arena de Santa Mónica, él le proponía matrimonio. La primera vez que estuvo en la cama con él no fue la última. Casi durante tres meses, había estado viviendo una aventura amorosa con Carson Devron, y aparte su trabajo y sus preocupaciones por el rodaje de la película, Barbara se había sentido muy feliz, mucho más feliz que durante años..., o al menos una parte de ella había sido feliz.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó ella finalmente.

—Más en serio que nunca.

—Ya sabes que es imposible, Carson.

—¿Por qué? ¿Por qué es imposible?

—Sabes muy bien que es imposible. Tengo ocho años más que tú.

—¿Y si yo fuera ocho años más viejo, también sería imposible?

—Tú eres un hombre y yo soy una mujer. Las cosas son así. Nosotros no hemos creado las normas, y no podemos cambiarlas.

—¡Al diablo con las normas! —exclamó él encolerizado—. Lo único que importa realmente es si tú me amas. Por mi parte, yo sé lo que siento. Te amo y te necesito.

Su cólera se comunicó. Barbara experimentó un creciente resentimiento hacia el mundo, hacia sí misma, hacia las presiones que la habían llevado a Los Ángeles, hacia aquel alto y apuesto hombre que caminaba a su lado, quien durante años había sido el muchacho dorado de este extraño país de naranjas, autopistas y riqueza. Ella no estaba asustada, contenta ni emocionada; únicamente experimentaba la sensación de haber sido asaltada.

—¿Me amas? —insistió él—. Eso es lo único que importa.

—Mi hijo nació merced a una cesárea —dijo ella secamente—. Soy demasiado mayor como para desear hijos... ya lo sabes. Ya me has dado a entender lo que tus padres piensan de que vayas por ahí con la famosa Barbara Lavette, que pasó seis meses en una prisión federal. No me digas que tú haces lo que quieres. Eres un Devron. Te acaban de hacer editor del *Morning World*, y durante dos años has estado comprometido a casarte con otra mujer.

—Eso ya ha pasado. Acabó. Ya te he dicho que el asunto terminó.

—¿Y has informado al clan Devron que quieres casarte conmigo?

—Te he informado a ti.

Barbara dejó de caminar, se volvió para encararse con él y lo cogió por los dos brazos. Se miraron el uno al otro, y entonces ella prorrumpió en carcajadas.

—Carson, ¡qué disputa más tonta estamos manteniendo! Ésta es la primera pelea real que tenemos, y todo porque me has pedido que me case contigo. Tú eres una persona encantadora y cariñosa. No sé si estoy enamorada de ti. Soy ya demasiado veterana para encandilarme de un chico mono como tú. Ha sido maravilloso estar junto a ti. Ha hecho que pudiera soportar los meses pasados aquí; ha sido como un sueño. ¿No es eso suficiente?

—No, no es suficiente. No puedo renunciar ahora y dejar que regreses a San Francisco. No puedo olvidar. Te necesito. No quiero tener hijos. Tú eres la única cosa en el mundo que necesito y deseo, y no voy a desprenderme de ella. Si te vas al Norte, te seguiré hasta allí. Te perseguiré como un sabueso. No te engañes con mi aspecto juvenil. Si sabes algo de los Devron, entenderás que consiguen lo que se proponen. Ahora voy a rodearte con mis brazos. No te apartes de mí.

—No me voy a apartar de ti, Kit Carson Devron. Ya lo sabes.

En 1847, cuando Kit Carson, el explorador de la frontera, tenía treinta y ocho años, adoptó a un huérfano de dieciséis años cuyo nombre era Angus Devron. Los

padres de Devron, inmigrantes procedentes de la ciudad de York, en Inglaterra, habían muerto en una caravana que se dirigía al Oeste. Angus continuó el viaje y llegó finalmente a la recién conquistada ciudad de San Francisco, y allí, deseoso de un empleo mejor, se unió a un grupo de voluntarios que viajaban al Sur para ayudar a «liberar» la ciudad de Los Ángeles, encontraron al puñado de norteamericanos que habían empezado el «proceso» de liberación superados en número y asediados por los mexicanos. Kit Carson se ofreció voluntario a ir a San Diego, en donde el general Kearny estaba al mando de una guarnición de tropas estadounidenses, a fin de regresar con fuerzas de socorro. Por razones desconocidas para la posteridad, escogió a Angus Devron como uno de sus compañeros de viaje. La columna de refuerzo, conducida por Kit Carson, llegó a su debido tiempo en auxilio de los apurados norteamericanos, y la pequeña población de Los Ángeles fue «liberada». Durante la lucha, el joven Angus Devron se apoderó de un brazalete de diamantes. Si el brazalete fue encontrado en alguna de las casas vacías, o fue robado de la vivienda de un notable español, o fue simplemente parte del botín de conquista, es algo que nunca se determinó. De cualquier modo, el brazalete fue vendido, y con el producto de la venta, el joven Angus adquirió ochocientos acres en lo que un día sería una parte de la ciudad de Los Ángeles. Angus Devron salió de aquella experiencia añorando dos cosas: la tierra y a Kit Carson. A lo largo de su vida fue adquiriendo más tierras, y su hijo, que le nació finalmente cuando él tenía cincuenta y ocho años, recibió el nombre de Christopher Carson Devron. Su nieto, nacido en 1922, el año en que Angus murió a los noventa y uno, heredó el nombre, abreviando Christopher en Kit. Las propiedades de tierras, entretanto, se vieron acompañadas por intereses ferroviarios, almacenes, edificios de oficinas y, por último, por obra del padre de Carson, el *Morning World* de Los Ángeles.

Todo esto, algo más floreado, se lo explicó Carson a Barbara mientras estaban acostados juntos en la cama aquella noche.

—En el Ejército fue donde dejé el «Kit» —le dijo a ella—. Ya es bastante malo ir por la vida con el nombre de Carson Devron. Ya estaba harto de Kit Carson. Mi madre fue la última en dejarlo. Ahora ya ha cedido, afortunadamente.

—Entonces yo te llamaré Kit —dijo Barbara.

—Oh, no. No.

—Me gusta. A mí me han llamado Bobby toda la vida. Kit no es peor.

—Estoy de acuerdo. Siempre que te cases conmigo.

—Ya habíamos dejado ese tema. Durmamos. Nada de planes para mañana. Quizá me iré a casa, o a lo mejor no. Ya veremos cómo me siento por la mañana.

Él empezó a acariciarle suavemente los senos.

—Si sigues haciéndolo, Carson —susurró ella—, tendré que cortarte, cruelmente.

—¿Y cómo lo harías?

—Empezaría por decirte lo podrido y reaccionario que es ese periódico tuyo, el *Morning World*. Y si parto de esa base, tampoco puedo ser amable con el hombre que lo edita, y mucho menos hacer el amor con él.

—Ese periódico tiene otro editor, que soy yo. ¡Por Dios santo! Dame una oportunidad. Sólo ocupó el cargo hace unos meses.

—Haz el favor de dormirte.

Él continuó acariciándole los pechos, y ella exhaló un suspiro y se abrazó fuertemente a él.

Durante la noche, a veces Barbara se despertaba a causa de la sirena de algún coche de la Policía o de los bomberos. El penetrante sonido la despertaba violentamente, y mientras oía cómo se desvanecía en la distancia, le parecía que aquello era una especie de grito de agonía proferido por el conjunto de la ciudad. Le resultó imposible volver a conciliar el sueño. Permaneció muy quieta junto a Carson, tratando en vano de alejar los recuerdos suscitados por el inquietante sonido de la sirena. Cansada y solitaria, a pesar del cálido cuerpo del hombre que tenía a su lado, se preguntó por qué estaba allí, por qué estaba en cualquier parte, y cuál era el sentido de su presencia en el mundo. Él hecho de que Carson le hubiera propuesto matrimonio aquel mismo día, sólo había aumentado su sensación de ser una mujer mayor. Sintióse vieja, seca, marchita. No quería ser defraudada por un muchacho que se había apasionado por ella. Barbara era como una fruta exprimida por completo, y todos los momentos agradables y hermosos habían pasado para siempre. Los dos hombres a quienes había amado tan intensamente estaban muertos..., y la joven y atractiva mujer a la que ambos amaron también había muerto. Tener compasión de sí misma no era un sentimiento muy habitual en Barbara, pero ahora no pudo evitarlo. Se fue adormeciendo, sin sumirse en un profundo sueño ni quedándose despierta.

Cuando sonó el teléfono, la oscuridad de la habitación estaba dando paso a una débil luz grisácea. Devron se despertó sobresaltado, pero Barbara lo empujó suavemente para que siguiera echado.

—Lo cojo yo, Carson. No estaba dormida.

Barbara cogió el auricular del aparato puesto sobre la mesita de noche.

Luego oyó la voz de su hermano Joe:

—¿Eres tú, Barbara?

—Sí. Sí, claro. Joe, son las seis de la mañana.

—Ya lo sé, Bobby. Tengo malas noticias. Papá ha muerto. Falleció la pasada noche.

Sucedió aproximadamente a las dos de la madrugada. Dan Lavette y su esposa dormían en el dormitorio de su casa de Russian Hill, en San Francisco, la misma casa que él construyera para su joven novia más de cuarenta años atrás.



Un débil quejido despertó a Jean. Ella encendió la luz. Dan estaba incorporado, y tenía el rostro contraído por el dolor.

—Estoy bien, querida —consiguió decir él—. No quería despertarte. Vuélvete a dormir.

—Voy a avisar al médico.

Dan le hizo una mueca. El dolor había disminuido.

—¿De qué diablos hablas? —preguntó él—. Esto es una tontería. No es más que eso. Nada.

—¿Estás seguro? —preguntó Jean llena de aprensión.

—Claro. —Dan le cogió la mano y volvió a echarse. Cuando ella se disponía a apagar la luz, la presión que él ejercía sobre su mano se hizo más fuerte y después se debilitó. Jean lo miró. Él permanecía echado, con los ojos abiertos.

—¡Danny!

Él no se movió ni respondió.

—¡Oh, Dios mío! ¡Danny, Danny!

Jean había oído alguna vez algo relativo a la respiración boca a boca. Jean apretó sus labios contra los de él, tratando de insuflar vida a través de su boca entreabierta. Después, de rodillas sobre el lecho, se acercó al teléfono. En la agenda con números telefónicos que tenían sobre la mesita de noche buscó el teléfono del doctor Kellman. Encontró el número y lo marcó. El propio Kellman se puso al aparato.

—Jean —dijo el doctor—, contrólese. En diez minutos estaré ahí.

—¿Qué puedo hacer? Creo que está muerto.

—En seguida me presento ahí.

Su mano aún se había mantenido firme cuando marcó el número del doctor, pero ahora le temblaba tanto que apenas pudo colgar el auricular. Todavía sobre la cama, apoyada en sus manos y rodillas, se volvió a mirar a su esposo.

—¡Danny! —exclamó ella, en un lamento agónico—. No me hagas esto a mí. ¡No me dejes! ¡Me lo prometiste! ¡Me prometiste que no me abandonarías! ¡Por favor, por favor, Danny! —Ella se puso encima de él y le besó en una mejilla—. Esto es un juego, uno de tus locos juegos. Es para ver lo que hago..., para ver lo que hago... — Su voz se apagó. Con tanta rapidez. Él tenía la mejilla fría como el hielo. Ella lo rodeó con sus brazos, apretando su cuerpo contra el de su marido, ambos rostros pegados—. Te daré calor, Danny. Te daré calor. Siempre te pude dar calor. Puedo hacerlo. Puedo hacerlo.

Oyó que llamaban pulsando el timbre de la puerta. En la casa no dormía ningún criado. El timbre volvió a sonar. Jean soltó a su esposo, salió de la cama, cogió su bata que había quedado sobre una silla y bajó la escalera para abrir al doctor Kellman. El médico la miró y en seguida penetró en la casa apresuradamente, subiendo los escalones de dos en dos. Jean lo siguió lentamente. Cuando ella entró en

el dormitorio, el doctor Kellman estaba inclinado sobre Dan, con su estetoscopio sobre el pecho desnudo de éste. Después, el doctor dejó el estetoscopio, se sacó una pequeña linterna del bolsillo y dirigió la luz a los ojos abiertos de Dan. A continuación bajó los párpados del cadáver. Se disponía a cubrir el rostro de Dan con la sábana cuando Jean lo detuvo.

—No lo cubra. Todavía no —dijo ella con voz ronca.

—No servirá de nada, Jean. Está muerto.

—Lo sé. Lo supe cuando le llamé.

A pesar de todos sus años de experiencia, Kellman nunca había aprendido qué suele decirse en un momento semejante. Murmuró algo acerca de los diez años que habían transcurrido desde el primer ataque de Dan.

—Le daré algo para los nervios. —Eso es todo cuanto acertó a decir el médico.

—No necesito nada. Estoy bien —replicó Jean. Se acercó al lecho y se quedó mirando a su marido. Le puso una mano en la mejilla, la mantuvo allí durante un momento, y después le cubrió el rostro con la sábana—. Ahora estoy bien. Hemos recorrido un largo trayecto juntos, Danny y yo. Dentro de tres años hubiéramos celebrado nuestro cincuenta aniversario. —¿Quiere dejarme un rato a solas con él, Milton? Sé que tiene sus ocupaciones. Utilice el teléfono que hay abajo.

—De acuerdo. Ya he telefoneado pidiendo una ambulancia. Estará aquí dentro de pocos minutos. Les diré que se marchen. ¿Puedo llamar a su hijo? ¿O a Barbara?

—Barbara está en Los Ángeles. No, no hay necesidad de despertarla en plena noche; ni tampoco a Tom. Yo misma llamaré a Joe... más tarde.

Al abandonar la habitación, Kellman pensó que aquélla sí que era una mujer extraordinaria, sin lugar a dudas: nada de lágrimas, ni manifestaciones de histerismo. Un dominio completo. Al ser judío, él consideraba increíble que una mujer tan entregada a su esposo como Jean Lavette lo había estado con Dan Lavette, no mostrara ninguna emoción, o quizá —según prefería él creer— era capaz de ocultar la emoción que sentía. Por otra parte, él sabía que en ciertos casos, una muerte como aquélla resultaba tan traumatizante que la mente la rechazaba, lo cual significaba que, dentro de un tiempo, él tendría que atenderla cuando fuera víctima de una histeria violenta.

Sin embargo, ninguna de las dos suposiciones era correcta. Jean Lavette se había pasado toda una vida perfeccionando una máscara para ocultar sus emociones y temores, y durante los pasados diez años, desde que su esposo tuvo el primer ataque cardíaco, ella ya había considerado la posibilidad de su muerte. Al ser una mujer muy emotiva y de gran imaginación, había sentido la experiencia de la muerte de él no una, sino mil veces. Él había sido el único hombre al que había amado, el único hombre al que se había abierto, el único hombre que le había deparado una gran felicidad y, al mismo tiempo, le había hecho sufrir intensamente. Durante casi medio

siglo se habían amado, habían luchado entre sí, se habían destruido, divorciado, casado con otros, y finalmente se habían vuelto a unir porque lo que sintieron al principio de conocerse se había conservado intacto con el paso del tiempo. Ahora Dan estaba muerto, y lo que ella había imaginado una y otra vez acababa de suceder. Ella sabía que aquello era inminente.

Después que el doctor Kellman hubo abandonado la habitación, Jean permaneció en silencio e inmóvil al pie del lecho, mirando la cosa cubierta por una sábana que tiempo atrás fuera su esposo. Más tarde, rodeó el lecho y descubrió el rostro de Dan.

—Estaré bastante tiempo sin verte, Danny —dijo Jean en voz alta—, hasta la eternidad.

El rostro de él estaba atezado por haber pasado largas horas en la bahía, a bordo de su embarcación; su rizado cabello blanco formaba un llamativo contraste.

—Pobre Danny —murmuró ella—, y pobre Jean. ¡Qué porquería es la vida!

Jean se vio reflejada en el espejo del tocador, y se dio cuenta de que hasta ahora no había advertido que estaba llorando. Las lágrimas habían empezado a brotar en el momento en que Kellman abandonó la habitación. Hasta aquel instante, ella no había llorado. No era una mujer dada al llanto, y eran muy pocas las ocasiones en que había derramado lágrimas a lo largo de su vida. Ahora no podía dejar de hacerlo. Se dejó caer sobre el lecho, acariciando la pierna del muerto. Sollozaba.

—¡Oh, Danny, Danny, maldito! ¿Qué haré yo ahora? ¿Qué haré ahora? No puedo seguir sola. Sencillamente me será imposible. No sabré cómo hacerlo.

Antes de su matrimonio con Bernie Cohén, Barbara había escrito sus libros y artículos con su propio nombre: Barbara Lavette. Después que su esposo hubo fallecido, de igual modo que mientras vivió con él, ella continuó firmando sus escritos con su propio nombre, y frecuentemente sólo para evitar confusiones, no porque el apellido Cohén le molestara en modo alguno, utilizaba su apellido de soltera: Lavette. O eso era lo que se decía a sí misma, ya que estaba en la naturaleza de Barbara no poner mucha fe en las verdades objetivas, y en rigor a la verdad, nunca se había sentido muy a gusto con el apellido Cohén, sin que influyera la constancia con que rechazara cualquier huella de antisemitismo en su ánimo. Su hijo, Samuel, estuvo bastante conforme con el apellido Cohén, hasta los doce años, en que fue enviado a la Academia Roxten en Connecticut.

Hasta un mes antes de que él marchara allí, Barbara nunca había oído hablar de la Academia Roxten, ni había pensado tampoco en enviar a Sam a una escuela del Este. En realidad, gran parte de su vida giraba en torno de su hijo... En demasía, como con frecuencia le señalaba Jean. Barbara lo había criado sola, indiferente a todos los consejos de su madre y de otras personas en el sentido de que volviera a casarse. Según Jean, Barbara había estropeado completamente a su hijo. Barbara lo

consideraba de otra manera; amar no era estropear. Ella no consideraba infelicidad la sensibilidad y gentileza de su hijo. Sam era un muchacho alto y delgado, de cabello rubio y rizado, nariz prominente, fina y ganchuda, ojos color azul pálido, una boca armónica y fuerte mandíbula. Aunque no había tenido padre —murió cuando el muchacho tenía dos años—, tuvo un excelente sustituto en su abuelo, Dan Lavette, a quien adoraba; Dan, por su parte, no pensaba más que en su nieto. Tan pronto como Sam pudo andar, Dan le enseñó el arte de la pequeña navegación a vela, y cuando tuvo unos años, los recuerdos más felices de Sam eran del tiempo pasado en la Bahía de San Francisco con su abuelo. Dan encontró en el nieto un buen aprendiz a quien transmitir sus conocimientos —de toda una vida— acerca de la pesca y de atrapar cangrejos, la satisfacción era mutua. Dan no le había pedido a la vida más que poder estar en la bahía con su esposa y su nieto, y para Sam aquello había sido su propia forma de paraíso en la tierra.

La pasión por la vela fue el factor decisivo en la elección de colegio por parte de Sam. Cuando Barbara firmó los contratos para llevar su primer libro a la pantalla y comprendió que debería pasar de cuatro a seis meses en Los Angeles, ella llegó a la conclusión de que al menos un año en un colegio del Este sería una provechosa experiencia para Sam, pues al chico le convenía apartarse un poco de los mimos de su madre y de sus abuelos. El abuelo de Barbara y su hermano Tom habían estudiado en Groton, pero ella sentía mucha antipatía por el lugar, en parte porque sentía prejuicios por el ambiente social del Este, y también en parte por la frialdad existente entre su hermano y ella. Fue su abogado, Harvey Baxter, quien le recomendó la Academia Roxten, pues él asistió a ella de muchacho. Se convenció finalmente por el folleto de propaganda, que mostraba una serie de antiguos edificios cubiertos de hiedra, situados frente a Long Island Sound, así como una pequeña marina que pertenecía al colegio. Pero cuando Sam llegó allí descubrió que la marina estaba reservada para los miembros de las clases más privilegiadas y que no iba a tener oportunidad de poner el pie en un bote o explorar el estrecho.

Hizo otros descubrimientos. Roxten era un colegio episcopaliano que se anunciaba como Escuela Preparatoria Cristiana. En su primera entrevista con el director, el doctor Clement, un individuo algo obeso, de mejillas sonrosadas y cabello claro y lentes con montura de oro, Sam fue informado de que era más o menos un episcopaliano.

—Tu madre nos ha escrito —dijo el doctor Clement—, que no tienes una formación religiosa determinada. Esto suele pasar con los hijos de los matrimonios mixtos, pero ya que tu madre fue educada como episcopaliana y está viuda, según se me da a entender, esto no ofrecerá dificultades en los estudios bíblicos y en la capilla. Debo decirte, Samuel, que se ha prestado mucha atención a tu aplicación. A un niño no se le debería hacer sufrir por los actos de sus padres; sin embargo, se esperará de ti

una conducta modélica. Recogerás lo que siembres.

El muchacho soportó tres meses de cosecha desde el momento en que llegó a Roxten y aquel día de mediados de diciembre de 1958, cuando lo despertó su tío Joseph Lavette, que le telefoneó desde San Francisco, para comunicarle que su abuelo había muerto. Unas pocas horas más tarde, vestido, tiritando a causa de un frío nada familiar llamado muerte, habló con su madre, que le dijo que se pusiera en viaje aquel mismo día para San Francisco en lugar de esperar una semana hasta el principio de las vacaciones de Navidad. Ahora, a las once de la mañana, estaba sentado sobre su maleta, delante de uno de los edificios de ladrillo rojo cubierto de hiedra, mirando con los ojos secos y anonadado hacia el estrecho, a través de las desnudas ramas de robles y arces, esperando un taxi que lo recogiera y lo llevara a la estación de ferrocarril.

Su aflicción estaba envuelta de culpabilidad y atenuada con alivio, lo cual sólo servía para agudizar la culpabilidad, ya que, con la muerte de su abuelo, él se veía libre del purgatorio, de un lugar que odiaba y de una gente a la que odiaba y despreciaba. Al tratar de recordar a su abuelo, al intentar evocar los días dorados que habían pasado juntos, al reflexionar seriamente sobre la misteriosa finalidad de la muerte, al tratar de recordar algo de su padre, a quien no recordaba en absoluto, sólo consiguió pensar en los días y semanas pasados en Roxten.

Al revivir los acontecimientos, los recreó en su mente. Imaginó respuestas heroicas, cuando fue desafiado la primera vez por un grupo de muchachos, quienes le exigieron que les aclarara, de una vez por todas, si él era o no era judío. Ahora, en su imaginación, les dijo resueltamente que lo era —esto era algo de lo que no estaba en absoluto seguro— y que se podían ir a tomar por el saco y aceptarlo como quisieran. En lugar de ello, había permanecido en silencio. En otra ocasión en que lo amenazaron con bajarle los pantalones para demostrar que estaba circuncidado —lo cual era cierto— había luchado desesperadamente, al tiempo que derramaba lágrimas de rabia y frustración, en lugar de dirigirles los duros epítetos en los que ahora pensaba. Se dio cuenta muy pronto de que él era el primer judío, tanto si lo era puramente o no, que había sido admitido en los sagrados recintos de la Academia Roxten. Su tardía decisión de pelear le ocasionó la última humillación. Él no era un muchacho agresivo, carecía de malicia y no tenía la menor idea de cómo se peleaba. Fue golpeado hasta sangrar e intimidado con amenazas y gritos. Todo esto lo achacó a su propia cobardía e ineptitud. Sin embargo, poseía la suficiente voluntad y orgullo para no revelar sus problemas en Roxten a su madre y para no sucumbir nunca y confesarse derrotado.

Ahora, finalmente, aquello había pasado. Nunca volvería a aquel lugar. Cuando llegó el taxi, metió apresuradamente su maleta dentro del vehículo, cerró los ojos y decidió no abrirlos hasta haber perdido de vista Roxten.

Joseph Lavette, el hijo que tuvo Dan con May Ling, su esposa china, nació en 1917, mientras Dan seguía casado con Jean. Con el tiempo, algunas heridas de los hijos se habían curado, mientras que otras permanecían abiertas con toda su virulencia. Tom Lavette, el hijo de Dan con Jean, y Joe Lavette nunca se habían hablado, ni siquiera se habían intercambiado las frases de cortesía obligadas. Las pocas ocasiones en que estuvieron frente a frente guardaron un silencio glacial. Sin embargo, el primer encuentro de Joe y Barbara, en 1933, sirvió para iniciar una relación que se fue estrechando con los años. Barbara y Tom habían mantenido un vínculo formal, cortés pero carente de entusiasmo. Se limitaban a hablarse cuando se veían, pero no mantenían apenas contactos. Joe había aceptado con esfuerzo a la madre de Barbara; la vio por vez primera el día de su boda con Sally Levy, la nieta del socio de Dan, en 1946, pero conforme pasaron los años, se conocieron mejor y se respetaron mutuamente, aunque nunca lograron derribar del todo la barrera existente entre ellos.

Este día, la barrera se derrumbó. Eran cerca de las tres de la mañana cuando el doctor Kellman telefoneó a Joe para comunicarle la muerte de su padre. Joe y su esposa Sally vivían en la ciudad de Napa, al otro lado de la bahía y a unos setenta kilómetros de San Francisco, en una espaciosa casa con amplio porche en Owen Street. Allí, Joe Lavette ejercía su profesión médica. Como entre sus clientes había muchas familias mexicanas, sus ingresos no eran muy elevados, permitiéndole vivir tan sólo decorosamente. Tenía dos hijos: May Ling, que se llamaba como su madre y que tenía ahora once años, y Daniel, de tres años, con el mismo nombre de su padre.

A Joe no le extrañó que lo despertara el teléfono en plena noche. Attendía también a sus pacientes a esas horas, y se había acostumbrado a despertarse con el primer timbrado, a fin de no despertar a Sally. Pero ella siempre interrumpía su sueño; ahora encendió la lamparilla de su mesita de noche y se volvió con ojos soñolientos a mirar a su esposo. Él colgó el teléfono y se volvió hacia ella, con el semblante lleno de pesar.

—¿Qué ha sucedido, Joe? ¿Qué pasa?

—Papá ha muerto.

—¡Oh, no! Danny no... ¿Cuándo? ¿Cómo ha sido?

—Infarto de miocardio. —Tragó saliva y se dominó. Había lágrimas en sus ojos. Sally nunca lo había visto llorar; ahora resultaba más impresionante que la palabra muerte—. Muy rápidamente, ha dicho Kellman. Él no ha podido hacer nada. Nadie hubiera podido hacer nada.

Sally abrazó a su marido.

—Pobre Joe, pobre Danny.

—Se despertó y llamó a Jean. Sólo un poco de dolor, dijo Kellman. Después se



echó hacia atrás y murió. ¿Para qué diablos servimos? ¡Malditos doctores! —Se levantó de la cama—. Me voy en coche a la ciudad y acompañaré a Jean. Ahora no puede quedarse sola.

—Déjame ir contigo.

—No, quédate aquí con los niños. Deberás anular mis visitas para mañana. Puedes acudir más tarde.

Joe estaba junto a la cama, atareado con los botones de su pijama. Era un hombretón que se había engordado últimamente. Al mirarlo, Sally se preguntó si era a su padre a quien veía, el gigantesco e indestructible Danny Lavette.

Bill Ackerman, que dirigía la sección de información local del mayor periódico de San Francisco, le encargó la historia a su principal redactor de temas de sociedad, Clancy Bullock. Le dio instrucciones de que abordara el tema como si se hubiese tratado de la muerte de un presidente, y después añadió:

—No, al diablo con ese tipo de literatura. Esto es diferente. Éste era el último de los de su casta, el último de los de la antigua ciudad. La ciudad también ha muerto, de cualquier modo, disparándose hacia arriba y llenándose de mierda, con los rascacielos y las autopistas, así como con los malditos beatniks por todas partes. Una vez desaparecido Dan Lavette... Bueno, su antiguo mundo desaparece, y ahora tenemos a los condenados ejecutivos con sus maletines... Mira, dedica al asunto tres mil palabras, y yo te daré unas notas sobre ciertos aspectos que tú eres demasiado joven para recordar.

Bullock tenía bajo el brazo una carpeta muy gruesa.

—Desde luego, él fue objeto de muchas noticias.

—De eso puedes estar seguro.

—Lo que no consigo encontrar es dónde nació. No hay ningún certificado de nacimiento.

Áckerman sonrió.

—Eso lo explico en mis notas. Nació en un vagón cerrado que viajaba hacia el Oeste, en el año ochenta y ocho u ochenta y nueve, creo. Su padre era un trabajador contratado en el viejo ramal corto del ferrocarril de Atchison.

—¿Está usted seguro?

—¿Quién sabe? De cualquier modo, encaja. Eso significaría que ha muerto a los sesenta y nueve o setenta años. ¿Qué dice su familia?

—Sesenta y nueve.

—Su hija, Barbara, trabajó hace tiempo para este periódico. Fue durante la guerra. Estuvo de corresponsal en Birmania o la India... lo encontrarás en el archivo. La recuerdo: una chica de magnífica presencia. No te ocupes del asunto del Congreso en que se vio envuelta. La amenaza roja ya se ha pasado de moda y, de cualquier

manera, no queremos resucitar fantasmas. Tom Lavette, el hijo de Dan, es propietario de la mitad de la ciudad. No olvides eso. ¿Has hablado con su esposa?

—No quiere hacer declaraciones a la Prensa.

—Es una Seldon. Saca la carpeta del viejo Tom Seldon, el banquero. Eso te orientará. Ahora, ponte manos a la obra. Lo quiero listo para las seis.

La rolliza y madura señora sentada al lado de Sam en el avión que lo llevaba desde el aeropuerto de Idlewild en Nueva York hasta San Francisco, esperó hasta que hubieron volado durante una hora; entonces le preguntó su nombre.

—Sam —respondió el muchacho.

—Doce años —decidió ella—. Eres muy alto para tu edad —le confesó, sonriendo levemente—. Completamente solo en este viaje tan largo desde Nueva York hasta San Francisco.

Él la miró, desconcertado, y ella le sonrió en señal de comprensión.

—No es ningún misterio. Tengo un nieto de tu edad. Bueno, casi. Tiene nueve años.

Sam permaneció en silencio. No le gustaba hablar por hablar, y era incapaz de hacerlo con desconocidos. La mujer que tenía a su lado le parecía muy gorda y muy vieja, aunque no debería de tener mucho más de cincuenta años. Su tono de voz le irritaba. Seis meses atrás, a Sam le habría dado igual; ahora le resultaba embarazoso y hubiera preferido que ella no le dirigiera la palabra y que lo dejara solo.

—¿Cuál es tu nombre completo?

—Sam.

—¿Sam, qué?

—Sam Cohén —murmuró él.

Ella levantó vivamente la cabeza y miró al chico con un nuevo interés. Sam tuvo la sensación de que ella pretendía someterlo a un cuidadoso examen.

—Yo soy Mrs. Bernstein —dijo la mujer—. Mi hija vive en Broadmoor. ¿Sabes dónde está Broadmoor?

Sam asintió con la cabeza.

—¿Es que vives, acaso, allí?

—No. Vivo en San Francisco.

—¿En qué parte?

—A usted no le importa dónde vivo yo —se dijo interiormente el muchacho—. ¿Es que no me puede dejar en paz?

—Ten en cuenta de que no soy por completo una forastera —explicó ella—. Voy dos veces al año. Me quedo una semana con mi hija. No lo comprenderás, pues eres muy joven... Pero una semana es bastante, teniendo en cuenta lo que la quiero. Después me traslado al «Palace Hotel», para pasar otra semana. La veo, por supuesto,

pero no permanezco cohibida en su casa. ¿Sabes dónde está el «Palace Hotel»?

Sam movió la cabeza en señal afirmativa.

—Es un lugar antiguo, pero me gusta porque soy demasiado vieja para las colinas. Para las colinas hay que ser tan joven como tú. ¿Vives tú en las colinas?

—Vivo en Russian Hill.

—¡Oh! Dime algo, jovencito, ¿por qué la llaman Russian Hill?

—No lo sé —respondió Sam al cabo de un momento.

—¿Has vivido allí mucho tiempo?

—Nací allí.

—¿Y nunca le has preguntado a nadie por qué la llaman Russian Hill?

—Jamás se me ha ocurrido —replicó él a la defensiva—. Tiene ese nombre. Nadie piensa en por qué se llama Russian Hill, Nob Hill o Telegraph Hill.

—Perdóname —dijo suavemente Mrs. Bernstein—. Soy demasiado curiosa. Mi esposo siempre me lo dijo. Decía que mi curiosidad me mataría, igual que sucedía con el gato. Bueno, tanto no. No te enojas...

—No estoy enojado —dijo Sam. Él sentíase ahora menos incómodo. Empezaba a pensar que la mujer era agradable, extraña pero agradable. Ella era judía, él lo sabía, y Sam consideró que lo que más le molestaba era que fuera precisamente judía. Eso le hacía sentirse desgraciado y aún más miserable.

—¿Vas a tu casa?

Él asintió.

—Procedente de la escuela, ¿no? ¿Que cómo lo sé? Que un jovencito como tú lleve una chaqueta de velarte azul con una insignia cosida en el bolsillo del pecho, significa que pertenece a un buen colegio privado. Te diré algo, Sam, si mi hija me oyera hablar así, se sentiría terriblemente molesta. Ya que ella no me está escuchando, perdóname. Pero ir a un colegio del Este, tan lejos de San Francisco... Debe de ser maravilloso poder ir a un lugar así. ¿De modo que ahora vas a casa de vacaciones?

—No, voy a casa porque mi abuelo ha muerto.

—¡Vaya! Lo siento —dijo Mrs. Bernstein—. Lo siento mucho. No lo sabía, y estoy aquí hablando como una cotorra.

—¿Por que tendría que sentirlo usted? —murmuró Sam—. Ni siquiera lo conocía usted a él.

Ella lo miró, desairada, herida, y los ojos de Sam se llenaron de lágrimas, menos por el dolor de la muerte de su abuelo que por disgusto hacia sí mismo. Sintióse despreciable, terriblemente despreciable, y hubiera dado cualquier cosa por poderle decir a Mrs. Bernstein: «Por favor, perdóneme. No quería herir sus sentimientos. En realidad usted me gusta». Pero no pudo decir nada, y durante el resto del vuelo permanecieron en silencio.

La muerte de Dan Lavette constituyó noticia de primera página en la mayor parte de los periódicos de la zona de la Bahía, incluso al sur del Estado, llegando a tener eco tanto en el *Times* como en el *World* de Los Ángeles. Carson Devron leyó detenidamente el artículo que publicó el *World*, en parte por un sentimiento de obligación hacia Barbara y en parte también porque estaba intrigado por la personalidad de Dan Lavette. Por la mañana, cuando Barbara recibió la noticia de la muerte de su padre, Carson le había rogado que le permitiera acompañarla a San Francisco. A pesar de lo anonadada que se hallaba, de todos modos comprendió que la presencia de Carson hubiera representado un compromiso al que ella todavía no estaba dispuesta a llegar; y, por tal razón, se había negado a que viajara con ella a San Francisco.

Al quedarse solo, Carson se puso a devorar la crónica del *Morning World*. En 1948, cuando Barbara había tenido que comparecer ante el Comité de Actividades Antiamericanas y se había negado a dar los nombres de un grupo de personas que la habían ayudado a enviar medicamentos a los refugiados republicanos españoles situados en el sur de Francia, los editorialistas del *Morning World* la habían atacado despiadadamente. La denunciaron como una herramienta del comunismo, como un títere del comunismo, como una traidora a su clase y al país. El periodismo de Los Ángeles en aquella época fue descrito por algunos como primitivo, y por otros como derechista e irresponsable; desde luego, todas aquellas opiniones tenían una firme base. Se trataba de una situación que Carson Devron estaba decidido a cambiar.

En el centro de la nota necrológica, después de un párrafo en el que se describía a Dan Lavette como un gran constructor de barcos durante la guerra y se hablaba de su recompensa al mérito por parte del presidente Truman, el redactor lamentaba el hecho de que su hija lo hubiese traicionado: «Por desgracia, su vida se vio ensombrecida por el juicio y el encarcelamiento de su hija, Barbara, por desacato al Congreso cuando ella se negó a dar los nombres de sus cómplices pertenecientes a una organización clandestina».

Encolerizado, Carson llamó a su despacho al redactor. Aquel hombre se llamaba Hank Dudley. Tenía cincuenta y dos años, habiendo trabajado veinticinco de ellos en el *Morning World*. Era un hombre de cabello gris, algo panzudo, encorvado y abatido. Tuvo que arrostrar las iras de Devron.

—¿Qué diablos ha pretendido usted dar a entender con esto? —preguntó fríamente Carson—. «Por desgracia...». ¿Es que usted le preguntó alguna vez a Dan Lavette si se sintió o no desgraciado por lo que había hecho su hija? La realidad es que la apoyó, en todo momento. ¿Quién ha dicho que su vida se vio ensombrecida? ¿Y qué diablos significa eso de cómplices? Ella no fue acusada de conspiración. ¿Y cómo sabe que era clandestina, tal como ha escrito? Tres errores tanto de hecho como

de interpretación en un solo asqueroso párrafo. ¿Desde cuánto tiempo ha estado usted con nosotros?

—Desde el treinta y tres. —Él sintióse herido, humillado. Podía recordar cuando Carson había sido presentado a la redacción, de muchachito—. Espere un momento, Carson. Sólo he seguido la línea del periódico y he presentado los hechos...

—¡Que cómo va usted a presentar los hechos! No sabría reconocerlos aunque los viera. —Carson rompió el periódico—. Diga a Joe que ponga a otro hombre en esto.

—¿Cómo?

—¡Ya me ha oído! Si no le gusta, márchese de la empresa. Me daría una alegría si lo hiciera. Ahora, ¡salga de aquí!

Por su parte, los periódicos de San Francisco omitieron cuidadosamente cualquier mención a la condena de cárcel de Barbara, limitándose a observar que Dan Lavette había dejado a su esposa, Jean, su hija Barbara, y dos hijos: Joseph, médico en la localidad de Napa y, por supuesto, a Thomas Lavette, presidente del consejo de administración de la GCS, el cual era, posiblemente, el más potente imperio financiero en el norte de California.

Todas las observaciones que la Prensa hizo sobre la muerte de Dan Lavette se vieron condicionadas por el hecho de que su hijo Thomas dirigía la GCS. Era del conocimiento público en la ciudad que Dan y su hijo no se habían hablado durante años, pero ya que la falta de comunicación entre ambos era un asunto familiar, conocido por la gente sólo a través de rumores, los redactores anduvieron con cuidado, evitando los desagradables comentarios que se habían hecho acerca de los Lavette durante tantos años. Así, el *Chronicle* publicó un editorial cuyo título fue «Ha muerto el último gigante»; en el editorial, el redactor señaló que «con la muerte de Dan Lavette, el último de una poderosa casta pasa a las páginas de la Historia. Él fue uno de los gigantes que hicieron esta ciudad única y espléndida, tendiendo una escalera hacia el cielo y atreviéndose a ascender por ella...». La prosa era efusiva. Si la hubiera leído, Dan Lavette más bien le habría disgustado, pero, por otro lado, era una prueba de admiración y de respeto. América perdona a sus muertos, sean cuales hayan sido sus pecados.

Sin embargo, el hijo de Barbara, Sam, se encontraba entre los vivos; y en Roxten no había encontrado perdón ni olvido. Los profesores de Roxten lo sabían todo acerca de él, de sus padres y de su curioso pasado. Samuel Cohén era un muchacho cuya madre había estado en la cárcel, cuyo padre había fallecido, cuyo abuelo se había casado con una china después de divorciarse de su esposa, con quien volvió a casarse después de la muerte de su esposa china; el chico tenía un tío chino y apellido judío. Todo aquello, por supuesto, resultaba irresistible. Sam empeoró la imagen de sus execrables orígenes con un ensayo escrito para su clase de redacción inglesa. La verdad era que él se traicionó a sí mismo menos de lo que California lo había

traicionado.

Mr. Pinchel, el profesor de inglés, inspirándose en una sección de la revista *Reader's Digest*, puso a la clase como tema: «Mi personaje inolvidable».

Sam escribió:

«Mi personaje inolvidable es mi abuelo, cuyo nombre es Daniel Lavette, pero todo el mundo lo llama Dan, excepto si lo aman y lo llaman Danny. Yo lo llamo abuelito. Me enseñó a navegar en una embarcación a vela. El bote se llama *Oregon Queen*; se trata de un cúter, no de un barco. El cúter es una embarcación de un solo mástil, con una pesada quilla, y quizá tres focos, aunque nosotros sólo tenemos dos, porque mi abuelo lo considera preferible. Los momentos más felices se producen cuando los dos navegamos por la Bahía de San Francisco, en donde mi abuelo aprendió a navegar con su padre, que era un pescador italiano».

En realidad, el padre de Dan Lavette, procedente de esa parte de la costa mediterránea donde Italia linda con Francia, era medio francés. Pero, al haberse criado en San Francisco, a Sam nunca se le había ocurrido que unos eran étnicamente superiores a los otros; y prosiguió describiendo cómo después de navegar, atracaban en el Muelle del Pescador y más tarde se dirigían al restaurante italiano de Gino, en donde los dos comían enormes cantidades de spaghettis; Sam debía hacer la solemne promesa de que no informaría a su abuela acerca de la transgresión que su abuelo cometía con su régimen alimentario. Y ya que durante las horas que Sam y su abuelo pasaban en el cúter, Dan daba a su nieto lecciones en mal italiano, Sam podía ponerse a conversar en el restaurante con el viejo Gino en su lengua materna. Esta evidencia de una influencia italiana en sus orígenes étnicos fue revelada por Sam con inocente orgullo. Aquello fue el último ladrillo en la pared de desprecio y aislamiento que los muchachos de Roxten levantaron alrededor de él.

Desde la ventanilla de su asiento, Sam observó el aterrizaje en el aeropuerto de San Francisco con la pasiva indiferencia de una generación acostumbrada a los viajes aéreos casi desde el nacimiento. A los doce años, la muerte resulta algo remoto; siendo un misterio a cualquier edad, para un muchacho es inconcebible. No permanecería mucho tiempo en su mente, aun cuando las circunstancias imponían que así lo hiciera; en su mente se limitó a sustituir partida por conclusión. Su abuelo se había ido; lo había hecho para siempre y de forma inevitable. El desprecio de que había hecho objeto a su compañera de viaje, Mrs. Bernstein, había apartado su concentración en su pesar. Ahora estaba absorto en los argumentos que emplearía



para convencer a su madre a fin de no tener que regresar a Roxten. Estos proyectos provocaron de nuevo su sentimiento de culpabilidad, le recordó que la persona a quien más quiso en todo el mundo, quizás incluso más que a su madre, se había marchado, y mientras el avión tomaba tierra en la pista, empezó a llorar. Mrs. Bernstein lo observó con simpatía y se atrevió a murmurar:

—Todo saldrá bien.

Él se dijo a sí mismo que nada volvería a salir bien. Más tarde, se dispuso a descender, fue a cogerlo entre sus brazos, apretándolo con fuerza cómo en pugna contra la falta de sentido de la vida y de la muerte. De camino hacia el coche, ella le preguntó qué tal le había ido el viaje. Era una de esas preguntas convencionales. Barbara ya había enjugado su llanto, y su pálido y tenso rostro le resultó algo extraño a Sam.

—Perfectamente —respondió él—. Todo ha ido bien. —Y entonces se puso a llorar, pero sucedió como algo obligado.

—No llores —le dijo Barbara suavemente—. Tu abuelo tuvo una buena vida, y su fallecimiento se produjo sin apenas dolor. Esto es algo que deberás comprender ahora, Sam. Vivimos y morimos. Le pasa a todo el mundo.

Fueron en el coche de Jean, el lujoso «Cadillac», que para ella constituyó descender un discreto peldaño después de haber tenido un «Rolls-Royce». Recorrían la zona de la playa cuando Sam, inesperadamente, dijo:

—No voy a volver.

Barbara tenía sus pensamientos muy lejos de allí.

—¿Volver...?

—Volver a Roxten. Odio aquel lugar. Podrido. Así es como los niños lo llaman. Y tienen razón.

—No tendrás que regresar allí, Sammy. Nunca. Si no quieres hacerlo.

—No quiero.

—Pues, conforme.

Después de aquello, él guardó silencio, y Barbara se preguntó qué le puede uno decir a un niño con relación a la muerte. ¿Qué se puede decir uno a sí mismo? A ella nunca se le había ocurrido pensar que su padre era un viejo. Con su gran fortaleza, su corpulencia, su enorme vitalidad, ella nunca pudo concebir su muerte. Él era su roca, el único hombre de su vida que no la había abandonado, que había permanecido a su lado en todas las vicisitudes de su existencia. La primera reacción de ella ante su muerte había sido de indescriptible terror, el terror propio de una persona desplazada, inestable, al borde de un precipicio. Ella tuvo que enfrentarse con aquello en primer lugar; el dolor llegó más tarde. Después vino la llegada a San Francisco y tener que enfrentarse con su madre. Barbara, así como muchos otros que conocían a Jean Lavette, tenía la sensación de que, mediante ciertas artes mágicas, aquella mujer

desafiaba al paso de los años. En su juventud, fue considerada como la mujer más hermosa de San Francisco, y aún ahora, con más de sesenta años, conservaba una serena y extraordinaria belleza. Su rostro tenía esa estructura ósea que resiste el paso del tiempo, y su cuerpo, alto y de largas extremidades, permanecía juvenil a pesar de los años. Ahora, de improviso, se había convertido en una anciana arrugada y sombría; aquella transformación destrozó el corazón de Barbara. Jean se había convertido en una criatura impotente y desamparada que se aferraba a Barbara. Aquélla era la primera vez que sucedía. Nunca, desde el tiempo que Barbara conocía a su madre, la había visto cambiar de la imagen que sus amigos le conocían: una mujer de belleza fría, segura de sí misma, cuya coraza no podía ser traspasada... Desde luego, nunca por un extraño, y quizá ni siquiera completamente por Barbara.

Ya se había hecho de noche. Mirando hacia las oscuras aguas de la bahía, Sam, apenado, preguntó:

—¿Qué sucederá con el *Oregon Queen*?

Perdida en sus reflexiones, Barbara lo miró, desconcertada.

—El cúter —precisó él—. El cúter de Danny.

Ella nunca le había oído llamar Danny a su abuelo, y le costó unos instantes salir de su abstracción.

—¿Te refieres a la embarcación?

—Sí.

—Bueno..., es de la abuela.

—Ella no sabe navegar. Eso es lo que siempre decía Danny. Aunque él se esforzó en enseñarle, ella no aprendió a navegar.

—Creo que no. Estoy segura de que te permitirá utilizar la embarcación.

—No sé tripularla solo.

—No, supongo que no —dijo Barbara, preguntándose qué habría detrás de todas aquellas preguntas sobre la embarcación, e interrogándose al mismo tiempo qué sentiría su hijo acerca de la muerte de su abuelo. Él se había puesto una máscara, y Barbara comprendió que nunca sabría qué sentimientos se ocultarían detrás de aquella máscara. En un momento de terrible pánico, ella temió la pérdida de su hijo, de igual modo que había perdido a los demás hombres de su vida; pero luego volvió a ella el sentido común. La reacción ante la muerte siempre se enmascaraba.

—Yo podría enseñarte —dijo él.

—¿Qué?

—Quiero decir que podría enseñarte a navegar. No se trata realmente de un cúter. Me refiero a que si fuera... Bueno, no hay modo de que los dos podamos tripularlo. Es algo que inventó el abuelito.

—¿Realmente no quieres regresar a ese colegio? —preguntó ella.

—¡Ya te lo te dicho! —gritó él, empezando a llorar. Permaneció junto a su madre

inclinado y sollozando.

Ella siguió conduciendo, aliviada al verlo llorar.

—Él no hubiera tenido que morir —se esforzó en decir Sam entre sollozos.

—¿A qué te referías cuando me dijiste que es una embarcación que papá inventó? —preguntó ella pacientemente.

—No lo comprenderías. No sabes nada de navegación.

—Podría intentar aprender.

—Bueno —dijo él de mala gana—, dos personas no pueden tripular un cúter de verdad. Un cúter de verdad tiene un mástil bajo colocado en el centro de la embarcación, y después hay un gran mástil con un cangrejo. Es una embarcación larga, con toda clase de velamen como foques volantes y una trinquetilla, con un gran bauprés, y cuelga tan profunda y pesadamente en el agua que no podría moverse por la bahía. ¿No crees que Danny lo sabía? Por esa razón diseñó de nuevo la embarcación e inventó otra clase de cúter. Pero sigue siendo un auténtico cúter, como los antiguos guardacostas.

—No lo sabía —dijo Barbara con voz débil.

—Lo comprendo, mamá. —Sam se movió en su asiento y se apretó contra ella—. Lo comprendo. Estas cosas el abuelito sólo me las explicaba a mí. Nunca te habría hablado a ti de semejantes cosas.

La primera vez que Jean Lavette se miró a un espejo después de la muerte de Dan, se quedó horrorizada. El efecto fue que se olvidara, al menos por un momento, de su pesar, de su autocompasión y de su agónico sentimiento de estar totalmente sola en un mundo carente de significado. Tenía sesenta y ocho años, pero aquellos sesenta y ocho años habían transcurrido día a día y hora a hora. Ella había sido joven en un tiempo en que las mujeres fueron «bellezas», algo distinto a ser hermosas o simplemente bonitas. Una belleza pertenecía a un grupo reducido, selecto y de categoría. Cuando se referían a ella lo hacían utilizando tal adjetivo; su clase había sido inmortalizada por Charles Dana Gibson en un centenar de cuadros; había sido tema de infinidad de artículos en periódicos y revistas, y su belleza en sí misma la dotaba con una especial y profesional distinción social. Del mismo modo en que años después, se empezaron a referir a las mujeres como abogados, doctores, políticos, en la juventud de Jean, algunas de ellas fueron catalogadas de bellezas.

Jean había sido una de ellas, reinando durante años en San Francisco, como una reina sin corona y siempre muy consciente de la distinción de que era objeto. Ahora, ante el espejo, se vio ojerosa, arrugada, con el cabello gris y los ojos enrojecidos, así como con el cabello lacio y sin vida. Tras su reacción inicial, se repuso en seguida y se dijo que aquello no tenía importancia. Dan se había ido. Ella estaba más allá de la vanidad y de tales preocupaciones. Sin embargo, no pudo borrar por completo la

impresión que le había causado su imagen. Con los ojos llenos de lágrimas, levantó una mano temblorosa para tocarse la mejilla. Después se dejó caer en una silla; sentíase abatida y débil. Transcurrió media hora antes de que pudiera tomar la decisión de maquillarse y arreglarse. Tenía que hacerlo. Ella se hallaba aún en su habitación. Ya se habían llevado el cuerpo de Dan, y podía oír cómo entraba la gente en la casa, abajo. La muerte había acabado con la intimidad, y ella era aún Jean Seldon Lavette, y ya había habido demasiada gente que la había visto en semejantes condiciones. Hacía tiempo, mucho tiempo, cuando Dan le pidió el divorcio, ella se lo negó aduciendo la fría razón de que los Seldon no se divorciaban; ahora se dijo que los Seldon no mostraban en público sus pesares.

Se puso en pie y se dirigió al cuarto de vestir, se situó frente al espejo y comenzó a disimular las huellas que la muerte de Dan habían impreso en su rostro.

Barbara dejó a Sam en su casa, situada en Green Street, sobre la Russian Hill, en San Francisco. El muchacho había dormitado en el coche durante el trayecto desde el aeropuerto, y ella consideró que Sam ya había tenido bastante ajeteo aquel día. Más tarde, Barbara se dirigió hacia la casa de su madre. Su hermano Joe estaba allí con su esposa, Sally, y el padre de Sally, Jake Levy, así como la mujer de Jake, Clair. A sus treinta y dos años, Sally Lavette continuaba siendo la belleza que fue en su tiempo, una estrella de Hollywood, con su elevada estatura y su rubia cabellera. Abrazó a Barbara y se echó a llorar. Era una mujer emocional y derramó lágrimas sin esfuerzo. Su padre, Jake, un corpulento y recio viticultor y granjero, saludó a Barbara y le manifestó su simpatía. Eran antiguos amigos, y entre ellos existía una relación casi como familiar. Claire, con ayuda de su nuera, Eloise, había estado sirviendo comida y saludando a la gente que no había dejado en todo el día de salir y entrar en la casa. Ahora estaba sentada en un sofá con Sarah Levy, su suegra, y trataba de persuadir a la anciana de que se marchara a su casa. Sarah Levy tenía setenta y ocho años, y su marido, Mark, muerto hacía ya un cuarto de siglo, fue socio de Dan durante muchos años. Sentada ahora junto a Claire, Sarah lloró y recordó que su esposo había muerto hacía muchos años, que su hija se suicidó, que su nieto murió en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial..., y ahora Danny. Era ya demasiado vieja para soportar la muerte, estaba demasiado próxima a ella para considerarla como a una extraña.

Joe le preguntó a Barbara por Sam.

—Quizás ha sido algo brusco sacar al niño del colegio.

—No. Ha sido oportuno. Lo he dejado en casa. Está muy fatigado. ¿Dónde está mamá?

—Está en la capilla.

—¿Sola?

—No —intervino Sally—. Steve Cassala se encuentra con ella. Estoy contenta de

que no estuvierais aquí antes. La vieja Mrs. Cassala, que debe de tener más de ochenta años, se puso histérica al enterarse de que iban a enterrar a Dan en un cementerio episcopal. Quiere que llevemos el cuerpo a San Mateo, a la iglesia católica de allí.

—Por amor de Dios. No hay que molestar a Barbara con estas cosas — interrumpió Joe.

—He creído que debía enterarse.

—¿Estaba madre aquí? —preguntó Barbara.

—No, a Dios gracias —dijo Joe—. Tu madre ha estado en la capilla desde las cuatro.

—¿Sola?

—No. La acompañaban Jake y Claire, así como Harvey Baxter, Boyd Kimmelman y Steve Cassala. Steve está aún allí con ella.

—¿No ha hablado de un entierro católico? —preguntó Barbara, preocupada.

—No, no. Steve es más sensato y, además, en el fondo, tampoco le importa demasiado. Sus sentimientos católicos están tan fríos como estaban los de papá.

—¿Y qué sucedió con Mrs. Cassala?

—Su nieto Ralph se la llevó a casa.

—Iré a la capilla —decidió Barbara.

En aquel momento, el hijo de Dan, Thomas, acompañado de su esposa Lucy, fueron recibidos por Mrs. Bendler, el ama de llaves de Jean. Acompañaron a la sirvienta hasta el salón, en donde estaban reunidos los demás. Cuando ellos entraron, las conversaciones se interrumpieron, y el silencio se hizo pesado como el plomo. Habían pasado muchos años desde que Tom había estado aquí por última vez, en la casa de su madre, en la casa de su padre; habían transcurrido muchos años desde que hablara por última vez con su hermana Barbara. Su hermanastro, Joe, un hombre alto y musculoso, con un rostro que parecía un esquimal o de indio norteamericano, le recordó vagamente a Tom a su padre. Había oído que aquel hombre era médico. En cuanto a la menuda anciana de cabello blanco que permanecía sentada en el sofá, llorando, ésta le resultaba tan extraña como la corpulenta mujer de cabello rojizo que estaba sentada a su lado. Los demás también eran extraños. ¡Malditas fueran aquellas muertes familiares! ¡Qué desagradable resultaba aquello! ¡Y qué tonto había sido al acudir a aquel lugar!

—Por una simple cuestión de formalidad —había dicho Lucy—, el hijo de Dan Lavette no puede estar ausente. Él figura ahora entre los muertos ilustres de esta loca ciudad. Igual que los romanos, nosotros deificamos a nuestros V. I. P.s muertos y les perdonamos todos sus pecados.

¡Qué cínica perra estaba hecha su mujer!

Por su parte, Barbara no estaba en absoluto preparada para esta repentina

aparición de Thomas Lavette y de su esposa. Habían transcurrido apenas veinticuatro horas del fallecimiento de su padre. Ella sentíase inquieta y confusa a causa de que su madre no se encontrara allí. Barbara había abandonado Los Ángeles de forma repentina, violenta. Las palmeras de las calles de Beverly Hills, la playa de Santa Mónica y Carson Devron con su viejo «Buick» descapotable no eran ya más que un sueño. Una o dos veces durante este día, ella había pensado en su hermano Tom, pero sin una noción clara de si debía o no debía acercarse a él. Ella nunca había sido capaz de odiar, de guardar un rencor como si fuera un precioso tesoro interior. Ahora, de improviso delante de él, ella dejó a un lado todos los recuerdos amargos y abrazó a Tom. Para él, la reacción de su hermana fue inesperada. Él sintióse desconcertado, y cuando Barbara se apartó de él, su sombrío semblante definía adecuadamente sus pensamientos.

—¿Se encuentra bien nuestra madre? —le preguntó él.

Lucy se limitaba a permanecer cerca de él, estudiando mentalmente sus palabras de condolencia.

—Todo lo bien que puede estar en las presentes circunstancias —contestó Barbara.

Le tocó el turno a Lucy de dar el pésame. Escuchando sus vacías palabras, Barbara se preguntó qué diablos podría hacer a continuación. ¿Presentarles a Joe? «Tom, éste es tu hermano, Joe, a quien nunca has hablado antes». ¿Cómo se podía decir semejante cosa?

Tom resolvió el problema.

—¿Está mamá aquí ahora?

—Está en la capilla.

—Ya veo. ¿Puedo ir allí?

—Eso es cosa tuya.

Él y Lucy intercambiaron miradas.

—Creo que será mejor —dijo Tom— si nos limitamos a asistir al funeral. ¿Querrás decirle a mamá que hemos venido?

—Se lo diré —musitó Barbara.

Acto seguido, la pareja se marchó. No fueron presentados a las demás personas reunidas en la sala.

En la capilla, Stephan Cassala y Jean Lavette, estaban junto al ataúd que contenía el cadáver de Dan Lavette. Eran dos personas muy dispares. Cassala tenía sesenta y tres años; era un individuo alto, delgado y sombrío. A causa de una grave herida en el estómago, recuerdo de la Primera Guerra Mundial, padecía la ictericia crónica. Su estirada piel, como apergaminada, tenía una tonalidad como de marfil dorado, y la decoloración también afectaba al blanco de los ojos. Poseía una elegancia propia del viejo mundo, cortesana, y sus maneras eran gentiles, casi femeninas. Sin sentirse

nunca muy apegada a él, Jean siempre le había tenido confianza. Ella pertenecía a una época en que los modales tenían importancia, y los modales de Stephan Cassala eran impecables. Él y Dan se habían criado juntos, pues sus familias habían estado muy unidas. Stephan era hijo de un albañil napolitano que se había convertido en el principal banquero italiano de San Francisco. Dan era hijo de un pescador. Tras la muerte de Mark Levy, el primer socio de Dan, éste y Stephan se asociaron, pero siempre fue Dan el promotor y Stephan el fiel colaborador. Esto lo había comprendido bien Jean, y le complacía que él estuviera sentado a su lado en aquel momento.

Igual que el doctor Kellman, Cassala estaba asombrado por la aparente falta de emoción de Jean. Por supuesto, se dijo, él era italiano; Jean era de otra clase. Sin embargo, él conocía mejor que nadie lo unidos que habían estado Dan y Jean Lavette. Él nunca había pretendido comprender a los protestantes de origen anglosajón. Lo significativo era la presencia de Jean. Ella le había dicho a su hijo Joe: «No quiero a nadie más aquí. Esta noche no. Stephan se quedará conmigo. Él así lo desea, y yo debo respetarlo. Pero nadie más, por favor».

Permanecían sentados en silencio la mayor parte del tiempo. En un momento, Cassala recordó el día posterior al gran terremoto. El joven Dan, destrozado moralmente a causa de la muerte de sus padres, se había pasado el día transportando en barco a la gente despavorida desde San Francisco, por la bahía, hasta Oakland. Le entregaban dinero a manos llenas: cien dólares, doscientos dólares... Cualquiera cosa con tal de salir de aquella ciudad en llamas. Al día siguiente, él regresó a casa de Cassala, con los bolsillos llenos con más de cuatro mil dólares.

—Aquel dinero —musitó Stephan—, fue el comienzo de todo, de nuestro Banco, de la fortuna de Dan...

—Él nunca me lo explicó —dijo Jean—. Y me pregunto por qué no lo haría.

—Se trataba de gente aterrorizada. Dan creyó que no debió aceptar el dinero.

—Hay tantas cosas que ignoro acerca de él. No hemos vivido el suficiente tiempo juntos.

Cassala asintió. Él tampoco sabía muchas cosas de ella, o de él. En el breve espacio de una vida, la gente sabía muy pocas cosas acerca de los demás.

Eran las diez de la noche cuando Barbara fue a la capilla y se reunió con ellos, que estaban sentados en silencio junto al ataúd.

Cassala se puso de pie y observó a las dos mujeres en el momento en que se besaron.

—Trajeron a Dan aquí mientras tú estabas en el aeropuerto —dijo Jean—. ¿Está bien Sammy?

—Sí, madre. Está cansado, pero se encuentra bien.

—Me alegra que esté aquí.

—Tom ha venido a casa. Con Lucy —comentó Barbara.

—¿Sí? Eso habrá significado dar un gran paso para él.

—Es tan difícil para él como para nosotros.

—Supongo que así será —dijo Jean—. ¿Quieres echar una mirada a tu padre? Stephan te abrirá el ataúd, si quieres verlo. A mí no me gustan esas cosas. No me gusta comprobar cómo disfrazan los funerarios a los muertos.

Barbara movió la cabeza en señal de negativa.

—No. No es necesario. No quiero olvidarme de cómo era papá. —Ella se acercó a Cassala y lo besó—. Te has portado de forma excelente, Steve.

—La que se ha portado muy bien ha sido tu madre al dejarme permanecer junto a ella. Tengo el coche fuera, Barbara. ¿Quieres que te lleve a tu casa?

—No, iré andando con mi madre hasta su casa, si ella tiene ánimos para hacerlo. Gracias, Steve.

—Me gustaría caminar —convino Jean.

Fuera, en la Jones Street, Jean cogió el brazo de Barbara. Barbara le preguntó si se sentía bien.

—Estoy bien, querida. Sólo déjame que me apoye un poco en ti, para que pueda convencerme de que realmente estás aquí en carne y hueso. ¿Se ha quedado Tom en casa? ¿Estará ahora allí?

—No. Él y Lucy se marcharon. Estarán en el funeral.

—He perdido mi voluntad de odiar, o hasta de albergar resentimiento. No es que nunca haya odiado a Tom. No se puede odiar a un propio hijo... pero ¿cómo se siente uno? Se hubiera podido quedar en casa; Bobby, hubiera podido esperarme. No somos como esos montañeses de Kentucky para enzarzarnos en salvajes disputas familiares.

—Él volverá a nosotros, madre.

Jean se detuvo, aspiró profundamente la brisa marina y señaló hacia la colina en donde se estaba formando niebla.

—¿Sabes, Bobby, que solíamos subir corriendo por esas colinas? ¿De qué manera? ¿Como gacelas? No, como dos muchachos. Como dos fuertes muchachos. Él me tenía loca. Nunca antes había conocido a alguien tan maravilloso; aquel alto y fornido pescador. ¡Oh, maldito sea! ¡Maldito sea! De todas las porquerías que me hizo, ésta ha sido la peor: dejarme así.

—Ya lo sé, madre —dijo Barbara—. He pasado por semejante experiencia.

Un año antes de esta noche, Jean y Dan habían hablado acerca de la muerte. No es que fuera un tema que los obsesionara, pero tampoco era algo que rehuyeran. Hablar sobre esta cuestión la hacía sentirse incómoda, igual que conversar de religión. Para Dan, el asunto carecía de importancia.

—Deberías manifestar tus deseos —dijo Jean—. O escribirlos.



—Ya tengo un testamento, ¿qué más quieres?

—Sabes a lo que me refiero. Las cosas que uno quiere que se hagan después de...

—Eso será cosa tuya —dijo Dan.

—¿Y cómo estás tan seguro de que yo seguiré viva?

—Lo estarás.

—No estés tan convencido de eso. Y si sucede de tal manera, me tomaré un frasco completo de pastillas para dormir y me reuniré contigo.

—¡Maldita sea!

—Siempre das respuestas muy amables. Afrontemos ahora la cuestión. Mi abuelo compró un terreno para la familia. Allí hay mucho espacio. Lo único que no sé es si quieres yacer mejilla junto a mejilla con los Seldon.

—He estado yaciendo mejilla junto a mejilla con una de ellos casi medio siglo. ¿O debería decir copulando?

—Eres un viejo sucio y grosero.

—Puedes llamarme lo que quieras. Mira, Jean, deja de hablar de cosas tan desagradables. No quiero que me incineren y que arrojen mis cenizas a la bahía de San Francisco, si eso es lo que estás pensando. Y si te refieres a May Ling, te diré que está enterrada en Hawai. No quiero que embarquen mi esqueleto hacia Hawai, ni tampoco deseo continuar con esta insensata discusión. Pues sí —hizo una pausa, sonriéndola para quitar hierro a sus palabras—. Una súplica: no quiero oraciones, ni discursos, ni funeral, ni panegíricos. No quiero que ningún borrico diga al mundo lo gran hombre que fue Dan Lavette. Siempre se dice una sarta de mentiras. Así son las cosas.

Jean dispuso las cosas según los deseos de su marido. El funeral celebrado en la capilla no estuvo abierto al público ni a la Prensa. Las tres familias que se habían entrelazado en la vida de Dan Lavette estaban allí: los Lavette, los Levy y los Cassala. Todos ellos sumaban unas cuarenta personas; junto a ellos había otros cuarenta individuos, próximos a Dan, Jean y Barbara. El hijo de Dan, Thomas, se encontraba allí con su esposa Lucy, pero estaban solos en representación del inmenso imperio industrial y financiero que tuvo sus comienzos con Dan Lavette y Mark Levy, su socio. Dan Lavette sería recordado como uno de los gigantes que hizo crecer la ciudad construyendo por las colinas, pero aun muerto no era completamente respetable.

Las sepulturas de la familia Seldon estaban en San Mateo, y Barbara fue allí en coche con su madre y el joven Sam. El viaje fue largo, triste y silencioso. Sam lo recordaría en los años venideros. Su abuela le mantuvo cogida la mano la mayor parte del trayecto. En una ocasión, le dijo:

—Dan te ha dejado la embarcación. Está en su testamento. ¿Lo sabías, Sam?

—No, no lo sabía.

—Bueno, pues ahora será tuya. Quizás algunas veces podré navegar contigo. Dan me enseñó... La verdad es que no soy muy hábil. Tú me podrías enseñar más.

—Claro, abuelita —dijo Sam.

En el cementerio, durante el entierro, Sam permaneció junto a May Ling, su prima, la hija de Joe y Sally Lavette. Sam tenía una vaga idea de la historia de su tío medio chino: de cómo Dan y Jean, sus abuelos, se habían divorciado en 1929, después de lo cual Dan había contraído matrimonio con su amante, May Ling, y de cómo esta misma mujer china había perecido en Pearl Harbor durante el ataque japonés. A Sam le costaba comprender las circunstancias que habían hecho reunirse de nuevo a sus abuelos, y aun cuando en el pasado había discutido el asunto con May Ling, ninguno de los dos acertaba a entenderlo. Ahora estaban juntos, Sam con su cabello castaño claro y ojos azules de tono pálido, y May Ling, tan alta como Sam, una muñeca con algunos rasgos chinos, su liso cabello negro cortado en flequillo y sus oscuros ojos llenos de lágrimas.

—¿Crees tú —le susurró Sam— que la gente va al cielo o al infierno?

Ella volvió hacia él su rostro surcado de lágrimas. A May Ling siempre le habían encantado los ojos del muchacho. Eran como los de su padre: pálidos hasta resultar casi translúcidos.

—Sí. ¿Tú no?

Sam empezaba a darse cuenta de las deliciosas protuberancias que distinguen el cuerpo de una mujer. Su prima, un año más joven, era delgada y sin pechos. Sam la miró atentamente antes de responder.

—No lo sé. ¿A dónde irá el abuelo?

—Al cielo —susurró May Ling.

—¿Qué hará él allí? No podrá navegar, no podrá pescar, tampoco fumar cigarros ni comer spaghettis.

—Tú crees que eres muy listo, ¿verdad?

—Mucho más listo que tú.

Detrás de ellos, Sally, madre de May Ling, dijo en voz baja:

—Guardad silencio los dos y escuchad al pastor.

Barbara se dijo a sí misma:

«Todos los hombres a los que amo, mueren. Todos yacen bajo tierra».

Sin embargo, en otra parte de su mente, penetró el recuerdo de Carson. Había sucedido hacía sólo unos pocos días, no años, únicamente habían transcurrido unos pocos días. Él le había dicho que la amaba, y ahora ella deseaba desesperadamente, con toda su alma y su corazón, amar y ser amada.

Barbara no tenía estómago para la venganza, ni tampoco era capaz de albergar odio. Su hermano Tom la había traicionado miserablemente, dando ayuda y calor a

uno de los hombres que la habían enviado a la cárcel. Cuando ella le explicó la historia a Carson Devron, hacía un mes aproximadamente, lo hizo de forma calmada, más bien indiferente, y él la miró sorprendido por ello.

—¿Pretendes decirme —preguntó indignado— que Tom dio dinero y apoyó a ese aborrecible hijo de puta congresista perteneciente al Comité de Actividades Antiamericanas..., después de que hubo votado enviarte a la cárcel?

—Sí.

—¿Y no te duele?

—Claro. Y lo peor de todo ello es que papá nunca volvió a hablarle, y así perdí un hermano.

—Según me has contado, tú nunca tuviste un hermano.

—Yo tenía un hermano, dos hermanos —dijo Barbara suavemente—. No lo siento por mí. Lo lamento por Tom. Supongo que él hizo lo que debía. ¿Cómo te sentirías si tuvieras que hacer algo semejante?

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con que tuve que hacerlo? Eso no admite disculpa alguna.

Barbara recordó aquella conversación con Carson. De regreso en la casa después del funeral, Tom y Lucy permanecieron solos y en silencio. La casa estaba llena de gente extraña para ellos, de gente que no deseaba mirarlos a los ojos, personas que sabían toda la historia de la familia Lavette, sus relaciones, sus heridas y sus tragedias.

Barbara consideró que era terrible no hacer a unas personas partícipes en el dolor. Ella dirigió una mirada de satisfacción a su madre, pues ésta se dirigió a Tom, lo abrazó y lo besó.

Después, él y Lucy se marcharon; no les había resultado fácil. Tom le había dicho a Jean:

—Madre, si hay algo que necesites...

—Necesito a tu padre —dijo Jean suavemente—, y eso no tiene solución, ¿verdad?

Barbara no oyó lo que se decían, pero vio que Tom parpadeaba y comprendió que él estaba a punto de llorar. En aquel momento deseó perentoriamente ir junto a él y decirle:

—Todo está saldado. Entre tú y yo todo está saldado.

Pero aquello hubiera sido una mentira. Entre ambos nunca quedarían las cosas saldadas. Aunque ella no odiaba, tampoco podía pretender amar. Barbara miró a Eloise, la primera esposa de Tom, que se había casado con Adam Levy después de divorciarse. Alguien había dicho entonces, en plan de chanza, que el fruto Lavette nunca cayó lejos del árbol Levy. La verdad es que estaban muy unidos y amargamente enredados. Eloise y Adam habían acudido al funeral con sus dos hijos:

Joshua, que tenía diez años, y Frederick Thomas, que tenía dieciséis, así como el hijo habido del matrimonio de Tom con Eloise. Pero Frederick Thomas odiaba a su padre, de una forma virulenta y total, con el odio ciego y emocional de un adolescente que adora a su madre idolatrada. Por fortuna, se había escondido en la biblioteca con su hermano y sus dos primos. Era un muchacho alto, casi de metro ochenta de estatura, muy testarudo; los otros muchachos y May Ling siempre le daban la razón. Él no miraría ni hablaría a Tom; no lo había hecho desde que tenía la edad para ir por su camino.

Después de que se hubieron ido Tom y Lucy, Eloise se acercó a Barbara y le dijo, con tristeza:

—Pobre Tom. También era su padre. ¿Por qué serán las cosas así?

Barbara sacudió la cabeza.

—No lo sé, Eloise. Las cosas resultaron así hace mucho tiempo, y siguen del mismo modo.

A las once del día del funeral, la niebla vespertina se extendía por San Francisco, y los amigos y familiares habían abandonado la gran casa de los Lavette en Russian Hill. Sólo se había quedado Barbara. Sam estaba en una habitación de arriba, pues dormiría allí aquella noche. Eloise había deseado quedarse. En cierto modo, se había convertido en la segunda hija de Jean. A sus cuarenta años, seguía siendo la frágil y vulnerable mujer que se enamoró de la buena presencia y elegantes maneras de Thomas Lavette. Pero todo resultó una continua pesadilla. Fue Jean quien la protegió y quien le infundió el suficiente valor para divorciarse de Tom, tras lo cual Jean y Eloise quedaron muy unidas. Pero, esta noche, Jean quería estar sola, y rogó a Eloise y a su familia que se marcharan con los demás. Sólo Barbara se negó a abandonarla.

—Sinceramente —le dijo Jean—, quiero estar sola. Tengo muchas cosas en que pensar.

—Y también sinceramente —replicó Barbara—, no quiero que estés sola. De modo que Sam y yo nos quedaremos aquí esta noche. Mañana podrás estar todo lo sola que desees.

Mrs. Bendler, que acudía diariamente a casa de los Lavette a limpiar y a preparar la comida, se marchó a las once y media. Había hecho café, y Barbara lo tomó en la biblioteca, donde Jean permanecía abatida en un sofá, frente a la chimenea. La biblioteca había conocido muchas transformaciones desde que Dan construyó la casa en 1912, pero cuando Dan y Jean decidieron volverse a casar, Jean restauró la estancia aproximándose todo lo posible a su aspecto original; por lo tanto, era muy similar a como Barbara la recordaba de los tiempos de su niñez. Las piezas del mobiliario eran pesadas y tenían un aire antiguo y cómodo; sobre la repisa de la chimenea había un antiguo óleo en el que se veía el *Oregon Queen*, el primer buque

de carga de Dan.

Barbara y Jean permanecían sentadas juntas en el sofá. Jean observaba reflexivamente a su hija.

—La vida sigue —dijo finalmente Jean—. Bebes café y tiene buen sabor. Ya sabes, envidia a las viejas damas.

Barbara contuvo una sonrisa. Jean nunca podría identificarse con una vieja dama, a pesar de su edad cronológica.

—¿Te refieres a Maria Cassala y a Sarah Levy?

—Sí.

Barbara recordó la escena en el cementerio. Maria Cassala, que tenía ochenta y un años, se había arrojado sobre la tumba, ya cubierta de tierra, llorando y gimiendo histéricamente. Sarah Levy se había desmayado junto a la tumba, profiriendo lamentos.

—Tú las envidias —dijo Barbara, añadiendo en voz baja—: Supongo que yo también debería hacerlo.

—¿Sabes por qué?

—Creo que sí.

—No lloré —dijo Jean—. Permanecí allí con mi corazón tan helado como el hielo, incapaz de derramar lágrimas. ¿En qué fallamos?

—No lo sé.

—Nunca te he hablado acerca de tu padre, Bobby. Ésa es la verdad. Supongo que había una razón para ello. Las buenas gentes de esta ciudad comentaron nuestras travesuras durante cuarenta años, y creo que fue suficiente. Ninguno de nosotros estaba dispuesto a añadir nada más. Una vez, hace mucho tiempo, en un estallido de cólera, tu padre me dijo que no conocía el significado del amor. Estaba equivocado. Yo conocía tal significado, y estoy segura de que lo amaba todo lo que una mujer puede amar a un hombre. Quizá. Nos hicimos trizas mutuamente y después nos volvimos a reunir; no hay muchos que puedan hacer algo semejante. Durante los últimos diez años hemos sido inseparables, y ¡ay, Dios mío!, he sido tan feliz. Creo que Danny también lo fue. Era el único hombre en mi vida que significaba algo para mí, y ahora está muerto, pero no lloro. Me siento fría, como entumecida, sin lágrimas, y seguiré así durante todo el resto de mi vida.

—No. —Barbara sacudió la cabeza—. El tiempo lo cura casi todo.

—Soy demasiado vieja para contar con que el tiempo restañe mis heridas. No sé por qué estoy tomando café. ¿Quieres una copa?

—Sí.

—¿Escocés con agua y hielo?

—Yo lo prepararé —dijo Barbara, poniéndose de pie.

—De acuerdo. Estoy cansada. Que el mío sea doble. A lo mejor dormiré.

—¿No te ha dado ningún somnífero el doctor Kellman?

—¿Pildoras para dormir? —preguntó Jean emitiendo un bufido—. Eso nunca lo haría tu maravilloso Kellman. Tiene miedo de que me suicide, o algo parecido. Me dijo que bebiera leche caliente. Te lo aseguro, si las pastillas me llevaran junto a Danny, las tomaría sin dudar.

Barbara le entregó el vaso a Jean.

—Bebe por papá. El último brindis.

—Tú has pasado por este dolor dos veces, ¿no es así? —preguntó Jean, dirigiendo una extraña mirada a su hija.

—Sí, dos veces.

—Pobre criatura, pobre Barbara. Pobre Jean. —Ella bebió un buen trago que vació la mitad del contenido del vaso—. Todavía eres joven y hermosa. ¿Volverías a casarte?

—He pensado en ello.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Alguien en particular? Eres tan reservada. Nunca me has explicado nada acerca de Los Ángeles.

—No hay mucho que contar. Alguien dijo una vez que Los Ángeles es un gran lugar si a uno le gusta comer. No es que la comida sea particularmente buena, lo que sucede es que no hay mucho más que hacer.

—También dicen que es un gran lugar si uno es una naranja. ¿Qué me dices del hombre?

—Se llama Carson Devron. En realidad, Kit Carson Devron.

—¿Devron? —Jean la miró y volvió a dirigir la vista a su propio vaso. Después se tomó el resto del whisky—. ¿No serán los Devron...?

Barbara asintió.

—¡Oh, no! ¡Santo cielo! Son rancheros. Viven entre judías y naranjales.

Barbara se inclinó y besó a su madre.

—Mamá, eres maravillosa. Te adoro.

—Kit Carson Devron —murmuró Jean—. ¿Lleva un gorro de piel de mapuche? Estoy un poco bebida, querida. ¿Me tomo otro whisky?

—Si tú quieres...

—Uno corto. Me voy a achispar.

—Eso es cosa tuya. —Barbara preparó el whisky y se lo entregó a Jean.

—Háblame de Kit Carson —dijo Jean.

—Llámalo Carson... sólo por respeto a mí. Ten en cuenta que es gente muy educada, y muy ricos. Son propietarios de la mitad del centro de la ciudad de Los Ángeles...

—¿Es que esa ciudad tiene centro?

—... además del *Morning World*. No es que me impresione la riqueza, si es que

piensas en eso. Lo conocí en una de esas horribles fiestas de Beverly Hill, organizada por mi productor para acogerme en el meollo de lo que ellos llaman eufemísticamente la Industria. Él me propuso que nos marcháramos de allí y, ¿sabes?, nadie se dio cuenta de que la invitada de honor estaba ausente. Pues bien, una cosa condujo a la otra, y creo que está muy enamorado de mí.

—Y tú, ¿le amas?

Barbara se encogió de hombros.

—Eso ya resulta más complicado. Tengo cuarenta y cuatro años. Él tiene treinta y seis.

—Bueno, supongo que ya habrás reflexionado sobre el particular.

—Puedes estar bien segura de ello.

—Recuerdo haber leído algo acerca de él —dijo Jean—. Cuando lo hicieron editor del periódico. Es un diario despreciable. El *Chronicle* no es nada del otro mundo, pero comparado con el *Morning World* de Los Ángeles, es como el *New York Times*.

—Todos los periódicos de Los Ángeles son espantosos —admitió Barbara en tono sereno—. Hace muy poco tiempo que lo han hecho a él editor.

—El muchacho de oro, atleta olímpico, discípulo de Rhodes, en muchos aspectos como un joven dios griego. Por amor de Cristo, Bobby, ese chico ni siquiera es real.

—Es muy real. Debo admitir que es atractivo físicamente, pero eso no es culpa suya. También admito que es una especie de salto atrás, muy honorable, lo cual no supone nada malo; desde luego, no es la clase de hombre que me haya interesado nunca. —Ella pensó en Marcel Duboise, que murió en un hospital de Toulouse después de resultar herido en la guerra civil española; fue su primer amor: un hombre alto, muy delgado, maravillosamente feo. Más tarde llegó Bernie Cohén, con quien se casó, y que murió luchando en Israel; parecía un oso. Fue el padre de Sam—. No, no pertenece a la clase de hombres que me hayan entusiasmado.

—Pero ¿sientes afecto por él?

—Creo que sí, madre.

—¿Y la diferencia de edad?

—Eso me preocupa —admitió Barbara—. Le dije que tal factor hacía las cosas imposibles.

—¿Y es así?

—No lo sé. Quiero que lo conozcas. Quería venir conmigo, pero consideré que debía conocer a los Lavette en un momento más venturoso.

—Bueno —dijo Jean—, según tengo oído, los Devron son un pequeño clan cerrado. Son primitivos. Tendrán algo que decir acerca de vuestras relaciones.

—Estoy segura de que así será.

—Bien, lo que sea sonará. Estoy algo bebida, cariño, y me ha dado por pensar que

Danny estará arriba, profundamente dormido en una habitación que apesta a humo de cigarro. No quiero llorar delante de ti, de modo que vamos a acostarnos.

El lecho estaba frío como el hielo. Jean permanecía echada allí, mirando a la oscuridad, sin encontrar nada.

Barbara no consiguió dormir y meditó tristemente. Estaba en su vieja habitación, el primer dormitorio que ella recordaba en su vida. Fuera lo que fuese cuanto hicieran sus padres para romper sus vidas, para destrozarlas antes de volverlas a rehacer, la casa de Russian Hill siempre permaneció igual. La habitación de Tom, donde Sam dormía aquella noche, era contigua a la de ella. El mobiliario de arriba nunca había sido cambiado. Como mínimo cuatro veces, Jean había transformado el piso de abajo, yendo de un período a otro, según sus estados de ánimo: de la Reina Ana al Art Nouveau, o al Chipendale chino, reaccionando de esta manera ante la soledad, la insatisfacción, la cólera. Sin embargo, su disgusto ante el decorado de su espacio vital siempre se había detenido ante la escalera que daba acceso a los dormitorios. Barbara sentía gratitud por ello, y le resultaba más difícil, por tal causa, llegar a admitir la muerte de su padre.

Hacía muchos años, mientras ella estaba aún en el colegio, se vio envuelta en la gran huelga de los muelles de San Francisco, así como en el incidente recordado como Jueves Sangriento. Durante aquellos hechos, un joven estibador llamado Dominick Salone se había enamorado de ella, un afecto que Barbara no llegó a advertir y ante el que se mostró indiferente. Durante la huelga, el muchacho resultó muerto; después de su fallecimiento, Barbara sintióse llena de remordimiento por su indiferencia ante los sentimientos de él. No obstante, aquel sentimiento de culpabilidad desapareció pronto, igual que cuando la muerte de Marcel Duboise, el periodista francés que había sido su amante: fue un golpe que supo asimilar. Ella se sobrepuso al dolor porque aceptó la pérdida. Lo mismo sucedió cuando su marido fue muerto en Israel. Ella era una mujer fuerte; nunca se había quedado vacía o destrozada gimiendo interminablemente contra un destino que parecía dispuesto a destruir cualquier felicidad duradera en su vida. Su extraordinaria entereza a veces le resultaba molesta y la impulsaba a preguntarse si era capaz de concebir algún sentimiento profundo o experimentar una auténtica emoción. De joven, tenía propensión al llanto; ahora, como su madre, permanecía acostada a oscuras, con los ojos secos, tratando de asimilar el hecho de que el único hombre que nunca la había abandonado, que durante los cuarenta y cuatro años de su vida había sido su más firme punto de apoyo, ahora se había marchado para siempre. *Para siempre* era en cierto modo distinto a lo que había sido con su amante y su marido. *Para siempre* era insondable.

Casi empezaba a amanecer cuando Barbara se quedó finalmente dormida.



Entonces soñó que ella y Sam estaban a bordo de la embarcación que había hecho Dan, pero no en la bahía, sino en pleno océano, envueltos en niebla y sin posibilidad de que los rescataran.

La mansión de los Devron en Hancock Park, era de paredes entramadas, imitando el estilo de las casas inglesas. Contenía veintidós habitaciones. Hancock Park, todavía una zona elegante en 1958, aún había sido más elegante cuando Christopher Devron, el padre de Carson, construyó su hogar en este sitio. Escogió Hancock Park deliberadamente. Por una parte, porque estaba en el mismo centro de Los Ángeles, como en oposición a los grandes ranchos en donde residían los de su clase social en Orange County y en la ruta hacia Malibú. Si Los Ángeles era su ciudad, él no tenía la intención de ser un terrateniente absentista. Por otra parte, se hallaba situada en la línea de avance —cuarenta años atrás, cuando fue construida— de una ciudad que se desplazaba en dirección Oeste hacia las orillas del Pacífico. La decisión de desplazarse hacia el Oeste obedeció a un instinto de Devron. Ahora, sin embargo, en este año de 1958, Beverly Hills se había extendido al oeste de Hancock Park, y la zona empezaba a mostrar desgaste en sus bordes, lo cual no molestaba en absoluto a los Devron. El hecho de que hubieran elegido Hancock Park ya les bastaba para que fuera bueno: así de simple.

El juicio que emitió Jean Lavette acerca de los Devron habría sido menos despectivo si ella no se hubiera sentido tan hundida. También había que tener en cuenta dos factores adicionales. El primero, la consciencia de San Francisco de que esta ciudad, esta joya del Pacífico, con sus colinas y sus tranvías, que pretendía ser un Nueva York en miniatura, un París en miniatura, era en realidad una ciudad de menos de un millón de habitantes con bastante mentalidad de población pequeña, lo cual no obstaba para que poseyera un fiero sentido de superioridad sobre Los Ángeles, esa inmensa, creciente e informe entidad que se erguía en dirección al Sur. El otro factor era que la madre de Jean fue una Asquith de Boston. Tras considerar ambos factores, era comprensible su opinión acerca de los Devron, una opinión inexacta, dicho sea de paso; tan inexacta e intolerante, por otra parte, como la de los Devron acerca de los Lavette.

En un aspecto, sin embargo, tenía razón. Los Devron eran un clan cerrado, y ahora, en el comedor familiar, el clan estaba reunido para la cena. Siete Devron se hallaban sentados a la larga mesa. Todos eran Devron, porque ya fueran varones o hembras, por sangre o por matrimonio, eran de cualquier manera considerados Devron. En un extremo de la mesa estaba Christopher Devron, de setenta y tres años, un hombre recio y corpulento, con el rostro arrugado como el cuero viejo y espeso cabello blanco como la nieve. Frente a él, en el extremo opuesto de la mesa, Lila Devron, sumamente delgada, con sus oscuros ojos en un rostro aristocrático y de piel

olivácea. Cinco años más joven que su esposo, no permitía que hubiese ningún mechón gris en su cabello, y su piel estirada la hacía aparecer mucho más joven que sus sesenta y ocho años. Su hija Willa —Willa Cather Devron— se parecía a ella, igual que Carson se parecía a su padre. Willa y su esposo, Drew Anthony, cuyo rancho «Arlington» ocupaba una buena parte del Condado de Orange, estaban sentados a la derecha de Lila, con Carson entre Willa y su padre. A la izquierda de Lila, la hermana de Christopher Devron, Sophie, y su esposo, Jamie Coster, cuyo bufete de abogados «Coster & Haley», había representado y luchado por los intereses de los Devron desde que hubieron intereses de éstos en el sur de California. Coster y su esposa, el último fruto del abuelo Devron, tenían unos sesenta y pico años.

La familia solía cenar junta al menos una vez por semana, y quienes conocían a los Devron también sabían que la mayor parte de las decisiones concernientes a sus vastos intereses no se tomaban en las juntas de directivos de sus diversas compañías, sino en estas reuniones familiares. Esta noche acababan de discutir la adquisición de mil acres de tierra en el Condado de San Luis Obispo, debatiendo los pros y contras de sus posibilidades de edificación, cuando Carson decidió comunicar lo que tenía que decir, preparado para enfrentarse a lo que fuera.

—Estoy pensando en casarme —dijo bruscamente—. Creo que ésta es una buena ocasión para informaros a todos, después de lo cual —sonrió—, podrá empezar la batalla.

Christopher Devron conocía a su hijo. Esperó, en silencio.

—¿Empezar la batalla? ¿Cómo quieres decir, querido? —preguntó Lila.

—¿Con todo el mundo? —inquirió su hermana Willa—. ¿O has pensado en alguien en particular?

—He pensado en alguien en particular. La conocí hace tres meses.

—¿Y no consideraste nunca oportuno traerla aquí? —preguntó su madre.

—He tenido mis motivos, madre.

—Estoy seguro de que así será —intervino Christopher Devron—. ¿Cómo se llama? ¿Quién es?

—Se llama Barbara Lavette.

Carson miró a todos aquellos semblantes allí reunidos. Estaban pensando en aquel nombre, buscando en su memoria. Por fin recordaron y esperaron a que Lila hiciera algún comentario.

—¿No será la Barbara Lavette esa...?

—Sí, es la Barbara Lavette esa.

—¿No murió su padre hace unos días... Dan Lavette? —preguntó Christopher—. Página tres —añadió, sonriendo ligeramente—. A este viejo pirata le habría dedicado la primera página. —Él había fundado el *Morning World*.

—Carson, no estás hablando en serio —dijo su hermana Willa.

Los demás observaban a Lila. Ya tenían pensados sus comentarios. Era sólo cuestión de por dónde iba a salir Lila Devron. Muy pocos fuera de este círculo conocían el poder y la fuerza de aquella mujer.

Ella eligió un punto de partida racial.

—Dan Lavette era italiano. Su padre era pescador, si es que sabemos algo en realidad acerca de sus padres. Es cierto que se casó con una Seldon, y reconozco que su hijo, Thomas, es muy rico e influyente. Sin embargo, su vida se vio llena de desagradables escándalos. Si recuerdo bien, tuvo una amante china que le dio un hijo fuera de matrimonio.

«Fuera de matrimonio. Qué maravilloso», pensó Carson. Después añadió en voz alta:

—Ya que hablamos de matrimonio, madre, él también vivió con su esposa sin estar casado. Después contrajo matrimonio con ella por segunda vez. Creo que es extraordinario.

—Qué desagradable —murmuró Drew Anthony.

—No me gustan las impertinencias —le dijo Lila a su hijo—. No es una idea original, pero debo recordar aquello que de tal palo tal astilla. El padre estuvo en la cárcel, y también la hija. Carson, no puedes hablar en serio. Esa mujer es comunista.

—No es más comunista que tú, madre.

—Debo decir algo, Lila —intervino Jamie Coster—. Seguí el caso con bastante interés. Ella fue estúpida, arrogante y testaruda, y quizás estuvo algo complicada en algún asunto feo. Pero no hay razón alguna para pensar que sea comunista.

—No hay razones para pensar que no lo sea —intervino Willa.

—Gracias, querida hermana. No lo es. De eso no cabe duda.

—¿Qué relación tiene ella con el «Banco Seldon»? —preguntó Christopher.

—Ninguna. Vendió su parte a su hermano.

—Lo recuerdo —admitió el anciano—. Creó una especie de fundación de caridad. Fue una insensatez.

—Por otra parte —dijo Jamie Coster a su cuñado—, los intereses de los Lavette son enormes. Quizá son la segunda o tercera fortuna en el norte de California.

—No puedo darte una satisfacción en este punto —dijo Carson sonriendo—. Ella no ha hablado con su hermano durante años.

—Me alegro de que no seas abogado, Carson —dijo Pamie Coster—. Estás defendiendo tu caso muy mal.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Lila en voz baja—. Según recuerdo...

—Sí, madre.

—Si recuerdo bien, debe de ser mayor que tú.

—Tiene cuarenta y cuatro años.

Aquello fue la bomba que Carson había estado esperando, y produjo un profundo

silencio. Todos se miraron entre sí y, finalmente, a Carson. Asimismo miraron a Lila y a Christopher, que contemplaban a su hijo como si nunca lo hubieran visto antes. Drew Anthony se rió nerviosamente cuando Lila le dirigió una mirada glacial. Willa rompió el silencio.

—Bien —dijo, intentando así que se reanudara la conversación. Willa tenía dos años más que Carson; era una mujer morena y enérgica, algo semejante a una versión en joven de su madre.

—Ocho años de diferencia —acabó diciendo el anciano—. Es una diferencia demasiado grande, Carson. A esa edad no podrá tener hijos.

—Creo que no —admitió Carson.

Su madre advirtió que los sentimientos de Carson eran firmes, y conociendo a su hijo, llegó a la conclusión de que ningún razonamiento ni postura férrea podrían apartarlo en este momento de su decisión. Ella se reservaba algunas bazas, pero no estaba segura de que resultaran muy eficaces. Tampoco era cuestión de desheredarlo. El abuelo de Carson, Angus Devron, el fundador de la dinastía, había dejado a sus nietos unos fondos en fideicomiso que habían aumentado sustancialmente, y tanto Carson como Willa poseían su propia fortuna. Su padre podría cesarlo en el cargo de editor del periódico, pero ¿y qué? Había sido formado para ese trabajo desde que abandonó la Universidad; era una tarea que debía realizar un miembro de la familia, y Carson la desempeñaba bien. Teniendo todo esto en cuenta, Lila zanjó la discusión diciendo, con voz fría:

—Carson, creo que será preferible que nos veamos con la mujer que has elegido antes de hablar más sobre el asunto. —Ella había evitado cuidadosamente decir «joven mujer», y prosiguió—: Supongo que nos habrás comunicado esto para obtener lo que en otras épocas más civilizadas se hubiera llamado nuestra bendición. Es de agradecer. —Se puso en pie—. Sugiero que vayamos al salón y dejemos a los caballeros con sus cigarros y su coñac.

Esto era un ritual, conservado quizá sólo por ellos en Los Ángeles. Cuando un entrevistador le preguntó una vez cómo se veía a sí misma y a su familia, Lila Devron replicó sin vacilación:

«—Como una fuerza civilizadora..., que es sin duda la necesidad más angustiosa del sur de California».

Cuando las damas hubieron abandonado el comedor, Christopher Devron encendió su cigarro, miró pensativo a su hijo mientras daba vigorosas chupadas, y después dijo:

—Carson, eres un borde la mar de curioso y testarudo. Quiero ver a esa chica. Debe de tener algo.

—Lo tiene —aseguró Carson.

Frederick Thomas Lavette, el hijo que Tom Lavette tuvo con su primera esposa, Eloise, había pasado los dieciséis años de su vida en un lugar llamado Higate, en el Valle de Napa, California. Higate consistía en tres mil seiscientos cuarenta y dos hectáreas de terreno ondulante al pie de las colinas; la mayor parte de la tierra estaba plantada de vides. Asimismo las bodegas estaban en expansión.

Adam Levy llevaba el negocio junto con su padre, Jake. No es sólo que se hubiera esperado eso de él, es que nunca había deseado otra clase de vida. Sentíase afortunado al poder concentrar su vida en dos pasiones: su esposa, Eloise, y la elaboración de vino. Después de once años de matrimonio, estaba romántica y totalmente enamorado de ella. Eloise poseía esa curiosa personalidad que combina inocencia e inteligencia, una combinación que se encuentra raramente en los hombres y quizá con algo más de frecuencia en las mujeres. Eloise no era ambiciosa: le gustaba la vida que llevaba. Adoraba a su esposo, su hogar y a sus niños. Big Jake Levy, el padre de Adam, la trataba con ternura. A pesar de ser un hombretón ceñudo y dado a estallidos de cólera, la sonrisa de Eloise le hacía adoptar la actitud de un perrito faldero. La esposa de Jake, Clair, la había aceptado de todo corazón desde que se vieron por primera vez. Adam, por su parte, a la sazón un muchacho alto y delgado, rostro alargado y bastante feúcho, siempre había tenido en cuenta el hecho de que ella lo hubiera elegido entre otros muchos hombres. Los rizos rubios de la muchacha, su rostro ovalado y dulces ojos azules respondían a los sueños de Adam en cuanto a mujeres se refería. Otros no compartían su opinión. Sally, la hermana de Adam, solía manifestar que Eloise era como una muñeca estúpida, y Barbara consideraba que el constante buen humor de Eloise no podía ser compatible con una inteligencia real.

Jean, la madre de Barbara, era la que estaba afectivamente más cerca de Eloise. Hacía tiempo que había tomado a Eloise bajo su protección, dándole un empleo en su galería de arte —una breve y fracasada aventura— y le infundió ánimos para divorciarse de su primer marido, el propio hijo de Jean, así como el valor de enfrentarse a su familia, quienes, desde entonces, le dieron la espalda para siempre. Jean era quien la conocía mejor, más incluso que su propio marido. En cada crisis que Eloise debía afrontar, Jean permanecía firmemente junto a ella, como cuando Frederick Thomas se negó a discutir el derecho que su padre tenía de visitarlo.

Eloise tenía dos niños Frederick Thomas nació de su matrimonio con Tom Lavette. Cuando se celebró el funeral de Dan, el muchacho tenía dieciséis años. Joshua, el hijo habido con Adam Levy, nació en 1948, seis años después que Fred. Durante los cinco primeros años de la vida de Fred, su padre prácticamente lo ignoró. Sólo después de divorciarse de Eloise, él se dio cuenta de que un hijo formaba parte del proceso de convertirse en un gigante corporativo. Puesto que era muy improbable que su segunda esposa, Lucy, ya con cuarenta años cumplidos cuando se casó con

ella, le diera hijos, Frederick resultó ser su único heredero. Sin embargo, era demasiado tarde. Los malos tratos que Tom dio a Eloise formaban parte de los primeros recuerdos de Fred; por dos veces había visto a su padre golpear a su madre, y ya que él no sabía nada de la frustración e infelicidad de Tom, llegó a concebir un terrible odio hacia su padre natural. Los días de visita que correspondían legalmente se convirtieron en momentos horribles para Tom y Lucy. Tenían que vérselas con un chiquillo maníaco y destructivo, y cada intento de disciplinar o frenar a Fred sólo servía para aumentar su capacidad destructiva, tanto manifiesta como encubierta. Rompía la lona, desgarraba la tapicería, rayaba valiosos cuadros, mentía, robaba y una vez, a los nueve años, intentó incendiar la gran mansión de piedra gris de Pacific Heights que era el hogar de Thomas Lavette.

A lo largo de este período, cinco años de la vida de Fred, Tom demostró una enorme paciencia. A decir verdad, él deseaba un hijo desesperadamente, quería amar y ser amado, quería soñar en el día en que su hijo se uniera a él en la dirección de su creciente imperio financiero e industrial. Concebía fantasías de hacer cosas junto con su hijo; pretendía establecer cierto tipo de camaradería que su propio padre jamás le había permitido. Soportó a Fred; nunca golpeó al niño, e incluso llegó hasta el extremo de rogar a Eloise que empleara su influencia.

Eloise rogó a Fred que se portara mejor, pero fue inútil, y al cabo de cinco años renunció a sus derechos de visita.

En Higate, Frederick Thomas Lavette era razonablemente feliz. Era un muchacho con imaginación y determinación. Sacaba buenas notas en el colegio sin estudiar demasiado; en el instituto de segunda enseñanza se convirtió en el mejor jugador de baloncesto, leía mucho —sobre todo a Jack London y a Edgar Rice Burroughs— y se erigió en el jefe reconocido de lo que él llamaba «la manada de lobos». Esta manada consistía en el hermano menor de Fred, Joshua, su primo Sam, y su otra prima, May Ling. A ella la admitían por tolerancia. Además de estos cuatro también estaban los dos hijos de Cándido Truaz, el capataz de Higate: Rubio, que tenía trece años, y su hermana, Carla, dos años mayor y que era una muchacha encantadora y apacible. Al igual que May Ling, ella era admitida por tolerancia, así como por el razonamiento de Sam en el sentido de que también existían lobos.

Sam, que adoraba a Fred, pasaba los veranos en Higate, y era durante los meses veraniegos cuando la manada de lobos recorría las colinas del Valle de Napa.

Acababan de empezar las vacaciones de Navidad, y Barbara había accedido a los ruegos de Sam para que le dejara pasar las siguientes dos semanas en Higate. Era un frío día de diciembre cuando en lo alto de las montañas que dominaban las bodegas, los muchachos encendieron un fuego. La llama estaba bien protegida por un hogar de piedra que Adam Levy había construido de muchacho. Los cuatro chicos y las dos muchachas se apiñaban a su alrededor, asando y devorando la insólita combinación

de salchichas y pastillas de malvavisco. Sam y May Ling reanudaron la conversación iniciada en el cementerio, y una vez más May Ling se consolaba con la idea de que su abuelo había llegado a salvo al cielo.

—¿Cómo? —la desafió Sam—. Ya viste lo que hicieron con el abuelito. Lo metieron en un ataúd y lo enterraron. ¿De qué manera va a salir?

—Su cuerpo no. Su alma —replicó May Ling.

—¡Ya! —exclamó Sam con ironía—. ¿Crees que su alma ha subido allí con alas, tocando el arpa? Te apuesto a que conozco al abuelito mejor que cualquiera de vosotros. Ni siquiera era capaz de tocar una chicharra. Y, ¿sabes una cosa? Se le advirtió que dejara de fumar puros. El doctor Kellman le dijo que si seguía fumando puros, eso lo mataría. La abuelita tiraba los puros cuando los encontraba en casa. Pero ¿sabes?, él los escondía en el barco. Cuando navegábamos por la bahía, me entregaba la caña del timón, se estiraba cuan largo era, abría una lata de cerveza y se fumaba un puro. Entonces acostumbraba decirme: «Sammy, una mujer es una mujer, pero un buen cigarro constituye un placer...».

—¿Qué? —interrumpió Fred.

—Eso es lo que él decía.

—Pues no tiene mucho sentido.

—De cualquier modo —dijo Sam a May Ling—, ¿de dónde va a sacar cigarros en el cielo?

—Dios se los dará —respondió May Ling.

—Estás loca.

—Los dos estáis locos, chicos —dijo Fred en tono autoritario—. Eres lo bastante tonta como para tragarte esos rollos que os sueltan en la escuela dominical —le dijo a May Ling—, y Sammy es muy inocente por ponerse a discutir contigo. Sea como fuere, en eso no cree ya nadie. ¿Es que nunca habéis oído hablar de la evolución?

—Yo sí que he oído hablar —dijo su hermano Joshua.

—No fuimos creados, hemos evolucionado..., de los monos, para decirlo con sencillez. Todo ha sido un proceso natural.

—¡Qué cosas más horribles dices! —exclamó Carla.

En aquel momento, el perro de May Ling, un gran pastor alemán, llamado *Casper*, se unió al grupo.

—Y no tenemos alma, igual que *Casper* —afirmó Fred.

—*Casper* tiene un alma —protestó May Ling.

—¿Y va al cielo de los perros cuando se muere? —preguntó Sam burlón.

—¡Sí que va! ¡Sí que va! —May Ling se puso de pie de un salto—. Os odio a todos vosotros.

Después echó a correr colina abajo, seguida por *Casper*. Carla fue tras ella.

Los muchachos se miraron entre sí y entonces reinó el silencio durante un rato.

Por último habló Sam.

—Me gustaría que hubiese un lugar al que pudiéramos ir después de morir. Es espantoso. ¿No te espantas cuando piensas en eso? —preguntó a Fred.

—El padre Garvey dice que uno va al cielo si no peca —dijo Rubio con ciertas dudas.

Fred se encogió de hombros.

—Dame otra salchicha —dijo el muchacho despreocupadamente. Sin embargo, en su interior empezó a formarse un frío nudo de temor, que creció como un bloque de hielo junto a su corazón. En realidad, nunca se había enfrentado con el hecho de que él también tendría que morir alguna vez.

El día siguiente al del funeral, Maria Cassala fue a la iglesia católica en San Mateo y habló con el padre Michaelson. Con sumo tacto le rogó que celebrara una misa por el alma de Dan Lavette. A ella le resultaba difícil tratar con el padre Michaelson. Era una mujer tímida y aunque había vivido en Estados Unidos desde hacía ya más de medio siglo, su inglés no era muy bueno. La mayor parte de su vida se la había pasado confinada en casa, y en ella casi siempre hablaba en italiano a los miembros de su familia. Al principio, el sacerdote se creyó que ella se refería a su hijo, lo cual le asombró, pues él conocía a la familia y nunca había oído hablar de un hijo llamado Daniel. Pero, después, gradualmente, pudo entender la relación que unía a la familia Cassala con Dan.

—Sí, claro. ¿Por qué no? —dijo el sacerdote a la anciana.

Ella lloró mientras le explicó que Dan no se había casado por la Iglesia, que se había divorciado, que se había vuelto a casar con una china que ni siquiera era cristiana, y que había muerto en pecado, sin arrepentimiento y sin los auxilios espirituales de un sacerdote. El padre Michaelson, que tenía unos treinta y tantos años y que contaba con unos cuantos italianos en su parroquia, sentíase intrigado y conmovido por la profundidad de la fe de aquella vieja mujer. Ella le estaba rogando que aliviara los sufrimientos de alguien a quien ella amaba y que estaba condenado, sin lugar a dudas, a quemarse en el infierno por toda la eternidad. Aquella situación lo desconcertó, y sólo fue capaz de preguntar:

—¿Era un buen hombre?

—Créame, le digo la verdad. ¿Por qué tendría yo que mentir? ¿Mentiría yo a un sacerdote?

—Por supuesto que no —le aseguró el padre Michaelson.

—¿Mentiría yo a Dios?

El sacerdote negó moviendo la cabeza.

—Él era un buen hombre... —Ella buscó palabras y se puso a hablar en italiano —: *Compassionevole, generoso, gentile... molto gentile.*



—Entonces Dios le perdonará —dijo el sacerdote.

—¿Rogará usted por él, por favor?

—Rogaré por él —convino el sacerdote, extrañamente conmovido.

El hijo de Maria, Stephan Cassala, se había quedado en San Francisco, y los tres días siguientes al funeral, visitó a diario el hogar de los Lavette en Russian Hill. Siempre que aparecía, sus brazos estaban cargados con comida, pasteles, golosinas diversas; una vez llevó un pavo ahumado, y otra, un jamón cocido. Era amable, agradable conversador y discreto. Jean tenía la impresión de que él no podía olvidarse del difunto. Jean se preguntó durante aquellos días que cómo había conseguido Dan relacionarse con tanta gente que lo recordaba con cariño. También se preguntó por qué sabía ella tan poco acerca de aquellas personas. Después de su propia muerte tampoco sabía quién estaría junto a su familia. Hasta cierto punto le molestaba la presencia de Cassala; él estaba relacionado con una parte de su esposo que ella ignoraba. No obstante, su presencia le resultaba grata, de cualquier modo. Él se conformaba con permanecer en la planta baja mientras ella se refugiaba en su dormitorio; asimismo, ahorraba tanto a ella como a Barbara una serie de palabras inútiles destinadas a los desconocidos que por allí se presentaban.

La tarde del tercer día después del funeral, Cassala estaba allí, dispuesto a regresar a San Mateo, cuando tuvo que abrir la puerta a Carson Devron. Stephan sonrió e hizo una leve inclinación de cabeza. No reconocía aquel rostro, y preguntó si Carson era un amigo de la familia.

—Soy un amigo de Barbara —contestó Carson.

—Está bien. Yo soy un viejo amigo de Dan Lavette —dijo Stephan. Se estrecharon las manos—. Barbara ha salido a tomar el aire. Puede usted esperarla. Mrs. Lavette está en la biblioteca.

—¿Cómo se encuentra ella? Me refiero a cómo está sobrellevando todo esto...

—Tan bien como puede esperarse. ¿La conoce usted?

Carson movió la cabeza en señal de negativa.

—No, nunca nos hemos visto. No sé si seré inoportuno. Creo que será mejor que vuelva en otro momento.

Stephan se encogió de hombros.

—La mitad de San Francisco ha sido inoportuna en estos últimos días. Danny era tan conocido en esta ciudad como Coit Tower. Deje que lo acompañe junto a Mrs. Lavette. Después tengo que marcharme.

Condujo a Carson hasta la biblioteca. El fuego de la chimenea estaba encendido, y Jean se hallaba sentada frente a él, dormitando. Ella se puso en pie cuando entraron los dos hombres. A la tenue luz de la estancia, aquella mujer alta y de cabello blanco resultó por completo diferente a lo que Carson había esperado. A lo largo de los años,

su esbelta figura apenas había cambiado. Aún se conservaba erguida y la única lámpara así como el fuego de la chimenea disimulaban su macilento rostro.

—Soy Carson Devron —dijo él, extendiendo su mano hacia ella—. Barbara debe de haberle hablado de mí. Somos amigos. He considerado que debía venir aquí.

Ella estrechó fuertemente su mano, mirándolo con fijeza.

—Stephan —dijo Jean—, haz el favor de encender una luz —y a Carson—: haga el favor de sentarse donde está oscuro. Ahí. —Cassala encendió otra lámpara—. Por supuesto, Barbara me ha hablado de usted, y estoy contenta de que haya venido. El querido Stephan cloquea a mi alrededor como una gallina clueca..., aunque no sea una comparación muy buena. —Se acercó a Cassala y le besó en una mejilla—. No hubiera podido sobrevivir sin ti, de verdad. Pero, ahora, vete a casa. Barbara regresará dentro de unos minutos.

Cassala se marchó. Jean se volvió a Carson y le dijo:

—Siéntese, por favor. ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Una copa? ¿Ha cenado usted ya? En el frigorífico tengo lo suficiente como para alimentar a un ejército.

—Nada, gracias. Ya comí algo antes de venir aquí. Primero he ido a casa de Barbara. Supongo que antes hubiera debido telefonar.

—Pero, al conocer a Barbara, usted temió que ella le dijera que no viniese —dijo Jean, sonriendo.

—Sí.

—Desde luego, tengo una hija muy extraña, como supongo usted sabrá ya. El hombre que lo ha acompañado hasta aquí, Stephan Cassala, era para Dan como un hermano por lo unidos que estaban. Él y yo compartimos un dolor peculiar. Al marcharse Dan hemos sufrido una pérdida irremplazable. Él ha sido muy amable, pero tiene una esposa y una familia en San Mateo; ya es hora de que me deje con mi dolor. Perdóneme por parlotear así. —Se sentó frente a Carson—. Pero creo que lo conozco a usted. Barbara me ha hablado mucho de usted.

—Supongo que lo habrá hecho —admitió Carson—. Sé que en una ocasión como ésta...

—Una ocasión como ésta —dijo Jean— es muy oportuna para la franqueza. No sé por qué la gente es tan dada a los rodeos al referirse a la muerte. Es lo único cierto a lo que nos tenemos que enfrentar, y quizás es la única vez que somos honradamente sinceros con nosotros mismos. Barbara me ha dicho que usted quiere casarse con ella.

—Sí, quiero casarme con ella.

—Usted es ocho años más joven que Barbara. ¿Cree usted que la cosa marchará bien?

—No se lo he pedido a la ligera, Mrs. Lavette. Tengo treinta y seis años, pero maduré hace mucho. Pasé cuatro años en el Ejército. Me casé una vez, hace diez años. El asunto duró seis meses.

—Lo siento —dijo Jean—. He hablado sin ambages, ¿no es así? Pero Barbara regresará de un momento a otro, y quería hablar con usted claramente antes de que ella llegue.

—Y lo ha hecho, ¿no? Muy bien, Mrs. Lavette. Lo que pretendo decirle es que no soy un reincidente habitual. He esperado largo tiempo antes de decidirme a contraer matrimonio de nuevo, y no deseo perder a la mejor mujer que he conocido porque resulta que nuestras edades no se ajustan a los convencionalismos. He venido aquí a dar mi pésame, y en lugar de... —interrumpió sus palabras.

—¡Dios bendito! El pésame carece de significado. Usted no conocía a mi esposo, ni tampoco conoce a mi hija. Prefiero que hablemos acerca de ella y de usted. Mi hija es una mujer interesante y notable. La imagen de una *girl scout* es ilusoria. Ella ha vivido en diversas clases de infiernos, y ha salido de ellos con la cabeza alta, lo cual no significa que esté dispuesta a aceptar el mundo tal como es. Ella tiene muchas reglas. Yo, por ejemplo, no podría adaptarme a ellas. ¿Cree usted que podría hacerlo?

—Ha efectuado usted una maravillosa descripción de Barbara. Lo intentaré.

Oyeron el ruido de la puerta principal, y después la voz de Barbara.

—Madre, ¿dónde estás?

—En la biblioteca.

Barbara entró en la estancia. Llevaba puesto un viejo y grueso suéter, el cabello revuelto y las mejillas enrojecidas por el viento nocturno. Vio a Carson, guardó silencio y después se decidió a hablar.

—Hola, viejo amigo. Por fin has venido.

Ella se inclinó para besar a Jean. Carson se había puesto de pie y aguardaba. Barbara se acercó a él y lo besó.

—Las dos habéis sufrido bastante, ¿verdad? —dijo él.

—Estas cosas son así.

—Si puedo hacer algo...

—Que estés aquí ya es importante —le aseguró Barbara—. ¿Habéis tenido tú y tu madre tiempo para hablar?

—Pues sí, algo. En efecto, hemos hablado.

Jean los contempló a los dos con interés y no dijo nada.

—Estaba pensando en ti, Kit Carson —le dijo Barbara—. Bajé andando hasta Market Street, y después tomé el tranvía para regresar. Me ha sentado bien; es la primera vez que he salido de casa desde el funeral. Pensé en que no deseaba regresar. No es que odie Beverly Hills. Se trata sólo de un lugar que me llena de tristeza y desesperación, y si fuera uno de esos brillantes y cínicos escritores, podría escribir un libro sobre el tema y sacar provecho del asunto. De este modo... —Se encogió de hombros.

—Yo tengo que vivir en Los Ángeles —dijo Carson.

—Ya lo sé. En eso estaba pensando.

—¿No te gustaría probar?

—A lo mejor. También he reflexionado sobre eso. Voy a preparar té, y después podremos hablar sobre el particular si así lo deseas.

Barbara salió de la biblioteca.

—Bueno, Carson —dijo Jean—, esto es lo que mi marido solía llamar la hora de la verdad. ¿Cree usted que podrá con ella?

—Así lo espero.

Jean asintió y se retrepó en el sofá, mirando hacia el fuego. Si Barbara se marchaba a vivir en Los Ángeles, ella se quedaría sola, más sola de lo que nunca había estado.

## Dos

Barbara y Carson Devron se casaron en junio de 1959. Ya que ambos contraían matrimonio por segunda vez, la ceremonia se celebró en una pequeña capilla en la Grace Cathedral, después de lo cual se ofreció una sencilla fiesta en la casa de Jean, en Russian Hill. Barbara hubiese preferido una sencilla boda por lo civil en la oficina del viejo amigo de su padre, el juez Fremont, pero Carson le hizo ver que aquello no podía ser. La madre de Carson, Lila Devron, consideraba que puesto que habían transcurrido diez años desde su primer desafortunado matrimonio, éste debería celebrarse de un modo en consonancia con la posición de los Devron en Los Ángeles. Pero hacía sólo seis meses que Dan había muerto, y Jean se mantuvo firme en cuanto al dónde y el cómo se debería celebrar la boda. Finalmente estuvieron presentes en la recepción los padres de Carson, su tía Sophie y su esposo, Jamie, así como su hermana, Willa, acompañada por su esposo, Drew Anthony.

Por la parte de los Lavette, la representación era asimismo escasa. Asistieron el hijo de Barbara y sus dos hermanos, Tom y su esposa, Lucy, así como Joe Lavette y su mujer, Sally, lo cual no añadió comodidad o calor a la velada, puesto que Joe y Tom apenas se conocían, y Barbara y Tom no se habían hablado durante años antes de la muerte de su padre. De todos modos, Jean consideró que se debía hacer algún esfuerzo para que los Devron se llevaran una buena impresión de su familia, así como para hacerles comprender que los Lavette de San Francisco —Seldon por parte de la madre— eran iguales si no superiores a los Devron de Los Ángeles en riqueza, aspecto y buenos modales. A Barbara todo esto le pareció enojoso y más bien ridículo; sin embargo, estaba dispuesta a pasar por aquello poniéndose en el lugar de su madre y considerándolo todo como una parte del valeroso esfuerzo de Jean para sobrevivir a la muerte de su esposo.

En conjunto, las cosas no salieron del todo mal. Los Lavette se mostraron correctos y aun amables, tanto entre sí como con respecto a los Devron. Las cuatro mujeres Lavette, Barbara, Jean, Sally y Lucy, ofrecieron un buen aspecto y resultaron atractivas.

Pero, sobre todo, pisaban su propio terreno. Los Devron habían subido desde el Sur, y se consideraran como se considerasen, ningún natural de Los Angeles podía evitar un sentimiento de inferioridad con respecto a San Francisco. Pensaran lo que pensasen acerca de la mujer con la que se había casado su hijo, lo importante era que pertenecía a los Lavette, y éstos eran una de las pocas familias de California que se podían equiparar con los Devron.

Tanto en los asuntos sociales como en los económicos, los Devron seguían la pauta de Lila, y cuando Lila abrazó a Jean, se rompieron los restos de hielo. Carson, junto a Barbara, señaló que su madre era una mujer extraordinaria.

—Ambas lo son —dijo Barbara.

—Pero diferentes, muy diferentes, me imagino.

Él estaba pensando en una noche, durante la anterior semana, cuando Lila le espetó que la boda no se podría celebrar. Ambos se encontraban en el saloncito de Lila, contiguo al dormitorio de ella en la casa de Hancock Park. Lila le había pedido que acudiera, antes de la cena. Quería hablar a solas con su hijo. Lila inició la conversación recordando a Carson que él nunca la había desobedecido abiertamente.

—Hemos tenido nuestras diferencias, hemos discutido —dijo Lila—, pero nunca has hecho nada contrario a mis deseos.

Sabedor de lo que iba a seguir, Carson asintió y aguardó.

—No me estás facilitando las cosas.

—No, madre, así es.

—Muy bien, iré directamente al grano. Esa boda no se podrá celebrar.

—¿Así, sin más, madre? ¿Por qué no me diste tu ultimátum hace una semana o un mes?

—Admito que he sido algo tonta en ese sentido, pero no tan tonta como para permitir que te destruyas.

—¿Te das cuenta de que yo no veo las cosas de esa manera?

—Por supuesto.

—Me puedes desheredar —dijo suavemente Carson—, pero no podrías hacer mucho más en el sentido de castigarme..., excepto impedir que seamos amigos. Creo que te amo, pero no es suficiente, ¿verdad?

—No tengo intención de castigarte. Simplemente te lo prohíbo. No quiero que te cases con esa mujer.

Carson sacudió la cabeza.

—¿Nada más?

—Me voy a casar con ella, madre. Eso es todo.

Y ahora, viendo a Lila abrazar a Jean Lavette, Carson reconoció que nunca conocería del todo a su madre.

Cuando Barbara le informó a su hijo que tenía intención de contraer matrimonio con Carson Devron, su reacción fue un silencio casi sepulcral, un recogimiento en sí mismo del que sólo es capaz un hijo de doce años. No se encariñó con Carson. Éste trató por todos los medios, mediante halagos, regalos, e incluso invitándose a sí mismo al cóctel, de ganar su afecto. Carson era un buen navegante y propuso a Sam que éste fuera el capitán de la tripulación. Pero nada de esto surtió efecto. Sam permaneció encerrado en sí mismo.

—Lo malo no es lo que hace —dijo posteriormente Carson a Barbara—, sino lo que no hace. Creí que la embarcación ayudaría, pero sólo ha servido para empeorar

las cosas. No hay forma de que pueda ganar su afecto.

—Dale tiempo, por favor —le rogó Barbara—. Él nunca ha tenido un padre. Él adoraba a su abuelo. Si tú me hubieras preguntado, te habría aconsejado que no hicieras referencia a la embarcación. Ésta era algo muy exclusivo de él y de Dan Lavette.

Cuando se anunció finalmente la fecha de la boda, Sam anunció que no asistiría.

—Eso no tiene nada que ver conmigo —dijo sencillamente.

Después, ambos hablaron. Era la primera vez que Barbara había hablado abierta y seriamente con su hijo, sin reservas, revelando sus propios temores y dudas.

—No sirvo para vivir sola —confesó ella—. Tengo cuarenta y cinco años y estoy asustada. Siempre te he tenido a ti. Pero semejante situación tendrá un fin, y antes de lo que puedes imaginarte.

—¿Por qué tendrá un fin?

—Déjame que te lo explique. No es algo fácil de expresar. Por tu propio bien, tu propio bienestar y tu propia vida, tanto tú como yo debemos arreglárnoslas solos. Siempre he tratado de que fuera así. Dentro de pocos años irás a la Universidad, y después... Bueno, lo que decidas hacer con tu vida. Podemos amarnos mutuamente, pero que el cielo nos ayude si nos aferramos el uno al otro.

—¿Quieres decir que no deseas tenerme a tu lado?

—Sammy, Sammy, cariño. Eso sería lo último que se me ocurriría. Quiero tenerte a mi lado. Deseo poder verte, abrazarte y alimentarte. Pero quiero que seas libre, y, del mismo modo, yo debo ser libre. Carson no es como tu padre, pero nadie podría ser como él, y yo no puedo retroceder en el tiempo y volverme a convertir en una mujer joven. He encontrado un buen hombre que me ama, y me siento afortunada, muy afortunada, y eso es algo que quiero que comprendas.

—Trato de hacerlo —dijo Sam—. Trato de hacerlo.

—Y deberás comprender asimismo que después de la boda, nos marcharemos de viaje durante unas semanas, Carson y yo. El curso habrá terminado para entonces. Si lo deseas, puedes ir a Higate.

Sam asintió.

—No te sientas dolido conmigo, por favor, querido —le rogó Barbara.

Ella se lo explicó a Carson posteriormente.

—No hay nada tan cerrado e inaccesible como un chico de su edad. De forma que tú decidirás. No lo enviaré otra vez al colegio. No puedo hacerlo. Sería demasiado terrible para él.

—Le daremos tiempo. No soy un ogro.

—Claro que no. Tienes razón. Le daremos tiempo.

—¿Y la luna de miel?

—Él se quedará en Higate. Es el sitio que más le gusta, y estaremos fuera sólo un

mes.

Adam Levy era presidente de «Higate Winery». Su padre, Jake Levy, ahora con sesenta años, aún dirigía la granja en el Valle de Napa, y supervisaba el trabajo en las bodegas, pero en los años posteriores a la Prohibición, cuando Jake y Clair Levy compraron un lagar en ruinas y tres mil seiscientos cuarenta hectáreas de buena tierra por unos millares de dólares, la «Higate Winery» se convirtió en la cuarta en importancia del Estado de California. Tenía oficinas en la calle Sacramento, en San Francisco, así como un almacén en Los Ángeles, y al mismo tiempo que todas las hectáreas productivas de Higate estaban plantadas de viñedos, su producción había alcanzado tal volumen que tomaron en arriendo casi cuatro mil hectáreas en el Valle de Sonoma y habían empezado a comprar más vides en el Valle de San Joaquín.

Eso significaba que Adam Levy debía estar frecuentemente ausente del Valle de Napa, algo que su esposa Eloise aceptaba sin quejarse. Barbara le envidiaba su capacidad de vivir satisfecha en un mundo tan limitado. A sus cuarenta y un años, Eloise apenas se diferenciaba de la hermosa y vulnerable muchachita con la que Tom, el hermano de Barbara, se había casado, divorciándose después. Pero su hermosura, casi de tarjeta postal, con su rostro ovalado, ojos azules y cabello rubio, ocultaba a una mujer cuya vida estaba llena de dolor, ansiedad y temor. El dolor se lo causaba una migraña crónica, y su ansiedad era asimismo constante.

Ella vivía con temores concretos y otros vagos. El principio de sus ataques de migraña se presentaba a menudo sin avisar, y el dolor era terrible, no había un momento de su vida en que no esperara el ataque. Sus temores vagos eran diversos, y tenían su origen hacía años en la creencia de que el esposo del que se había divorciado, Thomas Lavette, le quitaría a su hijo. Cuando este miedo se desvaneció, después del nacimiento de Joshua, su segundo hijo, fue remplazado por una ansiedad amorfa que no tenía ninguna causa real y aumentaba su vulnerabilidad; y dado que ella poseía pocas defensas, adoptaba una actitud de imperturbabilidad poniendo semblante de muñeca, lo cual a menudo era tomado por estupidez. Mrs. Johnson, que era la asesora de Frederick en el colegio local, cometía este error. Había considerado oportuno visitar a la madre de Frederick en su casa, y ahora se preguntaba si todo lo que había dicho no le habría entrado por un oído y le habría salido por el otro, sin haber comprendido posiblemente nada de nada. Eloise se limitó a permanecer sentada escuchando, sin que su rostro denotara la menor emoción.

—Pero no es que él sea malo. ¿Es alborotador o entorpecedor?

—¿Entorpecedor? —preguntó Mrs. Johnson—. Sí, por supuesto, entorpecedor. Se burla de sus profesores. Eso es entorpecedor.

—Pero ¿cómo? No entiendo de qué manera.

—He estado tratando de explicárselo. Miss Catell es su profesora de inglés. Un



día dio una lección; al siguiente, preguntó por el *imput* de los alumnos con respecto a la lección. Su hijo se atrevió a informar a Miss Catell que *imput* significa algo que se mete dentro, no algo que se gasta. Después prosiguió advirtiéndole a la profesora que su conocimiento del idioma inglés era primitivo, en el mejor de los casos. Puede usted imaginarse el efecto que causó en la clase. Y también la impresión que se llevó Miss Catell.

—Pero ¿tenía él razón? —preguntó Eloise desesperadamente.

—No es cuestión de que tuviera o no razón, ni tampoco es la primera vez que él ha hecho algo semejante, y no sólo en la clase de Miss Catell, sino también en la de Mr. Pickwick, nuestro profesor de Ciencias, a quien corrige constantemente, y en su clase de estudios sociales... ¿Necesito proseguir? Si no consigo hacerle comprender a usted cuál es el efecto que causa en la escuela, entonces, realmente...

—Creo que comprendo —susurró Eloise—. Hablaré con él...

—Eso no será suficiente. Creo que debo pedirle que se lo lleve de nuestra escuela.

—Faltan pocas semanas para que acabe el curso —rogó Eloise.

—Me gustaría hablar con su padre.

—Mi esposo está en San Francisco. Pero mañana hablará con usted, se lo prometo.

Al día siguiente, Adam fue a la escuela y habló con Mrs. Johnson, y por la noche sostuvo una conversación con su hijo. A Fred siempre lo había considerado como un hijo propio. Al igual que Eloise, Adam hablaba suavemente, era una persona llena de ternura. Tanto con su madre como con su padre, Fred invertía los papeles, como si ellos fueran sus hijos, y nunca dejaba de emplear con ellos su mordacidad. Ahora escuchó a su padre y movió la cabeza con impaciencia.

—No soy un idiota. No puedo quedarme sentado allí un día detrás de otro, siendo supuestamente educado por idiotas.

—No son unos idiotas, Fred, son profesores muy calificados.

—¿Quién los califica?

—No estoy negando tu inteligencia —dijo Adam pacientemente—. Eres mucho más brillante que la mayoría de los chicos de tu edad. Esto debería darte mayor dominio sobre ti mismo a fin de superar esta situación. Tienes que concluir el semestre, y después, al cabo de otro año, irás a la Universidad.

—Lo intentaré —prometió Fred.

Silencioso y sombrío, Fred aguantó las siguientes dos semanas. Después empezaron las vacaciones de verano. Esperaba ansiosamente a que llegara Barbara con Sam. Al verlos, dirigió un breve saludo a Barbara y condujo a Sam, corriendo, hasta la parte superior de la colina, sin detenerse hasta que los dos chicos se dejaron caer sin aliento junto al viejo hogar de piedra.

—¡Oh, Dios mío! ¡Este lugar es real! —dijo Sam—. Todo lo demás es una

mierda. Esto es real y, durante un mes, no tendré que ver a ese tiparraco con el que mi madre se ha casado.

—Veo que no te gusta Kit Carson.

—Puedes asegurarlo. ¿Y si le pidiera un trabajo al viejo Jake? ¿Crees que me daría uno? Me podría quedar todo el verano, quizá, si tuviera un trabajo aquí.

—¿Qué edad tienes ya? —le preguntó Fred.

—Casi trece.

—Bueno, podrías intentarlo. Eres casi tan alto como yo. Este verano nada de manada de lobos, porque estoy trabajando en la planta embotelladora. Excepto los fines de semana. Causé algunos problemas en la escuela, y por poco me expulsan. Me hubiera gustado que lo hubiesen hecho. Yo era demasiado listo para esos idiotas que llaman profesores, pero ya les di para ir pasando.

—Oh, Jesús, me habría gustado que hubieses estado en Roxten conmigo. Te necesitaba, Freddie. Me hicieron la vida imposible. —Se volvió hacia su primo y le preguntó con curiosidad—: Pero ¿por qué querían expulsarte? Mamá me ha dicho que saliste con todos los honores, y además perteneces al equipo de baloncesto.

—Es a causa de mi conflictivo carácter. Un ejemplo. Ese tipo, Burns, enseña estudios sociales. Habla acerca de gente de pedestal. Se refiere a la gente que uno pone en un pedestal. Yo aborrezco la forma de expresarse de la revista *Time*, y de cualquier modo, él no dice pedestal, sino pederasta. De modo que me levanto y digo: «Mr. Burns, supongo que no querrá decir pederasta». Él me mira despectivamente y me pregunta: «¿Qué diablos es pederasta?». Fíjate, ¡madre mía! No sabe lo que significa esa palabra. Me sentí obligado a explicarlo. ¿Podía yo hacer otra cosa, Sammy?

—Claro que no —admitió Sam, tan ignorante como Mr. Burns del significado de la palabra.

Llevando la maleta de Sam, Barbara siguió a Eloise escalera arriba hasta la habitación que Sam compartiría con Joshua, el hermano de once años de Fred. La habitación era agradable y soleada. Barbara expresó su satisfacción.

—No sé cómo agradecértelo —dijo Barbara.

—Barbara, te quiero, y queremos a Sam, y los chicos están locos por él. Además somos familia, e hiciera lo que hiciese, nunca podría corresponder lo suficiente a la amabilidad tuya y de tu madre.

Barbara pensó que no había forma de pagar aquello. Aquel lugar en el Valle de Napa, con sus amplios edificios de piedra, sus niños y perros, así como interminables filas de vides, como una gigantesca alfombra de nudos, le había dado una familia. Sin la gente que vivía allí —Jake Levy y su esposa, Clair; la vieja dama, su madre; Adam y Eloise, así como el hermano de Barbara, Joe, con su esposa Sally— sin ellos

estaban solos ella, su madre y Sam. En otros lugares, tener una familia era cosa normal, pero California era aún una tierra de exilio.

Eloise preguntó por Jean.

—Pues, mira, no sé —dijo Barbara—. Hay días en que parece volver a ser ella misma, pero después vuelve a presentarse la depresión.

—Le he rogado que venga y esté conmigo.

—No. Hasta Oakland es una tierra salvaje según el punto de vista de mamá. No se moverá de San Francisco, y casi nunca pone el pie fuera de casa. Ya sé que supondría un sacrificio para ti dejar a los niños, pero si pudieras pasar aunque fuera un día o dos con ella... Jean te quiere, Eloise.

—Veré lo que puedo hacer. Me gustaría. Tengo bastante ayuda para llevar la casa, y Adam comprenderá. ¿Cuándo os marcháis tú y Carson?

—Mañana. Iremos en vuelo a Nueva York, y después tomaremos el *Cristoforo Colombo* para desplazarnos a Génova. Pasaremos una semana en Florencia y Roma, y posteriormente dos semanas en un hotel de Ischia, en la bahía de Nápoles.

—¡Qué maravilloso! ¡Cómo te envidio!

—No sé... Bien, espero que resulte bien. Estaremos fuera cinco semanas.

—Claro que resultará bien. Nunca conocí una auténtica luna de miel. La primera vez, con Tom, fue algo desgraciado, y cuando me casé con Adam no tuve valor para dejar a Freddie.

—Ya lo sé —admitió Barbara—. Tengo mis problemas, pero Carson necesita descansar un poco del periódico, y yo me siento tan vieja. Ya sabes que tengo cuarenta y cinco años.

—Nunca has tenido mejor aspecto. No has cambiado ni un poco desde la primera vez que nos vimos.

Barbara se echó a reír.

—¡Qué tontería!

—Es verdad. Si yo planeara una luna de miel, tendría que empezar en París.

—Sí. Eso es lo que dijo Carson.

Estuvieron a punto de tener su primera pelea real. Carson propuso que comenzara su luna de miel pasando una semana en París.

—Te dije que yo estaba con la segunda Acorazada cuando entramos en París, y nunca he regresado allí. Siempre tuve intención de hacerlo, pero, por alguna razón, no me fue posible. Me gustaría ir allí contigo, sobre todo teniendo en cuenta lo bien que hablas el francés. Bueno, valdría la pena, ¿no crees?

Barbara movió la cabeza.

—No. No lo veo así, Carson.

—¿Por qué?

—No puedo ir allí de luna de miel. Trata de comprender.

—¿Qué debo comprender? ¿Es por Marcel? Hace veinte años que murió. ¿O es por Bernie? Murió hace diez años. ¿Es que nunca olvidas?

—Los dos están muertos. No deseo hablar de ellos.

—Sin embargo, es por eso, ¿verdad? Y si es así, razón de más para ir a París y deshacernos de ambos fantasmas.

—No hay ningún fantasma —dijo suavemente Barbara—. Quiero que este viaje sea positivo y maravilloso. En toda mi vida nunca he hecho un viaje de vacaciones relajada y feliz. No podría sentirme así en Francia.

—Lo cual significa que nunca pisaremos Francia.

—No, no, Carson. No es eso. Iremos a Francia... Adonde quieras ir. Pero, por favor, no en nuestra luna de miel.

Su reacción reveló un aspecto de su carácter que ella aún no le conocía. Él se enfurruñó. Se apartó de ella. Se mostró como un muchachito frustrado. Lo único bueno es que el enfado duró sólo una hora aproximadamente. Más tarde, él le dijo:

—He sido un idiota con este asunto. Claro que comprendo tus razones.

Barbara no estaba segura de haberlo entendido ni ella misma, ni de que Carson lo hubiera hecho. Ahora le dijo a Eloise:

—No sé por qué te estoy explicando todo esto. Pero es que estoy tan asustada...

—¿De qué?

Se habían invertido los papeles. Siempre había sido Eloise, asustada por todo, quien había acudido a Barbara en busca de apoyo.

—De lo que he hecho —confesó ella—. De este matrimonio. Sucedió que el mundo se rompió en pedazos con la muerte de mi padre... y ésa fue la razón.

—Pero, Bobby, él te ama y tú también lo amas.

La expresión del rostro de Eloise era tan triste que Barbara se echó a reír.

—Por completo. Y viviremos felices por siempre jamás.

Cuando el doctor Kellman informó a Jean que le gustaría recetarle unas pastillas para dormir, pero sólo cuatro a la vez, ella lo miró con asombro, y después soltó una carcajada. Era la primera vez que Kellman la veía reír desde la muerte de Dan.

—Milton, es un sol, tan preocupado y solícito. No te preocupes, no voy a quitarme la vida.

—Nunca se me ha ocurrido nada semejante.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué cuatro a la vez..., ya sabes lo tonto que es eso, Milton? Podría guardarlas durante varias semanas, y después *finis*. No temas. Duermo poco, pero sé que es algo propio de mi edad. Tengo sesenta y nueve años, ya lo sabes, y eso significa ser una vieja. A propósito, ¿es ésta una visita profesional?

Kellman se había presentado inesperadamente y ahora, de pie e incómodo en el salón, él le aseguró que no era así. Era un hombre delgado, calvo, de unos cincuenta y

pico años, con gafas de gruesos cristales. Miraba a aquella mujer alta, de cabello blanco, que tenía frente a él.

—Nada de vieja —le dijo—. Tiene buena salud. Lo que necesita es aire puro y ejercicio.

—Supongo que todo esto se lo ha recomendado Barbara. Y si ésta no es una visita profesional, sentémonos y tomemos algo... ¿una copa? No, creo que es temprano para los dos, y no me estoy volviendo una alcohólica, si eso es lo que sospechas.

—Nunca lo he pensado.

—¿Tomamos té?

—Un té nos sentará bien. Dispongo de veinte minutos. Les quito diez a mis pacientes y otros diez al hospital.

—Te envidio. Yo no tengo nada. Desde la mañana hasta la noche, nada. Y no me compadezco; me limito a señalar un hecho.

—Entonces eso deberá cambiarse.

Tomaron asiento en el pequeño cuarto para desayunos, situado en la parte posterior de la casa. Desde la ventana se dominaba la bahía y el puente. Ella y Dan habían estado frente a frente en aquel lugar en múltiples ocasiones. Kellman admiró la vista.

—Siempre he soñado con una vista de la bahía y del puente. Nunca lo he logrado.

—La bahía estaba aquí cuando Dan y yo construimos la casa —comentó Jean—. El puente no. Pero ya sabes, Milton, se llega a un punto en que uno no se fija en las cosas. Tiene que haber otra persona, si no, carece de significado. Uno no le hace aprecio. Había veces en que Danny y yo veíamos la televisión; no muy a menudo, sólo de vez en cuando. No puedo verla sola. Sería un fastidio.

—Porque se encierra en casa. La bahía está ahí, y también el puente. Salga. Pasee. Coja los tranvías. Vaya de compras.

Sonriendo, Jean asentía.

—Los doctores son maravillosos.

—¿Le hago una receta para las pildoras? Un largo paseo le sentaría mejor.

—No, olvídense de las pildoras. Se preocuparía demasiado.

Jean lo acompañó hasta la salida, cerró la puerta cuando él se hubo marchado y después se miró al espejo del vestíbulo. Examinó atentamente las arrugas en torno a sus ojos y labios, se estiró un mechón de cabello, se echó los hombros hacia atrás.

—¿Qué dirías, Danny? —murmuró ella—. ¿Una hermosa figura de mujer? Bueno, no realmente. Tú escogerías tus palabras más cuidadosamente, ¿no es así? Como un toque de orina y vinagre... sí, algo semejante. Supon que lo intentamos.

Élla fue al piso de arriba y se puso un traje de lana marrón, la chaqueta sobre un suéter de casimir. Se peinó, consideró la posibilidad de teñírselo, y se lo sujetó por la parte posterior del cuello de una manera que a ella le pareció rejuvenecerla

excesivamente unos treinta años.

«Al diablo con aquella idea —pensó—. Me gusta de esta manera, y también le habría complacido al viejo Dan». Llamó a su ama de llaves.

—Mrs. Bendler. ¡Voy a salir!

—¿Digo que le traigan el coche?

—No. No quiero coche.

—¿Volverá usted para la cena?

—No lo sé. Puede irse a casa. Probablemente comeré un bocado en cualquier parte y me meteré en un cine.

Fuera, brillaba el sol y el viento soplaba con fuerza.

«Ya han pasado siete meses —se dijo cuando empezó a descender colina abajo—, siete largos y podridos meses. Ya es hora de que deje de llorar».

La razón por la que Barbara estuvo a punto de perder el transbordador del hotel desde Ischia hasta tierra firme fue que se detuvo en el pueblo a comprar un pañuelo de seda. La calle llena de bonitas tiendas que arrancaba del puerto de Ischia siempre le hizo sentirse incómoda; y los precios eran asimismo desorbitados. Se entretuvo demasiado rato con los pañuelos, consultó su reloj, y pagó por el que ya tenía en la mano, de color azul pálido. Después echó a correr hacia el muelle. El hermoso transbordador, semejante a un yate, ya se había separado del muelle. En popa, un hombre alto y de cabello gris, le hizo una mueca y gritó:

—Si es saltadora, lo puede lograr.

La separación era de más de un metro, y cada vez era mayor. Sin pensarlo dos veces, Barbara dio el salto. El hombre estiró los brazos y la sujetó cuando ella se tambaleó en el borde. Una vez Barbara hubo recuperado el equilibrio y el aliento, le dio las gracias y le dijo que la había salvado de un baño desagradable.

—¿Nada usted?

—Muy bien.

—Entonces no he salvado su vida, ¿verdad?

El hombre tenía acento italiano, y la observaba interesado y divertido. Era muy alto, más de metro ochenta, quizá de unos cincuenta y cinco años, delgado, con ojos azul pálido y un talante reservado aunque agradable.

Le resultaba vagamente familiar, y Barbara tenía la sensación de que lo había visto en el hotel.

—Mi vida no, pero mi pañuelo se ha quedado ahí —dijo ella, señalando hacia donde el chal azul flotaba, retrocediendo—. Pero se lo agradezco... Creo que no nos conocemos.

—Estoy en el hotel. No, no nos conocemos. La he visto con ese apuesto joven... ¿Es su esposo?

—Sí, soy Barbara Devron.

—Encantado de conocerla. Me llamo Umberto Leone, y ya que no he salvado su vida ni su pañuelo, quizá podría pagar mi torpeza invitándola a un *cappuccino* o a un coñac.

Barbara no vio ninguna razón para negarse. El viaje de Ischia a Nápoles tardó más de una hora, y resultaba más agradable estar sentada en la cubierta superior tomando café y hablando con un italiano encantador que permanecer sola y mirar a las gaviotas. Por otra parte, además de Umberto Leone, los únicos pasajeros eran cuatro rollizas señoras alemanas con las que Barbara no quería saber nada.

Y Leone era encantador. Poseía ese don italiano de hacer sentirse a una mujer muy importante sin asediarla de forma molesta. Le dijo a Barbara que estaba casado, que tenía cuatro hijos y que era presidente de una pequeña compañía automovilística de Milán.

—Pero, una vez al año —dijo él—, me paso dos semanas en Ischia. Todavía es el lugar más hermoso que conozco... por el momento. Dentro de unos pocos años, sin duda, se convertirá en otro Capri, pero aún no. Y con esta adorable embarcación, uno tiene Nápoles al otro lado de la bahía. Adoro Nápoles. Es la verdadera Italia. Sí, existe pobreza, hay ladrones y mendigos, pero también están los napolitanos.

—Ya lo he notado —admitió Barbara—. Lo encuentro más excitante que Roma, y más pintoresco. Mi esposo no está de acuerdo conmigo. La pobreza le repele.

—Es comprensible, teniendo en cuenta que ustedes son de California.

—¿Cómo? No le comprendo.

—He estado allí sólo dos veces, pero siempre lo he visto como un lugar en donde no existe la noción de la pobreza.

—No sé si eso es un cumplido o no —dijo Barbara riéndose—. Pero está usted equivocado, Mr. Leone. Tenemos nuestra pobreza..., demasiada, desde nuestro punto de vista.

—Quizás. Un turista ve lo que se supone debe ver. Pero, dígame... ¿por qué este viaje a Nápoles sola? Para la mayoría de norteamericanos son preferibles las tiendas de Ischia.

—No he salido de compras. Voy a volver a Pompeya. Estuve allí con mi esposo la semana pasada, pero sólo durante unas pocas horas. Ese lugar me fascinó, de modo que he decidido regresar sola y pasar allí un día entero.

—¿Es que a su esposo no le gustó?

—Sí. Pero considera que con una visita basta. Él se va a pescar, y a mí no me gusta la pesca. Además, ambos consideramos que será beneficioso que pasemos un día separados.

—Es posible. ¿Hace tiempo que está usted casada?

—Hace unas pocas semanas. Estamos en nuestra luna de miel. —Él la miraba con curiosidad, y Barbara añadió—: Ambos nos hemos casado por segunda vez, por si le

interesa saberlo.

—Nunca llegaría a la descortesía de preguntarlo. Ustedes dos forman una espléndida pareja, de modo que la gente se fija en ustedes y se hacen comentarios. ¿Es su marido un editor de periódico?

—Sí, el *Los Angeles World*. El inglés de usted es excelente. ¿Ha vivido en Inglaterra o en Estados Unidos?

—Viajo mucho. Y, durante la guerra, estuve con sus fuerzas. Entonces no era un fabricante de automóviles. Despreciaba a Mussolini.

—Pero, teniendo en cuenta que soy una norteamericana rica, usted creerá que yo lo admiré...

—Posiblemente —contestó él extendiendo las manos—. Pero lo dudo.

—No lo admiré. En lo más mínimo. Y ya que estamos en plan de confidencias, ¿no pone su esposa ninguna pega a que pase usted unas vacaciones solo?

—¿Por qué motivo? Ella es una mujer inteligente. Y ésta es una válvula de escape. ¿Sabe?, nuestro matrimonio es feliz, pero yo también soy un hombre. No soy un prisionero. Tampoco ella.

—Eso es muy progresista —dijo Barbara, sonriendo ligeramente— para un...

—Usted quiere decir para un italiano.

—¿De verdad? Entonces, perdóneme.

—No hay de qué. ¿Por qué debería saber usted más acerca de los italianos de lo que yo conozco de los norteamericanos?

—Porque yo soy medio italiana. Ésa es una razón.

—¡No! ¿De verdad?

—De verdad. Dos abuelos eran italianos. Nunca los conocí. Murieron antes de que yo naciera. Los otros eran protestantes norteamericanos blancos de pura cepa. De modo que ya lo ve: debería tener una idea acerca de todo esto. Pero temo que no es así.

—Es usted una mujer interesante, Mrs. Devron. ¿Cómo ha pensado usted llegar hasta Pompeya?

—En el puerto hay taxis. Alquilaré uno para todo el día.

—Tengo mi coche en el muelle. No quiero presionarla ni darle la impresión de que la quiero conquistar. No tengo otros motivos más que la perspectiva de pasar unas cuantas horas agradables. De cualquier modo, me encantaría poderla llevar en mi coche hasta Pompeya.

—No... no, realmente no es necesario. Es usted muy amable...

—No se trata de amabilidad. En lugar de pasar el día solo, gozaría de una compañía encantadora. Soy una persona bastante civilizada, de modo que estoy seguro de que usted no tendrá..., bueno, ¿cómo podría expresarlo en inglés?, digamos que momentos incómodos. También, al ser italiano, hablo este idioma. ¿Y usted?



—No, yo no lo hablo.

—¡Ah! ¿Ve cómo podría serle útil? Acepte mi invitación, por favor. Y si le resulta inconveniente que su esposo se entere de que ha ido a Pompeya en el coche de un hombre al que apenas conoce, entonces mis labios permanecerán cerrados.

—No, si vamos allí juntos, no hay razón de mantenerlo en secreto. Estoy casada. No soy una esclava.

—¡Bravo! Entonses, ¿acepta usted?

—No. Es muy amable de su parte, pero creo que no debo hacerlo.

Sin embargo, para cuando el transbordador llegó al puerto de Nápoles, Barbara ya había aceptado la oferta de Leone. La verdad era que ella estaba aburrída, y que si bien deseaba volver a visitar Pompeya, no soportaba la perspectiva de pasar un día sola, ni podía aceptar la idea de que posiblemente se había aburrído otros días de su luna de miel, que algo dentro de ella había sufrido una transformación o cambiado, que había entrado en un matrimonio con un poso de profundo recelo. Amaba a Carson; cuando se preguntaba a sí misma si realmente lo amaba, ella se respondía siempre de forma afirmativa y simplista; amaba a su esposo.

El coche de Leone, aparcado junto al muelle, era un modelo deportivo aerodinámico y lujoso, de color negro.

—Es un *Carlotta*—, así se llama mi mujer. Es mío, quiero decir que los fabrico yo —explicó él, casi en tono de disculpa—. Somos una pequeña compañía, fabricamos entre doscientos y trescientos coches cada año, pero cada uno es como una obra de arte. No quiero ser presuntuoso. Verdaderamente, me disgusta la gente que convierte el automóvil en un fetiche. Pero fabricarlos es mi modo de vida... —Guardó silencio. Estaba algo cohibido.

Barbara sintió que aquel hombre le gustaba. Le encantaba su franqueza, que la tratara como a un igual en inteligencia.

—Es un hermoso coche —dijo ella—. Y yo vengo de un lugar donde los coches son una ideología y como fetiches, de manera que, por favor, no pida disculpas. Alguien que construye algo tan bello no debe disculparse.

—Pero a usted no le interesan los coches, la ropa...

—¿Es eso una forma discreta de decirme que visto horriblemente?

—Usted viste de forma maravillosa, pero con desinterés. Usted cree que tiene buen aspecto poniéndose lo que se ponga. ¿No estoy en lo cierto? Usted recorre las tiendas de Ischia para comprar un pañuelo, y luego lo pierde al saltar, pero ni siquiera lo comenta.

—La arrogancia de una mujer rica.

—A lo mejor no.

Cruzaron Nápoles en coche. En la carretera hacia el Sur, Leone le preguntó:

—¿Ha visto usted alguna vez el Vesubio?

—¿El volcán? No.

—Entonces, ¿sería usted capaz de ir a Pompeya sin ver el monstruo que la embalsamó con cenizas? Creo que no. Será sólo cuestión de una hora echar un vistazo al Vesubio, y usted nunca lo olvidará.

La forma en que el coche deportivo negro ascendía por la sinuosa carretera que conducía hasta el Vesubio, hizo creer a Barbara que Leone había sido en un tiempo piloto de carreras, pero ya que él no lo había mencionado, ella no lo sacó a colación. Ella estaba llena de sentimientos de culpabilidad y de reservas mentales. Sin embargo, Barbara disfrutaba enormemente. Leone había levantado la capota del coche, y el viento, al dar con fuerza en el rostro y en el cabello de Barbara, la hizo sentirse más viva, más despierta que nunca en todos los meses transcurridos desde la muerte de su padre. El riguroso mundo de los Devron y los Lavette por el momento quedaba olvidado. Dejaron el coche aparcado y fueron con el funicular hasta casi el borde del gran volcán. Después se situaron en el propio borde. Cuando Barbara se inclinó mucho para ver mejor el humeante interior, Leone la cogió por la cintura y después le pidió rápidamente perdón.

—Es peligroso —explicó él—. ¿Es que nunca considera el peligro?

—No, no muy a menudo.

—Ya me he dado cuenta. Es mejor tener un poco de miedo. Después conduciré más cuidadosamente. —A continuación él siguió hablando de carreras automovilísticas cuando era más joven, pero lo hizo con disgusto—. Poner en riesgo una vida por eso... ¡es estúpido!

—Sin embargo, usted fabrica coches que van a ciento ochenta kilómetros por hora.

—Eso es porque a la gente le gusta. No, es una excusa necia. Los fabrico porque el vehículo en sí es hermoso.

Almorzaron en el restaurante para turistas en Pompeya; el vino tinto fue excelente, pero la pasta no era muy buena.

—Los spaghettis del Sur no son de lo mejor, excepto quizás en un lugar de Capri —se disculpó él.

—Conozco el sitio.

—¿De verdad?

—¿Ha oído hablar usted alguna vez de Richard Halliburton? —Él negó sacudiendo la cabeza—. No, estoy segura de que no. Era un escritor norteamericano que recorrió el mundo buscando aventuras, aventuras pasadas de moda tales como cruzar a nado el Bósforo y escalar los Alpes; de cualquier modo, lúe un héroe de mi juventud así como de otro millón de muchachas, y una de las cosas que hizo fue nadar en la Laguna Azul. Bueno, le hablé a Carson de eso, y no se le ocurrió otra cosa más que alquilar una barca de remos e ir a la Laguna Azul para nadar. Creo que se lo

estropeé, porque yo también nadé allí, y luego vimos aquella escalera metálica y, en la parte superior del acantilado, aquel pequeño restaurante, con mesas fuera dominando la bahía.

—Sí, conozco el lugar —dijo Leone sonriendo.

—Comimos spaghetti con salsa dulce de mantequilla y bebimos vino tinto. Fue un manjar de dioses.

—Y su Carson... ¿le gustó a él tanto como a usted?

—Más.

Siguieron hasta Pompeya. Leone observó a Barbara cuando ella se halló en el foro, con la barbilla levantada, los hombros echados hacia atrás, como si mediante algún hechizo, ella pudiera hacer retroceder el tiempo y resucitar la ciudad.

—Hasta ahora me he contenido para no decirle lo hermosa que usted es. Estoy seguro de que lo habrá oído decir demasiadas veces.

—Tengo cuarenta y cinco años, Mr. Leone —le contestó ella secamente.

—Eso no cambia las cosas. La llamaré Barbara si usted me llama a mí Bert. No hemos sido debidamente presentados, pero llevamos juntos cinco horas.

Barbara lo estudió reflexivamente antes de contestarle.

—Si así lo deseas...

—Sí, lo deseo. Tengo diez años más que tú. Barbara. Mrs. Devron. Mr. Leone. Ridículo. Ni siquiera te he cogido del brazo. Somos amigos... eso creo. ¿Por qué todas las mujeres norteamericanas consideran que los italianos son anormalmente amorosos?

—Su tono quitaba intención a sus palabras.

—Me gustaría que fueran normales en cuestiones amorosas.

—¡Vaya! Entendido. Me resulta difícil creer que seas medio italiana. Eres demasiado norteamericana, lo cual resulta delicioso.

—¿Del mismo modo en que son deliciosos los niños tontos? Pero no quiero permanecer aquí y parlotear. Aún no he visto la mitad de la ciudad, y no voy a regresar aquí por tercera vez.

Bajaron por la Strada dell'Abbondanza. Barbara estaba llena de una insaciable curiosidad. Entraba y salía de las casas, se quedaba parada en los jardines, fascinada por la antigua panadería, los frescos, los talleres.

Leone la seguía atentamente, observándola con interés y hablando poco. Ella se volvió hacia él una vez, para preguntarle si se aburría.

—No, en modo alguno.

—Pero ya has estado aquí antes.

—Muchas veces. Pero nunca contigo.

—Eso es muy amable. Pero puedo coger un taxi para regresar a Nápoles.

—Tonterías. Me estoy divirtiendo. Pero, dime, Barbara, ¿qué te resulta

encantador de este lugar?

—No estoy segura... —Ahora se estaban aproximando al anfiteatro—. ¿Entramos?

—Si tú quieres —dijo Leone.

Cruzaron la puerta y pisaron el herboso suelo del gran anfiteatro. Se quedaron en el fondo, alzándose sobre ellos las filas de asientos.

—¿Qué decías...?

—Creo que el sentido de una ciudad es que la gente tenga algún propósito, que su comunidad tenga algún sentido. Éstos vivían en un lugar en donde habían vivido sus padres y sus abuelos. Era una ciudad, pero también era un lugar en donde todo el mundo se conocía. Tenemos algo así en San Francisco, pero nuestra ciudad es mucho más grande... —Ella contemplaba las filas de asientos—. Este anfiteatro es demasiado grande... Me refiero para una ciudad tan pequeña.

Leone asintió.

—Lo bastante grande para toda la ciudad: para los adultos y también los niños. ¿Sabes?, ésta era su obsesión: sentarse aquí y ver cómo los hombres se mataban entre sí.

—¡Oh, no! Eso no es verdad —protestó Barbara—. Shaw dice que todo era una farsa, que los gladiadores no se mataban.

—Ya sé lo que dice vuestro George Bernard Shaw; era un hombre muy inteligente, pero estaba equivocado. Los gladiadores se mataban. En el año cincuenta y nueve, una pareja de gladiadores de la ciudad de Nuceria estaba luchando contra dos gladiadores locales en esta misma arena. Entre la multitud había unos setecientos nucerianos, que habían venido a ver luchar a sus gladiadores. El resto de los asientos, unos doce mil, estaban ocupados por los ciudadanos de Pompeya. Pues bueno, la muchedumbre enloqueció, tal como suele suceder algunas veces con las masas, y se arrojaron contra los nucerianos, matando hasta el último de ellos. Fue un terrible baño de sangre. Así que, ya ves, la vida que llevaban no puede ser definida por esta bucólica y apacible ruina.

—¿Es verdad lo que me estás diciendo? —susurró Barbara.

—Por completo. Cuando regresemos al hotel encontrará en la biblioteca una historia de Pompeya. Puedes comprobar lo que te he dicho.

—Pero ¿cómo unas personas crean una ciudad tan hermosa como ésta y comportarse como animales?

—¿Animales? No, los animales no hacen cosas así. Personas. Recuerda que yo he vivido la guerra.

—Yo también —dijo Barbara en voz baja—. Estaba en Alemania. Tienes razón, Umberto, los animales no hacen semejantes cosas.

De regreso a Nápoles en coche, Leone le dijo:

—¿Amas a tu esposo?

—Sí, lo amo.

—En plan egoísta, me gustaría que lo odieras.

—¿Odias tú a tu esposa?

—No la amo ni la odio. Es mi mujer...

Carson se estaba vistiendo para la cena cuando Barbara llegó a su *suite* en el hotel. Él la besó y después advirtió que no tenía un aspecto muy feliz tras su segunda excursión a la Antigüedad.

—Esa arena me ha impresionado, y me ha puesto algo melancólica. Lo superaré. Pero es que pensar en gente que disfrutaba con el espectáculo de unos hombres haciéndose pedazos entre sí...

—Aún les gusta el rugby. A mí también.

—Pero no es exactamente lo mismo.

—Supongo que no, aunque las futuras generaciones no estarán de acuerdo contigo. De cualquier manera, ya has satisfecho tu capricho arqueológico. ¿Cogiste un taxi? He estado algo nervioso pensando que recorrías el sur de Italia sola en un taxi.

—Esta vez no. En el transbordador conocí a un caballero encantador, y me llevó en su coche allí.

Carson dejó de hacerse el nudo de la corbata y se volvió para mirarla.

—¡Ah! ¿Es alguien que conozcamos?

Ella negó moviendo la cabeza.

—Es un fabricante de coches italiano. Se llama Umberto Leone.

—Sí, ya le he visto —dijo Carson lentamente—. Fabrica el *Carlotta*. ¿Cómo sucedió? ¿Te recogió en la carretera?

—Esto que has dicho es una grosería.

—Lo siento. No he querido decir eso.

Barbara se dejó caer en una silla y miró fijamente a Carson.

—Pues, ¿qué has querido decir?

—Me preguntaba sólo cómo ha sido que hayas conocido a un extraño que te ha llevado en su coche a Pompeya. No importa. Olvidémoslo.

—Sí que importa. Esta mañana corrí para alcanzar el transbordador y salté. Él me cogió por el brazo y me salvó de darme un baño en la bahía de Nápoles. Le di las gracias. No soy una niña, Carson.

—¡Vaya un humor que se te ha puesto!

—De acuerdo. Estoy de pésimo humor, y tú no ayudas a mejorarlo. No quiero crear un problema con esto, porque no es nada. Conocí a un hombre encantador. Me llevó en su coche hasta Pompeya y me trajo después aquí. Te amo, me he casado contigo y no me meto en la cama con desconocidos.

—¿Así que pasaste el día con él en Pompeya?

—¡Sí! —exclamó ella violentamente, poniéndose en pie y dirigiéndose al cuarto de baño; una vez dentro, cerró la puerta. Transcurrieron unos minutos antes de oír la voz de Carson a través de la puerta.

—Barbara, ¿cuán humilde debe ser mi excusa?

—Bastante.

—Me he portado como un burro.

—Más o menos.

—¿Me perdonas?

—Sí. Tengo hambre. Te perdono.

—Ischia —informó Fred a Sam— es una isla situada en el extremo norte de la Bahía de Nápoles. Capri está en el extremo sur, y se refieren a ella en las canciones que cantan, pero no tiene la clase de Ischia.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Lo he leído en las guías turísticas.

—He estado en Catalina —dijo Sam.

—Hijo mío, eres un paletito. Catalina es para paletos. ¿Sabes una cosa, compañero? Si tuviera un año más, los dos nos podríamos ir a Ischia, tumbarnos bajo el sol, junto a la piscina de un hotel de lujo, y abordar a las chavalitas... Pero ¿de qué estoy hablando? Tú nunca le has puesto la mano encima a una chica.

—Lo probé con May Ling. Se enfadó.

—May Ling —dijo Fred en tono despectivo—. May Ling es como un palo. Ni siquiera tiene tetas. Es una cría desagradable, y además, uno no hace esas cosas en familia. ¿Cuántos años tienes... trece?

—Exactamente —admitió Sam tristemente.

—Bueno, hay que dar tiempo al tiempo.

—¿Por qué supones que podrías ir a Ischia si tuvieras un año más?

—Pues mira, para entonces tendré quinientos dólares ahorrados, y desde luego, en mi dieciocho cumpleaños recibiré algún regalo de mi abuelita Jean. ¿Y qué hay más estimulante para un pobre muchacho de granja que un viaje a Europa?

—¿Has hablado a tu madre acerca de ello?

—Ya llegará el momento de decírselo.

—Entonces veremos.

Estaban sentados en la habitación de Fred, que, al igual que el propio Fred, despertaba la admiración ferviente de Sam. A diferencia de la habitación del hermano de Fred, en la que había muy pocas cosas —Joshua era un muchachito de once años muy ordenado y sobrio—, la habitación de Fred estaba llena de libros, cañas de pescar, raquetas de nieve, bates, guantes, tres pelotas de baloncesto, una gran pelota

medicinal y gran cantidad de ropa. Eloise nunca pisaba aquella habitación. Sólo contemplarla a través de la puerta entreabierta hacía que se echase a temblar. Una vez por semana, una mujer chicana trataba de limpiarla... sin éxito. A Sam le habían dado un empleo en la planta embotelladora, clasificando tapones de corcho; se tomó la tarea en serio y ponía toda su voluntad en el trabajo. Antes nunca había desempeñado ningún trabajo. Al final de cada semana, le pagaban cinco dólares: su propio dinero ganado con sus propias manos. Las horas no le resultaban pesadas, y en Higate estaba con gente a la que quería.

—De cualquier modo —dijo Fred—, esa Ischia es un gran lugar, y no hay ninguna razón para que tu vieja no se divierta. No puedes pedirle que esté sola durante el resto de su vida.

—¿Por qué no? Además, no está sola. Yo vivo con ella.

May Ling, que tenía doce años y casi medía un metro setenta, llevaba el negro cabello hasta los hombros y flequillo. Su rostro tenía unas facciones notablemente perfectas. Le preguntó a su madre por qué les gustaba a los muchachos tocar a las chicas. Sally, cuya mente barajó más de una docena de contestaciones apropiadas a aquella pregunta, consideró que ninguna era adecuada para esta situación. Se limitó a mirar fijamente a su hija durante largo rato. A los doce años no se tenía que ser tan inocente en este ilustrado o ignorante —según se considerase— año de 1959. Unas pocas semanas después, al hablar con Barbara sobre el particular, le confesó que estaba confusa.

—Si te quedaste sin palabras —dijo Barbara—, entonces fue una novedad, ¿no es así, Sally?

—Ahora te estás metiendo conmigo. Ya no soy tan parlanchína. ¿Qué habrías dicho tú?

—Trato de recordar lo que sabía acerca del sexo cuando tenía doce años. Por supuesto, aquéllos eran otros tiempos. Pero creo que a los doce años ya me habían manoseado de lo lindo, aunque desmañadamente. ¿Por qué no le explicas de qué va todo el asunto?

Se hallaban en el salón de la casa de Barbara, en Green Street, en San Francisco. Sally había llegado de Napa para pasar un día en la ciudad. Sally era sumamente inquieta; sólo un agotamiento total podía calmarla. Ahora, mientras hablaba, no cesaba de moverse por la pequeña estancia, como un gato evitando las pesadas piezas de mobiliario Victoriano que en otro tiempo pertenecieron a Sam Goldberg, el abogado de Dan Lavette; Barbara los guardaba como un tesoro desde que compró la vieja casa. Barbara observaba con envidia los movimientos de Sally. Ésta cambiaba de posturas como una bailarina; en presencia de Sally, Barbara siempre sentíase enorme y torpe, aunque ambas poseían la misma estatura.

—¿Explicárselo? —chilló Sally—. Estás bromeando. No podría afrontarlo..., no con May Ling. Sólo con mirarla me siento impura. Bueno, lo soy. Me refiero a que soy razonablemente impura.

Barbara se echó a reír.

—Impura. Sally, eres increíble.

—Muy a menudo también lo creo así. He vuelto a escribir poesía..., después de muchos años de haberlo rehuido. Espero que ella empiece a menstruar. Ése será un buen modo de explicárselo. Creo que va retrasada. ¿Es que las chinas menstruan con retraso?

—¿Quieres hacer el favor de sentarte? —le rogó Barbara—. Sally, May Ling es sólo una cuarta parte china.

Sally se dejó caer en el sofá.

—¿Quieres otra copa?

—Claro que sí. No pude probar la bebida mientras estuve embarazada de Danny o amamantándolo. Joe se habría encolerizado. Para vivir con tu hermano Joe es completamente indispensable estar ligeramente embriagado. No me mires así, Bobby. ¿Has prohado alguna vez vivir con un santo?

—No, creo que no. —Llenó el vaso de Sally con una jarra de martinis. Sally estaba probando el sofá.

—Supongo que no querrás vender este maravilloso viejo sofá. Si lo haces, lo quiero yo.

—No voy a vender nada de esta casa. Se quedará tal como está. Os voy a dar las llaves a ti y a Eloise. La podréis ocupar siempre que vengáis a la ciudad.

—¿Y cómo le sienta a Carson que vengas por aquí? ¿No le provoca malos pensamientos?

—No te muerdes la lengua, ¿verdad?

—Lo siento, Bobby. Me he pasado.

—Pues mira, ésta es una encantadora casa vieja, y en esta vecindad las casas libres son tan raras como los tréboles de cuatro hojas. Y siempre son mejores que una habitación de hotel. Vendremos aquí mucho. No sé cuánto podré soportar Beverly Hills. Tú has vivido allí.

—Si lo llamas vivir. No fue la mejor época de mi vida.

Pero hasta que no se disponía a marcharse, a Sally no se le ocurrió preguntar a Barbara por su luna de miel.

—Estuvo bien. Pasé buenos ratos.

—Y también malos, supongo. Eso es lo normal en las lunas de miel.

A la mañana siguiente, Barbara cerró la casa para viajar a Los Ángeles. Ya había cargado su coche con todo el equipaje que eran capaces de contener el portaequipajes



y los asientos posteriores. Sam ya estaba en el coche, esperando impacientemente. Barbara se detuvo para mirar aquel lugar. Era una casa pequeña y estrecha, que se levantaba en la pendiente de la colina; se trataba de una de aquellas viejas casas maravillosamente decoradas con madera que sobrevivieron sin daños el terremoto de 1906. Era fascinantemente fea. Había dos ventanas saledizas, estilo tríptico, una encima de la otra y dominando la parte delantera de la casa. Dos cabezas de Medusa de madera, de aspecto sorprendentemente benigno, coronaban cada una de las ventanas. Para llegar hasta la puerta había que subir seis escalones; la entrada estaba encuadrada por columnas de madera, de estilo seudomoruno. Sobre la puerta y las ventanas, la madera estaba tallada centímetro a centímetro, y este sorprendente trabajo se repetía en las filas de dentellones sobre los que se apoyaba el tejado. La casa estaba cubierta con tablas de chilla, y pintada de blanco.

Barbara vio por primera vez aquella casa en 1934, cuando estuvo involucrada en la gran huelga portuaria. Utilizaban su camioneta para dar primeros auxilios a los huelguistas heridos. Barbara se dirigió a Sam Goldberg, que era el abogado de su padre, en busca de consejo y de apoyo. Siete años más tarde, en 1941, tras la muerte de Sam Goldberg, compró la casa. Éste fue el lugar al que regresó después que hubo hecho de corresponsal de guerra. Allí vivió con su esposo hasta la muerte de éste, y había sido el hogar de Sam durante los trece años de su vida. Cuando Carson le sugirió que la vendiera, ella se quedó desconcertada.

—No puedes hablar en serio —le dijo.

—Claro que sí. Tú eres mi mujer. ¿Tiene algún sentido que conserves una casa de tu propiedad en San Francisco, si estamos viviendo en Los Ángeles?

—No es una casa de mi propiedad —protestó Barbara—. Es un lugar para los dos. No necesitamos el dinero, y los impuestos son muy bajos. Significa tanto para mí...

—De eso se trata. Tienes que cortar los vínculos con el pasado alguna vez, Bobby.

—No me fuerces a ello, por favor, cariño —le rogó Barbara—. No puedo vender esa casa. Intenta comprenderlo. Yo mostré mucha comprensión en lo de la casa de Beverly Hills.

Mientras estaban en su luna de miel, los agentes de fincas de Carson habían estado buscando una casa adecuada. Carson no se había mostrado partidario de Hancock Park. En primer lugar, estaba demasiado cerca de donde vivían sus padres; en segundo lugar, pertenecía al pasado. En 1959, Beverly Hills era todavía elegante, tal como en Los Ángeles se consideraba la elegancia; estaba convenientemente situada en el ensanche de la ciudad. Además, Carson lo consideró un lugar muy conveniente para que ellos residieran en él. Carson opinaba que la antipatía de

Barbara hacia Beverly Hills se debía a la gente del cine. Barbara lo dudaba. Ella opinaba que si debía establecerse en Los Ángeles, tendría que vivir cara al océano, en Santa Mónica o en Pacific Palisades. A Carson le pareció que ambos lugares estaban muy lejos del centro de la ciudad, y cuando finalmente Barbara vio la enorme mansión cubierta de estuco que Carson consideraba la residencia adecuada para ellos, ella levantó las manos en señal de desesperación.

Carson se mostró gentil y persuasivo.

—Claro que yo preferiría una casa pequeña. Ya sé que sólo somos nosotros dos y el chico. Pero debe también tenerse en cuenta que yo soy el editor del periódico. ¡Diablos! También podría reírme de eso, y quizá con el tiempo lo haré; entonces podríamos irnos a vivir a una casa de la playa en Malibú, en donde seríamos mucho más felices. Ya sé todo eso, Bobby. Pero, justo en ese momento, soy lo que soy. Y estás casada conmigo. Tengo que recibir gente... No, no la clase de personas que te resultan tan desagradables, Pero yo soy un elemento clave aquí. Vienen personas de Washington, de Sacramento, de Europa, de Japón y Hong Kong, y no hay manera alguna de que pueda rehuirlos. Debes aprender a disfrutar con todo esto.

—¿Siendo una maestra de ceremonias? —preguntó Barbara dubitativa.

—¿Lo has probado alguna vez?

—Me parece que lo he evitado.

—Tendría que gustarte. No resulta fácil; no si se hace correctamente. Se requieren diplomacia e inteligencia. No creo que eso perjudique tus actividades literarias...

Por último, Barbara cedió. Ella había contraído un compromiso, y aquello formaba parte del compromiso. También la casa formaba parte del compromiso, así como Carson. Ella lo amaba, y quizá lo amaba más cuando era así, semejante a un muchachito suplicando que le compraran un nuevo juguete.

Y ahora había cargado su coche, cerrado la casa de Green Street —ella la conservaría y aceptaría la casa de Beverly Hills— y se dirigía a Los Ángeles con Sam sentado a su lado, sombrío y deseando estar aún en Higate, seleccionando tapones de corcho.

En el Este al menos hasta la reciente generación, las familias proliferaban y se extendían. Algunas familias llevan en América tres siglos, otras dos siglos, la mayoría un siglo o menos. Cuando los primeros inmigrantes abandonaron Europa, África o Asia, el corte en el cordón umbilical fue brutal y definitivo, y en muchos casos, los que permanecieron en los lugares de origen nunca volvieron a ver a quienes se habían marchado. En Irlanda, donde la gran pobreza hacía inconcebible un viaje de regreso, la marcha era frecuentemente acompañada por lo que llegó a ser conocido como el «velatorio americano», con excepción de que había más lágrimas para los vivos que se marchaban que las derramadas por los muertos en un velatorio real.

Pero, una vez en América, las familias se reconstituían, y conforme pasaban generaciones en el nuevo país, había padres, madres, abuelos, bisabuelos y multitudes de tíos, tías y primos. Pero con el traslado a California, el proceso se repitió. A California llegaron individuos solos, que se hallaron sin parientes de ninguna clase, habiendo roto sus vínculos con el pasado, y de esta forma la nueva familia, iniciando su lento crecimiento otra vez en la Costa Oeste, poseía un firme y casi precioso sentido de sí misma. Era algo que iba más allá de los lazos de la sangre. Los amigos eran considerados a menudo como un tesoro, fundiéndose con frecuencia con la propia familia.

Por esa causa, en el algo más de medio siglo desde que se produjo el gran terremoto, los Lavette, los Levy y los Cassala habían adquirido ciertos aspectos de constituir una sola familia, aun cuando habían mezclado sus sangres con los Seldon, los Whittiers, los Harvey y los Clawson. En California costó un tiempo que se trazaran las finas líneas entre católicos, protestantes y judíos, pero cuando esto se hizo, la textura fue desigual y fácilmente rota. Thomas Lavette, el hermano mayor de Barbara, se había casado originalmente con Eloise Clawson. Fred era su hijo. Cuando Tom y Eloise se divorciaron, Tom se casó con Lucy Sommers, que era bisnieta de un irlandés propietario de una mina de oro e hija de un socio en el Banco Sheldon. Los hilos podían ser cortados; en su momento oportuno, volverían a unirse. Thomas Lavette, en 1959, gozaba de la reputación de ser el tercer hombre más rico y poderoso de la Costa. Quizá no era así. Posiblemente era el cuarto o el quinto. De cualquier modo, su riqueza e influencia bastaban para ser conocido como uno de los «hacedores de reyes». El que estaban preparando se llamaba Norman Drake, que había sido miembro del Congreso y que, como miembro del Comité de Actividades Antiamericanas, se había mostrado particularmente interesado en acusar a Barbara de desacato al Congreso por negarse a revelar los nombres de las personas que la habían ayudado a enviar medicamentos a los supervivientes del ejército republicano español. Y como se quiera que Thomas Lavette estaba detrás de Drake, Dan Lavette no había hablado con su hijo desde hacía muchos años, hasta su muerte.

En el viejo Este, esto habría roto a la familia. En California, debido a diversas influencias, Tom aún se creía formar parte de la familia. Su esposa Lucy, compartía sus sentimientos. Ambos consideraban que para Tom presentar Norman Drake a Carson Devron no sólo sería una falta de tacto, sino que sería algo que repercutiría, desde el punto de vista de Carson, sobre toda la familia. En realidad, Tom no podía vivir y actuar como Thomas Lavette en un orgulloso aislamiento; debía manifestarse como Thomas Lavette, de la familia Lavette. La diferencia era sutil, pero importante.

—No sé por qué te han cargado con eso —le dijo su esposa Lucy—. A veces dudo de que sean tan inteligentes como dicen.

Las personas a las que ella se refería era un grupo de hombres muy ricos y

poderosos que controlaban la mayor parte de la industria de California, así como una sustancial proporción del resto de la industria nacional. No se habían dado ningún nombre, y su organización era muy superficial, pero todos se conocían perfectamente. Hacía casi diez años que Tom había pasado a formar parte de su círculo, y algo menos de diez años que había puesto a Norman Drake bajo su tutela pasando a ser casi de su propiedad.

Aquel día, Tom y Lucy estaban tomando el desayuno, como hacían cada mañana que estaban en la ciudad, en la solana de su mansión de piedra gris en Pacific Heights. Tom soportaba la habitación llena de plantas. Lucy la adoraba. La vieja casona había sido construida por el padre de Lucy poco después del terremoto, y Lucy la veneraba, del mismo modo que veneraba la memoria de su padre.

—Y si son tan inteligentes como tú parece creerlo —prosiguió diciendo Lucy—, entonces su elección de Norman Drake es, por decirlo con un eufemismo, incongruente. Pensar que ese hombrecillo desagradable pueda ser presidente de los Estados Unidos... Bueno, ¡es intolerable!

—Lo importante es que es un hombre que depende de nosotros. Él es nuestro hombrecillo desagradable.

—¿Y cómo pretendes que sea elegido?

—Del mismo modo como fue elegido para el Congreso y para el Senado.

—¿Y cómo es eso posible? ¿Es que el votante lo conoce bien? ¿Es que la gente es tan baja? ¿Es que él es como todo el mundo? Si esto es así, que el cielo nos ayude.

En los últimos años, Tom había tenido que admitir el hecho de que su esposa le disgustaba. Ella era agresiva, muy competente, y más brillante que él. Durante los primeros años de su matrimonio, él había aceptado contento tal realidad; pocas personas sabían cuántas de las buenas operaciones de la GCS habían sido inspiradas por Lucy; y mientras esto había complacido a Tom al principio, ahora sólo le irritaba y aumentaba su frustración. Hubo poco amor entre ellos al principio, pero sí hubo dependencia y necesidad. Cuando la dependencia y la necesidad se hicieron demasiado evidentes, Tom manifestó una abierta irritación y cólera contenida.

Ahora le dijo fríamente:

—Lo importante no es su capacidad de ganar votos, sino cómo voy a vendérselo a Carson Devron. Y tengo que hacerlo. Él es mi hombre. Se lo presenté a los demás. Incluso lo llevé a mi sastre. Hasta le enseñé que no se hurgara la nariz en público. Y esa miserable hermana mía se ha tenido que casar con Devron.

—No se lo lloves a Carson —dijo Lucy—. Llévaselo a Christopher y a Lila. Mamá y papá. Ellos entienden estas cosas. Ellos te lo enviarán a Carson.

—Christopher Devron —dijo Tom pensativo—. De modo que el viejo aún lleva el control, ¿eh?

—Yo diría que sí —contestó Lucy.

El viejo, Christopher Devron, le recordó a Tom su padre, Dan Lavette. Tenía las mismas dotes de mando, el mismo aplomo, la misma figura alta y fornida que desafiaba el paso del tiempo. Tenía setenta y cuatro años, y su rostro estaba tan lleno de rayas como las montañas del desierto, vistas a diez mil metros de altura; sus ojos eran de un azul pálido, de mirada directa, fría e inquisitiva. Aquellos ojos examinaron a Tom cuidadosamente de forma calculadora, antes de que asintiera y dijera:

—¿Así que tú eres el muchacho de Dan Lavette? Nunca conocí a tu padre, pero, según sé, era un hombre singular y fuera de lo corriente. Y yo sé mucho de todo, hijito, así que no tienes que explicarme nada. Nuestra familia se dedica al periodismo, y el conocimiento de la historia de nuestro peculiar Estado es algo que nos interesa. ¿De modo que tu pequeño club quiere vender con engaño a Norman Drake al pueblo norteamericano?

—Ésa es una forma de decirlo...

—Conozco a tus asociados —interrumpió Devron—. He cenado con ellos algunas veces, pero no me habéis convencido. También conozco a Norman Drake.

—Entonces creo que convendrá conmigo en que...

—¿Qué te hace pensar eso? —volvió a interrumpirle Devron—. No supongas, muchacho. Hay muy pocas posibilidades de que esté de acuerdo contigo en algo, sobre todo en las cualidades que posee Norman Drake. A menos que me digas que consigue muchos votos.

—Los consigue —dijo Tom suavemente.

—¿Y qué más me vas a decir acerca de él?

Tom hizo una mueca.

—Nada. Ni una puñetera palabra más.

El viejo aceptó su sonrisa y se la devolvió. Abrió una botella de coñac y echó licor en dos copas; le entregó una a Tom y volvió a poner en su sitio la botella casi con reverencia.

—¿Te gusta? —preguntó mientras Tom bebía.

—Es un coñac excelente.

—Es de California. Nunca lo olvides, hijito. Nuestro coñac es tan bueno como cualquiera del mundo, y nuestro clima le da algo especial. Ahora hablemos de Norman Drake..., no es que carezca de cualidades. No muerde la mano que lo alimenta, adora el dinero, y ha nacido justamente aquí, en el sur de California. Todo esto son cualidades. ¿Podría llegar a ser presidente? Pues bien, hijo, creo que ya sería hora que tuviéramos a un muchacho nuestro en el poder; tampoco eres el único que se ha fijado en Norman Drake. En cuanto a mi propia opinión... Bien, si uno se quiere meter en política no debe ser muy escrupuloso. Si uno busca la virtud será mejor que se vaya a una iglesia, no a un prostíbulo.

—¿Lo apoyará su periódico? —preguntó Tom sin ambages.

—Siempre vas al grano, ¿eh? Me gustas, Thomas. Mi hijo es quien edita el periódico, y mi hijo está casado con tu hermana. Creo que tu hermana y tú no tenéis muy buenas relaciones.

—Nos hablamos.

—Ya es algo. Condenadamente poco, pero sí algo. No espero que los miembros de una familia se amen, pero deberían permanecer en contacto. Tú no eres católico, ¿verdad?

—Me educaron en la iglesia episcopaliana.

—Claro, tu familia lo era. Tu abuelo era propietario de una parte de la Grace Cathedral, ¿no es así?

—Le pertenecía algo... sí.

—Me gustaba el viejo Tom Seldon. Era un buen hombre, a pesar de ser banquero. Ahora parece como si los demócratas fueran a jugar con ese jovencuelo mocoso de Boston, el hijo de Kennedy. Norman Drake. Debería conseguirlo. No creo que Estados Unidos estén todavía a punto para el Papa, y ese muchacho de Boston podría darle a Drake la oportunidad que necesita.

—¿Puede usted convencer a su hijo de eso? —preguntó Tom algo tenso.

—Creo que sí. Su papáito todavía es dueño del periódico, y si no puede convencerlo, su madre sí que lo hará. ¿Hasta qué punto está segura tu gente de que Drake puede obtener la nominación?

—Parece que están seguros.

—Muy bien, hijito. No te digo que sí ni que no. Pero puedes tener el convencimiento de que pensaré sobre el particular. Resulta interesante... Norman Drake, presidente. ¡Dios mío, qué bajo hemos caído!

El mayordomo cogió el teléfono y después le dijo a Barbara que la llamada era para ella. O quizá no era un mayordomo. Carson prefería llamarlo el chico de la casa. En Beverly Hills tenían sirvientes de esas características. La amplia mansión recubierta de estuco, situada en Rexford Drive, que Carson había comprado para él y su novia, necesitaba tres personas trabajando todo el tiempo para que las cosas simplemente funcionaran: una cocinera, una doncella y un mayordomo. El jardinero acudía dos veces por semana, y para las grandes cenas y fiestas, personal eventual ayudaba a la cocinera. Los criados se alojaban en una casita situada detrás de la piscina. La casa tenía un enorme salón, biblioteca, un gran comedor, cocina, despensa, y siete habitaciones. Carson la compró amueblada, pero le aseguró a Barbara que tendría completa libertad para cambiar cualquier pieza del mobiliario, o éste en su totalidad. Al habersele concedido tal privilegio, favor, seguridad, promesa, Barbara se había visto dominada por una especie de parálisis que la inmovilizaba

ahora que el teléfono estaba sonando, en realidad siempre que el teléfono sonaba. Había contestado al teléfono; toda su vida; sin embargo, en esta casa, su respuesta se veía constantemente paralizada. No era sólo que odiara aquella enorme mansión colonial seudoespañola; la empequeñecía y la anulaba. Al principio, se había enfrentado con ello. Había contestado al teléfono; había tomado notas; había examinado aquellas sillas, sofás y mesas de extraordinario tamaño; después, poco a poco, empezó a rendirse. La rendición empezó al buscar por la casa una habitación en la que trabajar. Escogió un cuarto, pero era oscuro. A la ardiente luz del sol del sur de California, todas las habitaciones de la casa eran oscuras. Un electricista instaló unas luces; ella sentóse bajo aquellas luces, y las palabras, que eran las herramientas de su trabajo, no acudían. Carson denominó aquello «bloqueo de escritor».

—¡Todos los escritores pasan por ello! —le aseguró él.

Entonces, cuando ella permaneció sentada junto a un teléfono que había sonado tres veces, sin tocarlo, Carson se dirigió a ella, Barbara no le contestó, y él le dijo a Robin, el mayordomo, que respondiera a la llamada. Carson decidió que Barbara sufría una depresión. Pero cuando tocó el punto, ella se negó a discutirlo. Ella recordó la profundidad y terror de la depresión que había sufrido en la cárcel. Barbara se dijo en este momento que había una diferencia cualitativa entre una depresión y estar deprimida.

Y ahora el mayordomo, un coreano llamado Robin Park, contestó al teléfono y después se dirigió al estudio de Barbara, en donde ella estaba sentada mirando la máquina de escribir. Le dijo que el jefe de Policía de Santa Mónica estaba al aparato y que deseaba hablar con Mrs. Devron.

—¿Has dicho el jefe de Policía?

—Sí, señora, el jefe de Policía.

—¿No querrá hablar con Mr. Devron?

—Ha dicho la señora, no el señor.

Ella cogió el teléfono y la voz al otro extremo de la línea le preguntó si era Mrs. Devron.

—Sí. ¿De qué se trata?

—Tenemos aquí a su hijo. Ha hecho una serie de cosas indebidas. He estado hablando con él, le he preguntado quiénes son sus padres, por ser un menor. Bueno, pues me gustaría hablar con usted antes de acusarlo.

—¿Se encuentra él bien? —gritó Barbara—. ¿Está herido?

—No, señora; no está herido.

—Espere, por favor. Llegaré ahí cuanto antes.

Posteriormente, recordando su estado de ánimo y sus pensamientos durante el viaje en coche desde Beverly Hills hasta Santa Mónica, unos pocos kilómetros por

Wilshire Boulevard, Barbara sólo podía pensar en una sensación de desastre. Ella, cuya vida siempre se había caracterizado por el ánimo y la decisión, ahora carecía de ambas cosas. Pensó que desde que había llegado a este lugar un año antes, para escribir un guión basado en su libro, todos los pasos de su vida se habían visto faltos de voluntad o criterio. Barbara había dejado que las cosas fueran sucediendo; se había casado con un hombre que era un desconocido para ella; vivía en una casa que odiaba, rodeada por objetos que habían pertenecido a otros, y entre ella y su hijo se había levantado un muro. Una vez, hacía mucho tiempo, ella había llorado sin esfuerzo, pero ahora las lágrimas se habían secado junto con todo lo demás. Condujo su automóvil entre filas de coches usados en venta y de tiendas de comida barata; su rostro estaba como petrificado.

Cuando llegó a la comisaría de Policía de Santa Mónica, Barbara pidió ver a su hijo. El jefe de Policía, un hombre macizo que parecía preocupado, le aseguró que su hijo se encontraba bien.

—Lo verá usted en seguida. Mrs. Devron.

—Quiero verlo ahora. ¿Dónde está? ¿En una celda?

—No está en una celda, Mrs. Devron. ¿Quiere hacer el favor de calmarse? Se halla en una habitación al fondo del vestíbulo, no está herido, y podrá verlo dentro de unos minutos.

—¿Qué ha hecho?

El jefe de Policía le dirigió una mirada sombría. Sobre la mesa tenía un vaso de agua y un paquete de «Tums». Cogió dos «Tums» y se los tragó bebiendo un trago de agua.

—Mi estómago —se disculpó él—. Chiquillos... ¡Dios mío! ¿Por qué harán las cosas que hacen? ¿Me lo puede usted decir?

—Dígame qué ha hecho, por favor.

—Estaba sobre el farallón que domina la autopista de la Costa del Pacífico. Eran tres. Los otros dos se escaparon. Arrojaban desde arriba piedras a los coches.

—¡Dios mío! —exclamó Barbara.

—Alcanzaron a un coche. Rompieron el parabrisas. El conductor resultó herido.

—¿De gravedad?

—Le han dado cuatro puntos en la mejilla. Ha tenido suerte. Consiguió dominar el coche, y aunque salieron proyectados muchos trozos de cristal, ninguno le dio en los ojos. Si se hubiera quedado sin visión, se podría haber matado. Ya hay bastante criminalidad; sólo falta que los chiquillos hagan cosas así.

—¿Está usted seguro de que mi hijo... es el culpable?

—Estamos seguros. Él ha hablado. Justamente detrás había un coche de la Policía, y uno de nuestros agentes subió al farallón antes de que los muchachos se marcharan. No le diré que su hijo fuera precisamente el que tiró la piedra en cuestión.



Todos ellos tiraban piedras.

—¿Qué va a hacer usted con él? —pregunto Barbara con desmayo.

—No lo sé. —Cogió otro «Tums» y lo masticó—. Tengo un hijo de su edad. Odio tener que proceder contra los niños. Lo hemos fichado, y el hombre que ha resultado herido, se llama Wescott, prefiere presentar cargos. —Movi6 la cabeza con disgusto—. El chico tiene trece años. Bueno, Wescott est6 aqu6. ¿Quiere usted hablar con 6l? Quiz6 podr6 arreglar el asunto con 6l o a lo mejor la quiere demandar. No lo s6. No, no voy a acusar al ni6o, Mrs. Devron. Tiene un susto de muerte, y quiz6 ya est6 bastante castigado. Si fuera mi hijo, me lo llevar6 a casa y le zurrar6 la badana.

Wescott era un hombrecillo bajo y delgado; estaba sentado en un banco de la comisar6a. A6n temblaba a consecuencia de la experiencia sufrida. En una mejilla llevaba una tira de esparadrapo. Sigui6 moviendo la cabeza y murmurando que no lo comprend6a.

—Ha sido algo terrible, algo terrible, Mrs. Devron. ¿Por qu6 los ni6os har6n cosas as6?

—No lo s6. Lo siento mucho.

—El chico deber6 ser castigado. Ha hecho algo espantoso.

—No lo puedo negar —admiti6 Barbara—. Estoy de acuerdo con usted. Ha sido algo terrible y no tendr6a que haber sucedido. Pero 6l no es un chico malo, ni cruel. No s6 por qu6 ha pasado semejante cosa. Todav6a no lo he visto. Sin embargo, puedo pagar por los da6os causados al coche y por..., bien, por lo que haga falta...

—Voy a hablar con mi abogado —dijo 6l.

—S6, claro. —Tratando de evitar que le temblase la mano, Barbara extendi6 un cheque por mil d6lares.

—El coche est6 asegurado —dijo 6l, mirando el cheque.

—Le he pagado casi lo que vale.

—Eso no quiere decir que no vaya a hablar con mi abogado.

—Me lo imagino —murmur6 Barbara.

El hombre acept6 finalmente el cheque, y entonces Barbara sigui6 a un agente hasta el fondo de un pasillo. El polic6a abri6 una puerta.

—Aqu6 lo tiene. Puede llev6rselo a casa.

Sam estaba sentado tras una mesita de madera, sobre una silla de cocina. A Barbara le pareci6 que aqu6lla era una habitaci6n para interrogatorios, y tuvo que librar una lucha interior para contener las l6grimas, para no abrazar a su hijo, para evitar que su rostro revelara emoci6n alguna. Sam la mir6 fijamente. El polic6a los dej6 solos. Sam trat6 de hablar, trag6 saliva sin decir palabra y, por fin, pregunt6:

—¿Qu6 me van a hacer?

—Nada —respondi6 Barbara—. Nos vamos a casa.

Salieron de la comisar6a y se metieron en el coche.

—¿Es que me dejan ir así? —preguntó Sam con voz ronca.

—Exactamente.

—Tú me odias, ¿verdad?

—¡No!

—Crees que lo he hecho a propósito.

—No sé qué creer. Del modo en que me siento, me cuesta hasta conducir. Así que trata de aclarar tus ideas y yo haré lo mismo con las mías. No quiero discutir sobre esto hasta que lleguemos a casa.

Siguieron el viaje en silencio, con Sam acurrucado en el asiento delantero, todo lo apartado de su madre que el asiento le permitía. Cuando llegaron a la gran casa de Rexford Drive, Barbara le dijo a Sam que se fuera a su habitación y la esperase allí. Él la obedeció sin mirarla. Barbara se dirigió al cuarto de baño y se dio unas manotadas de agua fría en la cara; después se la secó con una toalla. Durante el día no usaba maquillaje, y al mirarse al espejo, vio un semblante pálido y con arrugas. Toda su vida, Barbara había tenido la seguridad de ser una mujer hermosa. No era algo que ella hubiera ganado o conseguido, pero siempre la confortaba y daba moral, a despecho de una pretendida y frecuentemente estudiada indiferencia. Ella reflexionaba a menudo sobre el particular y consideraba que era afortunada; otras lo eran menos. A veces lo analizaba intelectualmente, pero desde el punto de vista emocional era algo que siempre estaba con ella, como una agradable envoltura de seguridad. Ahora, por vez primera, no vio nada hermoso en el rostro que la miraba en el espejo, y entonces la cólera que sentía por sí misma, por Sam, el horror por aquel incidente, todo se convirtió en una especie de temor enfermizo.

—¿Qué nos estamos haciendo? —susurró ella—. ¿Qué nos ha sucedido?

Ella tenía cuarenta y cinco años. Estaba cansada y asustada. Su hijo casi había matado a un hombre, a un desconocido. Estuvo a punto de matarlo a consecuencia de un irreflexivo acto de violencia, y ahora tendría que afrontar el asunto, y hablar con su marido; éste se enteraría porque los periódicos se enteraban de esas cosas. ¿Y quién era su esposo? Este último pensamiento cruzó con rapidez por su mente. ¿Quién era este hombre con el que se había casado? ¿Quién era este muchacho? ¿Ella era una mujer madura casada con un muchacho hecho de plástico? ¿No fue ése su pensamiento inicial?

—¡Oh, no, no, no! —exclamó Barbara—. Soy terriblemente injusta con uno de los mejores hombres que he conocido en mi vida. ¿Qué me está pasando?

Respiró profundamente varias veces, y después permaneció en completo silencio durante largo rato. Más tarde se dirigió a la habitación de Sam. Él estaba echado en la cama, con el rostro vuelto en dirección contraria a la puerta, sin moverse. Al verlo de aquella manera, ella descubrió por vez primera lo alto que era el muchacho para su edad: casi un metro ochenta y cinco. Su osamenta era asimismo poderosa. En este

momento, podría haberse rendido, diciéndose que su hijo era la única cosa en el mundo que amaba sobre todo lo demás, su vínculo con la vida y la realidad, con el pasado y con el futuro; Barbara tuvo la sensación de que aquí y ahora, ante sus ojos, el muchacho se estaba convirtiendo en un hombre. No lo pierdas, se rogó a sí misma. Trata de comprender.

—¡Sam, levántate! —dijo vivamente, y cuando el chico no se movió, repitió—: ¡Levántate, ahora mismo!

Él se dio la vuelta y se quedó sentado.

—Ahí. En esa silla. Vamos a hablar.

Sam saltó de la cama y se dejó caer en la silla.

—¿Para qué? Lo hice yo.

—Lo que tú has hecho —dijo Barbara con serenidad— tiene que ver con lo que yo he hecho. O razonamos de una condenada vez o no habrá esperanza para ninguno de los dos.

—No sé a qué te refieres —murmuró él.

—Creo que sí lo sabes. ¿Cómo llegaste a las Pacific Palisades? Está a kilómetros de aquí.

—Hice novillos. Fuimos en autoestop.

—¿Por qué? ¿Por qué hiciste novillos?

—Porque odio el colegio. Odio Beverly Hills. Odio a los muchachos.

—Es mucho odio. ¿Por eso lanzaste las piedras? ¿Porque odias la escuela?

—No sé por qué tiré las piedras —dijo Sam—. Lo hice y ya está.

—Eres inteligente. Eres tan inteligente que, a veces me asustas. Sin embargo, vas a las Palisades y tiras piedras a gente desconocida. ¿Por qué?

—No sé por qué. No sabíamos que habíamos lastimado a una persona. Lo hicimos por hacer algo.

No quería herir a nadie. —Empezó a llorar, y a través de sus lágrimas, se sinceró—: No quería venir aquí. Tú me hiciste venir a este lugar. Lo odio. ¿Por qué no puedo irme a casa? Primero me enviaste a aquel maldito colegio en Connecticut, y ahora me has traído aquí. Odio esto.

—Ponte en pie —dijo Barbara suavemente.

El chico se levantó, y Barbara le rodeó con sus brazos y lo atrajo hacia sí.

—Te quiero mucho —dijo ella con ternura—. Esto ha sido un mal día para los dos. Ahora deseo que te duches y te cambies de ropa. Hablaremos de todo esto más tarde.

—Yo no quería lastimar a nadie —insistió él.

—Ya lo sé —dijo Barbara.

Ella pensó que resultaba extraño que sucediera algo semejante, tan terrible y

alarmante, y que, sin embargo, sintiera un irracional regocijo, como si aquello hubiera probado algo. «Sólo que no sé lo que prueba, a menos que sea que los dos estamos vivos. Y algo tan desesperante como esto nos hace sentirnos vivos». Y entonces se preguntó a sí misma qué pensaba.

—Odio este lugar —dijo Barbara en voz alta—. Lo odio tanto como él: esta casa, Beverly Hills... no, no lo odio —reflexionó—. No sé dónde está, o dónde estoy.

Barbara enumeró lo que desconocía; no se desconocía a sí misma, a su hijo ni a su esposo. Si estaba enamorada de su marido, ¿por qué había estado todo congelado y muerto en su interior hasta ahora? ¿Y qué le sucedía en este momento? Sus pensamientos la retrotrajeron a Italia, el día que pasó con Umberto Leone, pero ello no suponía nada nuevo. El recuerdo de aquel día había estado acudiendo a su mente durante semanas, y siempre con la pregunta de por qué no le había permitido hacer el amor con ella, y siempre se respondía con un equívoco de una clase u otra. Ahora, por primera vez, dejó volar su fantasía, a causa del vacío existente en su interior. Con la completa certeza de que no volvería a verlo, podía permitirse la desesperada necesidad de estar con un hombre semejante, sin llegar a entender por qué sentía tal necesidad.

Si Carson se enteró del incidente de Santa Mónica, no hizo mención de él. A Barbara le parecía que él lo ignoraba, y decidió no hablarle sobre el particular. Por otra parte, Carson estaba complacido con el cambio observado en su esposa. Había superado su talante depresivo. En una cena ofrecida por Phil Baker, el editor ejecutivo del *Morning World*, Barbara dio la impresión de encontrarse completamente a gusto, complaciente y encantadora. Entretuvo a los presentes con el relato de cómo había ido a la Alemania nazi en 1939, siendo arrestada por la Gestapo.

—¿Pero no pasó un miedo terrible? —le preguntó Ceil Baker.

Ceil Baker era una joven californiana rubia como el oro, mucho más joven que su marido. Tuvieron que explicarle lo que era la Gestapo. Barbara sintióse relajada y comunicativa, sin ánimo de condenar la ignorancia —o, como Carson lo definió más tarde—, la estupidez.

—Yo era muy joven y muy romántica —dijo Barbara—. Mis amigos en París querían desesperadamente establecer algún contacto con elementos clandestinos en Alemania, si es que había tales, lo cual dudo, y puesto que yo era muy poco política y carecía del más elemental sentido común, y además era periodista, me ofrecí como voluntaria. ¡Ah, sí! A mi editor, en Nueva York, le encantó la idea.

—Por eso, desde entonces, odia a los editores —comentó Baker.

—¡Oh, no! ¡En absoluto! Pero fui allí y traté estúpidamente de encontrar a un hombre que ya estaba muerto, y entonces intenté evitar que unos malvados nazis maltrataran a unos ancianos judíos... y, bien, pude sobrevivir.

—Por suerte para Carson.

—Desde luego. Brindaré por eso —dijo Carson.

A continuación, la conversación derivó hacia temas políticos, y alguien mencionó el hecho de que Norman Drake había anunciado su candidatura.

—Eso es lo que quieren todos los muchachos valientes norteamericanos. ¿Por qué no Norman Drake?

—Claro, ¿por qué no?

—Ese tipo siempre saca muchos votos. Sabe jugar muy bien sus cartas.

Baker no dijo nada. Conocía la historia de Barbara. Carson miró a su esposa, incómodo.

—¿Lo vais a apoyar?

La pregunta se la hicieron a Carson y Baker.

Baker se encogió de hombros. Carson habló.

—Aún no nos hemos decidido.

—Habréis pensado algo, ¿no?

—Sí, algo hemos pensado —admitió Carson.

De regreso, en su dormitorio, en la casa de Beverly Hills, Barbara se sentó en una silla y observó cómo Carson se desabrochaba la camisa. Ella apenas había hablado desde que salieron de casa de los Baker. Y ahora Carson quería saber si había algo que la preocupara.

—¿No lo adivinas?

—He creído que te estabas divirtiendo.

—Así es.

—¿Norman Drake?

—¿Qué significa... eso de que habéis pensado algo? —preguntó ella fríamente.

—Quizá no me entendiste bien.

—¿No te entendí? Es posible. Dijiste que estabas pensando en la posibilidad de que el periódico apoye a Norman Drake.

—Sí.

—¿Es eso todo?

—Bobby, ¿qué quieres que te diga? Lo estamos pensando. Lo estamos discutiendo. Gente entendida asegura que lo designarán candidato por el partido. Tenemos que pensar en ello.

—Lo cual significa que podrías apoyarlo.

Carson se acercó a ella y se inclinó para besarla. Barbara se apartó.

—¡No lo hagas! Estoy hablando de un asunto terriblemente serio. No soy una niña.

Carson se apartó, cruzó la habitación y después se volvió, irritado.

—No, no lo eres. Muy bien, mira, Bobby, odias a ese hombre visceralmente. Tienes razón, lo reconozco. El asunto sucedió hace años. Ya es agua pasada. El

McCarthyismo pasó a la Historia. Ya no hay lista negra. Fue vuestro Harry Truman, el niño bonito de los liberales, quien presidió la lista negra y el terror. Acabamos con aquello. Nuestro periódico es decente y honesto, pero no somos demócratas y el periódico no es liberal. ¡Eso ya lo sabes! ¡Siempre lo has sabido! Y en lo tocante a los demócratas y liberales, ¿dónde diablos estaban cuando te enviaron a la cárcel?

—Estás gritando.

—Lo siento. —Se dejó caer en la cama, frente a ella—. Vamos, Bobby, hemos discutido muchas cosas, pero la política es rancho aparte. Los dos hemos tratado de que el matrimonio vaya bien, y bien lo sabe Dios, no ha resultado fácil. Quizá ningún matrimonio es fácil. Pero yo lo intento.

—Lo reconozco.

Él movió la cabeza.

—Lo intentas —dijo Barbara—. Lo intento. ¡Santo cielo, Carson! ¿Qué va mal entre nosotros?

—Nada.

—Nada. Pero tu periódico apoyará a Norman Drake.

—Eso es cosa del periódico.

—Y mi esposo es el editor.

—¡Oh, no! —exclamó Carson, poniéndose en pie y recorriendo la habitación nuevamente con grandes zancadas—. Eso no es justo. Tú no estás casada con el periódico. Se trata de una entidad con sus propias responsabilidades.

—Y Norman Drake es una de ellas.

—Si resulta elegido, así será.

—Muy bien —dijo Barbara, exhalando un profundo suspiro—. Me dejas al margen del asunto. No soy patrioter. Estoy de acuerdo en que, muchas veces, es el último refugio de un sirvergüenza. Sin embargo, éste es nuestro sitio. Hemos nacido aquí y hablamos nuestra lengua nativa, y también hemos aportado algo al país. Si deseara ser condenadamente sentimental, diría que San Francisco es mi madre. No sé cómo sientes acerca de Beverly Hills... —Ella se echó a reír ante aquella ridícula imagen.

—Ahora estás resultando ofensiva —dijo Carson.

—La madre de nadie. Lo retiro.

Carson forzó una sonrisa.

—Los de California del Norte son tan insufribles como los de Nueva York. Di lo que tengas que decir, chica, pero ahórrate los adjetivos.

—Gracias. Me estaba preguntando si sientes algo por este país. ¿Lo amas? ¿Lo odias?

—No soy tan profundo, Bobby.

—No lo creía así. ¿Qué ha hecho Norteamérica para tener que sufrir a Norman

Drake?

—Tenemos nuestros pecados.

—No lo hagas, Carson.

—Todo lo que dije es que lo estamos discutiendo. ¿Nos acostamos ahora?

Unos días más tarde llamó por teléfono un hombre que dijo llamarse George Merkounian. Quiso saber si estaba hablando con Mrs. Devron, y Barbara le contestó que así era.

—Esto es muy privado. ¿Tiene extensiones esta línea?

—O me dice lo que desea, Mr. Merkounian, o colgaré.

—Sí, claro, claro. Sólo quiero que nuestra discusión sea confidencial. Soy el abogado de Mr. Westcott.

Barbara había dejado a un lado aquel incidente, y durante un buen rato no recordó quién era Westcott. Sam había estado acudiendo al colegio puntualmente, hacía sus deberes sin falta, manifestando con ello un sordo remordimiento. En otras circunstancias, tal conducta hubiera preocupado a Barbara; ahora ella lo aceptaba como una reacción por parte del muchacho a causa de la culpabilidad y del temor. De pronto recordó perfectamente el apellido Westcott.

—Creo que deberíamos vernos para hablar, Mrs. Devron. Mi oficina no está lejos de su casa, justo al norte de Wilshire en Canyon. Mi cliente, Mr. Westcott, tiene algunos motivos de queja, pero no hay razón para que todo esto se haga público. Siempre prefiero arreglar estas cosas fuera del tribunal.

—Le entregué mil dólares a Mr. Westcott —le recordó Barbara—. Él pareció estar de acuerdo con que la cantidad era adecuada para cubrir los daños que sufrió su coche, así como los honorarios del médico que lo atendió.

—Él también me ha dicho que le aseguró que emprendería una acción legal. ¿No cree preferible que hablemos antes de llevar la cosa adelante?

—Muy bien —convino Barbara y entonces le dio su dirección y concertaron la cita para la tarde siguiente.

Ella se dirigió a la oficina de Canyon Drive, reflexionando, como había hecho tantas veces, que casi nadie andaba más allá de un bloque o dos de casas en Beverly Hills. Trató desesperadamente de vencer el sentimiento depresivo que la volvía a dominar. Intentaba recuperar la moral que recordaba tener cuando paseaba por el Embarcadero en San Francisco, pero aquí no existía ninguna bahía batida por el viento, el aire no olía a sal, no se veía por aquel lugar puestos de venta de cangrejo recién pescado y pan de explorador. A su paso, Barbara sólo veía aceras muertas y vacías de gente; estaba sola. Se sucedían los céspedes bien cuidados, las palmeras y las enormes mansiones recubiertas de estuco. En el barrio de oficinas, al sur de Santa Mónica Boulevard, había un poco más de vida. Tanto los hombres como las mujeres

se parecían mucho físicamente; las mujeres eran rubias, y realzaban su estatura con zapatos de altos tacones; los hombres se mostraban bronceados por el sol, y llevaban las camisas desabrochadas hasta el tercer botón. Ella sintióse torpe, acomplejada, fuera de lugar. En el edificio de oficinas de Canyon Drive, Barbara experimentó un súbito temor. ¿Por qué no le había hablado a Carson acerca del incidente? ¿Existía aún alguna posibilidad de que Sam pudiera ser castigado por lo que había hecho? ¿Lo podrían separar de ella y enviar a uno de esos horribles correccionales para jóvenes acerca de los que había leído? ¿Qué defensa podría presentar ante Westcott y su abogado?

El bufete, situado en el tercer piso del edificio, tenía en la puerta un letrero en el que se leía «Merkounia-Abbot». Merkounian era alto, delgado, afable y de buena presencia. Trató cortésmente a Barbara, mirándola admirativamente con sus oscuros ojos.

—Siempre quise conocerla, Mrs. Devron. Es lástima que sea en estas circunstancias, como adversarios. —Golpeó con un dedo el ejemplar de *Hollywood Repórter* que tenía sobre la mesa—. He leído aquí que su película se estrenará dentro de pocas semanas. A menudo me he preguntado lo que se siente cuando te llevan a la pantalla un libro. Debe de ser muy emocionante.

—No he venido aquí a hablar de eso —dijo Barbara.

—Por favor, siéntese y no me considere su enemigo.

—Me cuesta mucho creer que sea mi amigo... Cuando me telefoneó, sus términos fueron amenazadores. Mi hijo hizo algo alocado y dañino...

—Yo no la amenacé —interrumpió él—. Siéntese, haga el favor.

Barbara se dejó caer en una silla. Le temblaban las manos. Aferró con fuerza su bolso y esperó.

—Mi cliente, Mr. Westcott —dijo Merkounian—, ha sufrido lesiones y ha pasado mucha angustia. La ley tiene previstos tales casos. Usted ya lo sabe. Es bien cierto que si el incidente lo hubiera causado cualquier muchacho chicano, la cosa no habría pasado a mayores. Pero, en este caso, tenemos al hijo de una pareja muy rica y encumbrada socialmente.

—Es mi hijo —dijo Barbara—. Mr. Devron todavía no lo ha adoptado.

—Ya lo sé. Ahora mire, Mrs. Devron, no voy a andarme por las ramas. Podríamos ir a los tribunales y demandarla por un millón de dólares. Su negligencia ha sido la causante de los actos de su hijo. No le diré que vayamos a obtener el millón de dólares, pero sí podríamos sacar una cantidad muy sustanciosa. Mr. Westcott no quiere ir a juicio. Yo tampoco. —Hizo una pausa y la miró pensativo—. ¿Está al corriente su marido de estos hechos?

—No, no está al corriente —contestó Barbara tras un instante de vacilación.

—Nosotros no queremos dar publicidad al asunto. Por una suma razonable,



suficiente para compensar los daños físicos y mentales de mi cliente, nos sentiríamos satisfechos de dar por terminado el asunto.

—¿A cuánto asciende su «suma razonable»? —preguntó fríamente Barbara.

—Cincuenta mil dólares.

—Su cliente no resultó malherido —dijo Barbara lentamente, dominándose—. Sólo sufrió daños el parabrisas de su coche y se hizo un corte en la mejilla. Estoy de acuerdo en que fue un incidente espantoso, pero muchas veces he recibido impactos de piedras contra mi coche, de forma casual.

—Esto que tratamos no fue algo casual. Fue un acto de mala fe.

—No tengo cincuenta mil dólares.

Merkounian sonrió.

—Vamos, vamos, Mrs. Devron. Usted está casada con uno de los hombres más ricos del sur de California. Usted es una Lavette. ¿Quiere que le cuente lo que representa la familia Lavette? Usted ha vendido sus libros a la industria cinematográfica..., no, no voy a discutir sobre eso. Lo que deseamos es obtener una compensación y dejarla tanto a usted como a su hijo libres de cargos; todo por cincuenta mil dólares. Le damos dos semanas de plazo. Si no, procederemos judicialmente.

Boyd Kimmelman se incorporó en 1945 a la firma de abogados de Sam Goldberg, tras licenciarse de los servicios jurídicos del Ejército. Goldberg había muerto varios años antes, y Harvey Baxter ocupó su lugar. La historia de la firma, que llevaba el nombre de Goldberg, Benchly, Baxter y Kimmelman, resumía un poco la historia del norte de California. El padre de Goldberg había llegado a California en 1852 como buscador de oro. Jamás encontró ni una pepita de este metal, y acabó sus días con un puesto de venta de frutas en Sacramento, si bien consiguió enviar a su hijo a la Facultad de Derecho. El padre de Adam Benchly fue un marino británico, desembarcó en San Francisco en 1850, encontró trabajo en un *saloon*, del que acabó siendo propietario, y tuvo tres hijos. Adam Benchly y Sam Goldberg se hicieron socios y abrieron un bufete conjunto en 1891, después que Benchly trató de que lo eligieran alcalde y fuera derrotado por trescientos veintidós votos, muchos de los cuales procedían de ciudadanos ya muertos. Con el tiempo, el padre de Barbara, Dan Lavette, se convirtió en su principal y más acaudalado cliente, Benchly y Goldberg ya habían muerto hacía muchos años, pero Harvey Baxter y el miembro más joven de la firma, Boyd Kimmelman, continuaban siendo los abogados de Barbara, supervisaban los asuntos legales de la Fundación Lavette, instituida por Barbara cuando ésta heredó. Ellos la defendieron en su juicio por desacato al Congreso, y también se encargaron del asunto del testamento de Dan y de los intereses de Jean, tras la muerte de Dan. Ahora Barbara iba a hablar con Boyd Kimmelman, y eludió las preguntas de

Carson con la excusa de que no tenía más remedio que pasar un día o dos con su madre.

Barbara mantenía una curiosa relación con Boyd. Éste era un hombre de una estatura similar a la de Barbara, de complexión bastante recia; llevaba su rubio pelo cortado a cepillo. Sus brillantes ojos azules siempre estaban llenos de vivacidad, y su rostro redondo y de apariencia inocente ocultaba su agresividad. Era un buen abogado y sentía un sincero afecto por Barbara. En la firma, él era el contrapeso necesario al grave y conservador Harvey Baxter, unos diez años mayor que él. Kimmelman tenía cuarenta y cuatro años, uno menos que Barbara.

Ahora, teniéndola delante en su oficina, él escuchó el relato de los hechos, le hizo unas cuantas preguntas y después dijo:

—Déjame que lo piense unos minutos, Barbara.

Él se retrepó en su silla y cerró los ojos. Barbara se aproximó a la ventana, desde la que se denomina Market Street, y observó a la muchedumbre que circulaba, los coches, el colorido y la excitación. Siempre que regresaba, ella encontraba la misma sensación de comodidad, de seguridad. Tras todos sus pasos por la vida y su experiencia, sólo aquí le encontraba un sentido a la existencia. Los meses pasados en Beverly Hills eran como un sueño, y la oprimente desesperación que la había acompañado hasta este lugar ya había enpezado a aliviarse. La voz de Kimmelman la sacó de sus meditaciones.

—Él te puede demandar —dijo Kimmelman. Ahora la contemplaba pensativo—. ¿Has hablado con tu marido acerca de esto?

—No.

—¿No le has dicho nada? ¿No le has mencionado el incidente?

—No, no le he dicho nada.

Barbara se apartó de la ventana y se acercó a Kimmelman, se inclinó y le besó en una mejilla.

—Comprendo tus razones.

—Eres un hombre adorable, Boyd.

—Mejor para Boyd. ¿Me has oído, Barbara? He dicho que creo que puede demandarte... por negligencia. No puede hacer que procesen a Sam, y me resulta imposible imaginar que pueda iniciar ningún tipo de procedimiento criminal contra Sam, y si te demanda a ti... bueno, ¿quién sabe? Nunca he oído de un caso exactamente como éste, pero estoy seguro de que debe de haber algún precedente. Menos mal que no has sido tú quién lo ha herido, porque si te enfrentaras con un jurado ansioso de escarmentar a los ricos...

—Yo no soy rica, Boyd.

—Eso lo sabes tú, y yo también. ¿Quién más? Tu marido es rico. Siéntate, por favor, Barbara. Cuando llegaste aquí parecías una víctima completamente deprimida,

y ahora me estás sonriendo.

—Desconozco la razón. He notado sólo que se me ha quitado un gran peso de encima, y desconozco la razón.

—¿Quieres hacerme el favor de sentarte?

Barbara tomó asiento frente a él.

—Me vas a decir que le pague, ¿verdad? Aún estás traumatizado por nuestra última sesión en el tribunal. Eso fue hace diez años, Boyd, pero estoy segura de que te habrás jurado a ti mismo no volverme a permitir que pise otro tribunal.

—Más o menos.

—No tengo cincuenta mil dólares —se quejó Barbara.

—No estarás pensando seriamente en provocar un proceso, porque, si es así, te costará tanto como lo que podrías perder. Eso sin mencionar a tu marido.

—Pero esto es un chantaje —protestó Barbara.

—Claro que es un chantaje legalizado. Te diré que una gran parte de la ley no criminal es chantaje legalizado, y la cosa sigue cada día. ¿Cuánto dinero puedes reunir ahora en efectivo?

—Tengo unos veinte mil ahorrados; es lo que me queda de mis actividades en el mundo cinematográfico. La casa de Green Street me pertenece por completo, así que podría hipotecarla...

Boyd movió la cabeza en señal de impaciencia.

—Toda tu vida has procurado pensar como una pobre. Eso es insensato, Barbara. ¿Quieres ser realista por un momento? ¡No tienes que hipotecar esa condenada casa! Tu madre es una de las viudas más ricas de la ciudad. ¡Ella te dará el dinero! ¡Yo mismo te puedo dar el dinero!

—Boyd, me estás chillando.

Él cerró los ojos y asintió.

—Sí, creo que te estoy chillando. Perdóname, por favor.

—Eres un encanto. Te lo perdono todo.

—Gracias. ¿Me prometerás ahora que le pedirás dinero a tu madre? Pídeselo en concepto de préstamo. A ella le gustará ayudarte, créeme. Voy a reunir algunos papeles y bajaremos a Los Ángeles mañana, a fin de terminar con este estúpido asunto. Y si él fuera mi hijo, lo pondría sobre mis rodillas y le calentaría el culo.

—Me gustaría poderlo hacer yo.

—Mientras tanto, ¿dónde te alojas? ¿En tu casa?

—Voy a almorzar con mi madre, pero me quedaré en mi casa.

—Muy bien. Me voy a encargar de esto con Harvey, y a menos que haya algunos cambios en los planes, me reuniré contigo en el aeropuerto. Te telefonaré hacia las nueve de la mañana, y haremos los arreglos precisos.

Ella había estado ausente de la casa de Green Street durante meses, y llegó allí con recelos. Pero en el momento en que entró en el pequeño y sombrío vestíbulo, su corazón se alivió y notó una sensación de optimismo y tranquilidad. Recorrió toda la casa, pensando en lo agradable y bonita que era aquella pequeña vivienda. Desde luego, estaba muy limpia y bien conservada, y aunque Eloise y Sally la hubieran utilizado, no quedaba la menor huella de su paso. Eran las once, y el recorrido hasta la casa de su madre, en Russian Hill, era cuestión de sólo diez minutos; de modo que decidió saborear aquel lugar un rato más. Se dejó caer en el viejo sillón de cuero del salón, en donde su esposo, el padre de Sam, tomaba asiento y dormitaba mientras oía sus discos de Bach. Hacía tanto tiempo que había fallecido..., once años, muerto en algún lugar de Israel. Pobre Bernie. Pero aquel pensamiento no le produjo lágrimas, ni dolor. El tiempo lo borra todo, aunque también decepciona, y en este momento ella consideró que no habían pasado once años, sino que sucedió ayer. ¡Qué lugar tan extraño y seductor era aquella casa! Era tan antigua como la propia ciudad, fue construida por Sam Goldberg para su novia, después éste vivió sólo allí tras la muerte de ella; más tarde siempre estaba lista esperando la llegada de su dueña. Barbara no quería pensar, analizarse a sí misma y su matrimonio. Sentada en el salón, sentíase bien. A pesar de los dolores y agonías que había sufrido mientras vivió en esta casa, los recuerdos le resultaban reconfortantes. Ella trajo aquí a su hijo después de tenerlo en el hospital y afrontó los primeros doce años de la vida del muchacho. Barbara permanecía sentada con los ojos entornados, recordando muchas cosas y tratando de no pensar que al día siguiente regresaría a Beverly Hills.

—Me lo has contado todo, pero no me has explicado absolutamente nada —le dijo Jean a Barbara, después que hubo servido el café y sacado una bandeja con pastelillos. Pidió disculpas por los pastelillos, igual que lo había hecho por el soufflé, que salió mal. Era el día libre de Mrs. Bendler, y ya que Barbara sugirió que ambas podían comer en casa de la madre, Jean preparó ella misma el almuerzo.

—Soy una pésima cocinera, y hacer pasteles constituye para mí un misterio.

—Tienes un aspecto espléndido —dijo Barbara—. Estoy contenta.

—Tengo el aspecto y me siento como una vieja. Claro que tendrás los cincuenta mil dólares. Te extenderé un cheque antes de que te marches, y no discutas conmigo; tampoco me digas que utilizarás tu propio dinero. Soy tan rica como Dios, indecentemente rica, y no voy a hablar de dinero; en lo que se refiere a Sam, puedo comprender por qué hizo lo que hizo, y si tú no lo entiendes, eso, querida, es un problema que debes resolver tú sola. Te lo repito: no me has explicado nada.

—No sé a qué te refieres.

—Tú, querida mía, eres absolutamente imposible. ¿Es que intentas pasar toda tu vida como una ridícula *girl scouts*?

—Yo nunca he pertenecido a las *girl scouts*, madre.

—¡Vaya una perspicacia! Esperaba una respuesta más inteligente por tu parte.

—Estás enfadada conmigo, ¿no es verdad? —dijo Barbara, desconcertada.

—Claro que lo estoy. ¿Por qué no te has dirigido a Carson? Los Devron están forrados de dinero.

—No hubiera podido hacerlo.

—No hubieras podido hacerlo. ¡Vaya por Dios! ¿Qué significa eso?

—Significa que Sam es mi hijo, y no de Carson.

—Una verdadera lástima, ¿no? No es que carezca de importancia. Si Carson es tu marido, entonces es también padre de Sam. ¿Quiere él adoptarlo?

—Nunca hemos hablado sobre el particular.

—¿Le gusta Sam? —preguntó Jean.

—Madre, se trata de mi vida y de mi hijo. —Barbara permaneció en silencio durante unos momentos, mirando su taza de café—. No, a Sam no le gusta, y Carson se ha dado cuenta de ello. Madre, soy una chica mayor. Los matrimonios no se hacen en el cielo cuando tienes veinte años. No sé dónde se hacen a mi edad.

—¿Quieres hablar del asunto?

—No, creo que no.

—No, no es algo que estés dispuesta discutir con tu madre, ¿verdad? De todos modos, creo que deberías hablar de ello... con alguien.

—Quizá. ¿Qué me dices de ti?

—Bueno, soy una viuda. Estados Unidos está lleno de ellas. El otro día leí que las viudas poseen el setenta y cinco por ciento de la riqueza del país. Trato de no sentirlo por mí misma.

—Tienes un aspecto magnífico. Aún eres la mujer mejor vestida de la ciudad. Estás terriblemente sola, ¿no es así?

—¿Sola? —Jean se encogió de hombros—. Estoy metida en siete organizaciones de caridad. También pertenezco al Comité Cívico de Arte. Participo en el consejo del Museo, y el gobernador me acaba de incluir en el nuevo consejo asesor estatal para cuestiones artísticas. Cambiaría todo eso por estar diez minutos con Danny. Cuando veo a alguien por la calle fumando uno de esos condenados cigarros, mi corazón se detiene y me siento desfallecer. Sammy diría que me estoy desahogando contigo, y supongo que es así, pero no deseo que se compadezca. Hay días buenos y días malos. Steve Cassala está en la ciudad esta noche. Me va a llevar a cenar. Mi pobre y querido amigo. Creo que ha estado secretamente enamorado de mí durante los últimos treinta años aproximadamente, y sus limpios labios jamás pronunciaron una sola palabra; su propio matrimonio ha sido un desastre, sin amor ni esperanza, pero como son católicos no se pueden divorciar. Es un mundo maravilloso, Bobby querida, y ahora su esposa está en el hospital, muriéndose de cáncer, y Steve se está portando de la forma más solícita y amorosa en que un hombre puede hacerlo. Así que iremos a

cenar cuando él salga de visitarla. ¿Por qué no nos acompañas?

—¡Oh, no! Será mejor que vayáis solos. Pero no sabía lo de Joanna. Pobre mujer.

—Sí, y Steve tiene el corazón roto a causa del sentimiento de culpabilidad. ¿Conocías bien a Joanna?

—No realmente. La había visto en bodas y funerales. La he visto dos o tres veces... La última ocasión fue cuando el funeral de papá.

—Puedes quedarte aquí, ya lo sabes. No tardaré.

—Me quedaré en Green Street..., a menos que tengas especial interés en que permanezca aquí.

Jean movió la cabeza en señal de negativa y sonrió.

—Creo que necesitas pasar una noche sola.

Pero, de regreso en su casa de Green Street, Barbara llegó a la conclusión de que lo último que necesitaba en este día precisamente era pasar una noche sola. Hizo una llamada a la oficina de Carson en el periódico, pero colgó el teléfono antes de que contestaran. Después telefoneó a su casa de Beverly Hills, y habló con Sam. Ahora eran las cuatro, y él había regresado a casa de la escuela. Le preguntó qué estaba haciendo.

De una manera extrañamente madura, le preguntó:

—¿Me estás controlando, mamá?

—Claro que no. Sólo quería hablar con alguien querido.

Barbara se preguntó por qué había dicho aquello, considerando que era muy raro por parte de ella decir aquellas cosas.

Se produjo una larga pausa antes de que Sam hablara. Por fin, el chico preguntó:

—¿Dónde estás? ¿En casa de la abuela?

—No, en la casa vieja. En Green Street.

—Me gustaría estar ahí contigo. Si te quedas ahí, ¿puedo pasar contigo el fin de semana?

—Regreso mañana.

De nuevo una prolongada pausa.

—Claro. No te preocupes por mí. No me moveré de aquí. Estoy leyendo *Los tres mosqueteros*. Es fabuloso.

—¿De verdad? Nunca la he leído.

—Deberías hacerlo. Vale la pena.

Barbara colgó el teléfono, lo contempló unos instantes y después marcó el número de sus abogados y pidió que la pusieran con Boyd Kimmelman.

—Me preguntaba —le dijo ella—, si estás libre para cenar esta noche.

—Esta noche, mañana por la noche, la próxima noche...

—¿Te importaría llevarme a cenar?

—Me encantaría.

—¿Te parece bien a eso de las ocho? ¿Pasarás por mi casa?

—Ahí estaré.

Barbara pidió un taxi y se dirigió al hospital St. Mary. Yendo junto a la monja que la acompañaba a la habitación de Joanna Cassala, experimentó una extraña y casi intolerable sensación de repetir algo ya vivido. Era la primera vez que visitaba un hospital católico desde la muerte de Marcel. Eso fue en 1938, veintiún años atrás. ¿Era posible... veintiún años? Ella tenía entonces veinticuatro, vivía en París y escribía para una revista de Nueva York.

Él era periodista. El recuerdo de él, de su primer amor que fue como ningún otro, de cuando la dejó para marcharse a España para escribir acerca de la guerra civil, de cuando fue herido, y después su muerte a consecuencia de gangrena en el Hospital del Sagrado Corazón, en Toulouse... Todo aquello gravitaba sobre su muerte y su cuerpo. La monja que estaba a su lado le preguntó:

—¿Se encuentra usted bien, señora?

—Sí, me encuentro bien.

—Ya comprendo. Estas cosas son tan tristes...

—¿No hay ninguna esperanza para Mrs. Cassala?

—Me temo que no.

Stephan estaba en la habitación, sentado junto al lecho. Joanna, con oscuras ojeras, enflaquecida, sonrió temblorosamente cuando vio a Bárbara.

—Qué buena has sido, qué considerada, ¡venir aquí desde Los Ángeles!

Barbara la besó. Stephan, parpadeando, se levantó para ceder su asiento a Barbara.

—Levanta un poco la cama, por favor —le dijo Joanna a su marido—, así podré contemplar a Barbara. No me mires —le dijo a Barbara—. Estoy hecha un espantajo, sin maquillaje, ni nada.

Después empezaron a hablar acerca de Beverly Hills, de la gente del cine, de los Devron. Para Joanna, Barbara había sido siempre una figura maravillosa y fascinante. Barbara iba contestando a sus preguntas, tratando de ser divertida; sin embargo, al cabo de unos minutos, Joanna cerró los ojos y se quedó en silencio.

—Se fatiga con facilidad —dijo Stephan.

Al cabo de un rato, él salió al corredor con Barbara, quien se enjugó el llanto, sin saber con certeza si lloraba por Joanna, por sí misma o por sus recuerdos.

—Ha sido tan bondadoso por tu parte venir aquí —dijo Stephan.

—Estaba en San Francisco. Mi madre me lo contó. Yo no lo sabía.

Stephan movió la cabeza en señal de pesar.

Ya en el restaurante aquella noche, acompañada por Boyd Kimmelman, tomando su segundo martini, Barbara dijo:

—Cuando éramos niños, acostumbrábamos discutir que Dios era una mujer. ¡Qué tontería! Sólo un hombre podría retorcer las cosas de modo tan inmisericorde. ¡Esa pobre mujer! ¡La vida es una porquería!

—Tiene sus momentos, como por ejemplo ahora mismo. Estás hablando con un hombre que se siente en paz con el mundo.

—Bien. Estás hablando con una mujer que está llena de remordimientos. Suele decirse habitualmente entre vosotros los judíos que tenéis el monopolio de los sentimientos de culpabilidad. Créeme, una buena mujer blanca y protestante típica, especialmente una de las que se dice perteneciente a una buena familia, podría mostrarte abismos de culpabilidad en los que nunca soñarías.

—Eso es muy interesante —dijo Boyd—. Prosigue.

—Lo haré. Dos martinis me embriagan ligeramente y me vuelvo locuaz. Existe la teoría de que los escritores son locuaces. Nada de eso. Hablan en silencio a una hoja de papel. Los abogados son algo distintos por completo. ¿Por qué te divorciaste Boyd?

—Hablar de esto no estaba en el programa, ¿verdad?

—¿Fue por el alcohol?

—Pasó durante la guerra. Yo estaba en Alemania. Cuando regresé a casa, ya no volví a verla. Harvey Baxter se hizo cargo del asunto, bendito sea. Ella estaba viviendo en Hollywood con un director de cine.

—¿No te sentiste terriblemente colérico?

—No. Para decirte la verdad, me sentía aliviado.

—Pero eso sucedió hace casi quince años. ¿Por qué no volviste a casarte de nuevo?

—Pues... —Se echó a reír.

—Te estás riendo de mí.

—No, querida Barbara. No podría reírme de ti. Creo que tomaré otra copa. Lo primero que aprende un buen abogado es a no decir demasiadas cosas. Por eso todos los abogados somos aburridos.

—Tú no eres aburrido.

—Dame tiempo. Ahora, en contestación a tu anterior pregunta, te diré que viví con una dama unos cinco años, y después la cosa se deshizo. No sé cómo explicártelo mejor. No encuentro tan tentadora la institución del matrimonio. Cuando pienso en el pobre Steve Cassala, dos miserables vidas desperdiciadas... ¿Conoces algún matrimonio feliz?

—Alguno. El de mis padres, por ejemplo. Sí, desde luego —dijo Barbara— conoció su parte de sangre, sudor y lágrimas, pero funcionó. Conozco algunos otros...

—¿El tuyo?



—Pues he almorzado con mi madre, y me ha dicho que debía desahogarme con alguien. Creo que ella me considera como a una relamida y virginal chicarrona perteneciente a los *boy scouts*. ¿Te doy yo esa impresión?

—En absoluto.

—Supongo que ella se refería a otra cosa, y no precisamente a un abogado. La mayoría de mis amistades están metidas en lo que ellos llaman terapia, una palabra de la clase media que significa hablar con un sacerdote. Creo que no podré soportarlo. Me has preguntado acerca de mi matrimonio. Es un desastre.

—¿Ah, sí? Opino que deberíamos pedir algo de comer.

—Si tú quieres, Boyd, ¿qué anda mal en mí? He amado a dos hombres; uno de ellos murió en la guerra civil española y el otro en Israel. Y ahora me he casado con un buen hombre, decente, pero no estoy enamorada de él. Quiere hijos que no puedo darle, y no hemos dormido juntos desde una semana después que acabara nuestra luna de miel. Sí, él lo ha intentado, pobre chico... En nombre Dios, ¿qué estoy haciendo? Creo que estoy completamente borracha. Por favor, pídemme un gran plato de *spaghettis* y otro martini.

Eran poco más de las siete de la mañana cuando Barbara se despertó. Boyd aún dormía, echado sobre el estómago, con un brazo colgando fuera de la cama. Barbara se volvió para mirarlo, y entonces le acarició suavemente el cabello. Él se movió sin despertarse. Curiosamente, ella no sintió remordimientos ni experimentó culpabilidad alguna, sólo una extraña y agradable calma y satisfacción, como si hubiera estado ausente durante largo tiempo y finalmente regresara a sí misma. Había sido un agradable y fácil acto de amor entre dos personas que no estaban enamoradas pero que, aun así, se profesaban un gran afecto. Se conocían desde hacía mucho tiempo. Boyd la había defendido cuando la juzgaron por desacato al Congreso; él había luchado por ella apasionadamente. La pasada noche le había dicho: «Nunca me he permitido enamorarme de ti, Barbara. Un hombre que no se pone límites a sí mismo es un maníaco, un tonto o ambas cosas. Yo no soy nada de eso». Fueron unas palabras inteligentes, pensó ella ahora, pero había habido en el pasado demasiados hombres que decidieron que estaban enamorados de ella. Tal declaración amorosa se había desvalorizado. A ella le complacía que Boyd no la hubiera pronunciado, y bastaba con que él la poseyera con ternura y sinceridad, dándole algo que ella necesitaba desesperadamente. Barbara sabía que existían mujeres que se realizaban plenamente en la vida sin necesidad de hombres. Pero ella no pertenecía a tal grupo, y pensar en la existencia sin amor en el sentido físico resultaba una perspectiva sombría. A pesar de sus numerosos trastornos emocionales y neurosis, nunca había experimentado ninguna inhibición contra el goce de un cuerpo del sexo opuesto. Barbara lo había discutido con Eloise, que se quedó impresionada al encontrar a Fred

y a Sam enfrascados en la lectura de un *Playboy*.

—Pero ¿por qué no? —preguntó Barbara—. ¿Por qué no deben ver lo adorable que puede ser un cuerpo?

Ahora se estiró perezosamente, echando a un lado las sábanas. Su propio cuerpo era aún firme y atractivo.

Boyd se despertó, bostezó, se desperezó y después se incorporó apoyándose en un codo. Se puso a contemplarla.

—Eres una mujer hermosa, Barbara.

—Ya me lo han dicho otras veces, amiguito.

—¿A las siete y media de la mañana?

—Se ha dado el caso.

—¿Lo lamentas... ahora?

—No. Claro, no he reflexionado sobre el particular. Es demasiado temprano y me siento lánguida. Puedes utilizar el cuarto de baño de Sam; está abajo, en el vestíbulo. Yo permaneceré lánguida unos minutos más, y después me daré una ducha. No hay absolutamente nada para comer en casa, pero te puedo hacer café, si te apetece.

—¿Regresas hoy a Los Angeles?

—Sí.

—¿No podría persuadirte para que te quedaras unos días más?

—¿Y convertir la aventura amorosa de una noche en un idilio? ¿Es eso lo que pretendes, Boyd?

—No sé lo que pretendo. Estoy desnudo debajo de estas sábanas, y expresar las ideas requiere un mínimo de indumentaria. Si te dijera lo que estoy pensando, los dos nos sentiríamos muy confundidos.

—Entonces será mejor que nos visitamos y conversemos.

Pero, al tomar café en la cocina, no tocaron el tema. Boyd dijo que regresaría a su apartamento, se cambiaría de ropa, se afeitaría, iría a la oficina a recoger algunos papeles, y después cogería un taxi que lo llevara al aeropuerto.

—Una vez allí, veremos a Mr. Merkounian y nos ocuparemos del asunto.

—Cincuenta mil dólares —dijo Barbara—. Cuando no era más que una niña y regresaba del colegio después de mi segundo año, me vi involucrada en la gran huelga portuaria de 1934. Mamá y papá estaban divorciados, y mi madre se había casado con John Whittier, el magnate naviero. Trabajé en la cocina del sindicato y todo el dinero que gané lo gasté en comida...

—Ya lo sé —dijo Boyd suavemente—. Salió a relucir en el juicio. Recuerdo que lo vendiste todo, incluso tu coche, para comprar comida para los huelguistas.

—¿Una de mis medallas por buena conducta? Este mundo está completamente loco, Boyd. Y ahora Merkounian recoge cincuenta mil dólares para su cliente, un dinero que le ha sacado a mi madre. No me siento culpable por lo que pasó entre

nosotros anoche, pero esto otro me llena de tales sentimientos de culpabilidad y tristeza...

—No tienes que pagar eso, Barbara. Podrías exponerle el asunto a tu esposo e ir después a los tribunales. No estoy seguro de que no ganáramos.

—¿Las famosas últimas palabras? No, pagaré.

—De acuerdo. De cualquier modo quiero que cobres el cheque antes de que te recoja, digamos a las once. Quiero regatear un poco con Mr. Merkounian. Creo que aceptará una cantidad mucho menor.

—Tiene un apellido raro, ¿verdad? Merkounian...

—Es armenio. Son buena gente, trabajadores y muy astutos. Creo que podremos llegar a un acuerdo.

—Y, hablando de nombres, ¿cómo es que tú te llamas Boyd Kimmelman?

—Vaya, por fin me lo preguntas al cabo de tantos años. Demasiado pronto o demasiado tarde, depende según se mire. ¿Sabías que a tu padre le pusieron Daniel porque nació en un vagón de ferrocarril en la línea de Santa Fe, y que tu abuelo decidió que aquello parecía una leonera?

—No, nunca oí eso —dijo Barbara sorprendida—. ¿Cómo diantres lo sabes tú? ¿No lo estarás inventando todo?

—Me lo contó Harvey Baxter, a quien se lo dijo Sam Goldberg. Mi nombre es menos romántico. Un individuo llamado Frank Boyd salvó la vida de mi padre durante el terremoto. Así que me pusieron Boyd Kimmelman. Ve ahora a cobrar el cheque, y te recogeré aproximadamente a las once.

Cándido Truaz había trabajado para Jake Levy casi durante treinta años. Sabía tanto del proceso de elaboración de los vinos como cualquiera en el Valle de Napa, y Jake, que ya pasaba de los sesenta, confiaba mucho en la habilidad y conocimiento de este hombre. Le dijo a Clair que si le sucedía algo a Truaz, él lo pondría todo en manos de Adam y se apartaría del negocio de los vinos para siempre. No es que tuviera mucha fe en Adam. Adam estaba interesado en una variedad de cosas, y la filosofía de Jake era que si un hombre elaboraba vino, no debía interesarle nada más en el mundo. Pero ahora Truaz, un corpulento y fuerte chicano, de rostro moreno, arrugado y perpetuamente preocupado, se acercó a Jake y le dijo que debía comunicarle algo, aunque no sabía cómo hacerlo.

—¡Me importa un pimiento cómo lo digas! —repuso Jake—. Si tienes que comunicarme algo, suéltalo sin ambages. Nosotros dos siempre hemos hablado así, ¿no es verdad?

—Tienes razón, Jake.

—Muy bien. ¿Qué mosca te ha picado?

—Mi hija tiene problemas.

Truaz tenía tres hijas.

—¿Quién? ¿Cuál de ellas?

—Carla.

Carla tenía dieciséis años, con extremidades bien torneadas, ojos oscuros y senos ya en su plenitud. Los Truaz vivían en una casita situada en el confín de la finca Higate. Carla estudiaba en el instituto.

Jake siempre se expresaba con brusquedad.

—¿Qué pasa, hombre? ¿Es que se la han follado?

—Todavía no lo sabemos.

—¿Y cómo diablos es que no lo sabéis aún? Llevadla a Napa, a que la vea Joe, y la someterá a la prueba del conejo, o como coño se llame eso. Entonces sabremos qué hacer con el hijo de puta que abusó de ella, pobre cría.

—¡Ay, Jesús! —suspiró Truaz—. Ésa es la cuestión, Jake. Se trata de tu nieto Freddie.

—¡No! ¡Maldita sea! ¿Estás seguro?

—Eso es lo que ella dice. Se lo arranqué a golpes.

Jake movió la cabeza en señal de gran disgusto.

—¡Qué lío! No es conveniente pegar a los niños... pero le romperé la cara a ese pequeño bastardo. Pero yo no puedo hacerlo... Es cosa de Adam. ¡Maldito pequeño hijo de puta!

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Truaz compungido—. Si Freddie fuera un muchacho chicano, yo sabría cómo proceder. Tendría que casarse con ella, o nunca más volvería a andar. Pero, en el caso de Freddie...

—Bueno, espera un poco —dijo Jake, poniendo el brazo sobre los hombros de Truaz—. Vamos, viejo amigo, son unos crios. Yo quiero a Carla. Es una chica estupenda y sería una buena esposa para Freddie. ¿Crees que yo me opondría si ellos quisieran casarse? No, señor. Pero Freddie aún no ha cumplido los dieciocho, y Carla tiene dieciséis... ¿O quince?

—Dieciséis.

—Pues ya sabes lo que pasa con ese tipo de matrimonios. Todo son problemas. Primero veamos si ella está embarazada, y después trataremos de arreglar las cosas. Mientras, déjame Freddie a mí.

Resultó que Carla no estaba embarazada. Estuvo sentada, inclinada hacia delante y sollozando en el consultorio de Joe Lavette. Escuchaba las palabras de Sally, la mujer de Joe.

—Esta vez no has quedado embarazada —le dijo Sally—, y también deberás aprender, Carla, que si te vas a la cama con un hombre, eso no significa necesariamente que te vayas a quedar preñada. Por otra parte, no sigas con ese juego. Es como la ruleta rusa. Esta vez has sido afortunada. La próxima, puedes encontrarte

de verdad embarazada...

—No habrá una próxima vez —dijo Carla, llorosa.

—No me vengas con eso, por favor. Sería buena cosa que te mantuvieras limpia hasta que te cases, pero la vida no siempre es así. Te voy a dar un librito, siéntate en la sala de espera, léelo y aprende algo acerca de cómo funciona el cuerpo. Y, por amor de Dios, no te vayas corriendo a tu madre si vuelves a acostarte con otro muchacho. Acude a mí. ¿Por qué tienes esos cardenales en los brazos?

—Ha sido papá. Tenía razón. Hubiera debido matarme.

—¡Vaya, hombre! Tienes el cerebro de un mosquito, y por eso te has acostado primero con Freddie. Piensa un poco. ¿Qué deseas hacer cuando seas mayor?

—Quiero ser una artista de cine como usted.

Sally soltó una carcajada, y el rostro de Carla, surcado de lágrimas, hizo una mueca de disgusto.

—Oh, no, no me estoy riendo de ti —dijo Sally rápidamente—. Eres lo bastante guapa como para convertirte en artista de cine. Es sólo que hace tantos años que estoy casada con Joe, siendo su enfermera y criando a los hijos... Creo que no podrías comprenderlo. Pero déjame que te diga esto, querida, si deseas ser una estrella cinematográfica, o cualquier otra cosa que requiera cerebro o talento, no desperdicies tu vida casándote con un cualquiera que en el fondo no te guste. Así sólo serías desgraciada.

Adam Levy había sido bastante desgraciado, y por eso le rogó a su padre:

—Por favor, déjame que arregle esto. No quiero que se entere Eloise.

—¿Cómo vas a resolver el asunto? —preguntó Jake—. Si fuera mi hijo, me lo pondría encima de las rodillas y le dejaría el culo de forma que no pudiera sentarse durante una semana.

—No se puede golpear a un chico de su edad, papá. Deja que lo arregle yo.

Pero, según Eloise se lo explicó a Jean, cuando fue a San Francisco a verlo unos días más tarde, ella no dejó de enterarse.

—Estaba en la cocina, abajo —dijo Eloise—, pero Adam chillaba de un modo que oí cada palabra. Josh estaba fuera en alguna parte, gracias a Dios. Nunca había visto antes a Adam tan enfadado con Freddie... En realidad nunca lo había visto tan encolerizado. Gritaba que Freddie lo había traicionado, que el muchacho había obrado estúpida y ridiculamente... Y yo no tenía ni la menor idea acerca de qué hablaban. No sabía lo que había sucedido. Y entonces mi marido gritó que con todas las chicas que hay en el Valle de Napa, él había tenido que..., había tenido que... —Eloise no pudo pronunciar la palabra *cagar*— defecar en su propia puerta.

Jean la abrazó.

—Eloise, eres maravillosa. Eres completamente maravillosa.

—No soy tan maravillosa, Jean querida, porque en aquel momento estuve a punto

de sufrir uno de esos espantosos dolores de cabeza que a veces padezco, y me fui arriba para decirles que pararan. Freddie estaba de pie, mirando a través de la ventana, y Adam gritaba que el muchacho debía volverse o que, si no..., y justo cuando entré en la habitación, Freddie exclamó que Adam siempre lo había odiado, lo cual me partió el corazón, porque Adam adora al chico, y en aquel momento me eché a llorar y la discusión cesó.

—Y Adam te explicó toda la historia.

—Sí, pero, Jean, no entiendo nada de eso. Freddie no nos ha hablado a Adam ni a mí durante dos días. Él siempre había venerado a Adam, y ahora estoy tan asustada...

—¿De qué?

—De perder a Freddie.

—No vas a perderlo, Eloise. ¿Por qué sigues creyendo que el mundo es un jardín de rosas? Ya has sufrido lo bastante como para pensar de otro modo.

—Yo nunca he sufrido: ése es el problema. Tengo mucho miedo.

Boyd Kimmelman decidió finalmente que iría solo a ver a Mr. Merkounian. Arregló el asunto por veinticinco mil dólares en metálico.

Antes de regresar aquel mismo día a San Francisco, estuvo hablando con Barbara.

—Se trataba de un asunto dudoso, me refiero a la demanda judicial, y desde el principio. Merkounian estaba preocupado por lo que sucedería si Carson se enteraba. Se trataba de hostigamiento y chantaje. Ahora el asunto está concluido. Puedes estar completamente segura de que ni Merkounian ni Westcott declararán ese dinero. No hay nada que estimule más la codicia de cualquier condenado norteamericano que una cantidad en metálico libre de impuestos. Puedes comprarlo casi todo y a cualquiera con dinero en metálico, y se coserán los labios, Barbara, créeme. Aquí tienes los otros veinticinco mil dólares para que se los devuelvas a tu madre. Ya está arreglado.

Se habían reunido en el Salón de Polo, del «Beverly Hills Hotel». Barbara no experimentaba ningún sentimiento de culpabilidad al estar allí tomando una copa sentada junto al hombre con el que se había acostado la noche anterior. Lo que sí en cambio la turbaba era el cierto cinismo de Boyd.

—¿Es que no hay nada ni nadie que conserve un poco de honor? —preguntó ella—. Tú eres un hombre de leyes, Boyd. ¿No estaremos contribuyendo a la corrupción?

—¿Tú crees? He resuelto un caso sin ir a los tribunales mediante un pago al contado. Es perfectamente legal. Tu madre te prestó el dinero. Tú se lo devolverás, estoy seguro. No hay nada irregular. Lo curioso es que Merkounian es un tipo decente. Se crió en una pequeña granja del Valle de San Joaquín, y su familia se rompió el espinazo para enviarlo a la Universidad. Ahora es un abogado de Beverly Hills. Los armenios sufrieron matanzas por parte de los turcos; los judíos las padecieron por los nazis. Pero ninguno de los dos olemos a carne quemada. Pero

¿cómo diablos estoy hablando de esto?

—Creo que lo comprendo —dijo Barbara, sonriendo levemente.

—Yo me marchó esta noche. ¿Necesitas algo más?

—Supongo que no. —Barbara sacó un cheque de su bolso y lo metió en el sobre junto con los veinticinco mil dólares que Boyd le había devuelto—. Es mi cheque por veinticinco mil, y quiero que le entregues toda la cantidad a mi madre. Ella se mostrará muy indignada y costará que lo acepte, pero no te dejes convencer. Haz que se lo quede.

—¿De dónde has sacado veinticinco mil dólares?

—Mi famosa riqueza. No te preocupes, Boyd. Todo me va bien.

—Así lo espero. No hemos vuelto a hablar de tu matrimonio. ¿Quieres que discutamos el asunto?

—No.

—De acuerdo. ¿Vas a volver pronto a San Francisco?

—Querido Boyd —dijo Barbara, tomándole la mano—. Soy muy mala candidata para un plan amoroso. Gracias a Dios, ninguno de los dos estamos enamorados. No sé cuándo regresaré a casa. No sé mucho de nada, excepto que este maldito asunto ya ha concluido, por lo cual te estoy muy agradecida.

Pero el asunto no había concluido. Dos semanas más tarde, Sam le dijo que sabía todo lo referente a lo del arreglo con Mr. Westcott. Se acercó para decírselo cuando ella acababa de leer un editorial en el *Morning World* de Los Ángeles. El tema del editorial era Norman Drake.

«Mr. Drake ha anunciado que se presentará como candidato a la presidencia. Mr. Drake llega a este punto de su carrera tras años de experiencia en la Cámara de Representantes y en el Senado de los Estados Unidos. Mejor preparado que otros candidatos, con un profundo y práctico conocimiento del gobierno, ha probado ser un inteligente y enérgico legislador, así como un brillante elemento en campañas electorales. Al ser natural de California, está bien al corriente de las necesidades especiales y particulares de los Estados de la Costa Oeste, una zona bastante olvidada por el Gobierno Federal de Washington. Aun cuando este periódico estuviera en el pasado en desacuerdo con algunos de los puntos de vista de Norman Drake, en un sentido general apoyamos tanto su posición como su programa. Le damos la bienvenida a esta competición política».

Carson se había marchado al centro de la ciudad una media hora antes, sin hacer mención del editorial. Barbara estaba sentada en la mesa del cuarto donde solía desayunarse. Tomaba café, mientras leía el editorial, cuando Sam se aproximó a ella. Robin Park, el mayordomo coreano, puso frente a él una fuente de huevos con tocino.

—No tengo hambre —dijo Sam.

—Quiero que te desayunes como es debido —dijo Barbara mecánicamente, sin

levantar la vista del periódico.

—No puedo. No tengo hambre.

—Sí... —Ella había acabado de leer el editorial.

El significado estaba claro. Volvió a mirarlo, fijándose en frases, en fragmentos.

—Tengo que preguntarte algo —dijo Sam.

Barbara dirigió una mirada a su alrededor. El suelo de aquella estancia estaba embaldosado; unas puertas correderas de cristal daban acceso a la terraza, a la piscina y, más allá, al campo de tenis. Ella no jugaba demasiado bien al tenis, y además este deporte no la entusiasmaba. Carson era un gran jugador. El campo de tenis había sido uno de los factores principales que lo impulsaron a comprar la casa.

—¿Te puedo preguntar algo, por favor?

Barbara dejó el periódico sobre la mesa y miró a su hijo. Se le ocurrió que él nunca hablaba de su embarcación, de la hermosa embarcación que su abuelo le había legado, y que permanecía amarrada en la bahía de San Francisco. ¿Por qué pensaba ella en el barco precisamente ahora? El editorial que acababa de leer aún le martilleaba el cerebro. Su mundo se estaba descomponiendo. No había apoyos por parte alguna; era como un terremoto silencioso, sentido sólo por ella, y al otro lado de la mesa su hijo la estaba observando, aquel muchacho alto y delgado que, según ella pensaba frecuentemente ahora, era la única razón de su existencia. ¿Qué más? Barbara había dejado de escribir. Las comidas eran previstas y preparadas por la cocinera. Algunas veces ella iba de compras, pero casi siempre la comida era pedida por teléfono a una tienda especial en Rodeo Drive. Una vez miró los precios y casi se puso enferma de la impresión, pero cuando se quejó a Carson de ello, él quitó importancia al asunto.

—Tu tiempo es más valioso —dijo él.

Barbara se preguntó qué suponía él que ella hacía con su tiempo. Los largos y maravillosos paseos que eran tan necesarios para su creatividad como escritora, resultaban imposibles en Beverly Hills. San Francisco era un lugar en el que uno podía pasear. Pasear en Beverly Hills era como retroceder, semejante a encontrar algo contrario a la cultura, quedar prisionero de algo ajeno y distante a uno; era una alienación que ella nunca había experimentado en París o Londres o Nueva York.

—¡Mamá!

—¿Qué quieres, Sam? —preguntó ella suavemente—. ¿Qué deseas preguntarme?

—¿Soy judío?

Es lo último en el mundo que ella esperaba que Sam le preguntase; su idea más inmediata fue decirle que ya era hora que dejara el colegio; y luego se dijo a sí misma: «Al diablo con el colegio. Aquí hay algo importante y, que Dios me ayude, he olvidado lo que es importante y lo que no lo es».

—Bien, eso depende —contestó Barbara con gran seriedad—. Nunca he estado



absolutamente segura de lo que hace a una persona judía, excepto tener el padre y la madre judíos, así como una religión diferente, supongo. Pero la mayoría de los judíos y también los cristianos, los que yo conozco, parece que no tienen ninguna religión. Me han dicho que, de acuerdo con las leyes judías, en un matrimonio mixto, si la madre no es judía, el hijo tampoco lo es. Pero no estoy muy segura de que eso importe mucho.

—Mi apellido es judío. Cohén es un apellido judío. Cuando fui a la escuela dominical en Grace Cathedral, en cuanto los chicos oían mi nombre, sabían que yo era judío. Por eso odiaba ir allí. Tengo cara de judío.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Que tengo cara de judío. —Dirigió una mirada a su reloj de pulsera—. Es tarde, me debo marchar al colegio.

—No te preocupes por el colegio. Hoy puedes llegar tarde, y yo te daré un escrito justificativo. Vamos a hablar. Crees que pareces judío. Steve Cassala es italiano. Tiene los ojos oscuros, el cabello negro y una gran nariz ganchuda. ¿Tiene aspecto de judío?

—Él es italiano, tal como has dicho.

—¿Tiene cara de judío Jake Levy?

—Él no es judío.

—¿No? ¿No se te ha ocurrido nunca que Levy es también un apellido judío? ¿Es que la abuela Levy no es judía?

—No lo sé. Nunca he pensado sobre el particular.

—¿Y por qué piensas en eso ahora? ¿Te ha sucedido algo en la escuela?

—No. —Sam dudó—. Westcott —dijo por fin.

—Ése es un asunto concluido y que pertenece al pasado.

—No, no es así —dijo Sam con voz chillona—. Tú le has pagado veinticinco mil dólares. Algún día te devolveré el dinero. Te lo juro.

Durante largo rato, Barbara se limitó a mirarlo fijamente, en silencio. Después dijo en voz baja:

—Muy bien, supongamos que me cuentas cómo has sabido lo de los veinticinco mil dólares.

—Fui a ver a Mr. Westcott. Él me lo dijo.

—¿Fuiste a verlo? Pero ¿por qué?

—Quería disculparme por lo que había hecho. Tengo casi ochocientos dólares en mi cuenta de ahorro.

Es el dinero que el abuelito solía darme. Se lo ofrecí a Mr. Westcott.

—¿Lo aceptó? —preguntó Barbara, notando cómo la cólera aumentaba en su interior.

—No. Me dijo... —Sam sacudió la cabeza—. Utilizó palabras ofensivas.

—Cuéntame lo que te dijo.

—¿Estás segura de que deseas oírlo?

—Sí, quiero que me lo cuentes. He oído palabrotas muchas veces. No me voy a asustar.

Sam exhaló un profundo suspiro.

—Bien, pues me dijo que cogiera mi dinero y que me lo metiera en el culo. Después me llamó pequeño judío hijo de puta. Me dijo que los judíos se estaban apoderando de California, pero que él y otros pronto pondrían freno a eso. Después te insultó a ti.

—¿Qué insultos fueron?

Sam movió la cabeza en señal de negativa.

—Después me habló del dinero que tú le habías pagado a su abogado... —Sam estaba llorando—. ¿Has hecho eso para que yo no vaya a la cárcel?

Barbara se acercó a él y le rodeó con sus brazos.

—¿Lo has hecho por eso?

—No, cariño, no. Tú no habrías ido a la cárcel de ningún modo. Él amenazó con un proceso por negligencia, y Boyd Kimmelman consideró que lo mejor que podía hacer era arreglar el asunto, y ahora ya lo está. No quiero que pienses en ello, o que lo vuelvas a mencionar, ni que se lo cuentes a nadie. Todo ha pasado, y ese dinero no significa nada para mí.

—Te lo devolveré algún día... te lo prometo.

—Ya veremos. Mientras tanto, es agua pasada. Te prepararé un desayuno caliente, te llevaré al colegio y justificaré tu retraso.

Cuando Barbara regresó tras haber llevado a Sam al colegio, telefoneó a su madre, a San Francisco.

—Quería oír tu voz —le dijo a Jean—. Tú eres una persona comprensiva, y he estado pensando en que deseaba hablar contigo. ¿Sabes que hace ya seis meses que estoy casada y que casi estamos en Navidad?

—¿Estás bien? —preguntó Jean, ansiosa.

—Me siento muy feliz, y muy triste.

—¿Qué ha sucedido?

—Es demasiado largo para explicarlo por teléfono.

—Me tienes completamente desconcertada.

—Supongo que sí —convino Barbara.

Después, ella se dirigió en coche a la playa, estacionó el vehículo en la explanada que da frente al arranque de Sunset Boulevard, y tomó asiento sobre la arena, mirando al océano. Permaneció allí casi una hora, contemplando las grandes olas y serenando su ánimo con el ruido del océano. Era un día caluroso, pero en esta época

del año no había mucha gente en la playa; sólo algunos niños con sus madres, algunas parejas jóvenes, y a su izquierda, bastante lejos, un grupo de atletas se ejercitaban con una pelota medicinal. Ella estaba próxima a su período menstrual, y ya podía sentir el cambio que se producía en su cuerpo en tales ocasiones, una especie de efusión, de oleada de calor, una tristeza física y necesidad. Sin pensar en el futuro, ella sabía lo que iba a suceder.

Barbara volvió a su casa de Beverly Hills a última hora de la tarde. Carson estaba en la pista de tenis, realizando un furioso partido con Kirk Alman, un artista cinematográfico muy importante, cuya última película acababa de ser estrenada. A ambos lados de la pista estaban como espectadoras dos hermosas chicas rubias. Quedaba sólo aproximadamente una hora de luz solar, y Carson jugaba con un brío y una desesperación que parecían oponerle tanto a la puesta de sol como a su contrincante al otro lado de la red.

Mientras Barbara estaba allí presenciando la escena, Sam salió del interior de la casa y se puso a su lado.

—Nadie puede vencer a Carson —dijo Sam—. Es demasiado bueno. Si lo deseara, podría ser un profesional.

Barbara empezó a hablar, pero Sam se dio la vuelta y se metió de nuevo en la casa.

El juego concluyó. Carson saltó la red y estrechó la mano de Kirk Alman. Las dos chicas bonitas palmotearon de admiración y después se precipitaron hacia los jugadores; una de ellas abrazó a Alman, y la otra besó en la mejilla a Carson. Éste se acercó a Barbara y la besó.

—¡Qué juego más bueno! —dijo Carson—. Estoy empapado. Deja que vaya a ducharme, y tomaremos una copa.

—Solos. Quiero hablar contigo.

—No hay problema. Les diré que se vayan.

Carson presentó a las muchachas. Barbara ya había visto a Alman muchas veces antes. Las dos jóvenes rubias eran artistas de cine. Barbara las saludó con un movimiento de cabeza y una sonrisa. Mientras Carson se duchaba y se vestía, Barbara subió a la habitación de Sam. Él estaba inclinado sobre su escritorio, trabajando con el modelo de un avión; con una cuchilla de afeitar de un solo filo cortaba cuidadosamente finas tablillas de madera de balsa.

—¿Cómo te ha ido hoy? —le preguntó ella.

—Muy bien.

—¿Juegas alguna vez al tenis con Carson? —preguntó ella.

—Una vez. Me dejó ganar.

—Bueno, supongo que podrás comprenderlo, ¿verdad?

Sam asintió sin pronunciar palabra. Barbara salió de la habitación, cerrando

suavemente la puerta tras sí. Ya abajo, se puso a preparar unos martinis. Carson entró en la biblioteca mientras ella echaba la bebida.

—¡Vaya! —exclamó él cuando hubo tomado el primer sorbo—. Kirk aborrece perder. Se pone hosco, así que tenías razón al desear que no se quedaran. Ya lo sabes, Bobby, el sur de California te estropea y no puedes vivir en otra parte. ¡Tenis en diciembre!

Barbara lo escuchó y lo observaba. Pensó que era un hombre encantador. Dulce, amable, decente. Quiso llorar. Años atrás, lo habría hecho. A las viejas costumbres les cuesta desaparecer, pero desaparecen.

—Supongo que habrás visto el periódico —dijo Carson.

Ella asintió.

—¿Hablas tú... o hablo yo? —preguntó Carson.

—Habla tú —contestó Barbara, dejándose caer en una silla.

Él se inclinó sobre la barra, y la estudió.

—Eres toda una mujer —dijo Carson—. A veces me asustas.

Ella movió la cabeza. No había respuesta para aquello.

—¿Has leído el periódico?

Barbara asintió.

—Ya me lo has preguntado. He leído el editorial.

—¿Estás enfadada?

—No.

—Quiero explicártelo.

—De acuerdo.

—No estoy escurriendo el bulto. Phil Baker escribió el editorial, pero eso no importa. Ha sido una decisión familiar, y por encima de ella ha estado la decisión del consejo. ¿Quieres que te explique algunas de las razones para tal decisión?

—Sí, me gustaría oírlas.

—En cualquier circunstancia, Bobby, un candidato presidencial no es un tipo corriente y normal de ser humano. La energía, la vanidad, el estímulo necesarios para emprender una campaña semejante con ciertas posibilidades de éxito, son algo único, y aparte la energía, el talento o la brillantez del candidato, el factor decisivo es el dinero. Estamos en la Era de la Televisión, y la Televisión es condenadamente cara. De acuerdo. Nosotros apostamos por Norman Drake. Tiene energía y ambición, el único objetivo de su existencia es agrandar a la gente, que lo voten. Pensemos lo que pensemos tú o yo de él, a muchísima gente le cae bien. Se ven reflejados en él. Arrastra muchos votos. Trabaja para el partido. Ha nacido y se ha criado en California, y nunca hemos tenido uno de los nuestros en Washington. Lo respalda gente con mucho dinero. Con cantidades ilimitadas de dinero. Personalmente, lo desprecio, pero los candidatos no se eligen basándose en cuestiones morales o

sociales. Ya sé que fue miembro del Comité de Actividades Antiamericanas, pero ¡cielo santo!, si fuéramos a descartar a todos cuantos desempeñaron un papel en la Era McCarthy, no tendríamos a quién echar mano. Yo soy el editor del *Morning World*, pero no soy el propietario del periódico y no tomo las altas decisiones.

Barbara se levantó y fue a servirse la segunda copa. Nunca había sido bebedora: sólo un vaso de vino, un cóctel de vez en cuando en alguna ocasión especial. Recientemente, en Beverly Hills, las ocasiones eran más numerosas.

—Cuando el consejo tomó su decisión, ¿qué votaste tú? —le preguntó ella a Carson.

—Me abstuve. Comprendieron la razón.

—Supongo —dijo Barbara— que podría mostrarme cáustica, desagradable, mordaz. La ocasión es apropiada para ello. Pero ahora no me siento mordaz: sólo triste. Condenadamente triste.

—¿No estarás exagerando un poco?

—Quizá.

Barbara se dejó caer de nuevo en una silla, mirando su copa. La bebida era un pretexto. Ella nunca había resuelto nada emborrachándose. Las pocas veces en que se había embriagado fueron momentos felices. Las palabras también eran un pretexto. Siempre flotaban alrededor sin tocar nunca lo primordial. ¿Y qué era lo primordial de aquello? Ella se encontraba en un lugar extraño, en una casa extraña y con un hombre extraño. Los sueños tienen la misma calidad que la extrañeza. En su sueño, uno intenta tocar algo, pero esto se desvanece.

—Me pregunto —dijo ella—, sólo para satisfacer mi curiosidad, si me podrás decir una cosa. En el curso de los acontecimientos, conforme se desarrolle esta campaña presidencial, ¿tienes pensado recibir a Norman Drake en esta casa?

—Es una pregunta ociosa. Es muy posible que así sea, en casa de mi padre o aquí.

—Aquí, lo cual significa en mi casa. No es que crea precisamente que ésta es mi casa. Pero vivo aquí.

—Estás encolerizada —dijo Carson—. Estás terriblemente encolerizada conmigo, y permaneces ahí sentada tranquilamente como un maldito Buda. Si quieres que hablemos, hagámoslo. No estés ahí quieta burlándote de mí. Eres una mujer encantadora, Barbara, una mujer de grandes cualidades, pero no eres la única persona en la tierra que ha tenido unos principios y ha vivido para ellos. No soy un monje, ni tampoco soy un santo, pero tampoco soy un canalla. Si no sabes de dónde procede el dinero de los Devron, seguro que sí conoces la procedencia del dinero de los Lavette. Intento dirigir un periódico honesto...

—¿Qué es honesto? —preguntó Barbara—. ¿Vender tu país y a tu gente?

—¡Mierda! ¡Maldita sea, no! Eso no lo voy a admitir. Yo no he traicionado a nadie..., y si quieres participar en un concurso de honestidad, empecemos desde el

principio. No he mirado a otra mujer desde que nos casamos, desde que te conocí. ¿Fuiste honrada aquel día con aquel gigoló italiano, o lo que fuera?

—Lo fui, si llamas a eso honradez. Pero no creo que sea tan honesta. Estoy tan asustada como tú al mirarme y descubrir lo que realmente soy. Pero soy una mujer y tú eres un hombre. Tú eres el que tomas las iniciativas, y yo me limito a seguirlas. Desde que estoy aquí, mi espíritu se ha marchitado. No ha sido por culpa tuya. Las cosas han resultado así. No es que nuestro matrimonio haya fracasado; sucede sólo que no sé cómo llevar cualquier matrimonio. Durante toda mi vida he sido como una extraña que ha estado buscando un lugar al que pertenecer. Y ahora esta ciudad, esta casa, ¡oh, Dios mío!, Carson, estoy muy confundida y no sé de qué manera resolverlo. Estamos casados, pero nuestro matrimonio no existe. Hace dos semanas, cuando estaba en San Francisco, cené con un antiguo amigo e hice el amor con él.

Carson dejó su copa y miró fijamente a Barbara. Ella aguardó. Finalmente, dijo:

—¡Di algo!

—¿Qué?

—Pregúntame por qué —respondió ella por fin, casi frenéticamente.

—No. ¡Me importa un rábano!

—Lo siento —musitó Barbara—. Lo siento mucho. Te he ofendido mucho. Pero todo esto resulta doloroso, independientemente de lo que digas tú o de lo que diga yo. Estas cosas hacen daño.

Barbara se levantó y salió de la estancia. Sabía que el llanto no la ayudaría en absoluto.

## Tres

A los diecisiete años, Samuel Thomas Cohén ya había crecido completamente y pasaba del metro ochenta. Era un joven delgado, de largas extremidades y de movimientos ágiles. Tenía los ojos igual que su padre, de color azul pálido, así como la nariz prominente y ganchuda; de los Seldon había heredado el rostro largo y bien formado. Tenía el cabello rufo. La boca, igual que la de su madre, era de grandes labios carnosos.

Sam tenía pocos amigos en San Francisco; en realidad no hacía ningún esfuerzo por tener nuevas amistades, aparte la temporada que pasaba en Higate, en el Valle de Napa. Era un chico tan solitario que preocupaba a Barbara. Ella lo consideraba un muchacho cada vez más introvertido, algo parecido a lo que le estaba sucediendo a ella. Era un chico habilidoso, pero no se orientaba en ninguna dirección determinada. Leía muchísimo, y con frecuencia, él y Barbara sostenían prolongadas discusiones acerca de libros que ambos habían leído. Sin embargo, él no había leído ninguno de los cinco libros que su madre había escrito y publicado. Sus notas en el colegio eran buenas, pero no era constante en el trabajo. El año anterior participó en el equipo estudiantil de carreras y saltos; batió el récord de la carrera de los 440 metros, pero después perdió el interés en ello. Solo y a pie —a veces también en bicicleta— había explorado todas las calles de San Francisco. Sin embargo, una vez le dijo bruscamente a Barbara y sin que viniera a cuento, que «éste no es mi lugar. Soy un extraño aquí». No obstante, una vez, en su habitación, ella cogió una hoja de papel que había sobre el escritorio, y prescindiendo del derecho a la intimidad del muchacho, leyó las palabras que él había escrito.

«No hay que destruir los tranvías. Debe tratarse de comprender lo que significan. Mi bisabuelo, Thomas Seldon, le contó a mi madre cosas referentes a los caballos, golpeados y azotados mientras se esforzaban en subir por las colinas. Otro hombre, que era ingeniero, se fijó en lo mismo. Se llamaba Andrew Smith Hallidie, e inventó los tranvías de cables para acabar con los padecimientos de aquellos sufridos animales. No se debería prescindir de nada que elimine los sufrimientos. Es una forma de recordar. Ahora, ya que nadie sabe cómo funcionan los tranvías, me permitiré explicarlo. Un cable continuo proporciona la energía necesaria a todos los tranvías, y este cable discurre por una zanja de dieciocho pulgadas debajo del piso de la calle. Todos los que viven en San Francisco conocen el sonido de este cable. Yo lo llamo la canción del cable. Este cable viaja a una velocidad constante de catorce kilómetros por hora, pasa por unas ruedas de tres metros y medio de diámetro. Un motor eléctrico mueve la rueda que tira de todos los tranvías, y

esto se explica por la teoría de la inercia, y éste es el mejor y más barato sistema de transporte del mundo; todos los demás sistemas son tontos y excesivamente caros. Ochenta años atrás, teníamos ciento cincuenta kilómetros de vías para semejante medio de transporte; ahora tenemos sólo veinticinco. Siempre destruyen las cosas buenas. Las cosas estúpidas permanecen. Por eso quiero recordar a la gente cómo sufrían los caballos y de qué manera eran azotados para que subieran los vagones colina arriba. Ya sé que los caballos ya no están y murieron, pero tenemos que recordar. Ahora quiero explicar cómo funcionan los tranvías y lo que hace el conductor».

La redacción se interrumpía bruscamente en este punto. Barbara lo leyó por segunda vez, diciéndose a sí misma:

—Trata de comprenderle. Intenta acercarte a él.

La doctora Judith Albright, a sus sesenta años, prefería denominarse terapeuta más bien que psicoanalista, aun cuando estaba licenciada en Medicina y la había practicado durante veinticinco años antes de dedicarse a la terapia. En su calidad de oncóloga, había presenciado la muerte demasiadas veces. Cada nuevo caso de paciente de cáncer no constituyó sólo un inmenso desgaste emocional, sino que empezó a considerar su propio cuerpo como a un triste extraño. Cuando dejó la oncología para dedicarse al psicoanálisis, se consideró bien preparada para la nueva disciplina, teniendo en cuenta que nada revela el alma de una forma tan clara y cruel como la inminencia de la muerte.

Era una mujer rolliza y de buen aspecto, que había dado a luz tres hijos. Viuda desde hacía cuatro años, tenía ya el pelo gris, aunque sus oscuros ojos reflejaban vivacidad. Dado que había desarrollado su vida profesional en San Francisco, conocía bastante bien la historia de la familia Lavette, y cuando el doctor Milton Kellman le sugirió que podría ayudar a Barbara Lavette, el rostro se le iluminó con interés.

—La hija de Dan, esa maravillosa mujer que se casó con Carson Devron... Creí que se había entregado por completo a los placeres del Sur.

—Se divorció de Devron hace tres años. ¿Es que no lees nunca los periódicos, Judith?

—A veces. Un periódico ocupa una hora del día. Y no dispongo de una hora para el *Chronicle*. ¿Y tú, Milton?

—Ocasionalmente. De cualquier modo, es una mujer muy deprimida e infeliz. La conozco hace muchos años y estoy muy unido a la familia. Su madre me sugirió que buscara a alguien que la ayudara. Es algo difícil. Hace varios años, cuando murió Dan Lavette, intenté que la madre se sometiera a un poco de terapia. No quiso ni oír



hablar del asunto. Tiene mala opinión de todos los de tu gremio. Sin embargo, salió muy bien del paso. Por otra parte, Barbara ha ido cuesta abajo..., su depresión ha aumentado de forma lenta pero constante. La vi hace dos semanas, para atenderla de una gripe benigna; entonces saqué a relucir el tema. No quiso apenas escucharme. Ayer me llamó para preguntarme si conocía alguien que la pudiera ayudar. Ha sido un cambio muy curioso y repentino.

—No tan curioso como te imaginas. —La doctora Albright consultó su agenda—. Digamos que puede venir el próximo miércoles a las diez de la mañana, esa hora estará bien, ¿verdad?

—Creo que sí. Se lo diré a ella, y te llamaré por si hay algún cambio.

La mañana del miércoles en cuestión, la doctora Albright esperaba a su paciente con bastante curiosidad. San Francisco siempre ha sido como una ciudad pequeña, tanto geográficamente como en términos demográficos, engañosamente unida como una gran metrópoli. Tanto en su historia como en sus habladurías locales, sus habitantes comparten una especie de intimidad tribal. A pesar de lo mucho que había oído hablar de los Lavette durante casi medio siglo, la doctora Albright nunca había conocido a ninguno de ellos. La ficha que el doctor Kellman le había dado le informaba que Barbara Lavette tenía cuarenta y nueve años, que tuvo un hijo a los treinta y dos, tras practicársele una cesárea, que su depresión era intermitente, aunque parecía que últimamente era menos así, que no existían indicaciones patológicas a tener en cuenta, y que su salud era razonablemente buena. Todo aquello no la preparó para recibir a la aún singularmente bella mujer que entró en el consultorio precisamente a las diez en punto. Era alta, de un metro setenta y cinco, su claro cabello castaño sólo tenía unas pocas franjas grisáceas, lo llevaba peinado hacia atrás y le llegaba hasta los hombros. No se había maquillado, pero su color era bueno. Su traje de gabardina, color pardo, estaba bien confeccionado, aunque no era particularmente elegante. Su porte erguido era más bien raro en una persona deprimida, pero la doctora Albright consideró que aquello simplemente se debería a una costumbre de toda la vida. Barbara no era una mujer de rasgos delicados: su boca era demasiado grande, sus labios demasiado carnosos, la barbilla larga y fuerte, las mejillas lisas.

La doctora Albright se dijo: «Es una mujer hermosa y aún lo sería más si se lo propusiera».

Barbara, por su parte, vio una mujer rolliza, maternal, que tenía el aspecto de una apacible ama de casa convertida en abuela. La doctora Albright dio la bienvenida a Barbara con una cordial sonrisa, le rogó que se sentara, y mencionó que Barbara parecía estar sorprendida.

—No sabía qué me iba a encontrar —dijo Barbara—. Mis imágenes las obtengo del cine y de la televisión.

—Por desgracia, la mayor parte de nuestras imágenes proceden de esos medios. Me gustaría que se sintiera cómoda y olvidara, si puede, todos los clisés relativos a los psiquiatras. Y después, si decide seguir el tratamiento conmigo, quizá las dos aprendamos algo. Mire, durante años practiqué la oncología, hasta que sufrí una decepción. Me pasé a la psiquiatría hace sólo ocho años, de modo que aún estoy aprendiendo. Le explico todo esto porque, por encima de todo, quiero que las dos nos sintamos cómodas.

Mientras ella hablaba, Barbara no había dejado de dirigir miradas a toda la habitación. La oficina de recepción era sencilla y sin mucho carácter. Había una joven vestida de enfermera, sentada tras un escritorio, algunos archivadores de madera, el suelo alfombrado y cuatro sillas. El consultorio de la doctora Albright, por el contrario, tenía una polícroma alfombra china, un antiguo escritorio estilo Adam, dos sillones tapizados, así como el típico —o a menos a Barbara le pareció que era típico— diván de psiquiatra cubierto de cuero y con la cabecera algo levantada. En las paredes se veían cinco diplomas enmarcados y una serie de grabados modernos en marcos antiguos. El escritorio estaba cubierto de retratos enmarcados de niños en diversas fases de su crecimiento. La habitación era clara y soleada, y, a través de la ventana, Barbara pudo captar una panorámica de la bahía.

—¿Pensaba usted —preguntó la doctora Albright— que la haría echarse en el diván?

—Sí, algo semejante. No me resultaría fácil. Francamente, no me gusta la idea.

—A mí tampoco me entusiasma demasiado, Barbara. La llamaré Barbara, y me gustaría que me llamase Judith. No sé lo que habrá leído o sabrá acerca de la psiquiatría o terapia, como prefiero denominar mi propio tratamiento, pero no soy freudiana. Lo he estudiado y lo admiro, pero soy una mujer testaruda y sólo me quedo con lo que creo de ese viejo. —Se levantó de detrás del escritorio y tomó asiento en el sillón que estaba junto al de Barbara—. Éste es el mejor modo, creo, para alguien como usted. Estamos frente a frente, y así nos sentimos más cómodas. Hablaremos durante unos minutos, menos de una hora. O usted habla y yo escucho. O le hago preguntas, que puede contestar o no contestar, según desee. Sin presiones. A veces hablaremos de sueños. O quizás usted se marchará hoy de aquí y decidirá no regresar.

—He pensando en eso —confesó Barbara—. En primer lugar barajé la posibilidad de no venir aquí para nada, pero consideré que eso hubiera sido hacerle un feo a Milton, después de pedirle que me recomendara a alguien. Más tarde me dije: voy a probar a ver qué tal me va.

—Bien, todo eso es lógico.

—¿De veras? Estamos hablando hace una hora, y no creo que todo esto tenga demasiado sentido.

—Quizá no. Pero usted debe de haberse sentido muy infeliz para pedirle al doctor

Kellman que le recomendara a alguien.

—Sí. Fue en un momento bajo.

—Puedo comprenderlo —admitió la doctora Albright—. A veces creo que una profunda depresión es lo más terrible que puede experimentar un ser humano. ¿Quiere usted hablar de ello?

Barbara sacudió la cabeza. La doctora aguardó. Barbara desvió la mirada y se puso a contemplar los grabados de la pared.

—Mi hija los encontró en un viejo ejemplar del *Godey's Lady's Book* que consiguió no sé dónde. Después se encargó de buscar los marcos antiguos. Entonces tenía sólo quince años. Son muy bonitos y los guardo como un tesoro.

—Sí —dijo Barbara—. Todo esto carece de sentido si no hablo de ello. Le explicaré cómo me siento. Me noto vacía. Me parece como si todo mi interior hubiera sido vaciado, y estoy hueca por completo. No tengo interés en nada. Finjo. Amo a mi hijo y no quiero que sepa cómo me siento, de modo que finjo ante él. Demuestro interés por lo que me es indiferente. Soy escritora y no puedo escribir, porque no me importa nada y me siento incapaz de plasmar sobre el papel idea alguna. No me apetece ir a ninguna parte ni hacer nada. Cuando leo no me interesa lo que estoy leyendo. ¡Me doy asco de mí misma! —estalló ella—. Me siento una indeseable asquerosa, y estoy completamente desesperada...

Barbara se echó a llorar y todo su cuerpo se estremeció con el llanto.

La doctora Albright permanecía sentada en silencio, observando a Barbara y aguardando. Cuando hubo pasado el paroxismo y Barbara pudo contener sus sollozos, la doctora le ofreció una caja de pañuelos. Barbara se enjugó los ojos y se sonó.

—Lo siento mucho, estoy muy avergonzada.

—¿Por qué? —preguntó la doctora.

—Porque no he llorado en años.

—Yo lo hice el mes pasado, cuando murió un amigo mío muy querido. Gracias a Dios somos mujeres y podemos llorar cuando sentimos dolor.

—Solía llorar con mucha facilidad, hace años, cuando era muy joven —dijo Barbara con tristeza—. Siempre me sentía avergonzada después de llorar.

—Pero ahora está mejor..., ya lo sé, avergonzada, pero mejor.

—Sí. —Ella consiguió sonreír, enjugándose nuevamente los ojos—. Estoy acabando sus pañuelos.

—Por favor. Ya sabe, cuando practicaba la oncología, las empresas farmacéuticas me enviaban grandes cantidades de medicamentos. Ahora que ejerzo la psiquiatría, recibo cantidades industriales de pañuelos.

—Usted bromea.

—Oh, no. Es verdad. Dígame, Barbara, ¿experimentó alguna vez antes este tipo

de depresión?

—No, no creo. —Cerró los ojos por un momento—. Sí, en una ocasión.

—¿Quiere usted contármelo?

—Fue cuando estuve en la cárcel por desacato al Congreso. —Dudó—: ¿Estaba usted enterada de esto?

—Sí, lo recuerdo. Eso fue hace unos diez años, ¿no es así?

—Sí.

—Claro. El doctor Kellman estuvo implicado en el asunto. Formó parte de un grupo de personas que le dieron a usted dinero para comprar medicamentos destinados a un hospital en el sur de Francia. Y usted se negó a dar sus nombres al comité. ¿Cuánto tiempo estuvo usted en la cárcel?

—Seis meses.

—Y, ¿cuánto le duró la depresión?

—Cerca de una semana.

—¿Quiere hablarme de ella? —solicitó la doctora Albright—. ¿Qué le condujo a esa depresión, lo recuerda?

—Lo recuerdo muy bien, desde luego. Era el primer día de visita, y mi padre fue a la prisión, que estaba en Terminal Island, en San Pedro. Poco antes de que llegara tuve el sentimiento de que no quería verlo, de que no quería ver a nadie, y después de que se marchó... bueno, pues, sucedió.

—¿Y cómo terminó? ¿Sucedio algo más?

Barbara se puso a sonreír al recordarlo.

—Sí. Una de las guardianas (eso es un eufemismo al referirse a las carceleras, mujeres, ya puede imaginarse el plan), bien, pues, una de ellas, particularmente desagradable, llegó a mi cuarto una mañana y me acusó de haber engañado y estafado. Bueno..., yo estallé y la llamé las peores cosas que se me ocurrieron. Las muchachas de la galería, reclusas también, aplaudieron, y a mí me enviaron dos semanas a lo que llamábamos «patrulla de la mierda», encargada de limpiar los retretes. Pero ya no tenía la depresión. Mas eso no volvería a servir, me temo. En mi casa sólo hay dos aseos y los limpio regularmente. No serviría. Por supuesto, hay una diferencia cualitativa entre mis aseos y los de la cárcel.

—En caso de que usted se pregunte qué va mal en mí —dijo la doctora Albright—, voy a suprimir la risa. En el Instituto Psicoanalítico teníamos un instructor para quien la risa era una ofensa. Él poseía un encantador acento vienés, pero era un necio. La risa es maravillosa, y la voy a suprimir porque soy deficiente en independencia. Dígame, Barbara, ¿cuándo murió su padre?

—En diciembre de 1958.

—Dan Lavette. Cuesta creer que un hombre como Dan Lavette haya muerto. Él formaba parte de esto, como el puente o Nob Hill.

—Sí, él formaba parte de esto —admitió Barbara.

—Volviendo al incidente de la cárcel —dijo la doctora Albright—. Después de su estallido, su castigo fue limpiar letrinas. ¿Cómo reaccionó usted a eso?

—Creo que me encantó —dijo Barbara espontáneamente.

—¿De veras? Prosiga. Dígame por qué.

—No estoy segura de saber la razón con exactitud. Créame, no soy proclive a los aseos..., pero creo, por insensato que pueda parecer, que fue como un desafío. Me brindó algo con que desahogarme, y yo estaba enfurecida. A mi modo de ver, yo no había hecho nada malo. Había recaudado dinero para comprar medicinas destinadas a gente enferma, y me negué a ser una delatora. En aquellos momentos no me di perfecta cuenta de lo encolerizada que estaba; creo que no podía afrontar la cólera y la indignación que tenía en mi interior, porque me resultaba muy difícil contenerme y vencer mi temor.

—¿Su temor a la cárcel?

—La cárcel..., todas las cosas que había oído y leído. Recuerdo que no dejaba de pensar en que podía morir allí y que no volvería a ver a mi hijo. Mi esposo había muerto, y yo estaba en la cárcel... —Las lágrimas volvieron a brotar, y mientras cogía más pañuelos, Barbara musitó—: ¿Debemos seguir hablando de esto? Me causa daño.

—Sólo un poco más. Quiero oír algunos detalles más acerca de su actitud frente al castigo. A propósito, ¿lo consideró como un castigo?

Barbara permaneció en silencio durante un rato, y la doctora Albright esperó, sin apresurarla a que hablara.

—Creo que no —respondió finalmente Barbara—. No estoy muy segura de poder explicar cómo me sentía. Durante toda mi vida he meditado con tristeza sobre esta cuestión de ricos y pobres. Supongo que yo era la última pequeña rica. Me crié en casa de mi madre, en Russian Hill.

»Ocho cuartos de baño. Ocho. Trataba de recordar cuántos había en la casa de mi abuelo. Él era Thomas Seldon, y cuando yo era una muchachita, él vivía en una gran mansión baronial de piedra parda, en Nob Hill. La derribaron en 1930. Pero durante toda mi infancia nunca olvidé el hecho de que era la única nieta de Thomas Seldon.

Perdida ahora en sus pensamientos, los recuerdos se deslizaban por el interminable corredor del tiempo. Vio de nuevo la gran mansión de Nob Hill, el camino en forma de media luna que había delante de ella, las altas verjas negras, las oscuras y cavernosas habitaciones, la selva de plantas en la solana. Pero en el presente momento estaba sentada frente a una mujer rolliza de cabello gris. Y estaba hablando. No había hablado tanto en años.

—¿Qué me ha preguntado? —quiso saber Barbara.

—Si usted reaccionó ante la limpieza de los aseos como un castigo.

—Sí, claro. Había un servicio que no lo utilizaban desde hacía años. Habían cortado allí el agua. Las cañerías estaban oxidadas y las tazas y el lavabo estaban ennegrecidos por la porquería. Lo limpié todo. Cuando hube concluido, las cañerías brillaban, y las tazas quedaron de un blanco reluciente. Experimenté una sensación de triunfo bastante absurda, pero fue algo incomparable.

La doctora Albright consultó su reloj.

—¿Quiere usted creerme, Barbara? Nuestros cincuenta y cinco minutos ya han transcurrido. —Se puso de pie—. Si usted desea continuar, le reservaré una hora el viernes, a partir de las diez de la mañana.

—¿Puedo pensarlo?

—Claro que sí. ¿Por qué no me llama mañana por la tarde y me comunica lo que haya decidido?

Después que Barbara se marchó, la doctora Albright telefoneó a Milton Kellman.

—¿Cómo ha ido la cosa? —preguntó Kellman.

—Muy bien. Tu Barbara es toda una dama.

—¿Continuará con el tratamiento?

—Espero que sí. Puedo decirte una cosa, Milton: la depresión no es endógena. No creo que haya ninguna base fisiológica. Si podemos ocuparnos de ella un tiempo, ella lo superará.

En el Este hay quien insiste en que no existe realmente primavera en California, pero eso es sólo porque tienen las antenas orientadas en otro sentido. Para los que han nacido y se han criado en California, hay un sutil y maravilloso anuncio de la primavera. Cuando todo el país está empapado y uno cree que no va a dejar nunca de llover, se produce un brusco final de la precipitación invernal. El aire barre las nubes y el cielo se vuelve de un azul muy pálido. Se perciben nuevos gratos aromas, y en las faldas de las colinas la vegetación renace con plena vitalidad, cubriéndose la tierra de un intenso verdor que no vuelve a verse en todo el año, pues en cuanto alcanza su esplendor empieza a palidecer y a marchitarse, comenzando la transición hacia el monótono marrón de finales del verano. Pero mientras dura la primavera, brinda sus encantos generosamente, y quizá más que en cualquier otro sitio en el Valle de Napa.

Todo esto era percibido aunque no expresado por los tres jóvenes y la muchacha reunidos en torno al fuego encendido en la colina que dominaba Higate. Debajo, ellos podían ver los bien cuidados viñedos, así como los edificios de piedra destinados a la elaboración de los vinos. En la distancia, el amplio cielo aparecía veteado aquí y allí por nubes semejantes a bolas de algodón. Puesto que era una tarde calurosa, no habían encendido fuego en la vieja chimenea, y la práctica infantil de asar malvavisco y ahumar salchichas pertenecía al distante pasado, de igual modo que tonterías tales como llamarse «manada de lobos». En lugar de ello, se pasaban perezosamente un

porro de marihuana de boca en boca, resultando menos afectados por el humo que por el hecho de que estaban en este lugar juntos con motivo de las vacaciones de primavera; sólo faltaba el hermano de May Ling, el joven Daniel, que tenía sólo ocho años. Todos ellos pertenecían al «linaje», según manifestó Fred, de la «real orden» de Lavette y Levy. Apuntó este hecho sardónicamente. A los veintiún años, estudiante en Princeton, alto y de cabello claro, era casi la imagen de su padre a esa edad, aunque al chico no le habría gustado la comparación.

—Aquí estamos, muchachos —les dijo a sus compañeros—, los descendientes de los constructores de imperios, los herederos, los segadores de lo que otros han sembrado, celebrando nuestro linaje real con un porro. A Dios gracias es un buen sitio. Si hay un lugar en Norteamérica donde se pueda comprar hierba, éste es Higate:

—No estés tan seguro. —Le replicó su hermano, Joshua. Éste tenía casi dieciséis años, era fornido, semejante a un novillo; su cabello era de color naranja pálido, y tenía pecas—. Yo no compro, pero si quisiera hierba, los chicanos de por aquí la venden.

—Se puede comprar en Napa —intervino May Ling. Unos meses más joven que Joshua, tenía las extremidades largas de los Lavette, la piel marfileña de su abuela y unos finos rasgos orientales. Todos sus movimientos resultaban gráciles—. Se puede comprar en mi colegio. Yo no compro, pero no pasa nada si uno quiere hierba.

—Si lo hicieras, Sally te cortaría la cabeza —le dijo Fred.

—Y no veas lo que la tía Sally te haría a ti, Freddie, querido —dijo Sam—, si se llega a enterar que le has estado dando droga a su querida hija.

—Esto es por la celebración. Nada más. Nos mantendremos completamente puros hasta que regresemos al colegio.

—¿Puedes comprar de esto en Princeton? —preguntó May Ling con curiosidad.

—Es como un mercado. En Woodrow Wilson, los vendedores callejeros se meten en el recinto para vender su mercancía.

—Está exagerando —dijo Joshua.

—¡Un cuerno!

—No se lo digáis a mamá. Se pondría como un basilisco.

—¿Qué es Woodrow Wilson? —quiso saber May Ling.

—Quién, no qué —le informó Sam—. El último soñador. Llegó a creer que podría evitar la guerra.

—No seas un imbécil pedante. Ya sé quién fue ese presidente. Freddie está hablando de un sitio.

—Es una sociedad gastronómica de mala muerte —explicó Fred—. En Princeton, tu nivel social y tu tripa son la misma cosa. En lugar de casas de fraternidad, ellos tienen clubes gastronómicos. Pasé dos años en Ivy, que es una institución de mucha categoría, adecuada para un Lavette de San Francisco, pero ni mi hígado, así como

tampoco mi alma inmortal (si es que tengo una) lo pudieron soportar más. Una sucia estupidez combinada con éxtasis alcohólico. De modo que en mi tercer año me trasladé a Woodrow Wilson: sucia inteligencia combinada con el penetrante aroma de la hierba. Es una casa construida para sujetos como yo, que no pueden soportar codearse con los ricachones; tiene sus ventajas.

—¿Cuáles? —preguntó Sam.

—El billar, por ejemplo. Cuando uno se cría en ambiente campesino en esta granja vinícola, no oye nunca el grato ruido que producen las bolas al entrechocar. A estas alturas, juego de maravilla. Si alguna vez tengo que salir del negocio del vino, podría dedicarme a fullero del billar. Además, para aclarar más cosas con respecto al viejo Woodrow, diré que tenemos un lugar dentro del recinto en donde puedes pasar la noche con tu ligue. Una ventaja realmente gloriosa. Y eso sin mencionar el hecho de que algunos de mis compañeros poseen unas mentes realmente excepcionales. Piensan, experimentan, no están satisfechos con la mierda didáctica.

—¿Es eso lo que tú quieres? —preguntó Sam—. ¿El negocio del vino?

Fred se desperezó, bostezó ruidosamente y acabó de fumar el resto del cigarrillo de marihuana.

—En realidad no, aunque papá me ha estado sugiriendo que saque un título de viticultor en Berkeley. Pero esto es más bien para Josh. A él le gusta.

—No sin ti, hermanito mayor —dijo Joshua calmadamente.

—De cualquier modo, tú eres el único heredero de la gran fortuna. Tu padre real es el amo de las empresas Lavette y prácticamente de casi todo en California.

—No me gusta esa expresión de padre real —dijo Fred fríamente.

—¿Te suena mejor padre biológico?

—Sabes una cosa, Sammy, he considerado muy seriamente la posibilidad de cambiar mi apellido por el de Levy. Eso significaría una adopción legal por parte de papá. Ellos no lo han hecho porque quieren que mantenga mi posición como Lavette. ¡Mierda! No he hablado ni he visto a Thomas Lavette, mi padre biológico, tal como tú has dicho, en cinco años. Me encantaría regresar a las aulas llamándome Frederick Levy. Y decirles a todos que soy judío. En realidad, soy medio judío.

—No lo eres —le dijo May Ling—. La tía Eloise no es judía, y el tío Adam no es tu padre biológico, tal como insistes en decir. Yo sí que soy medio judía... tú no.

—La primera china judía —dijo Joshua.

—¡Qué brillante eres, Joshua Levy! Como una bombilla de cinco vatios a la luz del sol.

—La verdad es —dijo Sam—, que somos una pandilla de mestizos. Tú puedes bromear sobre ese particular, Freddie, y decidir que te vas a hacer judío. Yo he vivido siempre con el apellido Cohén. En Roxten me hicieron la vida imposible porque era judío. ¿Qué les iba a decir? ¿Que soy un cuarto italiano, un cuarto anglosajón y mitad



judío? Mamá dice que si la madre de uno no es judía, de acuerdo con la ley judía, uno no es judío. Eso no le importaba un comino a Adolf Hitler. Hay una pandilla de chavales irlandeses por la parte de North Beach; cuando yo era un crío me atormentaron constantemente porque decidieron que yo era un bastardo judío. Josh es sólo un cuarto judío, pero su apellido es Levy, y según mi punto de vista, él puede considerarse judío.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó May Ling—. Mi madre es medio judía.

—Y tu padre es medio italiano y medio chino.

—Ésta es la discusión más insensata que he oído en mi vida —dijo Fred—. ¿Sabes una cosa, Sammy? El Knesset, o sea, el Parlamento israelí, tuvo que decidir cuál era la definición de judío, y se llegó a la decisión de que cualquiera que afirme ser judío, es judío. De modo que ahí lo tienes.

—Voy a ir allí —dijo Sam.

—¿A dónde?

—A Israel.

—Estás bromeando.

—¿Te refieres a vivir allí? —preguntó May Ling incrédulamente—. ¿Tú con tu madre?

—No lo sé... quizá viviré allí. A lo mejor no. Mamá no. Sólo yo.

—Vamos —dijo Fred—. Ya eres lo bastante mayor como para dejar de soñar. Irás a Princeton el año que viene, a donde van todos los buenos Lavette.

—Lo dudo. No creo que mi madre pueda enviarme a Princeton.

—Vamos, la abuela Jean está forrada. No concebiría que fueses a cualquier otro lugar. Tú eres su primer heredero, no yo. A mí me reservan para los millones de Thomas Lavette. ¿Sabes lo que haré? Cogeré todo ese dinero y me limpiaré el culo con él.

—Ya lo veremos cuando llegue el día —dijo Joshua.

—Si te cae toda esa pasta —intervino Sam—, no podrás deshacerte de ella así como así. Nadie renuncia a cien millones, o la cantidad que sea. Lo malo contigo, Freddie, es que siempre has sido un niño rico, y nunca se te ha ocurrido pensar cómo se siente uno al no tener dinero.

—¡Una mierda, un niño rico! Papá no es rico. Ya sabes que no es dueño de Higate. El propietario es el abuelo Jake, y nadie se lo discute. Y te diré algo más, Sammy, muchacho, si uno se cría en Higate, es un campesino, sin que importe la pasta que uno pueda tener. Y a propósito de deshacerse del dinero: tu madre lo hizo así, ¿no es verdad? He oído que heredó quince millones tras la muerte del viejo Tom Seldon, y se los quitó de encima. En mi opinión, muchacho, eso es tener clase. Real clase. ¡Dios mío, vaya un gesto!

Carson Devron hizo el viaje desde Los Ángeles a San Francisco invitado por Tom Lavette para participar en una cena. El padre de Carson era un hombre que nunca se andaba por las ramas; le dijo claramente a su hijo que cortar las relaciones con los Lavette a causa de un divorcio sería algo irreflexivo y perjudicial.

—Una buena alianza entre nosotros —dijo el padre—, nos permitiría controlar todo el Estado, el Norte y el Sur. Y no te dejes engañar porque utilice la expresión Estado. California no es un Estado. Connecticut, Rhode Island, Vermont... Ésos sí que son Estados. California es un imperio, el más rico imperio que existe sobre la faz de la Tierra. Un día tendremos un hombre en la Casa Blanca, piensa bien en mis palabras. Mientras, tú debes cuidar tus relaciones. No las abandones, pues se marchitarían y morirían.

En el fondo, Carson no sentía antipatía por Tom Lavette. Conocía la historia de Norman Drake, en un tiempo miembro del Comité de Actividades Antiamericanas, y su actitud hacia Barbara. Se podía considerar que Tom Lavette había obrado muy mal con respecto a su hermana.

Por otra parte, desde el punto de vista de Tom, su hermana lo había traicionado. Carson no había discutido nunca el asunto con Lavette, y desde el divorcio, había alimentado un recuerdo romántico y morboso de Barbara. Este recuerdo le hacía llevarse mal con otras mujeres. Sus aventuras sexuales eran breves e insatisfactorias, y comparaba con Barbara a todas las mujeres que conocía. Tom Lavette proporcionaba, al menos, un vínculo con la familia, y Carson reaccionó ante esto como un adolescente. Tom era el hermano de ella. Se parecía a Barbara: los mismos pómulos prominentes y frente despejada, igual elevada estatura y buena figura, el mismo cabello castaño claro y ojos grises. Al menos constituía un vínculo, un pequeño baluarte a la resistencia de Carson a las presiones de su familia para que se casara y tuviese hijos.

Hoy, en la cena, Lucy Lavette le había proporcionado una bonita joven para que le hiciera compañía. Se trataba de Alice Kimble, era rubia y de ojos azules, se había divorciado recientemente, y practicaba la dudosa virtud de no decir prácticamente nada. Los otros invitados eran un hombre llamado Mark Fowler, y su esposa Marian. Fowler era rechoncho, de amplios hombros, se bamboleaba al andar; era un tipo simiesco, aunque de hablar suave, de rasgos vulgares, que ofrecía un fuerte contraste con su alta y hermosa mujer. Carson se lo había encontrado en varias reuniones de negocios relativas a publicaciones, así como en convenciones. Era el propietario de una cadena de dieciocho periódicos de pequeñas ciudades del norte de California y Oregón, así como de cinco emisoras de Televisión. Sus empresas eran de propiedad familiar, y como solía suceder con muchas corporaciones privadas, los rumores de su riqueza eran de índole muy varia. Carson había oído decir que sus propiedades valían unos quinientos millones de dólares, pero era difícil de comprobar.

En la cena, la conversación derivó hacia la política, y Carson oyó con cierta amargura cómo Fowler se expresaba despectivamente con respecto a Norman Drake.

—Lo hubiéramos tenido que saber desde el principio —dijo Fowler—. Ese hombre es un necio, y lleno de limitaciones. Grandes limitaciones. No es que te culpe a ti, Tom. Todos nos hemos visto envueltos en el asunto. Me disgusta el término hacedor de reyes, pero nos define bastante bien, y un hacedor de reyes debe estar completamente seguro de los tipos que elige. ¡Demonios! Siempre ha sido así. Desde Lincoln no ha habido un solo presidente que no haya sido fabricado, escogido y modelado por unos pocos hombres que sabían lo que deseaban.

—¿Y qué hay de F. D. R.? —preguntó fríamente Carson.

—Si tuviéramos a Jim Farley aquí, nos podría dar una magnífica conferencia sobre el particular. Sí, Roosevelt fue muy votado cuando lo conocieron, pero ¿quién lo puso en el lugar adecuado para que lo conocieran? Lo mismo puede decirse de Harry Truman.

—¿Qué tienes en la cabeza? —le preguntó Tom.

—Dick Nixon.

—¡Nixon! —exclamó Carson—. ¿Después de lo que Kennedy hizo con él? Yo diría que Nixon está acabado. Ese hombre es un mal elemento, un verdadero desastre.

—Sin embargo, cuando Norman Drake barrió en la convención, tú apoyaste a Nixon.

—No teníamos otra elección. Creo que Mr. Nixon está acabado, y creedme, en el fondo me complace.

—Estás equivocado, Carson. A pesar de tus razones, estás equivocado. Ese Mr. Nixon posee un extraño carisma. Igual que Norman Drake, toca un nivel de mediocridad propio de la mayoría de nosotros, a un fondo de vileza del cual creemos estar libres. Pero Nixon, a diferencia de Drake, tiene cerebro y una ardiente ambición.

—Es un perdedor —arguyó Carson—. Un perdedor lloriqueante y quejica.

—Sí, pero de una clase muy particular. Él medra con eso..., porque la gente que no lo comprende, lo subestima. Pasa un mal momento, pero no está acabado, creedme.

—¿Qué opinas tú, Fowler? —le preguntó Tom—. ¿Crees realmente que Nixon tendrá los suficientes arrestos como para volver a la palestra?

—Tenemos cinco años. Kennedy será reelegido, eso no hay nada en el mundo que pueda evitarlo, aun cuando el tinglado ese del Vietnam se convierta en una auténtica guerra, y sospecho que así sucederá. Eso nos da cinco años, tiempo para hacer planes, para reunir nuestras fuerzas...

El semblante de Carson permanecía frío y reflejaba cierto disgusto.

—Y para encontrar el hombre adecuado. Comprendo su reacción, Carson. Es la reacción honrada de una persona decente. Todo lo que le pido es que tenga paciencia

hasta que tengamos una reunión informal y privada con Dick Nixon. Se lo aseguro, se quedará sorprendido. Arreglaré la entrevista si usted está de acuerdo en acudir; estaríamos sólo usted, yo, Tom y uno o dos más. ¿Qué le parece?

A pesar de su vulgaridad, de su rostro tosco y de sus fuertes y voluminosos hombros, Fowler resultaba un hombre agradable y persuasivo.

—Asistiré —convino Carson tras un prolongado silencio—, pero no prometo nada. Si es que puede aceptar la opinión de un adversario.

—La necesitamos. Entonces es cuando Dick se muestra más brillante.

—Parece usted cansada esta mañana —le dijo la doctora Albright a Barbara.

—Me pasa igual siempre que sólo duermo dos horas.

—¿No ha podido dormir?

—Carson me llamó a las dos de la mañana. Había estado en la ciudad, cenando en casa de mi hermano, y después se puso a medir a pasos su habitación en el Mark Hopkins. Me imagino que habría tomado algunas copas, y a las dos decidió telefonarme..., para rogarme que lo dejara ir a mi casa. Tenía que hablar conmigo.

—¿Cuándo habló usted con él la última vez? —le preguntó la doctora Albright, demostrando curiosidad.

—Hace alrededor de un año. Y antes no nos habíamos hablado desde el divorcio.

—¿Y le permitió que la visitara?

—No puedo negarle nada a Carson cuando él me suplica. Es como un niño. Y Sam está en Higate.

¿Cree usted que hice bien?

—¿Cuál es su opinión, Barbara? Yo no sé lo que sucedió.

—Hablamos —dijo Barbara.

Ella se había levantado de la cama trabajosamente, cansada y abatida. Se peinó y se cepilló los dientes. Después Carson apareció en la puerta pidiendo disculpas.

—Por favor, perdóname, Bobby. Nunca había hecho una cosa así antes. Me siento como un idiota...

—Déjalo, Carson. El caso es que estás aquí.

Él miró a su alrededor con curiosidad. Sólo una vez había estado antes en la casita de Green Street, hacía años.

—Ven a sentarte —le dijo Barbara, conduciéndolo, al salón—. Voy a preparar café. ¿Tienes hambre? ¿Quieres comer algo?

—No. Gracias.

—¿Te apetece tomar café?

Él asintió. Ella lo dejó un momento y se dirigió a la cocina, en donde aguardó a que el agua hirviera; trató de recordar cómo le gustaba a él el café. Solo, si, solo. ¿Por qué parecía que había transcurrido tanto tiempo? Él había cambiado; estaba más

delgado y su rostro se había encogido. Ya no era el apuesto muchacho dorado, sino un hombre que se aproximaba a su edad madura. Cuando ella regresó al salón con una bandeja, café, tostadas y un pote de mermelada, él permanecía sentado rígidamente, con las manos cerradas.

—¿Quieres tranquilizarte, por favor, Carson? —le dijo ella—. Tenías problemas y me has llamado. Eso está bien. No somos enemigos ni extraños. Somos unos buenos viejos amigos. —Le alargó la taza de café—. ¿Tostadas con mermelada? Es esa mermelada oscura «Seville» que siempre te gustó tanto.

Consiguió esbozar una sonrisa cansina.

—Bueno, ¿qué ha sucedido?

—No lo sé. Sucede sólo que mi mundo se ha descompuesto, y de pronto se ha desintegrado. Todo el maldito tinglado se ha desintegrado. Tengo la impresión de que estoy junto a un precipicio, y no estoy solo. Todo el maldito mundo empuja detrás de mí. Quisiera huir. Te lo juro por Dios, quisiera desentenderme de todo esto y escapar, pero sé que no tengo agallas para hacerlo.

—Todos nos hemos sentido de ese modo, y ninguno tenemos agallas para huir. Explícame lo que ha pasado. Cenaste con Tom.

—Con Tom y un hombre llamado Mark Fowler, propietario de periódicos y emisoras de Televisión, cinco emisoras, lo cual roza el límite de lo legalmente permitido. Es muy poderoso, muy rico. Pertenece al grupo de hombres que, junto con tu hermano, marca la pauta al oeste de las Montañas Rocosas. El propósito de la cena, tal como lo entiendo, es captarme, o sea, captar los intereses de los Devron, a fin de apoyar la candidatura de Nixon a la presidencia dentro de cinco años.

Barbara no estaba impresionada. Aquello no parecía constituir un problema que justificase que la hiciesen levantarse de la cama a las dos de la madrugada. Ella observó que tras su derrota ante Kennedy, no era probable que Nixon pudiera hacer ya nada bueno.

—Y aun cuando tuviéramos que sufrirlo de nuevo, a ti no te preocupaba demasiado apoyar a Norman Drake para lo mismo. ¿Es que Nixon es peor? —Y cuando Carson se la quedó mirando sin contestar, ella dijo con amargura—: No es que quiera insistir sobre el tema, pero es un perro de la misma carnada, ¿no te parece?

—Sí.

—Entonces, no lo comprendo.

—Supongo que es como la gota que ha derramado el vaso. Aceptas algo como normal, pero, de pronto, dejas de considerarlo normal. No lo sé. Tú lo ves desde otro ángulo. Es como tocar una cosa y comprobar que está podrida..., y entonces empiezas a tocar otras cosas, y también están podridas. No se trata de una cuestión de ilusiones. No tengo tantas ilusiones. Es como una enfermedad que nos rodea, y de pronto te das cuenta de que estás tan enfermo como los demás.

—¿Estás de acuerdo con ellos?

—Fowler aseguró que éste es el modo de hacer los Presidentes. No he podido discutirles eso. Sí, dije que estaba de acuerdo en reunirme con Nixon y en hablar con él. Después, cuando hube regresado al hotel, se me cayó el alma a los pies. ¿Puedes comprenderme? ¿Tiene algún sentido lo que estoy diciendo?

—Sí, tiene sentido.

—Y entonces empezó el miedo. Antes nunca había estado tan asustado, Bobby. Ya lo sabes. Ni siquiera durante la guerra... nunca. Dios mío, estaba tan asustado. Te llamé por teléfono. Lo siento...

Carson estaba sentado en el sofá. Barbara se acercó a él y sentóse a su lado.

—Has hecho bien —dijo ella—. Lo superarás, Carson.

—Hablamos durante una hora más —le dijo Barbara a la doctora Albright—. Posteriormente él regresó a su hotel. Se refirió a otras mujeres en su vida desde nuestro divorcio. Ahora hay una que está enamorada de él. A lo mejor se casará con ella. Me ha dicho que todavía me ama.

—Barbara, ¿cuándo empezó aquello? Me refiero a su impotencia, su incapacidad de hacer el amor con usted.

—En nuestra luna de miel.

—¿Después de que usted pasó el día con el fabricante de automóviles?

—Antes. No sé cómo reaccionará con otras mujeres. Conmigo se portaba maravillosamente antes de que nos casáramos. Me gustaría poder comprender por lo que está pasando. ¿Le gustaría comprenderlo usted también?

—Mi paciente no es él. Es usted.

—Me siento como si fuera su madre.

—Ya comprendo.

—No, no es lo que usted piensa. No se casó conmigo porque yo representara para él como una madre.

—Yo no he pensado nada. Barbara.

—Yo sí.

—Quizá. ¿Comprende usted por qué se divorció de él? Eso es lo importante.

—No fue por lo del asunto de Norman Drake. La pasada noche, mientras me explicaba cómo su mundo había saltado en pedazos, yo me pregunté por qué a mí no me había pasado nunca igual. No de ese modo. He vivido muchas experiencias... Me crié en aquella jaula dorada de Russian Hill, después vino la huelga portuaria, más tarde París y la guerra de España, y la muerte de Marcelo, y Alemania y la guerra, y la muerte de Bernie. Carson nunca llegó a rozar el borde de mi mundo. Sí, me sentí deprimida. Por eso vine a usted..., mi mundo se había desmoronado, ¿no es verdad?

—Ahora ya sabe usted lo que significa esa depresión, Barbara. Es dirigir su amargura, su resentimiento y su frustración contra usted misma... Toda su cólera

contenida durante toda su vida.

—Mientras usted me ha estado hablando —dijo Barbara lentamente— he recordado mi primer día en el estudio, cuando me contrataron para escribir el guión de mi primer libro. Me facilitaron un despacho, una mesa, una máquina de escribir y una resma de papel amarillo barato. Yo no había utilizado nunca papel amarillo. Es un ahorro estúpido. El papel blanco cuesta cinco dólares la resma, y el amarillo un dólar o dos menos. De modo que le dije a una de las secretarias que me pidiera una resma de papel blanco a los proveedores del estudio. Dos días más tarde se me presentó deshecha en llanto. La iban a despedir porque había pedido el papel blanco. Esto sucedió en un lugar donde derrochan el dinero sin miramiento, en donde cargan sus condenados almuerzos de veinte dólares, sus cochazos, fiestas y viajes en los gastos generales de la película, y aquella pobre chica iba a ser despedida porque había pedido papel blanco en lugar de amarillo. Al principio no lo pude creer, y después me puse tan furiosa que hubiese matado al productor...

—¿Y lo hizo usted? —preguntó suavemente la doctora Albright—. ¿Mató usted al productor?

—Claro que no —replicó Barbara impaciente—. Pero evité el despido. Les dije que si echaban a la chica, yo me marcharía de allí. Más tarde, no les hubiera disgustado la idea. Pero entonces aún me necesitaban.

—¿Se expresó con educación, con comedimiento?

—Sí, me limité exponerles cómo me sentía.

—Barbara, cuando le pregunté a usted antes si hubiera matado al productor, no hablé en sentido literal. Ambas lo comprendemos. Por supuesto, usted no va por ahí matando gente.

—Claro...

—Espere, déjeme proseguir un momento. Usted había presenciado una injusticia. ¿No habría sido más lógico que usted tuviera un estallido de cólera, manifestándoles lo que pensaba de tal forma de proceder?

—Yo no reacciono así —dijo Barbara al cabo de un momento.

—Pero lo hizo en la cárcel..., el incidente con la guardiana.

—Sí. Supongo que fui provocada hasta un punto... —Ella movió la cabeza cansinamente.

—Y aquel otro incidente que me contó, aquella vez en Alemania antes de la guerra, cuando vio que un miembro de la SS golpeaba y pateaba a un viejo judío.

—Perdí la cabeza por completo.

—Pero no consideró tan grave que su hermano hiciera planes con toda la sangre fría para relanzar políticamente a un hombre como Richard Nixon...

—¡Claro que lo consideraré grave! —exclamó Barbara—. ¡Es algo asqueroso! —Se puso en pie de un salto, y empezó a recorrer la habitación, dirigiéndose a la doctora

Albright—. ¿Qué tenía que haber hecho? ¿Decirle a Carson que esos son unos malos chicos y que él es muy sensible y humanitario al disgustarle el modo de obrar de ellos? He vivido en este sucio mundo masculino hace casi medio siglo. Ya no ine impresiona nada. ¡Soy una mujer! Se lucha hasta cierto punto, pero después se levantan los brazos y se aceptan las cosas, y se admite que una no es tan diferente de las demás mujeres, y que todas nosotras hemos sido pisoteadas y han defecado encima de nosotras desde el principio de los tiempos, ya sabe, podría haber concluido aquel guión. Estoy segura de que se preguntará por qué sigo hablando sobre eso, pues, ¿cuánta importancia tiene esa estúpida industria en la que arruinan todo lo que tocan? Pero fue importante para mí. Era mi primer libro, y quizás el mejor, lo saqué de mis entrañas, y era una época en la que las mujeres no escribían acerca de lo que sentían realmente. Sí, mi primer borrador necesitaba que se trabajase en él. Yo lo sabía. Y ese hombre, el director, Jerry Kanter, se acercó a mí para decirme si quería acostarme con él, que de este modo procuraría que no interviniese ningún otro escritor. ¡Oh, se mostró «encantador»! Barbara, me dijo, eres la primera escritora a la que pido que se acueste conmigo. Las actrices son otra cosa, pero las escritoras son casi todas unos callos. Ya lo da la profesión. Pero tú, bonita, eres algo fuera de serie, y todo cuanto tienes que hacer es inclinar tu espinazo anglosajón un poco y veré que sigas en tu trabajo por cuatro mil dólares a la semana, lo cual no es ninguna tontería, créeme...

Barbara se detuvo y se quedó mirando a la doctora Albright. Tenía el pecho echado hacia delante, y los puños cerrados. Después se dejó caer nuevamente en su silla. La doctora le acercó la caja de pañuelos.

—¡Déjelo ya, maldita sea! No voy a llorar.

—¿Qué dijo?

Barbara movió la cabeza, encolerizada.

—¿Qué le dijo a Jerry Kanter?

—Le dije que se fuera al infierno.

—¿Nada más?

—Fue suficiente.

—¿Qué le hubiera dicho si él no hubiese sido judío?

—¿Qué? La verdad es que nunca se me ocurrió que fuera judío.

—¿No? Es raro, Barbara. Lo pensé en el momento en que mencionó su nombre. Yo no lo conozco.

—En realidad, no sé qué pretende usted —dijo Barbara, al tiempo que aumentaba su enojo.

—Y su productor, Mr. Goldberg, también era judío.

—Sí, doctora, la industria cinematográfica es en su mayor parte judía. Los judíos la iniciaron.



—¿Puede usted aceptar la idea de que un judío puede ser un canalla? Ya sabe, no son tan distintos de la demás gente.

—No sé qué pretende usted, se lo repito —dijo Barbara—. No sé qué tiene que ver esto con todo lo demás.

—Usted también está ahora molesta conmigo.

—Pues sí.

—Bueno, eso es lo que interesa. Ya ha visto que no sigo procedimientos ortodoxos. El apellido de su primer marido era Cohén, y después de su muerte, usted cambió su apellido otra vez a Lavette.

—Años más tarde. Es que mi apellido es Lavette. Y escribí utilizándolo. El apellido de Carson es Devron. Todavía me sigo llamando Barbara Lavette. —Cuando la doctora Albright no hizo ningún comentario, añadió—: Sí, Judith, usted me ha tocado una fibra sensible. No me gusta el antisemitismo, ni el sabor, sonido o olor de él.

—Nunca creí que le gustara el antisemitismo. De todos modos, es un asunto complejo, ¿no es verdad?

—¿El qué, exactamente?

—El antisemitismo —respondió la doctora Albright—. En América es muy complicado. Mi esposo era un brillante cirujano. Falleció hace tres años. Se llamaba Wurtman, y era judío. ¿Habría conservado el apellido Wurtman si la situación hubiese sido al revés, o habría adoptado su apellido si se hubiera llamado Albright? No estoy segura.

—¿Sugiere usted que me cambié el apellido Cohén porque no quería que la gente creyera que soy judía?

—¿Le he sugerido yo eso?

—La verdad es que yo no soy judía. El socio de mi padre era judío. Fue el mejor amigo que tuvo mi padre en su vida. Mi abogado, Sam Goldberg, era judío. A mi hijo le puse su nombre. Vive en una casa que compré y que le había pertenecido. Y me casé con un judío. De modo que atreverse a sugerir que soy antisemita es...

—Siga, dígalo.

—Indecente.

—Bien. Hemos llegado a un punto en que podemos entendernos y no creo que debamos ir mucho más lejos. A mí me parece, Barbara, que la esencia del antisemitismo es la noción de que los judíos son básicamente diferentes. Hemos rechazado el antisemitismo a lo largo de nuestras vidas, y cuando un judío resulta ser un cerdo, como ese director que me ha referido, nos sentimos impresionados y horrorizados. Y entonces empieza a formarse en nuestro interior una desagradable sensación de cólera y frustración. —Ella consultó su reloj—. Me temo que nuestro tiempo se ha agotado.

Aún enfadada cuando abandonó el consultorio de la doctora Albright, Barbara advirtió que sentíase estimulada y en modo alguno deprimida. Hacía semanas que no estaba deprimida.

El amor le llegó a May Ling al cumplir los dieciséis años. Fue de una manera suave, dulce, en el crepúsculo vespertino, a su modo de ver. Ella había conocido el amor de su madre a través de las palabras, palabras singulares, diferentes, que despertaban sentimientos nostálgicos. Cuando el breve y agradable crepúsculo de California se extendió por el Valle de Napa, llegó para ella el momento. May Ling adoraba la canción *En el crepúsculo, oh querida mía*. Ella era desesperadamente romántica, si bien profundamente sensata. La muchacha carecía de exuberancia, y prefería refugiarse en sus vividas fantasías. A pesar de ser sólo una cuarta parte china, era de apariencia totalmente oriental; poseía la piel de su abuela, el cabello liso y negro y la naricilla respingona. Resultaba curioso que su joven hermano Daniel, de ocho años, se pareciera a su madre, pues tenía la tez pálida de Sally, el cabello pajizo y los ojos azules. Nada podía convencer a May Ling de que carecía por completo de atractivos, ni siquiera la insistencia de su madre en el sentido de que era muy hermosa. Medía un metro setenta centímetros, estaba muy delgada, y en una cultura que adoraba los grandes senos, los suyos eran pequeños. A pesar de reiteradas súplicas, Sally se negó a permitir que su hija se rizase o tiñese el cabello, y en esto estuvo acertada, pues May Ling era realmente una hermosa joven, de agradable porte, dulces palabras y gentil. Llevaba su cabello negro, muy corto, con flequillo; aunque a la chica la disgustaba, realzaba su delicada belleza, y Sally lo sabía muy bien. Sin embargo, poco a poco, May Ling empezaba a cobrar conciencia de sí misma, lamentando cada vez menos sus peculiaridades físicas. En la biblioteca de su padre descubrió un libro de filosofía china titulado *El camino natural de Lao-tsé*, traducido del chino por su bisabuelo. Esto condujo al descubrimiento posterior de que su padre, Joseph Lavette, llegó a hablar chino mandarín. Leyó a Lao-tsé, y le encantó su estilo directo y sencillo. A partir de esto inició otras exploraciones en la vieja filosofía china, y después no dejó en paz a su padre hasta que se avino a enseñarle chino. La verdad es que Joe Lavette recordaba muy poco el mandarín que su abuelo le había enseñado cuando él era un niño, pero aún podía leer los ideogramas, y un día regresó del hospital de San Francisco, en donde practicaba la cirugía, con un paquete de libros y periódicos chinos. En lo sucesivo, muchas noches, Joe y May Ling se sentaban juntos, y se ponían a luchar con los caracteres chinos, y sentíanse triunfantes cuando conseguían descifrar, de vez en cuando, alguna palabra o alguna frase.

El amor llegó a May Ling la noche del 22 de noviembre de 1963. Sally sacó de una vieja cómoda una bata cuidadosamente envuelta que había pertenecido a la madre de Joe. Hoy era el cumpleaños de May Ling, y la bata era un regalo que Sally

había guardado como un tesoro desde el primer día que se casó con Joe. Era de gruesa seda negra, adornada con dragones reales bordados en hilo de oro. Cuando May Ling la vio se quedó sin habla, contemplándola fijamente con la delectación reflejada en sus oscuros ojos. Le sentaba perfectamente con excepción de su largura, pero dado que le llegaba sobre los tobillos, no había problema. También de un envoltorio de papel de seda, Sally sacó un par de zapatillas de seda, bordadas asimismo de oro; por desgracia, los pies de May Ling eran como mínimo dos tamaños más grandes que los de su abuela, y fueron sustituidas por unas zapatillas corrientes. De cualquier modo, May Ling estaba impresionante con su bata china. Sus padres la contemplaron admirados y felices.

La fiesta de cumpleaños, a la que fueron invitados familiares y amigos, fue el regalo de Jake Levy a su nieta. Se previó hacer la celebración en Higate, en la antigua planta de embotellado, que ahora se había convertido en una sala de recepción y degustación. Se alquiló una banda de cuatro músicos para amenizar la fiesta. Además de los amigos de May Ling en Napa, la lista de invitados la componían los Levy, los Lavette y los Cassala. A Fred le habían enviado un billete para el viaje de ida y vuelta, desde Princeton, aprovechando las vacaciones del Día de Acción de Gracias. Barbara y Sam se desplazaron en coche desde su casa.

Joe, Sally y May Ling estaban de camino a Higate. Joe conducía, llevando a May Ling en el lugar de honor a su lado. Sally y Daniel iban en la parte posterior del coche. De pronto, por la radio oyeron la noticia del asesinato del presidente Kennedy.

Reaccionaron de diversas maneras. May Ling se echó a llorar. El joven Daniel no estaba seguro de comprender el significado de todo aquello; Joe murmuró algunas palabras sobre la inevitable barbarie de la raza humana. Sally, por su parte, tras la primera impresión, se dio cuenta de que aquello ensombrecería lo que ella había esperado fuera una encantadora velada, algo que May Ling había estado esperando durante meses.

—¿Cómo podremos celebrar ahora una fiesta? —preguntó May Ling tristemente.

—Celebraremos la fiesta —le dijo Sally—. Ha sucedido algo terrible, pero no ayudaremos a nadie suspendiendo la celebración. La vida sigue. El presidente Johnson ya ha jurado su cargo. Él no ha levantado los brazos renunciando. De modo que sécate esas lágrimas. Cada día pasan cosas terribles, pero no podemos detener el curso de la vida.

—¿Podemos, papá? —le preguntó la muchacha a Joe—. ¿Podremos aún celebrar la fiesta? ¿No será algo cruel y despiadado?

—No, no será cruel ni despiadado. Ahora no se nos ocurriría organizar una fiesta, pero tu abuelo ha decorado la sala y ha contratado una banda, y seguramente habrá suficiente comida como para alimentar un ejército, sin mencionar el hecho de que Freddie salió ayer ya en avión, y hay gente que se ha puesto en marcha desde San

Francisco, Oakland y San Mateo. Sé cómo te sientes, pero intentaremos disfrutar de la fiesta tal como si esto no hubiera sucedido.

May Ling intentó divertirse, al igual que los demás. Para Barbara, aquella encantadora muchacha con su increíble atuendo chino, era como una recreación de la mujer de la que ella había recibido el nombre, la madre de Joe, la bibliotecaria china que fuera amante de Dan Lavette y posteriormente su esposa. Barbara sintióse aliviada de que Jean hubiera pretextado un resfriado y, por lo tanto, se encontrara ausente.

—Es maravilloso —le dijo Barbara a Joe—. Me hace creer en algo, no estoy segura en qué, pero ella es como May Ling. Se mueve del mismo modo, su voz es idéntica.

—Sí, la genética trabaja extrañamente.

—¡Oh, por el amor de Dios! Deja de ser un empedernido científico. ¿Cómo un palurdo como tú ha podido crear una criatura semejante? Nunca podré comprenderlo.

—Gracias, hermana.

—De cualquier modo, prefiero que mamá no esté aquí. Sería demasiado para ella volver a ver a otra May Ling.

—Es sólo la ropa —dijo Joe.

—Claro que es sólo la ropa.

A pesar de que la fiesta se desarrolló normalmente, y de que los invitados bailaron, comieron y bebieron, no se pudo evitar la sombra de algo grotesco y terrible. El hecho de que hubiera sucedido a tres mil kilómetros de distancia no aminoraba su impacto, y May Ling, que era imaginativa y muy sensible, no podía apartar de su mente las imágenes de violencia. Estuvo atenta a las atenciones que le prodigaban, en particular a las interesantes nuevas actitudes de sus tres primos: Fred, Sam y Joshua; abrazó a su bisabuela Sarah Levy, que ahora tenía ochenta y tres años, y que estaba muy desconcertada por la transformación de quien ella siempre había considerado una auténtica chica judía en aquella exótica criatura oriental. Respondió con un lacónico «gracias» a las palabras de Fred:

—Prima, estás como un tren.

Pero May Ling encontró su primer amor con Rubio Truaz, el hijo de Cándido Truaz. Y esto se debió, en parte, al extraño ambiente reinante en la fiesta a causa del asesinato del presidente Kennedy.

La cosa empezó —aunque las raíces eran más lejanas— cuando May Ling cortó el pastel, entregando un trozo a cada persona, con una sonrisa y varias palabras; esto sorprendió a Sally, que siempre había considerado a su hija como el colmo de la timidez. Allí había tres familias de chicanos, y May Ling trató de decir algo especialmente agradable a cada uno del grupo. Ella actuó así hasta que le tocó el turno a Rubio Truaz, y entonces a la chica se le cortó la voz. Se quedaron mirándose

en silencio, después él sonrió, inclinó la cabeza y cogió el trozo de pastel.

Rubio Truaz tenía dieciocho años, estaba en su primer año en Berkeley. Jake había persuadido a su padre para que lo enviara a Berkeley, en donde podría seguir una serie de cursos de viticultura, en lugar de ponerlo a trabajar en las bodegas. Como su padre, el chico era alto, medía un metro ochenta y cinco centímetros, era de hombros musculosos, cabeza armoniosa, rasgos finos, grandes ojos pardos y pelo negro rizado. Era un muchacho brillante, leía mucho, salió del instituto con excelentes notas, y tenía ideas propias. No deseaba pasar su vida en Higate. En sus románticas fantasías, se veía como abogado, un comprometido defensor de los derechos de los oprimidos norteamericanos de origen mexicano, que constituyen una numerosa comunidad en California. Su padre, Cándido, no albergaba tales ilusiones. Cándido había empezado su vida en Norteamérica como hijo de una pobre familia de jornaleros mexicanos; había trabajado en los campos de lechugas desde que tenía cinco años; finalmente llegó a Higate como vendimiador. Ahora, treinta y tres años después, tenía casa propia, una lavadora y un televisor, y sus hijos no pasaban nunca hambre. Si el trabajo en las viñas era bastante bueno para él, también lo sería para sus hijos; pero no se opuso a que Rubio estudiara en Berkeley, y el chico no tenía duda de que, cuando llegara el momento, él seguiría su propio camino.

May Ling lo conocía desde que eran niños, y a su hermana, Carla, y Rubio había sido aceptado como miembro de la manada de lobos, aunque con ciertas reservas, quizá, porque hasta en un lugar como Higate nunca se rompía por completo la barrera entre los chicanos y los anglos, como los llamaban los mexicanos.

Eran alrededor de las diez aquella noche, ya habían comido hasta el pastel, la banda tocaba una música lenta y pasada de moda, cuando May Ling le dijo a Sally que iba a salir fuera un ratito.

—¿Sola? —le preguntó Sally—. ¿Por qué no dices que te acompañe Sam o Freddie?

—Prefiero estar sola. Quiero pasear y pensar.

—Muy bien. Pero no tardes mucho. Nos marchamos dentro de una hora aproximadamente, y creo que deberías desempaquetar tus regalos.

—¿Debo? Me da un poco de vergüenza.

—Creo que debes hacerlo.

May Ling se deslizó fuera en un momento en que nadie parecía observarla. Tenía muchas ganas de estar sola, para sentir lo agrisado de la noche, para contrastar su propia sombría felicidad con un mundo en donde se podía asesinar a sangre fría a un presidente. La noche era fresca, aunque no demasiado, y la brillante luna proyectaba un brillo plateado sobre los campos y los edificios cubiertos de parras. La chica subió por la colina hasta la vieja chimenea junto a la cual habían pasado tantas horas de niños, y allí, sentado con las manos cerradas sobre las rodillas, encontró a Rubio

Truaz. El encuentro fue inesperado. Él se puso de pie apresuradamente.

—No creí que hubiera aquí nadie —dijo él con voz débil.

—Yo tampoco.

—Cuando te vi... Cuando te vi...

—Quiero decir —aclaró él—, que cuando te vi, pensé por un momento que estaba soñando. He estado sentado aquí pensando en ti, he levantado la vista y tú has aparecido.

—Sólo quería estar sola y respirar algo de aire fresco.

—Me voy para abajo si quieres estar sola.

—No. Oh, no. Tú llegaste primero.

—Eso no importa.

—No. Podemos estar aquí sentados un ratito. Debo regresar en unos minutos.

Quieren que abra los regalos. Aborrezco hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque si el regalo de uno no es tan bonito ni tan caro como el de otro, éste se siente mal. No quiero que nadie se sienta mal el día de mi cumpleaños.

—Ya comprendo. Si yo tuviera dinero, te habría regalado un collar de diamantes.

—¿Por qué? ¿Y qué podría hacer yo con un collar de diamantes?

—Llevarlo. Desde luego, no podría hacerte más hermosa aún de lo que ya eres.

May Ling reflexionó sobre esto un momento antes de contestar.

—Nadie me había dicho antes algo así.

—Yo lo he dicho ya cien veces, pero sin que nadie me oyera.

—Gracias —murmuró ella.

—¿Puedes sentarte en el suelo con esa prenda, o la estropearías?

—Tendré cuidado —dijo May Ling, acomodándose en el suelo.

Rubio se sentó a su lado. Permanecieron así en silencio durante varios minutos, mirando los edificios situados al pie de la colina, así como escuchando el apagado sonido de la música. Por fin, May Ling habló.

—Me siento culpable por ser tan feliz esta noche, después de haber sucedido algo tan terrible.

—Desde luego, ha sido terrible. Pero ese tipo de atrocidades se han cometido siempre. Eso no significa que debemos dejar de ser felices.

—¿Eres tú feliz? —le preguntó ella.

—Creo que antes nunca he sido realmente feliz, pero jamás me había sentido de este modo.

—¿De qué modo?

—Pues en el sentido de que me gustaría seguir para siempre tal como estamos ahora, los dos aquí sentados. Pero no sé si tú sentirás lo mismo...

—Sí, siento igual que tú. Puedes estar seguro.

Más tarde, May Ling oyó la voz de Sally que la llamaba. El acto se había consumado, pero en la memoria de May Ling, aquel momento perduraría para siempre.

No cabe duda de que en los primeros períodos de la existencia del hombre, el sentido del tiempo era muy diferente. La gente vivía en un mundo que no estaba obsesionado con planes de trabajo ni rodeado de relojes. El tiempo era una cosa más sencilla; transcurría de una forma más amable, y había menos necesidad de señalar el principio y el final. Barbara reflexionaba a veces sobre este particular, recordando el día del asesinato de Kennedy como el principio de un período, como una nueva fase de su existencia. Por otra parte, también trabajaba un reloj interior. Le había llegado la menopausia, y aunque había sabido siempre que le sucedería, sin embargo se vio profundamente afectada. Discutió el asunto extensamente con la doctora Albright, preguntando en qué medida contribuyó a los largos meses de depresión.

—Por supuesto, constituye un factor —dijo la doctora Albright—, un factor muy importante. Una fuente interior de vida se le seca a una, y eso supone una grandiosa conmoción psicológica. Calores, tensión nerviosa, miedo..., es lo que les sucede a todas las mujeres. En su caso tiene que luchar con su condición de ser una romántica. Muchas mujeres han expulsado ese sentimiento y lo han dominado mucho antes de llegar a la edad de usted.

Barbara se preguntó si era una maldición o una bendición ser romántica. En realidad se había sentido identificada con Kennedy, a quien nunca había visto personalmente; pero él también había sido un romántico, el último romántico, y había muerto en un hospital de Texas, con la cabeza destrozada.

Barbara se marchó sola después de la fiesta de May Ling; dejó que Sam pasara la noche en Higate. Conduciendo su coche en la oscuridad, no podía apartar de su mente el drama, la tragedia acaecida en Dallas. Ella había estado en Dallas una vez, años atrás, dedicando ejemplares de su libro en la gran librería «Cokesbury», y recordó a la gente que había visto aquel día, en su mayoría mujeres, con dulces y tímidas sonrisas, farfullando. En su memoria las veía apocadas, casi pidiéndole perdón a ella por el trastorno de tener que autografiarles el libro. De pronto se rompió el hilo de sus recuerdos al ver aproximarse un camión casi de frente; estuvo a punto de salirse de la carretera. Después puso la radio de su coche, y escuchó toda la rutinaria palabrería acerca de lo sucedido aquel día; apagó la radio. Empezaba a sentir un calor repentino que inundaba todo su cuerpo; el rostro se le puso tenso, los brazos se le humedecieron de sudor.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó ella—. Ahora. ¿Por qué ahora?

Eran casi la una de la mañana cuando ella llegó a casa. Se dio un baño, y después le fue imposible conciliar el sueño. Vagó por la casa vacía, trató de ponerse a leer y

descubrió que las palabras carecían de sentido. Entonces decidió ponerse al corriente en el pago de facturas atrasadas. Una vez se conoció el testamento de su padre, le quedó a ella un fondo en fideicomiso que le proporcionaba el suficiente dinero para vivir bien, aunque no en la opulencia. Ahora sonrió al recordarlo; Dan Lavette había sido demasiado listo como para dejar a su hija una elevada suma de dinero; la romántica habría vuelto a experimentar su sentimiento de culpabilidad y habría renunciado a la fortuna.

Extendió varios cheques, y después lo dejó.

—¡Al diablo con esto! —exclamó—. No he escrito nada en tres años. Ya es hora de que esto se acabe.

Cerró el talonario de cheques, quitó la funda de su máquina de escribir, metió una hoja de papel y mecanografió un título: *La esposa del presidente*. Cuando llegó el alba, estaba aún frente a la máquina de escribir, trabajando sin descanso.

Finalmente dejó de escribir, ya pasaba de las siete. Estaba regocijada y excitada, no tenía sueño ni cansancio; sentíase viva y se había encontrado consigo misma. Se dirigió a la cocina y se hizo un café bien cargado. Mientras lo tomaba, hojeó los folios que había mecanografiado, y se detuvo en un fragmento:

«De modo que, al cabo del tiempo, sucedió lo que ella tanto había temido, aquello que le habría ocurrido, sin duda, a todas las demás mujeres del mundo, pero no a ella, eso que llaman la menopausia, el cambio de vida. Ella trató de recordar todo lo que sabía sobre el particular, las lecciones de biología recibidas en el colegio. Los ovarios dejaban de producir óvulos, pero había otra parte, algo relativo a las hormonas femeninas. Buscó en las estanterías su viejo libro de texto. ¿Lo había conservado en realidad? Por fin lo encontró. Estrógeno y progesterona: las dos hormonas producidas en cantidades cada vez menores. Leyó aquello con pánico creciente: cambios en el tono de la piel, arrugas, una distribución diferente del panículo adiposo, depósitos de grasa en la parte posterior del cuello; conforme leía, notó que un sudor frío se abría paso a través del calor que había invadido su cuerpo».

—No está mal —dijo Barbara cuando dejó el folio—. No del todo mal. Has dado con algo interesante, viejecita, veremos a dónde llegas.

Experimentó una sensación de triunfo personal. Había sido capaz de expresarlo en claras y directas palabras mecanografiadas, y después las leyó con frialdad y objetividad. Aquello era el principio de algo, no simplemente un libro sino de algo en lo que tendría que pensar muy profundamente. Se tomó la segunda taza de café, puso sobre dos tostadas mantequilla de cacahuete y mermelada, una licencia que se tomaba ya que Sam no estaba presente; después fue arriba a ducharse y a vestirse. A continuación telefoneó a Boyd Kimmelman y le pidió que la llevara a almorzar. Concertaron la cita para la una. Después llamó a Eloise, en Higate, y le dijeron que Sam lo habían invitado a quedarse para el Día de Acción de Gracias, lo cual



significaba faltar sólo dos días al colegio, algo que según aseguró el muchacho a Eloise, le sentaría muy bien. Ésta le preguntó a la madre si el muchacho podía quedarse, Barbara accedió con ciertas reservas, convencida de que Sam se había invitado a sí mismo. Barbara regresó junto a la máquina de escribir, sintió repentinamente sueño y decidió echarse en el sofá durante uno o dos minutos. Se despertó alarmada, descubrió que eran la una menos cinco, se echó unas manotadas de agua fría en la cara, se peinó apresuradamente y llegó al restaurante italiano de Gino con veinte minutos de retraso.

Besó a Boyd y se disculpó casi sin aliento.

—Te habrás enfadado conmigo —dijo ella—, pero eres un hombre encantador y estás aquí sentado sonriéndome. Trataré de compensarte por esto. Nunca llegaré tarde cuando haya quedado para almorzar contigo.

—¿Qué ha sucedido?

—Me quedé dormida. Me he pasado la noche escribiendo. Trabajé durante seis horas... seis horas. ¿Puedes creerme, Boyd? ¡Dios mío, estoy tan excitada! He empezado un libro. ¿Dónde habré estado en estos últimos años? Supongo que soy una desalmada, porque se me ocurrió la idea después de enterarme de la terrible noticia del asesinato de Kennedy. Lo he titulado *La esposa del presidente*, y quiero exponer el punto de vista de la mujer, la historia de una mujer casada con un hombre empujado al poder que finalmente ha llegado a la cumbre, todo el poder y toda la gloria, y, ¿qué le sucede a la esposa? Oh, ya lo sé, tendré que regresar a esa odiosa ciudad de Washington y hacer indagaciones: Te juro que en otras circunstancias jamás lo habría hecho, pero esto es algo especial, créeme...

—Te creo, pero imagínate que dejas de hablar un minuto o dos mientras pedimos el almuerzo. Estoy muerto de hambre.

—Claro. Soy una desconsiderada, y tú te has portado como un ángel.

—Tienes razón. —Pidieron al almuerzo, y cuando lo hubieron concluido, él le dijo a Barbara—: Esto es fantástico, y me llena de alegría que hayas superado el decaimiento que te dominaba, pero ¿qué papel desempeño yo en esto?

—Puedes intervenir en dos cosas. Pero, primero, los aspectos legales.

—¿Qué aspectos legales? Si estás escribiendo una obra de ficción, no habrá ningún problema legal. Supongo que tu esposa del presidente será un personaje imaginario.

—Por completo.

—¿Y todos los demás personajes, serán también imaginarios?

—No, no pueden serlo. Tengo que basarme en la Historia, y tienen que aparecer algunas personas reales, como mínimo.

—De acuerdo —le dijo Boyd—, lo aceptaremos así. Déjame que te eche un poco más de vino. A decir verdad, resulta casi imposible difamar a una persona pública tal

como están nuestras leyes. En Inglaterra es distinto, pero nuestras leyes son muy liberales en ese punto. —Le echó el vino—. Ahora, ¿qué más?

—Quisiera que me encontrases la esposa de un presidente con la que pudiera hablar.

—¿Sabes lo que me pides?

—Tengo fe en ti, Boyd.

—Bobby, querida, aquí la fe no tiene lugar. El campo es muy limitado. Mrs. Roosevelt habría sucumbido a tu encanto y belleza, pero murió el año pasado. ¿Qué clase de preguntas querrías hacerle a esa dama?

—Preguntas muy íntimas.

—Encanto, eres una mujer conocida, has estado presa, te has divorciado. Estás pidiendo algo imposible.

—Tal como te dije, tengo fe en ti. Tú tienes toda clase de relaciones. Tengo fe en ti.

—Eso lo has dicho dos veces. ¿Crees realmente que lo podré arreglar?

—Estoy completamente segura.

—Entonces, sí admiras tanto mis cualidades, ¿por qué no te casas conmigo?

—Nunca me lo habías pedido antes.

—Supongamos que te lo pido ahora.

—Las cosas no se piden así —dijo Barbara—. Estabas hambriento. ¿Por qué no comes?

—Te pido que nos casemos.

—¿Estás hablando en serio?

—Completamente en serio.

—Boyd, querido, ya me he casado bastantes veces. No sirvo para eso.

—Es que siempre te casaste con el hombre indebido.

—Es verdad. Por eso no debo repetirlo.

—¿Soy demasiado bajo, es por eso?

—¿Cuánto mides?

—Un metro setenta y cinco centímetros.

—Igual que yo. Eres lo bastante alto.

—Si vas sin tacones.

—Boyd, estoy tratando de ser comprensiva. Esto es nuevo para mí.

—Tú no me amas.

—Claro que sí. Eres encantador. ¿Es que no me he ido a la cama contigo? No lo habría hecho si no te amara.

—Dime algo —quiso saber Boyd—. Si Marcel hubiera vivido, ¿habría ido bien tu matrimonio?

—Desde luego, tienes un modo de hacer las preguntas. No sé, Boyd. A veces creo

que esa clase de amor sólo se da una vez, únicamente cuando eres muy joven. Sucedió hace veinticinco años. —Sacudió la cabeza—. No hablemos más de esto. Vamos a ocuparnos de las esposas de los presidentes.

Desde la muerte de su esposa, Joanna, en 1959, Stephan Cassala se había convertido en un cada vez más asiduo visitante de la casa de Russian Hill. Su madre, María Cassala, murió un año después que la esposa, a la edad de ochenta y tres años; murió de una manera apacible, mientras dormía. Su hijo, Ralph, profesor en Standford, hacía investigaciones experimentales en el terreno de las partículas subatómicas, se había casado y vivía en una casita cercana al campus universitario. De este modo, Stephan se quedó solo en la gran casa de San Mateo, construida por su padre medio siglo atrás, una mole de piedra y madera, creada como la realización del sueño de un inmigrante siciliano semianalfabeto. A los sesenta y ocho años, Stephan se había retirado. Dan le había vendido hacía más de diez años un diez por ciento de las acciones de su compañía naviera, con ello Stephan tenía mucho más dinero del que necesitaba, más que suficiente para mantener abierta su casa de San Mateo. Pero después de la muerte de su madre, la casa se quedó vacía, con sabor a muerte; de modo que la puso en venta y cogió un apartamento en San Francisco.

Adquirió la costumbre de dejarse caer por la casa de Jean a la hora del cóctel, dos o tres días a la semana. Tomaban una copa, y después se iban a cenar y, de vez en cuando, al teatro o al cine. Otras veces se reunían para almorzar, y posteriormente iban a pasear por el Embarcadero o Lincoln Park. Aún a sus setenta y tres años, Jean conservaba una buena figura, erguida y esbelta, con brillo todavía en sus azules ojos, y su espeso cabello blanco lleno de vitalidad. Durante toda su vida adulta, Jean había ocupado un lugar en las fantasías de Stephan, pero siempre la consideró inaccesible, no sólo por ser la esposa de su mejor amigo, sino, asimismo, por ser la mujer de un hombre al que adoraba. Ahora los ardores se habían sosegado y él estaba satisfecho de que ella lo viese como un querido amigo, alguien con quien estar y en quien apoyarse.

Por su parte, Jean estaba aún más agradecida. Stephan nunca la trataba como una vieja; a los ojos de él, ella era todavía como una reina, la «belleza» de una época ya lejana, cuando ser una belleza era de por sí un título y un elogio, y sus maneras con ella eran corteses al estilo del viejo mundo. Alto, bien parecido, con su gran bigote blanco, moreno, cetrino, era todo lo distinto a Dan que un hombre podía serlo; de todos modos, formaban una buena pareja, y Stephan nunca iba más allá de una relación formal rígidamente establecida.

Sin embargo, Jean sentíase algo culpable por aquello.

—No sé qué haría sin él —le dijo a Barbara—. Vivimos en una sociedad en la que no hay lugar para los viejos.

—Tú no eres vieja, madre.

—¿Que no? No digas tonterías, querida. Pronto cumpliré los setenta y cuatro, y eso es ser vieja. Todos los hombres que he conocido están muertos o se han convertido en uno de esos viejos chochos que van al club de California Street. En cuanto a las mujeres, las que aún están vivas, apenas hacen vida social.

—Eso no quiere decir nada. Tú estás lleno de vitalidad.

—Me gustaría creerlo, pero ¿qué puedo hacer, Bobby? Ese pobre hombre está enamorado de mí.

—Eso es maravilloso. Su vida ha sido amarga.

—No estoy enamorada de él. Soy una señora vieja, y a los únicos que amo son a mis nietos. Soy una de esas infortunadas criaturas que han sido capaces de amar solo a un hombre: tu padre.

—No entiendo mucho de sexo a tu edad —dijo Barbara—, pero ¿habéis hecho algún tipo de acto...?

—¿De qué diablos estás hablando, criatura? —se escandalizó Jean.

—Entonces todo se desarrolla en el plano teórico, ¿verdad? Él es un buen amigo. Te interesa, te acompaña.

—¿Es que nunca serás una persona madura?

—A lo mejor no. Pero lo intento. He empezado un nuevo libro, y le he enviado cien páginas a Harris Fielding. ¿Lo recuerdas?

—¿Está aún vivo?

—Madre, hay toda clase de gente que está aun viva, y él es todavía agente literario, y en su carta quería saber si la extraordinaria Jean Lavette sigue siendo tan hermosa como siempre.

—No, eso no lo creo.

—Es verdad. Te enseñaré la carta. Le he contestado que así es, que incluso más bella.

Estaban sentadas en el salón de la casa de Barbara, y Jean no pudo resistir la tentación de mirarse al espejo, situado en el extremo opuesto de la estancia y que la reflejaba oblicuamente.

Explicándoselo a la doctora Albright unos días más tarde, Barbara dijo:

—Estoy completamente segura de que mi madre va a seducirlo. Stephan Cassala hará el amor con Jean, y él se sentirá libre de culpa y estará completamente convencido de que la idea ha sido suya.

—¿Y el pensamiento de que una mujer de sesenta y tres años se vaya a la cama con un hombre, no le preocupa?

—¿Por qué?

—La pregunta se la he hecho yo.

—Creo que sería algo grande —dijo Barbara.

—¿Cuándo va a Nueva York?

—Cuando acabe el período escolar. Enviaré a Sam a Higate. Aún tengo mis reservas con el tiempo del Este, y, de cualquier modo, no me gusta dejar a Sam solo en casa. Hace años que no he estado en el Este. A mi agente le gusta lo que he escrito, y Boyd ha conseguido que la esposa de un presidente acceda a hablar conmigo.

—Excelente. —La doctora Albright consultó su agenda de visitas—. Digamos que la vuelvo a ver, Barbara, dentro de una semana. Después, podemos dar esto por concluido.

—¿Quiere decir que ya estoy lista?

—De momento. Si quiere usted hablar, siempre estoy aquí.

Barbara permaneció en silencio durante un rato. Después dijo:

—¿Puedo hacerle una pregunta algo tonta?

—No hay ninguna pregunta tonta. Diga.

—Lo que hemos estado haciendo..., a mí no me parece que sea psicoanálisis, freudiano o de ningún otro tipo.

—Claro que no.

—Entonces, ¿qué hemos estado haciendo durante todos estos meses?

—Sólo conversar. Usted se sentía derrumbada, y no podía trabajar. Ahora se encuentra mejor, y está trabajando. Es una especie de terapia, y ayuda a algunas personas, desde luego no a todas. ¿Está usted decepcionada porque no hemos hecho algo más complejo y misterioso?

—Oh, no. No. Me encanta enterarme de que únicamente estoy moderadamente loca.

—Todos estamos así, Barbara. Es el mal de la Humanidad.

Sentado en la sala de estar de la Sociedad Woodrow Wilson, en Princeton, leyendo y tratando de comprender un libro que había estado circulando como una especie de objeto de culto entre los miembros de la Sociedad, Fred Lavette levantó la vista y advirtió que lo estaban observando. Señaló la página y cerró el libro *Sidhartha*, de Hermann Hesse, y después hizo un saludo con la cabeza a los cuatro jóvenes que estaban frente a él. Uno de ellos, Herb Katz, de mayor edad, le hizo una pregunta.

—¿Qué te parece?

—¿Esto? —Fred dio un golpecito con los dedos al libro.

—Léelo dos veces.

—No estoy buscando la salvación. Sólo quiero poder discutir de Hesse con los enterados. Me gustan los enterados.

—A mí me gustan las tetas grandes —dijo Phil Strong, cogiendo una silla. Era una anomalía, pues vivía en Ivy y solía estar en Woodrow Wilson. Medía casi metro noventa, era jugador de la línea de embestida, en rugby; su corpachón colgaba

desmadejado bajo un agradable rostro y una abundante mata de cabello rufo. Katz era más bajo, aunque nervudo y enérgico. El tercero del grupo, Alan Greenberg, era rechoncho, no muy alto, con un notable parecido a Bob Hope, y por ello lo habían apodado *Hopeful*. El cuarto joven era negro, alto, de largos brazos, un excelente jugador de baloncesto cuyo color lo había relegado a Woodrow Wilson, algo que no le preocupaba lo más mínimo. Bert Jones había hecho amigos en Woodrow Wilson, siendo poco probable que los hubiera hecho en cualquier otro lugar del campus de Princeton.

Los otros tres pusieron sus sillas frente a Fred, quien preguntó con cierta impaciencia:

—¿De qué se trata? ¿Vamos a discutir a Hermann Hesse, o de tetas... o es esto una delegación?

—Una delegación —le dijo *Hopeful*—. El *Sidhartha* habla de reposo. La mente en calma alcanza la claridad. Nos acercamos a ti en un momento de claridad, Lavette.

—Déjate de rodeos —dijo Strong—. Suéltaselo sin ambages.

—Se requiere un poco de tacto —dijo Katz.

—¿Qué opinas acerca de los derechos civiles? —preguntó Bert Jones a Fred.

—Es una pregunta tonta. En realidad, es una pregunta provocativa. He firmado todas las peticiones que me habéis puesto delante de las narices. ¿Qué opino de los derechos civiles? No soy un sanguinario fascista.

—Ésa es una reacción positiva —dijo Katz—. Muy bien.

—Mira, Freddie —explicó Jones—, esto nos lo hemos tomado muy en serio. Existe una fuerte corriente para registrar votantes negros en Mississippi... algo de alcance nacional. Todas las Universidades están enviando gente allí para colaborar, y queremos que Princeton también participe.

—Es sólo para enarbolar nuestra bandera —intervino Strong—. Hay que evitar que señalen con el dedo la vieja alma mater y digan que encabezamos la lista de mierda.

—Nada demasiado importante. No se puede esperar ninguna clase de movimiento masivo en Princeton, pero nosotros cuatro estamos comprometidos, y le necesitamos.

—Te necesitamos de verdad, Freddie.

—Esperad un poco, vayamos por partes —les dijo Fred—. Aquí estáis en el sitio equivocado, en el momento equivocado y habláis con el tipo equivocado. Como dicen, mi mente es un tesoro. Firmaré vuestras peticiones, y contribuiré con diez o veinte pavos. Intelectualmente, estoy plenamente con vosotros, pero no estoy hecho para las barricadas.

—En otras palabras, que escurres el bulto.

—Exactamente.

—Despacio —dijo Bert Jones—. Tómatelo con calma. Estamos bombardeando a

Freddie los cuatro a la vez. Esto es demasiado, no debemos comerle el coco. Sería tonto. La cuestión es que necesitamos a Freddie, y debemos convencerlo.

—Muy cierto —convino Strong—. Míralo de otro modo, Freddie: la camaradería, nosotros cinco juntos, libres, como un gran picnic...

—¿Por qué me necesitáis a mí? —preguntó Fred, desconfiado.

—Dejémonos de parloteo —dijo Katz—. Tú eres el único de nosotros que tienes coche, un gran automóvil con cinco plazas.

—¡No vuelvas a hablar de eso! —chilló Fred—. No me faltaría más que uno de esos asquerosos censores oiga que tengo un coche. Este lugar está lleno de ellos. ¿Es que quieres destruirme, hombre?

—Freddie, no queremos destruirte. Te apreciamos de verdad. Sólo queremos iluminarte.

—Según he oído —intervino Strong—, al menos hay dos profes que están hasta los bigotes de un tal Freddie Lavette, que insiste en corregir su forma de hablar y discute sus ideas. A ellos les encantaría saber que guarda un coche, ese pecado de los pecados, esa violación de las violaciones...

—¡No seríais capaces!

—Claro que no. Moriríamos antes de confesarlo.

—Sois unos canallas —dijo Fred—. Sois unos miserables canallas.

—Te divertirás —dijo Katz.

Unas pocas semanas antes de que Barbara tuviera que ir a Nueva York, una noche después de cenar, Sam le dijo que deseaba hablar con ella.

—¿Es que no lo estamos haciendo siempre?

—Me refiero a hablar en serio. Hace tiempo que estoy reuniendo el suficiente coraje para decirte lo que quiero decirte, de modo que creo que deberíamos sentarnos y tomarnos la cuestión en serio.

—Eso parece alarmante.

—No sé, a lo mejor...

Ella procuró no perder la serenidad, pero se derrumbó al ver la actitud de él tan grave y serena. Se parecía demasiado a su padre, ya medía más de metro ochenta, su delgada figura empezaba a llenarse, y sus ojos eran de un azul pálido, un azul muy pálido. Barbara recordó una noche en Karachi, en 1944, cuando estaba allí de corresponsal de guerra; aquella noche se dirigió al baile de oficiales británicos y allí se encontró con un viejo amigo, Mike Kendell, un corresponsal norteamericano. Él le dijo que había estado en el norte de África mientras se libraron allí batallas, y ella le preguntó por el hombre con el que un día se casaría y sería padre de Sam. Por casualidad —porque la guerra está llena de extrañas coincidencias—, él lo había visto, y al describirlo, Kendall mencionó los ojos varias veces: muy pálidos, de un

azul helado. Su hijo tenía aquellos mismos ojos, el mismo rostro halconado. Una repentina sensación de pánico la dominó. Ella lo había criado sola, lo había alimentado, lo había cuidado, había compartido sus pesares y frustraciones, había inventado historias para divertirlo, había lavado su ropa sucia, permaneció aterrorizada en el barco del abuelo mientras él lo conducía por la tormentosa bahía. Le dio libros para que leyera, libros que a ella le encantó que a él le gustaran; habló con él durante horas de todos los temas humanos y divinos..., todo eso, y ahora él se mostraba como un extraño, una naturaleza misteriosa. ¿Cómo era esto posible?

Ella se dirigió la primera a la sala de estar y se sirvió un vaso de jerez. Era un jerez fuerte, un nuevo producto de Higate.

—¿Quieres tomar un vaso? —le preguntó a Sam.

—No, gracias. —Muy formal, muy preciso.

Barbara hizo una mueca.

—A mí no me convence. Es demasiado dulce.

Él tomó asiento en la vieja silla de cuero que había sido la favorita de su padre, y Barbara no pudo evitar pensar lo iguales que eran, en sus movimientos, en su lenta y fluida manera de hablar. Se sentó frente a él.

—Muy bien, Sammy —dijo ella—. Aquí estamos, y hemos llenado nuestros estómagos. Hablemos.

Él permaneció sentado en silencio durante un largo instante, y Barbara esperó. De pronto, él habló bruscamente.

—Te quiero. Creo que eres una de las mejores personas que he conocido en mi vida, y no lo digo porque seas mi madre.

—Gracias, cariño. —«¡Dios mío! ¿Qué estará tramando?», pensó.

—He tenido que decir eso porque vamos a discutir.

—Resulta agradable, aun cuando hayas tenido que decirlo.

—Pretendía que resultase agradable.

—Ya lo sé.

—Mamá, no voy a ir a Princeton.

—¿Ah, no? —«No es tan terrible, después de todo. Me he asustado sin motivo», pensó ella—. Ya es un poco tarde, ¿no crees? Quiero decir que ya has sido admitido, y cuesta conseguirlo, aun con la influencia de nuestra familia. Bueno, no es el fin del mundo. Nunca he sido muy entusiasta de Princeton. Creo que Stanford es una universidad igualmente buena, y aun cuando sea tarde, podríamos tocar algunas teclas. Stephan Cassala pertenece al consejo de allí. Resultaría maravilloso tenerte tan cerca.

—Mamá —dijo él con lentitud, dificultosamente—. Es que no quiero ir ahora a la Universidad.

Barbara guardó silencio durante un momento, y Sam esperó. Ella se preguntó:



«¿Qué le voy a decir ahora? ¿Cómo lo arreglo? ¿De qué manera puedo penetrar dentro de él para saber lo que hay en su interior?».

—Sam —dijo ella finalmente, con mucha calma—, tiene que haber un momento en que un joven decide qué va a hacer con su vida. Si el mundo fuera diferente, podríamos vivir la vida a nuestro modo. En este mundo, nos resulta imposible. Formamos parte de una acaudalada familia, pero nosotros no somos ricos. Mi padre dejó un fondo que da lo suficiente para cubrir nuestras necesidades, y así será durante el resto de mi vida, y después el dinero pasará a ti. Como ya sabes, no percibo nada de Carson. Estoy escribiendo otra vez, y creo que tengo hecha una parte de lo que será un buen libro. De este modo ganaré algún dinero, posiblemente una elevada cantidad. Quiero enviarte a la Universidad, por supuesto, pero si tú desprecias la oportunidad de una educación universitaria, yo no te mantendré. Por lo mucho que te quiero, y eres lo más importante de mi existencia, insistiría en que te las valieras por tu cuenta.

—Ya lo sé —dijo él inesperadamente—. Te respeto por decir eso. No lo aceptaría de ningún otro modo.

Él le había quitado sus puntos de apoyo. Ella se preguntó qué podría hacer.

—Y, si no vas a la Universidad, ¿a qué esperas dedicarte? —le preguntó—. ¿Piensas buscar trabajo? ¿Qué clase de trabajo podría ser? Sólo tienes dieciocho años. No estás preparado para hacer nada.

—Tienes razón. Ahora mismo no soy muy experto en nada. Ah, sí, creo que sé algo acerca de la vid y de la elaboración de vino. Trabajé tres veranos en Higate, pero eso no supone mucho. —Hizo una pausa y la miró; después soltó lo que deseaba confesar—: Quiero pasar un año en Israel.

Por fin. Ella experimentó una sensación terrible, de hundimiento, como si todo se hubiera detenido y su cuerpo se hubiese convertido en una masa fría. Se dijo que, sobre todo, debería tomar aquello de una manera calmada y racional.

—¿Por qué?

—¿Qué?

—Te he preguntado por qué —dijo ella, incapaz de dominar su tono de voz chillón—. ¿Por qué quieres pasar un año en Israel?

Entonces ambos se quedaron callados, Sam mirando al suelo. En la habitación reinaba el silencio. El tictac del reloj de pared lo dominaba todo. Ella estaba decidida a no romper aquel silencio; quería que él hablara.

—Porque no sé quién soy —dijo él finalmente, mirándola—, no sé lo que soy. Tú eres Barbara Lavette. Yo soy Sam Cohén. Toda la vida se ha debatido esto en mi interior, porque nunca quise ser Sam Cohén, y hubiera sido muy fácil para mí ser Sam Lavette. Pero tenía que ser Sam Cohén. Tenía que serlo. ¿Me comprendes, mamá?

La pregunta sonó como una petición de ayuda, de socorro. Luchando para mantener la calma, para contener el llanto, Barbara asintió.

—Creo que lo comprendo.

—He llegado a odiar a los judíos. —Las palabras surgieron ahora fluidas—. Nunca podrás imaginarte cómo me he sentido. Jamás has experimentado nada semejante. En tales momentos me he sentido enfermo, y me he odiado a mí mismo, cuando he estado a veces con judíos he hecho ver que no soy judío, en otras ocasiones he dicho que sí lo era, pero nunca he dicho que me apellidara Lavette, jamás he mentado acerca de mi apellido. Tú me contaste esa historia acerca de cómo mi padre emprendió aquel vuelo con aviones viejos del Ejército en Barstow, cruzó el país hasta Panamá, dirigiéndose a las Azores y después a Checoslovaquia, consiguiendo las armas y las medicinas que contribuyeron a salvar a los judíos de allí. También me explicaste cómo fue muerto por los árabes y lo enterraron allí. Fue alguien a quien nunca vi, y si lo hice, era demasiado pequeño para recordarlo, y he tratado de comprender qué le impulsó a hacer lo que hizo, y quizá no soy judío porque mi madre no lo es, pero tengo que saberlo. Tengo que saber qué soy, y debo conocer un lugar en donde un judío no sea un bicho raro...

—¿Y no es éste el lugar adecuado? —gritó ella, incapaz de contenerse—. ¿Cómo puedes decir semejante cosa? ¿Es que me casé con un bicho raro? Vives en San Francisco. Los judíos construyeron esta ciudad. Ya estaban aquí en el año cuarenta y nueve, en sus comienzos. Llevas el apellido de un hombre cuyo padre estaba aquí dos generaciones antes que los Lavette, y era judío. Yo adoré a Sam Goldberg, del mismo modo que adoro a Jake Levy. ¿Cómo puedes pensar que sean bichos raros?

—No lo comprendes —dijo él desalentado—. No lo comprendes.

—Lo estoy intentando. Trato de comprender por qué no te consideras norteamericano. Tu tío Joe es medio chino. ¿Es que eso lo hace menos norteamericano?

—No sé lo que es un norteamericano, tampoco sé lo que es un judío, y, sobre todo, no sé qué soy yo.

—¿Y supones que encontrarás la respuesta en Israel?

—Tú encontraste algo allí, ¿no es así?

—Hallé la tumba de tu padre —dijo Barbara con amargura—. Encontré un lugar donde la gente tiene que luchar y matar para sobrevivir. ¿Es eso lo que quieres, matar o ser matado?

—No. No quiero matar a nadie ni que me maten. —Se acercó a Barbara, se colocó trabajosamente en el borde de su silla y la rodeó con sus brazos—. Mamá, te quiero mucho, y no deseo hacerte daño, no pretendo producirte ningún dolor. ¿Recuerdas algo que me dijiste? Yo era sólo un niño, pero nunca lo he olvidado. Me dijiste que nos podíamos amar, pero que el cielo nos ayudara si alguna vez

dependíamos el uno del otro. ¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo —susurró ella.

Él se puso de pie y se situó ante su madre.

—¿Crees que me resulta fácil dejarte sola aquí? Ya sé que tienes a la abuela y montones de amigos. No creas que no lo he pensado muy bien, y me he dicho que pertenezco a este lugar, que debo estar contigo, cuidándote...

—¿Qué? —gritó Barbara.

—Bueno, eso es lo que he pensado.

—Pues no pienses nada semejante —dijo ella con enfado—. Lo último que desearía en esta vida es un hijo que crea que debe cuidarme. Soy perfectamente capaz de cuidarme yo sola, y pretendo seguir así. Oh, no estoy encolerizada contigo, Sammy —dijo ella más suavemente—. Estoy enojada conmigo misma. Hubiera tenido que educarte como algo, o episcopaliano o judío, algo definido. El problema es que no puedo soportar poner los pies en Grace Cathedral. Tan pronto como huelo ese olor mohoso, quiero darme la vuelta y echar a correr. En cuanto a ser judío, no tengo la menor idea sobre el particular. Tu padre deseaba morir en Israel, pero nunca pisó una sinagoga, y durante el tiempo que estuvimos casados, jamás hizo ni sugirió una sola cosa que yo pudiera juzgar como característicamente judía. Cuando cumpliste los trece años, me enteré de que había algo relacionado con los muchachos judíos...

—Se llama *bar mitzvá* —dijo Sam fríamente.

—Bueno, pues lo había olvidado. Hablé con Boyd Kimmelman en aquella ocasión, y me dijo que debía olvidarlo porque carecía de importancia. Oh, Sam, ¿por qué estamos hablando de este modo? Puedes marcharte este verano, si así lo deseas, e ir al Continente. Nunca has estado en Francia ni en Inglaterra, y si quieres pasar unas semanas en Israel como parte del viaje, no lo veré mal. Freddie podría acompañarte, ambos os lleváis muy bien, y yo me sentiría más tranquila. Pero no voy a permitirte que abandones tu educación... Simplemente es que no puedo hacerlo. No puedo acceder.

Sam volvió a sentarse, observando a su madre y estudiándola. Finalmente, Barbara habló con tranquilidad y decisión.

—Odio la guerra. La detesto con todas mis fuerzas. La madre de Joe, May Ling, fue muerta en la Segunda Guerra Mundial. Josh Levy perdió la vida en el Pacífico. Dos hombres a los que amé, uno de ellos tu padre, murieron en guerras. Mientras me queden energías, me opondré a la guerra, a cualquier guerra. Tendrás que entrar en quintas. Quiero que estés en la Universidad, en donde estarás exento... al menos por los cuatro próximos años, y si Dios quiere, para entonces, esa nueva carnicería en Vietnam ya habrá concluido. Soy tu madre, y en mi calidad de tal, tengo algunos derechos. Creo que estarás de acuerdo con eso.

Sam asintió.

—Has sido aceptado en Princeton. Yo debo ir a Nueva York y a Washington. Estaré fuera algo más de una semana. ¿Quieres hacerme el pequeño favor de pensar acerca de lo que he dicho y no tomar ninguna decisión hasta que regrese?

—De acuerdo, mamá. Eso te lo puedo prometer.

—Eres —le dijo Jean a Barbara al día siguiente—, una criatura de lo más curioso. Hay veces...

—Dudo que sea una criatura. Tengo cincuenta años, madre, y lamento...

—Mira, sé muy bien tu edad cronológica, pero, por otra parte, no has cambiado mucho desde los dieciocho años.

—Gracias.

—Me has contado lo que Sam te ha dicho, y me has pedido mi opinión. Creo que tiene razón, y supongo que también lo comprendo.

—Tú nunca has estado en Israel. Yo sí.

—Es verdad. A propósito, espero ir allí el año que viene, y si Sam está todavía, resultaría agradable. Stephan irá conmigo. Es siempre mejor para una mujer viajar en compañía de un hombre en lugar de ir sola. ¿Te sorprende esto?

—Nada de lo que hagas me sorprende ya, madre.

—No seas tan remilgada. ¿Quieres que te diga lo que pienso, o prefieres marcharte enfurruñada?

Barbara se echó a reír.

—¿Tan graciosa soy?

—Eres maravillosa —contestó Barbara.

—Soy una vieja que ha visto muchas cosas. Ahora escúchame, querida. Tú has ido por la vida desempeñando tu propio papel mezcla de Juana de Arco y Florence Nightingale...

—¡No está bien que digas eso!

—No, probablemente no. No estoy tratando de ser agradable, sólo quiero meter algo de sentido común en tu cabeza. Y, debo admitirlo, has recibido bastantes palos en tu vida. La idea de poder ser culpable de antisemitismo te horroriza. Según tú, los judíos no son diferentes de los demás, excepto en el sentido de que han sido discriminados y difamados por personas como yo. No, no me interumpas. Déjame acabar, y entonces podrás decir lo que quieras, porque, querida, estás aquí sentada frente a una antisemita practicante. Sí, precisamente... —sonrió a Barbara, que estaba rígida—, y si quieres que te dé detalles, cuando conocí a tu padre hace algo más de medio siglo, yo consideraba a los judíos al nivel de los chinos, y la opinión general existente entonces con respecto a los chinos..., bueno, tú te has criado en San Francisco, y ya sabes. El día de nuestra primera cita, me presentó a Feng Wo, que entonces era su contable en la casucha que Danny tenía en Fisherman's Wharf. Y me

sentí enferma, casi deseé vomitar ante la idea de que me presentaran a un chino, los llamábamos *chinks*, basura amarilla, y de que tuviera que estrecharle la mano. Sí, Bobby, no estoy exagerando. El mejor amigo de tu padre, y su socio durante años, fue Mark Levy, y en aquellos primeros años jamás admití a Mark Levy en mi casa, en esta casa. Era algo que no se hacía. Yo era una Seldon. Yo sabía que los judíos eran unas criaturas malditas e inaceptables. Feng Wo no era sólo el padre de May Ling, sino que era un hombre culto y brillante. Hizo la primera traducción de los escritos de Lao-tsé en este país, y Mark Levy era un hombre encantador y bondadoso, y su esposa, Sarah, era adorable. Nada de eso importaba. Ya ves, no estoy únicamente realizando una confesión privada, o tratando de convencerte de que tu madre era una horrible criatura. Intento explicarte algo acerca del antisemitismo, un mal muy arraigado y sumamente desagradable. Cambié, pero me costó mucho el proceso. Tuve que aprender a mirarme a mí misma, y eso no es fácil, créeme. Sí, aún persiste; está en todos nosotros, pero he aprendido a afrontarlo y a rechazarlo. Pero tú, querida, con tu inclinación a curar las locuras de este necio mundo nuestro, no puedes admitir la idea de que haya la menor huella de antisemitismo en tu interior.

—¿Y crees que la tengo? —susurró Barbara.

—Está en el aire que respiramos. ¿Recuerdas cuando guardaste el caballo que Danny te regaló en el club ecuestre de Menlo?

—Sí.

—¿Sabías que no admitían judíos allí?

—No, nunca se me ocurrió nada semejante.

—Y cuando almorzaste con Harvey Baxter en su club... ¿Sabes que allí aún no admiten a los judíos como socios?

—Jamás volveré a poner los pies en ese condenado lugar.

—Y Sam, yendo por ahí con ese apellido Cohén, semejante a una estrella de David... ¿No te das cuenta de cuál es su estado de ánimo? Déjalo, Bobby. Permítele que vaya a Israel. Consiéntele que descubra quién es. Será el único modo de conservarlo. Hay que dejarle marcharse. Yo también te permití ir a Francia. Y no me resultó fácil.

—Ya lo sé. —Se quedó mirando a su madre, pensativa, sorprendida—. Hay mucho que ignoramos de nosotras, ¿no es verdad?

—Mucho en realidad.

—Dime una cosa —quiso saber Barbara—, sintiendo como sentías en aquel tiempo, ¿cómo es que llegaste a casarte con papá?

Jean sonrió, cerró los ojos durante un momento, su memoria viajó hacia el pasado.

—Sí, es una buena pregunta. Era italiano, y católico, al menos por nacimiento. Para mis padres, los católicos estaban sólo un poco por encima de los judíos, pero

muy poco. El padre de Danny procedía de un pueblecito pesquero cercano a Francia, de modo que adujo que era medio francés. No era verdad. No, Bobby, fue el hombre, aquel mocetón apuesto y de pelo rizado que tenía el mundo en sus manos. Él era todo un hombre. Yo estaba rodeada de muchachos, y por fin encontré un hombre.

Sally Lavette organizaba su vida así como las vidas de las personas que la rodeaban, o como a veces decía su esposo, las dirigía. Desde los trece años había conspirado y maquinado para casarse con Joseph Lavette. Se interpuso la guerra, y Joe debió marchar al sur del Pacífico, aprendiendo el arte de la cirugía tratando de unir lo que las bombas y balas japonesas habían separado. Sin embargo, cuando acabó la guerra, Sally tuvo su oportunidad. Publicó dos libros de poesía, y mediante una serie de encantadoras cartas, consiguió que el crítico y poeta Louis Untermeyer la citara como una de las poetisas más inteligentes de la posguerra. Cuando su esposo dedicó su experiencia médica a una clínica en el *barrio* de Los Ángeles, ella se separó de él y se abrió paso en Hollywood como estrella. Tenía tanto talento como belleza, una voluntad de hierro, largas piernas, la cintura estrecha y un exótico rostro semejante al de una pantera. Cuando el estrellato fue de baja, cuando descubrió la estupidez y vulgaridad de los estudios y de Beverly Hills, la vida le resultó allí intolerable. De modo que arregló una reunión con Joe, lo persuadió para que se convirtiera en médico de Napa, dio a luz un segundo hijo y publicó su tercer libro de poemas, titulado *La familia*. Sally era una actriz natural e instintiva, así que era perfectamente capaz de convertirse en la persona que representaba. No es que fuera despiadada o carente de sentimientos; amaba a Joe Lavette más de lo que nunca había amado a cualquier otro hombre, y sus dos hijos eran un constante motivo de admiración y compensación: admiración a causa del sorprendente hecho de que ella, Sally, hubiera creado a aquellos dos seres humanos, y compensación por la injusticia de la vida al hacerla una mujer.

Sin embargo, era una buena madre. Era un papel que había creado, de la misma manera que había creado el hogar, el consultorio de su marido, la cocina, el salón y todo lo que fue preciso..., hasta el punto de que el periódico del pueblo, al entrevistar a su celebridad local, afirmaba exageradamente: «Si uno tuviera que buscar el ama de casa ideal norteamericana en el hogar ideal norteamericano, Sally Lavette encabezaría la lista de candidatas».

Joe Lavette, un hombretón grueso y bamboleante, de talante compasivo, de cuarenta y siete años, aceptaba todo esto con gratitud. Él adoraba a su esposa, nueve años más joven que él, y tan hermosa como competente. Le hacía de enfermera en su consultorio, cocinaba, atendía a los niños y limpiaba la casa; incluso encontraba tiempo para escribir poemas. Si tenía algunos motivos de descontento, los ocultaba razonablemente bien. Ella estaba decidida a tener una familia que fuera una familia.

Cada mañana, se desayunaban juntos; por las noches, tomaban asiento en torno a la mesa para cenar, a menos que Joe hubiese tenido que salir a atender una urgencia. Sally consideraba que todo aquello constituía un firme puntal para cualquier familia de verdad.

En la cena de esta noche es cuando empezó a desintegrarse el cuadro que ella tan cuidadosamente había creado. La cosa vino porque por segunda noche consecutiva, May Ling apenas probó bocado.

—Es que no tengo hambre —protestó ante su madre.

—Estoy menos preocupada por tus necesidades internas que por las mías —dijo Sally—. Te comerás la cena. Ahí tienes unos alimentos apetitosos, y te los comerás. El mundo está lleno de niños que padecen hambre —continuó ella, incurriendo en un lugar común—, y no me gusta que se desperdicie la comida.

Aquel intercambio de palabras era observado en silencio y con preocupación por Joe. Él dejaba todos los asuntos de disciplina familiar en manos de Sally.

—No puedo comer.

—Está enamorada —dijo Daniel, haciendo una pausa en el proceso de engullir comida. Tenía nueve años y carecía de problemas.

Joe estiró el brazo y tocó la frente de su hija.

—No estoy enferma, papá.

—Come, por favor. Estás muy delgada.

May Ling estaba a punto de echarse a llorar. Sally se dirigió a ella con dureza.

—Ya hemos discutido esto bastante. Ahora, cena.

La muchacha se puso a sollozar, echó hacia atrás la silla y corrió escaleras arriba hacia su habitación.

Joe miró a su mujer, desconcertado.

—Pero ¿qué le pasa?

—Está enamorada —repitió Daniel.

—Tú calla.

—¿Subo arriba para hablar con ella? —preguntó Joe.

—Creo que será mejor que no lo hagas. Luego le llevaré una bandeja.

—Y, ¿qué es todo eso de que está enamorada?

—Ya hablaremos más tarde.

Después de la cena, Joe tuvo que atender un caso urgente. Una señora se había hecho un corte bastante profundo con un trinchante. Él limpió la herida y le dio tres puntos. Había acabado de practicar la cura y se estaba lavando las manos, cuando entró Sally. La ausencia de Sally durante algún tiempo, aunque fuese por una hora, hacía que Joe la mirase con ojos nuevos. Siempre experimentaba cierta sorpresa al comprobar que aquella mujer seguía inalterablemente joven y atractiva, mientras que él se volvía viejo, gordo y con el cabello gris.

—¿Has conseguido que coma algo? —le preguntó a Sally.

—Un vaso de leche y un trozo de pastel. Eso la mantendrá.

—No creo que esté enferma —dijo Joe.

Ahora, como en otras ocasiones, Sally se impacientó con él.

—Ella no está enferma. Está enamorada. A esta edad, el amor es una cosa muy seria.

—¿Te refieres a Ruby Truaz?

—Sí.

—Bueno, ya lo superará.

—No es tan sencillo, Joe. A Ruby lo han llamado a filas. Ya le han ordenado que se presente. —Ella observó con cuánto cuidado se secaba él las manos. ¿Por qué le irritaban tanto aquellas insignificantes costumbres?

—Oh, vamos. Eso no tiene sentido. Es sólo un estudiante. No llaman a quintas a los universitarios.

—Es que también es un chicano.

—Sigo sin comprenderlo. Esa familia ocupa muy buena posición.

—¿Es que nunca lees los periódicos, Joe?

—No tengo tiempo.

—Sucede que han apuñalado a dos personas en Angwin, y acusan a lo que ellos llaman una banda de chicanos; en toda la zona hay muy malos sentimientos contra ellos. Ruby es víctima de estas circunstancias.

—Esto debe de haber afectado profundamente al viejo Cándido, pero no es el fin del mundo. Aun cuando lo de May Ling vaya en serio, lo cual dudo...

—Va muy en serio. Tu hija es muy dulce y tímida, pero es asimismo muy testaruda.

—Unos años en el Ejército no lo matarán.

—Han matado a otros, a tu madre y a mi padre entre ellos, y May Ling está aterrorizada porque lo envían al Vietnam, y ella ha leído toda clase de cosas horribles acerca de lo que está sucediendo allí.

—Tonterías. No existe ninguna probabilidad de que nos veamos comprometidos en una guerra en Vietnam. ¿Por qué tendría que ser así? Sería una locura.

—Claro que sí. Este estúpido gobierno sólo comete insensateces. ¿Es eso todo cuanto puedes decirme?

—Vamos, Sally —dijo él—, no empecemos una de nuestras tontas discusiones políticas. Yo soy médico de pueblo, y no sé nada acerca de la política, y no estoy muy seguro de que tú entiendas más que yo. May Ling tiene diecisiete años. Éste es su primer amor. Tendrá otros doce más próximamente.

—Quiere casarse con él.

—¡Claro! No me digas que se lo has tomado en serio...



—¡No sabes nada acerca de tu hija! El asunto dura ya seis meses. Han hecho el amor. —Se oscureció el semblante de Joe, y Sally añadió rápidamente—: No te preocupes por eso. May Ling no es tonta. No está embarazada. Intenta recordar cómo era yo de niña: salvaje e impetuosa, y soltaba todo cuanto tenía dentro. May Ling es diferente. Es introvertida, de esas personas inaccesibles. Está completamente decidida a casarse con ese muchacho.

—¿Cómo podría hacerlo? ¿Es que piensa vivir a nuestras expensas? Es menor de edad. ¿Qué edad tiene él?

—Diecinueve o veinte.

—Pues los dos son demasiado jóvenes. Hablaré con ella. Yo me entiendo con May Ling. ¡Dios santo! ¿Cómo te has enterado de que han cohabitado?

—Ella me lo ha dicho.

—¿Quieres decir que ella te ha confesado algo semejante?

—El mundo cambia, ¿no es verdad, Joe?

—Apenas conozco al muchacho. ¿Has hablado tú con él? ¿Cómo es?

—Yo me crié con los Truaz. Siempre han estado en Higate, que yo recuerde. Es un buen muchacho, inteligente y guapo. No sé si May Ling haría una gran boda con un chicano, pero tú y yo somos un par de mestizos y no creo que podamos arrojar la primera piedra.

—No quiero que anden ocultándose como malhechores —dijo Joe—. Si no se puede hacer entrar en razón a esos muchachos permitamos que se casen como es debido.

Cuando el avión de Barbara despegó de la pista del aeropuerto de San Francisco, experimentó una sensación de alivio y libertad que le resultó nueva y excitante. El vuelo a Nueva York era su primer viaje fuera de California en cinco años, y hacía mucho tiempo que no conocía aquella clase de euforia. Parecía una colegiala de vacaciones, una adolescente vagabunda puesta en libertad, una mujer libre, soltera y atractiva, sin ninguna preocupación. Los problemas estaban allí, ocultos, pero fuera de la vista durante las siguientes dos semanas. Barbara tenía cincuenta años, y pesaba sólo unos dos kilos más que cuando tenía veinte años. Llevaba un traje de chaqueta de franela gris, un pañuelo brillante de color azul pálido que hacía juego con el color de sus ojos, y una blusa de seda blanca, asimismo llevaba un abrigo de casimir color perla. Barbara había efectuado unos gastos para ella excesivos, pero le habían asegurado un cuantioso anticipo por su nuevo libro; se había gastado doscientos cincuenta dólares con el traje de chaqueta, casi cuatrocientos dólares con el abrigo, cien dólares más con dos vestidos, y sesenta dólares con un par de zapatos marrones de tacón alto, con los cuales su estatura pasaba del metro ochenta. Tales zapatos le resultaban muy incómodos al andar —pues ella raramente se ponía calzado de tacón

alto— pero no pudo resistir la tentación de comprarlos. Aquellos zapatos le producían un sentimiento de culpabilidad, pero las miradas admirativas de muchos hombres distintos, hacían que tal sentimiento y otros resultaran muy tolerables. Era un hermoso y claro día de mayo, y el piloto informó entusiásticamente a sus pasajeros que no había ni una sola nube en el cielo entre San Francisco y Nueva York. La temperatura de San Francisco era de unos 20 grados, y la de Nueva York de unos 22 grados.

Todo resultaba maravilloso, la comodidad del vuelo, el país que se veía muy por debajo de ellos, hasta la comida con sabor a plástico. Barbara pidió vodka, y después, dos vasos de vino. Cuando bajó del avión en Nueva York, estaba ligeramente achispada, pero con el ánimo muy alto.

Harris Fielding, su agente literario, la aguardaba en la puerta de llegadas. Él se acercaba ya a los setenta años, pero se había conservado bien en los veinticinco años desde que lo viera por última vez. A Barbara se lo presentó su madre, y tenía la vaga impresión de que alguna vez, mientras Jean estuvo divorciada de Dan, Jean y Harris Fielding habían mantenido algún tipo de relación, incluso carnal. Ahora él saludó a Barbara como si sólo hubiesen transcurrido unos días desde su última entrevista; en seguida le preguntó cómo se encontraba su madre.

—Ella está bien, gracias.

—¿Y tan hermosa como siempre?

—Sí... supongo que sí. —El tiempo era una ilusión. Comprendió por qué Fielding nunca se desplazó a San Francisco. Aquel hombre siempre recordaría a Jean Seldon joven y hermosa.

—La escribí después del fallecimiento de Mr. Lavette. Debió de ser un golpe terrible para ustedes dos.

Eran palabras obligadas. Habían pasado más de cinco años desde que su padre había muerto. El viento se llevaba los recuerdos. Si se aferraba a ellos, éstos la devorarían. Que Dios ayudara a la gente que no pudiera olvidarse de los vivos o de los muertos. Barbara se preguntó si no habría podido aguantar muchas cosas gracias a su facultad de olvidar. A veces, ya entrada la noche, cuando pensaba en todas las vicisitudes de su vida, le entraba un sudor frío y experimentaba un enfermizo temor. Pero hoy no era así. Al dejar San Francisco, había efectuado una simbólica separación de su hijo. Su viaje a Israel, si es que él iba allí, aún pertenecía al futuro, y estos días en que permanecería lejos de California, estaba decidida a liberarse tanto del presente como del futuro.

Yendo en coche por Nueva York, Fielding se extrañó de su silencio.

—He estado pensando —dijo Barbara—. ¿Habría un shock producido por el espacio, igual que hay un shock de la cultura? Hacía mucho tiempo que no cruzaba el país. Básicamente, soy el producto de otra época, cuando viajábamos en tren.

—No, no puedo concebirla como el producto de otra época, querida. La veo tan joven y llena de vitalidad como cuando nos vimos por primera vez. Es como volver a encontrarme con su madre, sin ningún cambio a causa del tiempo.

—Eso es muy cariñoso por su parte. Ya he celebrado mi cincuenta cumpleaños.

—Yo he cumplido setenta años. No suelo confesarlo en estos tiempos de arrogancia de la juventud. Dejemos el tema. La cronología me resulta insoportable. ¿Cuánto tiempo va a quedarse en Nueva York?

—Pasaré cinco días aquí, y después debo ir a Washington. Me disgusta la idea. Para mí es una ciudad odiosa, pero tengo una cita allí con la esposa de un presidente, y no tengo más remedio que ir.

—Vaya, eso es importante. ¿Es la mujer del actual...?

—Debo mantener la boca cerrada. Mi abogado realizó un milagro al conseguirme esta reunión con una dama que se ha mostrado dispuesta a hablar conmigo y a responder a mis preguntas, pero sólo con la condición de que no revele su nombre. No podré llevar ninguna grabadora ni tampoco podré tomar notas. Ella puso una serie de condiciones, y yo la escribí dándole mi palabra de honor de que las respetaré. Ella lo sabe todo con respecto a mí: mi pasado, mis faltas, y todo lo demás. Ya ve, está muy interesada en que se escriba el libro.

—No comprendo por qué no puede tomar notas.

—Yo sí lo comprendo; no las necesito.

—¿Y las páginas que ya ha escrito?

—Son una especie de introducción, como ya sabe. Haré algunas rectificaciones, pero no demasiadas.

—Gracias a Dios, porque a nuestro editor le encanta lo que ha leído. Se entrevistará con él mañana. ¿Quiere que arregle algo más: cócteles, Televisión, Radio?

—Oh, no. No. Nada de eso. Quiero estar aquí como una turista. Nunca he tenido una experiencia semejante en Nueva York. Cada vez que he estado aquí, siempre me han llevado como de la mano. Ahora quiero andar sola.

Aquello de estar sola constituía una novedad para ella. Barbara había estado sola muy a menudo durante su vida, pero nunca de esta manera, sin preocuparse de nada, sin buscar cosa alguna, sin ninguna misión, sin esperar que sucediera algo. Ahora estaba simplemente sola con la ciudad a su alrededor, libre para ir a donde quisiera y para hacer lo que se le antojase. Había cogido una habitación en el hotel «Plaza», en la esquina de la Calle 58. El tiempo era estupendo, el cielo azul y claro, el aire era tan agradable y puro como en San Francisco. Con falda, jersey y zapatos planos caminó kilómetros, comió con gran apetito en restaurantes escogidos al azar, y cada noche se dejaba caer en la cama completamente agotada. Sólo vio una obra de teatro, el *Marat-Sade* de Peter Weiss, que la conturbó un poco, y una película, *Zorba el griego*, que le

gustó enormemente. Recorrió casi todo Central Park, sin importarle las noticias de los periódicos acerca de crímenes y asaltos; le fascinó la vegetación, el olor y el color de una primavera que no tenía parangón en toda California. Anduvo por la Quinta Avenida hasta Mt. Morris Park, subiendo a esta extraña colina de piedra situada en el centro de un mundo negro, y después pasó el resto de aquella tarde recorriendo las calles de Harlem; cenó costillas de cerdo, sémola y verdura en un restaurante donde el único rostro blanco que había era el de ella. Cuando se lo explicó a Harris Fielding al día siguiente, él dijo:

—Barbara, has hecho algo muy peligroso.

—¿Por qué?

—Porque te podrían haber asaltado o matado.

—Pero ¿quién querría matarme? Había miles de personas por la calle, y nadie las molestó.

La ciudad la llenaba de satisfacción. La gente la miraba con agrado. Recorrió la parte superior de Madison Avenue, algo que nunca había hecho antes, excitada como una niña ante los escaparates, las galerías, las tiendas de antigüedades, la exhibición de los tesoros del mundo, traídos aquí desde todos los rincones de la Tierra, junto con la correspondiente etiqueta en la que figuraba el precio. En la Calle 96, decidió cruzar el parque, y después bajó por Broadway, encontrándose en un mundo completamente nuevo, del mismo modo que encontró otros mundos otros días en Greenwich Village y en el East Side inferior, así como en las cavernas sombrías del distrito financiero. Había dado rienda suelta a sus caprichos, casi infantiles, de recorrerlo todo. Fue hasta la Estatua de la Libertad. Posteriormente le encantó hacer el viaje en barco alrededor de la isla de Manhattan. Los cinco días pasaron en seguida. ¿Por qué había esperado medio siglo a descubrir este lugar, a identificarse con él en lugar de pasar de largo?

Su estado de ánimo la impulsó a coger un autobús «Greyhound» hasta Washington, algo que nunca había hecho antes. Viajó sentada junto a una señora anciana de cabello blanco, de Tulsa, Oklahoma, una viuda de setenta y nueve años, que recorría todo el país en autobús. Mientras duró el trayecto hasta Washington estuvieron hablando, aunque la mayor parte de la conversación la llevó Mrs. Seever, por cuyas venas corría un octavo de sangre india, osage. Tenía once nietos y cuatro bisnietos. Informó a Barbara que si bien había encontrado toda clase de personas interesantes a lo largo de su viaje, que comenzó hacía cinco semanas, nunca se había tropezado con una escritora de verdad; esto la persuadió de que oiría con agrado todo su caudal de información biográfica y familiar. En realidad, Barbara estaba contenta escuchando, y las horas pasaron de modo agradable.

—Bueno, Mrs. Lavette —dijo la esposa del presidente—, no es lo que yo esperaba. Es usted demasiado joven y atractiva para ser una comunista de los años

treinta.

—Nunca he sido comunista, y últimamente parece que no dejo de declarar mi edad. Tengo cincuenta años.

—No cuarenta y nueve. Me gusta. Me desagrada la gente que se planta en los cuarenta y nueve, y yo, desde luego, no creo todo lo que leo, en particular acerca de política. ¿Y usted?

—Cuando es posible, prefiero la ficción. Así no tengo que creerla.

—Sin embargo, hay mucha más realidad en eso que en lo que llaman literatura no novelesca. El novelista puede decir la verdad. El biógrafo no la puede decir.

—Ésa es una observación interesante —admitió Barbara—, y probablemente cierta.

—Usted ha venido aquí a buscar la verdad —dijo la esposa del presidente, con satisfacción—. ¿Quiere usted té o una copa de jerez?

—Jerez, si no le importa.

La esposa del presidente puso el jerez.

—Seco. No me gusta el jerez dulce. Digamos que podemos empezar. Le he reservado toda la tarde a usted.

—Me gustaría comenzar agradeciéndole que haya accedido a hablar conmigo.

—Nada de eso. Estoy tan ansiosa de oír sus preguntas como usted de escuchar mis respuestas. También siento curiosidad por mis propias respuestas. Supongo que me han entrevistado docenas de veces, pero nunca de este modo. A propósito, ¿es usted judía? No le extrañe. Espero que sus preguntas sean igualmente directas. Usted no parece judía, pero nunca se sabe.

—No —respondió Barbara, luchando por conservar la calma—. Supongo que si soy algo, en ese sentido, es episcopaliana.

—¿No sé por qué se me ha ocurrido que podía usted ser judía? Será por algo que leí. No, debo dejar de hacer preguntas. Ése es su trabajo.

—Muy bien. Seré muy franca y directa. Para empezar, sabiendo lo que sabe ahora, si pudiera volver al día de su boda, ¿se casaría usted?

—Mi querida Barbara, ¿qué mujer lo haría? No le importa que la llame Barbara, ¿verdad? La respuesta es: no.

—En este momento, ¿ama usted a su marido?

—Es usted franca y directa. Muy bien, cumpliré con nuestro acuerdo. En este caso, la contestación es también no.

—¿Cree usted que él la ama a usted?

La esposa del presidente llenó otro vaso con jerez.

—¿Por usted, querida? —Barbara asintió—. No, él no me ama —respondió la esposa del presidente—. Él me soporta.

—No obstante, ha debido de haber momentos de felicidad...

—¿Puedo decirle por qué entra un hombre en política, Barbara? No es una meta, no es la consumación de ningún sueño. ¿Ha oído alguna vez decir a un niño «cuando sea mayor, quiero hacerme político»? Suele ser un abogado, no siempre, pero sí la mayor parte de las veces. De joven merodeaba en torno a la organización: negocios, favores, y después ocupa algún pequeño cargo, sólo un cachito de poder. Es suficiente. Un psiquiatra amigo mío una vez especulaba con que la paranoia es la enfermedad de la Humanidad, pero mientras en la mayoría de nosotros es algo superficial, en los políticos es grave. Dos caras de una moneda, temor y poder, y una necesidad de pertenecer al club. No hay motivos nobles, querida, ningún deseo de mejorar la sociedad, ningún impulso por corregir las injusticias... Sólo ser elegidos y subir para arriba. ¿Cree usted que puede haber momentos de felicidad con un hombre semejante? ¡Qué tontería!

—¿Lo ha llegado a amar alguna vez?

—Lo he intentado.

—¿Por qué no se marchó de su lado?

—Bueno, eso es complicado. Una recapacita sobre eso durante mucho tiempo, y requiere cierta clase de valor. No somos como los jovencitos de hoy en día. Y también hay presiones.

—Sin embargo, para la opinión pública, usted ha sido siempre una esposa leal y fiel, comprensiva y amorosa.

—Todo eso está orquestado. O desempeñas tu papel o tienes que marcharte del escenario. Nunca tuve el valor de marcharme del escenario.

—¿Ha sido él amable con usted?

—Claro que no. Llegó un momento en que ya no me importó en lo más mínimo su actitud hacia mí.

—¿Recurrió él alguna vez a usted, se apoyó en usted o le pidió algún consejo?

—¡Claro, querida!

—Pero el papel de Primera Dama... ¿Algo habrá significado todo eso?

—Quien inventó el término hubiera debido ser castigado. Cuando el presidente se dirige hacia esa Casa Blanca, es el hombre más poderoso que existe sobre la Tierra, y si usted no cree que ese poder se extiende sobre su esposa..., entonces, querida Barbara, está usted despistada. ¿Recuerda usted la canción de Fanny Brice *A veces sueño en una casita junto al río*? No, eso es sensiblero. No hay forma en que pueda explicarle esto, y, desde luego, nunca he tratado de explicárselo a nadie más.

—Creo que lo comprendo —dijo Barbara—. Trato de ponerme en su lugar. Tengo que hacerlo si pretendo escribir acerca de esto inteligentemente.

—Entonces tome más jerez.

—Gracias —dijo Barbara algo insegura—. ¿Podemos hablar acerca de sexo?

—¿Por qué no? Ya me he puesto al desnudo ante usted.

—Lo siento. Sé que esto es una intrusión y que la estoy presionando, y mi única excusa es que estoy muy excitada por este proyecto y sumamente interesada en lo que estoy haciendo. Por favor, créame que me resulta difícil hacer estas preguntas, del mismo modo que a usted le cuesta responderlas.

—Creo que estoy respondiendo sin grandes dificultades. Es un alivio. Barbara. Nadie me ha entrevistado de esta manera. ¿Qué le puedo decir de mi vida sexual? ¿Pretende usted que el hombre más poderoso de la Tierra sea amoroso y tierno en la cama? Cuando yo era niña, Barbara, acostumbraba especular acerca de cómo la reina de Inglaterra hacía sus necesidades. ¿Usaría papel higiénico, como los comunes mortales? No, mi esposo y yo no hemos dormido juntos desde hace muchos años. ¿Es lo que deseaba usted saber?

—Estoy desconcertada —dijo Barbara con tristeza.

—Si usted dejara de ser tan estúpidamente respetuosa y me considerase como una pobre e infeliz mujer, podríamos seguir mejor con esto. Usted escribió que deseaba hablar conmigo por ser yo una mujer. Usted quería ver a la mujer del presidente como una mujer. Trato de ayudarla.

—Pero, seguramente, el poder y la gloria han debido de significar algo...

—Claro que sí. Cuando la gente se muestra servil con una y se anticipa a cualquier deseo que tengas, y siempre encuentras la *suite* presidencial y Air Forcé Uno, y esos estúpidos de la Televisión hacen sus necias preguntas, como si fueras la Pitonisa de Delfos... bien, debe de causar cierta impresión, pero cuando estás sentada sola porque él está fuera viajando..., y tú estás sola, tan sola como haya podido estarlo cualquier mujer...

—¿Podría ser de diferente modo?

—Entonces, lo que está usted preguntando, Barbara, es si la Presidencia podría ser diferente. Si tuviéramos un sistema en el que un hombre decente, de buen corazón y honorable, dotado de sentido común y de sabiduría, pudiera ser elevado a la presidencia, entonces ya sería otra cosa. Pero ¿qué tenemos? Un hombre debe de estar poseído por el demonio si desea ese cargo. Debe convertirse en una obsesión. Tiene que abrirse paso violentamente, hacer pactos, comprometerse y vender su alma al diablo. No está usted leyendo un libro de Historia o un anuncio electoral. Está hablando con la esposa de un presidente. Leemos acerca de emperadores, reyes y tiranos, pero desde que empezó el mundo, ningún hombre ha tenido tanto poder en sus manos. Puede apretar un botón y eliminar a la mitad de la Humanidad, puede poner en marcha ejércitos, aviones, navios de guerra. Y a causa de la costumbre, de la moralidad o de lo que usted quiera, tiene que estar casado con lo que eufemísticamente se denomina la Primera Dama. Vamos, tome más jerez.

Siguieron hablando hasta que oscureció, y cuando llegó el momento de despedirse, la esposa del presidente besó a Barbara en la mejilla, y le dijo:

—Me gusta usted, querida, y he quedado muy satisfecha con nuestra charla. Por supuesto, si menciona usted alguna vez mi nombre, o si su personaje tiene la más ligera semejanza conmigo, negaré que la he visto. Pero usted es una persona encantadora y muy inocente. Por eso he hablado tanto. Si fuera una de esas impertinentes periodistas que una ve por Washington en estos días, la habría hecho salir de aquí en diez minutos.

—No sé cómo agradecerélo. Ha sido muy amable y útil. —Barbara estaba algo tensa—. Nunca hubiera imaginado cómo es usted. Sabe usted tanto sobre tantas cosas...

—Me he formado en una escuela muy rígida. Recuerde, he sido la esposa de un Presidente. Su taxi la espera, será mejor que se apresure.

Cuando Barbara regresó a su hotel, se encontró con que le habían hecho tres llamadas telefónicas aquella tarde. Había sido Eloise. Barbara llamó inmediatamente a Higate. Adam se puso al aparato.

—¿Estás aún en Washington? ¿Telefoneas desde allí?

—Sí, ¿qué sucede?

—No lo sabemos. Tu madre nos ha dicho dónde podíamos encontrarte. No sé lo que podrás hacer ahí, Barbara, pero Eloise cree que puedes ayudarnos. Está fuera de sí. Freddie, junto con otros cuatro muchachos, ha salido de Princeton, para meterse en ese asunto de los derechos civiles, allá en Mississippi.

Esto sucedió hace tres días. Prometió telefonear, porque nosotros estábamos totalmente en contra de ello, de modo que lo prometió seriamente. No ha llamado, y Eloise está frenética y cree que tú podrías obtener alguna información. En realidad no sé qué puedes hacer tú, pero ahí en Washington debe de haber alguna clase de organización nacional que podría decirte algo. Cualquier cosa.

—Déjame probar —dijo Barbara—. Ya os telefonearé mañana.

Fue una época excepcional, un momento extraño, pero quizá no más extraño que cualquier otro momento de la Historia. Los indios sioux reclamaron la isla de Alcatraz en la Bahía de San Francisco, y millares de ciudadanos, quienes jamás se habían ocupado de la prisión existente en la bahía, ahora se agrupaban en el Embarcadero y en las colinas para contemplarla. El rey Hussein de Jordania llegó a San Francisco, y una de las primeras cosas que quiso ver fue Alcatraz. Posiblemente los sioux le recordaron a los israelíes. Fue un tiempo en que la muerte se llevó a personajes muy dispares. El general Douglas MacArthur murió, igual que Ben Hecht, quien una vez escribió un libro acerca de milagros. Murió el Pandit Nehru, de igual modo que Ian Fleming, que creó a James Bond, quien tenía licencia para matar. Bond



sobrevivió a su creador, y la licencia para matar cobró las proporciones de una plaga en varias partes del mundo. Herbert Hoover, quien fuera una vez presidente de los Estados Unidos, falleció, y los ciudadanos más jóvenes estaban seguros de que habían oído aquel nombre en alguna parte, y nuestra nación respondió al problema de Laos declarando que Laos debía ser salvada aunque hubiera que destruirla. Mwami Mwambusta IV, que era el rey negro de Burundi, llegó a San Francisco, y sus atavíos provocaron un frenesí entre los confeccionistas de ropa locales. Otro hombre de color, Martin Luther King, predicaba acerca de la igualdad, y la gente lo escuchaba porque era la clase de voz que el país no había oído desde hacía mucho, mucho tiempo. En respuesta a esta voz, centenares de jóvenes, universitarios idealistas, se dirigieron a Mississippi, a convencer a los negros de que tenían derecho a figurar en las listas de votantes.

Fred nunca había estado antes en el Sur, no desde el Este, y el sur de California no es realmente el Sur. Había estado en Tijuana y en Vancouver. En términos usuales en los círculos de Princeton, no era una persona muy «viajada». Herb Katz había pasado un verano en París, y Phil Strong estuvo un semestre en Cambridge. Greenberg había efectuado un viaje estudiantil a España. Sólo Bert Jones compartía la insularidad de Fred.

—Cuando se nace negro —dijo Jones—, no se viaja... a menos que no lo hagas por cuenta del Ejército. Viajar no es cosa de pobres.

—Freddie no es pobre —dijo Katz—. Los Lavette son en California lo mismo que los Rockefeller y los Lamont en Nueva York. El problema de Freddie es que es un campesino. Se crió en una granja de algún lugar perdido en el desierto.

—Eso —le dijo Fred— es una perfecta prueba de la estrechez de miras, de la ignorancia y de los ciegos prejuicios de los neoyorquinos. Una empresa vinícola no es una granja, y el Valle de Napa no es el desierto. Pero ¿cómo podríais saber eso? Sois unos lugareños ignorantes, habitantes de esa grosera ciudad, y no tenéis la menor idea de cómo es nuestro país.

—¿Has estado alguna vez antes en Mississippi, Freddie? —le preguntó Jones.

—No, gracias a Dios.

—Entonces, hijito, eres tú el que no tiene la menor idea de cómo es este país. Palabra de honor.

Fueron en coche hasta Washington, como primera etapa del viaje. Allí fueron informados en las oficinas centrales del movimiento. El coche de Fred era un «Ford» de dos puertas, modelo 1960, que había comprado con los quinientos dólares que le regaló su abuela con motivo de su cumpleaños. Su inclinación original fue por «MG», pero corría el rumor de que los coches deportivos eran un desastre, porque no había espacio para echar los asientos hacia atrás cuando ibas acompañado por una chica. Ahora que había aceptado hacer el viaje hacia el Sur, estaba excitado y

satisfecho consigo mismo, considerando el hecho de que el liberalismo era algo puramente intelectual; sentía la emoción y la inquietud propias de embarcarse en una aventura. Le gustaban los otros chicos; eran viejos amigos, y unos grandes tipos, ni cobardes ni brutos, y aunque el corpulento Phil Strong era tan echado para adelante como el que más en el equipo de rugby, tenía cerebro y había dejado los clubes gastronómicos por Woodrow Wilson. Y si bien Fred había convivido con Bert Jones y había comido en la misma mesa, nunca había establecido una estrecha relación con él ni tampoco con ningún otro muchacho de color. Katz y Greenberg lo desafiaban intelectualmente, una provocación que él aceptaba y que le complacía. No quedaba en segundo lugar frente a sus conocimientos ni ocurrencias: estaba a la altura de ellos.

En Washington, la información que solicitaron se la dio una mujer negra, alta y delgada, llamada Claudia Kendrick; se expresó con sobriedad y sin afectación. Les dijeron que, en cierto sentido, iban a territorio enemigo, y que su seguridad dependía de su prudencia, precaución y sentido común.

—Tendréis que aprender lo que saben todos los negros en el Sur: que cuando se da una oportunidad entre seguir vivo y el ejercicio de la hombría y del orgullo, se elige seguir vivo.

Los advirtió contra una compleja persuasión intelectual.

—Los negros a los que os vais a dirigir son una pobre gente, la mayoría sin educación, muchos de ellos analfabetos. No están acostumbrados a que los blancos traten de ayudarlos. Os mirarán con sospechas y desconfianza. Deberéis ganaros su confianza. Utilizad palabras sencillas y evitad mostraros superiores. Cuando os pregunten, que lo harán, por que estáis haciendo esto, tratad de hacerles comprender que necesitáis su ayuda tanto como ellos necesitan la vuestra, que necesitáis sus votos para convertir al país en un lugar mejor. Pero el hecho fundamental es que, con el voto, podrán obtener su libertad, y que si no se registran, no podrán votar. Y tened paciencia. Intentad comprender sus circunstancias y sus temores.

Pasaron aquella noche en un motel de las afueras de Fredericksburg, Virginia. Extendieron un gran mapa en el suelo de la habitación de Fred, y lo examinaron para organizar su viaje. Hubo una breve discusión para permitir a Jones quedarse en aquel lugar, pero dado que estaban tan cerca de Washington, consideraron que podían afirmar su fuerza, y forzaron al empleado del hotel para que dejara a Jones compartir una habitación con Strong y Katz. En lo sucesivo, decidieron que se alojarían en establecimientos para negros, o que dormirían en el campo. Convinieron que seguirían por la Interestatal 85, hasta el final, después la Carretera 78 hasta Birmingham, para continuar posteriormente por la Carretera 11 y la Interestatal 20 hasta Mississippi. Sin apretar mucho, llegarían a Greenville, Carolina del Sur, al día siguiente, a Birmingham un día más tarde, para entrar de buena mañana en Mississippi. Era más de medianoche cuando se metieron en la cama, y Fred estaba a

punto de dormirse cuando recordó que había olvidado telefonar a su madre. Bueno, podría esperar. Ella sabía cómo era él con lo de las llamadas telefónicas y, de cualquier modo, no iba a pasar nada. Hasta conseguir que permitieran quedarse a Jones en el hotel había sido algo de lo más sencillo.

—¿Sabéis? —le dijo Fred a Jones al día siguiente—, habría venido de cualquier modo. No tuvisteis que chantajearme. Esto es estupendo.

—Es una gran ocasión histórica —dijo Katz—. No querrás explicarles a tus nietos que te quedaste sentado mientras la Historia cambiaba.

—Estamos ya en territorio enemigo —les dijo Jones—; así que, muchachos blancos, andaos con ojo.

Cuando se detuvieron para repostar gasolina a las afueras de Durham, en Carolina del Norte, la fría y dura mirada del hombre del surtidor confirmó las palabras de Jones. Parados por un coche de la Policía en Charlotte, Fred les enseñó su permiso de conducir, y el policía, al examinarlo, quiso ver el permiso de Bert Jones. Manifestó que Fred estaba muy lejos de su casa.

—Él sí, pero yo no, agente —intervino Phil Strong—. El colegio está de vacaciones y vamos a pasar dos semanas con mi tía en Mobile. —El policía seguía mirando a Bert Jones—. Este muchacho de color —siguió diciendo Strong— lo hemos recogido y lo llevamos a Greenville. Tuvimos un problema con el carburador, y él lo solucionó, de modo que no hubiera sido justo dejarlo tirado en la carretera.

—De acuerdo, marchaos —dijo el policía.

—¡Vaya con el muchacho de color! —exclamó Jones, cáustico.

Los demás se echaron a reír.

—¿De dónde has sacado ese acento, Phil?

—Es fantástico.

—El próximo paso, Hollywood. Chico, eres todo un actor.

—Ése sí que ha sido un obstáculo serio —dijo Strong—. Quizá deberíamos dejar al amigo Jones en la cuneta. Una cosa que no tragan aquí es que un chico negro vaya con muchachos blancos.

—Al próximo que me llame chico, le partiré la cabeza. ¿Me habéis oído?

Poco antes de que oscureciera, salieron de la carretera y acamparon en un bosquecillo. El terreno descendía hasta un hermoso lago, algo lejano; el sol se ponía detrás, tiñendo sus aguas de un rojo dorado. Todo ello era visible a través de unos grandes robles.

—Esto es extraordinariamente hermoso —comentó Greenberg.

Katz y Jones encendieron un fuego. Tenían dos libras de salchichas, latas de judías y seis latas de cerveza. Fred, junto con Phil Strong, examinó el mapa de carreteras, a fin de determinar con exactitud dónde se encontraban; desde luego, no estaban lejos de Atlanta.

—Creo que deberíamos meternos por la 29, hacia Montgomery.

—¿Por qué motivo?

—Pues porque me parece una carretera mejor. Es la misma distancia, más o menos. Si salimos de aquí al amanecer, llegaríamos allí a la una o las dos de la tarde.

—¿A dónde?

—A Mississippi. Me gustaría estar en Jackson antes del oscurecer.

—Será agradable y reconfortante ver algunos rostros amistosos y que nos digan lo que debemos hacer.

Tomaron asiento en torno al fuego, y comieron salchichas y judías; bebieron cerveza y hablaron en voz baja empleando diversas entonaciones. Quizá más que sus compañeros, Fred tenía la sensación de estar en otro mundo y en otro tiempo, a una eternidad de distancia del bonito y soleado Valle de Napa, en donde había una afinidad tribal con amigos y allegados. Tierra enemiga. No, él no quería admitir aquello. Todavía estaban en los Estados Unidos. Imaginó que contaba sus aventuras a May Ling, Joshua y Sam. Relataría, floreándolo, el episodio de Phil Strong con el policía.

—¿Qué, cantamos una canción? —sugirió Greenberg.

Pero fue un vano esfuerzo, y tras un primer intento, lo dejaron correr. La oscuridad cada vez fue más completa. Extendieron sus mantas en torno al fuego, pero les costó conciliar el sueño. Aquella noche era calurosa, y nadie hizo lo más mínimo para mantener el fuego encendido, como si hubieran compartido el deseo de que la oscuridad los envolviera y protegiese.

Fred se despertó por efecto de una mano que lo sacudió suavemente. Aún estaba oscuro. Oyó la voz de Jones.

—Ya es hora de levantarse y moverse, muchacho de California, si quieres que lleguemos a Jackson al oscurecer.

Eran las cuatro de la madrugada. Cuatro horas después, cuando se detuvieron para el desayuno, estaban muy cerca de Montgomery, y Jones les dijo:

—Estoy sentado aquí en muy mala situación. A ver si me podéis traer un bocadillo de huevo.

—Tiene razón —dijo Strong—. Parecemos niños de clase media.

—Habla por ti —dijo Katz—. Mi padre tiene una confitería en Brooklyn.

—¡Basta de palabrería! No me gustan estos comercios de carretera. Nos pararemos en un supermercado y compraremos pan, queso y «Coca-Cola». Éste es un día más, y a lo mejor podremos librarnos de problemas.

—¡Dios mío! —exclamó Fred—. Creo que nos estamos poniendo nerviosos por nada.

—A lo mejor sí, a lo mejor no —dijo Jones—. Yo me he criado en Boston, de manera que no soy experto en cuestiones del Sur. Pero éste es un lugar explosivo. Lo

puedo oler.

No encontraron ningún establecimiento que respondiera a sus necesidades hasta que llegaron a las afueras de Montgomery, y aun entonces, la gente que pasaba los miraba con desconfianza y hostilidad. Siguieron conduciendo, mordisqueando sus bocadillos de pan y queso.

—Quizá no lo estamos haciendo bien —dijo Katz—. No tenemos el aspecto de la gente de aquí, con excepción, posiblemente, de Freddie y Phil. Freddie parece un personaje, ligeramente decadente, de Faulkner...

—A mí siempre me ha gustado F. Scott Fitzgerald —dijo Fred.

—... y Phil parece un campesino pobre del Sur. Pero todo lo demás está mal: la matrícula de California, los téjanos. Siempre me figuré que la gente de por aquí llevaría «Levi's». Pero la mayoría no los llevan. Usan viejos caquis gastados.

—Siempre se da uno cuenta tarde.

—Tranquilidad. Casi lo hemos conseguido —dijo Strong.

—Mirad las cosas de este modo —dijo Katz—, porque como vosotros, todo cuanto sé es lo que he leído, y da la impresión de que nunca les hemos gustado desde la Guerra Civil, y quizá tampoco antes, pero miradlo de ese modo. Aquí hay quizá tres, cuatro o incluso cinco mil tipos como nosotros, de vacaciones escolares, convencidos de que sabemos cómo arreglar algo que ha estado igual durante cien años. Tienen que odiarnos.

—Bueno, ¿y qué diablos quieres hacer? ¿Que demos la vuelta y regresemos?

—No se puede serrar el serrín.

—¿Qué quieres decir?

—Que ya está hecho. Estamos aquí.

—Antes de que te abalances sobre Herb —intervino Bert Jones—, debes admitir que tiene razón. Ninguno de nosotros somos héroes. Éste es un lugar horripilante. De modo que digo que Freddie siga conduciendo su cacharro hasta que lleguemos a Jackson, y allí podremos hablar con algún genio local.

—Bert —quiso saber Fred—, no se me había ocurrido preguntárselo antes, pero ¿cuál es tu asignatura preferida?

—Literatura inglesa, la cual enseñaré algún día, si Dios quiere.

—Y, si Dios quiere, llamaré a mi madre. Se me ha vuelto a pasar. Ya sabéis, dentro de doce días nos darán la licenciatura, y ellos van a estar presentes, y se pondrán como fieras porque me haya marchado de allí de este modo.

—¿Se lo has contado a ellos?

—Sí, él se lo ha dicho a sus padres.

—Inventa algo —dijo Greenberg—. ¿Os imagináis contándole a mi madre que me he ido a Mississippi con el fantasma del viejo John Brown?

—Me gusta la idea.

—Creo que estamos llegando a los límites del Estado.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Hace un rato que hemos pasado por Demopolis. Eso se encuentra a setenta y cinco kilómetros del límite del Estado.

Cambiaron el tono de voz. De pronto, se pusieron a hablar en susurros.

—¿Qué diablos nos ha pasado? —preguntó Katz enojado—. Hemos cruzado las Carolinas y Georgia, así como Alabama, y ahora estáis cagados porque llegamos a Mississippi.

—Hombre, porque el follón está ahí.

Fred estaba recordando una canción que habían cantado en las bodegas de su familia. Los chicos se reunían en la habitación de él: May Ling, Sam Joshua, y a veces Rubio Truaz, así como su hermana Carla... «Carla, las cosas sucias que hice con Carla». Fred ponía el disco. ¿Era de los «Wavers»? ¿O de Peter, Paul y Mary? Cualquiera de ellos: «Viejo John Brown, me dijo él, la gente negra debe ser libre. Él fue de Harpers Ferry a Torrington, vio un montón de esclavos y les dijo: corred».

—¡Maldita sea, Freddie! —exclamó Jones—. Vas a ciento cinco kilómetros por hora.

—Más despacio, Freddie —intervino Strong—. Lo último que necesitamos es que nos detenga la Policía local.

Fred disminuyó su velocidad a setenta y cinco.

—Sesenta estaría mucho mejor —aconsejó Strong.

—Quieres llegar a Jackson antes de que oscurezca, ¿no?

—Tenemos todo el tiempo del mundo. El día es joven. Recuerda lo que nos dijeron en Washington. Los policías nos meterán en el calabozo a la mínima.

—Nunca he estado en la cárcel —dijo Greenberg.

—Ya arreglaremos eso, hijito. Todo a su tiempo. Mientras tanto, hagamos las cosas bien y con calma.

Eran casi las dos cuando se detuvieron a repostar gasolina en Meridian. Calmaron el hambre con barras de chocolate y «Coca-Cola». El hombre de la gasolinera, fornido, de mirada fría, les sirvió en silencio.

—Un lugar bonito y amistoso —dijo Katz.

—¿A dónde vais, muchachos? —les preguntó el hombre de la gasolinera.

—Vamos al pueblo de mi tío —contestó Strong, imitando con cierta dificultad el acento del Sur.

—¿Es ése tu negro? —preguntó el hombre, señalando a Jones.

Hubo un largo silencio, hasta que Jones respondió.

—No soy el negro de nadie, gordo hijo de puta.

El sujeto de la gasolinera se arrancó hacia Jones, pero lo pensó mejor, se dio media vuelta, y se precipitó hacia su caseta. Fred había pagado la gasolina, de modo

que se apresuró a ponerse al volante de su coche.

—Venga, vamos, vamos —le urgió Strong.

Una vez todos dentro del vehículo, Fred pisó el acelerador como si hubiera estado en una carrera automovilística. El coche rodó, rugiente, por la carretera. Volviéndose hacia atrás, Katz dijo:

—No me creeréis, pero ese loco canalla está allí con una escopeta.

—Esto ha sido una tontería —le dijo Strong a Jones.

Cuando hubieron perdido de vista la gasolinera, Fred redujo la velocidad.

—No puedo creerlo —dijo en voz baja—. Simplemente no puedo creerlo.

—¿Es que no oíste lo que dijo? —protestó Jones.

—Tú y tu jodido orgullo.

—¡Me cabo en la leche, Strong! ¿Qué coño esperabas? ¿Querías que me pusiese de rodillas y dijera: «Zi señó, zoy er negrito der señó Strong...»?

—No —dijo Katz—, podrías haberle dicho que eras el negrito de todos nosotros.

—¡Muy divertido! Sois unos liberales empedernidos, pero cuando las cosas se presentan mal, queréis que Jones haga de *minstre*<sup>[1]</sup>.

—Eso no está bien —protestó Fred—. Ese loco canalla fue a buscar un arma.

—Lo siento —dijo Strong—. Todos estamos impresionados. No tenía derecho a llamarte la atención. Nadie me ha nombrado capitán de este destacamento. Y el humor de Katz es pésimo.

—Es pésimo —admitió Katz.

—¿Cómo creéis que me siento? —preguntó Jones—. Este lugar es tan desconcertante para mí como para vosotros. El hecho de que sea negro no me permite penetrar en la mente de locos. En este coche viajamos cuatro chicos blancos y un chico negro, con matrícula de California y un adhesivo de Princeton en el parabrisas. Se nos ve venir a la legua.

—Vamos a dejarlo —dijo Greenberg—. Todos lo sentimos, Bert. Nos hemos expresado con poca delicadeza y estamos dolidos por ello.

—Es posible. O quizá no sepáis realmente lo que es estar dolido. Yo sí lo sé.

Después guardaron silencio, y Fred siguió conduciendo, ahora más despacio, con sumo cuidado. En un punto entre Meridian y Jackson, vio una barrera cerrando el paso de la carretera, consistente en dos caballos de frisia, dos obreros y otro hombre con botas, pantalones de género basto, camisa marrón y sombrero de vaquero. Ostentaba una estrella de sheriff. Cuando Fred detuvo el coche ante el obstáculo, el policía se acercó al coche y estudió a sus ocupantes. Después de aproximadamente treinta segundos, habló.

—Princeton College —el hombre asintió con la cabeza. Los chicos aguardaron en silencio. El sherifl permaneció callado otros treinta segundos, y después les dijo—: La carretera está cortada más adelante. Meteos por el desvío.

—¿Qué desvío? —le preguntó Fred.

—Ése de ahí, hijo. —Señaló hacia un lugar, situado unos metros detrás de ellos; se trataba de un polvoriento camino que se adentraba en un bosque de pinos.

—Eso no tiene mucho aspecto de carretera —dijo Fred, cauteloso.

—¿Qué le pasa a la carretera principal? —preguntó Strong.

—Se halla en mal estado. Ese desvío es bueno. Conducid despacio. —El hombre sonrió. Los dos obreros también sonrieron—. Podréis salir a la carretera principal tres kilómetros más adelante.

—Esto no me gusta —le susurró Strong a Fred.

—Pero ¿qué podemos hacer?

Strong se encogió de hombros. El policía volvió a señalar hacia el desvío. Fred dudó, haciendo votos fervientes para que apareciera otro coche en cualquier dirección, pero excepto su propio coche y el del sheriff, estacionado más allá de la barrera, la carretera seguía desierta.

—Será mejor que os marchéis, hijos —dijo el agente.

—Hay que marcharse de aquí —susurró Katz.

Fred asintió, puso marcha atrás y se metió por el desvío. Condujo lentamente entre los altos pinos, y el coche saltaba cuando se encontraban con algún bache. Después de siete u ocho minutos, durante los cuales los muchachos guardaron silencio, Fred detuvo el automóvil.

—¿Qué distancia hemos recorrido? —le preguntó Strong.

—Más de tres kilómetros.

—Esos payasos de ahí detrás se han burlado de nosotros —dijo Katz—. Cuando nos marchábamos se reían. Hubiéramos tenido que adivinarlo. Propongo que demos la vuelta y si no nos dejan pasar buscaremos otra carretera que conduzca a Jackson.

Jones se puso a consultar el mapa de carreteras.

—No hay otra carretera que lleve a Jackson —les dijo.

—¿Está esta carretera en el mapa?

—Esto no es una carretera. No. La única es la Carretera 80.

Más adelante, entre los pinos, Fred pudo distinguir una especie de claro y lo que parecía una vieja cabaña. De cualquier modo, podría ser un lugar en donde les sería posible dar la vuelta.

—Lo probaré —les dijo.

Se dirigieron hacia lo que parecía una granja abandonada, consistente en una casucha en mal estado y un establo, así como un amasijo de metal oxidado que daba la impresión de haber sido una destilería. Todo aquello estaba muy tranquilo, abandonado y con aspecto de pobreza. Lo iluminaba la luz solar vespertina. A Fred le pareció un lugar de otro mundo, algo que nunca había vivido, semejante a un decorado cinematográfico, olvidado después de haberse empleado. Cuando se



disponía a aproximar cuidadosamente el coche al borde del camino para girar, seis hombres salieron del establo. Llevaban los rostros ocultos por capirotos blancos que les cubrían hasta los hombros; se trataba de viejas fundas de almohada con unos agujeros para los ojos. Todos ellos llevaban escopeta. Uno tenía un vergajo, y otro una tralla sobre el hombro. Fred frenó bruscamente cuando dos hombres se situaron delante del coche. Otro metió su arma por la ventanilla abierta, apretando la boca del cañón contra el cuello de Fred.

—Ahora, hijito, baja de ese coche con tus amigos, y cuidadito, ¿eh?

El hombre se apartó, y los demás sujetos rodearon el coche.

—¡Fuera! ¡Apoyad las manos con cuidado contra el coche!

Los chicos salieron del vehículo. Les temblaban las manos cuando las pusieron sobre el techo del coche, con las palmas hacia abajo. Fred no sabía lo que sentían los demás. Él experimentaba como una enfermedad que invadía cada centímetro de su cuerpo. El corazón le palpitaba violentamente, como si hubiera querido salirse del pecho; tenía la boca seca, y le temblaban los labios.

—Regístralos, Artie.

Fred sintió cómo unas manos recorrían su cuerpo, se metían en sus bolsillos, para vaciarlos.

—Éste es de California. Ochenta y un pavos. Princeton College. ¿Has oído hablar alguna vez de Princeton College, Matt?

—Mierda, eres un zopenco.

—El negro lleva encima doce pavos.

—¡Eso es mucho dinero para semejante basura!

—Oye, Matt, mira esto. Este buen muchachito es Mr. Philip Strong, y es miembro *bona fide* de la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color. También tiene cincuenta y dos dólares en billetes de los Estados Unidos.

—Es un gran hijo de puta.

—¿Crees tú que vas a hacer progresar algo aquí, negro? Bertram Jones. Bonito nombre para un negro.

Cuando Fred se volvió para ver qué sucedía, recibió un puñetazo en la mejilla, con lo cual su cabeza fue a dar contra el coche. Después le ataron las manos a la espalda.

—Ya tenéis nuestro dinero —protestó Strong—. No hay necesidad de que nos atéis.

—Señor, van a ser testigos de la justicia del Sur. ¡Nadie os ha invitado aquí, hijos de la grandísima puta! De una vez por todas os vamos a demostrar que está prohibido entrar en Mississippi.

La nariz de Fred sangraba a causa del golpe de su rostro contra el coche.

«¡Oh, Dios mío! —pensó él—. ¿Cómo ha podido suceder todo esto? ¿Por qué nos

habremos metido en este lío?».

Barbara cogió un taxi para dirigirse a la oficina local de NAACP, en la Calle U. No se le ocurrió otro sitio donde pudieran darle información acerca del paradero de su sobrino Fred. Allí, una mujer negra, a la que no dejaban parar ni un solo minuto, le aseguró a Barbara que no era más que una de tantas madres y tías preocupadas.

—Esto no para ni un instante —dijo la mujer de color, dejando el teléfono—. Todo el mundo quiere saber dónde están sus muchachos, y todos están terriblemente preocupados. Pero nosotros no somos los responsables directos. Se trata de grupos de activistas pro derechos civiles, procedentes de los campus universitarios.

—No sé a dónde recurrir —declaró Barbara—. Vengo de California. No conozco Washington. —No añadió que aborrecía la ciudad.

—Haré un par de llamadas a ver qué puedo averiguar. Una amiga mía, Claudy Kendrick, dirige el centro coordinador de voluntarios para el registro, y si fueron allí, entonces ella sabrá algo. —Marcó un número—. Claudy —dijo por teléfono—, soy Millie. Tengo aquí una señora de California que está muy preocupada por su sobrino. Estaba con un grupo de Princeton que se dirigía a Jackson, creo, para lo del registro. —Escuchó un rato—. Sí, llevaban coche. —Siguió escuchando, y durante los próximos minutos Barbara se puso cada vez más nerviosa—. Sí... claro, lo comprendo.

Colgó el teléfono y se dirigió a Barbara con el rostro sombrío.

—Ahora no se impresione demasiado con lo que voy a decir, Miss Lavette. Bien sabe Dios que bastante impresionada estoy yo ya, y tampoco sé si su sobrino se ha visto implicado en ese asunto.

—Dígame lo que sea, por favor —dijo Barbara.

—Sí. Ayer sucedió algo terrible. Tienen noticias imprecisas. Un muchacho negro fue linchado allí, no lejos de Jackson. No saben quién lo hizo, quizás el Klan, y Claudy ignora su nombre o de dónde es. Pero me ha dicho esto. Cuatro chicos blancos estaban con él, y fueron azotados...

—¿Azotados? ¿Cómo quiere decir?

—Que les dieron de latigazos, muy violentamente, y están en el Hospital Charity, de Jackson. Desconozco los detalles o cuáles son sus nombres, pero tenían un coche que les quemaron, y el coche tenía matrícula de California...

—Pero ¿están vivos los chicos?

—Los blancos, sí, según parece por lo que me ha dicho Claudy. Ella no sabe mucho sobre el particular. Puede usted ir a verla. —Su teléfono seguía sonando. Ella lo ignoró.

—Por favor, conteste —dijo Barbara.

—¿Quiere usted la dirección de Claudy?

Barbara movió la cabeza en señal de negativa.

—No, gracias.

Barbara salió precipitadamente de aquel lugar cogió un taxi y se dirigió a su hotel. Desde allí hizo una llamada al hospital de Jackson. Pasó media hora antes de recibir contestación, y entonces una voz de mujer le preguntó impacientemente si era una periodista.

—Soy la tía de uno de los muchachos, uno de los chicos blancos.

—¿Cuál de ellos?

—Frederick Lavette.

—Sí. Mire, su estado es bueno.

—¿Puedo hablar con él?

—Lo siento. No tenemos teléfonos en las salas.

—¿Y los demás muchachos?

—No estoy autorizada a dar información.

Después Barbara llamó a Higate. Adam se puso al aparato.

—Él está bien —le dijo Barbara—. Freddie está bien.

—Gracias a Dios. Acabamos de oír noticias acerca de ese espantoso suceso en Mississippi, y Eloise estaba segura de que se trataba de Freddie y sus amigos.

—Adam, eran ellos —confesó Barbara—. No te asustes. Acabo de hablar con el hospital de Jackson, y Freddie está bien.

—¿Estás segura? ¿Cómo puedes estar segura?

—Adam, estoy aquí, en Washington. Saldré en el primer vuelo hacia Jackson, y llegaré allí dentro de pocas horas. Te llamaré en cuanto haya hablado con Freddie.

—No. Iré yo.

—Adam, sé sensato. Tendrás que decírselo a Eloise, y ya sabes el efecto que le causará. Será incapaz de viajar y no puedes dejarla sola. Te propongo que llames al hospital en Jackson, al Hospital Charity. Mientras tanto, yo me marcho para allá inmediatamente, y me pondré en contacto contigo en el momento en que sepa algo. Si Freddie puede viajar, me lo llevaré de allí, y posiblemente podremos estar en Higate esta noche o mañana por la mañana.

La tarde era oscura y bochornosa. Llovía bastante cuando Barbara se apeó del taxi frente al hospital de Jackson. Nadie la ayudó con su maleta. La dejó junto a la puerta y se abrió paso a través de una multitud de periodistas, reporteros gráficos y Policía local. Le costó trabajo llegar hasta una mesa de información, donde una mujer literalmente sitiada trataba de contestar simultáneamente a las llamadas telefónicas y a un bombardeo de preguntas. Allí no había nada que hacer. Barbara se alejó de la multitud, distinguió a los cuatro policías uniformados, eligió al que tenía aspecto más simpático, y se fue hacia él para rogarle.

—Por favor, mi hijo está aquí, y no sé si está vivo o muerto. Por favor, ayúdeme.

—¿Cómo se llama usted, señora?

—Barbara Lavette.

—¿Tiene algún documento de identidad? —Barbara encontró su permiso de conducir y una tarjeta de crédito. El agente las estudió durante un momento.

—No sé. Tenemos órdenes de no dejar que nadie hable con ellos.

—Por el amor de Dios, es mi hijo. —Las lágrimas le brotaron con facilidad. Durante todo el día había estado a punto de llorar.

—No llore, señora. Ánimo. —Llamó a otro policía—. Teniente, ¿hay alguien ahí que se llame Lavette?

El teniente se acercó a ellos. Los periodistas empezaron a aproximarse.

—Sí, el muchacho alto y delgado, rubio —contestó el teniente.

—¿Está vivo? —quiso saber Barbara. Los periodistas se pusieron a hacer preguntas: «¿Quién es usted, señora? ¿Es usted una madre? ¿Me da su nombre otra vez? Vamos, teniente, denos facilidades».

El teniente se la llevó de allí, conduciéndola por un corredor, y el otro policía cerró el paso a los de la Prensa.

—Acompañeme, señora. Por aquí —dijo el teniente—. Debe comprender que esta situación es muy delicada para nosotros. Nadie quería que sucediera algo así.

—Pero ha sucedido. ¿Puedo ver a mi hijo, por favor?

—Pero ha sucedido. Claro que ha sucedido. Podría haber pasado en cualquier parte. La gente se siente presionada, y se vuelven locos. Pero hasta que no establezcamos lo que ha sucedido realmente, debemos mantener alejados a los periodistas de esos muchachos.

—¿Puede usted decirme si mi chico está vivo?

—La estoy llevando con él, señora. Está vivo. Está herido, pero vivo. Tranquilícese, por favor, señora.

Subieron por unas escaleras. Enfermeras, hombres de blanco, todo el ajetreo de un hospital. Llegaron ante las puertas de la sala, custodiadas por otro policía. El teniente le abrió la puerta a Barbara, y pudo entrar. Allí había seis camas, pero sólo tres estaban ocupadas. Uno de los muchachos yacía sobre su estómago; los otros dos estaban sentados, y se veían cubiertos de vendajes desde el cuello hasta la cintura. Freddie estaba vendado y tenía esparadrapos en la cara. Un doctor le cambiaba el vendaje al chico que yacía sobre el estómago. El otro muchacho sentado era corpulento, carirredondo, y consiguió dirigirle a Barbara una sonrisa. Freddie se limitó a mirarla. Ella se acercó a él, se inclinó y lo besó.

—Me han dejado pasar porque he dicho que soy tu madre, Freddie —susurró Barbara—. Sigúeme el juego.

Él siguió mirándola fijamente, incapaz de hablar.

—¿Es usted la madre de Freddie? —preguntó el otro muchacho—. Me llamo Phil Strong. Freddie está bien. Sólo ha pasado un mal rato. Todos pasamos unos momentos terribles. Ése que está ahí sobre el estómago es Al Greenberg. —Entonces empezó a llorar, no de forma emocional, pues su semblante no se alteró; las lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

Barbara lo recordaría como una de las cosas más desconcertantes que había visto en su vida; aquel joven extraordinariamente corpulento, sentado en la cama, con el tronco cubierto de vendajes, llorando tan silenciosamente.

—No es por el dolor —dijo finalmente Fred—. Ahora ya no duele tanto. Es por Herbie y por Bert. Colgaron a Bert Jones y azotaron a Herbie Kat hasta matarlo. Por eso está llorando Strong.

—Puede sentarse, señora —dijo el teniente, trayéndole una silla junto a la cama de Fred—. Creo que puede usted quedarse todo el tiempo que lo desee.

El policía se marchó de la sala.

—Ya está, chico —dijo el doctor que había estado atendiendo a Greenberg—. Si quieres, puedes sentarte. —Lo ayudó a tomar asiento en la cama—. Será mejor que te echas sobre el estómago para descansar.

Cuando se encaminó hacia la puerta, Barbara se interpuso en su camino y le preguntó:

—¿Cómo están? ¿Es grave?

El médico, un hombre muy joven, un interno de veintitantos años, miró a Barbara y después señaló a Fred con la cabeza.

—¿Es su hijo?

—Sí.

—Salgamos un minuto de aquí, por favor, señora. —En el vestíbulo dio sus explicaciones—. No es que tenga nada que ocultarles, pero están impresionados, terriblemente impresionados. Con razón. Nunca había atendido antes a nadie que hubieran azotado. ¡Animales! ¡Son unos canallas! Lo siento. Me he puesto nervioso. Soy de Pennsylvania, y no puedo tragar a estos estúpidos. Los chicos están bien. Me refiero a que se curarán bien. No hay ninguna rotura muscular, ni daños en los nervios; sólo gran cantidad de contusiones y abrasiones. Endemoniadamente dolorosas. Su hijo tiene un corte en la mejilla, resultado de un golpe, pero sólo es un corte. No ha habido que darle puntos. Ahora sufren más bien un *shock* tanto físico como psicológico. Creo que han tenido suerte, si se me permite decirlo. El otro chico blanco, Katz... ¿lo conocía a él o a sus padres?

Barbara movió la cabeza en señal de negativa.

—Ha muerto. Lo azotaron hasta matarlo. No sé por qué le cuento a usted esto.

—Quiero saber, por favor. Él era su amigo.

—Bien, pues la historia que me han explicado los chicos es que primero colgaron

al chico negro. Y les hicieron contemplar el espectáculo. Después azotaron a Katz hasta que perdió el conocimiento. A continuación azotaron a los demás, pero no tan duramente. ¿Curioso, no Mrs...?

—Lavette.

—Ah, sí, claro. El caso es que dicen que una especie de sheriff fue el que los metió en aquello. Éste debió de llamar después a la ambulancia, lo cual es otra cosa que nunca entenderé de esa gente. Trabajamos como locos para salvar a Katz, pero su corazón no resistió.

—¿Cuándo me lo puedo llevar a casa? —preguntó Barbara.

—Mañana. No hay razón para que no pueda viajar mañana. En su casa, puede hacer que lo vea allí un médico.

Barbara volvió a la sala, tomó asiento cerca de Fred y le cogió la mano.

—Por favor, quédate aquí, tía Barbara —susurró él.

—En seguida vuelvo, Freddie. Tengo que telefonar a tu familia. Están terriblemente preocupados. Después volveré. Y recuerda, soy tu madre, y quiero sacarte de aquí con el menor ruido posible. —Se volvió hacia los otros chicos—. ¿Puedo ayudaros? ¿Puedo telefonar a vuestras familias?

—Ya están enterados —dijo Strong.

—Estarán aquí muy pronto —le dijo Greenberg.

—Nos darán un buen escarmiento —dijo Strong—. Pobre Katz, pobre Jones. ¡Menuda hemos organizado!

Recorriendo la gran catedral de Milán, Jean Lavette le dijo a Stephan Cassala:

—Me encanta ser una turista.

Él compartía la misma opinión. Ya habían visto *La última cena*, deteriorada, descolorida, una sombra de lo que Leonardo había pintado, pereciendo lentamente en Santa Maria delle Grazie; los retablos de San Lorenzo y Santa Maria della Passione; cuatro palazzos: La Corte, Marino, Ciani y Di Brera; y ahora, finalmente, la gran catedral.

—Esto es realmente muy esnob —siguió diciendo Jean—, pero me gusta disfrutar de mis defectos. De otro modo, la vida resultaría insoportable. Me refiero a que uno se singulariza un poco. Aquí está toda la historia de la Humanidad, y una se limita a observarla, como si fuéramos visitantes de Marte. Sin embargo, este lugar me conmueve. San Pedro me deja fría, me recuerda la Grand Central Station de Nueva York... o la Grace Cathedral, en nuestra ciudad. Me crié casi en el extremo opuesto de la calle de Grace Cathedral, y siempre la consideré como una especie de gran anejo a la casa de papá. Pero este lugar... Me imagino que podría llegar a creer en algo si permaneciese aquí el tiempo suficiente. ¿No te sucede a ti lo mismo?

—No lo sé, Jean. *Duomo* —dijo, pensativo, creyendo que sonaba mejor en

italiano—. Es un lugar extraño, te lo aseguro. ¿Sabes que empezaron a construirla en 1387, y que todavía no la han acabado? Al mirarla, me pregunto cuántos buenos católicos fueron asesinados por la guerra u otras causas desde que pusieron las piedras fundamentales. Bueno, no debes esperar demasiada emoción de un católico no practicante.

—Supongo que todos somos almas perdidas, más o menos. Danny dejó su catolicismo el día que nos casamos. ¿Cuándo dejaste el tuyo, Steve, si me permites que te lo pregunte?

—Ah, sí, ¿por qué no? Estoy muy cansado, Jean.

¿Qué te parece si cruzamos la plaza y tomamos un café?

Formaban una extraordinaria pareja, caminando lentamente a través de la amplia plaza. Él, un hombre alto y delgado, y ella una dama anciana de cabello blanco, los dos muy erguidos y correctos. Cuando ocuparon sus asientos en la mesa de la terraza de uno de los cafés, y Stephan pidió dos tazas para ellos, Jean consideró que le complacía viajar por Italia con alguien cuyo italiano fuera tan fluido.

—¿Cuándo dejé la Iglesia? —explicó Stephan, removiendo el azúcar de su taza—. Bueno, pues, hace ya mucho tiempo.

—No tienes que explicármelo. Cuando sea tan inquisitiva, Stephan, debes ignorarme.

—Tú nunca eres demasiado inquisitiva, Jean.

—Bendito seas.

—En 1918, en una trinchera, en Francia, nos ordenaron que atacásemos. El primer pelotón nunca logró salir de la trinchera: fueron segados. Yo iba en la segunda oleada, y quince minutos más tarde, la guerra ya había acabado para mí; me quedé tirado allí con un agujero en el vientre lo bastante grande como para meterme el puño. Entonces fue cuando dejé la Iglesia.

—Trata de comprender, querido Stephan, que cuando soy muy quisquillosa, es que intento huir de algo de mí misma.

—Como has dicho antes, somos turistas.

—¿De qué manera puede superarse eso? No dejo de pensar en Freddie. Cuando se trata de un nieto, de tu propia carne y sangre, resulta muy difícil ser una turista.

—Pero tú me dijiste que se encontraba bien, que ya se había levantado, y que volvía a jugar a pelota.

—Pero, en su interior... no sé. Deberé reservar mi juicio hasta que lo vea y pueda hablar con él. Daría cualquier cosa porque olvidara, pero ¿cómo se puede olvidar algo semejante?

—No olvidamos. Intentamos vivir con ello.

—Y cuando tu prójimo se ha convertido en un salvaje, ¿cómo miras a la demás gente?

—Como un turista, supongo. Estés donde estés, te parece encontrarte en un país extranjero, en una especie de exilio. Sólo... —dudó mientras sus negros ojos se nublaban, como mirando a su interior—... sólo que no existe ningún lugar a donde ir que sea tu verdadera patria.

Los amigos de Barbara Lavette a veces comentaban el hecho de que, a través de los años, había conseguido mantener unas relaciones amables, si bien no efusivas, con su hermano Thomas. Los que idealizaban a Barbara consideraban que era incapaz de odiar a nadie, pero en esto se equivocaban. Ella había sentido muchas veces un odio intenso, una furia ardiente, un enfado persistente y profundo. Otros, más cínicamente, comentaban que resultaba difícil romper las relaciones con mil millones de dólares, a pesar del carácter de su propietario. Incluso había quienes aceptaban la teoría de que las familias ricas permanecen unidas porque son ricas. En realidad, Barbara compadecía a su hermano, y ya que se dice que uno nunca siente piedad por quienes respeta o ama, sino que se utiliza la piedad como un sustituto de la culpabilidad, bien podría ser que Barbara tuviera un profundo sentimiento de culpabilidad.

—Porque —según le explicó una vez a la doctora Albriht—, yo he tenido mucho y él ha tenido muy poco. He sido capaz de amar, de sentir y de llorar cuando he tenido que hacerlo, y él no ha sido capaz de hacer nada de eso. Además, tengo un hijo que me ama, y él tiene un hijo que lo odia.

Así, pues, cuando Tom llamó a Barbara y le pidió que almorzara con él, explicándole que tenía que discutir algo de suma importancia, ella aceptó en seguida. Se encontraron en «Mark Hopkins», después de que Barbara se hubo negado a aceptar la invitación de él para hacerlo en el comedor privado de las oficinas de Thomas. Barbara deseaba mantener una relación social, pero a causa de razones que ni ella misma acertaba a comprender plenamente, no soportaba la idea de pisar el elevado edificio que albergaba el cuartel general internacional de las grandiosas empresas Lavette.

A sus cincuenta y dos años, Tom aún conservaba un hermoso cabello, a pesar de que sus rubios bucles empezaban a tornarse plateados. Había aumentado de peso, pero no estaba gordo, y no tenía arrugas en el rostro. Apuesto, bien vestido, con sus ojos de color gris claro, no presentaba ningún parecido con su padre, que había sido moreno, de pelo rizado y musculoso. Los genes habían optado por lo que a Barbara le parecía la quintaesencia de la estampa anglosajona, característica del Sistema, el nuevo señor de las finanzas cuyos poder e influencia llegaban a todos los rincones de la Tierra. Tal era la idea que ella tenía. Pero, en este momento, estaba frente a un hombre muy preocupado e infeliz, cuyo estómago no lo dejaba en paz. Probó algo de su comida, sin demasiado entusiasmo.



—No, no creen que sea úlcera. Son nervios. Si supiera de mis negocios tan poco como ellos saben de lo suyo, me retiraría. Pero no te he citado para marearte con mis problemas gástricos.

—Es una prerrogativa familiar —dijo Barbara. Consideró que él se estaba portando en plan humano y humilde.

—¿No tienes tú estos problemas?

—Tengo una buena salud intolerable. ¿Haces alguna clase de ejercicio, Tom?

—Dejémoslo. Quiero hablarte de Frederick. ¿Lo has visto?

—Cené allí la pasada semana.

—¿Cómo lo encontraste?

—Muy bien... físicamente, me refiero. Con buena salud. Pero diferente. Si recuerdas su forma de ser anterior...

—No la recuerdo —interrumpió Tom—. No lo he visto en siete años.

—Lo siento. Bueno, pues, es un muchacho brillante, promedio A, Phi Beta Kappa, toda clase de galardones, lo cual no es fácil en Princeton, como tú ya sabes. Solía ser algo pedante, pero no insolente. Tiene ideas claras sobre todos los asuntos de la vida, y sus conocimientos no son superficiales. Recuerdo una vez, en la cena, cómo se puso a darnos una conferencia sobre los antiguos sumerios. Por supuesto, Eloise besa el suelo que el chico pisa, y nadie quiere herirla diciendo: «Vamos, Freddie, por favor, cierra el pico».

—A mí me parece que ese chico se ha estropeado.

—Oh, no. Eso sucedió hace años. Pero desde aquel maldito asunto en el Sur, ha cambiado mucho. Se muestra muy tranquilo y habla poco. Debes comprenderlo, Tom, que aparte aquello tan terrible que le hicieron, tuvo que ser testigo de cómo mataron de la más horrible y bestial manera a dos muchachos a los que quería.

—¡En el nombre de Dios! ¿Por qué tuvo que ir a aquel lugar?

—Porque tenía que hacerlo, supongo. Puedo comprenderlo. Se hacen cosas que uno tiene que hacer..., cuando eres joven y eres como Freddie.

—Bueno, que me aspen si lo entiendo. ¿Para qué murieron esos muchachos? ¿Qué cambiaron?

—Tom —dijo ella suavemente—, nadie busca morir. Sucede. Quizá cambie algo. Sólo podemos dar gracias a Dios porque él se encuentra bien.

—Bueno... sí. Claro. —Permaneció en silencio aproximadamente un minuto, jugueteando con su comida, probando el vino. De pronto, dijo—: ¡Maldita sea, Bobby, no lo he visto en siete años! ¡Eso no es justo! Es mi propio hijo. He construido este maldito imperio con una red, que vale alrededor de mil millones de dólares... Tengo cincuenta y dos años. Un hombre piensa en estas cosas. ¿Qué te parece?

—No lo sé, Tom. No he pensado mucho sobre el particular.

—¿A qué desea dedicarse, ahora que no estudia?

—Tom, ya sabes lo que hay allí, en Higate.

—Me temo que no. Nunca he estado allí. Jamás he considerado a los Levy como parte de mi familia —dijo él fríamente.

—Vamos, Tom. Eran parte de la familia antes de que nacióramos tú y yo. Heredamos Levy y Lavette. No, lo siento. No debemos reñir. De cualquier modo, cuando Jake Levy compró Higate, allá por 1918, era un lugar arruinado y carente de valor. Hoy en día es una de las grandes empresas vitivinícolas de California. Es lo que ellos llaman una etiqueta muy seria y altamente apreciada, y allí, en Napa, no es un negocio: es una religión. He oído hablar a los chicos, a Freddie y a su hermano, Joshua, así como a mi hijo, Sam; cuando abordan el tema del vino, no lo dejan. No lo creerías. Así que cuando le preguntes a Freddie qué desea ser, no creo que tome en serio nada que esté fuera de Higate. Jake Levy tiene sesenta y cinco años, y aún supervisa el negocio, pero es Adam ya quien lo dirige. Según me han dicho, Freddie ha ideado un nuevo sistema, utilizando tinas de acero inoxidable...

—Bobby, él no puede desperdiciar su vida con ese tipo de cosas sin mayor provecho. ¡Elaborar vino! Él es un Lavette. Es mi hijo.

—Tom, él ha vivido allí. Aquello ha sido su vida.

—Quiero verlo, hablar con él.

—Creo que deberías hacerlo.

—No querría verme. Me ha borrado de su vida. No existo para él.

—¿Lo has intentado?

—No. —Movi6 la cabeza, desalentado—. No puedo hacerlo, no puedo afrontar esa clase de rechazo. Mira, Bobby, si ahora lo viera ni siquiera lo conocería.

—Se parece mucho a ti hace treinta años. Si yo fuera tú, Tom lo intentaría. No sé cómo reaccionaría el muchacho. Creo que ni él mismo lo sabría. Yo lo haría con suavidad. Evitaría los desafíos.

De regreso en su oficina, Tom dictó una carta, hizo rectificaciones, dictó por segunda vez. Por fin rompió la hoja mecanografiada y escribió la tercera carta a mano.

*Querido hijo:*

*Hace muchos años que no nos hemos visto. Cuando me enteré de aquel terrible percance en Mississippi me di cuenta de lo fuertes que son mis sentimientos hacia ti. Tengo muchísimas ganas de volver a verte. Si te fuera posible pasar una hora o dos conmigo, ya sea aquí o almorzando juntos, me sentiría muy agradecido. Me puedes telefonar al número que figura arriba, o enviarme una nota, o aparecer en el momento que desees. Te agradecería que nos viéramos, con afecto y gratitud,*

*Thomas Lavette.*

Le hubiera gustado poner «tu padre, que te quiere», pero le faltó el valor para hacerlo. Él mismo puso la dirección en el sobre, para que nadie más la leyese. Después salió al corredor y depositó la carta en el correo. La respuesta llegó tres días después.

*Estaré en San Francisco el 12 de agosto. Podré pasar por tu oficina a las cuatro.*

*Frederick Lavette*

El chico había firmado simplemente con su nombre, sin palabras afectuosas de despedida.

El día doce, Thomas Lavette estaba sentado en su despacho, esperando. Aquella tarde la había dejado libre de citas, de llamadas telefónicas, ordenó que no se le interrumpiera. Estaba nervioso, aprensivo, un poco asustado. De pronto, se había dado cuenta del tamaño y del decorado de su despacho. Consideró que aquellas pinturas abstractas de las paredes eran demasiado grandes, demasiado chillonas; el mobiliario, de mal gusto; su inmenso escritorio de caoba, presuntuoso y ridículo. Incluso la magnífica vista, a través de los ventanales, de la resplandeciente superficie de la bahía de San Francisco y de las colinas que se elevaban más allá, servían para turbarlo, y hubiera cambiado gustoso todo aquello por la sombría pared de un edificio. Sin embargo, al no saber nada de su hijo, ¿por qué suponía lo que le gustaría o le disgustaría? ¿O es que se apresuraba a presumir que Fred adoptaría una postura contraria a todo lo que él eligiera, le gustara o aprobara?

Casi a las cuatro en punto, su secretaria le llamó por el interfono y le comunicó que Mr. Lavette estaba allí.

—Bien, hágalo pasar. Ya se lo dije. Ya le dije a usted que no le hiciera esperar.

Se levantó inmediatamente y rodeó el escritorio. Hubiera sido un grave error saludar a su hijo desde detrás de aquella enorme mesa. Ya existían bastantes barreras. Se quedó inmóvil mientras se abrió la puerta y entró Fred. Barbara le había dicho que era su propia imagen treinta años atrás, pero, en realidad, no se parecía a él hacía treinta años. Aquel muchacho era un extraño; lo vio como un joven delgado, alto, de cabello claro, con blazer azul, pantalones de franela gris, camisa blanca y la corbata de Princeton, de color naranja y negro. ¿Presagiaría aquello un deseo de aproximación? El agraciado rostro del muchacho estaba impasible y serio.

Tom tendió la mano a su hijo, y éste la aceptó. El apretón fue firme, pero no caluroso.

—Gracias por venir —dijo Tom. Fred hizo una leve inclinación de cabeza—. ¿Puedo ofrecerte algo, un café, un cóctel?

—No, gracias, señor.

—¿Quieres sentarte? —preguntó Tom, señalando hacia uno de los sillones.

—Quisiera contemplar esa panorámica durante un momento... si no te importa.

—Claro que no.

Fred se aproximó al gran ventanal.

—Resulta impresionante..., casi tan bonito como el Top of the Mark. Creo que en una habitación como esta no podría hacer nada. Me quedaría todo el rato mirando por la ventana.

—Por eso me siento de espaldas a ella.

—Sí, es lógico. —Se volvió y observó a su padre. Lo recordaba como un hombre, mientras que Tom lo recordaba a él como un muchacho. El muchacho se había transformado, pero el hombre seguía siendo el mismo—. Puedo comprender por qué deseabas verme. En tu lugar, yo también lo habría querido. Aquella cólera infantil que yo tenía, el sentimiento de que habías maltratado a mi madre y la habías lastimado... Bueno, eso puedo asimilarlo. Sin embargo, existe una tremenda separación entre nosotros, y no creo que pueda reducirla nunca.

Tom asintió.

—Tenía que decir esto.

—Lo comprendo. Me gustaría tener la esperanza de que con el tiempo cambien las cosas, pero comprendo tus sentimientos y los respeto. Reitero lo que he dicho antes. Te agradezco que hayas decidido venir a verme. Siéntate, por favor. —Tom cogió un paquete de cigarrillos—. ¿Fumas?

—Sólo porros, y eso ya lo he dejado al hacerme mayor.

Tom sonrió; pensó que, en conjunto, el muchacho le gustaba. Al menos era franco y sincero. No había que preguntarse qué estaba pensando.

—Estoy seguro —dijo Tom— que sabes algo acerca de este monstruo que hemos creado y al que llamamos eufemísticamente GCS. Abarcamos doce industrias diferentes, y nuestra organización es grandiosa, cosecha muchos éxitos y ganamos mucho dinero en cualquier cosa que tocamos. No tengo que manifestarte que tenía enormes deseos de ver a mi hijo. Tú quizá no te consideres muy hijo mío, pero yo sí. Eres mi única copia, como suelen decir, y sientas lo que sientas hacia mí, GCS es algo aparte. Me refiero a que existe como una entidad al margen de nosotros dos. Bueno... —Hizo una pausa, luchando por encontrar las palabras apropiadas. Fred lo contemplaba en silencio, impasible, aguardando—. Déjame que te lo diga de este modo. Has acabado tus estudios y tienes que entrar en el mundo. Debes elegir una carrera u otra. Creo que esto te sitúa en una posición afortunada. —Tom movió la cabeza, enfadado consigo mismo—. Permíteme ser igual de franco que tú has sido

conmigo. Te quiero aquí. Deseo que te metas en el negocio. Quiero una oportunidad para trabajar contigo, formarte y que un día ocupes mi puesto. Todo esto no es precisamente una pequeñez. Somos el conglomerado más poderoso de California, y en el *Fortune Five Hundred* figuramos entre los veinticinco primeros.

—Esto es una especie de cuento de hadas —dijo Fred, y después añadió apresuradamente—: No, no quiero ser mordaz. Por favor, créeme, me doy perfecta cuenta de la inmensidad de esta oferta y de su importancia. Pero debes admitir que posee los elementos de un melodrama: el pobre chico de pueblo descubre a su poderoso papáito, y le ofrecen un imperio.

—Te he hablado con el corazón en la mano —dijo Tom, mientras notaba que la cólera empezaba a nacer en su interior—. Te ofrezco algo real. No estamos haciendo aquí un melodrama.

—Ya lo sé. Por favor, perdóname. Pero trata de ver las cosas desde mi punto de vista. No soy capaz de dirigir un pequeño negocio, y mucho menos uno como éste. En este mundo, de lo único que entiendo algo es de vino. Lo que únicamente me interesa es elaborar vino. Higate es una empresa muy pequeña comparada con GCS, pero basta para mis necesidades. Como te he dicho antes, la distancia entre nosotros es demasiado grande. Creo que podemos tratarnos de una forma cortés y civilizada, pero si te dijera que mis sentimientos podrían ir más allá, te mentiría.

Tom se controló. Por dentro, la cólera lo dominaba por completo. Se dijo a sí mismo: «¿Quién diablos se ha creído que es este estúpido chiquillo? Le ofrezco el mundo, y se queda sentado ahí, burlándose de mí. Me está dando por el saco, lisa y llanamente, me está dando por el saco». Su esposa Lucy ya se lo había advertido: «No le ofrezcas nada, si lo quiere, te lo pedirá. Pero si tú se lo ofreces y él lo rechaza, resultará muy doloroso. Ya te ha hecho bastante daño». De todos modos, consiguió dominarse y le dijo a Fred:

—Muy bien, la decisión te corresponde a ti. Pero la puerta no está cerrada. Si nos reunimos otra vez, quizá lleguemos a conocernos un poco mejor, e incluso nos lleguemos a agradar.

—A lo mejor —dijo Fred.

A finales de agosto de 1964, un sábado por la tarde, la «manada de lobos» se reunió en la colina que dominaba Higate. Todos tenían una edad en que les hubiera resultado embarazoso el sentido de la expresión «manada de lobos»; sin embargo, persistía en su memoria, como todo lo demás de su infancia. Todos estaban presentes: Sam y May Ling, Fred y su hermano Joshua, así como Rubio y Carla Truaz. Aquello fue tres días antes de que Sam iniciara su previsto viaje a Israel, y el último día que le quedaba a Rubio de permiso antes de reincorporarse a filas. Rubio estaba de uniforme, y cada vez que May Ling lo miraba, sus ojos se humedecían. Dado que el

viento era bastante fresco, los muchachos encendieron un fuego y Joshua estaba calentando pastillas de malvavisco su contribución a la despedida. Había metido cuatro pastillas de malvavisco en una broqueta, dejó que se prendieran fuego, sopló después para que se apagara y ofreció las golosinas a sus compañeros.

—Esto —dijo Fred— es muy desagradable. ¿Cómo puedes comer algo semejante?

—Casi siempre con la boca —bromeó Sam, cogiendo uno de los dulces—. Me gustan.

—A mí también —dijo Carla.

—Una diferencia de opinión —dijo calmosamente Joshua— es siempre interesante. Para los de tu generación, las pastillas de malvavisco son desagradables. Para la mía son sensacionales.

—¡Escuchadlo! —dijo riéndose May Ling, con los dedos sucios por el dulce—. ¡Los de tu generación!

Rubio la miró con una expresión que a Sam se le antojó propia de un carnero degollado. Carla, más opulenta y hermosa que nunca, había trasladado su afecto de Fred a Sam. Su inminente marcha hacía que la situación fuera maravillosamente romántica.

—No parece posible —dijo Carla— que en tres días emprendas viaje a Israel. ¿Te volveré a ver de nuevo?

—¿Por qué ponerse tan trágico? Claro que nos volveremos a ver.

—Por un año... todo un año. Ni siquiera es un lugar. Es algo de lo que te hablan en la escuela dominical.

—Es un lugar real, y no es nada en comparación con los fantásticos viajes de Fred.

—Freddie, ¿a dónde vas tú? —preguntó May Ling.

—Hemos estado hablando de eso —dijo Fred—, y anoche mamá y papá me dieron finalmente su consentimiento. Hemos tratado la cuestión de que siga varios cursos complementarios de viticultura en Berkeley, pero a papá no le convencen mucho, y opina que no se pueden comparar con lo que se puede aprender en el Instituto Vitícola de París y Colmar. También está haciendo arreglos para que viaje a la Gironda y estudie allí los Médocs. Estamos trabajando en serio para crear un soberbio Cabernet Sauvignon, algo que dará el máximo prestigio a la etiqueta Higate en todos los Estados Unidos. Eso significa que pasaré mucho tiempo en Burdeos. Estaré ausente cerca de un año, y no estoy seguro de que aprenda mucho, pero al menos beberé muy buen vino.

—¡Estupendo! ¡Vaya vida!

—Eso no es igual que Mississippi —dijo Rubio—. Esos viajes más vale no hacerlos.

—Yo me habría muerto allí —susurró May Ling.

—Yo estuve a punto de hacerlo —dijo Fred inseguro—. Creo que una parte de mí murió allí. Me refiero a que una parte de mí pereció para siempre. Quizás eso es lo que le pasa a uno en la guerra. Todavía sueño con ello. Veo al pobre Jones colgado de la viga del establo, y también veo a Katz en el suelo, con la espalda destrozada. No era real. Si hubiera sido real, no habría sido tan terrible, pero es como una de esas pesadillas fantasmagóricas que uno tiene de niño, y que te acompañan toda la vida.

Después de aquellas palabras, permanecieron en silencio durante un rato. Cuando el sol se desplazó hacia el Oeste, la sombra de la colina superior los envolvió. Se hallaban en su propio mundo, sin apenas luz; miraban hacia abajo, y veían los campos besados por el sol y cubiertos de viñas, así como los edificios de las bodegas. Todos ellos experimentaron la triste y dulce sensación del final de su infancia.

## Cuatro

La muerte del sargento Rubio Truaz, nacido en el Valle de Napa, en el norte de California, un chicano de veintiún años, fue presenciada por millones de personas. Tales son los portentos de nuestro tiempo y la maravilla de la Televisión. El sargento Truaz estaba de patrulla. O quizá todavía no de patrulla, pues las cámaras de televisión no se desplazan con las patrullas. O posiblemente la patrulla empezaba su servicio, o lo acababa. Ese extremo nunca quedó suficientemente claro, pero lo que sí resultó muy claro es que la cámara, cargada con película de color, enfocaba al sargento Truaz cuando la bala lo alcanzó. La bala dio a una granada que colgaba del cinturón de Truaz, y la granada estalló, haciendo arder al sargento Truaz de pies a cabeza. La granada incendiaria lo envolvió en fuego verdense, y el micrófono de la Televisión recogió sus desesperados aullidos de dolor mientras se retorció y rodaba por el suelo hasta que dos de sus camaradas consiguieron ponerle encima un saco de dormir y apagar las llamas. Después se dijo que aquellos aullidos fueron un efecto especial puesto en la banda sonora de la película para aumentar el efecto, pero esto no fue cierto. Los gritos pertenecieron al sargento Truaz; eran de él y bien de él, y siguieron durante siete minutos hasta que un médico le administró una inyección de morfina, lo cual seguramente no consiguió apenas calmarle el dolor. Unos minutos más tarde perdió el conocimiento, y al cabo de una hora, falleció.

Pasaron la película por diversas cadenas de Televisión, sin identificar al soldado en cuestión, y a esto siguieron muchas protestas airadas procedentes de diversos sectores, acusaciones y réplicas, pero no fue la primera ni tampoco la última vez que se hizo esto en la guerra del Vietnam. Los cámaras arriesgaban sus vidas para conseguir imágenes de los hombres en acción, para de este modo llevar directamente la guerra a las salas de estar de todos los norteamericanos. Y, ¿qué mejor exponente de la lucha en el frente que ver a un hombre alcanzado por una bala o un fragmento de metralla?

Y ya que la película fue tomada en unas condiciones de máxima tensión nerviosa, fue imposible detenerse para enterarse del nombre, graduación o cualquier detalle relativo a un desventurado, sin mencionar el cúmulo de dificultades que el cámara habría encontrado para enterarse de los nombres de cada uno en el Ejército o con los marines.

Así, pues, sucedió que la muerte del sargento Truaz, una extraordinaria visión de lo que la guerra puede ser, un increíble reportaje, fue presenciada por millones de personas. Entre esas personas estaba May Ling.

Barbara se encontraba en un cóctel aquella noche, de modo que se libró de ver aquel trivial incidente en una guerra de grandes dimensiones que conmovía,



impresionaba, horrorizada, desconcertaba, enfermaba o entretenía a tantos millones de conciudadanos. Ella había acudido a Nueva York en esta primavera de 1966 para la publicación de su nuevo libro, *La esposa del presidente*. El libro fue publicado el once de mayo, el día en que el Gobierno de los Estados Unidos dio a conocer su respuesta oficial al Gobierno de la China continental en lo relativo al empleo de armas atómicas. El Gobierno de China había propuesto al Gobierno de los Estados Unidos que cada país se comprometiera a no utilizar nunca armas nucleares contra el otro. Para los chinos resultaba muy fácil hacer semejante propuesta; los expertos en estadísticas habían elaborado un estudio, utilizando las últimas calculadoras, que demostraba que era tal el número de chinos que si se les debía combatir con armas no nucleares, sería imposible matarlos con la suficiente rapidez como para dejar sin efecto el índice de natalidad. ¡Vaya con lo de renunciar al empleo de las armas nucleares! El Gobierno de los Estados Unidos se negó, indignado, y esta negativa fue condenada por mucha gente, incluyendo al senador Robert F. Kennedy. Un crítico literario preguntó si Barbara no se estaba uniendo al carro de los antigubernamentales, lo cual se había convertido en algo característico de los sesenta. Ostensiblemente. El crítico siguió: «Miss Lavette ha escrito un libro sobre una mujer; pero, en realidad, su novela es un duro ataque a la Presidencia y al método mediante el cual los norteamericanos eligen a la cabeza de su Ejecutivo. Si la Presidencia está sujeta, según da a entender Miss Lavette, a un proceso que requiere tales características como un malsano deseo de poder, indiferencia a las necesidades de los demás, y la incapacidad para manifestar normales pruebas de afecto, entonces, sin duda, nos hallamos ante una grave situación. Pero Miss Lavette se presenta con unas credenciales dudosas. ¿Quién es esa esposa de presidente acerca de la que escribe?».

Sí, ¿quién era en realidad? Los críticos acogieron el libro con ciertas reticencias. ¿Se trataba del presidente Lyndon Baines Johnson? ¿No recogía ella el eco, utilizando el privilegio de la ficción, del horrioso grito surgido de millones de gargantas?, preguntando: «Eh, eh, L. B. J., ¿a cuántos chicos has matado hoy?».

Su editor, Holden Greenway, un hombre obeso de aspecto balzaquiano, de explosivas y pintorescas emociones, no se mostró en absoluto preocupado.

—El libro se está vendiendo como rosquillas. Oh, te adoro, Barbara Lavette, y te diré algo de los críticos. El crítico es como el eunuco en el harén. Observa cómo copulan un día y otro, y él, pobre y miserable bastardo, sabe que nunca podrá hacerlo. De todos modos, tú quieres reunirte con ellos. Constituyen un grupo en el que hay de todo; algunos son realmente buenos, y están mezclados con tipos mediocres. Ten en cuenta que no creen en nada que esté más allá del río Hudson. De modo que vamos a celebrar un cóctel literario de sabor anacrónico, y cuando vean a la hermosa mujer que he incorporado a mi catálogo, cambiarán de parecer. La nuestra es una sociedad que se rige por la estética.

—En tal caso, será mejor que me mires dos veces —dijo Barbara—. Soy un ama de casa madura, y no ningún portento estético.

La fiesta se celebró en el apartamento de Greenway, en Sutton Place. Fue el primer cóctel literario de Barbara en más de veinte años. Se hizo la convocatoria para las cinco, pero a las seis, los únicos presentes aparte Barbara eran Greenway y sus dos hermanas, Kate, que tenía cincuenta años, y Sylvia, que tenía cincuenta y tres. Ambas eran bastante obesas, llevaba largas faldas de raso de color marrón, y el cabello recogido sobre la cabeza.

—Son unas buenas chicas y les gusta mucho la literatura —le susurró Greenway a Barbara—. Son muy románticas y su vida está marcada por la tragedia. Estaban prometidas a dos jóvenes que se alistaron en las Fuerzas Aéreas canadienses; servían en el mismo bombardero cuando fueron derribados con el aparato en llamas sobre Alemania. La tragedia es tan estúpida como el amor y el honor, y frecuentemente igual de ridícula. Adoran el recuerdo de sus muertos. Eso es mucho mejor que estar casadas con algún necio corredor de Bolsa. —Él le decía todo esto en voz baja y con una amable sonrisa—. Por supuesto, estoy mintiendo. Están casadas con unos necios corredores de Bolsa que vendrán más tarde. Ellas siempre llegan primero, porque recuerdan el nombre de todo el mundo. No se ponga nerviosa, mi querida Barbara, porque, dentro de media hora, habrá aquí cien personas. Nadie será lo bastante ingenuo como para llegar con menos de una hora de retraso.

Él tenía razón. La sala se llenó por completo, y todas las celebridades fueron presentadas a Barbara una detrás de otra. Las dos hermanas Greenway recordaban todos los nombres. Greenway, por su parte, se retiró a un rincón y se dedicó a beber a conciencia.

—Los que lo conocen, lo rehúyen —le dijo Kate a Barbara—. Se vuelve insultante, rudo, e insoportable. Pero es un gran editor. Hará maravillas con su libro, querida.

—Mi impresión particular —dijo el director de orquesta sinfónica, hablando a Barbara por la otra oreja—, es que usted ha escrito acerca de la esposa de Johnson.

Al tratar de negar esto, las palabras de Barbara quedaron ahogadas por una comparación entre el presidente Johnson y el emperador Tiberio. Un pequeño escritor, de voz chillona, se quejó de que estaban detractando al mejor hombre que se había sentado en la Casa Blanca en toda la Historia. Barbara renunció a intentar dar opinión alguna. La enorme sala estaba llena de gente.

—Ha escrito *A sangre fría* —le dijo alguien a ella—. La habrá leído, claro.

—*Cactus Flower*.

—No, no es original..., es una especie de traducción.

—Ésa es Jacqueline Susan —le dijo Sylvia—. Ya le he presentado a Jacqueline Susann. ¿O no lo he hecho? No suelo cometer tales errores.

La alta rubia que estaba frente a Barbara, le dijo:

—No me mire como si fuera una extraña. Soy su *alter ego*. La interpreté a usted en la película.

Barbara, muy alarmada, pensó: «Conque es ella, y nunca vi esa condenada película».

Desde su rincón, Greenway acudió en su rescate, llevándose aparte a la rubia.

—Vamos, preciosa, cuando estás borracha y patosa como yo, una copia te servirá igual que el original.

Un hombre barbudo que había escrito un libro sobre el asesinato de Kennedy, se acercó mucho a ella y le echó el aliento.

—Mire, Miss Lavette, el tema de hoy es el asesinato, el crimen, el nuevo camino para alcanzar el poder.

Barbara fue rescatada por una mujer de gruesos senos y de nariz ganchuda que llevaba un largo y holgado vestido de algodón. Condujo a Barbara fuera de la multitud, situándola en un rincón de la estancia en el que apenas había gente.

—El rescate es el elemento clave en estos ritos tribales locales, conocidos también con el nombre de cóctel literario. Si su editor no estuviera como una cuba, lo habría recordado.

—Ya lo ha hecho. Me ha rescatado una vez. He estado a punto de quedar en ridículo ante la estrella de Hollywood que me interpretó a mí en la película basada en mi libro. Nunca he visto esa película. —Barbara se echó a reír—. Realmente, nunca he asistido a ninguno de estos cócteles... Ah, bueno, sí creo que asistí a uno, pero hace ya mucho tiempo y no se parecía a éste. Es maravilloso.

—Horriblemente maravilloso.

—Exacto.

—Permítame que me presente. Nos presentaron hace media hora, pero usted no me recuerda. ¿Cómo podría hacerlo? Me llamo Netty Leedan y soy la autora de *El enigma femenino*, y usted es la persona con la que deseo hablar desde hace años. Por fin nos hemos encontrado, y no voy a dejar escapar esta oportunidad.

—Por supuesto —admitió Barbara—. Oh, esto es estupendo. He leído su libro y he releído fragmentos de él. Es sensacional.

—¿Está usted de acuerdo conmigo?

—En el fondo, usted no quiere que me muestre de acuerdo. En realidad, el libro ha hecho que me analice a mí misma, pero ¿sabe una cosa? Usted pretende cambiar el mundo. Yo ya lo he probado. No es posible.

—Cambiará. Créame, Barbara. ¿La puedo llamar así? Llámeme Netty. La he leído a usted y acerca de usted durante años. Existe un viejo dicho según el cual cuando la hora de una idea ha llegado, ésta es irresistible; es cierto, y ésta es la hora de la revolución de la mujer. Está ahí. En el aire. El movimiento feminista será el gran

movimiento de nuestro siglo.

—¿Lo cree usted en realidad? Pero ¿por qué?

—Quizá porque todo lo demás ha fallado, porque hemos tocado fondo... No, ésa no es la razón. Pero sí en parte. A lo mejor es por esta sucia e injustificable guerra en la que nos hemos metido. Hay un mundo de mujeres observándola, en sus salas de estar, en las pantallas de sus televisores... Un testimonio vivo de cómo los hombres han fracasado. Quizá nosotras también fracasemos, pero nunca se nos ha dado la oportunidad para intentarlo.

—No —admitió Barbara—, nunca hemos tenido una oportunidad para intentarlo. No lo podríamos hacer peor que ellos, ¿verdad?

—Desde luego.

—Éste no es un lugar adecuado para conversar. ¿Por qué no almorzamos juntas?

—¿Cuánto tiempo se quedará usted en Nueva York?

—Unos pocos días.

—Mañana, entonces. ¿Está usted libre? —Ella anotó una dirección en un pedazo de papel—. Aquí, a las veinte treinta.

Posteriormente, Greenway se dirigió a Barbara.

—Ya he visto que Netty Leedan la ha acorralado a usted. Borracho, puedo definirla como una imbécil. ¡Diablos! Usted no necesita relacionarse con gente así, reprimida sexual.

—A lo mejor sí —dijo Barbara. Ella dudó que estuviera tan bebido como aparentaba—. Sí, creo que sí.

Ella se puso seria. Pasaba a Greenway más de cinco centímetros y miró con cierto desprecio a un hombre que tenía en sus manos buena parte de su vida creativa. De todos modos, se preguntó si su propia reacción, sus sentimientos, eran en realidad de desprecio o de simple indiferencia.

La dirección que Netty Leedan le había dado era de la Calle 54, junto a Madison Avenue, un lugar llamado «The Women's Exchange». Era un restaurante grande y agradable, completamente lleno, en su mayoría por mujeres, aunque en algunas mesas un hombre acompañaba a una mujer. Netty levantó el brazo para que advirtiera su presencia, y Barbara fue a reunirse con ella.

—La comida no está mal —dijo Netty, después de que hubieron pedido lo que deseaban—. En realidad, es muy buena. Pero no se trata de la calidad de la comida. Creo que en verdad vendría aquí sirvieran lo que sirviesen. La organización que dirige esto se creó hace años, en una época en que una mujer con un niño y sin hombre, casada o sin casar, no tenía ningún sitio a donde ir. Nada de ayuda social, ningún apoyo y la caridad brillando por su ausencia. Este lugar enseñó a las mujeres a trabajar en casa, cosiendo, bordando, y vendían lo que hacían. Oh, no tenía mucha importancia, con excepción de que a veces significaba la diferencia entre vivir o

morir. En nuestro mundo de hoy esto ya no tiene lugar, pero me gusta comer y recordar.

—Nunca se me ocurrió —dijo Barbara lentamente— que en nuestro país hubiera algo semejante. Me resulta muy interesante comprobar cuántas cosas he ignorado.

—Sin embargo, usted ha sido consciente de muchas cosas, y ha escrito acerca de ellas. Yo he hecho poco comparada con usted. Usted, aun siendo una mujer, ha luchado en el mundo de ellos.

—No se puede luchar en el mundo de ellos. Lo máximo que se puede hacer es arañar sus límites. Siempre es a pesar de y nunca a causa de. Hagas lo que hagas, siempre se tiene en cuenta que eres una mujer. Y no crea ni por un momento que no ayudan el trasero y las tetas. No suelo hablar suciamente; aborrezco ese tipo de expresiones y me causan sumo malestar; pero ¿cómo expresarlo? Señora, me gustaría follar con usted... Oh, sí, eso suma muchos puntos a favor de una, y te permite entrar y salir de lugares en los que nunca lo harías si tuvieras mal tipo y el rostro con acné. Tengo cincuenta y dos años, y una pequeña ventaja de mi edad es que, en lo sucesivo, conseguiré las cosas con otras virtudes, o no haré nada en absoluto.

—Usted es todavía muy atractiva. ¿Quiere decir que no ha tenido ninguna relación sexual con Greenway?

—No, ese hombre no me gusta, y creo que él lo sabe. Y el libro se está vendiendo bien.

—Sí, se vende bien. Usted es una celebridad. ¡Diablos! Lo ha sido usted durante años. Mire, voy a quedarme en la ciudad unos días extra. Vamos a tener una reunión en «Carnegie Hall», el primer gran mitin que hemos organizado. Si la cosa funciona, será el comienzo verdadero, y finalmente tendremos un movimiento feminista digno de consideración. Tengo la firme impresión de que éste es el momento oportuno, y la necesitamos a usted. Quiero poder dar la noticia de que Barbara Lavette pronunciará el discurso de apertura...

—¡Oh, no! Soy muy mala oradora. No pretenda que lo haga. Sólo he pronunciado un discurso una vez en toda mi vida, hace muchos años, en lo de Sarah Lawrence. Y mis cuerdas vocales se paralizaron...

—Usted puede hacerlo.

—Por favor.

—No, créame, puede hacerlo.

Finalmente, Barbara dejó que la persuadiera, y durante los siguientes dos días escribió y volvió a escribir su discurso de diez minutos, lo ensayó ante el espejo, lo releyó con disgusto, trató de no asustarse ante lo que debería afrontar. Posteriormente llamó a Netty Leedan y le rogó que la disculparan; la mujer le dijo que era demasiado tarde, que ya se había anunciado su intervención por Radio y Televisión, así como en la Prensa.

A última hora de la tarde del día del mitin, Sally telefoneó desde Napa para comunicarle a Barbara la muerte de Rubio Truaz en Vietnam.

Después de aquello, en la siguiente hora, Barbara permaneció sentada en la habitación del hotel, sola y sin hacer nada. No leyó, ni casi pensó; sólo estuvo sentada. Más tarde se cambió de ropa para acudir al acto y recorrió a pie las pocas manzanas que separaban su hotel de «Carnegie Hall». Se dejó el discurso en el hotel.

«Qué extraño —pensó ella—, qué extraño me resulta hacer esto».

No estaba en modo alguno segura de por qué estaba allí, sentada en el estrado, entre una fila de mujeres, de cara a una gran sala de congresos llena en su casi totalidad por mujeres, aunque había una buena representación de hombres. Tampoco comprendía por qué estaba tan profundamente conmovida. La emoción la atenazaba interiormente, y notó que estaba a punto de echarse a llorar. Aquello no hubiera resultado apropiado, en modo alguno, y luchó por apartarse de sí misma, intentó comprender el significado del momento y del lugar, algo ajeno a ella. Nunca había estado antes en «Carnegie Hall». ¡Era un lugar inmenso! ¿Y cómo era que se había llenado con tantas mujeres? ¿Es que había surgido una nueva y misteriosa corriente en este momento de la historia de la Humanidad? Intentó poner en orden sus ideas, trató de concretar qué iba a decir, de establecer un orden de temas..., pero fue inútil. Algún embrujo la había hecho retroceder a los recuerdos de su juventud: las soleadas calles del París anterior a la Segunda Guerra Mundial, los árboles en floración, los amplios bulevares. Oír su propio nombre la arrancó de sus ensoñaciones. Netty Leedan la estaba presentando. Barbara se puso de pie y provocó una cerrada ovación al dirigirse al pódium. Se situó ante el micrófono, mirando a la audiencia.

—Había escrito un discurso —dijo al público una vez cesaron los aplausos—. Pasé dos días escribiéndolo y volviéndolo a escribir, y lo digo esto para que no crean que soy totalmente irresponsable al estar aquí sin siquiera un pedazo de papel. Tampoco quiero dar la impresión de que soy tan buena oradora que pueda permitírmelo; no lo soy. Éste es el segundo discurso que he pronunciado en toda mi vida, y el anterior tuvo lugar hace más de veinticinco años. Sin embargo, hace unas horas ha sucedido algo que me ha hecho comprender que no podía venir aquí y leer lo que había escrito acerca de las injusticias que sufrimos las mujeres. Sólo puedo referirme a lo que ha sucedido de modo que les ruego que me ayuden a compartir el sufrimiento.

Hizo una pausa. La audiencia la contemplaba atentamente. Los ojos de Barbara iban de un rostro a otro. ¿Eran extrañas... o hermanas? Netty Leedan las había llamado hermanas. Barbara pensó que a las únicas mujeres que había considerado hermanas, unidas a ellas por vínculos más fuertes que los de la sangre, eran las mujeres que había conocido en la cárcel. Apartó aquello de su mente. Debía hablarles y decirles lo que había sucedido.

—Mi padre, Dan Lavette, era hijo de inmigrantes italianos. Era pescador. En San Francisco, donde vivo, hay un lugar llamado Nob Hill; es un lugar, pero también un símbolo de éxito y poder. Mi padre se enamoró de una hermosa mujer que vivía en Nob Hill; ella se llamaba Jean Seldon, y era hija de una familia muy acaudalada y poderosa de banqueros. Jean Seldon, mi madre, es una mujer muy notable, pero entonces, hace tantos años, ella fue un producto de su tiempo y una víctima de su época..., igual que lo fue mi padre. Mi padre luchó mucho por alcanzar la riqueza y el poder, y en este proceso, mi madre lo perdió. La separación entre ellos se fue agrandando con el tiempo. Mi padre se unió a una amante: una china que se llamaba May Ling. Digo china, aunque en realidad su familia llevaba dos generaciones en los Estados Unidos. Pero ustedes hubieran tenido que conocer el San Francisco de entonces para comprender que haber nacido allí no significaba nada ante los ojos de los blancos. May Ling era una mujer encantadora e inteligente, muy bien educada, que hizo muy feliz a mi padre. Mi padre se divorció de mi madre en 1929, y, unos pocos años más tarde, él y May Ling se casaron.

»Les explico todo esto no por ningún deseo irreprimible de revelar la enredada historia familiar de los Lavette, sino porque sirve de preámbulo a lo que me ha sucedido hoy. Mi padre y May Ling estaban en las islas Hawai cuando el ataque contra Pearl Harbor, y May Ling murió a consecuencia de ello. Su muerte fue tan absurda y trágica como cualquier muerte en cualquier guerra. No, quizá más absurda, porque cuando la guerra mata a una mujer o a un niño, el asesino en particular queda camuflado por toda la eufemística racionalización e hipérbole patriótica con las cuales los hombres justifican las matanzas masivas que periódicamente hacen padecer a la raza humana.

»Mi padre y May Ling tuvieron un hijo, mi hermanastro, Joseph Lavette, que es médico y ejerce su profesión en la localidad de Napa, en el norte de California. Joe se casó con la hija de la familia propietaria de las «Bodegas Higate», en el Valle de Napa, y el primer fruto de su matrimonio, una niña, recibió el nombre de May Ling, como la madre de Joe. De nuevo les ruego que me disculpen si parece que estoy divagando, pero debo explicar esto de la única manera que sé hacerlo. En Higate, igual que en la mayor parte de las bodegas de California, la mayoría de los trabajadores son mexicanos. Los llamo mexicanos sólo para identificarlos, puesto que muchas de estas familias han vivido en California desde hace generaciones, algunos incluso antes de que los yanquis llegaran allí. El capataz de Higate es un hombre llamado Cándido Truaz, un chicano, tal como llaman a esos mexicanos nacidos en los Estados Unidos, y su hijo era un joven llamado Rubio Truaz. Rubio y May Ling se enamoraron. May Ling tiene diecinueve años, y es una chica hermosa y esbelta. Rubio tenía unos pocos años más, era estudiante en Berkeley. En circunstancias normales, los estudiantes universitarios están exentos del servicio militar, pero nada

es normal cuando las reglas se aplican a los chicanos, y hace dos años, Rubio Truaz fue llamado a filas. Tres meses atrás, su unidad fue enviada al Vietnam, y a partir de entonces, cada noche, May Ling veía la televisión, con la esperanza de captar alguna imagen de Rubio Truaz. Hace unas pocas noches, su paciencia se vio recompensada. Ella lo vio. Lo enfocó la lente de una cámara cuando una bala alcanzó una granada que llevaba prendida en su cinturón. La granada estalló, y el muchacho quedó envuelto en fuego, pereciendo de esta forma espantosa y terrible, mientras la jovencita que lo amaba contemplaba el espectáculo.

»Hoy, la esposa de mi hermano, Sally, la madre de May Ling, me ha telefoneado para explicarme lo que ha sucedido. No sé si el daño causado a esa chiquilla será tan grande como el daño causado al hombre que amaba. Pero, después de hablar con mi cuñada, me di cuenta de que todo cuanto había escrito para leerlo aquí esta noche, carecía de importancia. Toda la importancia del mundo estaba en esa jovencita, mi sobrina, y que todos los símbolos característicos de la condición femenina estaban resumidos en el sufrimiento de May Ling. No sé qué resultará del mitin que se va a celebrar esta noche, y realmente ignoro si puede llegar a haber un movimiento feminista lo bastante poderoso para arreglar todo lo que los hombres han estropeado en este mundo. Sin embargo, ellos son las víctimas..., mucho más víctimas de lo que hemos sido nosotras jamás. Cuando nos esclavizaron, ellos se ataron a su propia locura, y allí, en Vietnam, somos testigos del último demencial resultado del machismo.

»Así, pues, estoy agradecida, muy agradecida por esta oportunidad para hablarles. He dicho que no sé si podremos crear un gran movimiento feminista. Ahora digo que deberemos tenerlo, porque todo lo demás ha fracasado. Hemos heredado ese fracaso. Hemos heredado toda la agonía y toda la locura, y de algún modo deberemos arreglarlo. Sin nosotras no hay Humanidad. Sale de nuestras entrañas. Debemos liberarnos de esta anacrónica esclavitud, y al hacerlo así, al menos nos quedará la débil esperanza de que podremos liberar a toda la Humanidad. Las mujeres siempre hemos rogado que cada guerra fuera la última. ¡Ya es hora de que dejemos de rogar y de que tengamos la seguridad de que ésta es la última guerra!

Un avión que despegó temprano de Nueva York llevó a Barbara al aeropuerto de San Francisco, llegando a eso de las once de la mañana. De regreso en su hogar, examinó el montón de cartas que había recibido en su ausencia. Encontró una carta de Sam, dejó las demás a un lado, y la abrió ansiosamente.

*Querida mamá:*

*El semestre ha concluido hoy..., justo a tiempo para ver qué queda de un cerebro*



sometido a un excesivo trabajo, y poco dispuesto a emprender de nuevo la tarea. Muy a menudo recuerdo mis cuatro años de aprendizaje de francés en el instituto, y nuestras horas de brillante conversación en dicho idioma. Es muy natural que acabara en la Universidad Hebrea de Jerusalén. El hebreo, querida madre, no es un idioma, sino una forma de tortura judía, y dos años de dedicación a la lengua hebrea creo que me animarían a hacerme episcopaliano recalcitrante. Pero todo esto ya te lo he contado antes, y para ser completamente sincero, mi hebreo no es malo. Lo leo con facilidad, y cuando lo escucho con atención, puedo comprender la mayor parte de lo que dice un israelí. Hablan en frases, y nunca han oído acerca de la teoría de que debería haber espacios entre las palabras. Bueno, ya está bien. Mis notas son bastante buenas, y me he convencido de que en este lugar se da la mejor formación médica del mundo. Bueno, ya veremos.

Por otra parte, estoy preocupado por tu consejo de que permanezca en Israel durante el verano. Ya sé cómo te sientes con lo relativo a la incorporación a filas, pero dado que me registré antes de marcharme, estoy legalmente en este país, y según he oído, no llaman a quintas a los estudiantes universitarios. De cualquier modo, diría que soy objetor de conciencia, y si crees que es más fácil ser pacifista aquí que en los Estados Unidos, estás equivocada. He tenido muchas más discusiones sobre este particular de lo que puedes imaginarte. Aquí hay muchas cosas buenas, pero el pacifismo no es una de ellas. Siento nostalgia del olor a la bahía, de las colinas, de nuestra casa en Green Street, de ti. Hace un año que falto de casa. Ya sé lo que piensas de la guerra, y sé lo que la guerra le ha hecho a tu vida, pero ¿crees que eres realista en este aspecto?

Muy bien, he dicho lo que tenía que decir, y no es tan malo como parece. La madre de Freddie piensa igual que tú, y como yo, está destinado al exilio. Llegaré de París el mes que viene, y vamos a recorrer este lugar a pie, palmo a palmo. Esto me causa emoción, porque durante dos años, con excepción de mi viaje a casa el año pasado, no he levantado la vista de los libros ni de las ranas, sapos y conejos que he estado disecando. Dos años, y todavía no conozco el país. Freddie se interesará por el vino israelí, que a él le parece horroroso, y estoy de acuerdo con él, y ambos nos dedicaremos a echar ojeadas lujuriosas a las chicas israelíes. Y recuerda: prometiste venirme a ver en setiembre, y espero que cumplas tu palabra.

Con todo cariño,  
Sam.

Al estar sola, Barbara se permitió dar rienda suelta a su llanto, y después se encontró mejor. Una hora más tarde, estaba en su coche en dirección a Napa. No hizo más que detener el vehículo delante de la casa de su hermano cuando se abrió la puerta y May Ling salió corriendo a abrazarla.

—¡Querida tía Barbara! Estoy tan contenta de verte. Acabo de leer tu nuevo libro. Es sensacional. Me ha gustado mucho. Y ahora estás aquí en carne y hueso. ¿Querrás dedicarme el ejemplar? ¿A mí?

Sonriendo, radiante de satisfacción, May Ling cogió del brazo a Barbara y la condujo hacia la casa.

—Te quedarás a cenar, ¿verdad? No te irás a marchar.

Sally estaba dentro, esperando, cuando las dos entraron. Ella movió la cabeza ligeramente y se llevó un dedo a los labios.

—Si quieres que Barbara se quede a cenar, May Ling, tendremos que alimentarla. De modo que sé un ángel, ve al pueblo y compra un brazuelo de cerdo en casa de Schutz. Tamaño medio. Dile que lo cargue en nuestra cuenta.

—¿Ahora, madre? Tía Barbara acaba de llegar...

—Seguirá aquí cuando vuelvas.

Cuando May Ling se hubo ido, Sally llevó a Barbara a la oficina de Joe. Sonrió ligeramente cuando la besó.

—Bienvenida a casa, hermana. Vivimos en un mundo maravilloso, ¿verdad?

—No lo comprendo, se la ve tan feliz.

Joe miró a Sally y movió la cabeza desolado.

—Siéntate —le dijo Sally a Barbara—. Debes escucharlo todo.

—¿Quieres decir que ha sido un error? —preguntó Barbara—. ¿Ha sido otra persona?

—Ha sido Rubio Truaz. Déjame explicarte lo que sucedió esa noche. Todos estábamos sentados en la sala de estar; todos excepto Danny. Él estaba en la cama, gracias a Dios. May Ling estaba viendo religiosamente las noticias de las diez en punto, siempre a la espera de captar una imagen de Ruby. Joe estaba leyendo. Yo miraba la televisión a ratos, sin mucho interés. Odio las escenas de guerra, pero miré cuando las pasaron. No podría describírtelo. Fue demasiado horrible, demasiado espantoso. Esas cámaras que tienen ahora pueden tomar un primer plano sin que el operador se mueva de su sitio; no sé cómo podía estar allí y conseguir que su cámara rodara. Creo que para eso les pagan. Era Ruby, sin lugar a dudas. Por supuesto, miré a May Ling...

—El caso es que —dijo Joe— ninguno de nosotros dijo ni una palabra. Sally abrió la boca aterrorizada, y yo la miré. Después dirigí la vista a May Ling.

Tenía el rostro completamente blanco, los puños cerrados, el cuerpo rígido. Lo primero que pensé es que había sufrido alguna clase de ataque. Incluso se me ocurrió que podría tratarse de epilepsia, una de esas reacciones instantáneas que uno tiene, pero no presentaba tales características. Yo nunca miré a la pantalla, jamás vi el horrible espectáculo.

—Por lo cual debes dar gracias —intervino Sally—. Joe dijo algo, no recuerdo

qué, y yo me quedé paralizada, mirando fijamente a May Ling. Después la niña se levantó de un salto y fue corriendo al cuarto de baño. Yo me precipité tras ella, claro está, y Joe me siguió. Él aún no sabía de qué iba la cosa. May Ling se había inclinado sobre el lavabo y vomitaba convulsivamente. La rodeé con mis brazos, y ella siguió vomitando. Después se enderezó, sujetándose el estómago con las manos. Joe seguía sin enterarse de nada, llenó un vaso con agua del lavabo y le dijo a May Ling que se aclarase la boca. Ella así lo hizo. Después su padre le recomendó que bebiera agua, lo cual hizo ella muy obedientemente. Luego ella dijo en ese tono lastimero característico de los niños:

»—Gracias, papá. Ha debido de ser uno de esos curiosos virus de los que hablas. De pronto me he sentido muy mal.

—Yo no tenía aún ni idea —confesó Joe—. Creía que podría haberlo causado algo que había comido. Quise llevarla al consultorio para reconocerla. Pero Sally me dijo que no, que todo cuanto necesitaba era echarse y descansar. Cuando Sally habla en ese tono de voz, yo no discuto.

—La acompañé arriba —dijo Sally—. Ella se desvistió y se metió en la cama. Me rodeó el cuello con sus brazos, me besó y después dijo algo relativo al pobre papá, que parecía tan preocupado, y que debía decirle que estaría bien por la mañana, y que no podía ponerse enferma porque le había prometido a Ruby que seguiría con salud y exactamente tal como estaba hasta que él regresara de Vietnam. ¡Horripilante! ¡Oh, créeme, horripilante! Me quedé allí, y cinco minutos más tarde, ella se durmió profundamente. Así fue.

—¡Pobre niña! —exclamó Barbara—. Pero ¿qué significa eso?

Joe movió la cabeza en señal de negativa.

—Tú eres doctor, Joe.

—Sí, ya sé de qué se trata, y lo he discutido con los de psiquiatría infantil. No es una reacción muy común en jóvenes de su edad. Tiene casi diecinueve años. Esto se da más frecuentemente en la prepubertad, es como una especie de amnesia infantil. La mente recibe un impacto terrible, y como defensa, la propia mente lo bloquea. Es como si la cosa nunca hubiera sucedido. El único problema es que otra parte de la mente sabe que la cosa ha sucedido, y la defensa de May Ling puede derrumbarse.

—¿Cuándo?

—Hoy, mañana. Han pasado cinco días y puede estar a punto de producirse. El cuerpo de Ruby llegó a San Francisco ayer. Creo que se lo debemos decir hoy.

—Me da tanto miedo eso —dijo Sally.

—Me alegro de que estés aquí, Bobby. Ayudarás a estabilizar las cosas.

—Creo que se lo debería decir Bobby, yo soy muy cobarde —confesó Sally.

—Pero, entonces, ¿qué pasa? —preguntó Barbara—. ¿Lo recordará ella?

—Lo extraño es que sí recuerda —dijo Joe—. La mente no es un bloque

compacto. Sería conveniente que se lo dijeras tú, Bobby. Regresará dentro de unos minutos. Si quisieras hacerlo...

—¿Dónde está Danny?

—Estará haraganeando en la escuela, de modo que no regresará hasta después de las cuatro.

Sally llevó a la cocina la carne para asar cuando regresó con ella May Ling.

—¿Necesitas ayuda, mamá?

—La pondré en el horno y vuelvo con vosotros.

Al contemplarla, Barbara estaba desconcertada. ¿Cómo podía recordar, y al mismo tiempo no recordar? ¿Saber y no saber?

—Ven, siéntate aquí conmigo —dijo Barbara, dejándose caer en el sofá. May Ling tomó asiento a su lado, y Barbara acarició su suave cabello negro.

—Estoy muy contenta de tenerte aquí. No puedes imaginarte lo extraño que es leer un libro y después tener al escritor precisamente delante de tus ojos, especialmente si es tu tía. Debo hacerte cien preguntas..., pero, por supuesto, no me dirás quién es la esposa del presidente.

—Porque es un producto de mi imaginación, querida.

Joe entró en la sala, y se las quedó mirando.

—Pero, antes de hablar de eso, querida, debo decirte algo muy importante...

En este momento apareció Sally y tomó asiento con mucho cuidado delante de ellas.

—... algo muy triste.

May Ling se volvió para mirar a Barbara; toda la satisfacción desapareció de su rostro, sus oscuros ojos se humedecieron por el llanto. Entonces Barbara se dio cuenta de que ya había llegado el momento, que su mente se había unificado, aceptando el recuerdo de lo sucedido. La chica se puso de pie, se quedó así en silencio, durante un prolongado instante, y después se acercó a Sally, se puso de rodillas ante ella, apoyó la cabeza en el regazo de su madre y permaneció así, sollozando.

Aquella misma noche, cenando en su casa de Higate, Adam Levy descubrió otra faceta del carácter de su esposa. Eloise era una mujer encantadora; no era una pose que ella adoptara: había sido así desde niña. A muchos les parecía que siempre quería justificar ante los demás su propia existencia. La gente insensible decía de ella que sus maneras respondían a un clisé. A ello contribuía su clara piel sonrosada e infantil, su naricilla respingona, la boca semejante a un arco de Cupido y los bucles rubios que no necesitaban teñido ni permanentes. Su primer esposo, Tom Lavette, la había despreciado y maltratado. Adam la adoraba, y en veinte años de vida matrimonial apenas nunca le había levantado la voz. Eloise, por su parte, seguía siendo siempre la

misma: una mujer amable y gentil cuyas únicas armas eran la indefensión y la vulnerabilidad. Pero esta noche, en la mesa, a la hora de cenar, se dirigió a su esposo con inesperada firmeza.

—Adam, debo discutir algo de la máxima importancia.

—¿Ahora, o más tarde?

—Ahora, creo, porque quiero que Joshua oiga lo que tengo que decir.

—Muy bien. Suéltalo.

—Joshua ha ido hoy a registrarse en el Ejército.

—¿Sí? Bueno, tenía que llegar. Tiene dieciocho años.

—¿Es eso todo lo que tienes que decir? —le preguntó ella fríamente—. Cándido ha traído hoy mismo el cadáver de Ruby. El ataúd está en su sala de estar...

—Cariño, eso ya lo sé. He pasado con Cándido toda la tarde. No creas que soy tan insensible a lo que ha sucedido. Pero ¿qué tiene que ver esto con lo de Joshua? Todos los chicos tienen que pasar por lo mismo. A Freddie le pasó igual.

—¡No creo lo que estoy oyendo!

—Mamá, tranquilízate —intervino Joshua—. Lo que papá quiere decir es que por haberme registrado no me voy a ir automáticamente al Ejército.

—Sé muy bien lo que eso significa. Quiero que los dos os enteréis de una cosa: ninguna fuerza en la Tierra conseguirá que mi hijo vaya al Ejército.

—Eloise, estamos muy lejos de eso.

—¿De veras? Dejadme que os recuerde una cosa. Vuestro abuelo, el padre de la abuela Clair —dijo ella, mirando gravemente a su hijo—, murió en la Primera Guerra Mundial. Era capitán de un buque de municiones que voló en pedazos en el mar del Norte. El abuelo Jake estuvo en aquella guerra, y sobrevivió por milagro. Sí, él me lo contó —dijo ella cuando Adam la miró con incredulidad—. Ralph Cassala fue herido y casi murió. En la Segunda Guerra Mundial, murió el hermano de tu padre, y mi propio hermano murió en Corea, y los dos hombres que amó tu tía Barbara y que pudieron proporcionarle una vida feliz, el tipo de vida que yo he tenido, pues los dos murieron en esas locas guerras. Es suficiente. Nuestra familia ha pagado un precio bastante alto, y no estoy dispuesta a enviar a un hijo mío a esa demencial carnicería. Ya sé que parezco enfadada y un poco histérica, y eso es porque estoy muy enfadada e histérica, y lo que me encoleriza más es que los dos estáis ahí sentados burlándoos de mí. ¡Eso no me gusta! Ruby Truaz era uno de los mejores muchachos que he conocido. ¿Por qué debía morir? ¿Qué sentido ha tenido su muerte?

Se produjo un profundo silencio. Ni Adam ni Joshua habían visto nunca así a Eloise. Aquello resultaba increíble. A Joshua se le ocurrió hacer un comentario inane.

—Pero, mamá, Ruby estaba en el Ejército. Esas cosas pasan.

—¡Oh! —estalló ella—. ¡Los dos sois una pareja de imposibles estúpidos!

La situación parecía irreal. Miraron a Eloise en silencio. Ella exhaló un profundo

suspiro y habló con mucha calma.

—Quiero que me hagáis una promesa. Os lo digo muy en serio, y he tomado una decisión. O me dais vuestra palabra de que Joshua nunca irá al Ejército, o abandonaré esta casa esta noche.

Padre e hijo se miraron desconcertados.

—¿Qué podemos hacer? —le preguntó finalmente Adam a su mujer.

—Varias cosas. Podemos enviar a Joshua al Canadá. Lo podemos esconder si resulta necesario. Si nos lo proponemos, hallaremos muchas soluciones. Quiero que me lo prometáis.

De nuevo reinó el silencio. Al cabo de un rato, Joshua habló.

—De acuerdo, mamá, te lo prometemos.

Ella se volvió a Adam.

—Bueno... sí, si es algo tan importante para ti.

—¡No lo dudes! —Después, repentinamente, se echó a llorar, se levantó de la mesa y corrió hacia la cocina.

—Nunca había oído antes a mamá hablar de esta forma —le dijo Joshua a su padre, en voz baja—. Está realmente trastornada.

Adam asintió.

—¿Crees que habría sido capaz de abandonarnos?

—No lo sé —respondió Adam—. Realmente no lo sé.

—Mamá —le dijo Barbara a Jean—, ¿puedes quedarte quieta un momento, sentarte?

Recorriendo su sala de un extremo a otro, Jean contestó:

—Necesito tomar una copa.

—Entonces toma una. ¿Te la preparo?

—No. —Se volvió hacia Barbara—. ¿Sabes que desde la muerte de Danny, tu doctor Milt Kellman considera que soy una propiedad personal suya, y que debe mantenerme viva a toda costa? No quiero que me conserven viva. Tengo setenta y seis años. ¡Si supiera algún modo realmente elegante de acabar con esto, no lo dudaría un instante!

—¡Qué tontería! ¿Quieres hacer el favor de sentarte? ¿Qué ha pasado? ¿Es que Milt te ha dicho que no bebas más?

—Exactamente. No es que no me parezca razonable su consejo, pero no puedo dejar de beber. Me sucede algo terrible. Voy a vender esta casa. Es algo demencial que una vieja viva sola en este gran establo. Y me trae recuerdos. ¡Oh, odio los recuerdos! Hace más de medio siglo que Danny la construyó.

—Quizá deberías viajar otra vez..., durante un tiempo.

—Me aburre. He estado en todas partes a donde he deseado ir. No podría viajar

sola, y creo que el pobre Stephan ya no podrá viajar más. —Tomó asiento y se quedó mirando fijamente a Barbara—. Tiene cáncer de intestino.

—¡Oh, no!

—Bobby, ser una vieja es un mal asunto... Es como estar en una fiesta más tiempo del debido, mientras tus anfitriones se mueren de ganas porque te vayas...

—Hoy tiene un mal día, ¿verdad? Eso de Stephan es horrible, pero tú estás llena de vida y aún eres atractiva.

—Tomaré una copa. Todo esto de la úlcera es una tontería. ¿Quieres tú otra?

—Desde luego.

—Sólo vino. Si le dijera a Milton que he tomado un cóctel, se enfadaría.

—¿Quieres que vaya a buscar yo la botella?

—Puedo hacerlo sola. —Se fue en busca del vino—. ¿Blanco? Sí, creo que sí. Si ves a Stephan, no le digas nada. No quiere que nadie lo sepa, pobrecillo. Lo operarán dentro de unas semanas. —Le entregó a Barbara su vaso—. ¡Salud y felicidad! Es el mejor de Higate, y muy bueno. Adam me envía una caja cada mes. Me estará eternamente agradecido porque por mí conoció a Eloise. Dicen que el matrimonio es imposible, pero el de ellos rompe la regla, ¿no es así?

—Sin duda.

—Oh, echo en falta a los chicos. ¿Regresarán Freddie y Sam?

—Hasta que termine esta maldita guerra, creo que no. ¿Por qué no vas a Israel? Los dos están pasando el verano allí.

—No es mala idea. No sé qué haré, Bobby. Oye, dime, ¿cómo está sobrellevando May Ling la muerte de ese chico del que estaba tan enamorada... se llamaba...?

—Rubio Truaz.

—Ah, sí. Era mexicano, ¿verdad?

—Un chicano. Le dolió mucho, pero supongo que, con el tiempo, lo superará.

—Bueno, quizás haya sido así mejor.

—¡Madre! Hay veces que me desconciertas...

—Bobby, no me refiero a la muerte del muchacho. Lo que pasa es que no era adecuado el uno para el otro.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Por qué me levantas la voz, Bobby? No he dicho nada tan terrible. No veo que pudieran hacer pareja esa niña y un chicano, como tú lo has llamado.

—¿Es que tú no hiciste buena pareja con el hijo de un pescador italiano?

—No me perdonas una. Estás decidida a despojarme de todos mis prejuicios. Ya apenas me quedan.

Barbara no podía enfadarse con su madre. Jean pertenecía a una época y a un lugar. La época ya había pasado para siempre, y si ella vendía la casa de Russian Hill, una de las últimas viejas mansiones, entonces el lugar también se desvanecería.

—Te quiero mucho, mamá —dijo Barbara, besando a Jean.

—Eso me llena de alegría. Ahora dime, ¿cómo has encontrado Nueva York?

—Emocionante y maravilloso. Y quiero explicarte cómo me ha ido allí.

Cuando Barbara hubo acabado de contarle a su madre su viaje a Nueva York, Jean movió la cabeza con pesar.

—Querida Barbara, eres maravillosa. Nunca cambiarás. Aún te propones dar de comer al hambriento y cambiar el mundo.

—Nada tan elevado. Sólo apporto mi granito de arena.

—¿Y crees realmente que las mujeres conseguirán algún tipo de igualdad?

—Si luchan por ella... Somos la mitad de la raza humana.

—Los pobres, según me recuerdas tú algunas veces, constituyen la mayoría de la Humanidad, pero no sé que hayan podido arreglar mucho su situación.

—Esto es diferente.

—Sí, siempre lo es. —Ella ahora sonreía, contemplando a su hija—. Estuve hablando con Grace Pettyborn el otro día. Ya sabes, colabora de vez en cuando en el *New York Times*, lo cual la sitúa en la élite de los muy intelectuales. Te llamó Miss Beata Dos Zapatos. Por supuesto, tiene razón, pues tú vives con ambos pies firmemente plantados en el aire, aunque en este mundo, el peor de los mundos posibles, menos mal que existen unos pocos locos como tú. Mira, cuando estoy tan deprimida que nada me consuela, recuerdo que eres mi hija y pienso que, al menos, he hecho algo bueno. ¿En qué estás metida ahora, Bobby?

—Voy a detener esta asquerosa guerra, lo cual será mi pequeña contribución al movimiento feminista.

—¡Oh! ¿Y lo harás tú sola?

—No, tendré ayuda.

—Te echaré mucho en falta si vuelves a ir a la cárcel. Estás completamente loca.

—Ya he pensado en eso. Pero me pregunto si estoy más loca que cualquiera. Será la menopausia, o quizá por estar ahora sola.

—No, tú siempre has sido de este modo —dijo Jean moviendo la cabeza.

—Madre, ¿cuál es tu situación económica?

—Ésta es una pregunta muy rara. Tengo todo el dinero que pueda llegar a necesitar. ¿Por qué me lo dices? ¿Necesitas alguna cantidad?

—Ahora mismo, no. A lo mejor más adelante.

—¿Cuándo te pongas a intentar detener la guerra?

—Algo así.

—Barbara —dijo Jean—, esto no me gusta. Pareces estar bastante cuerda, pero las apariencias engañan. Tienes cincuenta años...

—Cincuenta y dos años, madre.

—Bueno, pues, cincuenta y dos. Resulta casi increíble que te deba sermonear en



plan de madre. Hace veinte años te habría aconsejado que buscaras un buen hombre, te casaras con él, tuvieras hijos y vivieras como la mayoría de la gente.

—Ya lo hiciste, madre.

—Sí. Hoy eso no arreglaría el problema. Querida, las guerras no pueden ser detenidas. Forman parte de nuestro modo de vida, como la muerte y los impuestos. Nada de eso puede ser detenido, cambiado o mejorado. No sé lo que estás pensando o planeando, pero ¿por qué no te conformas sólo con vivir y ser razonablemente egoísta? El resto de la Humanidad vive de esa manera. ¿Por qué no escribes otro libro? ¿O enseñas en algún colegio? ¿O das conferencias? ¿O te dedicas a la equitación? ¿Y si yo te regalara un caballo? A ti siempre te han gustado los caballos.

—Madre, no he montado a caballo en veinticinco años.

—No sueles olvidar las cosas.

—Eres encantadora, madre, y te adoro.

—Estas bonitas palabras no cambian nada. Bueno, he dicho todo lo que nodía decir. ¿Cuánto dinero necesitas para ese insensato plan tuyo?

—No lo sé... todavía.

—Por supuesto, tu madre tiene toda la razón —le dijo Boyd Kimmelman—. No es que estés loca en el sentido legal o médico de la palabra. Si mataras a alguien me costaría Dios y ayuda demostrar ante el tribunal que estás loca.

—Gracias. No tengo intención de matar a nadie, de manera que puedes dejar descansar tu mente.

—Por otra parte, estás completamente desconectada de la realidad. Según he entendido, vas a iniciar cierto tipo de movimiento feminista para acabar con eso del Vietnam. Debes saber que existen al menos doscientas organizaciones con los mismos propósito y fines. No tienes más que leer el periódico por la mañana para ver el éxito que están teniendo.

—Ya lo sé —admitió Barbara—. Comprendo a qué te refieres, y a veces me pregunto por qué hago lo que hago. ¿Por qué no vivo al margen de eso? Mi propio hijo está a salvo por el momento. Después de que acabemos de almorzar, si te convengo para que me dediques unas horas, podríamos ir a dar un paseo por el parque. Los dos nos gustamos y tenemos bastante dinero para vivir agradablemente. En lo relativo a la condición humana, las cosas siempre han sido de este modo, y creo que seguirán así. El enero pasado, el presidente Johnson nos dijo que, durante un año, sólo se nos ha muerto mil trescientos chicos en Vietnam. Dios sabrá cuántos heridos o inválidos habrá habido. Pero no son mis hijos. Siempre son los hijos de otros, ¿verdad? El presidente anunció que el enemigo había tenido treinta y cinco mil muertos, pero tampoco son nuestros chicos, de modo que ¿por qué deberían turbar mi sueño? No lo sé. Honradamente no lo sé. Estoy segura de que si Mr. McNamara

estuviera aquí podría argumentar muy brillantemente sobre las razones de que siga este horror. Claro está, no puedo detener la guerra. No soy completamente imbécil, ni tampoco tengo delirios de grandeza. Y no deseo volver a la cárcel. No te puedes imaginar lo que me aterra pensar en la cárcel.

—No —dijo Boyd lentamente—. Tú eres como eres. Si fueras de otra manera, ya no serías Barbara, ¿verdad?

—No puedes imaginarte lo más mínimo lo pesado que resulta ser Barbara.

—Yo no pienso así. Seamos prácticos. Lo que vayas a hacer... Bueno, supongamos que lo realizas. Ahora no es igual que hace quince años. El McCarthysmo ya ha pasado. No irías a la cárcel. Por otro lado, si haces algo deberá ser públicamente, y la gente que colabore contigo deberá entender bien esto. Hay un importante aspecto legal acerca de todo esto: no estamos en guerra. El Congreso nunca ha votado una declaración de guerra contra Vietnam. Esto es una acción presidencial, de espantosa magnitud, pero, sobre el papel, sólo eso. De modo que no quebrantarías ninguna ley. Creo que intentes lo que intentes, no lograrás nada, pero lo digo porque soy un cínico abogado de edad madura y cansado.

—Quizá tienes razón.

—Y a mí me encantaría tener la tarde libre e ir a pasear por el parque contigo.

Fueron al Jardín de Té Japonés y tomaron asiento en un banco, mirando a la maravillosa pagoda roja de cinco pisos. Barbara no había estado nunca en Japón.

—Algún día me gustaría hacer el viaje... Japón, China.

—Te llevaré —dijo Boyd.

—Puede esperar. Lo dejaremos para los años de nuestra vejez, si es que no has encontrado una esposa para entonces.

—Yo no quiero esperar a los años de la vejez.

—Mi madre y Stephan Cassala recorrieron toda Italia, como dos distinguidos y viejos ciudadanos. Creo que disfrutaron. Ahora Stephan se está muriendo de cáncer.

—Lo lamento sinceramente.

—Sí, supongo que no se puede decir otra cosa. He oído que si un soldado muere en el campo de batalla, el que sobrevive es recompensado, y después surge el sentimiento de culpabilidad. Antes preguntabas por qué hago lo que hago. Tengo mi propio sentimiento de culpabilidad.

Él no quiso seguir con aquello. Kimmelman sabía de los sentimientos de culpabilidad de ella. No tenía objeto hablar del asunto.

Stephan Cassala estaba solo cuando Barbara entró en su cuarto del hospital. Estaba impresionantemente delgado; sonrió complacido.

—¡Cuánto me alegro que hayas venido, Barbara! Por favor, siéntate. —Ella le traía un tiesto de violetas africanas. Había otras flores en la habitación, pero no de esa

clase—. Me encantan, mi madre solía cultivarlas —dijo Stephan—. ¿Sabes? Mi hijo Ralph ha estado aquí. Se acaba de marchar hace unos minutos. Me hubiera gustado que lo hubieras visto.

«Ya lo veré en el funeral», pensó ella sin querer. Reflexionó acerca de lo perverso y despiadado que puede ser un pensamiento. ¿Era ella tan insensible, fabricaba fríamente pensamientos y emociones? ¿Es que no le surgía nada como una respuesta natural del fondo de su corazón? Dejó las violetas, se aproximó al lecho y besó al enfermo en la mejilla.

—¡Vaya! Esto es maravilloso —dijo él—. Gracias, Barbara.

—¿Cómo te encuentras?

—Me calman el dolor —respondió él, encogiéndose de hombros—. No vale la pena engañarse, Barbara. Se ha metastatizado, como ellos dicen. Estoy echado aquí pensando que moriré muy pronto... Bueno, no es tan terrible. Desde luego, es terrible, pero en cierto modo no lo es. No sé si esto tiene mucho sentido. Tu madre ha estado aquí cada día. Los tres meses que pasamos juntos en Europa fueron los más felices de toda mi vida. Esto no es deslealtad a Danny, ¿verdad?

—Oh, no. Claro que no.

—¿Sabes? Hace mucho tiempo, allá por mil novecientos treinta, mi padre tenía un Banco. Creo que habrás oído hablar de él, el «Bank of Sonoma». Era un Banco pequeño, no como el de los Seldon. Bien, pues, un día nuestros depositarios nos asediaron con la intención de sacar sus fondos. Aquello nos destruía. Yo me volví loco pensando en la manera de salvar la situación. Danny y su socio, Mark Levy, tenían los grandes almacenes allí en Market Street. Yo acudí a ellos, y me entregaron todo el dinero en metálico que tenían disponible: alrededor de treinta mil dólares. Nunca pudimos devolver el préstamo, y ellos jamás lo reclamaron.

Le costaba mucho hablar.

—No te fatigues —le dijo Barbara.

—Yo sólo pretendí hacer un poco más feliz a Jean... Eso no es deslealtad a Danny. La amo tanto, pero ¡Dios todopoderoso!, eso no es un pecado.

—Steve, precisamente por eso te estoy más agradecida de lo que te imaginas. Por favor, descansa ahora. No intentes hablar más.

Stephan Cassala murió nueve días más tarde. Fue enterrado en el cementerio católico de San Mateo. Barbara llevó en coche a su madre al funeral, y estuvo sentada a su lado en la iglesia.

—Fue un hombre adorable —dijo Jean cuando hubo acabado la ceremonia—. Un hombre adorable y encantador. Ahora todos se han ido. Todos.

Sam se reunió con Fred en el aeropuerto de Tel Aviv. A primera vista, los dos se extrañaron de su repectivo aspecto. Se habían engordado. Ambos se habían dejado

barba; la de Fred era rizada y su rufo cabello le llegaba hasta los hombros. Sam tenía el cabello y la barba blanqueados por el sol, la piel bronceada, y sus pálidos ojos parecían más pálidos que nunca. Se abrazaron, se besaron y luego volvieron a examinarse detenidamente.

—¡Por todos los santos! Me alegra volverte a ver, primo —exclamó Sam—. Dos años de exilio en el país de los judíos. ¡Vaya sorpresa encontrarme un goy norteamericano blanco *bona fide*!

—Has sobrevivido muy bien, primo. ¿Qué es todo ese rollo de que te estás quemando las pestañas estudiando? Si anduvieras con libros no estarías tan moreno...

—El curso terminó hace un mes. He estado desperdiciando mi vida por aquí en la playa, como un holgazán.

—¿Y vas de este modo..., con pantalones cortos, camisa y sandalias?

—Así es como voy, primo. Me he redimido bastante, me matriculé en la Universidad Hebrea: dos años para tratar de dominar este increíble idioma, y ahora soy el joven Sammy Cohén, en la ciudad. Tengo alquilada una habitacioncita en la calle Frishman, diez pavos a la semana, está cerca de la playa, y estoy haciendo de las mías. No me mires así. Me lo he ganado. Lo he arreglado para que puedas estar conmigo; sólo unos pocos días, y después nos pondremos en marcha. ¿Es eso todo lo que has traído? —señaló la sencilla bolsa que Fred llevaba consigo.

—Me dijiste que no necesitaría más.

—Desde luego, tienes razón. Aquí no es sitio para ir de etiqueta. Cogemos un taxi. Después te pondrás la ropa adecuada y nos ocuparemos de que te alimentes.

Para Fred, todo aquello era nuevo, extraño y sorprendente. Pero lo más sorprendente fue para él aquella gran ciudad llena de vida. Había oído decir que Tel Aviv la fundaron en 1909 un puñado de colonos judíos, empezando a construir sobre dunas de arena. No esperaba encontrarse con kilómetros de calles, millares de personas que atestaban las aceras, los autobuses, el denso tránsito, los olores, el ruido y la confusión, las ocasionales casas de estuco junto a elevados rascacielos. Aquello no era hermoso ni poético, pero estaba maravillosamente vivo. La habitación que Sam había alquilado en la pensión de la señora Segal era pequeña, bastante limpia, y fresca, algo muy de agradecer en aquella calurosa ciudad. La mujer había puesto un catre junto a la cama de Sam. Éste le dijo a su primo, en un arranque de generosidad:

—La cama es para ti.

—Eres todo corazón —le dijo Fred—, pero la aceptaré, muchacho. Tú eres el anfitrión.

La señora Segal anduvo cerca de ellos, mirando con desconfianza al alto joven de barba rubia que Sam Cohén le había presentado como su primo. Después que Fred se hubo puesto unos téjanos y una camisa deportiva, ambos se encaminaron a la calle Dizengoff. Tomaron asiento en la terraza de un café y Sam pidió pita rellena con

varios productos exóticos, así como cerveza para los dos.

—La cerveza es buena —le dijo a Fred—, y la comida también, si aprecias estas cosas y no buscas una cocina selecta, la cual suele ser asquerosa. Bueno, ¿qué te parece?

—Es un lugar condenadamente interesante. —Mordió la pita rellena—. Esto es bueno. ¿Qué me dices del vino de aquí?

—Olvídalo. En su mayor parte es demasiado dulce, pero si tienes muchas ganas de beber vino bueno, puedes comprar francés o italiano..., pagándolo a buen precio. Yo economizo mi dinero. No he recibido un centavo de mamá desde que estoy aquí. Es una locura por mi parte, y supongo que pagaré las consecuencias.

—¿De qué vives?

—Vendí el barco antes de venir aquí.

—¡Oh, no! Lo vendiste. Eres un tonto. ¿Por qué lo hiciste?

—Así me siento mejor... o algo parecido. De cualquier modo, aborrezco pedirle dinero a mi madre. De esta manera, podré permanecer aquí durante otro año, y después iré a la Facultad de Medicina aquí o bien en los Estados Unidos. La verdad es que regresaría allí ahora mismo, pero a mi madre le enloquece la idea de que me puedan llamar a filas. De acuerdo, eso puedo entenderlo, después de lo que ella ha pasado, y supongo que si eres hijo de Barbara Lavette, tienes que ser pacifista. No me voy a pelear por eso. Pero intenta ser pacifista en Israel. —Señaló a los muchachos que estaban sentados cerca de ellos con sus compañeras; iban uniformados y llevaban la metralleta sobre la rodilla—. Echa un vistazo a tu alrededor.

—Sí, eso ya me ha extrañado.

—*Zahel*. Eso significa Ejército. Éste es un pequeño país, así que la movilización debe ser instantánea. Les dan un día de permiso y tienen que llevarse las armas consigo. ¡Un gran sitio para ser pacifista! De algún modo se enteraron de que Bernie Cohén era mi padre, y publicaron una gran historia acerca de él en el *Post* de Jerusalén; dijeron que yo estaba estudiando aquí.

—Sin embargo, como ciudadano norteamericano estás exento, ¿no?

—Lo estoy. Y supongo que, como estudiante, seguiré en las aulas pase lo que pase. Pero aquí no hay nadie exento. Cuando sucede algo, afecta a todo el mundo. Bueno, a mí eso no me preocupa, y también estoy exento en Norteamérica, y si eso hace feliz a mi madre, pues estupendo.

—Y, todo lo demás, ¿cómo te ha ido?

—La cosa ha sido interesante, para ser sinceros. Esto me gusta. Y me encuentro bien. Sí, claro, tengo nostalgia de mi país, a veces lloraría y daría cualquier cosa por estar otra vez en San Francisco. No podría vivir aquí. Creo que no podría vivir en parte alguna en donde no se viera la bahía. Sin embargo, he podido establecer algunas cosas. Tengo un profesor de Historia que me llama *Shmuel ha Cohén*, que traducido

por encima significa Samuel el sacerdote. Y, ¡maldita sea!, he aprendido este idioma. No es que sea un gran idioma, pero es hermoso, sencillo, lógico. Y, hablando de idiomas, esta noche tenemos una cita. Mi chica es israelí, una sabra, que significa nacida aquí; se llama Miriam. Trabaja en el Museo. Su amiga es una estudiante de arqueología de Pittsburgh, que trabaja como voluntaria en las excavaciones que se efectúan al Norte, en Megiddo, y ha venido para hacer unas investigaciones en el Museo durante unos días.

—No te has olvidado de nada, ¿verdad?

—Vamos, Freddie, he hecho lo que he podido. Pasaremos tres días aquí antes de que emprendamos viaje para recorrer el país, y no quiero que te aburras. Ahora, cuéntame algo de ti.

—¿Qué te voy a explicar? Comida francesa y vino francés. Mi francés probablemente no es mejor que tu hebreo, pero he seguido un curso de viticultura. He estado en todos los sitios interesantes: Corbières Minervois, Languedoc, Armagnac, Gaillac, Burdeos Cahors. Puedes estar seguro de que soy la mayor en enciclopedia ambulante sobre el tema: Médocs, Graves Champañas, Sauternes, Chablis, Nuits... Podría seguir, lo cual sólo significa que, cuando vuelva a casa seré más inaguantable que nunca. Me he enamorado tres veces. Estuve a punto de casarme con una y gracias a Dios, su padre me odiaba. Hay lugares de Francia en que las chicas aún obedecen a sus padres. He disfrutado mucho. Mi madre está tan revuelta como la tuya con lo del Vietnam. Pero ya está bien. El próximo setiembre vuelvo a casa.

—¿Y el Ejército?

—Al diablo con él. Ya buscaré alguna salida.

—¿Te has enterado de lo de Rubio Truaz?

—Sí, me he enterado. Más motivos de pesar. Esto huele mal, Sammy. Apesta. Esta guerra la están pagando los pobres y los desposeídos. Los chicos que pueden esconderse en las universidades o en el extranjero: tú y yo, por ejemplo, nos libramos. Los que no tienen medios, van al combate.

—Lo cual hace aún más execrable esta porquería de Vietnam. De cualquier modo, a nosotros aún no nos han llamado.

—¿Y si lo hacen?

—Yo qué sé. Sea como fuere, amigo Freddie, no vamos a arreglar los problemas del mundo. Ya tenemos los nuestros propios. Vamos a caminar y a recorrer el trayecto desde aquí hasta Galilea, y tenemos una cita con dos chavalas estupendas.

Aquella noche cenaron en un restaurante yemení en la antigua Jaffa, que está junto a Tel Aviv por el Sur. Miriam era una bonita joven de veinte años, morena. Su amiga era Rita Hogan, una arqueóloga irlandesa, católica, alta, delgada y con pecas y tenía el cabello rojizo y un ilimitado entusiasmo por todo lo israelí. Antes de que terminara la noche, Fred se había vuelto a enamorar.

Las mujeres llenaban las salas de estar de Barbara, que era más bien pequeña y estrecha, y siempre constituía un motivo de queja para los visitantes de la vieja casa de madera que había sobrevivido en las colinas de San Francisco. Allí estaban Sally, May Ling, Eloise, Clair Levy, Jean Lavette, Carla Truaz, Ruth Adams y Shela Abramson. Ruth Adams era una profesora de economía en Berkeley y Shela Abramson era la esposa de un fabricante de material sanitario. Estas dos mujeres eran viejas amigas de Barbara; años atrás, le habían dado dinero para el hospital de Toulouse que ella había ayudado a mantener. Ahora, en esta noche de finales de junio de 1966, bebían café, tomaban coñac y escuchaban.

—Estoy preocupada —les dijo Barbara—. Tampoco soy la víctima de una legítima fantasía. La verdad es que hace un montón de noches, doy vueltas en la cama pensando en cómo un grupo de mujeres decididas podrían ayudar a poner fin a esta guerra. Ninguna de mis ideas ha sido muy lógica últimamente, lo cual atribuyo a la menopausia o a algo parecido. Le digo a mi hijo que permanezca en Israel con la sensata idea de mantenerlo apartado de lo de Vietnam, lo cual es exponente de lo lógicamente que he estado pensando. De cualquier modo, he empezado a creer en mi fantasía, pero si la mayoría de vosotras creéis que estoy loca, podemos limitarnos a pasar una velada agradable y regresar a casa.

—Creo que estás un poco loca —dijo Clair—, pero ¿por qué no intentarlo?

—La cuestión es —intervino Sally— que cuando tú empiezas a llevar a la práctica esas fantasías, no dejas ningún cabo suelto. Lo sé, soy especialista en la materia, y si mi hija no estuviera aquí, podría señalar uno o dos. Pero entre una madre y una hija... ¡al diablo con eso! Di lo que debas decir, Bobby.

—Es muy sencillo. Sólo algo acerca de las madres; hay muchas.

—Te adoro —dijo Ruth Adams—, pero esto no tiene mucho sentido. La maternidad es tan antigua como el pastel de manzana. Y ambas cosas engordan.

—¡Qué chiste más malo! —exclamó Shela Abramson—. Dale una oportunidad a la chica.

—Lo que quise decir antes —les explicó Sally— es que si Bobby le ha estado dando vueltas a esta fantasía, y se va a dormir con ella en lugar de con un buen macho, es que probablemente lo tiene bastante claro. Así que, escuchémosla.

—El problema es que no tengo las ideas muy claras. Sólo se me ha ocurrido que nadie ha recurrido a las madres, y hay muchísimas. ¿Si su hijo va a ser destrozado, o va a volar por los aires, qué opina usted? Tengo la firme impresión de que todo el mundo piensa en el hijo de los demás. Me he estado dirigiendo a la gente para hablarles de este nuevo movimiento femenino, y muchos no están de acuerdo conmigo, pero tengo la convicción de que el punto capital de esto es la guerra: la más absoluta definición de un mundo de los hombres. Nos dejan embarazadas y tenemos

que pasar nueve meses vomitando y tratando de dormir con un vientre que no nos pertenece por completo. Te revientas de dolor para traer una nueva pequeña vida a este triste mundo, y entonces esos lunáticos idean una solución para el asunto en un lugar llamado Vietnam. ¿Tiene esto algún sentido?

—Yo tengo cuatro hijos —dijo Shela Abramson.

—Pero ¿qué podemos hacer nosotras? —preguntó Sally—. Vivimos en un mundo en el que nada importa excepto el curioso cerdo que rige el país. Ninguna de nosotras regimos países. Ninguna de nosotras tenemos la menor influencia, y ésa es la pura verdad. Si nos lamentamos de que somos madres con hijos, ¿quién nos escucha? ¿A quién le importa?

—Quizá no le importe a nadie —dijo Eloise—. Las chicas que yo conozco ni siquiera hablan de esto. Comentan lo mal que van sus matrimonios, las arrugas que les salen en la cara, el nuevo coche y la pildora. Y los hombres son peores. Yo creía conocer a Adam. Se deshace si uno de los chicos se corta, o le tienen que practicar una amigdalectomía, o algo parecido, pero cuando tocamos el punto de la guerra, se limita a encogerse de hombros. A mí sí que me preocupa. Si Bobby quiere gritar, yo lo haré con ella. Aun cuando nadie nos escuche.

—¿Puede la vieja decir algo? —preguntó Jean.

Barbara miró a su madre con interés. Cuando le propuso la primera vez que se uniera al grupo, se encontró con una terca negativa.

—Hagas lo que hagas, Bobby, adelante. Pero déjame a mí tranquila. Te dije que si necesitabas dinero, te lo daría. No voy a ir más lejos. Soy una reaccionaria ilustrada, y pretendo seguir así hasta el final de mi vida.

Finalmente, accedió al ruego de Barbara para que acudiera a escuchar. Barbara insistió en que su madre debía saber lo que iba a financiar. ¿Qué diría ahora? Barbara hacía años que renunció a adivinar las reacciones de su madre.

—En primer lugar —dijo Jean—, siempre he votado a los republicanos. Continuaré haciéndolo así, y mi posición ideológica hace que rechace a Mr. Johnson, y a ese espantoso calvito llamado Dean Rusk, que habla en su nombre. También tengo dos nietos en edad militar. Muy bien. Mi esposo, Dan Lavette, dividía a la gente en dos clases. Debo decir que a él le gustaba simplificar más que a mí. Sin embargo, en este caso, él tenía razón. Decía que existen los que se mueven y los que son movidos. Danny solía impacientarse por los sueños que tenía todo el mundo en la ciudad acerca del Puente Golden Gate, que no existía en aquellos tiempos. Hablaban, hablaban, hablaban. ¡Maldita sea!, exclamó él una vez. Si yo quisiera hacerlo, lo haría. ¿Cómo lo hubiera hecho? Pues cogiendo el toro por los cuernos. Habría reunido un grupo de ingenieros para que hicieran el proyecto, y después habría ido en busca de fondos. Y si se hubiese propuesto hacerlo, lo habría realizado. Él siempre insistía en que una cosa en movimiento crece. ¿No creéis que las cosas que estáis



diciendo también se comentan en un millón de hogares del país? Os aseguro que sí. Pero se limitan a hablar. Este país está lleno de madres. Si suponéis que eso va a cambiar un ápice el curso de esta maldita guerra, entonces dirigios a ellas.

—¿Y qué les diremos? —preguntó Ruth Adams.

Barbara se preguntaba cómo era posible tener una madre durante más de medio siglo e ignorarlo casi todo de ella. ¿La conocería su madre realmente a ella? ¿No serían extrañas la una para la otra?

—¿Barbara?

—Mirad —dijo ella lentamente—, no estoy segura de que tengamos que decirles nada, me refiero en este momento. Ellas ya lo saben. —Pensó que si su madre lo había visto con tanta claridad, difícilmente podría ser un secreto—. Creo que si pudiéramos hacerlas conscientes del número que son, eso sería el principio. Después vendrían otras cosas.

—Pero ¿qué somos nosotras? ¿Somos una organización?

—Si lo somos —intervino Shela Abramson—, y si Barbara va de nuevo a la cárcel, iremos todas con ella. Nada de quijotismos.

—Nadie irá a la cárcel —dijo Barbara—. Lo he discutido a fondo con mis abogados. No iremos a la cárcel, os lo aseguro.

—Amén.

—De todos modos, quiero saber qué somos.

—Somos mujeres. ¿No basta?

—No del todo —dijo Clair—. Deberemos actuar públicamente, y eso significa un local, una dirección, un número de teléfono, y por supuesto, un nombre.

—El local puede ser éste —replicó Barbara—, y el teléfono ya está puesto. En cuanto a lo del nombre... —se volvió a Carla Truaz—. Tú y May Ling no habéis dicho ni una palabra en toda la noche. ¿Os gusta la idea?

—Sí, a mí me gusta —contestó Carla suavemente.

—¿Qué nombre le darías?

Carla dudó, algo incómoda ante aquellos rostros que se habían vuelto hacia ella. La chica se miraba las manos fijamente.

—No sé. No se me ocurre ningún nombre.

—Inténtalo —dijo Barbara en tono cariñoso—. Nos has estado escuchando a todas hablar sobre el tema.

—Bueno..., creo que estaría bien... Madres para la paz.

—Es precioso —dijo una de las presentes—. Madres para la paz.

—¿Y qué eslogan adoptarías? —siguió preguntándole Barbara.

—¡Oh! No se me ocurre ningún eslogan. —De pronto, la chica estuvo a punto de llorar—. Realmente no sé lo que es un eslogan, no sé a qué se refiere usted con lo del eslogan.

—Es muy sencillo, querida. En pocas palabras, es lo que deseamos comunicarle a la gente. Es algo que deseamos decirle a todo el mundo... —Ahora estaban todas silenciosas y atentas, observando a la chica mexicana. Ella cerró los ojos y dejó de llorar—. Si pudieras, ¿qué les dirías?

—La guerra es mala —susurró Carla.

May Ling, sentada junto a Carla, la rodeó con un brazo y le secó las lágrimas.

—Ella tiene razón —dijo May Ling—. La guerra es mala para los niños y todas las criaturas vivientes.

En cuatro días de despreocupada caminata, Sam y Fred recorrieron la distancia entre Tel Aviv y Meggido. Llevaban mochila, pantalones cortos y zapatos ligeros de lona con suela de goma. Conversaron sobre su decisión de recorrer el país a pie sólo una vez. Aceptaron que los llevaran en un carro cargado de chicos y chicas que regresaban a un kibbutz. La mayor parte del trayecto la ocuparon en encontrar una apropiada traducción al hebreo del nombre Frederick. No lo consiguieron, pero fueron en carro dieciocho kilómetros. Les dieron de comer en el kibbutz y después hubo baile. A la mañana siguiente reemprendieron la marcha, dirigiéndose al interior desde la costa en Hadera.

—Ya lo tengo —dijo Fred—. Ya está. Me casaré con Rita Hogan y me haré judío. Aquí me necesitan. Les enseñaré cómo elaborar un vino que se pueda beber.

—Tú y Moisés. Él encontró agua, y tú les vas a dar vino. Rita Hogan es católica, y tú eres bastante *Wasp*, o sea anglosajón de familia protestante.

—Circuncidado.

—¿No hablarás en serio?

—¿Quién sabe? —dijo Fred—. No me he divertido tanto desde hacía muchos años. Me gusta esto. Este lugar me va. ¿Te acuerdas de esa chica, anoche, con la que mantuve una discusión tan animada?

—Ah, sí, aquélla con los pechos tan grandes...

—Siempre piensas en lo mismo. Bueno, pues, ¿qué crees que discutimos?

—¿Temas de sexo?

—¡Qué va, amiguito! Esas chavalas del kibbutz no son unas calentabraguetas. Estuvimos discutiendo la traducción de Suetonio hecho por Graves. La acaba de leer, en inglés, primo. ¿Te imaginas una muchacha de granja leyendo en casa a Suetonio en hebreo?

—¡En el nombre de Dios! ¿Para qué tendría que leer una muchacha de granja, en California, a Suetonio en hebreo? ¿Si es que encontrara semejante traducción al hebreo?

—No me comprendes.

—Demasiado bien. ¿Hicisteis algo?

—Ya te lo he dicho. Con esas chicas no hay nada que hacer.

—Pues yo sí.

—Bocazas. ¿Has probado alguna vez en un kibbutz?

—No busco chavalas de pueblo. ¿Te imaginas a Rita Hogan volviéndose judía y viviendo en un kibbutz contigo?

—¿Quién sabe?

—¿Cuántas veces te has enamorado, Freddie?

—He perdido la cuenta. Me gusta enamorarme.

Siguieron caminando. Sam guardó silencio, mirando a su alrededor lleno de curiosidad, con el rostro tenso. Cuando Fred le preguntó en qué estaba pensando, sacudió la cabeza, casi encolerizado.

—¿Qué te pasa, chico? ¿Es por algo que te he dicho? Ya sabes que me expreso de una manera...

Sam volvió a sacudir la cabeza. Después, al cabo de unos instantes, habló.

—En algún lugar de por aquí, probablemente lo tenemos a la vista —señaló a las colinas rocosas—, mataron a mi padre, allá por el año cuarenta y ocho. Quizás a dos o tres kilómetros de donde nosotros estamos.

—¿No lo sabes con exactitud?

—No hay forma de saberlo. —Apuntó hacia un kibbutz en la distancia, con sus verdes campos cultivados, los edificios y los huertos—. Todo eso no existía en el cuarenta y ocho. No sé por qué deseo saber dónde sucedió, pero en cierto modo me interesa. Había cuatro hombres: mi padre, un norteamericano llamado Brodsky, que estuvo con él en la guerra civil española y dos israelíes. Todos ellos fueron muertos por los árabes. Un estúpido episodio de la guerra, tan estúpido como casi todas las guerras. No ha quedado recuerdo en ninguna parte. Traté de descubrir el punto. No hubo modo. Él luchó en la guerra de España, y después seis años en el Ejército británico durante la Segunda Guerra Mundial, y después murió aquí. ¿Por qué? ¿Quién era él? Toda la vida he soportado la desagradable carga de ser el hijo de un héroe. ¡Héroes! Hubiese preferido tener un padre.

—Ya comprendo por qué has venido aquí —dijo Fred.

—Sueño con él. He visto fotografías de él, pero en los sueños se me aparece sin rostro.

En las excavaciones de Meggido, Rita Hogan les consiguió una tienda de campaña en donde pudieran pasar la noche, y les comunicó, muy emocionada, que había obtenido un día libre para enseñarles todas aquellas ruinas.

—No tengo ya derecho a ningún día libre. Ya he disfrutado todos los que me correspondían. Pero Bert Meadows, que es el jefe de aquí, es una buena persona y ha atendido mi petición. Hoy podréis comer también con todo el personal.

—¿Qué te pagan aquí? —preguntó Sam.

—¿Pagarme? Soy voluntaria. Sólo me cobran tres dólares al día por la comida.

—Son todo corazón, ¿verdad?

—Es que tú no eres arqueólogo.

—Sólo soy un confuso aspirante a médico.

—Si fueras arqueólogo —dijo Rita—, sabrías el privilegio que supone que te permitan trabajar aquí.

—No te preocupes por Sammy —dijo Fred—. No le van el romanticismo ni los pensamientos elevados. Estamos aquí, en el ombligo de la civilización, y a él se le ocurre hablar de dinero. Es un bárbaro.

El «bárbaro» caminaba detrás de la pareja, observándolos con interés, mientras Rita les enseñaba las excavaciones. Era un hermoso día, caluroso, despejado, el cielo en lo alto parecía una lámina de bruñido acero azul. La vasta llanura de Meggido deslumbraba por la luz solar veraniega. Aquello era el último símbolo de la guerra, el campo de batalla de los tiempos —*Har Megiddo* en hebreo, que san Juan transliteró en Armagedón— en donde se libraré el último combate. Como siempre, igual que había hecho día tras día desde que estaba en Israel, Sam se preguntó qué era: judío o gentil. No muy lejos de aquel sitio, su padre había pagado el interminable precio de sangre y más sangre. ¿Existía California? ¿Qué tenían que ver con California los fieros guerreros que en tiempos primitivos lucharon en aquella llanura? ¿O qué tenían que ver con él? Él era un turista, el visitante, el observador. Contemplaba, tomaba notas, estudiaba. Esto lo había hecho del mismo modo en las calles de San Francisco, o en las aulas de la Academia Roxten. No pertenecía a ningún lugar. Trataba de ser judío, y le resultaba lo más difícil que había intentado jamás.

Fijándose en Fred y Rita, que caminaban delante de él, los vio altos y esbeltos. Se le ocurrió un pensamiento típicamente judío: «Una hermosa pareja de goys rubios». Sin embargo, en veinticuatro horas, Freddie se había vuelto más judío que él en dos años. Freddie se entregó de corazón a aquel lugar. Le encantaba, disfrutaba con la comida, con la gente, con la deliberada falta de cortesía, con la arrogante autosuficiencia. No obstante, Freddie no había tenido que librar las mismas luchas interiores que él. Freddie tenía un padrastro judío a quien adoraba; su vida estaba programada en las pendientes cubiertas de viñedos de Napa; Freddie podía ser judío o gentil, sin traumas ni problemas. Freddie se enamoraba con la misma rapidez que cualquiera se calza un par de zapatos. Sam se preguntó dónde estaba su amor. ¿Por qué no se había enamorado en dos años? Freddie le había dicho: «Éste es el definitivo. Es una gran chica. Estoy decidido a casarme con ella. Rita... ¿no es un nombre hermoso? ¿Cómo lo traducirías al hebreo?».

—No tiene traducción —le replicó Sam con acritud—. Es un maldito nombre goy, como el tuyo.

Ahora la chica con «el maldito nombre goy» y los brazos pecosos, con su cabello

rojizo, les estaba enseñando los establos que habían sido excavados:

—Son los Establos de Salomón —dijo ella—. Tenían capacidad para novecientos caballos que tiraban de carros de guerra. ¿Os lo imagináis? Novecientos caballos.

—No fueron construidos por Salomón —dijo Sam—. Fueron construidos por el rey Ahab, que fue esposo de Jezabel.

—Eso ya lo sé —dijo Rita—. Pero los llaman los Establos de Salomón.

Fred miraba a Sam con curiosidad. Éste se sintió avergonzado.

—Lo siento —dijo el muchacho—. No quería humillarte, Rita.

—Ya lo sé. Vamos, quiero enseñaros el templo cananita.

—Yo lo he visitado —anunció Sam—. Id vosotros por delante. Luego nos reuniremos.

Sam tomó asiento sobre una piedra, recorriendo con sus dedos el tallado de su superficie. La piedra resultaba cálida al tacto.

—¡Maldición! —dijo en voz baja—. Hubieras debido estar aquí conmigo. ¡Dios, te necesito tanto!

Pero su padre no podía darle ninguna respuesta.

Phil Baker, que era editor ejecutivo del *Morning World*, de Los Ángeles, abrió la puerta de la oficina de Carson Devron, y le preguntó si podía dedicarle unos minutos.

—Todo el tiempo que quieras. ¿De qué se trata, Phil?

—Esto nos ha llegado del departamento de anuncios. Kelly ha creído que yo debía verlo. Y yo considero que tú también debes verlo. —Extendió sobre la mesa de Carson la prueba de un anuncio a toda página—. Para la edición de mañana.

El anuncio tenía sólo una fotografía; el resto era tipografía. Carson reconoció la fotografía. Fue tomada años atrás, durante la invasión japonesa de China. Mostraba un niño desnudo sobre una calle en ruinas de una ciudad destruida. La fotografía se llegó a hacer famosa en aquel tiempo, se reprodujo ininidad de veces, convirtiéndose en algo obligado en las exposiciones fotográficas. En el encabezamiento de la página, en grandes caracteres, se leía:

## MADRES PARA LA PAZ

Y debajo: «Somos un grupo de mujeres que nos hemos unido a fin de hacer todo lo posible para detener la guerra en Vietnam, y con la esperanza de acabar con todas las guerras. Nuestro propósito es que las madres norteamericanas conozcan sus respectivos sentimientos. Al hacerlo así, pretendemos hacer saber al Gobierno que millones de mujeres de este país nos oponemos a la guerra y proclamamos nuestro deseo de paz. Con este objetivo, ofrecemos una sencilla consigna. Si esto parece ser la voz de un niño llorando en medio de una oscura desolación, entonces sólo podemos decir que “un niño debe guiarlas”. Éste es nuestro eslogan:

»“La guerra es mala para los niños y otras criaturas vivientes.”».

Debajo seguía la fotografía del niño, con el siguiente pie: «¿Puede este silencioso testimonio convertirse en la voz más fuerte del país? Nosotros lo creemos así, y os pedimos que os unáis a nosotras para difundir nuestra consigna y nuestro nombre por todos los Estados de este país. Escribidnos. Os enviaremos distintivos de solapa, adhesivos, carteles y banderolas. Si deseáis ayudarnos económicamente, enviadnos lo que podáis. Si no os es posible aportar ninguna contribución, os remitiremos gratis todo el material que necesitéis».

Iba firmado por Barbara Lavette, así como por otras cinco mujeres. Carson reconoció el nombre de Sally Lavette, la cuñada de Barbara. Los otros nombres le eran extraños. La dirección era la casa de Barbara, en Green Street.

—¡Ya lo he visto! ¿Qué pasa? —preguntó Carson a Baker.

—¿Lo publicamos?

—¿Hay algún problema de pago?

—Llegó con un cheque.

—Entonces, ¿por qué diablos me preguntas si lo vamos a publicar? ¿Desde cuándo rechazamos publicidad? —preguntó Carson en tono duro.

—Vamos, Carson. No me eches la caballería encima. Ya sabes que, editorialmente, hemos sido tremendamente cuidadosos con esta asquerosa guerra.

—Esto no es un editorial. Es simple publicidad. Ya hemos publicado otros anuncios antibélicos.

—Sí, pero pequeños. Éste ocupa una página completa.

—Muy bien, ¿y cuál es la diferencia?

—El viejo...

—Mi padre no dirige este periódico —le interrumpió Carson violentamente—. ¡Lo dirijo yo!

Baker asintió, se dio la vuelta y salió de la oficina. Carson permaneció sentado tras su mesa, estudiando la prueba que le habían dejado. Estuvo así unos diez minutos y después se levantó abandonando la oficina. Al salir, le dijo a su secretaria:

—Telefonee a mi esposa y dígame que he tenido que ir a San Francisco. Volveré esta noche. No sé a qué hora.

—¿En dónde se le podrá localizar, Mr. Devron?

—No se me podrá localizar. El periódico sobrevivirá.

Llegó al aeropuerto a tiempo para coger el avión de las diez treinta. Una vez estuvo dentro del aparato, empezó a lamentar lo impetuoso de su acción. ¿Qué significa aquello? ¿Había estado esperando todos aquellos meses una excusa para ver a Barbara? ¿Podía permitirse hacer algo tan pueril? ¿Por qué Phil Baker le había enseñado aquel anuncio? ¿Era porque todo cuanto estaba relacionado con Barbara Lavette era aún considerado como de su competencia, de su interés? Cuando el avión

tomó tierra, Carson no había resuelto ninguno de sus problemas interiores. Sin embargo, se tranquilizó y se dijo que las cosas se resolverían por sí solas. Él sabía lo que pretendía hacer, aunque ignoraba por qué se proponía hacerlo.

Como muchos hombres, Carson se forjaba ilusorias islas de inmutabilidad. Ciertas cosas deben seguir tal como son, y una de ellas era la casa de Green Street. Aunque se hubiera divorciado de su esposa y se hubiese casado con otra mujer, un reducto de su memoria permanecía intacto, y con ese estado de ánimo se apeó del taxi que le había conducido allí desde el aeropuerto y subió los viejos peldaños de madera de la casa de Barbara. Se disponía a tocar el timbre cuando reparó en un tarjetón: «La puerta está abierta. Pase, por favor». Mientras leía esto, dos mujeres llegaron, empujaron la puerta y entraron en la casa. Él las siguió y se encontró con un maremágnum de mujeres, ruido y actividad. El mobiliario de la pequeña sala de estar había sido arrinconado contra la pared, y una larga tabla apoyada en caballetes ocupaba la estancia en toda su longitud. A aquella improvisada mesa había sentadas ocho mujeres, cuatro a cada lado; se afanaban con montones de papeles, sobres, tarjetas y sellos de correos. En el comedor, tres chicas hacían funcionar una multicopista. Sobre la entrada del comedor, un cartel anunciaba: «Información, aquí». En lo que pudo ver del comedor, distinguió a dos mujeres escribiendo a máquina, y al menos a otra media docena muy atareadas. A su derecha, en el pasillito en que se encontraba, había dos cajas de cartón abiertas que contenían distintivos de solapa; aquellas cajas hacían aún más pequeño el lugar, lo cual lo obligó a apretarse contra la pared para dejar pasar a otra mujer. Oyó que gritaban desde la cocina.

—¡Café! ¿Quién quiere café?

Del piso de arriba, una voz gritó para que se la oyera en aquel barullo:

—Alice, ¿quieres subir aquí? ¡Necesitamos ayuda!

Carson se dirigió a la sala de estar y se quedó allí, consciente de que cada vez había más ojos que se volvían a él. Por momentos sentíase más incómodo en aquella abarrotada habitación. Se llevó una alegría al ver aparecer a Barbara en aquel instante; bajaba por la escalera y en seguida se dio cuenta de su presencia. Ella se acercó a él, le cogió la mano y le besó en una mejilla.

—¡Cuánto me satisface verte! ¿Qué te trae a este manicomio?

—He tenido que venir a San Francisco. —Mintió, y se arrepintió de haberlo hecho—. No, no tenía que venir a esta ciudad. Sólo quiero hablar contigo. ¿Podemos almorzar juntos?

Ella dudó unos instantes. Después asintió y dijo:

—Claro, Carson. Hablar en este sitio sería empresa imposible. Dame un poco de tiempo para resolver unas cosillas, coger mi chaqueta y en seguida estaré contigo.

Barbara sentía la necesidad de estirar las piernas, de modo que bajaron paseando por la colina hasta el Embarcadero, y después hasta el restaurante de Gino y Jones

Street. El día era agradable y fresco, lo bastante ventoso como para producir cabrillas en las aguas de la bahía, pero placentero hasta el punto de que el Embarcadero estaba lleno de turistas. Caminando junto a Barbara, Carson experimentó una repentina sensación de libertad, como si hubiera sido un muchachito al que le permitieran hacer una travesura; notaba cierto sentimiento de culpabilidad que añadía encanto a la situación. Le llenó de entusiasmo el aire limpio del Pacífico, la amplia vista de la bahía, los colores de la ropa de verano de los turistas y las casas blancas que se erguían en las maravillosas colinas.

—¿Por qué no vivo aquí? —le preguntó a Barbara—. ¿Por qué vivo en esa turbia ciudad dél Sur?

—Las preguntas retóricas nunca requieren una respuesta, ¿verdad? Me imagino que todos los turistas del Embarcadero se preguntan lo mismo. Nuestra población no aumenta.

—Porque no queréis. Sois la gente más cerrada del país, y poseéis la ciudad más maravillosa de Norteamérica, y deseáis que siga igual.

En el restaurante, observando el moreno y juvenil rostro de Carson, Barbara le preguntó:

—¿Por qué has venido aquí, Carson?

—Para darte esto. —Se sacó un cheque del bolsillo y se lo entregó.

—¿Qué es esto?

—El pago de tu anuncio.

—¿Quieres decir que no lo vas a publicar?

—Claro que lo vamos a publicar. Lo verás mañana en el periódico.

—Entonces —dijo ella, mirando el cheque—, no lo comprendo. ¿Por qué me lo das?

—Porque no quiero, no quiero que pagues un anuncio en mi periódico.

—¿Por qué no? Tú diriges un negocio, no una institución de caridad.

—Digamos que es mi contribución. Tú admites donativos. Tu anuncio los pide.

—Sí, admitimos donativos —dijo Barbara lentamente—. De gente que simpatiza con lo que tratamos de hacer.

—No sabía que pusierais condiciones.

—Sólo trato de comprender la razón de que me des una suma tan elevada de dinero. Tu periódico no se ha portado muy bien en esta cochina guerra. Habéis encontrado toda clase de razones para no denunciarla. Utilizáis esa horrible frase de «balance de bajas» cada día, como si hubieran matado moscas, no personas.

—Sí, eso es verdad.

—Entonces, ¿por qué?

—¿Podrías entenderlo si te dijera que me disgusta Lyndon Baines Johnson y esa carnada de elementos prostituidos que trabajan para él?



—¿Porque es un demócrata y los Devron sois republicanos hasta el tuétano?

—¿Eso es lo que realmente piensas de mí?

—No. No, siento haberlo dicho. Ha sido desconsiderado y fuera de tono.

—¿Aceptarás el cheque?

—Claro que sí —respondió Barbara, sonriendo—. Eres un encanto, Carson. —Se metió el cheque en el bolso—. Esto y todo lo que nos quieras dar. En esto no siento escrúpulos. A pesar de la intensa actividad que nos ves desarrollar, no tenemos ni un centavo. Gastamos el dinero con más rapidez de la que lo ingresamos. Vamos a publicar ese anuncio en el *New York Times* y en el *Washington Post*. Hemos contratado cien cuñas radiofónicas, y hemos impreso cien mil adhesivos, así como doscientos mil folletos. Tenemos una oficina de voluntarias en Nueva York y otra en Chicago, y vamos a abrir sucursales en Los Ángeles y en Washington. Nosotras les enviamos desde aquí todo el material que necesitan. La semana pasada gastamos sólo en correo mil ochocientos dólares. Mi cuñada Sally, que hace años fue estrella de cine y que durante mucho tiempo ha soñado en el modo de dejar de ser un ama de casa de Napa, se ha puesto a viajar por todo el país, para que la entrevisten en la Televisión y así explicar lo que intentamos hacer. Eso supuso contratar un equipo de relaciones públicas para arreglar lo de las entrevistas, así como pagarle sus desplazamientos. Eso son sólo las líneas generales. Lo más pesado es nuestra correspondencia, y todavía no me he metido con eso. Recibimos quinientas cartas cada día, y creemos que en el siguiente mes llegaremos a las mil.

—¿Y has hecho todo esto tú sola?

—Nunca, nunca, Carson. —Barbara movió la cabeza en señal de disgusto—. Lo que has visto en mi casa no ha sido casi nada. Cuando el tiempo es tan bueno como hoy, la mayoría de las voluntarias no acuden. Pero tenemos voluntarias, docenas de ellas, y son maravillosas, sencillamente maravillosas.

—Nunca te había visto así. Jamás te había visto tan excitada con nada.

—Sí, esto me excita. Cuando empezamos, era sólo un vago proyecto mío. Ni en mis momentos de mayor fantasía soñé con que funcionaría de esta forma.

—Pero ¿de dónde obtienes el dinero? Esto te debe de costar una fortuna.

—Sí. Mi madre me ha dado cincuenta mil dólares.

—¿Tu madre? ¿Me estás diciendo que la anciana reina de Russian Hill te ha dado cincuenta mil dólares para una organización antibelicista?

—Tal como te lo cuento. Y no es deducible de los impuestos. Esas ratas del Internal Revenue Service no nos declararán organización de interés social y los donativos que recibamos no desgravarán. Nunca antes me había metido en algo semejante, y créeme, es muy aleccionador.

—Pero ¿tu madre?

—Ya sé. Yo puse veinte mil dólares de mi bolsillo, y creo que le hubiera dado

vergüenza poner menos.

—¿De dónde diablos has sacado veinte mil dólares?

—Mi libro se está vendiendo horrores. No necesito el dinero. Otros amigos míos han contribuido con cien dólares más, y cada día recibimos algunos billetes de dólar, o de cinco dólares. Una mujer de Kansas cuyo hijo murió en Vietnam, nos ha enviado todos los atrasos que el Ejército le debía al muchacho: más de mil dólares. Y una joven que colabora con nosotros, se llama Carla Truaz y es de familia chicana, ha entregado sus ahorros: cuatrocientos doce dólares. Lo considero un dinero bendito.

Les sirvieron la comida. Carson miraba asombrado a Barbara.

—Por favor, come —le dijo ella—. Me acabas de entregar un dinerito, de modo que puedo dar por bien empleada esta tarde. Ya hemos hablado bastante de mí. No te había visto desde tu matrimonio.

—No, no nos habíamos visto.

—Estoy segura de que será una persona maravillosa.

—No eres sincera, Barbara. Nunca has hablado con ella.

—¿Eres infeliz, Carson?

—Estoy debidamente casado, y tengo un hijo de nueve meses, de manera que ya he cumplido mis obligaciones para con los Devron —dijo él con amargura—. Si consideras que he sido desleal utilizando tu anuncio como una excusa para venir aquí, probablemente tendrás razón. En lo que resta de nuestra ética, la deslealtad es menos reprobable que la infidelidad. Quería verte. Sentía desesperados deseos de verte.

—Lo siento, Carson. Lo siento muchísimo.

—La cuestión es —dijo él con cierta tristeza— que ella me gusta. Es una buena persona.

—Y muy hermosa —dijo Barbara—. Vi su fotografía en el periódico.

—Sí, es muy atractiva.

—Y si pudiera vernos aquí, Carson, se quedaría desconcertada, y con mucha razón, por la atracción que ejerce sobre ti una mujer mayor cuyo cabello se está volviendo gris rápidamente.

—Tú no eres una mujer mayor.

—Qué bondadoso eres, Carson. Te quiero muchísimo. Siempre te querré. Eso no cambia nada. Sólo los tontos y los egoístas creen que el amor debe estar reservado a una sola persona.

—Gracias, Barbara —dijo él suavemente.

—Y ahora, ¿vas a comerte tu almuerzo?

—Claro. Una cosa, me gustaría enviar a alguien para que confeccione un reportaje sobre tu organización.

—Muy bien. ¿Por qué no? Queremos toda la publicidad que podamos obtener, buena o mala.

—Será buena.

Austin Campbell era un texano de quien se decía que no tenía más ambición que la de servir al presidente. En su anterior vida como ciudadano privado, había amasado muchos millones de dólares en el negocio del petróleo, y al ser un viejo amigo de confianza del presidente, ocupaba una posición de privilegio. Tenía una pequeña oficina en la Casa Blanca, fácil acceso al presidente, y, según el término periodístico, no era muy visible. Era un hombre rollizo, jovial, con papada y una naricilla de perro dogo; solía llevar amplios sombreros «Stetson» y caras botas de tacón alto. Tom Lavette apenas conocía a Campbell. Nunca se había reunido con él, pero a juzgar por lo que había oído de aquel hombre, tenía razones para respetarlo. Cuando la secretaria de Campbell llamó desde Washington y anunció que Campbell, que estaría en la Costa Oeste, tenía interés en hablar con Mr. Lavette, Tom manifestó en seguida su conformidad.

Campbell entró en la oficina de Tom con expresión pueblerina de respeto y admiración. Estrechó la mano de Tom efusivamente y echó una ojeada a la amplia y lujosamente amueblada oficina.

—¡Vaya, esto está muy bien! —dijo en señal de aprobación—. Allí en Washington me han dado un cuartucho de nada. Me gusta ese Jackson Pollock que tiene usted ahí —señaló hacia un enorme lienzo colgado de la pared—. ¿Es un Pollock?

—Sí, lo es.

«Cuidado —pensó Tom—. No te engañes con sus botas de cowboy».

Campbell se aproximó a los ventanales que brindaban una panorámica de la bahía, el Puente Golden Gate y las colinas de Marin County.

—Es estupendo. Viven ustedes en una ciudad fantástica, Tom. ¿No le importa que le llame Tom?

Tom movió la cabeza, tratando de dominar su fastidio. No le gustaba aquel subterfugio de recurrir al nombre de pila. Llamas a una persona por su nombre y rompes la primera barrera ante un extraño.

—¿Quiere tomar una copa? —le preguntó Tom.

—Bueno, unos dedos de Bourbon, con un poco de agua, sin hielo.

Tom oprimió un botón que hizo salir un bar de la pared, le preparó la copa a Campbell, él no quiso beber nada dando la explicación de que era demasiado temprano, y se sentó en un extremo de su escritorio, mientras Campbell se acomodaba en un confortable sillón de cuero negro «Eames».

—Thomas —dijo Campbell—, el presidente opina que debemos mantener una pequeña conversación. Ambos sabemos que es usted un hombre fuerte en el partido de la oposición, pero el presidente se reunió una vez con su padre, hace años, y tiene

buenos recuerdos del gran Dan Lavette, de modo que dejemos el partido a un lado por unos momentos. El presidente está llevando una pesada carga. Nadie más que él quiere acabar con este asunto del Vietnam, pero ¡Dios santo!, debe ser concluido salvaguardando nuestro honor y dignidad, así como sin entregar el Sudeste asiático con armas y bagaje a esos canallas de ojos oblicuos de China. Así que, ¿cómo supone que se siente con nuestros mejores hombres allí, entregando sus vidas, mientras nos apuñalan por la espalda moralmente en nuestro propio país?

—Es una situación difícil —admitió Tom.

—Condenadamente difícil, con esos estudiantes moviéndose como locos por todo el país y con Fullbright clavando un cuchillo en su espalda y agrandando la herida. Bueno, éstos son gajes del oficio, pero hay un nuevo muchacho en la plaza, ¿o debería decir una nueva muchacha? ¿Qué opina usted de la maternidad? Es como el pastel de manzana o la «Coca-Cola». Pero esta vez se ha convertido en una terrible plaga. — Hizo una pausa y miró a Tom con ojos interrogantes, solicitando una respuesta.

—No acabo de entenderle —dijo Tom deliberadamente.

—Me refiero a la organización de su hermana, ya que desea que le hable con franqueza. Eso que llaman «Madres para la paz».

—Sí, he oído hablar de ello. No creo que tenga tanta importancia como para preocupar. Hay otras organizaciones antibelicistas.

—Tom, es preocupante. Más que eso, es algo intolerable. Empezaría aquí en su ciudad en alguna reunión informal, pero ahora se conoce en todo el país y se extiende como el sarampión. Han abierto una oficina a dos pasos de la Casa Blanca. Ahora...

Tom pretendió interrumpirle, pero Campbell ignoró sus palabras.

—Ahora escuche un momento, Tom. Estas mujercitas nos están poniendo en un aprieto. Podemos manejar lo de los estudiantes, o lo de los comunistas, pero esto de las madres hace pupa. Queremos que se pare. Usted ha estado en el juego, y no tengo que explicarle las razones.

—¿Y cómo espera usted que lo pare?

—Se trata de su hermana.

Tom sonrió por vez primera desde que Campbell entró en su oficina.

—¿Conoce usted a mi hermana?

—Nunca he tenido el gusto.

—Si usted la conociera, comprendería que no es susceptible de ser presionada. No tengo ninguna influencia sobre ella, ninguna en absoluto.

—Bueno, pues le sugiero con todos los respetos que cambie usted esta situación.

—¿Cómo?

—Eso, hijo, es su problema.

—Mr. Campbell, tengo cincuenta y cuatro años. ¿Qué edad tiene usted?

—Oh, pues tengo unos cinco o seis años más que usted.

—No los suficientes como para ser mi padre —dijo Tom fríamente—. No me gusta que me llamen hijo, ni usted ni nadie. Tampoco me gusta que me llamen por mi nombre de pila personas desconocidas.

Campbell se lo quedó mirando detenidamente. Después asintió.

—De acuerdo, Mr. Lavette. Me he creído que estaba como en casa. Veo que ustedes aquí tienen su forma de ser. Puesto que vamos a ser fríos y formales, déjeme que le diga un par de cosas y me iré. Usted es propietario de una considerable flota de barcos cisterna. —De un bolsillo de la chaqueta se sacó un librito de notas—. En los últimos doce meses —dijo pasando las hojas del librito— usted ha entregado en Vietnam, por contrato con el Ejército unos trescientos ochenta millones de dólares en petróleo, fuel oil y gasolina. También hay unos cargamentos, aparte el petróleo, por valor de sesenta y dos millones. Esto constituye un excelente negocio, Mr. Lavette. Piense en ello.

Tras decir esto, se levantó de su asiento, sonrió y se marchó de la oficina de Tom.

Aquella noche, en la cena, Tom relató el incidente a su mujer, Lucy. Los años no habían tratado bien a Lucy; era cuatro años mayor que Tom, una mujer alta, seca, de labios finos. Su matrimonio estaba extrañamente desprovisto de amor, se daban a regañadientes algo profundamente sentido y necesitado. Ella era como su madre, y a su lado Tom ya no era el gran magnate, el frío e inaccesible Thomas Lavette; solía mostrarse como un niño suplicante, oscilando entre la dependencia y el odio, y ella era su a disgusto tolerado punto de apoyo. Lucy ahora lo consoló, mirándolo con una mezcla de afecto y desprecio.

—Pero ¿qué puedo hacer? Ese gordo y aceitoso canalla ha puesto el dedo en la llaga. ¿Qué puedo hacer?

—Déjame pensarlo. Encontraré una solución.

—¿Influir en Barbara? Lo dudo.

—No desconfíes de mí, Thomas —dijo ella gentilmente, sonriendo con el mejor sentido del humor que era capaz de mostrar—. A ella se le pueden poner las cosas difíciles.

—Barbara es mi hermana.

—No matamos a la gente. No somos la Mafia. Hay modos más civilizados.

—En eso confío, en eso confío.

Hasta finales de octubre, Carson no telefoneó a Barbara desde Los Ángeles, para anunciarle que le enviaba un reportero a San Francisco, para cubrir la noticia de «Madres para la paz». Barbara acababa de regresar a San Francisco. Había previsto reunirse con Sam en Israel en setiembre, pero después él cambió sus planes y decidió pasar la última semana de agosto en París con Fred. Barbara voló a París con Eloise, su primera visita a la ciudad desde los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Ya era un lugar muy distinto, y Barbara descubrió que en vez de la turbulencia emocional que ella había esperado, sintióse extrañamente indiferente, como si hubiera visitado un lugar en el que no hubiese estado antes. Excepto por el placer de ver a su hijo, reaccionó con el desinterés de un turista. O quizá la actitud de Sam hacia ella dejó en segundo plano todo lo demás. Hacía un año que no veía a su hijo Sam; se había engordado, y con su rostro tostado por el sol, sus azules ojos parecían más claros que nunca, semejabán del azul propio del hielo invernal. Más que otra cosa, aquellos ojos le recordaron a su padre; igualmente, su mirada aparecía ensombrecida por la duda, producto de alguna inseguridad interior. Barbara no lo vio muy entusiasmado con su decisión de finalizar su formación premédica en Israel; tampoco consiguió que le explicara qué preguntas sin respuesta seguían atormentándolo. Posteriormente, consideró que lo podría haber pasado mejor con él aquellos días, aunque no dejó de reconocer que también hubieran podido pasarlo peor. Ella podía recordar con toda claridad sus propias emociones cuando tenía la edad del muchacho.

Por su parte, Eloise vio estremecerse violentamente su mundo. En primer lugar, Fred le presentó a una chica alta y pelirroja, arqueóloga, llamada Rita Hogan quien, según le informó él, había aceptado ser su esposa. Además, Fred le anunció que, con guerra o sin guerra, ambos regresaban a los Estados Unidos. Eloise, que hacía unas semanas se había librado de sus terribles jaquecas, ahora volvió a padecerlas.

Barbara sintió alivio cuando ella y Eloise estuvieron a bordo del avión de regreso a casa. Fred y Rita los seguirían, dentro de una semana aproximadamente.

—No es sólo porque ella sea católica y su padre un obrero metalúrgico —se quejó Eloise—. Eso lo soportaría. Lo malo es que ella lo ha arrastrado a los Estados Unidos, y él podría ser llamado a filas.

—Eloise, querida, también podrían llamarlo a filas aunque estuviese en Europa, y es posible que ella esté embarazada, lo que significa que, como padre, no será movilizad.

—La conoció hace sólo dos meses —se quejó Eloise.

—Es un tiempo suficiente. Conozco a Freddie. —Barbara se preguntó por qué no habían sido las cosas tan sencillas con Sam. A su hijo lo atormentaban ciertos fantasmas, y sentía profundo pesar por su incapacidad de comunicarse con él, de influirle, de convencerlo de que todo iba bien, de que él era lo que era.

Al llegar a Nueva York, Eloise siguió hasta San Francisco, mientras que Barbara inició una gira de conferencias: Nueva York, Boston y después un seminario en Chicago. Adonde iba, siempre había mujeres esperándola y deseando hablar con ella. Cuando, finalmente, regresó a San Francisco, encontró el núcleo de su organización, las voluntarias en su casa de Green Street, totalmente falto de fondos, mientras el desaliento y el pánico ganaban terreno. Entonces fue cuando Carson la llamó para

decirle que su mejor reportero en temas femeninos, Gertrude Simpson, llegaría a San Francisco el día siguiente.

—Barbara —le aseguró él—, puede ser una historia sensacional. Lo publicaremos en la primera página, en la primera columna, en la edición dominical. Y Gert es un encanto. Está plenamente contigo.

—Carson —dijo Barbara, decidida a dejar a un lado los escrúpulos—, eres un hombre bueno y maravilloso. Necesitamos ese reportaje. Pero aún más que eso, necesitamos dinero. No tenemos ya ni un centavo y estamos desesperadas por completo. Tú tienes muchas amistades que son más ricos que Dios. Yo he aprendido a mendigar, créeme. Si pudieras reunir a unas cuantas de esas personas en una habitación a fin de que yo pudiera hablarles, mejor si son mujeres, aunque si no hay otra cosa también servirían hombres... ¿Me comprendes?

—Dame una semana. Veré qué puedo hacer.

Su siguiente paso fue dirigirse a la oficina de Boyd Kimmelman. El rostro se le iluminó cuando vio a Barbara.

—¡Bobby! ¡Dios mío, cuánto te he echado de menos!

A Barbara le gustó estar entre los brazos de un hombre que la apretó con fuerza contra sí, la besó y la hizo sentirse como una mujer adorada, protegida. Por un momento se le ocurrió la fantasía de que era una esposa sin otras obligaciones más que las propias de un ama de casa de edad madura.

—¿Cuándo has regresado?

—Anoche. ¿Sabes?, estuve a punto de ir a tu apartamento. Al llegar a casa, abrí la puerta y me encontré con que casi no podía pasar a causa de los montones de cajas de cartón y de las mesas improvisadas; el lugar olía a humo de tabaco reconcentrado. Y, ¿quieres creerme?, ellas estaban ordenando recortes de Prensa sobre mi cama. Me sentí tentada de marcharme corriendo e ir a tu casa.

—¿Por qué no lo hiciste?

—No sabía si estabas solo.

—No te creo. ¿Cómo pudiste pensar algo semejante?

—Pues no me creas. He estado metida hasta el cuello en ese movimiento femenino durante tres semanas.

—¿Y qué me dices de París?

—Puedes creerme, Boyd: me dejó fría. Hasta los fantasmas mueren al cabo de treinta años. Suponía que el recuerdo de Marcel me partiría el corazón, pero su recuerdo no fue diferente allí de lo que es aquí. Oh, sí, me gustó volver a oír hablar en francés, hablar en francés y ver a Sammy. Pero hay un muro entre nosotros. Y no puedo superarlo.

—Lo conseguirás con el tiempo.

—¿Cuánto tiempo? Me siento vieja y cansada.

—No tienes aspecto de vieja, ni tampoco de cansada. Vamos a cenar esta noche con los turistas en el «Top of the Mark», contemplaremos desde allí la ciudad, recordaremos cosas del pasado y trataremos de ser exactamente tan jóvenes como en realidad nos sentimos..., si es que puedes olvidarte del humo de cigarrillos...

—Podré olvidarme. Pero en este preciso momento, viejo amigo, necesito ayuda desesperadamente. Estamos sin un centavo. Debemos a los impresores, a los fabricantes de papel e incluso a las casas que nos han alquilado las máquinas de escribir y fotocopiadoras. ¿Podemos obtener un préstamo? ¿Conoces a algún banquero amigo y generoso?

Boyd se echó a reír.

—¿No te rías de mí. Necesito ayuda.

—Querida Barbara, eres una inversión imposible. Gastas dinero pero no ingresas nada. Un asunto como el tuyo siempre está en números rojos. El banquero más amable e incompetente del mundo no te prestaría ni veinte centavos.

—Gracias.

Boyd se acercó a su escritorio, cogió su talonario de cheques, escribió algo en un cheque y después se lo entregó a Barbara.

—¿Qué es esto?

—Cinco mil dólares.

—¡Oh, no! —exclamó ella—. No he venido a pedirte dinero. He venido en busca de consejo, asesoramiento, y como todos los hombres de esta maldita sociedad, arreglas las cosas con dinero. —Tiró el cheque sobre la mesa—. Y ni siquiera estás de acuerdo conmigo. He discutido apasionadamente esta cuestión... contigo.

—No seas así —dijo él tranquilamente—. Concédeme el crédito de tener la suficiente inteligencia como para aprender. He aprendido más de ti que de nadie. No tienes derecho a decir lo que has dicho.

Al cabo de unos instantes, Barbara asintió.

—¿Qué, lo aceptas? —preguntó él ofreciéndole de nuevo el cheque.

Ella acabó por cogerlo.

—¿Cenamos hoy?

—Sí. —Barbara rodeó el escritorio, se inclinó para besarle en una mejilla, y después se marchó.

De nuevo en la casa de Green Street, Gertrude Simpson estaba aguardando a Barbara. Era una mujer menuda, de ojos brillantes y el cabello gris revuelto. Era asimismo una fumadora empedernida, y tenía los dedos amarillentos a causa de la nicotina. Tomaba sus notas en taquigrafía y nunca pedía al entrevistado que hiciera una pausa. Saludó a Barbara con entusiasmo.

—La conozco. Quiero decir que he leído sus libros. Ése es un modo de conocer a



las personas. De todas formas, la voy a coser a preguntas. ¿Podemos encontrar algún rincón tranquilo en este manicomio?

Barbara la condujo escaleras arriba, al dormitorio de Sam, el único lugar que seguía siendo sacrosanto.

—Es la habitación de mi hijo —explicó ella—. Está en Israel, en la Universidad Hebrea, tratando de encontrarse a sí mismo, o a su alma, o simplemente sobrellevando sus veinte años. Su padre era judío —añadió Barbara.

—Conozco todos esos datos. Tenemos un archivo de personalidades, y he estudiado su carpeta. Llámeme Gert, todo el mundo lo hace. Te llamaré Barbara, si no te importa. Estás llevando a cabo una operación maravillosa. Cuando venía en el avión hacia aquí, traté de recordar lo que Abe Lincoln le dijo a Harriet Beecher Stowe: «¿De manera que usted es la mujercita que dividió una nación e inició esta guerra?», o algo parecido. Pensaba aplicarte la frase a ti, aunque en sentido contrario, pero no resultaría adecuado.

—No, desde luego —convino Barbara—. *La cabaña del Tío Tom* pudo desencadenar la guerra civil, pero seríamos tontas si imagináramos que nuestros pequeños alfilerazos serán capaces de acabar con ésta.

—Puede ayudar, sin duda puede ayudar. Durante un par de horas antes de que llegaras, he estado hablando con tus voluntarias. Son unas mujeres estupendas. Pero, lo que más me sorprendió es que, más o menos, todas dijeron lo mismo. Desde luego, están interesadas en tu proyecto. Odian la guerra, y les horroriza la idea de que sus hijos mueran o queden inválidos. Pero, sobre todo, manifestaron un auténtico sentimiento de liberación. Hablaron de su frustración por ser amas de casa, por ser como zombies educadas desde el colegio, por estar apartadas de la vida, porque no consideran ninguna expresión válida de la existencia encerrar los suelos, lavar la ropa de los chicos y hacerles la cena a sus maridos. No todas han hablado así, pero sí muchas de ellas. De esta manera, aunque sólo estén cerrando sobres, tienen la sensación de que forman parte de algo mucho más grande. Cuatro de ellas consideran que sus maridos son totalmente idiotas y que no tienen la menor idea de lo que sucede en Vietnam ni en ninguna otra parte. Están muy encolerizadas. Y gran parte de la cólera la proyectan contra sus maridos. Aun cuando no lo expresaran directamente, yo lo he podido comprender. Una de ellas tiene dos hijos, de dieciséis y dieciocho años respectivamente; me ha hablado de su vida, de cómo cría a sus hijos. —Consultó sus notas—. «Los despierto, los visto, les pongo el desayuno, lavo los platos, limpio la casa, preparo la comida. Cuando se hicieron mayores, salieron de la escuela. Nada cambió. Nunca he hablado con ellos acerca de la vida real, de la guerra, o de este asqueroso lío en el que estamos metidos, porque nunca he sabido nada. Y mi esposo nunca nos habló, ni a ellos ni a mí. Y me convertí en una imbécil, en un robot, informada por los anuncios de la televisión de que era la mujer más

afortunada de la Tierra». Todo es tremendamente interesante, ¿no crees?

—No has perdido el tiempo —reconoció Barbara.

—¿No te sorprende este enfoque que le ha dado al asunto?

—Oh, no, ¡qué va! Está todo dentro de la misma línea.

—Esperaba que dijeras eso. Ahora bien, tu caso es diferente. Eres una mujer importante, triunfadora, famosa. Según mis investigaciones, nunca has formado parte de este naciente movimiento feminista, hasta que hablaste en ese mitin de Nueva York la pasada primavera. ¿Fue eso lo que te convirtió?

—No me he convertido. Debo declarar que nunca he tenido la oportunidad de aceptar mi papel como ama de casa. Lo fui durante un tiempo, en los dos años de matrimonio con mi primer marido, hasta que murió. No estoy segura de que fuera una época muy feliz, y supongo que ya sabrás bastante acerca de mi matrimonio con tu jefe como para comprender que tampoco lo pasé muy bien. Ése es un aspecto del asunto. La guerra es otra cosa. Nací en el año catorce, el año en que empezó la Primera Guerra Mundial. Toda mi vida me he visto envuelta en guerras. Estaba en París durante la guerra civil española, y el hombre al que yo amaba murió a consecuencia de aquella contienda. Vi la Alemania nazi desde dentro, y fui corresponsal de guerra en la Segunda Guerra Mundial. Mi segundo esposo murió en Israel en la guerra del año cuarenta y ocho. De modo que podrás comprender que, para mí, constituye como una obsesión esa práctica de asesinatos masivos que el hombre ha desarrollado. Digo *el hombre* intencionadamente, porque, según lo veo, la práctica de la guerra ha formado parte integral de la loca ideología machista que guía la vida de los hombres.

—¿Y relacionas esto con la opresión de la mujer?

—Claro que sí. La mujer concibe al hijo, lo cría, lo alimenta, lo educa, y entonces el hombre mete al niño en su máquina de guerra, y lo asesina.

—¿No es esto algo simplista?

—Lo es. Si tratas de coger la complejidad de la historia humana y reducirla a una o dos frases, la cosa se vuelve muy simplista.

—Muy bien. Esto te convierte en feminista. ¿Que piensas acerca de los hombres?

—¿Comparados con qué? Es todo lo que tenemos, ¿no crees? No podría vivir sin amar a un hombre o sin ser amada por un hombre.

—¿Y no ves ahí una contradicción?

—No. El movimiento feminista no es antimasculino. Es una lucha contra una opresión muy antigua.

—¿Sin necesidad de odiar al opresor?

—No, porque la opresión destruye más al hombre que a las mujeres. Uno no puede ser libre si no lo está el otro. De cualquier modo, no podríamos hacerlo solas... Únicamente con ayuda del hombre.

—Muy bien, Barbara —dijo la periodista—. Vamos a cambiar de tema. Basta de feminismo. Hablemos de «Madres para la paz». ¿Cómo empezó la cosa?

Aquella noche, en el «Top of the Mark», con las luces de la ciudad brillando a sus pies como una gigantesca joya en medio de una densa oscuridad, Barbara le confesó a Boyd que estaba indecentemente contenta.

—Ésa ha sido siempre mi desgracia: contentarme con poco. Gert Simpson, que es mucho más inteligente de lo que seré yo en mi vida, me ve como una persona encolerizada y descontenta. Está equivocada, por supuesto.

—Por supuesto.

—¿Estás de acuerdo con ella?

—No —respondió Boyd—. No estoy de acuerdo con ella, pero tampoco te veo como un ángel contento. En este momento estás ahita de sancocho de almejas, mariscos y vino blanco, todo lo cual produce satisfacción. Desde donde estoy sentado, te veo como una mujer muy compleja que casi siempre me confunde. Le has dicho a esa Gertrude Simpson que no puedes vivir sin amar a un hombre o ser amada por un hombre. En lo que se refiere a ser amada por un hombre..., bueno, eso puedo comprenderlo. Pero ¿amar a un hombre? ¿Te estás acostando con otro?

—Es una pregunta muy personal.

—Haré la pregunta de otro modo, como dicen mis colegas. ¿Me amas?

—A veces.

—Eso ya lo arreglaré. ¿Por qué no te casas conmigo?

—Hace meses que no me lo preguntas. ¿Me lo preguntas ahora porque he estado fuera?

—En parte. Me siento terriblemente solo cuando tú estás fuera. Y también para subrayar ciertos aspectos de tu carácter.

—No es tan complejo, Boyd. Soy un año mayor que tú. He experimentado un cambio de vida, y dentro de pocos años tendré el cabello completamente gris. No querrás que me lo tiña.

—Nunca.

—De cualquier modo —dijo Barbara—, espero devolverte esos cinco mil dólares la próxima semana.

—No los quiero.

—Digamos que los guardas hasta la próxima vez que pida dinero.

—¿Y de dónde piensas obtener esas sumas?

—Voy a ir a Los Ángeles a hablar con algunas personas.

—¿Así, nada más?

—No. Carson lo está arreglando para mí.

—¿Carson?

—Sí, todavía somos muy buenos amigos. —Y después, tras unos minutos de silencio, Barbara añadió—: Boyd, estás enfurruñado. Te veo celoso.

—¡Claro que estoy celoso!

—Pero si él está muy bien casado...

—¡Vaya! Pero no felizmente casado.

—Muy pocos lo están.

—Y, por las buenas, el editor de ese periodicucho podrido, belicista y chovinista se convierte en simpatizante de un movimiento pacifista femenino... ¡Ya!

—A lo mejor no duerme bien. Va a publicar un reportaje sobre nosotras.

—Me reservo el juicio hasta que lo vea.

A última hora de aquella noche, en el apartamento de Boyd, yaciendo en la cama entre los brazos de él, Barbara le comentó, algo soñolienta:

—Ya ves, no es muy cortés sugerir que porque haya estado en Los Ángeles me he acostado con mi exesposo.

—No lo sé. Es bastante cortés sugerir que una chica vieja que tendrá el cabello gris dentro de pocos años es tan deseable que un apuesto hijo de puta como Carson no puede evitar meterle mano.

—¡Vete al infierno! —le dijo Barbara, bostezando.

Por la mañana, preparando el desayuno en la cocina de Boyd, Barbara oyó el teléfono.

—Voy a cogerlo —gritó Boyd. Después le dijo que la llamaba su madre.

Barbara redujo la llama bajo la sartén, fue a coger el teléfono y se preguntó cómo diablos habría podido dar su madre con ella en aquel lugar, a las ocho de la mañana.

—El pecado en San Francisco es un secreto a voces. Pero no padezco de voyeurismo. Sólo necesito ayuda. Sally está aquí. Ha pasado aquí toda la noche. Ha dejado a tu hermano. Parece ser un fracaso matrimonial.

—Eso suena como una insensatez.

—Quizá lo es.

—¿Por qué ha acudido a ti?

—Porque soy un refugio cómodo y seguro. Supongo que no tenía otro sitio a donde ir.

—Llegaré ahí en una hora. Dile que me espere.

—El problema es que lo comprendo muy bien —le dijo a Boyd mientras se desayunaban apresuradamente—. Lo hizo ya una vez, cuando llevaban casados sólo unos pocos años. Mi hermano Joe es una buena persona, amable y considerado, pero terriblemente aburrido.

—La mayoría de los hombres lo son —dijo Boyd, con la boca llena de comida.

—No seas tan condescendiente y superior, y no hables con la boca llena. Mi cuñada está un poco loca.

—Es un mal frecuente.

—Gracias. Ella ha sido la enfermera de mi hermano, que tiene consultorio en casa; es, además, ama de casa, madre y cocinera. Cuando empezamos este asunto de «Madres para la Paz», le dije a Joe que podía contratar una enfermera, que él ganaba suficiente dinero, lo cual es cierto, y que atendía a todos los chicanos del valle sin cobrarles nada, lo cual es casi verdad. Sally se puso a recorrer la Costa Oeste, hablando en todos los pequeños mítines que hemos podido organizar. En su tiempo fue toda una estrella cinematográfica, y eso ha ayudado. Me siento preocupada, y responsable.

—Eso son tonterías. Tú no eres responsable. Y si ella ya estaba decidida a dar el paso...

—Oh, no estoy de acuerdo. ¿Recuerdas lo que dijo William Blake? «El que quiera hacer bien al prójimo debe hacerlo a alguien en concreto. El Bien General es la tapadera del picaro, del hipócrita y del adulator». No me gustan esos que aman a la Humanidad y desprecian a la gente.

—Ahora estás siendo juez y jurado. ¿Por qué no escuchas su versión?

—Ya lo sé, ya lo sé. —Ella echó hacia atrás su silla—. Ten la bondad de disculparme y acaba de desayunarte solo. Debo marcharme corriendo.

Barbara llegó a la casa de su madre sin ningún plan preconcebido. El divorcio la asustaba. La cosa empezó cuando sus padres se divorciaron, con lo cual destruyeron su mundo infantil; su propio divorcio de Carson Devron la había dejado deprimida, incapaz de trabajar. Su hermano Joe siempre había inspirado un sentimiento de remordimiento y de protección. Joe era totalmente vulnerable. Era uno de esos raros hombres que no podía matar un mosquito sin experimentar dudas y pesadumbre. No tenía defensas. Era un excelente y compasivo médico, en un mundo en que la medicina se practicaba con mucha frecuencia sin mucha compasión y con menos pericia. Barbara había contemplado cómo Sally llevó a cabo su decisión de casarse con Joe, una decisión que dependió muy poco de los deseos de éste. La Sally de hacía veinte años había sido una excitante joven, salvaje y encantadora. Todavía era hermosa, aún resultaba excitante, todavía poseía el mismo gancho cuando la vio recorrer inquieta, de un lado a otro, la sala de estar de la casa de los Lavette en Russian Hill. Jean, que no podía soportar escenas de ningún tipo, había desaparecido escaleras arriba.

—No —dijo ella enfáticamente—. No, Bobby, no comprendes porque tú eres igual que él: ¡una condenada santa! Y lo único peor que ser un estúpido santo es estar casado con uno así. —Y después se esforzó en asegurar a Barbara que no había querido ofenderla—. Sabes que te quiero, Bobby. Te admiro. Siempre lo he hecho. Tú has sido mi Juana de Arco.

—¡Deja de decir tonterías! —gritó Barbara—. ¿Quieres, por una vez en tu vida,

mirar a la gente tal cual es? No soy ninguna santa, tampoco es Joe ningún santo. Soy una mujer llena de problemas, divorciada, en nada diferente a otros diez millones de mujeres. Pasé meses en manos de un psiquiatra, tratando de que me enderezara la mente, y mi hijo está a diez mil kilómetros de distancia intentando descubrir quién es, porque yo le he fallado tanto como les fallé a mis maridos. Así que deja esas tontas fantasías y entonces quizá podremos hablarnos como dos personas civilizadas. Ahora dime, ¿qué ha pasado entre tú y Joe?

—No ha pasado nada. Eso es todo, Bobby.

—Me lo tendrás que aclarar mejor —le dijo Barbara—. Y, por el amor de Dios, deja de moverte y siéntate.

Sally se dejó caer en un sofá.

—Muy bien, muy bien, ya me siento.

Barbara cogió una silla y se sentó delante de Sally.

—Dime algo sensato.

—Muy bien. Estoy aburrida.

—¿Sólo eso? Eso no es nuevo, Sally. Dicen que la mayoría de los hombres viven en una silenciosa desesperación. La mayoría de las mujeres viven en un silencioso aburrimiento.

—No soy como la mayoría de las mujeres. ¿Sabes lo que sucedió cuando fui a hacer aquella gira, para hablar a grupos de mujeres? Me sentí viva. No pretendo que ésa fue la causa por la que hablé. Odio esta loca guerra. Aunque Danny tiene sólo once años, ese canalla de Johnson puede hacer durar la guerra para siempre. Pero no fue eso. Fue salir de Napa, de esa terrible vida de pueblo; separarme de Joe: sí, de Joe. Sentí que había estado como muerta y que algún milagro me había revivido. Y después, en Hollywood, fui a los estudios de la «Paramount». Me creas o no, Mike, el vigilante de la puerta me reconoció, y después, en un pequeño restaurante que está cerca de la puerta de entrada, me reuní con toda una pandilla de amigos, jóvenes actores que no eran estrellas y algunos veteranos antiguos conocidos míos; y celebramos un mitin en el mismo restaurante; me entregaron casi ochocientos dólares. Tengo casi cuatro mil dólares en cheques en mi bolso, destinados a tu organización. No sé cómo interpretarlo, pero fue maravilloso. Posteriormente me invitaron a una fiesta aquella misma noche, y me acosté con alguien que conocí en los viejos tiempos, y no me importó en lo más mínimo: sólo me sentí viva y joven. ¿Sabes cuánto tiempo hacía que no me sentía así?

Después permanecieron sentadas en silencio, mirándose ininterrumpidamente una a la otra, hasta que Sally estalló.

—¿Es que no vas a decirme nada?

—¿Le explicaste a Joe lo del hombre de la fiesta?

—Se lo conté, y le dije que tenía que abandonarlo.

—¿Y qué te replicó él?

—¿Qué crees que dijo, Bobby? —Su voz era lastimera, llorosa—. Me dijo que comprendía lo que me había sucedido. ¡Dios mío! ¡Lo comprendió! Pero no es verdad. Me aseguró que me ama.

—Te ama.

—Con eso no basta.

—¿Qué sientes por él? ¿Lo amas?

—¿Es amor sentirse muerta? No sé qué es el amor, pero no me interesa. ¡Quiero sentirme viva! Tengo cuarenta años. He desperdiciado mi vida. Quiero renacer. Yo era una estrella. Escribí poemas y los publiqué. Y después dejé de existir.

El problema estribaba en que Barbara la comprendía y que no podía oponerle argumentos. Ninguno. Sólo pudo pensar que la vida es una porquería.

—Y me odias por todo esto, ¿verdad? —preguntó Sally.

—¡Oh, déjalo! Haz lo que debas hacer. No soy ningún juez. ¿Qué me dices de May Ling y de Danny?

—May Ling se pasa la vida en tu casa. Para ella, esto llena su existencia. Ayudará a Joe con Danny. Es lo bastante mayor como para comprenderlo.

—Nadie es bastante mayor —reflexionó Barbara—. ¿No quieres llevarte a Danny contigo?

—No puedo. Suficiente daño le he hecho a Joe. No puedo hacer eso. Vuelvo al cine. Sí, ya sé que no volveré a ser una estrella; no albergo tales sueños. Pero encontraré trabajo. No es vida para Danny, y May Ling no dejará a Joe.

—¿Se lo has dicho a ella?

—Sí, a los dos. —Sally empezó a llorar—. ¡Oh, Bobby! Me siento tan despreciable, tan culpable.

—No tan culpable como yo —confesó Barbara. Se acercó a Sally y la hizo levantarse—. Vamos, chiquilla, buscaremos a mi madre, tomaremos café juntas y hablaremos del futuro.

—¿No me odias?

—Esta mañana, no. Ya veremos cómo me siento el mes que viene.

Una semana después, Barbara cogió el avión de las once que salía de Los Angeles para regresar a San Francisco. La noche anterior había sido muy buena: llevaba en el bolso alrededor de nueve mil dólares en metálico y en cheques. Casi todo el dinero procedía de una vieja dama de ochenta y dos años, que era algo así como prima segunda de la abuela de Carson. Vivía en Pasadena y, según dijo Carson, poseía más millones de los que podía contar. Le dio a Barbara un cheque por seis mil dólares, explicándole:

—Esto no es para tu organización, hija. Perdí todo interés en semejantes

organizaciones cuando encontré a nuestro pastor en la cama con mi sobrina, Agnes, que ciertamente no era su esposa. Esto es porque has tenido el suficiente valor para ir a la cárcel cuando todos los demás se han acobardado y corrido. Nunca comprenderé por qué te dejó escapar Carson.

El resto del dinero procedía de un director, un productor y tres actrices que la acompañaron a Carson y a ella en una cena. A última hora de aquel día, de regreso en la habitación de su hotel, sintió que necesitaba hablar con alguien acerca de su triunfo. Telefonó a Boyd, despertándolo. Él escuchó, soñoliento, la felicitó y le dijo que iría a esperarla al aeropuerto.

—No es necesario.

—Quiero hacerlo. Necesitas un guardaespaldas.

—Muy bien. Eres un encanto. Ahora vuélvete a dormir.

Cuando cruzó la puerta de llegadas del aeropuerto sentíase llena de moral y excitada.

—Bien, ¿qué opinas de mi talento como recaudadora de fondos? Una nueva profesión. Tengo bastante dinero para pagar todas nuestras deudas. —Entonces reparó en el rostro de Boyd, que había acudido a esperarla—. ¿Qué te pasa, Boyd?

—No ha habido ningún herido, ningún muerto, pero ha sido algo terrible.

—¿Quieres hacer el favor de contármelo?

—Tu casa ha ardido la noche pasada.

—¡Oh, no! —Ella se le quedó mirando, impresionada, incrédula, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas, dando a entender por su semblante que le suplicaba le confesara que sólo era una broma grotesca—. ¿Toda la casa? —preguntó ella con voz ronca—. ¿No ha quedado nada?

Él movió la cabeza.

—Esas viejas casas de madera, Bobby, arden como la yesca.

—¿Cuándo? —consiguió decir ella—. ¿Cómo sucedió?

—A eso de las cuatro de esta mañana.

«Todo, una vida completa, mis libros, mis cuadros, mis recuerdos... todo ha desaparecido. Estoy desnuda. ¿Qué voy a hacer ahora?».

—He hablado con Harvey —estaba diciendo Boyd—. Me ha dicho que tu seguro estaba en regla. Eso es un pequeño consuelo.

—No puede serlo, no puede serlo —murmuró Barbara, llorando.

—No llores, querida, por favor.

—No, soy una persona adulta. ¿Por qué tendría que llorar? Tenía escritas casi cien páginas de mi nuevo libro, guardadas en mi despacho. ¿Por qué tendría que llorar? No puedo repetirlo. No puedo volver a vivir mi vida. Me resultará imposible escribir de nuevo esas cien páginas.

Boyd la condujo hasta su coche. Ella se enjugó el llanto, tratando de pensar, de



recordar todo lo que había en la casa. La colección de discos de Bernie, los álbumes de fotografías, una marina que siempre encantó a Dan y que su madre le regaló tras el fallecimiento de éste, el mobiliario Victoriano cubierto con tela de crin negra que había pertenecido a Sam Goldberg, todos los libros de ella, los adquiridos en la actualidad y los de su infancia, su colección de libros *Oz*, de L. Frank Baum, que tanto representaron para ella y después se los dio a Sam para que los leyera, los platos que había coleccionado, los artículos que había escrito para *Manhattan Magazine* cuando fue corresponsal en París, traducciones extranjeras de sus libros. Jamás había sido capaz de tirar un libro. También había una vieja muñeca que ella había conservado, en la que no había pensado durante años. Y, por supuesto, el manuscrito en el que había estado trabajando. Sin duda, otras cosas podrían ser remplazadas, pero no el manuscrito. Esto se había perdido. ¿Cómo podría volver a escribirlo? Y entonces, de pronto, recordó de forma brusca y dolorosa el material de «Madres para la paz», millares de folletos, adhesivos, efectos de escritorio, sobres, una máquina «Xerox» que acababa de alquilar, máquinas de escribir, botones de solapa, cintas magnetofónicas, banderolas, millares de placas con direcciones que servían para mantener unida la organización por correo, así como rollos de película para un documental que habían planeado. Todo se había perdido.

Hasta que estuvieron en el coche de Boyd, dirigiéndose a San Francisco, Barbara mantuvo silencio; él tampoco quiso interrumpir sus pensamientos. Cuando finalmente ella habló, lo hizo con cierta desesperación.

—¿Qué haré, Boyd? ¿Cómo puedo remplazar todo eso?

—Ya sé que hay cosas que no podrás remplazar nunca. Pero tu seguro es bueno y la casa será reconstruida.

—No aseguramos las cosas de la organización. Habría material en la casa por valor de cincuenta o sesenta mil dólares. Tú ya lo viste. Lo sabes. Y el sótano estaba lleno de cajas de cartón. Con lo que llevo en el bolso no podría pagar ni las máquinas que alquilamos. ¿Cómo podremos salir de esto?

—De momento no hagas nada, Barbara. Tienes que superar el disgusto, y después nos sentaremos tranquilamente y haremos algún plan. Después de todo, la organización existe en la gente que ha estado trabajando contigo, y ellos seguirán ahí, y te sorprenderá la ayuda que te prestarán.

—No sé. No lo sé, la verdad. ¿Estás seguro de que no había nadie en la casa, de que no ha resultado nadie herido?

—Absolutamente.

—Quiero ir allí ahora.

—¿Ahora? ¿Estás segura?

—Sí, por favor. —Después, al cabo de un rato, le preguntó—: ¿Cómo empezó el fuego? ¿Lo saben?

—No, aún no.

—¿Qué significa eso?

—Puede haber sido un incendio premeditado, pero ni la Policía ni los bomberos están seguros. Es muy difícil determinarlo con esas viejas casas de madera. Arden con mucha facilidad. No esperes recuperar nada.

—Pero ¿sospechan que el incendio ha sido premeditado?

—No lo saben, Barbara. Alguien pudo arrojar una colilla a una papelera. Ruth Adams fue la última en abandonar anoche la casa. Ella cerró la puerta. Pero ella no fuma, y jura que todo estaba en orden cuando se marchó.

—Estoy segura de ello. Ruth es muy cuidadosa. Es extraño, Boyd, siempre me he dicho que las cosas materiales no significaban nada para mí. Mi madre se desesperaba al ver cómo me vestía. Aborrezco comprar ropa, y ahora tengo un vestido y un suéter en mi maleta y me lamento por todo lo que contenía la vieja casa. Pero es que yo amaba tanto esa casa... ¿Has hablado con mi madre?

—Esta mañana. Quiere que vayas con ella.

—De acuerdo, pero primero quiero ver mi casa.

Se quedó inmóvil en la acera de Green Street, contemplando el montón de madera quemada a que había quedado reducido su hogar. Ruth Adams, Shela Abramson, Eloise y algunas otras de las voluntarias estaban allí, esperándola, junto con un grupo de curiosos y de policías. Su casa estaba completamente destruida. No se podía rescatar nada.

La mañana siguiente, Lucy Lavette estaba sentada frente a su esposo. Mientras se desayunaba lo observaba cuidadosamente, al tiempo que él leía la noticia del incendio que había destruido la casa de Barbara. Como de costumbre, ambos tomaban el desayuno en la solana de su casa de Pacific Heights. A Lucy le encantaba aquel entorno de flores y palmeras. La casa había sido construida por su padre, y ella estuvo siempre muy unida a su padre. Tras el fallecimiento de éste, ella insistió para que Tom decidiera trasladarse a esta residencia. Por su parte, Tom admiraba la antigua magnificencia de la vieja mansión, poseedora de cosas imposibles de encontrar en una casa moderna, por mucho dinero que uno se quisiera gastar. De modo que no se opuso a convertir en su hogar la casa en que su esposa pasó su infancia y juventud. Esta mañana distaba mucho de sentirse feliz; a pesar de sus frías relaciones con Barbara, Tom siempre había conservado, en el fondo de su mente, un punto de orgullo por el hecho de que ella fuera su hermana.

—¿Has leído esto? —le preguntó a Lucy.

—Oh, sí.

—Pobre Barbara. Adoraba esa ridícula casa. A mi modo de ver, es completamente demencial aferrarse a esas viejas casas de madera de las colinas. Cualquier día

tendremos un incendio tan malo como en mil novecientos seis.

Lucy estiró la mano sobre la mesa y cogió el periódico.

—¿Has visto esto? —preguntó ella, poniéndose a leer la noticia—. «Además de ser la residencia de Miss Lavette, la casa era utilizada como oficinas centrales de la organización antibelicista que se denomina a sí misma “Madres para la paz”. Según Ruth Adams, una de las fundadoras de la organización, las pérdidas de “Madres para la paz” en material y equipo ascienden a setenta y cinco mil dólares. Aunque incapaz de confirmar esta cifra, Barbara Lavette, entrevistada posteriormente en casa de su madre, en donde ahora reside, declaró que le parece acertada la estimación de sus pérdidas. Al preguntársele si la organización continuará sus actividades. Miss Lavette dijo que esperaba que fuera así, aunque el quebranto económico ha sido tremendo».

Tom escuchaba en silencio, contemplando a su esposa. Ella sonrió ligeramente.

—Ya lo ves, querido —le dijo ella—, hay muchas maneras de hacer bien las cosas.

Él continuó mirándola fijamente.

—Le voy a enviar este recorte de Prensa a Austin Campbell. Creo que sabrá apreciar su significado.

—¿Consideras esto un afortunado accidente? —preguntó Tom fríamente.

—No hay accidentes afortunados. Sólo los tontos confían en los accidentes. No soy ninguna tonta.

—¿Qué tratas de decirme?

—Sólo que Campbell nos lo agradecerá.

—Dime, Lucy, ¿es que has mandado quemar su casa?

—Y, si lo hubiera hecho, ¿me condenarías? Olvídalo, Tom. Te habías metido en un problema más serio de lo que podías pensar. Mr. Johnson es un hombre vengativo, y aunque tu hermana haya sido sólo como un tábano, él no tolera fácilmente semejantes cosas. Ahora tú has resuelto tu problema. ¿Y qué daños ha sufrido Barbara? La casa estaba asegurada. Lo que debe hacerse, se hace.

—¿Cómo has podido? —preguntó Tom con voz ronca—. Ella es mi hermana. Y sin consultarme. ¿Qué soy yo? Esto me pone a la misma altura que la Mafia.

—No me hables en ese tono, Thomas. Cada día se hacen cosas peores que ésta... sí, por respetables empresas de negocios.

—¡Yo no! Podríamos haber sobrevivido a cualquier cosa que nos hubiera hecho ese odioso mandril de Texas. Si hubiese querido lucha, se la habría dado. ¿De dónde diablos iba a sacar buques cisterna si prescindiera de los míos? Estoy completamente seguro que no puede prescindir de mis servicios. Pero involucrarme en algo tan bajo como..., ¡quemar la casa de una mujer...!

—Tranquilízate, Thomas, y reflexiona. Sabíamos que estaba en Los Ángeles, y teníamos la seguridad de que la casa estaba vacía. Puede estar contenta de haberse

librado de semejante casucha.

—¡Esto es horroroso! —gritó Thomas, levantándose y saliendo de la estancia.

Lucy permaneció sentada a la mesa y acabó su desayuno. Había presenciado esos estallidos de cólera de su esposo otras veces. Si se le dejaba solo durante unas horas, volvería a entrar en razón. Siempre lo hacía.

## Cinco

Sam no concibió ningún proyecto acerca del futuro hasta que no estuvo en el avión que lo conduciría a Israel, efectuando el vuelo Londres-Tel Aviv, a finales del verano de 1964. Llevaba encima casi siete mil dólares en cheques de viaje, procedentes de la venta de su adorada embarcación, heredada de su abuelo. Cuando le explicó a su madre su proyecto, vender el barco, la primera reacción de ella fue de incredulidad y de resistencia. Finalmente, Barbara accedió a su decisión, reconociendo en su hijo una firme voluntad e independencia que no debían ser desviadas.

Al cabo de tres años, Sam tenía muy poca idea de lo que pretendía hacer en Israel, o de cómo era Israel en realidad. Adoptó diversas formas de vida: turista recorriendo el país y visitando todos sus rincones; miembro de un kibbutz, trabajando incansablemente el suelo del viejo país; un esnob pasando el día en los cafés — aunque no estaba muy seguro de que fueran auténticos cafés— y las noches en busca de románticos encuentros; un investigador solitario tratando de descubrir su pasado y orígenes. Tras probar y considerar cada uno de sus diversos estilos de vida, tuvo el suficiente sentido común para rechazarlos todos y tomar en serio, con realismo, sólo dos alternativas: encontrar un trabajo o continuar sus estudios. Y dado que no estaba preparado para desempeñar ningún trabajo que le produjera satisfacción alguna, decidió estudiar. Una vez hubo llegado a Israel, se dirigió a Jerusalén e inició los trámites para matricularse en la Universidad Hebrea.

No era fácil; en realidad resultó la cosa más complicada que había intentado en su vida, y su decisión de ser estudiante de Medicina hizo su existencia aún más difícil. En las tres semanas anteriores al inicio del curso contrató un profesor y se embarcó en un intensivo estudio del hebreo. Encontró una habitación en una casa de la calle Bezalel, que estaba bastante cerca de la Universidad. Durante tres semanas vivió allí, saliendo sólo para comer. Trabajaba catorce horas cada día, y consiguió poseer un elemental conocimiento del idioma. Ahora, menos de tres años más tarde, a principios de junio de 1967, le faltaban pocos días para su marcha. Se había gastado todo el dinero, y como no deseaba ninguna ayuda de su madre, le pidió un préstamo a Jean, su abuela, lo justo para adquirir un pasaje para el vuelo sin escalas Tel Aviv-Nueva York, de la compañía «El Al». Desde Nueva York volaría a San Francisco. Le quedaban unos cuarenta dólares, que le servirían para pasar la semana siguiente, así como para pagar el billete del autobús que lo llevaría de Jerusalén a Tel Aviv.

Hoy, en aquella tranquila tarde, estaba sentado en la casi desierta biblioteca, escribiendo una carta a su madre, que empezó con una especie de disculpa.

*Pudiera ser que regrese antes de que recibas esta carta, pues el correo aquí falla*

a veces, pero, de todos modos, he decidido escribir esta carta. Recuerdo cuando me explicaste lo de tu última noche en la cárcel, y tu lógico miedo de morir antes de ser puesta en libertad. No es una comparación muy adecuada, pero siento tan grandes deseos de regresar a casa que últimamente he dormido poco, inquieto por si pasa algo que impida mi regreso. Por supuesto, no sucederá nada, y aun cuando el correo vaya rápido excepcionalmente en este caso, yo llegaré uno o dos días después de la carta. No obstante, extrañamente, he acabado por amar este lugar, y estoy dividido entre este amor y mi desesperante necesidad de regresar a casa. Cuando trato de analizar esa necesidad y me pregunto de qué se trata, en concreto, puedo dejar a un lado el lugar y el paisaje, por muy queridos que me sean. Es una cuestión familiar, y creo que no podría afrontar la vida lejos de la gente que he conocido y amado desde niño. Eso es lo importante. No te puedes imaginar lo mucho que os echo de menos a ti y a la abuelita Jean, así como a la gente de Higate, y a Freddie. Creo que si fuéramos hermanos no estaríamos tan unidos, y no me sorprendió nada que no se llegara a celebrar su matrimonio con Rita Hogan. El problema de Freddie no es que se enamora de todas las chicas guapas que conoce, sino que se desenamora con la misma rapidez. No es constante, pero dado que sólo tiene veinticinco años, eso cambiará. Yo, aunque aún debo celebrar mi veintiún cumpleaños, bien, me creo más serio.

Ayer, el doctor Reznik, me llamó a su despacho y me habló acerca de vivir en Israel. «Shmuel —me dijo— ahora que te hemos dado nuestra sangre y sustancia, y te hemos elevado de la categoría de un naar (tonto) a la de una persona de cierto sentido común, nos dices que te propones marcharte. Nos has robado, y huyes con tu botín». Por supuesto, es una rudimentaria traducción del hebreo. El doctor Reznik que es el director del departamento de Biología de aquí, es un anciano maravilloso. Creo que ya te lo he mencionado en alguna de mis anteriores cartas. Fue uno de los fundadores de esta Universidad, que tiene una historia muy extraña. ¿Sabes?, cuando llegué aquí, mamá, lo único que sabía de la Universidad Hebrea era su nombre, y esperaba encontrar algo semejante a Berkeley o Stanford. Pues bien, no. La Universidad se inició mucho antes de que existiera un Estado judío, fue hacia 1924 aproximadamente, y el doctor Reznik, que tiene unos setenta y cinco años, ha estado aquí desde el principio. Nació en Viena, en donde se licenció en Medicina, y un día me explicó toda la historia de la fundación de la Universidad, cuando no tenían edificios, libros ni equipos: sólo la Facultad y alrededor de un centenar de estudiantes, y algunos de los primeros edificios fueron construidos por los estudiantes. Eso fue en el monte Scopus, que lo ocuparon los árabes en 1948. El lugar en donde estoy estudiando, como sabes, se halla en Givat Rain.

Pues eso es lo que me contó ayer el doctor Reznik, y yo me puse algo tonto y le dije que él no me quería aquí porque no soy judío. Me dijo: «¡Vaya! ¿De manera que

nos has estado engañando? Entonces, dime, ¿de dónde has sacado el nombre de Shmuel ha Cohén, que no es sólo un nombre judío, sino el más distinguido?». No se mostró realmente enfadado, y él sabe muy bien de dónde procede mi nombre, que en hebreo significa Samuel el sacerdote. Y después estuvimos hablando largo rato acerca de quién soy y de lo que soy, y de lo que significa para mí no ser judío según la ley judía y por las leyes de Israel, e ir por la vida con un nombre judío. Es un hombre muy sabio, y su opinión, según he podido comprender, es que ser judío es un estado mental. Yo no estoy en ese estado mental, lo cual me extraña, porque me encanta este lugar y he sido aquí más feliz, que desgraciado, y aquí es donde me he hecho hombre, signifique eso lo que signifique. Pero, si no soy judío, tampoco soy cristiano, y debo existir como algo suspendido entre dos mundos, atrapado en un nombre judío que nunca cambiaré.

Por otra parte, el doctor Reznik no considera que esto sea ninguna tragedia. Por el contrario, cree que soy afortunado y que comprenderé cosas que jamás habría comprendido en otras circunstancias. Te cuento todo esto porque cuando vine aquí y me separé de tu lado por tan largo tiempo, insistía en que debía descubrir mi identidad. Pero no estoy seguro de que haya progresado mucho en este sentido.

En otoño, si puedo resolver los problemas de ingreso, me gustaría ir a la Facultad de Medicina de Stanford, lo cual sería muy conveniente porque funciona en el Hospital Lañe, justamente ahí, en San Francisco. Me parece que pasará mucho tiempo antes de que sienta deseos de volverme a marchar otra vez de San Francisco. En cuanto a los problemas de ingreso, me han dicho que mis tres años de aquí constituyen el equivalente de cuatro años de estudios en Norteamérica, quizá más, porque el año pasado ya hice prácticas de hospital. Mis notas han sido buenas, lo cual no es fácil por lo que exigen en este lugar. Además, Ralph Cassala es un pez gordo en Stanford, y no voy a tener vergüenza de utilizar todas las influencias posibles para estudiar en la ciudad.

No sé qué pensarías de mí cuando estuvimos juntos en París el verano pasado. Me porté de forma bastante grosera, y al cabo del tiempo he comprendido lo incorrecto de mi actitud. Bueno, he madurado mucho durante el pasado año, y mira, mamá, la casa no tiene por qué estar lista para mi regreso. Hay muchas habitaciones en la casa de Russian Hill y a la abuelita Jean no le importará tenerme por allí una semana o dos. Si ves a Freddie, dile que acuda a San Francisco a pasar unos días, para que podamos recorrer de nuevo los viejos lugares.

En tus últimas cartas, he podido percibir un temor oculto a que me enamore de alguna chica judía y de que me quede aquí. Ya ves, no ha sucedido. Quizás he estado algo enamorado de Rachel, y has podido ver, por la fotografía, la clase de chica que es: una kibbutznik, con todas las cualidades de una kibbutznik. El kibbutz la envió aquí a estudiar Medicina, y después regresará al kibbutz. Era imposible. Admito que

*he conocido jóvenes maravillosas de los kibbulzim, pero al cabo de unos pocos fines de semana en el kibbutz de Rachel, que no está lejos de Jerusalén, me di cuenta de que si debía pasarme la vida en un sitio semejante, me acabaría volviendo loco. En primer lugar, porque es una sociedad muy cerrada. A menos que hayas nacido en él y le hayas criado en él, nunca perteneces realmente al kibbutz. Constituye un gran experimento de vida en comunidad, pero no deja de ser una granja. Lo que más nos separa a Rachel y a mí es la forma de ver la guerra y las muertes. Mis sentimientos hacia la vida y mi aborrecimiento del dolor me han impulsado a estudiar Medicina. Nunca podría hacer comprender a Rachel lo que significa para mí ser un pacifista filosófico. Ella me dice que aquí todos son pacifistas. Que los judíos son pacifistas. Pero que si no nos defendemos, moriremos. Hemos discutido durante horas el asunto, pero nunca nos hemos puesto de acuerdo. De cualquier modo, no soy un granjero. Es una lástima, porque la chica es maravillosa, pero cuando le sugerí que regresara conmigo a San Francisco, me miró como si me hubiera vuelto completamente loco. Ése es un punto que no se puede ni discutir. De todas formas, nuestra decisión de romper relaciones fue mutua, pero lo pasamos muy mal, porque en el fondo nos queríamos.*

*Podrás ver que tus temores acerca de una guerra aquí eran infundados. ¿Sabes, mamá?, no debes estar siempre tratando de protegerme, sientas lo que sientas sobre lo de la guerra del Vietnam. Si algún día me llamaran a filas, sería como médico, que es la única misión positiva en la guerra: tratar de arreglar lo que otros han destrozado. Por si esta carta llega antes que yo, te diré que cogeré el primer avión que sale para Nueva York el 14 de junio, y aterrizaremos en el Aeropuerto Internacional de San Francisco a eso del mediodía. No quiero ninguna ceremonia. Sólo quiero que estés tú allí, tú únicamente, con los brazos abiertos para recibir al hijo pródigo. ¡Y sentiré una enorme alegría al verte!*

Estaba metiendo la carta en el sobre cuando oyó que le llamaban.

—¡Shmuel!

Sam levantó la mirada y vio que el doctor Reznik se acercaba a él, avanzando entre las mesas de la desierta biblioteca. El anciano se movía con rapidez, limpiando sus lentes; se los volvió a poner cuidadosamente cuando se sentó en el otro extremo de la mesa que ocupaba Sam.

—De modo que estás aquí —dijo el profesor—. Te he buscado por todas partes, incluso en tu habitación. He andado demasiado para ser un viejo. —Echó un vistazo a su alrededor—. Conque estabas sentado aquí, en este lugar desierto.

—Está vacío —dijo Sam—. Nunca lo había visto antes de este modo, pero creo que no me había dado cuenta.

—¿No sabes el motivo?



—Estoy aquí hace horas, escribiéndole una carta a mi madre.

—O sea, ignoras por qué está vacía la biblioteca... —la voz del doctor Reznik reflejó tristeza.

—Sí. ¿Qué ha sucedido?

—Estamos otra vez en guerra.

—Oh, no. No.

—Sí, estamos en guerra.

—¿Con quién?

—Con todo el mundo —respondió el doctor, moviendo la cabeza—. Con todo el mundo, Shmuel: Egipto, Iraq, Siria, Jordania... Ya se pueden oír los fragores de la guerra. Aquí no. —Volvió a mirar en torno de la vacía biblioteca—. A unos kilómetros de distancia. Aquí reina la tranquilidad. En este lugar la sabiduría de los siglos reposa tranquilamente, mientras los hombres vuelven a matarse entre sí.

—Le acabo de escribir a mi madre que regreso a casa la semana que viene. Tengo el pasaje —dijo Sam tristemente.

—Veremos, veremos —dijo el anciano asintiendo con la cabeza—. Mientras tanto, te necesito.

—¿Por qué?

—Los jordanos ya están atacando. Nuestras fuerzas marchan contra ellos en Jerusalén Este, y se estará desarrollando la guerra al otro lado de la calle Samuel.

—Es una locura. ¿Cuándo ha empezado esto?

—Hoy, mientras permanecías sentado aquí. —Se volvió a quitar las gafas para limpiarlas—. Ahora escúchame, Shmuel —dijo duramente el viejo—, la Universidad está vacía. Han llamado a todo el mundo. Hemos reunido un puñado de estudiantes de Medicina, junto con los que ya somos demasiado viejos, y vamos a crear una serie de puestos de socorro en la zona de Guela, en las calles Yoel y Guela. Uno de los puestos estará a mi cargo. Rachel ya está allí, y Ari, que está exento por una pierna ortopédica. También tenemos una anciana, que es enfermera en el hospital. Eso es todo lo que se ha podido reunir. Te necesito allí.

—Aún no soy médico —protestó Sam.

—¿Soy yo médico? Hace veinte años que no practico la medicina. Eres el mejor estudiante que tengo. Has aprendido algo. Puedes poner un vendaje. Puedes ligar una arteria. Puedes curar una herida. Puedes acomodar un hueso roto. Es para mantener vivos a los muchachos hasta que las ambulancias puedan llevarlos al hospital. He dicho los muchachos, pero el enemigo ya ha empezado a bombardear. Puede resultar herido cualquiera: mujeres, niños...

—No quería volver a ver a Rachel. Nos dijimos adiós.

—¿Cómo? —preguntó con dureza el doctor Reznik—. ¿Es que no eres medio judío? Le dirás adiós otra vez.

—Vamos —admitió de mala gana Sam—. No tiene por qué provocarme.

—Muy bien, muy bien. Vayamos, hijo mío. Nos detendremos en la farmacia de Hubber, en la calle Ben Yehudá, para coger material.

—¿Quiere usted decir que en los puestos no hay nada?

—Todavía no. La guerra acaba de empezar. —Después añadió—: Esto nuestro ha sido una ocurrencia de última hora. Tienen preparados los hospitales, las ambulancias y los equipos de médicos. Pero te sorprenderás, Shmuel, del importante papel que vamos a desempeñar nosotros.

Hasta el mediodía, Barbara no supo nada del estallido de aquella guerra. Se despertó temprano a causa de la llamada telefónica de Sally, que había conseguido un buen papel secundario en una película. Después de confesar a Barbara que no había dormido en toda la noche porque se sentía más hundida que eufórica, le explicó que si no hubiese conseguido este trabajo, habría regresado a Napa, pues ya había tenido algunos fracasos. Había estado hablando por teléfono con Joe casi cada día desde hacía un mes.

—Y ahora no sé qué hacer —le dijo a Barbara—. Ni siquiera sé si deseo el papel, que es estupendo, pero si lo acepto tengo el presentimiento de que nunca podré regresar junto a Joe, y él ha sido tan bueno conmigo durante todo este tiempo. Es la segunda vez que nos hemos separado. ¿Crees que estoy algo loca, Barbara? Por favor, dime la verdad.

—Sí, creo que estás loca —aseguró Barbara, soñolienta.

—Lo sé, lo sé. Pero, en este mundo, ¿quién no lo está? Bobbv, soy consciente de que hablo sin sentido, pero te juro que me siento la mujer más miserable del mundo. Bueno, quizá no la más miserable, pero sí entre las diez más miserables. Un día me odio por haber hecho algo tan estúpido como separarme de Joe y al día siguiente no puedo soportar la idea de regresar a Napa. Tienes que ayudarme.

—No puedo ayudarte —dijo Barbara, irritada—. Por una vez en tu vida vas a tener que decidir entre estar casada o no estar casada. Joe es mi hermano. No puedes ponerme a mí en medio de esto.

—Lo sé. Soy una imbécil. Me siento culpable, pero no puedo rechazar ese papel. Es la primera cosa decente que me ha salido en meses. Y ahora tú también me odias, junto con May Ling y Danny.

—Ellos no te odian. —Le resultaba imposible enfadarse con Sally—. Si aceptas el papel, ¿por qué no le dices a Joe que vaya a estar a tu lado un tiempo?

—No lo haría.

—¿Se lo has preguntado alguna vez? ¿Lo has probado alguna vez? Todo este maldito asunto del movimiento feminista carece de sentido si un hombre y una mujer no pueden vivir sus vidas a gusto y permanecer casados.

—¿Querías hablar tú con él? —rogó Sally.

—En modo alguno. Él es tu esposo.

La conversación la dejó más enojada consigo misma que con Sally. Perdió la paciencia. Se preguntó por qué estaba en medio de aquello, en medio de tantas cosas. ¿Dónde estaba Barbara Lavette, Barbara Devron o Barbara Cohén? ¿Por qué le resultaba imposible recobrar la calma? Habían sido unos duros y confusos ocho meses los transcurridos desde que ardió su casa. Tuvo que encontrar un local en donde pudiera continuar trabajando la organización. Debió reunir suficiente dinero para pagar sus deudas, para arrancar de nuevo, persuadiendo a las mujeres que colaboraron con ella en el sentido de que las cosas podrían aún salir bien, que podrían, con su trabajo, cambiar el curso de los acontecimientos. Ella no había soñado que estuvieran ansiosas de aceptar la derrota, pero habían pasado la mayor parte de sus vidas aceptando la derrota, y Barbara las comprendió perfectamente. En su interior experimentaba un fuerte deseo de conformarse: habían hecho algo, lo habían intentado y la cosa había terminado. Pero, una vez más, ella estaba en medio. Ninguna de las otras veinte mujeres que habían participado en la organización habrían tomado la decisión, ni lo hubieran querido ni tampoco se habrían visto presionadas; tenía que ser ella. Encontrar cosas, hacer cosas, conseguir poner en marcha algo muerto. Nunca volvió a trabajar en el libro que había empezado, el manuscrito que resultó destruido por el fuego. Barbara se repetía una y otra vez por qué una persona y no otra considera las cosas insostenibles. Nadie salvó el mundo, ni tampoco nadie lo cambió; era sólo una súplica interior a la que se debía responder, y la propia alma la que debía ser salvada.

Al mismo tiempo, había estado viviendo en la casa de su madre durante ocho meses. Abandonó aquella casa cuando estudiante. Se llevaba bien con su madre. Jean se mostraba amable. Pero se le ocurrió que, después del incendio, Jean hubiera podido decirle: «Aquí tienes esta enorme y ridícula mansión de Russian Hill. Trae aquí a tus “Madres para la paz”. Si podían trabajar en tu casa, también podrán hacerlo en la mía». Pero Jean jamás dijo nada semejante, y Barbara nunca se lo propuso: Cuando se lo refirió a Boyd, él opinó que la casa de Russian Hill era cuanto le quedaba a Jean. Con tan poco futuro, a ella sólo le restaba recordar algunos momentos de cincuenta años atrás. Barbara trató de comprenderlo. ¿No era ella igual? De otro modo, ¿por qué tenía el proyecto de reconstruir la casa de Green Street tal como estaba antes del incendio? Jean le había dicho: «Ésta ha sido siempre tu casa, Barbara, y el cielo sabe que sobran las habitaciones». Sin embargo, Jean no había protestado demasiado cuando Barbara le explicó que pensaba reconstruir la vieja casa. Mr. Kurtz, el contratista, se mostró mucho más enfadado.

—Usted me pide algo imposible. Usted tenía una casa victoriana de madera, Miss Lavette. ¿Quién podría construir hoy una casa semejante? ¿Cree que porque me ha

enseñado fotografías de la casa puedo yo reconstruirla? Nunca. Dentículos curvados. ¿Quién haría hoy algo semejante? ¿Y los dinteles sobre las ventanas? Tallados a mano... Hoy nadie haría eso ni a precio de oro. Usted quiere pilastras empotradas en toda la fachada, coronas corintias, frontones... ¿Supone que soy un mago?

—Encontrará de todo eso en las tiendas de objetos viejos —le dijo Barbara, conciliadora—. Siempre derriban una de esas viejas casas en la ciudad. En Jones Street están derribando cuatro, y también sé que hacen lo mismo con otras en North Beach. Encontrará la madera tallada que precisa. Estoy segura que lo conseguirá alguien tan hábil y ocurrente como usted.

El proyecto habría resultado imposible si Tom no la hubiera telefoneado para ofrecerle su ayuda. Su hermano, extrañamente amable, le aseguró que el Banco, el «Banco Seldon», que había pertenecido a su abuelo y ahora era de Tom, le haría un préstamo hipotecario sin intereses, por todos los años que deseara. Su interés y buena voluntad la conmovieron, igual que las muestras de simpatía y adhesión de muchos otros. En el *Tribune*, de Chicago, un periódico nada liberal, publicaron un reportaje sobre el incendio de su casa, lo cual desencadenó una corriente de contribuciones a «Madres para la paz».

Barbara reflexionó que, en el fondo, no era muy diferente de su madre, que conservaba la vieja casa como el único punto de estabilidad y continuidad en su vida. No tuvo en cuenta las protestas de Mr. Kurtz y recorrió las tiendas de antigüedades para encontrar mobiliario semejante a las antiguas piezas que la esposa de Sam Goldberg comprara para la casa setenta y cinco años antes.

Éstas y otras cosas ocupaban la mente de Barbara mientras se duchaba y vestía después de recibir la llamada telefónica de Sally. Había obligado a Mr. Kurtz a trabajar contra reloj, con la esperanza de tener reconstruida la casa antes del regreso de Sam. Ahora, todo cuanto quedaba por hacer era pintar el exterior y algunos acabados en las habitaciones. No esperaba que Sam viviera junto a ella demasiado tiempo, pero del mismo modo que aquella casa significaba para Barbara su último refugio en la vida, esperaba que para su hijo fuera igual.

Jean estaba sentada a la mesa desayunándose, y se quejaba a Mrs. Bendler de que el café era muy flojo. Barbara se unió a ella. El ama de llaves recordó a la anciana que el doctor Kellman le había prohibido por completo el café; Jean dijo que Kellman era un viejo estúpido.

—También me prohíbe beber o trasnochar. Anoche estuve hasta las dos leyendo *Nicolás y Alejandra*, de Massie, y me tomé tres copas de jerez, y me encuentro perfectamente bien. ¿Lo has leído, Barbara?

—No, madre.

—Tendrías que hacerlo. Los liberales nunca leéis nada que os haga dudar de vuestros principios. Llévase el café, por favor, no se puede beber.

—Deje una taza para mí, por favor —dijo Barbara—. Luego no tendré tiempo de desayunarme.

—¿Quién llamó a una hora tan intempestiva? —preguntó Jean.

—Sally. Ha estado hablando con Joe y casi había decidido volver junto a él, pero ahora le van a dar un papel en una película, y la chica tiene sentimientos de culpabilidad y dudas.

—Está completamente loca —contestó Jean, untando con mantequilla una tostada.

—Sí, supongo que sí. Pero todas lo estamos, más o menos, Mr. Kurtz está convencido de que estoy como una cabra.

—Con razón. Reconstruir esa extraña casa victoriana como un facsímil es algo que no alcanzo a comprender. Supongo que luego irás allí.

—Tenemos una cita a las diez. Después me reuniré con Boyd en su oficina, y me llevará a almorzar. Más tarde me reuniré con mis colaboradoras en el nuevo local de la organización. Estamos esperando un nuevo adhesivo que nos va a llegar de un momento a otro de la imprenta. He decidido que en nuestra cultura automovilística, los adhesivos son fundamentales para hacer circular nuestros mensajes.

—Le tienes mucho afecto a Boyd, ¿verdad?

—Sí, mucho afecto.

—¿Ha dicho si quiere casarse contigo?

—Me lo ha pedido varias veces.

—¿Por qué no has aceptado?

—En primer lugar, porque tengo cincuenta y tres años. En segundo lugar, el matrimonio no me sienta muy bien. Conozco a Boyd hace veinte años, y es un hombre encantador y considerado. Pero él sigue su camino y yo el mío. Cuando nos necesitamos, nos encontramos.

—Sí, esto es muy característico de nuestros tiempos, pero no lo apruebo plenamente. Confío en que mis nietos no tengan la misma mentalidad. Me haría una ilusión enorme tener un bisnieto antes de morir. Y hablando del asunto, ¿cuándo regresa nuestro Sam?

—El día catorce, casi dentro de una semana.

—Estoy muy impaciente por volverlo a ver, créeme, Barbara. Quiero mucho a nuestro Samuel. Y ha estado ausente tanto tiempo... Amo a ese muchacho, y es un sentimiento con el que debo ser muy cuidadosa. Ya no es un muchacho, ¿verdad?

—Me temo que ya no, madre.

—También quiero a Freddie, pero es algo casquivano, y además, se ha dejado esa barba... Bueno, menos mal que no se casó con aquella muchacha.

—¿Por qué? Era una chica encantadora.

—¿Sí? Pero si es católica, e irlandesa...

—¡Santo cielo, madre! Tú te casaste con un italiano que era católico.

—Danny —dijo Jean con calma—, como ya te he dicho otras veces, había dejado de ser católico antes de que nos casáramos, y en cuanto a que era italiano..., pues, bueno, los italianos de San Francisco eran diferentes. Me refiero a que no compararás a Stephan Cassala con un italiano, ¿verdad?

—¿Por qué no? —Barbara se preguntó si, al cabo de tantos años, aún sería incapaz de conocer bien a su madre.

—Era un caballero distinguido y cortés —contestó Jean.

—Madre, no sé qué decirte. Me dejas desconcertada. Tus prejuicios me confunden.

—¿Prejuicios? —preguntó Jean, sonriente—. Creo que he superado todos mis prejuicios.

—Claro que sí —condescendió Barbara. Besó a su madre y se marchó. Después recordaría lo bien que se había sentido aquella mañana. La casa estaba casi terminada; Sam regresaría al hogar dentro de pocos días; el cielo estaba azul y el viento del Pacífico era sumamente agradable. Caminó de prisa, recorriendo en escasos minutos las pocas manzanas que separaban la casa de su madre y la suya propia en Green Street. Mr. Kurtz la estaba esperando, con su equipo de pintores sentados en los escalones de la casa reconstruida.

—Cada minuto que usted se retrasa —le informó él— me cuesta dinero. ¿Cree usted que cuando los pintores están sentados y la esperan no cobran su tiempo?

—Creí que ya estaban trabajando desde primera hora.

—¿Antes de que usted viera el color? Ni pensarlo. Tengo mucha experiencia con usted, Miss Lavette.

—Pero dije que fuera pintura blanca. Usted ya lo sabía.

—Hay muchas tonalidades de blanco: blanco intenso, blanco de yeso, blanco grisáceo, blanco ostra, blanco antiguo, blanco azulado, blanco amarillento.

—Pues blanco blanco.

—No hay ningún color así. Venga y véalo.

Cuando Barbara declaró que la pintura blanca que él había preparado le gustaba, Mr. Kurtz exhaló un suspiro de alivio, dio orden a sus pintores para que empezaran y le dijo a Barbara que si ella planeaba otra futura reconstrucción que no lo llamara a él.

—Pero, Mr. Krutz, el *Chronicle* publicó un largo artículo acerca de mi casa, y el reportero le puso a usted por las nubes señalando que su trabajo había sido soberbio.

—Eso es lo malo —dijo Mr. Kurtz.

Barbara se marchó de allí con buen humor, y dado que era aún temprano, decidió bajar paseando por la colina hasta Market Street, reflexionando, como lo había hecho muchas veces en el pasado, que éste era un lugar por el que muchos descendían a pie,

aunque muy pocos subían del mismo modo; se preguntó cómo sería antes de que hubiera tranvías, autobuses y automóviles. ¿Qué había escrito Sam acerca de aquello...? ¿Algo sobre caballos tirando de los coches colina arriba, una composición literaria escolar, o quizás una de sus cartas? A ella le encantaban las cartas en las cuales él daba rienda suelta a su fantasía, o a su memoria. En una de aquellas cartas, había descrito todo un día, detallado al minuto, de sus experiencias en aquella tonta escuela de Connecticut a la que ella lo envió... Y ahora ni siquiera podía recordar el nombre de aquel lugar. Trataba de traerlo a su memoria cuando entró en la oficina de Boyd, y entonces él le comunicó que Israel estaba en guerra.

Barbara se lo quedó mirando en silencio durante unos instantes, y después se dejó caer en una silla. Boyd se habría sentido más tranquilo si ella hubiera gritado o se hubiese echado a llorar. Pero no dijo nada y permanecía en silencio.

—¿Te encuentras bien?

Ella asintió. Boyd le llenó un vaso de agua de una jarra que tenía sobre la mesa y se lo entregó. Bebió el agua y después preguntó en voz baja:

—¿Qué clase de guerra?

Comprendió que se enteraría tarde o temprano.

—De la peor clase —respondió Boyd—. Egipto, Siria y Jordania, todos a la vez.

—Lo cual significa que habrá luchas en Jerusalén...

—Me temo que sí. Me he pasado dos horas al teléfono. Tenía la insensata esperanza de que podría hablar con la Universidad Hebrea, y comunicarme con Sam. ¡Ni pensarlo! No hay modo de hablar con Jerusalén, ni siquiera con Israel. La operadora internacional me dijo que podían incluirme en una lista de espera que puede significar tres horas, mañana o nunca. Después llamé a un antiguo discípulo mío en el Departamento de Estado, lo cual no es fácil, porque comunicarse con ellos es complicadísimo, y me ha dicho que las noticias procedentes de Jerusalén son muy escasas y en su mayor parte contradictorias. —Dudó un instante.

—Por favor, dime lo que sepas —rogó Barbara.

—Ya sabes que la ciudad está dividida. La línea divisoria va de Norte a Sur, a lo largo de la muralla oeste de la ciudad vieja. Bien, pues de acuerdo con lo que han conseguido saber, se desarrollan combates a lo largo de la línea divisoria. Creen que los israelíes resisten bien, pero en este preciso momento no están seguros. De cualquier modo, la lucha se libra a cosa de un kilómetro de la Universidad Hebrea.

—A cosa de un kilómetro, ¡Dios mío!

—Barbara —dijo Boyd—, ya sé cómo te sientes. Las cosas no van a mejorar por lo menos durante un día. Quiero decir que no hay modo de que Sam se comuniqué contigo o tú con él por lo menos durante un día, y posiblemente mucho más. Él no tiene teléfono propio, y mi amigo me ha dicho que no tienen ninguna comunicación

con la Universidad. Debes convenir conmigo que es lo bastante hábil como para sobrevivir. Después de todo, no está en el Ejército.

—Si Jordania ocupa Jerusalén —dijo Bárbara tristemente—, matarán a todo el que encuentren.

—¡No! ¡Nada de eso! ¿Qué te hace creer semejante cosa?

—Los israelíes lo creen.

—Barbara, no pudieron tomarla en el año cuarenta y ocho. ¿Por qué crees que lo van a hacer ahora, veinte años después?

—Boyd, es demasiado terrible —susurró ella, empezando ahora a llorar—. Él habría regresado a casa si yo hubiera insistido. Es culpa mía. No puedo soportarlo. Primero su padre, y ahora mi hijo. Es demasiado.

La farmacia de Hubber, en la calle Ben Yehudá, fue una de las primeras bajas de la guerra.

—Me han dejado limpio —dijo Hubber al doctor Reznik—. ¿Por qué no vino usted antes?

—Porque estaba tratando de encontrar a mi asistente, que es un pacifista filosófico y estaba sentado en la biblioteca, escribiendo una carta a su madre.

—Al menos es un buen hijo —dijo Hubber—. Mi hijo está en el Sinaí, y el mundo se acabaría si se le ocurriera escribir una carta a su madre. Mire lo que tengo, he reservado algo de material y le daré a usted una parte. —Buscó bajo el mostrador y sacó un litro de yodo, dos litros de agua oxigenada y cuatro litros de alcohol.

—No es mucho.

—No, son los restos. —Hizo una pausa para escuchar las distintas explosiones—. Armas pesadas, y muy cerca. Tengo algo de mercurocromo americano que nadie ha querido.

—Nos lo llevaremos.

Sacó una caja con doce botellines.

—¿Vendas? —pidió el doctor Reznik.

—Le daré lo que me han dejado. No mucho, pero le será útil. —Sacó cajas de vendas y de esparadrapo, y las puso sobre el mostrador—. Un momento —dijo, dirigiéndose a la trastienda. Regresó con una cajita de cartón—. Más productos norteamericanos. Las llaman tiritas.

—Ya las conozco —dijo Reznik—. Las hemos utilizado. Pero, ahora... —Se encogió de hombros—. Venga, tráigalas.

Hubber le entregó dos cajas de tiritas.

—Recoge todo eso —le dijo a Sam—. Le haré la cuenta y usted me la conformará, doctor. Ya discutiré después con el Ministerio de la Guerra.

Cargado cada uno con un cajón de material sanitario, Sam y el doctor Reznik se



pusieron en marcha. Las calles por las que pasaban estaban llenas de soldados, civiles, hombres, mujeres, niños, todos ellos extrañamente calmados, como si no hubiera sucedido nada extraordinario. Nadie corría, nadie gritaba, excepto el conductor de una furgoneta que insultaba a un taxista que le cerraba el paso.

—No murmures —le dijo el doctor Reznik a Sam—. Si quieres hablarme, hazlo en voz alta.

—Estaba hablando conmigo mismo. Me preguntaba qué clase de loca guerra es ésta en la que se va a una farmacia a recoger material médico.

—¿A dónde querías que fuéramos? Le dije a Rachel que llevara todo mi instrumental del laboratorio.

—¿Instrumentos de disección?

—Nos arreglaremos bien con ellos. Tengo algunas otras cosas. ¿Por qué te preocupas tanto?

—Porque no tengo nada de que preocuparme —contestó Sam cáustico—. He adquirido el billete para regresar a mi país la semana que viene. Ahora mi madre ya se habrá enterado de esto, medio loca y recordará cómo murió aquí mi padre en el cuarenta y ocho. ¿Podría comunicarme con ella? ¿Habría algún modo?

—Imposible. Lo siento —dijo Reznik con tristeza—. ¿Murió aquí tu padre? No lo sabía. ¿En la guerra?

—En la guerra.

Sam no quería hablar de aquello. En este momento no quería hablar de nada. Se dijo que mañana, si era humanamente posible, se dirigiría a Tel Aviv, aunque tuviera que ir andando, llegaría al aeropuerto y dormiría en la sala de espera, hasta que llegara el día del viaje. Aquélla no era su guerra. Ninguna guerra era la suya, y ninguna contienda tenía la menor huella de cordura u honradez. A veces, cuando caminaban por la calle Bezalel, el doctor Reznik le dirigía la mirada, pero su contraído rostro y sus apretados labios no invitaban a la conversación.

El puesto de socorro del doctor Reznik, uno de los muchos improvisados apresuradamente, fue instalado en una planta baja, la vivienda de la familia Lieberman. Eran de origen polaco, y abandonaron Polonia para refugiarse en Palestina, poco antes de la invasión nazi. Rose y Aaron Lieberman tenían cincuenta y pico años; su único hijo estaba en el Ejército, y había dejado a su esposa e hijo pequeño con sus padres. Era un pequeño apartamento de dos dormitorios; la sala de estar había sido convertida en dispensario. El hecho de que su apartamento estuviera a menos de un kilómetro de la línea del frente no parecía preocupar demasiado a los Lieberman. Ambos eran personas rechonchas y de naturaleza calmada. Cuando Reznik y Sam llegaron, Rose Lieberman estaba en la cocina, preparando la comida. Con guerra o sin ella, en su casa nadie pasaría hambre. Su nuera, Shela, estaba amamantando a su hijito en el dormitorio, y Aaron Lieberman estaba en el otro

dormitorio, limpiando su rifle. Al ser demasiado viejo para el Ejército, era reservista, y ahora que el apartamento había sido convertido en puesto de socorro, sintióse libre para dejar a su familia, acercarse al frente y ver si podía ser útil.

Aquello aumentó la impresión de Sam de que estaba en un mundo que se había vuelto loco. La enfermera enviada por el hospital estaba extendiendo una sábana sobre el sofá, para que pudiera utilizarse como lecho. Ari, el ayudante del doctor Reznik, estaba leyendo un periódico. Rachel les había abierto la puerta, cogió el cajón del doctor Reznik, dirigió una fugaz mirada a Sam, y pidió a Ari que la ayudara.

Sam dejó su cajón sobre el suelo, y ahora él y Rachel quedaron cara a cara.

—Creí que te habías marchado —dijo ella. Rachel era una muchacha alta y bien constituida, de rasgos finos, ojos oscuros, y llevaba su negro cabello recogido en una cola de caballo.

Sam se encogió de hombros y movió la cabeza.

—Ya que la guerra está a unas pocas manzanas de aquí —dijo el doctor Reznik—, ¿por qué no vais fuera y habláis mientras nosotros arreglamos las cosas dentro?

—¿Es que tenemos que hablar de algo? —preguntó Sam.

—Creo que sí.

—Muy bien. Hablemos, pues.

Ella lo precedió hasta la puerta y ambos tomaron asiento en los escalones exteriores de la casa. Empezaba a oscurecer, y desde Jerusalén Este llegaba el sonido de disparos de armas ligeras, puntuado de vez en cuando por el estallido de una granada de la artillería. Una mujer salió a la calle y llamó a gritos a sus niños. Aparecieron tres chiquillos, y ella les ordenó que se metieran en casa. Pasó un autobús lleno de soldados, seguido incongruentemente por una muchacha en bicicleta. Al rato apareció una compañía de paracaidistas, marchando en columna de a dos, con sus metralletas «Uzi» colgadas del hombro; llevaban un paso arrogante y vivo. Uno de ellos dirigió un silbido de admiración a Rachel, y ésta lo saludó moviendo la mano.

Rachel sujetó con alfileres un brazal en la manga de Sam. El brazal llevaba bordada una estrella de David.

—Ahora eres un médico —dijo Rachel—. Un médico muy silencioso, irritado y hosco, pero, de cualquier modo, eres un médico.

—Estoy anonadado —le dijo en inglés.

—Habla en hebreo. Estás aún en Israel. A propósito, tu hebreo es muy bueno, apenas se te nota acento.

—Me has dicho que deseabas hablar conmigo.

—Estoy hablando contigo, mi querido y adorado amigo.

—¡Maldita sea! —le gritó a ella—. ¿Crees que soy de hierro? Nos dijimos adiós

una vez. ¿Cómo supones que me siento?

—Posiblemente igual que yo; a lo mejor no. He pasado toda la tarde en esa habitación, esperando, rogando para que el doctor Reznik te encontrara y te trajera con él.

—¿Por qué, por qué?

—No estoy segura. Te amo, Sam. Pero no era sólo por eso. Nos despedimos. Yo lo acepté. Pero ahora nos hallamos en el final o en el comienzo de algo. O nuestro país perecerá, o Jerusalén será libre. Quería tenerte a mi lado. Cuando ambos teníamos toda la vida por delante era diferente. Yo haría mi vida. Y tú la tuya. Eso es lo que decidimos, con muy buen sentido. Pero, ahora...

—Rachel —dijo él, cogiéndole la mano—. No quiero ser cruel o insensible. Eres la única chica a la que he amado. Pero éste no es mi país, ni ésta es mi guerra. Ninguna guerra es mi guerra. Ninguna muerte ni ninguna causa justifican los asesinatos que provocan...

—¡Asesinatos! ¿Es un asesinato defendernos? ¿Es que vamos a morir como en el Holocausto? ¿Es que no tenemos derecho a vivir?

—Rachel, eso ya lo hemos discutido. No quiero darle más vueltas.

—¿Entonces por qué has venido ahora? —preguntó ella irritada—. No te necesitamos. ¿Por qué has venido?

—Porque he creído que podría ayudar. —Ella no le retiró la mano. Siguió allí, cálida y viva bajo la de Sam. Rachel se arrimó más a él, de modo que su muslo apretara el del muchacho.

—No te hago ningún reproche —dijo ella dulcemente—. Crees que te quiero hacer prisionero y tenerte aquí. No es así. Sólo quiero que ahora estés junto a mí. No luches ahora contra mí. No discutas conmigo. Quédate un ratito a mi lado. Los dos estaremos en silencio.

—Muy bien —admitió él—. De acuerdo, querida.

Permanecieron en silencio conforme fue oscureciendo. En el Este, el cielo se iluminó con el estallido de unas granadas, semejantes a fuegos artificiales. Después se escuchó un ruido horrísono y hacia el final de la calle, a cincuenta metros de donde ellos estaban, estalló una granada. La concusión hizo que Rachel se echara encima de Sam. Era la primera vez que el muchacho había estado tan cerca del estallido de una granada de artillería, y el golpe del aire comprimido, la falta de aliento en sus pulmones y la rasgadura de su ropa como si hubiera sido algo palpable, fue algo nuevo y terrorífico. Rachel se recobró primero y corrió por la calle hacia el lugar en donde había estallado la bomba. Al cabo de un instante, Sam se puso de pie de un salto y se precipitó detrás de ella. La granada había alcanzado una casa, destruyendo una pared y haciendo pedazos las ventanas. Sobre la calle yacía un hombre sangrando, y desde dentro de la casa, Sam pudo oír que salían gritos de dolor.

—Atiende a ese hombre —le dijo a Rachel, señalando al caído en la calle. La puerta de la casa había sido arrancada de sus goznes. Sam se precipitó hacia el interior, abriéndose paso entre personas procedentes de otros apartamentos. La puerta del apartamento de la planta baja estaba abierta. Una niña de unos diez años estaba sobre el suelo, sangrando profusamente a consecuencia de un profundo corte en el brazo. Lloraba de dolor, y dos mujeres que se hacían eco de su llanto trataban en vano de contener la hemorragia.

—¡Déjenme! —ordenó Sam con energía, apartando a una mujer de junto a la niña.

Cogió su pañuelo, hizo un torniquete para el brazo y lo apretó con fuerza.

—Veamos, vamos, muñequita, no pasa nada. Tráiganme una venda —dijo dirigiéndose a las mujeres—. Una servilleta limpia, cualquier cosa. Y antiséptico: peróxido, alcohol. ¿Hay alguien más herido?

Aparentemente no. Corrieron en busca de lo que había pedido, y él acarició el cabello de la niña, para calmarla.

—Me duele —dijo ella lloriqueante.

Tenía un corte en todo el antebrazo, y también se le veían pequeñas heridas, hechas por trozos de cristal, en el rostro y en el cuello. Alguien le alargó una botella de peróxido, y él lo echó sobre la herida. La niña gritó de dolor. Sam oyó la voz del doctor Reznik.

—Une la carne y sujétala. —El anciano se inclinó sobre él, poniendo una compresa sobre la herida y vendándalo—. Le practicaremos la sutura en el puesto de socorro. Límpiale las heridas del rostro. —Le entregó a Sam un trozo de gasa.

—Tendríamos que llevarla al hospital.

—Ya lo sé, ya lo sé. Todas las ambulancias están en el frente. Hacemos lo que podemos. Ella se pondrá bien —le dijo a la mujer.

La niña volvía a llorar por el dolor que le causaba el antiséptico en sus cortes. Sam la cogió en sus brazos.

—¿A dónde la lleva? —le gritó una de las mujeres.

—Al puesto de socorro. Está en esta misma calle, en casa de los Lieberman.

Cuando salieron fuera, Rachel y Ari estaban cubriendo al hombre de la calle con una sábana que alguien les había dado. Los transeúntes los ayudaron a poner el cuerpo sobre la acera, en donde una mujer se arrodilló a su lado, llorando y golpeándose el rostro con las manos. Sam llevó a la niña al puesto de socorro, y la dejó sobre el sofá. Sarah tenía el instrumental preparado, y Reznik fue al cuarto de baño a lavarse las manos. Las dos mujeres los habían seguido, junto con otros vecinos.

—Por favor —les dijo Sam—. Es una habitación pequeña. Esperen fuera, tengan la bondad. Su hija se pondrá bien en seguida.

—¿Por qué llora tanto?

—Porque le hace daño. —Sam se fue al cuarto de baño.

—Lávate las manos —le dijo Reznik—. Dile a la señora Lieberman que necesitamos más toallas. Nada de anestesia. Me siento desesperado. No he suturado una herida en veinte años.

La señora Bergen, la madre de la niña, tenía un coche y dijo que podría llevar a la niña al hospital. Con un suspiro de alivio, Reznik cerró la herida con unas tiras de adhesivo, y Sam llevó a la pequeña donde estaba aparcado el coche. Cuando regresó, había dos mujeres y un hombre en la sala de los Lieberman, todos ellos con heridas superficiales causadas por fragmentos de metralla procedentes de una granada que había caído en la calle Mussaief, dos manzanas más allá. Ari y Sarah los estaban atendiendo. Rachel estaba sentada en los escalones de la entrada, y Sam se puso a su lado.

—He visto morir a un hombre —dijo Rachel, sombría—. Tenía el vientre completamente abierto y destrozado. Era viejo. Me miró y sonrió; después, murió. ¿Cómo pudo sonreírse con el vientre destrozado? Fue terrible.

La familia del anciano se había llevado el cadáver, y la calle se quedó desierta, con excepción de dos policías provistos con linternas, que comprobaban los daños causados por las granadas. El alumbrado de la calle había fallado a causa de la explosión, y reinaba la oscuridad con excepción de las luces que se veían en las ventanas de las casas. Uno de los policías gritó que taparan las ventanas, y entonces las luces empezaron a desaparecer.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Rachel a Sam.

—Todavía no lo sé.

—¿Tienes miedo?

—Aún no.

—Yo nunca tuve miedo en el kibbutz. Nos atacaron una vez, y no sentí temor. Pero aquí, en la ciudad...

—Comprendo. Es la diferencia entre estar en casa y lejos de casa.

—Me siento solitaria.

—Los dos estamos alejados de casa, ¿no es verdad?

—Nunca se me había ocurrido eso —confesó Rachel.

Los dos policías se acercaron a ellos. Llevaban metralletas «Uzi».

—¿Cómo va la cosa? —les preguntó Sam.

Los policías se detuvieron, contentos de tener alguien con quien hablar. Uno de ellos encendió un cigarrillo. El otro dijo:

—Bien, conque les gritas que apaguen las luces, y tú enciendes un cigarrillo.

—¿Quién puede ver un cigarrillo?

—¿Son ustedes médicos, muchachos?

—Somos estudiantes de Medicina en la Universidad Hebrea —les contestó Rachel—. Él es norteamericano. Yo soy una kibbutznik. Tenemos un puesto de socorro dentro de la casa. El doctor Isador Reznik está a cargo de él. Hemos atendido a la niña herida a consecuencia de la bomba, y tratamos de ayudar al anciano que ha muerto.

Uno de los policías sacó su libreta de notas.

—¿Saben ustedes su nombre?

—No. Pero su familia recogió el cadáver y se lo llevaron a su hogar, cuatro casas más allá, en esta misma calle.

—¿Pueden decirnos qué está sucediendo? —les preguntó Sam—. Se está desarrollando una guerra a un kilómetro de distancia y nadie parece saber qué está sucediendo. ¿Están atacando los jordanos?

—Todavía no. Ni nuestros muchachos ni los jordanos. Sólo ha habido intercambios de disparos y un pequeño duelo artillero.

—Somos policías. No sabemos más que usted.

Siguieron su camino en la oscuridad. El doctor Reznik salió de la casa, cargó su pipa, la encendió y tomó asiento junto a Sam y Rachel.

—Bueno, hijos míos. Ya estamos otra vez en guerra.

—Siempre ha habido guerra —dijo Rachel con tristeza.

—La existencia de nuestro pueblo es una afrenta histórica —dijo Reznik—. Nadie quiere tolerarla. Sin embargo, con ayuda de Dios...

—No nos ha ayudado demasiado —dijo Sam con enojo—. Estamos aquí a tiro del lado jordano de la ciudad, y esas casas están llenas de mujeres y niños. ¿Por qué no hacemos algo para evacuarlas?

—¿A dónde? —preguntó el doctor Reznik en voz baja—. ¿A dónde podríamos ir, Shmuel? Vivimos en un país del tamaño de un sello de correos. La mitad de nuestra ciudad santa está en manos de nuestros enemigos. A cualquier parte que vayamos nos encontraremos con el frente. Por mi parte, acepto de grado un peligro que está reservado a los jóvenes. Si debemos tener guerra, los viejos debemos luchar en ella, no los jóvenes.

Rachel tocó la mano de Sam y sonrió tristemente. El doctor Reznik dio unas chupadas a su pipa. Hacia el Este y el Norte, se oían explosiones intermitentes, así como ininterrumpidos disparos de armas ligeras, viéndose también granadas que al estallar iluminaban el cielo. En la calle apareció un jeep, conducido lentamente con las luces cortas. Se detuvo delante de ellos, y el conductor, un soldado, les preguntó:

—¿Dónde está el puesto de socorro?

—Aquí mismo. Soy el doctor Reznik.

Dos jóvenes con gafas estaban sentados en la parte posterior del jeep; ambos llevaban sendos brazaletes de médico.

—Estamos recogiendo médicos, los que podamos encontrar en los puestos de socorro —explicó el conductor—. Hemos tenido un maldito percance en la estación de evacuación de heridos. Una bomba alcanzó una ambulancia. Hemos perdido tres médicos, y los necesitamos ya.

—¿Dónde? —le preguntó Reznik.

—Entre Sanhedria y Fago. Los doctores Leventhal y Kahanski están a cargo.

—Dejadme ir —pidió Rachel.

—Mujeres no.

—Voy a avisar a Ari —dijo Reznik.

—¿Por qué diablos tiene que ir Ari? —preguntó Sam—. Está lisiado. —Rodeó el jeep y saltó al asiento contiguo al del conductor.

El doctor Reznik no hizo nada para detenerlo. Rachel lo miró fijamente.

«Qué canalla soy —pensó Sam—. Qué condenado canalla».

Se llevaría consigo la expresión del rostro de Rachel.

El chófer se equivocó de dirección. Era de Tel Aviv y no conocía las callejuelas de Jerusalén.

—¡Vaya una jodida guerra! —murmuró Sam en inglés. Después dijo en voz alta, en hebreo—: Gira aquí, por Fischel, hasta el final, y después a la izquierda por Samuel.

Oyeron un sonido estremecedor y una bomba estalló en una casa delante de ellos.

—¿No hay otro camino? —preguntó el chófer—. Ahí delante están bombardeando.

—Te podrías perder por estas calles. Sólo sé que si seguimos por Fischel llegaremos a Samuel, y que si giramos a la izquierda, iremos a parar a Sanhedria. ¿Cuál es la diferencia? No sabemos dónde están bombardeando.

El conductor aumentó la velocidad, y un minuto o dos después se encontraron en la calle de Samuel el Profeta, frente a la barrera de alambradas, fortines armados de ametralladoras y trincheras, que dividían los sectores israelí y jordano de Jerusalén. En la oscuridad, la barrera resultaba invisible, pero la calle estaba llena de vehículos militares y de tropas a pie.

El chófer consiguió avanzar por la calle y torció hacia la izquierda. El bombardeo procedente del lado jordano era intermitente; las granadas surcaban el cielo e iban a parar a la zona judía. A distancia se oyó un ensordecedor fuego artillero, y las bombas estallaron en la oscuridad cayendo en el lado jordano.

—Son los nuestros —dijo el chófer.

—Maravilloso —dijo Sam con amargura, en inglés.

Fueron detenidos por un policía militar, a quien el conductor informó de que estaban buscando el puesto de evacuación de bajas del doctor Leventhal.

—Se han trasladado a la Dushinski Yeshiva. ¿Sabes cómo llegar allí?

—Creo que sí —intervino Sam.

Al cabo de unos minutos, llegaron a la Yeshiva, cerca de la cual habían caído varias bombas. En la calle de delante se veía una ambulancia y dos coches destruidos y quemados. En aquel momento llegó otra ambulancia y empezaron a trasladar los heridos dentro de la Yeshiva.

—Eso significa que el ataque ha empezado —le dijo el chófer a Sam.

De la Yeshiva salió un doctor y le preguntó al soldado qué había traído.

—Tres médicos.

—Seguidme —dijo el doctor. Los condujo dentro del edificio y bajaron por una escalera. El sótano estaba lleno de pálidos estudiantes rabínicos, intimidados por el caos que los rodeaba. A través de una puerta abierta que daba a otra parte del sótano, Sam pudo ver un quirófano improvisado, con intensas luces sobre las mesas y médicos y enfermeras trabajando. Los tres estudiantes de Medicina permanecieron allí a la espera unos instantes, fascinados. Después, un hombre con una bata manchada de sangre se acercó a ellos. El doctor que los había conducido hasta allí explicó que eran voluntarios de los puestos de socorro.

—¿Qué sois? ¿Estudiantes de Medicina?

Los tres asintieron.

—¿Podéis curar heridas superficiales, quemaduras, cortes?

Volvieron a asentir.

—Muy bien. Lavaos las manos. Hay un cuarto de baño al final del corredor. El material está en ese cuartito de ahí. Hacen una selección en la entrada, y meten a los menos graves en esa gran sala. Atended sólo a los que sepáis. Todo lo demás enviádselo a los doctores.

Se despertó cuando notó que una mano le sacudía. Miró su reloj. Pasaban unos minutos de las cuatro. No sabía si era de madrugada o por la tarde. Estaba confundido, y en aquel sótano no había modo de saberlo. Después, poco a poco, empezó a recordar los acontecimientos de la noche anterior. Había dormido sólo durante una hora, y hasta entonces había tenido que atender a una interminable fila de heridos. Al levantar la vista, se encontró con el rostro de un anciano judío ortodoxo, barbudo, que le ofrecía una taza de té y un trozo de pastel.

—Come, hijo. Esto te dará fuerzas. Sam se lo quedó mirando como atontado durante un momento. Después cogió el té y el pastel. Estaba muy hambriento, y cuando probó el primer bocado del pastel, se comió el resto con voraz apetito.

—Fuera hay más —le dijo el viejo—. Ahora el doctor Leventhal quiere verte.

Había seis jóvenes reunidos en el corredor, con Leventhal y un militar de aspecto fatigado y uniforme manchado. El propio Leventhal parecía caerse de fatiga, y tenía la bata cubierta por completo de sangre. No perdió el tiempo.



—Todos ustedes son estudiantes extranjeros —dijo el doctor—, y todos son también voluntarios. Ahora ya tenemos aquí bastantes enfermeras, y no los necesitamos, pero en el lado jordano, donde nuestras tropas han estado luchando, las bajas entre los médicos han sido muy elevadas. Necesitamos médicos. No tienen ninguna obligación. ¿Quiere ir alguno de ustedes?

Tras un momento de duda, uno tras otro mostró su conformidad.

—Muy bien. Sus equipos ya están preparados. Recójalos cuando emprendan la marcha. No sean héroes y no cometan tonterías. Sigán a los combatientes. Vayan detrás. Llevarán morfina y vendas. Calmen el dolor y las hemorragias. Que Dios los bendiga.

A continuación, el doctor se marchó y el militar les hizo una señal para que lo siguieran. Sam continuaba confuso. Se daba cuenta de que sus actos no guardaban relación con su estado mental. Se había ofrecido voluntario para algo para lo que no estaba preparado ni sentía inclinación, y cuando se pidió a sí mismo una explicación, ya no había remedio. Dos de los ancianos aparecieron con bandejas de pasteles y Sam se puso a comer aquellos dulces maquinalmente. Sintió desesperados deseos de orinar.

—¿Puedo ir al cuarto de baño? —preguntó al militar.

Los otros estudiantes hicieron la misma petición.

—Id, muchachos, id. Ya os mearéis en los pantalones luego. Pero podéis ir.

Luego, fuera, les dieron sus equipos así como cascos de acero con el distintivo de médico. El de Sam le venía pequeño. Subieron a la ambulancia. Cuando el vehículo arrancó, cayó una granada en el mismo lugar ocupado antes por la ambulancia. Condujeron con lentitud, sin luces, durante unos diez minutos. Se detuvieron y les dijeron que salieran. Ahora estaban rodeados de ruido ensordecedor producido por el estallido de granadas, disparos de ametralladoras pesadas y de armas ligeras.

—Seguidme y no os separéis —les dijo el militar.

Los llevó por la oscuridad. Vagamente, Sam pudo distinguir la brecha en la barrera que había dividido los dos sectores de Jerusalén, los montones de alambre de púas, la tierra revuelta por la explosión de los proyectiles empleados para romper la barrera, fragmentos de cemento dispersos por doquier. El soldado que los conducía llevaba una linterna que empleaba ocasionalmente; también pudieron ver las luces de otras linternas. Se cruzaron con camilleros que iban en dirección opuesta.

—¡A la trinchera! —gritó el soldado, iluminándola con la linterna. En el fondo de la trinchera había dos cuerpos—. Jordanos —dijo el soldado. De pronto oyeron un agudo silbido, que ya les resultaba familiar—. ¡Agachad el culo! —exclamó el soldado. Los estudiantes de Medicina se arrojaron al suelo y la granada pasó sobre sus cabezas y estalló detrás de ellos. A Sam se le cayó el casco, que echó a rodar. Trató de encontrarlo—. ¡En marcha! —les ordenó el militar.

Delante de ellos, media docena de linternas y de reflectores trazaban un dibujo irracional. Cuando se aproximaron más, Sam se dio cuenta de que se trataba del centro de evacuación de heridos; era un trozo de terreno llano en donde yacían unos cuarenta hombres, unos pocos en camillas y la mayoría sobre el suelo. A juzgar por el sonido de las armas de fuego, dedujo que los combates se estaban librando a no más de unos cien metros de allí. Un hombre manchado de sangre se acercó a ellos; era un doctor. Ni siquiera los heridos estaban tan ensangrentados.

—Médicos —le dijo el soldado—. Estudiantes extranjeros.

—Gracias. —El militar desapareció, y el doctor les dijo—: Hemos seleccionado tres grupos: los leves aquí —señaló a un montón de hombres sobre el suelo—, los graves ahí, y los muy graves allí. —Habló con rapidez—. A veces nos equivocamos. Fijaos bien en los signos vitales y en las hemorragias. Muchos de ellos llevan vendajes de campaña. Comprobad esos vendajes y cambiádselos. Si sienten dolor, utilizad la morfina. ¿Tenéis morfina y vendajes? Los muchachos asintieron.

—Hay un montón de linternas ahí junto con el material. No tengo tiempo de daros más instrucciones. Poneos manos a la obra.

Conforme el doctor hablaba llegaban más bajas: hombres tambaleantes, agarrándose con la mano sus heridas, soldados que ayudaban a sus compañeros, camilleros. Los tres doctores y el puñado de estudiantes se pusieron a trabajar con una rapidez desesperada. Después, Sam se preguntó si había estado asustado, y jamás pudo darse una respuesta lógica a esa pregunta. Todo lo que sucedía era como una interminable pesadilla, si bien todo se veía iluminado por una salvaje realidad. Sintióse dominado por la euforia. Finalmente, por primera vez en su vida, estaba actuando sin dudas ni irritación. Todo había quedado a un lado. Lo que había causado aquellas heridas, lo que destrozaba y laceraba la carne no era de su incumbencia. Todos los juicios morales, todos los argumentos intelectuales habían desaparecido. Él estaba salvando vidas, estaba deteniendo hemorragias, estaba venciendo al dolor. Aquellos hombres heridos eran como una parte de él. Sam era joven, igual que aquellos muchachos judíos carirredondos y sonrosados, igual que los jordanos de rostro moreno, todos ellos atenazados por el dolor, llorando, gritando agónicamente.

Extrañamente, Sam se dominó. No le afectaban la sangre, los vientres abiertos, las heces expelidas por intestinos torturados.

Un doctor se detuvo un momento para comprobar su labor. Lo felicitó.

—Muy bien. Lo estás haciendo muy bien.

«¡Vete al diablo! —dijo Sam para sí mismo—. No tienes ni puñetera idea de lo que estoy sintiendo».

Vio sobre el suelo a uno de los jóvenes que habían ido sentados en el jeep con él; el chico tenía un orificio de bala en la frente. Se llamaba Ernesto, y era brasileño. Sam no supo cómo aceptar aquello sin gritar de rabia por lo absurdo y estúpido de

aquella muerte. Sin embargo, la aceptó.

Empezaba a amanecer, el cielo estaba grisáceo, y al Este se divisaba una ligera tonalidad rosada. Hubo un alto en el desfile de heridos, las armas guardaron silencio momentáneamente. Entonces, en la distancia, alguien empezó a gritar:

—¡Un médico! ¡Un médico! ¡Un médico!

El paisaje cambió conforme fue aclarando. Se empezaron a ver los edificios en la zona de combate: hacia el Norte, la Escuela de Policía, al Sur, el conglomerado de edificios de la colonia norteamericana. Se volvieron a oír los gritos agónicos reclamando un médico.

Un doctor tocó el hombro de Sam.

—Necesitamos a alguien allí —dijo señalando hacia donde provenían los lamentos—. ¿Quieres ir tú?

Sam comprobó su equipo. Cogió más morfina, vendajes y antiséptico. Después se puso en marcha. Echó a correr por una calleja estrecha, ocultándose detrás de una pared destruida cuando, de pronto, se reanudó el fuego. El lugar estaba surcado de trincheras. Se refugió en una de ellas. La voz que pedía un médico, ahora más débil, parecía proceder de algo más lejos en aquella trinchera, produciendo un extraño eco en las paredes de la misma. Sam se puso a avanzar por la trinchera. Pasó sobre el cadáver de un paracaidista israelí; después encontró dos jordanos muertos, luego tropezó con un israelí con la cabeza volada, y por fin halló a otro israelí hecho un ovillo, sujetándose el estómago. Sam se detuvo, se inclinó sobre él y buscó signos vitales. El muchacho estaba frío y muerto. La petición de un médico se había desvanecido. La trinchera trazaba una curva, y Sam pasó junto a un israelí y un jordano trabados en un abrazo mortal, los dos arrodillados, aferrándose ambos mortalmente.

De pronto oyó que muy cerca daban un débil grito solicitando socorro. Estaba justo delante de él. Encontró al hombre herido que buscaba. Tenía media pierna destrozada, y se había hecho como había podido un torniquete. ¿De dónde habría sacado fuerzas para gritar?

—Ya ha pasado todo —le dijo Sam—. Tranquilo, te vamos a curar.

El soldado israelí, que no tendría más de dieciocho años, de improviso empezó a gritar histéricamente. Sam le dio una inyección de morfina, y el muchacho se tranquilizó, mientras las lágrimas remplazaron a los gritos de dolor. Sam aflojó el torniquete y dejó que la sangre manara por un momento; después, volvió a ponerle el torniquete. El chico gritó de nuevo cuando Sam le aplicó antiséptico en la herida.

—¿Dónde estás? —preguntó una voz.

Sam miró hacia arriba y vio dos camilleros en el borde de la trinchera. Como pudo, sacó al muchacho de la trinchera con ayuda de los camilleros y lo pusieron en la camilla. Después Sam se quedó junto a la trinchera, inmóvil, mientras los

camilleros desaparecían entre la niebla matutina. Le faltaron las fuerzas o la voluntad para moverse de allí.

Al cabo de un rato oyó pisadas y se volvió. Dos soldados israelíes le estaban apuntando con sus «Uzi».

—¡Médico! —gritó él—. ¡Soy médico!

—¿Dónde está Zvi?

—¿Quién es Zvi?

—El muchacho con la pierna herida.

—Le he dado morfina. Los camilleros se lo han llevado.

—¿Estaba bien?

—Estaba vivo.

—¿Dónde está tu unidad?

—Dios lo sabrá.

—Quédate con nosotros, necesitamos médicos. Los nuestros han muerto.

Sam los miró como atontado.

—Despierta, *chevra*. Ya dormirás luego.

Echaron a andar por la trinchera y, al cabo de un instante, Sam los siguió. ¿Qué importaba ya? Había perdido por completo el sentido de la dirección, y ya no sabía a qué unidad pertenecía. Un lugar no sería peor que otro. Pasaron junto a dos soldados jordanos muertos, y por fin la trinchera terminaba en un bunker. El bunker era como una tumba. Saltaron fuera de la trinchera y les dio en el rostro la luz del sol. A lo lejos se oían disparos. Recorrieron un calle, con un muro a un lado y casas al otro. De pronto, cayeron unos cascos del muro que Sam tenía enfrente y ambos soldados empuñaron sus «Uzi». El fuego procedente de la casa se detuvo. Corrieron hasta el final de la calle, que daba a una arteria más amplia, y allí encontraron un tanque y doce soldados israelíes más. El comandante del tanque salía en aquel momento de su interior, y los dos soldados que acompañaban a Sam le dijeron lo del fuego procedente de la casa. El tanque dio la vuelta y se dirigió hacia la calle que acababan de dejar. Los soldados se pusieron en marcha, y Sam los siguió.

—¿Quién es éste? —preguntó uno de los soldados que ahora iba con ellos, señalando a Sam.

Era una pregunta razonable. Toda su ropa: tejanos, sandalias y camisa deportiva estaban cubiertos de sangre seca, igual que las manos y el rostro.

—Es un médico. Atendió a Zvi.

—¿Está vivo Zvi?

—Él dice que sí.

Un soldado le enseñó el brazo. Tenía una fea herida vendada con tiras de su camisa. Sam le quitó aquel improvisado vendaje ensangrentado, le aplicó desinfectante y se lo volvió a vendar bien. Otro soldado tenía la mano atravesada por

un balazo. Todos contemplaron aprobadoramente mientras Sam lo atendía.

Un hombre de más edad, aparentemente su jefe, le preguntó a Sam quién era.

—Shmuel Cohén. Soy un estudiante norteamericano.

—¿Has estado en esto toda la noche?

Sam asintió.

—Ven con nosotros. Vamos al museo. Podrás descansar allí.

—¿Qué museo?

—El Museo Rockefeller. Todo ese sector está limpio, hasta la muralla de la ciudad vieja.

Sam se echó a reír, casi histéricamente.

—¿Cuál es la gracia?

—El Museo Rockefeller —dijo Sam—. El mundo entero es una broma.

Abrió los ojos, estaba caliente y cómodo en la manta que lo envolvía, con un techo a menos de medio metro sobre su cabeza. Desde donde estaba podía ver los pies y las piernas de personas. Le costó un momento recordar que se había arrastrado para dormir bajo uno de los armarios del museo. No es que allí hubiera muchos lugares para escoger, con tantos soldados pernoctando en el museo. Alguien le había dado una manta, por lo que se sintió agradecido. Poco a poco, la sucesión de acontecimientos se ordenó en su atontada mente. Lo habían puesto a trabajar en una habitación del museo que había sido convertida en puesto de socorro —él existía en un mundo que se había convertido en un puesto de socorro—, y por fin le habían dado de comer. ¡Qué lujo había constituido! ¡Qué indudable festín! Como borracho, casi incapaz de tenerse en pie, lo condujeron a un improvisado comedor, en donde el menú consistió en atún enlatado, pan de pita y champaña. No tenía idea de dónde procedían el atún ni el champaña. La sala estaba abarrotada de soldados israelíes sucios y sin afeitar, que habían luchado durante toda la noche en la salvaje y sangrienta batalla por Jerusalén Este. Las tropas estaban eufóricas por seguir vivas, y no sólo vivas, sino también por haber salido victoriosas. Sam no recordó ninguna comida que antes le hubiese sabido tan bien. Comió y comió, regando la comida con buenos tragos de champaña que, según supo después, se había sacado de uno de los hoteles jordanos durante la noche. Después, completamente ebrio, anduvo tambaleándose hasta encontrar un montón de mantas. Le ofrecieron una. Halló un sitio bajo el armario, y se quedó dormido instantáneamente.

No tenía idea de cuánto tiempo había dormido. Suponía que había perdido un día, no sabía qué había estado sucediendo últimamente. Permaneció donde estaba, escuchando las voces de los hombres cuyos pies veía; de su conversación dedujo que eran arqueólogos que comprobaban y catalogaban el contenido del museo. Fuera, la guerra aún seguiría. Dentro de este lugar, reinaba la tranquilidad; hasta las voces de

los arqueólogos sonaban extrañamente calmadas.

Esperó hasta que se hubieron marchado de allí, y después salió arrastrándose. Dobló su manta y anduvo por el museo hasta que encontró un montón de mantas, mochilas y armas. Añadió su manta al montón, convencido ahora de que había estado durmiendo durante catorce o quince horas. Era la mañana del día siguiente; el museo estaba lleno de civiles así como de soldados. Él había perdido en alguna parte su equipo médico. Posiblemente también habría perdido su profesión. Salió del museo. Fuera, en la calle entre el Museo Rockefeller y las murallas de la Ciudad Vieja, las tropas israelíes se movían en dirección a la Puerta de Herodes. No se oían ruidos de guerra: ni disparos ni estallido de granadas.

—¡Hemos tomado la ciudad antigua! —se dijo a sí mismo—. Ya tenemos todo Jerusalén.

Aun en sus pensamientos, era la primera vez que se vinculaba con lo que había sucedido allí, o que aceptaba, como parte de sus esperanzas, las de las personas que lo rodeaban.

En la calle había mujeres, sirviendo café caliente y bocadillos de pita.

—Hay también para el *chevra* —dijo una mujer.

—Soy médico —le dijo a la mujer. Aún no se había dado cuenta del aspecto que tenía. Su ropa estaba tiesa a consecuencia de la sangre seca, y tenía sucios el rostro y las manos.

La mujer lo miró fijamente y después le dio café y un bocadillo. Masticando el pan, bebiendo del vasito de plástico, caminó con la masa humana hasta la Puerta de Herodes, la cruzó y bajó por la estrecha calle que conducía a la Montaña del Templo. No tenía idea de adonde se dirigía, pero todos seguían la misma dirección: soldados, civiles, viejos judíos ortodoxos con sus largos caftanes, mujeres, niños judíos, niños árabes. Él nunca había estado antes en la ciudad vieja de Jerusalén, pues permanecía cerrada tras sus altas murallas, prohibida a los judíos bajo pena de muerte. Contempló con la curiosidad propia de un turista las callejuelas llenas de suciedad, las viejas y ruinosas casas, a los habitantes árabes de la Ciudad Vieja, quienes contemplaban en silencio cómo la muchedumbre de judíos avanzaba hacia la Montaña del Templo.

Él subió a la Montaña, frente a la cúpula dorada de la Mezquita de Ornar. La montaña estaba llena de gente que profería gritos de júbilo, que cantaba. Había soldados que se abrazaban entre sí; otros permanecían en silenciosa plegaria, moviendo los labios. Algunas mujeres lloraban, viejos judíos barbudos se balanceaban rezando sus oraciones. Los niños gritaban. Sam permaneció en silencio. Al cabo de un rato se dio cuenta de que estaba llorando, y las lágrimas surcaron abundantemente su rostro cubierto de sangre seca.

Sam se desplazó a pie desde la Ciudad Vieja hasta su alojamiento en la calle

Bezalel. Cruzó una ciudad en llanto y en éxtasis, una ciudad cuya población fluía en dirección contraria, hacia la Ciudad Vieja y la Montaña del Templo. Para ellos era el comienzo, para él era el final de una parte de su vida. En los años venideros, viviría con el recuerdo de lo sucedido en estas últimas cuarenta y ocho horas; las tendría presentes tanto en sus sueños como en sus momentos de vigilia. Pero ahora estaba extrañamente en paz consigo mismo, muy en paz. La pensión en la que él vivía, estaba desierta, algo que le agradó. Eso significaba que tendría el cuarto de baño a su disposición. Se quitó los pantalones, camisa, calcetines y sandalias, se puso un albornoz y metió aquellas prendas sucias en una bolsa de papel, que luego echó en el cubo de la basura comunal. Después, deseando fervientemente que el calentador funcionara, llenó la bañera con agua caliente, se frotó bien, vio cómo el agua se ponía de color rojizo a causa de la sangre, dejó que se fuera por el sumidero, llenó la bañera de nuevo, y se volvió a enjabonar. Se puso después ropa limpia y se encaminó hacia la casa de los Lieberman.

La señora Lieberman estaba en el apartamento, cuidando del niño; los demás se habían ido a la Ciudad Vieja. Qué diferente se veía todo hoy: la calle, la casa, la sala de estar que ya no era un puesto de socorro...

—¿Rachel también se ha marchado? —preguntó él.

—Sí, Rachel también. ¿Tienes hambre, Shmuel? ¿Deseas comer algo?

—Si no le ocasiona molestias... Estoy muerto de hambre. He tratado de comprar algo de comida, pero todas las tiendas están cerradas.

Le frió huevos y le cortó unas buenas rebanadas de pan. Mientras Sam comía, ella se sentó delante de él, con el niño en brazos.

—¿De modo que ya tenemos toda la ciudad? Aquí la guerra ha acabado, gracias a Dios.

—Sí, toda la ciudad.

—¿Has estado en la Montaña del Templo?

—Sí.

—Yo iré más tarde, cuando ellos regresen. No parece posible, es como un sueño. ¿Cómo ha ido la cosa? ¿Han muerto muchos chicos nuestros?

—No lo sé. Espero que no. —Al contemplarla, recordó a la rolliza mujer judía del avión, cuando él regresaba a San Francisco para el funeral de su abuelo. Trató de recordar su apellido, pero no pudo. ¡Qué parecida era a esta señora Lieberman, a quien conoció dos noches atrás, y que ahora lo trataba como si fuera su propio hijo!

—¿Dijo Rachel a dónde iba?

—Creo que a la Montaña del Templo. ¿Era tu novia?

—Nos tenemos un gran afecto.

—Pero ahora tú te vas, regresas a América...

—Sí.

—No es que sea algo en que deba meterme, pero ¿cómo puedes hacer eso? ¿Cómo puedes marcharte de aquí? Ésta es tu tierra. Tu hebreo es mejor que el mío. Por mucho que lo intento, no puedo hablar correctamente en hebreo, pero el tuyo es como el de un sabra. Y si esa chica maravillosa es tu novia... —Avergonzada, se interrumpió. El niño que tenía en brazos empezó a llorar.

—Me tengo que marchar ahora —dijo Sam poniéndose de pie—. Gracias por el almuerzo. Ha sido muy bondadosa.

—No tendría que haber dicho lo que he dicho. No es cosa mía.

—Es usted muy buena. —Sam se acercó a ella y le besó en una mejilla—. Gracias de nuevo. —Se marchó.

Barbara reflexionó mucho en su camino al aeropuerto para ir a recibir a Sam. Mientras la guerra —que sería conocida como la Guerra de los Seis Días— aún seguía, Sam consiguió ponerse en contacto con ella por teléfono, desvaneciendo así los peores temores de Barbara. Cuando recibió la llamada de su hijo desde Nueva York, comprobó que su hijo al fin había podido realizar el viaje previsto. Ella aún no sabía cómo le había ido durante la Batalla de Jerusalén; Sam se había limitado a decirle que estaba sano y salvo, y que el resto lo sabría cuando él estuviera de regreso en San Francisco. Mientras tanto, durante los primeros días de la guerra, cuando no recibía noticias de su hijo, Barbara pasó un miedo terrible. Consideró la posibilidad de que su hijo, su único hijo, pudiera morir, que el pequeño Estado de Israel fuera derrotado y destruido y que el holocausto volviera a repetirse. Puesto que ella misma le había sugerido que se quedara allí para terminar sus estudios preparatorios de Medicina, sus remordimientos eran terribles. Aun a pesar de su tolerancia y compasión, Barbara era de raza blanca y protestante en la clasificación étnica tan arraigada en la sociedad norteamericana. Se había criado a la sombra de la Grace Cathedral, un edificio que había estado muy relacionado con su familia. Y siempre que libraba una lucha interna, nunca había podido aceptar a un judío sin que una pequeña voz en su interior le recordara que los judíos eran diferentes. Incluso su primer marido no fue simplemente un hombre; era un hombre precisamente judío, y como muchos intelectuales americanos, ella vivía, se movía y trabajaba en un mundo en el que abundaban los judíos. Cuando se enfadaba con un cristiano, sólo se ponía enojada; cuando se enfadaba con Boyd Kimmelman, surgía una débil voz que le susurraba la palabra *judío*. Hacía muchos años, cuando Sam Goldberg había sido abogado de su padre, ella había recurrido a él en sus momentos de desconsuelo. Goldberg era un hombrecillo bajo y obeso, calvo y con un pequeño círculo de cabellos blancos. Él la había orientado, consolado y ayudado; pero, siempre, en algún rincón de su mente, ella lo clasificaba como aquel encantador y bondadoso hombrecillo judío.



Todas estas ideas cruzaron por su mente mientras se dirigía en coche al aeropuerto. Ella se llamaba Barbara Lavette, y su hijo Samuel Cohén. ¿Habría supuesto aquello siempre un motivo de distanciamiento entre los dos? Cuando su casa ardió, Barbara tuvo la sensación de quedarse desnuda y completamente despojada en un mundo eternamente absurdo. Se vio dominada por la autocompasión, diciéndose que había perdido a su hijo, su hogar y el manuscrito en el que había trabajado tan concienzudamente. Era una mujer de cincuenta y tres años que no tenía nada, con una vida llena de ilusiones románticas, que se había ensangrentado al estrellarse contra las murallas de los prejuicios y de la inhumanidad. Al verse de este modo, tuvo que reprimir el deseo de volver al consultorio de la doctora Albright. Y cuando la doctora Albright le telefoneó para preguntarle en qué la podía ayudar, Barbara le dijo escuetamente:

—Necesitamos dinero para nuestra organización. Por lo demás, estoy bien.

Al cabo de unos días le llegó un cheque. Consiguió vencer aquel obstáculo, y a partir de este momento, su situación anímica mejoró. Y en los momentos de silencio durante la Guerra de los Seis Días, cuando no llegaban noticias y ella no tuvo modo de enterarse si su hijo vivía o estaba muerto, logró una vez más dominarse. Aunque no volviera a ver a su hijo, Barbara seguiría viviendo; pero, si lo volvía a ver, haría un nuevo intento para comprenderlo.

«Supongo —se dijo en este día—, que comparto con la mayoría de la Humanidad la necesidad de ser de alguna importancia. Yo quería ser de gran importancia al menos para una persona, quizá porque él representa tanto para mí. Pero lo único fundamental es que él es importante para mí. Todo lo demás él lo decidirá». Aunque esta conclusión no era rigurosamente profunda, la consoló.

Por fin, después de tanta espera, se situó en la puerta de llegadas, el muchacho bajó del avión, y ella lo vio. No lo recordaba tan alto. Llevaba pantalones téjanos, camisa azul de obrero y chaqueta de pana. Del hombro le colgaba la bolsa con su equipaje. Estaba muy moreno, su cabello rubio se había puesto más claro a consecuencia del sol. Barbara se dijo: «¡Qué apuesto es! Tengo un hijo muy guapo».

Al cabo de un instante, los dos estaban abrazados, y él le aseguraba que se encontraba bien, que no llorara, y que volvía para quedarse.

Barbara no le molestó con preguntas. Las cosas importantes no se dicen a la ligera. Todo en su debido tiempo. Él se mostró complacido y encantado con todo lo que vio: la bahía, las secas colinas junto a la carretera que conducía a la ciudad, los botes de vela meciéndose por la brisa, el tránsito por la autopista. Había cambiado. Algo había derribado sus murallas protectoras y se abrió a su madre. Al principio no fue nada importante. En el avión viajó sentado junto a una chica francesa que no hablaba inglés.

—De modo que empecé con el francés que tú me enseñaste cuando era un crío.

Un francés infantil. Le causó una gran impresión. No —se adelantó a su pregunta al ver la expresión de su madre—. No he tratado de ligármela. Te voy a llevar a cenar esta noche, si es que puedo volver a ponerme mi antigua ropa elegante.

—Sam, toda tu ropa quedó destruida por el fuego.

—De cualquier modo ya no me serviría. Después iremos a «Gino's». Él me dará de comer vaya como vaya vestido.

—Claro.

—¿Has reconstruido la casa?

—Totalmente. Volví loco al contratista porque insistí en que fuera igual a la extraña casa victoriana que se había quemado. Sam —dijo ella—, ardo en deseos de hacerte infinidad de preguntas. No sé por cuál empezar.

—Entonces déjame comenzar a mí, y ya habrá tiempo para todo. ¿Cómo está la abuelita Jean?

—Tiene setenta y siete años, y sigue siendo hermosa. No sé cómo lo consigue.

—Es una dama de clase.

—Le rompí el corazón al no dejarla venir a recibirte al aeropuerto. Yo te quería para mí sola.

—En exclusiva. Y tú, ¿qué tal mamá?

—Muy ajetreada. Hoy sobre todo.

—Tienes un aspecto maravilloso.

—Gracias. —Si él hubiera sabido que ella se había pasado casi toda la mañana cambiándose de ropa, tratando de escoger lo más adecuado y rogándole a Jean que la aconsejara en lo de su atuendo, pues deseaba ofrecer un buen aspecto.

—A propósito, ¿dónde vamos a alojarnos? ¿Podremos dormir en la nueva casa?

—Cariño, todavía no nos han entregado el mobiliario. Nos quedaremos con la abuela.

—¿En la mansión? Bueno. Creo que podré aguantar unos días en esa vivienda aristocrática.

—Creo que la casa de Green Street también era bastante aristocrática.

—Pues sí —admitió él—. ¿Qué sabes de la gente de Napa? ¿Cómo está Freddie?

—Hace tiempo que no lo he visto. Pero escribió un largo artículo sobre elaboración de vinos en el *Chronicle* del domingo. Muy erudito.

—Me lo imagino. Freddie está lleno de erudición. Fuimos a unas bodegas en Israel y Freddie empezó a largarles una conferencia acerca de lo que hacían mal y por qué su vino era tan dulce. Creí que lo echarían de allí, pero Freddie es un tipo tan convincente y de tanta buena fe que lo escucharon y le dieron la razón. ¿Te lo imaginas?

—Lo intento.

—¿Y May Ling? ¿Ha superado lo de la muerte de Ruby?

—Creo que sí. Ella es prácticamente la que lleva el peso de «Madres para la paz». ¿Sabes? Sus padres se han separado.

—¡Oh, no!

—Sí. Supongo que esto es propio de nuestros tiempos. Podrían volverse a juntar, pero no tengo demasiadas esperanzas.

Siguieron hablando, y Barbara se quedó sorprendida de lo fácil que ahora resultaba la comunicación entre ellos. Pero hasta la última hora de aquella noche, sentados ante el fuego, en el estudio de su abuelo de la casa de Russian Hill, Sam no le explicó lo que había sucedido durante la batalla. No omitió nada, lo relató todo con sencillez y franqueza. A Barbara le pareció aquello una catarsis. No le interrumpieron. Tanto Barbara como Jean permanecieron atónitas, observando cómo el fuego de la chimenea proyectaba sombras sobre Sam, mientras él les explicaba lo acontecido en aquellas cuarenta y ocho horas. Cuando hubo acabado, permanecieron en silencio durante un rato, y entonces Jean le preguntó si había sentido miedo.

—Sólo una vez creo, cuando aquel chico brasileño, que también era estudiante, fue muerto.

—¡Qué horror!

—No... Bueno, sí y no. Siempre he oído que si salvas la vida de alguien sientes una especie de euforia. Uno de los médicos militares me dijo que salvar una vida era equiparable a una dosis de heroína para un toxicómano. Quizá sí o quizá no, y no sé realmente cuántas vidas salvé. Si es que salvé alguna. Espero que sirviera para algo mi actuación, pero no puedo asegurar que nadie me deba la vida. Pero ahora sé una cosa: que, de pronto, todo tuvo sentido. Me había encontrado a mí mismo. Nunca antes me había sentido así. Aquella noche tuve la sensación de que sabía por qué había venido al mundo, en medio de aquella noche... ¡Dios, qué cariño sentí por aquellos que a mi alrededor se afanaban haciendo lo mismo que yo, porque no tenía importancia qué era el hombre, jordano o israelí... los atendíamos a todos con igual entrega!

—¿Y la chica, Rachel? —preguntó Jean.

—Cuando regresé a casa de los Lieberman esperaba encontrarla allí. Pero se había marchado. Al día siguiente fui a su kibbutz. Está sólo a unos veinticinco kilómetros de Jerusalén. Lo curioso es que todavía no sé por qué fui allí. Nada habría cambiado. Pero me era imposible marcharme sin decirle adiós. Bueno, pues, la cosa no fue bien. En el kibbutz sólo habían quedado mujeres, niños y ancianos. Todos los demás se habían ido al Ejército, y me sentí muy extraño en aquel lugar. Ella se mostró fría y distante, y yo pude comprender su actitud. Ni siquiera nos besamos. Nos estrechamos las manos, intercambiamos unas palabras, y me marché. Después me pregunté si hubiera sido distinto de haber sido yo totalmente judío, en lugar de algo que no es ni judío ni cristiano. Pero estoy satisfecho con lo que soy. Algún día

deberá acabarse eso de dividir el mundo en razas y religiones y naciones, todas ellas con licencia para asesinar a cualquiera que sea diferente, y creo que debo dar gracias por estar, según cómo, en el medio.

Esforzándose por contener el llanto, Barbara dijo:

—Es muy tarde y tú has tenido un día muy pesado, así que será mejor que nos acostemos, y mañana iremos a comprarte algo de ropa.

—Estoy sin blanca, mamá. Sin blanca.

—¿Crees que eso supone para mí algún problema?

Sam se acercó a ella y la besó.

—Muy bien. Acepto tu ayuda... de momento.

Sally regresó a Napa un día a última hora de la tarde. Llevaba un maletín «Gucci» y un vestido de seda natural color de cervato. Tenía un aspecto maravilloso; sin duda, parecía una estrella de cine. Cuando una estrella de cine entra en una sala, en un avión o en un almacén, atrae la atención de la gente, posiblemente porque su rostro ha sido muy visto en televisión, o también es posible que porque las estrellas caminan y se mueven de una manera que las distingue de los demás. Todo eso indica al espectador que se trata de uno de los miembros de la única aristocracia que en América tenemos. La estrella puede ser estúpida, egoísta, asustada, arrogante, esquizofrénica, alcohólica, idiota, o incluso moderadamente engreída porque la vida le ha sonreído. La estrella siempre tiene sus maneras características. Sally poseía esa cualidad a pesar de los años que había estado sin ser estrella. Cuando se metió en aquel avión para hacer el corto viaje a San Francisco, la azafata la reconoció, aun cuando no sabía quién era Sally, y le dio el asiento delantero de la derecha. La gente la señalaba y susurraba. Sally tenía cuarenta y un años, pero a las estrellas, los años las perdonan más que a los comunes mortales. En la agencia «Hertz», supusieron que desearía un «Thunderbird», y como Sally sabía cómo debía mostrarse, no puso ningún reparo en ello.

Alexander Hargasey, el productor de cine que le había dado a Sally su primer papel estelar en 1948, siempre hablaba de ella con admiración.

—Tiene cerebro —decía Hargasey—. Tiene más talento en su dedo meñique que todos los demás juntos.

No había encontrado mucha inteligencia en la gente con la que debía tratar, y nunca había conocido a nadie como Sally. Sin embargo, su inteligencia no le sirvió de ayuda; ella siempre se consideraba movida, utilizada y frustrada por fuerzas que escapaban a su control, y con mucha frecuencia, después de haberse embarcado en alguna aventura, se preguntaba qué la habría impulsado a hacer lo que hizo. Hoy sentíase de este modo en el momento en que detuvo el «Thunderbird» delante de la casa de la que se marchó hacía casi un año.

La casa de Napa era una antigua residencia campestre que fue construida en los años veinte. Tenía un amplio porche que se extendía por tres lados, rosas y madreselvas trepando por enrejados, dos pisos de tabla de chilla, con la pintura deteriorada. Joe siempre había tenido la intención de pintar el exterior, pero cuando tenía que afrontar la realidad de quitar las enredaderas que tanto adornaban, desistía del proyecto.

La puerta principal no estaba nunca cerrada; en realidad no tenían llave, y Sally entró muy insegura, latiéndole el corazón apresuradamente. La sala de la planta baja estaba vacía. Sally se quedó allí y entonces May Ling, que se encontraba arriba, haciendo unos deberes escolares, oyó la puerta y al bajar por las escaleras vio a su madre. Ella corrió hacia Sally y se abrazaron. Durante unos minutos se quedaron de esta manera, muy unidas.

—Estás tan alta como yo —dijo Sally—. Debes de haber crecido. Déjame que te mire.

—Mamá, esto es absurdo. Casi tengo veinte años y ya he dejado de crecer.

—Eres muy hermosa.

—No, no lo soy. Freddie dice que parezco una de esas muñecas japonesas, y tiene razón. Tú eres la única belleza en esta familia. Tienes un aspecto maravilloso.

—¿De verdad? Yo no me siento tan maravillosa. ¿Dónde está Danny?

—Haraganeando por alguna parte. Volverá pronto. ¿Sabes? Tuvimos una criada, pero se marchó. Yo me he encargado de cocinar y de limpiar. Soy muy buena cocinera. ¿No crees que es estupendo? Claro, tuve que dejar de colaborar con la tía Barbara, pero papá va a ocuparse de buscar otra criada en cuanto tenga tiempo.

—¿Dónde está?

—En el hospital. Volverá para la cena. Tiene una nueva enfermera, que es vieja y malhumorada. Es muy desagradable. Hoy tiene libre, gracias a Dios. Ya sabes cuán terrible puede resultar la gente desagradable. Estaba arriba con unos catálogos, porque papá dice que debo ir a la Universidad y no desperdiciar el resto de mi vida. Ya sabes cómo es él.

—Lo sé —admitió Sally. Después oyó que la puerta se abría y se dio la vuelta. Allí estaba su hijo Danny, jadeando. Al ver el coche detenido delante de la casa había echado a correr. Ahora se la quedó mirando. Era un muchachito de doce años, con el rostro pecoso y tostado por el sol. La miraba boquiabierto.

—¿Es ése tu coche, el «T-Bird» amarillo? —preguntó el niño.

—Lo he alquilado —susurró ella, ardiendo en deseos de que el chiquillo se acercara a ella. Pero él no se movió; se mantuvo quieto y mirándola.

Sally sintióse muy cansada, se fue hacia una silla y se dejó caer en ella. May Ling la observó, en silencio, apenada. Los ojos de Sally se llenaron de lágrimas, y ella pensó: «Todo tu mundo se ha ido a la mierda, y lo único que se te ocurre es que se te

va a correr el maquillaje».

Danny se aproximó a ella, le acarició una mejilla y le dijo:

—No llores, por favor, mamá.

Sally y su marido, Joe Lavette, eran distintos en muchas cosas. Uno veía el mundo simbólicamente, mientras que el otro lo abordaba pragmáticamente. En el mundo de símbolos de Sally, la estupidez y la injusticia acechaban por doquier; eran sus enemigos personales, y en esto no se diferenciaba de Barbara, a quien Sally había adorado como su heroína desde la niñez. Joe, por su parte, miraba a Barbara con compasión, lamentando que, según su modo de pensar, hubiera desperdiciado tan gran parte su vida. Criado por una madre china y abuelos chinos, Joe poseía la cualidad de la aceptación. Lo que era no podía ser cambiado; podía ser suturado, vendado, ayudado..., pero todo ello dentro de lo que era en sí. Sirviendo como joven doctor en el Sur del Pacífico, durante la Segunda Guerra Mundial, curó de la mejor manera que supo; no puso en tela de juicio la guerra... Hasta aceptaba la guerra del Vietnam. Su misión era curar lo que pudiera ser curado, mientras que Sally veía la guerra como un símbolo de inhumanidad del hombre para con el hombre. El imperfecto mundo de Joe era para Sally una jaula de locos, en el que la estupidez de los hombres llevaba la agonía a casi todo el mundo.

Esta diferencia entre los dos se hizo claramente evidente hoy en la manera en que Joe aceptó su regreso. Él no sabía nada acerca de su decisión. Entró en la casa y la vio allí, y él sonrió complacido. «Nada más —pensó Sally—. Si sólo se hubiera mostrado frío y distante al principio, o acusador, o profundamente turbado...». Pero sonreír y aceptar su presencia era simplemente demasiado, y ella se dijo a sí misma: «El problema con los malditos santos es que viven en el mismo mundo que nosotros».

—Tienes un aspecto estupendo —le dijo él—. Estás muy hermosa.

—Yo no creo que esté hermosa.

—Me alegra que hayas venido. ¡Qué magnífica sorpresa!

May Ling estaba en la cocina preparando la cena. Danny se había ido arriba.

—Te diré por qué he venido —dijo Sally—. He venido porque tú y yo vamos a hablar esta noche. Y me refiero a que vamos a hablar en serio.

—Pues sí, claro que hablaremos en serio.

—Te digo que vamos a hablar. Y no sabes a qué me refiero porque nunca hemos hablado en profundidad.

Al cabo de un instante, Joe movió la cabeza.

—No, la verdad es que no sé a qué te refieres.

—Claro que no. Si lo supieras no estaríamos aquí así, mirándonos como una pareja de extraños. Bueno, ahora no quiero meterme en el asunto. Si quieres sentarte

y tratar de hablar conmigo esta noche, me quedaré. Si no, me marcharé.

May Ling había rellenado y asado un pavo. Estaba bueno, y Sally insistió en que May Ling era mejor cocinera que ella. Danny, más tranquilo ahora, pero todavía desconcertado por la situación de sus padres, acosó a Sally con preguntas acerca de Hollywood, y ella le contó al niño y a May Ling la historia de sus primeros pasos en el mundo del cine, cuando fue a ver a Alexander Hargasey —un viejo amigo de Dan Lavette— con un guión que ella había escrito, y cómo finalmente consiguió un buen papel en una película.

—¿Fue una buena película? —preguntó May Ling—. ¿Por qué nunca la hemos visto?

—Fue malísima, y tú eras demasiado pequeña para ver películas. Si alguna vez la pasan por televisión, la veremos. Para mi vergüenza.

Siguieron hablando del mundo del cine. Joe guardó silencio la mayor parte del tiempo, observando a su esposa. Después de cenar, Sally dijo:

—Vosotros dos tendréis que limpiar la mesa esta noche. Papá y yo vamos a ir a su despacho para hablar. Tenemos cosas muy importantes que discutir.

Sus dos hijos se miraron mutuamente, y después asintieron en silencio. En el despacho de Joe, Sally tomó asiento en el viejo sofá de cuero. Joe se situó detrás de su mesa.

Preguntándose cómo es que habían tenido aquellos hijos, Sally comentó:

—Son unos niños maravillosos. Se me parte el corazón.

—Quizás hicimos algo bien —dijo Joe.

—Quizás, y posiblemente yo lo hice todo mal. No lo sé, Joe, la semana pasada rechacé uno de los mejores papeles que se puedan ofrecer a una mujer de mi edad. Me habría situado entre las mejores actrices secundarias merecedoras de un premio de la Academia. Pero lo he rechazado.

—¿Por qué? —le preguntó Joe.

—¿No lo sabes? ¿No puedes imaginártelo?

—Bueno, si quieres decir que no deseabas seguir allí...

—¡Oh, Jesús, Joe! ¿Por qué crees que me casé contigo?

—Siempre he creído que porque me amabas.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

—Nunca lo supe. Ésa es la verdad. Eras la chica más maravillosa que había conocido, sumamente hermosa y mucho más lista que yo. Nunca supe por qué te casaste conmigo, Sally. Fui simplemente afortunado.

—¿Crees que fuiste afortunado? ¿Crees realmente que fuiste afortunado?

—Sí.

—Tu peor enemigo puede haber sido semejante fortuna. Escúchame, Joe. Te diré por qué me casé contigo. Lo hice porque tú eras todo lo que no era yo. Tú eres

honrado, decente y honorable, y no creo que hayas hecho daño a nadie en toda tu vida... excepto a mí.

—¿A ti? Por amor de Dios, Sally. Eso es tan insensato como todo lo demás que estás diciendo. Moriría antes de hacerte daño.

—¡Mierda! ¡Maldita sea! Nadie se muere por evitar hacer daño a otro. ¿Sabes lo que eres, Joe Lavette? Eres un jodido santo, y Dios ayude a los que estemos casados con santos. Es mucho más fácil estar casada con un hijo de puta. Porque un hijo de puta, lo tienes muy claro, así que cuando pisas mierda, puedes sacar el pie. Ya sé que estoy hablando en plan sucio. Aprendí a hablar así cuando tenía diez años, porque oía lo que la gente decía. Tú nunca escuchas lo que dicen los demás, pero cuando me expreso sucitamente, me oyes impresionado.

—Sally, te estás excitando mucho...

—¡Claro que sí! Te he dicho que esta noche hablaríamos, y si tú no quieres hacerlo, dilo, recogeré mi asqueroso bolso «Gucci» de trescientos dólares y volveré a ese estercolero llamado Hollywood en donde puedo tratar con bordes en lugar de con santos. Tú tienes la palabra. O hablamos, o...

—Estás hablando muy en serio, ¿verdad?

—Puedes estar bien seguro de ello —contestó Sally.

—Conforme. Hablemos. Pero no tienes necesidad de usar palabras soeces. Te escucho.

—Bien. Déjame que te pregunte algo. ¿Cuando salvas una vida, qué vida estás salvando?

—No lo comprendo. Si es la de un paciente, salvo la vida de ese paciente.

—No, querido. Salvas tu propia vida. Lo haces posible para poder existir tú en este apestoso planeta, y cuando me marché de aquí, estuve salvando mi propia vida, y cuando alguna pobre tía a la que están pegando consigue finalmente coger una pistola y disparar contra el cerdo que la ha estado golpeando, ella también salva su propia vida. Todo esto es igual. Tú te compadeces de Barbara. Quizá me has dicho cien veces la pena que te da Barbara, pero Barbara está viva y yo no estoy viva. Barbara ha tomado sus decisiones. Toda su vida ha tomado sus decisiones. Eso es lo que significa ser libre: poder tomar tus propias decisiones, y la esencia de lo que significa ser una mujer es que la mayoría de nosotras nunca podemos tomar decisiones. No importa que nosotras mismas construyamos nuestras trampas o nuestras jaulas; siguen siendo trampas y jaulas.

Ella terminó de hablar, y permaneció sentada, temblando de excitación.

—Quisiera tomar una copa —dijo ella al cabo de un rato.

Joe se acercó a un armarito y sacó una botella de escocés.

—¿Lo quieres solo, o prefieres que le ponga agua y hielo?

—Lo tomaré solo.



Él le puso una cantidad y Sally se la bebió de golpe, tosiendo a consecuencia de lo fuerte de la bebida.

—¿Quieres un poco de agua?

—No, estoy bien.

Joe volvió a ocupar su sitio detrás de la mesa. Apoyó la barbilla en las manos y se quedó mirando a su esposa.

—¿Por qué no me dijiste todo esto antes? —le preguntó finalmente.

—Quizá porque nunca tuve las ideas claras, o quizá porque nunca supe cómo hacer que me escucharas, o posiblemente pensé que no me estenderías de ninguna manera. Cuando era una muchachita que se criaba en Higate, todo tenía sentido. Todo mi mundo estaba allí, mis padres y mis maravillosos hermanos, y los perros... Todo como en una bella historia romántica. Tú acudías a trabajar allí cada verano, y pude enamorarme de aquel corpulento e inescrutable joven. Después, todo se descompuso. John murió en el Pacífico, y tú estabas remendando heridos por las islas Salomón, o cualquier otro sitio inverosímil, y la cosa dejó de tener sentido, y no lo ha tenido desde entonces. Quizá para ti sí, pero no para mí. ¿Sabes a qué me estoy refiriendo? ¿Me comprendes?

—Lo intento —contestó Joe—. No es fácil para mí ponerme en tu lugar. Lo intento, pero no es fácil. Piensa en cómo me fueron las cosas a mí. Mi padre no se casó con mi madre hasta que tuve catorce años. Ella era la amante de Dan Lavette. Él la instaló en aquella casita de Willow Street, en donde nací: el hijo bastardo de Dan Lavette. Claro, lo superé de la mejor manera que supe, y él siempre fue mi héroe, tu héroe. Dan Lavette fue el héroe de todo el mundo. El gran Dan Lavette... ¿Cómo se le podía odiar? Me has dicho que yo no te comprendo, pero, Sally, ¿es que tú me has comprendido alguna vez a mí? Me has dicho que soy como un santo, pero si supieras la cólera, el furor y la frustración con la que he vivido, rectificarías eso. Yo tenía mi madre, May Ling, que era el ser humano más bello que he conocido. Yo era su único hijo. Así, que, de cierto extraño modo, todo tenía que ser por ella. Tuve que pasar por todo por ella. Tuve que ser del modo que ella quería que fuese. Yo debía crear lo que ella hubiera creado. Fue tan cruelmente maltratada que le juré a Dios que si yo tenía una esposa, nunca sufriría lo mismo que mi madre..., ¿me entiendes? Así que, ya ves, intento ponerme en tu lugar, pero no es fácil.

—Que Dios nos ayude a los dos —susurró Sally.

—Aún no estoy seguro de por qué rechazaste tu papel en la película.

—Porque te quiero, y quiero a mis hijos. ¿No es suficiente?

—¿Porque nos quieres...?

—Exacto. ¿No es suficiente?

—Deseo tanto que te quedes en casa que, cuando hablo solo, digo que me pondría de rodillas y suplicaría..., pero eso no solucionaría nada...

—No, no mucho.

—Cuando te marchaste de aquí, fue como si me hubiera muerto. Hice todo lo que debía hacer, pero era como estar muerto.

—Conozco la sensación.

—¿Te refieres a cuando estabas aquí?

—¡No, maldito tonto! Cuando he estado fuera de casa.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó él en tono lastimero.

—Reconocer que soy Sally, que soy un ser humano, en lugar de considerarme simplemente tu esposa o la madre de tus hijos, trata de verme como un ser humano. Si tiene que operar en San Francisco o en San Diego, o ir a un congreso médico en Denver o Chicago, no se me ocurriría ponerme en tu camino. Reconozco la necesidad de lo que haces porque todo el mundo lo reconoce. Pero ¿quién reconoce mis necesidades? Supon que quiero ir a San Diego porque ya estoy harta de quedarme aquí. ¿Lo aceptarías? ¿Verías bien que fuera a Hollywood para hacer algún asqueroso papel secundario en un programa de televisión? Ésta es mi necesidad. ¿Podría yo decirte a ti, Joe, que debo estar en Hollywood mañana, y lo aceptarías sin egoísmo..., sin forzarme a tener que huir como cuando recorrí el país hablando para «Madres para la paz», tan llena de remordimiento por mis actos que tuve que acostarme con un imbécil, y después me odié, te odié y lo aborrecí todo? Todos los condenados matrimonios que conozco se están rompiendo porque la mujer tiene la noción de que podría sentirse viva y humana, pero no sabe qué hacer con esa noción, excepto huir. Yo no quiero eso, Joe, te juro que no.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Estoy intentando explicártelo. Quiero ser una persona.

—Me estás pidiendo que dé vueltas a un asunto que siempre he tenido claro —dijo él lentamente, buscando las palabras que expresaran su confusión y que no la excitaran—. Estoy haciendo esfuerzos por comprenderte, y créeme. Pero también estoy muy desconcertado. He tratado de explicarle a May Ling lo que había sucedido entre nosotros, y que Dios me ayude, no acerté a explicárselo.

—¿Y ahora? ¿Lo ves todo con mayor claridad?

—Lo intentaré. Eso es todo lo que puedo decir..., si eso nos va a mantener juntos. Me has pedido qué habláramos. He hablado, y he escuchado.

Jean Lavette era una de esas afortunadas mujeres que pasaban por la vida sin padecer otro tipo de enfermedades más que algún resfriado o alguna gripe benigna. Por añadidura, a sus setenta y siete años conservaba todos sus dientes, algo que atribuía a la excelente casta puritana de Boston de la que procedía. Al igual que con muchas de las opiniones de Jean, Barbara se limitaba a aceptarla sin discutir aspectos genéticos. Sin embargo, Barbara sintióse de pronto preocupada al llegar a casa de

Jean y encontrar a su madre en la cama.

—Es el segundo día —le informó Mrs. Bendler—. Se niega a llamar al doctor.

Jean, incorporada sobre tres almohadas, con un camisón malva adornado con lacitos, leía la novela de Isaac Bashevis Singer titulada *La mansión*.

—¿La has leído? —le preguntó a Barbara, y cuando movió la cabeza en señal de negativa, añadió—: Pues deberías hacerlo. Tienes toda clase de amigos judíos. Todos mis amigos judíos han muerto.

—Madre, ¿de que diablos estás hablando? ¿Qué amigos judíos están muertos?

—Mark Lew está muerto, y Sam Goldberg también.

—Madre, Sam murió hace al menos veinte años, y en cuanto a Mark Levy, murió en el año treinta, si no me equivoco, además apenas lo conocías, y he oído decir que nunca fuiste muy amable con él.

—¿Tratas de ponerte desagradable? Estoy en la cama, enferma. Deberías tener un poco de consideración.

—Y Milton Kellman no está precisamente muerto. ¿Por qué no lo avisas? ¿Por qué no quieres que te vea un doctor?

—No puedo soportar a Milton. Me vuelve loca, diciéndome lo que debo comer y lo que debo beber, así como el reposo que debo guardar.

—Entonces llama a otro doctor.

—¿Y ofender a Milton? Nunca me lo perdonaría. Nunca me volvería a hablar.

—Me rindo, me rindo. ¿Estás realmente enferma?

—Oh, querida, no lo sé. Me siento muy mal. No tengo fiebre, pero noto malestar, debilidad y decrepitud. El otro día bajé a Market Street y la han puesto patas arriba para construir un Metro. ¿Qué le pasa a esta ciudad para construir un Metro y todos esos horribles edificios elevados?

—Eso se llama progreso, madre. Y le voy a pedir a Milton que venga a reconocerte.

—Me aburre. ¿Quién te ha dicho que nunca fui cortés con Mark Levy?

—Creo que tú misma.

—¿Yo? Sí, supongo que es verdad. He cambiado, ¿no es verdad, Bobby?

—Siempre he considerado que eras una mujer extraordinaria.

—No sé qué significa eso. ¿Nos libraremos alguna vez de ese maldito Mr. Johnson? He leído en alguna parte que tiene la costumbre de hurgarse la nariz. No tiene la menor educación.

—Tiene peores costumbres, madre.

—Estoy segura. Me estoy dejando el pelo completamente blanco. Creo que teñirlo de malva o de azul sería terriblemente ridículo.

—No te sentaría bien, madre.

—Claro que no. Sin embargo, no hay ninguna razón para que tú lleves esos

mechones grises. Eres una mujer joven.

—Tendré en cuenta tu consejo.

—No puedo soportar que estés de acuerdo con cada tontería que digo —dijo Jean, enojadísima—. No sólo tienes tus propias opiniones, sino que las tienes muy particulares. No me trates como una vieja.

—Ni se me ha ocurrido hacerlo.

—Vuelves a darme la razón. ¿Cómo llevas esa agitación antibelicista? ¿Necesitas dinero?

—Siempre necesitamos dinero.

—Esta ciudad está llena de gente que no sabe el dinero que tiene, ni qué hacer con él. Mi administrador me ha dicho que si consiguieras un estatuto de desgravación fiscal, podrías recoger mucho más dinero. Si estás realmente desesperada, encontrarás mi talonario de cheques en el cajón de mi tocador.

—Ya nos has dado bastante. Y si me permites que te lo diga, le estás dando a Sam demasiado.

—Sólo lo que necesita. Resulta muy divertido. Él, con toda la seriedad del mundo, firma un recibo por todo lo que le presto. Insiste en eso. He incluido un codicilo en mi testamento condonándole todas las deudas contraídas conmigo. ¿Ha encontrado alguna chica que le guste?

—No, que yo sepa.

—Bueno, no corre prisa. Todavía es joven. Tengo dos nietos estupendos, y creo que a Danny le gustaría su forma de ser. Nunca he esperado mucho de Freddie, pero es un buen chico. Está empezando a sentar la cabeza, y supongo que Eloise y Adam estarán contentos por ello. Y no quiero que ninguno de los dos vaya a Vietnam. No cambiaría ni un cabello de esos muchachos por todo el arroz de ese lugar.

—Hasta ahora hemos sido afortunados, madre.

—Bueno, eso no depende de la suerte. Tú eres la única de la familia que hace algo. Los demás se limitan a sentarse y a dejar que pasen las cosas. Ahora empiezo a sentirme cansada, de modo que ve a hacer tus cosas y, si no tienes nada mejor que hacer, date una vuelta por aquí mañana.

Más tarde. Barbara telefoneó al doctor Kellman.

—Milton, estoy preocupada —le dijo—. Me parece que algo anda mal.

Él prometió acudir a ver a Jean.

Los abogados de Thomas Lavette eran «Richardson, Merrill y Coleman», una firma muy prestigiosa con la que había hecho negocios desde que se separó de John Whittier hacía casi veinte años. Originalmente, Whittier, ahora muerto, fue el socio de Tom; cuando se separaron, Tom pasó el aspecto legal de sus negocios de «Seever, Lang y Murphy», que habían sido los abogados de Whittier, a la firma de

«Richardson». A partir de aquel momento, él y Seth Richardson se hicieron íntimos amigos. El día que Barbara visitó a su madre, Tom y Richardson almorzaron juntos en el comedor privado de las oficinas de la GCS, en la Montgomery Street. Richardson tenía cincuenta y siete años, o sea, dos más que Tom; era un hombre rechoncho y afable, muy versado en el complicado derecho mercantil. Prácticamente dedicaba todo su tiempo a los asuntos de la GCS. Tom había hablado confidencialmente con él cuando fue quemada la casa de Barbara, y el abogado lo desaprobó por no haber acudido a él antes.

—Tenía intención de hacerlo —explicó Tom—. Pero cuando Lucy emprende una de sus acciones directas, nunca avisa.

—Tendrías que haber hablado conmigo. Tenemos tentáculos que llegan hasta Washington, aunque esté en la Casa Blanca ese budoque de Texas.

Tom le habló con toda franqueza, Richardson lo escuchó, después exhaló un suspiro y movió la cabeza con tristeza.

—¿Qué me dices?

—Que no podrá ser. ¿Crees que no sé lo que estás padeciendo? Pero, Thomas, los ricos son especiales, y los muy ricos son aún más especiales. Hay dos categorías en los Estados Unidos para quienes el divorcio es muy difícil y frecuentemente imposible: los muy pobres y los muy ricos. Sospechaba que un día me consultarías esto, y he estudiado el caso. Me temo que tendrás que soportarla.

—¿Qué diablos me quieres dar a entender? No necesito una conferencia sobre desigualdades sociales. La única maldita virtud del dinero es que puede comprar cualquier cosa. Me parece que te has precipitado en tu juicio, Seth. Yo me niego a abandonar la única esperanza que tengo. Si Nelson Rockefeller pudo divorciarse de su mujer y casarse con su querida, entonces yo también puedo divorciarme de mi esposa.

—Las circunstancias son diferentes. Oh, no se trata de una cuestión de dinero. Admito que no somos tan importantes como los Rockefeller, pero estar entre los veinticinco primeros en la lista de «Fortuna Five Hundred» te da derecho a cierta paridad. Pero las circunstancias son completamente distintas. Desde luego, Tom, me podrías citar ejemplos como el de Tommy Manville y otros de su categoría que cambiaban de esposa como si nada, pero eran en su mayoría legatarios que despilfarraban fortunas heredadas. Para decirlo crudamente, acudían al mercado de mujeres y las compraban y las vendían. Tu caso es muy diferente.

—A ver si me lo explicas —dijo Tom.

—Muy bien. Cuando tú y John Whittier unisteis su «Great Cal Shipping» con el «Banco Sheldon», establecisteis un equilibrio económico. Al separarte de Whittier, fueron las doce mil acciones del paquete Sheldon, originariamente poseídas por Alvin Sommers y legadas a tu mujer, lo que te permitió apartar del negocio a Whittier. Lucy

votó su paquete de acciones, pero conservó su propiedad. Actualmente, la GCS es una compañía tenedora, pública, con tres millones de acciones. Lucy es la dueña del veinticinco por ciento de esas acciones. Pero eso es sólo la punta del iceberg. Según nuestras leyes, Lucy tiene derecho a la mitad de sus adquisiciones posteriores a tu matrimonio, lo cual abarca tu período de mayor prosperidad. Y aún sólo estamos al comienzo de esta maraña. Podría estar todo el resto de la tarde para explicártelo todo. El caso es que si pretendieras el divorcio, en el caso de que ella estuviera de acuerdo y no tuvieras que luchar para obtenerlo, Lucy te podría destruir. Bueno, tú conoces a tu mujer mejor que yo. ¿Qué te parece que haría?

Pasaron unos momentos antes de que Tom contestara.

—Precisamente lo que has dicho: me destruiría.

—¿No queda nada ya entre vosotros?

—¡Sí! Desconfianza y odio.

—Eso no pone la cosa muy fácil.

—Para decirlo con palabras suaves. ¿Qué me aconsejas?

—De cualquier modo, Tom, tienes que convivir con ella. A menos que solicite el divorcio, lo cual cambiaría la cosa. Sería tan destructivo como te puedes imaginar, pero nosotros tendríamos una oportunidad de luchar.

—Ella no querrá divorciarse. ¿Por qué?

—Entonces tendrás que vivir con ella. Procura estar lo menos posible a su lado, establece distancias entre los dos, y adáptate a vivir así. Ojalá pudiera ofrecerte algo mejor, pero no puedo.

Después del incendio, Barbara había encontrado un local en un segundo piso, en Larkin Street. Lo obtuvo por un alquiler que ascendía a ciento cincuenta dólares al mes. Aquel local estaba falto de toda clase de comodidades: carecía de agua corriente, y sólo había un primitivo aseo en el piso de abajo. Pero el local consistía en una amplia sala de cuarenta y seis metros cuadrados. Las mujeres compraron caballetes y tabloncillos a Mr. Kurtz, el contratista de Barbara. Alquilaron máquinas de escribir, y pusieron dinero de su bolsillo para sellos de correos. Un editorial escrito por Carson Devron, que apareció en la segunda página del *Morning World* de Los Angeles, hizo que afluyeran los donativos: más de nueve mil dólares, incluyendo un cheque de tres mil dólares del propio Carson. A principios de aquel año de 1967, «Madres para la paz» estaba otra vez en marcha, y a finales del verano de 1967, el *Chronicle* de San Francisco señaló, con notable objetividad, que «Madres para la paz», quizás el menos estridente de los movimientos pacifistas nacionales, ha llegado a convertirse en uno de los más influyentes».

Frederick Lavette acudió por vez primera al local de «Madres para la paz». Había llegado temprano a San Francisco para participar como orador en un almuerzo

ofrecido por la Asociación de Elaboradores de Vino, en la cual tenía muchos amigos, y también enemigos.

El tacto no era una de las principales virtudes de Fred. Había aprovechado la oportunidad para denunciar la costumbre californiana de dar a sus vinos nombres franceses.

—¿Durante cuánto tiempo —había preguntado él— debemos seguir con esta práctica torpe y engañosa? ¿Durante cuánto tiempo deberemos seguir dependiendo de Europa y del supuesto buen paladar de Nueva York? Su «paladar» no es más que la ignorancia y pueblerinismo. Tuve la desgracia de estar presente en una cena dada en Nueva York, en donde ciertos gourmets, de los cuales uno escribe en el *New York Times*, hicieron ascos a una botella de Higate Mountain Red 1964, que yo había presentado a mis anfitriones. El vino tenía calidad como para estar en las mejores mesas del mundo. Se negaron a probarlo. Y no lo rechazaron con conocimiento de causa después de haberlo probado, porque los gourmets son, más que otros, víctimas de la ignorancia que ellos denuncian. Pero ¿a quién se puede culpar? A nosotros. El Cabernet Sauvignon no es un vino de California. Nunca podrá serlo. Es un vino de Burdeos, de igual modo que Pinot Noir y Chardonnay son vinos de Borgoña. Las viñas de Médoc y Graves no pueden crecer en el Valle de Napa sin cambiar su carácter y por mucho que lo intentemos, no podremos producir vino francés. ¿Por qué tendríamos que hacerlo? Nuestro vino es soberbio. Pasé dos años trabajando y estudiando en las zonas vinícolas de Francia, Italia y España. Hay grandes vinos franceses, y también los hay muy malos. Hay excelentes vinos californianos, y los hay pésimos. Tenemos Napa, Sonoma, la Costa Norte, Santa Rosa, Shenandoah, Chiles, para nombrar sólo unos cuantos de los lugares de aquí en donde se produce un vino espléndido. ¿No es hora ya de que dejemos de engañar al público acabando con ese culto a todo lo francés inspirado por los gourmets, y que demos a nuestros vinos los nombres que les corresponden?

Siguió durante otros diez minutos, y al acabar recibió el aplauso de algunos de los aproximadamente cincuenta presentes, mientras que otros guardaron silencio en señal de enfado. Estos últimos deseaban saber quién era aquel joven pedante, y de dónde procedía. Su padre adoptivo, Adam, y el padre de Adam, Jake Levy, estaban presentes. Jake miró a Freddie con semblante serio y le preguntó si había considerado el hecho de que Higate producía Pinot Noir y Chardonnay, de los que estaban justamente orgullosos.

—Tienes toda la razón, abuelo. Producimos los mejores vinos blanco y tinto de California. El nombre que les demos es algo aparte.

Otros se enfrentaron con él y se enzarzaron en discusiones. Pero, finalmente, Fred pudo marcharse de allí, y a eso de las tres ya estaba en la oficina de Larkin Street, en donde había prometido reunirse con May Ling para participar en una manifestación

pacifista que discurriría por Market Street e iría a parar ante el Edificio Federal. Estaba aún eufórico por lo que consideraba un bien merecido ataque contra el complejo de inferioridad de los viticultores californianos. Aún se sintió más animado al llegar a aquel abarrotado local, con sus docenas de mujeres que no cesaban de hacer ruido y de afanarse en medio de cierta confusión.

—¡Vaya un lugar! —le dijo a May Ling—. No imaginaba que hubierais montado una cosa así. ¿Lo diriges tú?

—¡Oh, no! Lo llevamos entre todas. Principalmente la tía Barbara, y esas dos señoras que están ahí: Shela Abramson y Ruth Adams. Procuero estar aquí todo lo que puedo, pero con el próximo semestre en la Universidad no sé si podré.

—¿Dónde están los hombres y los muchachos? ¿O es que no los dejáis entrar aquí?

—Pues claro que sí. Aparecieron por aquí uno o dos, pero no son constantes. Sammy colaboró unos pocos días, pero es la primera vez que tú vienes por aquí.

—Soy un hombre muy ocupado. Las Bodegas Higate me pagan diez mil al año, aunque con los impuestos queda reducido a menos. Por ese precio obtienen una pinta de sangre y ocho horas diarias. El viejo Jake es un tipo duro: o produces, o fuera.

—¡Qué va! El abuelo es un anciano bondadoso. Salgamos de aquí o llegaremos tarde.

—He dejado mi coche en el garaje. Cogemos el autobús.

Fred la observó mientras esperaban el autobús. Él había conservado una imagen de ella como la de una adolescente delgada, pálida y de pequeños senos. La realidad —aunque ésta no era la primera vez que la veía en los recientes meses— le sorprendió, quizá porque ahora la miraba ya como a una mujer. Sus pechos no eran pequeños, ni tampoco estaba delgada. No era una muchacha de aspecto ordinario; él nunca había conocido a nadie que se pareciera a May Ling, con su elevada estatura, sus hombros rectos, sus delicados rasgos y su negro cabello, cortado en flequillo y enmarcándole el rostro. No podía decidir si era muy hermosa o muy exótica. «Algo entre las dos cosas», pensó el muchacho.

Cuando llegaron a Market Street, la manifestación ya estaba en marcha. May Ling y Fred se situaron en una fila entre dos manifestantes que les hicieron sitio, y enlazaron sus brazos con ellos. La manifestación no era tan multitudinaria como habían sido o serían otras, pero llenaba una gran parte de Market Street, deteniendo el tráfico. De al menos mil gargantas salía el grito: «¡Oye, oye, L. B. J.!, ¿a cuántos chicos has matado hoy?». Y también: «Al diablo, no iremos, ¿no oyes, L. B. J.? ¡Deten la matanza ya, hoy!». Ante el Edificio Federal, la multitud había aumentado, pero estaba menos organizada. La Policía había puesto barricadas y hubo algunos forcejeos. Se oyó la voz de una mujer, desde la tribuna de oradores, que rogó se mantuviera el orden.



—Participamos en una manifestación contra la violencia. Mantengámonos en orden.

—Mira, es tía Barbara —dijo Fred—. ¿Qué te parece?

—Es una mujer maravillosa.

Sam empezó a llamarlos a gritos y se abrió paso hasta ellos, les explicó que había intentado unírseles desde que los vio en la Calle 5.

—Ahí tienes a tu madre —dijo Fred.

—Sí, señor. Mirad, chicos, estoy repartiendo octavillas y buscando madres. Os veré luego.

—Ahora vamos a cantar —dijo Barbara desde la plataforma.

Las voces empezaron a surgir de las gargantas, desentonando al principio.

«¿Cuántos caminos debe recorrer un hombre antes de que se le pueda llamar hombre? Sí, ¿y cuántos mares debe cruzar una paloma blanca antes de dormir en la arena? Sí, ¿y cuántas veces deben surcar el aire las balas de cañón antes de ser barridas para siempre?».»

Cuando se deshizo la concentración, Fred y May Ling regresaron a Market Street, donde estaba el garaje en el que Fred había dejado su coche. Fred había rodeado con el brazo el talle de May Ling. Ambos estaban eufóricos, sintiendo la emoción del acto y con la certeza de que habían participado en algo importante. Hacía algo de fresco a aquella hora, mientras oscurecía de forma gradual. Fueron por Market Street, pasando junto a la gente que se apresuraba a ir a sus casas procedentes del trabajo. Los dos jóvenes iban como ausentes, sin deseos de llegar a ningún lugar en concreto, satisfechos con sólo pasear. Cerca del garaje, deseosos de que aquella situación no cesara, Fred dijo:

—He tenido una gran idea. Los dos estamos bien vestidos; yo con este traje, camisa blanca y corbata, todo en honor de los viticultores, y tú...

—¡Oh, Freddie! —protestó May Ling—. Llevo un viejo vestido gris de franela, de mamá. Tengo un aspecto horroroso.

—¡Estás estupenda! Escucha. Quedémonos en la ciudad y cenemos en algún sitio de postín, como el «Top of the Mark» o el «Fairmont».

—Freddie, eso cuesta un dineral. Estás loco.

—Vamos, puedo pagarlo. Estos días no salgo con ninguna chica. Estoy forrado.

—Quedé con papá en que me recogería en Larkin Street a las seis, de camino a casa procedente del hospital.

—Entonces telefonaremos a Larkin Street y dejaremos un mensaje.

—Si es que hay alguien allí.

—Pues si no hay nadie, iremos y esperaremos a tu padre.

Estaban en la acera, mirándose, de pronto May Ling sonrió y todo su rostro se iluminó.

—Sí, de acuerdo. Hace siglos que no paso un buen rato. Y ahora no voy a perdonar la ocasión. Pediré ostras, filete y natillas con merengue para postre. Así te podrás gastar la pasta que has ahorrado.

—Perfecto, y champaña con las ostras, Cabernet francés con el filete, lo cual es una traición por mi parte, pero quién lo va a saber, y si ese condenado restaurante lo tiene, tomaremos un Tokay Imperial con el postre. Y compraré un cigarro de medio dólar, si no te molesta el humo.

—Freddie, todo esto es soberbio, y nos vamos a poner como señores, pero ¿qué estamos celebrando?

—Nuestro encuentro. Tú y yo, los últimos Lavette.

—¡No digas eso! Te olvidas de mi hermano, Danny. Pero, está bien. Vamos a buscar un teléfono.

El «Top of the Mark» estaba todo lleno, puesto que era temporada turística, pero encontraron una mesa en el «Fairmont». Pudieron comer y beber todo cuanto habían proyectado, con excepción del Tokay Imperial; tuvieron que conformarse con un Tokay corriente. Sólo tomaron un vaso de este vino cada uno.

—Por supuesto, ya lo sabía —le aseguró Freddie—. En San Francisco no hay Tokay Imperial, o al menos no en la mayor parte de los sitios. Cuando el abuelo Jake y la abuela Clair estuvieron en París, antes de la Segunda Guerra Mundial, consiguieron vender unas cuantas cajas de nuestro vino a una empresa vinícola francesa llamada «Lebouche et Dume». Fue una gran operación. A cambio, Monsieur Lebouche le dio a Jake cuatro botellas de Tokay Imperial, procedentes de las viñas del emperador Francisco José. He sido bastante tonto al tratar de impresionarte pidiéndolo aquí.

—Me has impresionado. Siempre lo has hecho.

—¿Te ríes de mí?

—Un poco. Te quiero, de modo que no importa.

—¿Qué clase de cariño sientes por mí?

—¿Lo has probado alguna vez?

—¿Qué, el cariño?

—No, atontado, el Tokay Imperial.

—Naturalmente. Cuando regresé de Europa, Jake descorchó la última botella. Sol embotellado. Ya sabes, es casi imposible hacer un buen vino dulce. En todo el mundo sólo hay cuatro que sean realmente buenos: dos tipos de jerez, el mejor Tokay húngaro, y un vino chino acerca del que he leído pero que nunca he probado... ¿Por qué te ríes de mí?

—Porque estoy un poco trompa.

—Yo también estoy un poco trompa, y no me río de ti.

—Eso es lo que mi madre llama el mal masculino.

—¿Qué?

—No tener ojos en el cogote.

—Me estás tomando el pelo.

—Sí.

De regreso a Napa, May Ling dijo con semblante soñador:

—Me gustaría que no fuéramos primos.

—Yo he tenido la misma idea. Pero la verdad es que no lo somos... al menos no por completo.

—¿Cómo quieres decir?

—Sólo tenemos en común un abuelo. Es cierto que el viejo Dan Lavette fue nuestro abuelo, pero la madre de tu padre fue May Ling, y la madre de mi padre la abuela Jean.

—Pero Adam es el hermano de mi madre.

—Él es mi padre adoptivo. Tom Lavette es mi padre biológico, según dicen. De manera que no somos primos del todo. Más bien somos como unos primos segundos.

—¿Por qué le estás dando vueltas a todo esto?

—Porque esta noche ha sido maravillosa. Me gustaría que se repitiera, una y otra vez.

—Eso es posible, aunque fuéramos primos.

—También me gustaría hacer el amor contigo.

—Sammy dice que has hecho el amor con la mitad de las chicas guapas de Francia.

—Sammy es un bocazas.

—También dice que te enamoras y te desenamoras con la misma facilidad con que te quitas los zapatos.

—Por esa razón no te he dicho que creo que me estoy enamorando de ti.

—Nadie se puede enamorar de mi. Freddie. Soy demasiado alta y de aspecto raro.

—Bueno, mira, yo mido alrededor de metro ochenta y cinco. Tú no eres tan alta.

—Tanto no.

—Y no me importa que tengas aspecto extraño. Es interesante.

—Gracias.

—También creo que eres hermosa.

—¿Por qué no lo dijiste en primer lugar?

—El problema es qué clase de niños tendremos. No me importaría que salieran chinos, pero las rarezas genéticas son harina de otro costal.

—Freddie, eres terrible y estás loco. ¿Qué te hace creer que me voy a casar contigo?

—Tengo veinticinco años. Ya es hora de que me case.

Ella guardó silencio durante el resto del viaje. Mantuvo apoyada la cabeza sobre el hombro de él. Cuando llegaron a casa de May Ling, en Napa, ella se incorporó, se volvió a mirarlo y lo besó dulcemente en los labios.

—Creí que estabas dormida —dijo Fred.

—Sólo pensaba.

—¿En qué?

—En lo que has dicho. La próxima vez que hablemos de este tema, Frederick Thomas Lavette, o lo haces en serio o te puedes olvidar del asunto.

—¿Qué vas a hacer mañana por la noche?

—Nada. Leer un libro. Ver la televisión.

—Vendré a las ocho.

—Puedes quedarte a cenar, si lo deseas. No le diré a mamá que tengo un nuevo amiguito. Sólo le diré que mi peor primo quiere cenar con nosotros.

—Tu madre no es tonta.

—Oh, eso ya lo sé. Y yo tampoco, Freddie. Ya lo verás.

—¡Bah! Mañana vendré. ¿A qué hora?

—A las siete —dijo ella mientras salía del coche—. Esta noche ha sido algo especial. Eres un encanto.

—Mañana vendré.

Sam estaba atareado con sus libros después de cenar. Trataba de traducir del hebreo los términos químicos, biológicos y médicos necesarios para los exámenes que pronto tendría que pasar. Sonó el teléfono y fue a cogerlo. Escuchó un momento y luego dijo:

—Claro. En seguida. —En lugar de gritar, bajó la escalera y se dirigió hacia donde su madre estaba leyendo—. Es tu hermano, al teléfono.

—¿Joe?

—No. —Dudó un momento—. Thomas Lavette. —No era capaz de decir tío Thomas. Sólo había visto a su tío una vez en la vida, con ocasión del funeral del abuelo.

—¿Tom?

Sam asintió, fue de nuevo arriba y colgó el auricular de la extensión. Por unos instantes pensó en lo extraño de aquella llamada de un hombre casi tan remoto y misterioso como Howard Hughes. Él no guardaba hacia su tío ningún sentimiento de disgusto ni tampoco de simpatía. Thomas Lavette era sólo una sombra entre sus recuerdos.

Tom significaba mucho más para Barbara. Sólo se llevaban veintiún meses. Se habían criado en la misma casa de Russian Hill, conspiraron para burlarse de la misma

institutriz, hicieron juntos las primeras exploraciones sexuales infantiles, pertenecieron, cuando adolescentes, al mismo club ecuestre de Menlo Park, comieron en la misma mesa durante años. Los primeros años nunca se pueden borrar, y aun cuando en veinte años habían tenido un contacto muy distante y superficial, Barbara no pudo olvidarse jamás de la imagen de aquel esbelto y apuesto joven, con blazer azul y pantalones de franela blanca que, según ella pensó siempre de él, parecía haber salido directamente de las páginas de F. Scott Fitzgerald. Ella nunca había podido llegar a odiarlo, y esta noche, al oír su voz, le contestó con simpatía.

—Quiero verte y hablar contigo —dijo Tom.

—Sí, claro.

—¿Puede ser esta noche? ¿O sería ponerme en plan exigente?

—No, no. En modo alguno. ¿Ha sucedido algo?

—¿Puedo verte a solas?

—Desde luego. Estoy sentada leyendo. Sam está aquí, pero se quedará en su habitación. ¿Te encuentras bien, Tom?

—Supongo que sí. Llegaré ahí en media hora.

Barbara colgó el teléfono.

—Bueno, algo le pasará —dijo ella en voz baja.

Tomó asiento y empezó a recordar el pasado.

—¿Hay algún problema? —preguntó Sam, bajando por la escalera.

—Era mi hermano.

—Ya lo sé.

—Sammy, quédate en tu habitación. No creo que desee ver a nadie más que a mí.

—Puedo vivir sin verlo.

—No me gusta que hables así —dijo Barbara enérgicamente—. Es un hombre que sufre.

—Lo siento, mamá. En realidad es que no lo conozco.

El hombre que penetró en la sala de estar de Barbara media hora más tarde no parecía en modo alguno el joven aristocrático surgido de F. Scott Fitzgerald. A sus cincuenta y cinco años, Tom Lavette daba la impresión de tener diez años más. Barbara se quedó sorprendida al ver el cambio que había experimentado su hermano. Se había engordado; tenía bolsas debajo de los ojos y pliegues en las mejillas; su escaso cabello rubio se había vuelto blanco, y lo llevaba cuidadosamente peinado a ambos lados de la cabeza. Al entrar en la estancia, miró a su alrededor, asombrado.

—Es increíble.

—Gracias a Mr. Kurtz.

—¿Charley Kurtz, el contratista? —Tom estaba nervioso, rígido, abría y cerraba los puños.

Barbara hizo un intento para aliviar la tensión. Su hermano debía tranquilizarse,

pues parecía a punto de estallar o desintegrarse.

—Tú me lo enviaste, Tom, por lo cual debo darte las gracias, aunque él probablemente te odiará hasta el día de su muerte. Dice que le he quitado diez años de vida. Le hice reconstruir todo esto tal como estaba. Le costó ocho meses, pero ya está.

—¿Puedo tomar una copa? —preguntó Tom.

—Claro. ¿Bebes Bourbon, según recuerdo...?

—Sí, sólo con unos cubitos de hielo.

Ella se dirigió a la cocina en busca de hielo. Cuando regresó, él miraba el papel de la pared, y lo tocaba.

—Lo encontré en un viejo almacén de North Beach. Lo habían tenido en las estanterías durante años, y les compré todo el que les quedaba por veinte dólares. Auténtico Victoriano. Seguramente lo fabricaron antes del terremoto. La tela de crin negra procedía de una tiendecita de Napa. Debo admitir que llegó a convertirse en una obsesión para mí. No sé por qué tenía que reproducirlo todo; era una extraña casa vieja, pero éste es mi refugio. Una psiquiatra que conozco dice que es mi reacción permanente a la mansión de Russian Hill. Es posible. Si no fuera por la desolación, y el disgusto que me llevé, así como por la pérdida de mis libros, cuadros y cartas, lo cual nunca podré remplazar, diría que no hay mal que por bien no venga. Al menos las cañerías son nuevas. Las viejas cañerías siempre tenían grietas.

Tom bebió de un trago su whisky, miró a su alrededor y después tomó asiento en el sofá de tela de crin y miró fijamente a su hermana.

—Yo te la quemé —dijo con voz clara.

Barbara no supo qué responder a aquello. Se preguntó si estaría borracho o si se trataría de algún tipo de disculpa simbólica.

—He dicho que yo te la quemé. ¿Es que no me has oído?

—Te he oído —dijo Barbara, sentándose frente a él—. Pero no tengo la menor idea de a qué te refieres.

—Nuestro presidente envió aquí a un hijo de puta, y éste me informó que o bien conseguía yo que tú cesases tus actividades, o apartarían a la GCS del negocio de la guerra. Se lo dije a Lucy, y ella contrató a un incendiario para que te quemara la casa.

Durante unos momentos, Barbara no reaccionó, y después dijo, con mucha calma:

—Esto no tiene sentido, Tom. Parece algo sacado de una mala película.

—Toda mi vida parece sacada de una mala película.

—¿Me estás diciendo que Lucy contrató a alguien para que me quemara la casa?

—Sí.

—¿Estabas tú enterado?

—Lo supe cuando había pasado.

Todo aquello era absurdo, carecía de lógica. Aquél era su hermano; se le veía

abatido, preocupado, hundido, pero no era un monstruo. Su esposa era una mujer obsesiva y colérica, pero Barbara la conocía de toda la vida. Habían ido al mismo colegio; de jovencitas habían coincidido en bailes y en fiestas. Personas así no queman las casas... ¿o sí? Se estaba librando una guerra en Vietnam, pero ¿de quién era aquella guerra? ¿Quién la hacía, quién servía en ella, quién la continuaba? ¿Quién era culpable y quién era inocente? Tenía que ver las cosas con claridad y con calma. Su hermano había acudido a ella. La casa se había quemado y ya estaba reconstruida. Otras cosas habían ardido y nunca podrían recuperarse. Los muertos estaban muertos. No había ningún Mr. Kurtz que pudiera reproducirlas basándose en fotografías.

Su mente divagaba. Si su casa no hubiese sido fotografiada e incluida en un libro de las viejas casas de madera de San Francisco, nunca habrían podido reconstruirla. ¿Y si May Ling se hubiera quedado a dormir en la casa, como solía hacer a veces? ¿Habría perecido?

—Di algo. No estés tan callada.

Sí, ella tenía que decir algo, hacer algunos comentarios. «Eres un completo canalla, hermano mío». Enfático, pero incorrecto. Él no era un completo canalla. Era incluso posible que no hubiera ningún miembro de la raza humana que fuera un canalla completo. Todos estaban atrapados en la misma agonía. ¿Qué le iba a decir a Tom? ¿Todos padecemos la misma agonía, hermano mío? Ella se notaba distante de sí misma, se veía como un personaje de algo que estuviera escribiendo. No encontraba palabras adecuadas para aquella ocasión.

—Me has dicho antes —dijo ella con lentitud y calma— que ese hombre de Washington te amenazó con rescindir los contratos que la GCS tiene con el Ejército. ¿Qué significa eso?

—Pues que nuestros beneficios en esta asquerosa guerra son enormes. Vendemos gasolina y la llevamos en barco a las Fuerzas Armadas norteamericanas en Vietnam. Enviamos por mar alimentos y municiones.

—¿Por qué la llamas asquerosa guerra, Tom? Es una buena guerra. Te está haciendo más rico.

—No seas mordaz conmigo, Barbara. Nuestro padre, el gran Dan Lavette, ganó sus millones en las dos guerras mundiales. En la Primera Guerra Mundial hizo la misma maldita cosa que estoy haciendo yo ahora, y en la Segunda Guerra Mundial, construyó los barcos.

—Entonces, ¿por qué considerarla una guerra funesta?

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que amo esta guerra? ¿Que estoy hasta los codos de sangre y que lo paso bomba? Yo no soy el responsable de esta guerra.

—¿Quién es responsable, Tom? Tú quemaste mi casa. Dime ahora cuántas casas arden en Vietnam, sin seguro y sin ningún Charley Kurtz que las reconstruya.

—¿Es eso todo lo que tienes que decirme?

—¿Qué puedo decirte, Tom? Has venido hoy a mi hogar a decirme que Lucy ordenó quemar mi casa. Trato de ser comprensiva, no quiero juzgar, pero ¡por el amor de Dios! Soy un ser humano. Tengo sentimientos y hay cosas que me duelen. He tratado de olvidar otras cosas que han sucedido, y estoy segura de que, con el tiempo, podré considerar esto desapasionadamente. Ahora no puedo. Estoy sentada aquí tratando de convencerme de que mi hermano no es un completo canalla, pero no resulta fácil.

—Estoy intentando afrontar las cosas por una vez en mi vida.

—Admirable —dijo Barbara fríamente—. ¿La amas, la adoras?

—¿A Lucy? La odio.

—¿Por qué no te divorcias de ella?

—No puedo. No me mires así. No puedo. Estoy atrapado. Si me divorciara de ella, haría pedazos la GCS. No me pidas que te lo explique. La cosa es así, tal como me explicó detalladamente mi abogado. Si quieres venganza, no busques más. Aquí tienes al culpable.

—No quiero vengarme.

—Tenía que hablar con alguien o me hubiera vuelto loco. Ayer alquilé a un asesino para que la matara. Es lo que dicen arreglar un contrato.

—¡Oh, no! ¡No!

—Puedes estar tranquila. Recapacité y anulé la orden.

—¡Dios todopoderoso! —susurró Barbara—. ¿En qué clase de mundo vivimos en el que se puede contratar gente para quemar casas y asesinar esposas?

—En el mismo podrido mundo en el que hemos vivido siempre.

—¿Cómo lo hacéis? ¿Buscáis en las páginas amarillas de la guía telefónica en el apartado «asesinos»?

—Hay agencias especiales. ¡Maldita sea, Barbara! No hagas el papel de la inocente. Tú tienes experiencia de la vida. Ya sabes cómo son las cosas.

—No quiero saber cómo son las cosas. ¿Por qué me explicas esto?

—Así no sentiré tentaciones.

—Ah, vaya. Así no tendrás tentaciones de matar a tu esposa. Que Dios nos ayude a los dos, Tommy.

—Gracias por la copa —dijo él poniéndose en pie.

—Lo siento, lo siento mucho —dijo Barbara.

—En cuanto a la casa —movié la cabeza con desesperación—. Todos perdemos cosas que amamos. Yo perdí a Freddie. Perdí a Eloise, y esta noche te he perdido a ti. Eso me convierte en todo un perdedor, ¿no es verdad, Bobby?

Después que se hubo marchado, Barbara sólo pudo pensar en que, al final, cada uno de ellos había pronunciado el nombre infantil del otro. Ella creyó comprender la razón, pero aquello no arreglaba nada.



El doctor Milton Kellman siempre se sentía impresionado cuando entraba en la vieja mansión de los Lavette en Russian Hill, y este sentimiento lo turbaba. No sólo le imponía el hecho de que la casa de los Lavette fuera una de la media docena de las grandes antiguas residencias que quedaban en la colina, sino porque era el hogar de Jean Seldon, que hacía muchos años se había casado con Dan Lavette, convirtiéndose en Jean Lavette. Y Jean Seldon era la hija de Thomas Seldon, cuyo grandioso castillo de piedra parda fue uno de los doce castillos similares que habían coronado Nob Hill hacía mucho tiempo, siendo las casas de los magnates que gobernaban la ciudad y explotaban el nuevo territorio de California. Como muchos judíos de San Francisco, él poseía un especial y muy poco judío sentimiento de territorialidad e identidad. Él no era un inmigrante llegado a un lugar ya construido. Su abuelo llegó a la ciudad en sus comienzos, cuando San Francisco era aún llamada Yerba Buena, y la ciudad consistía en unos pocos edificios de adobe, colgadizos y tiendas de campaña. Sin embargo, en sólo unas pocas décadas, los magnates se habían distanciado del resto: ellos eran los duros e inflexibles yanquis blancos y protestantes que gobernaban al Oeste con un espíritu de divino derecho de conquista, codicia y autoritarismo tan firmemente implantado como el divino derecho de los reyes lo habían estado en la vieja Europa. Seldon había pertenecido a ese grupo de elegidos, y entre ellos, Jean Seldon había sido una princesa, y el doctor Kellman era lo bastante viejo para recordar, y este recuerdo persistía. Así que al entrar en la casa Lavette, él sentíase impresionado por su presencia allí, al mismo tiempo que enfadado por sentirse impresionado.

Y Jean le caía bien. Le gustaban las relaciones que mantenían, a pesar de que sostenían algunas discusiones y de que Jean despreciaba sus consejos médicos. Sin embargo, a los ojos de ella, él había salvado la vida a Dan cuando éste sufrió su primer ataque cardíaco, y Kellman sabía que ella estaba agradecida y que lo respetaba a él enormemente. Él sentía gran aprecio por Jean, y cuando Mrs. Bendler le abrió la puerta, él preguntó ansiosamente:

—¿Dónde está?

—En la cama.

—¿Va comiendo algo?

—Muy poco. Dice que no tiene apetito. Me quedo a pasar la noche. No quiero dejarla sola.

—Hace usted bien.

Kellman subió arriba. La puerta del dormitorio de Jean estaba abierta.

—Soy Milton —dijo él—. ¿Está usted presentable?

—No estoy presentable desde que era una adolescente. Entre, Milton. Supongo que mi hija le habrá dicho que venga.

Él acercó una silla a la cama, en la que estaba Jean incorporada merced a un montón de almohadas; llevaba puesto un camisón azul adornado con lacitos. Kellman abrió su maletín, señalando que si lo hubiesen invitado a aquella casa, no habría habido necesidad de que Barbara lo avisara.

—¡Ya! ¡Invitar a un médico! Están ustedes tan ocupados haciendo dinero que no tienen tiempo para nada más. Además, estos días no recibo visitas.

—Mal asunto. Le haría bien recibirlas, en lugar de quedarse en la cama.

—Estoy enferma.

—¿Ah, sí?

—No es algo que pueda usted curar. Sólo me siento acabada. No quiero hacer nada ni ir a ninguna parte.

Él sacudió el termómetro.

—Abra la boca.

—Es inútil. No tengo fiebre.

—O abre la boca o se lo meto por el recto.

—No se atrevería. Por otro lado, sería lo más parecido a un acto sexual que he experimentado en mucho tiempo. Y no mueva la cabeza. No puedo tolerar mojigatos.

Él le tomó el pulso mientras ella tenía el termómetro en la boca, y cuando le sacó el termómetro, ella dijo:

—Ya se lo dije. No necesito un doctor que me diga cuándo tengo fiebre.

—¿Cómo se encuentra?

—Ya se lo he dicho. Apagada.

—¿A qué se refiere? ¿Siente algunos dolores, algo concreto?

—No, Milton, nada de eso. Me siento débil, sin apetito. Y cuando salgo de la cama me canso en seguida. Ya sé que soy una vieja, pero eso no es razón para sentirse tan débil y apagada. ¿O sí?

—Usted no es una vieja. Es simplemente una mujer, y aún encantadora. Le diré lo que quiero que haga. Quiero que se vista e iremos a mi consultorio.

—¿Por qué?

—Porque deseo hacerle un examen a conciencia.

—Bueno, pues hágalo aquí.

—No puedo hacerlo aquí. Quiero examinarle los pechos y la vagina. Quiero que mi enfermera esté presente.

—Milton, tengo setenta y siete años. Dentro de seis meses cumpliré setenta y ocho. No sea tan vergonzoso.

—Es que no sé si podré resistir la tentación —dijo él, sonriendo—. ¿Ha leído alguna vez lo que dijo Ben Franklin refiriéndose a las mujeres viejas?

—Sí. Se dirigía a hombres jóvenes, no a viejos tontos.

—Este viejo tonto esperará fuera hasta que se haya vestido. Y no tarde todo el día

en hacerlo. Tengo otros pacientes. Y nada de maquillaje. Tiene buen aspecto tal como está.

—Yo nunca salgo sin maquillarme.

—La espero fuera.

Yendo al consultorio de Kellman en coche, Jean le preguntó:

—Está realmente preocupado por mí, ¿verdad?

—Un poco.

—Es usted un hombre encantador, Milton.

—Eso no arregla las otras cosas que me ha dicho.

—No tengo intención de quedar ahora bien. En verdad creo que es usted un hombre encantador.

—Eso no alterará mis honorarios. Ni un centavo.

—Claro que no.

El reconocimiento duró una hora. Kellman fue concienzudo. Después le dijo a Jean que se vistiera y ordenó a su enfermera que la condujese a su oficina. Allí, le pidió amablemente que se sentara frente a él. Kellman ocupó su sitio tras la mesa.

—Algo debe de andar mal —dijo Jean—. Pone cara de jugador de póquer.

—No quisiera discutirlo todavía, pero deseo hacer unos exámenes adicionales y escuchar otras opiniones. He telefoneado al Hospital Mt. Zion y he reservado una habitación para usted. La voy a llevar ahora allí.

—¡Está completamente loco —exclamó Jean— si cree que voy a ir al hospital sin saber qué me pasa!

—Ya le he dicho que discutiremos el asunto después de hacer otras pruebas y escuchar algunas opiniones.

—Milton, escúcheme —dijo Jean muy seriamente—. Nos conocemos desde hace más de veinte años. Sé algo acerca de usted: es el médico que establece diagnósticos con más rapidez en esta ciudad, y sabe exactamente qué me pasa. No me venga con esas tonterías acerca de pruebas y opiniones. Ahora déjeme que le diga algo acerca de mí, y espero que lo comprenderá. Tenga lo que tenga, quiero que me diga la verdad. No quiero que me engañen. Y si no puede decirme la verdad, encontraré otro médico que me la dirá.

Él se la quedó mirando pensativo, con los codos apoyados sobre la mesa, las palmas de las manos juntas, y las puntas de los dedos apoyándole la barbilla. Al cabo de un rato, estiró los brazos, exhaló un suspiro y dijo:

—De acuerdo. Si le digo la verdad, ¿me promete que irá al hospital?

—¿Para una operación?

—No, para hacer unos exámenes. No le estoy mintiendo.

—Hemos hecho un trato, doctor Kellman. Usted me dice lo que tengo, y entonces iré al hospital con usted.

—Muy bien. Pero su convencimiento de que soy el médico que establece los diagnósticos con mayor rapidez en la ciudad, es emocional y tiene muy poca base real. Quiero que tenga muy en cuenta esto. Puedo equivocarme. Cualquier doctor puede equivocarse.

—Vamos, Milton. No puedo esperar otra cosa más que lo peor. Si por casualidad no es tan grave, me quedará agradablemente sorprendida.

—Muy bien. Es una psicología muy barata, pero no tengo ninguna otra Jean Lavette entre mis pacientes, y por esta vez romperemos las reglas. Estoy bastante seguro de que tiene cáncer de mama, Jean. Usted quiere la verdad, y no sé otro modo de decírla. Si lo dejáramos así, yo tendría grandes dudas; de momento no podemos saber si lo que he encontrado en sus pechos son tumores benignos o malignos. La biopsia nos dará un resultado definitivo. Pero ya que quiere toda la verdad, le diré más. La examiné no hace mucho, y el rápido desarrollo de su mal parece indicar algo más. Recordará que pasé bastante tiempo reconociéndole el abdomen, y en lo que he podido determinar, usted tiene nodulos, tumores en su hígado. Esto es todo lo que puedo decirle por lo que he podido ver. Por esa razón debemos hospitalizarla inmediatamente.

—¿Entonces cree que el cáncer se me ha extendido al hígado?

—Lo que yo crea no tiene importancia. No lo sé. Por eso debemos ir al hospital en seguida, para descubrir si se ha metastatizado.

—Me está engañando, Milton —dijo Jean calmamente—. Usted sabe muy bien cómo estoy.

—Yo no puedo saberlo. Sólo puedo suponerlo.

—Y, si se ha extendido al hígado, ¿qué me pasará?

—¿Por qué no esperamos hasta que estemos en el hospital? Lo sabremos en unas horas.

—Oh, no, Milton. Hicimos un trato. Usted me lo prometió.

—Sí, se lo he prometido.

—No, doctor. Quiero saber si ya ha alcanzado mi hígado.

—Por favor, no me presione, Jean.

—Lo estoy presionando. Insisto.

—Muy bien, querida amiga. Lo siento terriblemente. Si ha alcanzado su hígado, entonces es fatal.

Ahora Jean permaneció en silencio durante un minuto, mirando fijamente a Kellman. Después le preguntó, suavemente:

—¿No hay ninguna posibilidad, ninguna solución, ninguna esperanza...?

—Me temo que no.

—¿Qué significa fatal? ¿Cuánto duraré?

—Está especulando con lo que todavía no sabemos.

—Milton, Milton una vez ha pronunciado la sentencia de muerte, no tiene derecho a andarse con subterfugios. Es usted demasiado buen doctor para no saber exactamente en qué estado me encuentro. He dicho que iré al hospital. Ahora, por favor, dígame cuánta vida me queda.

—Si es el hígado —dijo él con voz quebrada—, podría vivir un mes, dos meses, posiblemente un año.

—¿Seré una inválida hasta el final?

—Irá perdiendo gradualmente su vigor.

—¿Y el dolor?

—Sufrirá muy poco dolor.

Jean estuvo con los ojos cerrados durante un momento; después dijo:

—Vayamos ahora al hospital.

De camino al hospital, Jean le dijo:

—Esto debe quedar entre usted y yo, Milton. Nadie más debe enterarse, ni Barbará ni nadie. Lo último que desearía en esta vida sería que mis amigos y familias anduvieran a mi alrededor tratando de disimular sus sentimientos ante una moribunda. Ya he presenciado esas escenas, y no quiero participar en ellas. Supongo que Barbara descubrirá que he estado en el hospital. Le llamará y tratará de sonsacarle la verdad. Los dos le diremos que hemos hecho algunas pruebas y que los resultados son negativos.

Kellman nunca había conocido a nadie como ella. Trató de discutir, pero Jean le cortó en seco.

—No. Ha de ser así, Milton.

—Tendrá que guardar cama. ¿Qué diremos entonces?

—Déjeme arreglarlo a mí.

—¿No desea que Barbara sepa que está en el hospital?

—No hasta que haya regresado a casa.

—Bueno, lo intentaré. Barbara no es tonta, pero quizá podremos idear algo para engañarla.

Al vestirse para abandonar el hospital el día siguiente, Jean se preguntó por qué había permitido que la llevaran a ese lugar. No necesitaba aquellos exámenes adicionales para saber su estado. Desde el momento en que Kellman hubo acabado su reconocimiento, ella supo cuál era el veredicto. Y desde aquel preciso instante, Jean sintió la necesidad de ser ella misma, de tener absoluto control sobre el tiempo que le restaba de vida, y de no sufrir indignidades innecesarias. Palpar su cuerpo, clavarle agujas, examinar trozos de su carne..., todo aquello eran indignidades. Ella hubiera tenido que negarse en redondo a semejante cosa. Sorprendentemente, comprobó que no sentía un auténtico temor, aunque sí cierto nerviosismo, uno o dos momentos de

intensa ansiedad, pero el miedo no la había dominado, y Jean se preguntaba si esto obedecía a que estaba enfadada con Kellman, o si, más tarde se apoderaría de ella un terrible y angustioso temor a la muerte.

Kellman insistió en llevarla él mismo a casa. Para entonces, el enfado de ella con el doctor ya se había pasado. Kellman, por otro lado, estaba lleno de un peculiar remordimiento; opinaba que él hubiera de bido confirmarle su mal a Jean. Él experimentaba una desagradable sensación de ignorancia y de impotencia, por pertenecer a una profesión que no había encontrado remedio para aquella dolencia.

—Ha hecho todo lo que ha podido —dijo Jean, dándole unos golpecitos en la mano—. Nuestro problema ahora es guardar el secreto, y en este aspecto no estoy muy segura de usted, Milton.

—Usualmente, las cosas son al revés, y es el paciente el que ignora su estado. En este caso... Bueno, resulta difícil ser sólo médico, Jean. Siento un gran afecto por usted. Me odio y odio lo que hago. Somos tan inútiles, sabemos tan poco.

—Milton, no llore por mí. Yo he vivido una larga y magnífica vida, y hay peores maneras de morir. Usted ha sido un querido amigo y una extraordinaria niñera conmigo. Le diré algo que nunca antes había contado a nadie. Desde que Danny murió, hace casi diez años, me ha costado vivir cada día. Aprendí a amar a un hombre, y no fue fácil, porque al principio yo era incapaz de amar, ni a mí ni a otros. Pero aprendí. Y en los buenos años que pasé con Danny, quince en total, tuve algo que pocas mujeres tienen. Después de que él murió, me limité a vegetar porque no sabía qué otra cosa hacer. En realidad, ya nada me importa.

—Me gustaría tener su valor —murmuró Kellman.

—No es valor, Milton: es indiferencia.

—Bueno... —No había nada que él pudiera decir—. Barbara me ha telefoneado. Mrs. Bendler le dijo que estaba en el hospital.

—¿Qué le ha dicho usted?

—Le he dicho que no tenía objeto que la viera a usted, ya que regresaría a casa esta noche. Creo que la tendrá en casa.

—Y, por lo demás, ¿qué le dijo usted?

—Que padece malnutrición, debilidad. Odio mentir a alguien como Barbara.

—Claro, lo comprendo. Está atrapado entre dos mujeres testarudas, y eso supone una posición incómoda. Gracias.

Pero Barbara, al presentarse aquella noche en la casa de Russian Hill, manifestó sus sospechas.

—¿Qué significa malnutrición? Milton me ha sorprendido.

—Eso significa que últimamente como muy poco, y alimentos inadecuados. Estas cosas suceden a mi edad, querida. Milton me ha dado unas pastillas y reconstituyentes. No tienes por qué preocuparte.

—¿Cuándo has permitido tú a alguien que se preocupe por ti? —preguntó Barbara—. Eres la mujer más cabezota y arrogante que he conocido. Y te quiero mucho —añadió.

—Eso es muy agradable —dijo Jean—. Los chicos hoy andan tan preocupados odiando a sus padres que oír que me quieres supone como una ráfaga de aire fresco.

—Creí que ya lo sabías, aunque no te lo hubiera dicho.

—Tienes razón. Ahora, durante las próximas semanas, no me moveré de casa y pasaré mucho tiempo en cama. Milton me ha recetado descanso. Así que si puedes hacer que vengan esos dos nietos míos, para que pasen unos minutos con una vieja, te lo agradecería enormemente.

—Vendrán —dijo Barbara.

En las siguientes semanas, las fuerzas de Jean fueron decreciendo rápidamente. Ya no le gustaba recibir a nadie en su dormitorio. Cada día se vestía cuidadosamente y bajaba trabajosamente abajo. Si hacía buen tiempo, se quedaba sentada en el balcón, que era una especie de terraza voladiza, con una maravillosa vista de la bahía y el Puente Golden Gate, así como las colinas de Marin County. Dan y ella se habían sentado allí mil veces, para desayunarse por las mañanas, para cenar, contemplando las variadas puestas de sol, y el parpadeo de las estrellas en un cielo de terciopelo negro. Si hacía frío y había humedad, como sucede a menudo en San Francisco, se iba a la biblioteca, que era la estancia de la casa que más le gustaba a Dan, con su recargado mobiliario y el cuadro del primer barco de Dan, el *Oregon Queen*, colgado sobre la repisa de la chimenea. Mrs. Bendler encendía el fuego en el hogar, y Jean permanecía allí sentada durante horas, contemplando las llamas. Vivía mucho en el pasado, tanto en sus horas de vigilia como en sus sueños nocturnos.

Jean nunca había intentado crearse una filosofía de la vida. Ella había aprendido y se había formado a base de sus propios sufrimientos y agonías internas, y como mucha gente sensible, tenía sentimientos y vislumbres que no podría concretar. Su insatisfacción por el estado de las cosas en el mundo no era de índole ideológica; ella no tenía teorías ni sueños utópicos, y al revés que su hija, no tenía deseos de cambiar las cosas ni la confianza de creer que podía cambiarlas. No poseía explicaciones para su sensación de que la sociedad se desintegraba a su alrededor; sólo comprobaba eso: desintegración y cambio.

La cruel guerra del Vietnam iba más allá de su comprensión, aunque su horror llegaba hasta ella y le conmovía. Asimismo, por su formación y orígenes, sentía desprecio por los hombres que gobernaban la nación. La ciudad, su adorada San Francisco, en donde había pasado toda su existencia, ya no era la ciudad de su niñez y juventud; ahora estaba cruzada por autopistas de seis carriles, sobrecargada con altos rascacielos de oficinas y apartamentos, llena de gente nueva con nuevas tendencias,

sectas y movimientos de los cuales leía cosas sin entenderlos. El pasado era mejor, más fácil, más comprensible. En el pasado ella podía recordar a Dan, esperando para recogerla delante de la casa de su padre, sentado en una calesa tirada por un solo caballo, vestido con una chaqueta azul, con veinte años y dispuesto a conquistar el mundo. Y conquistaron el mundo..., un mundo que se había ido con el tiempo.

Pero sus energías la abandonaban definitivamente, y muy pronto ya no pudo abandonar el lecho. Cuando el doctor Kellman fue a verla, Jean le dijo sin rodeos:

—¿Ha llegado ya la hora, Milton? ¿Me estoy muriendo? ¿Cuánto me queda?

Él no pudo o no supo contestar a su pregunta tal como a ella le hubiera gustado.

—¿Cómo puedo mantener esta charada de la malnutrición? Barbara sabe que algo anda muy mal.

—Quizá se lo deberíamos decir.

—Preferiría que no lo hiciera.

Cuando el doctor se marchó, Jean telefoneó a Boyd Kimmelman y le pidió que acudiese a hablar con ella, que trajera con él su testamento y todo lo relativo a sus bienes, y que no le dijera nada a Barbara acerca de aquello. Quedaron en que se reunirían el día siguiente.

Boyd no había visto a Jean hacía meses. Barbara le había dicho lo que sabía, y lo que sospechaba. Sin embargo, se quedó impresionado por el aspecto de Jean. Tenía el rostro demacrado, las mejillas hundidas, los brazos y manos en los huesos.

Él antes nunca había considerado a Jean una mujer vieja. Ahora tenía el aspecto de una frágil anciana.

—Siéntate, Boyd —dijo Jean, observándolo con interés—. Acerca una silla a la cama. Mi voz ya no es la que era, ni tampoco mi oído. No te preocupes por mi mirada. Miro todo y a todo el mundo ahora como si viera las cosas y a la gente por primera vez.

—Hubiera tenido que venir a verla antes —dijo Boyd—, Barbara me dijo que estaba usted algo débil...

—No trates de disculparte, y estoy segura de que Barbara sospecha que estoy peor de lo que digo.

—Sí, creo que sí. —Boyd cogió una silla y tomó asiento.

—La verdad es, Boyd, que me estoy muriendo. Tengo cáncer. Es incurable, inoperable, y se ha extendido por todo mi cuerpo. Me disgusta causarte esta mala impresión, pero debo confesarlo.

—Pero, a lo mejor...

—¡No! —le interrumpió ella—. No vamos a perder el tiempo con trivialidades ni manifestaciones de aprecio. Lo que he dicho es un hecho. Eres el único de la familia que lo sabe. Digo de la familia, porque dado que el matrimonio es algo pasado de moda en estos días, tú sales con Barbara y te acuestas con ella hace años. Y hoy



tenemos mucho trabajo, todo el que me permitan mis fuerzas. Así que manos a la obra. Primero, el testamento.

—Sí, he traído las copias de su testamento.

—Lo que decidamos cambiar, Boyd, quiero que se haga aquí y ahora, de modo que yo pueda firmarlo, o poner mis iniciales, o lo que se haga en tales casos. ¿Comprendido?

—Sí, desde luego, Mrs. Lavette. ¿Tienen ustedes una máquina de escribir en casa?

—Olvídate de eso. ¿Es que no tienes una estilográfica?

Boyd intentaba mantener el equilibrio, pero lo estaba perdiendo con suma rapidez. Había entrado en un dormitorio y le habían espetado —la madre de la mujer a la que amaba—, como el que se refiere al tiempo, que se estaba muriendo. También le habían ordenado, igual que se hace con un colegial, que no expresara su afecto ni tampoco su dolor. Encima, le habían preguntado, de forma algo impertinente, si tenía pluma estilográfica.

—Todo esto es demasiado, ¿verdad? —dijo Jean, sonriéndole finalmente—. Querido muchacho, los moribundos somos personas intratables. Vivimos en un país que nunca afronta el hecho de la muerte, aunque hayamos llegado a ser tan competentes en infligirla. No te preocupes.

—Estoy afectado. ¡Claro que sí! ¡Santo cielo! Tal como usted ha señalado, es prácticamente mi suegra.

—Lo cual facilitará las cosas. Ahora ocupémonos de los detalles del testamento. Creo que mis bienes, aparte esta casa y cuanto contiene, ascienden a un valor aproximado de dos millones de dólares.

—Sí, más o menos —admitió Boyd—. Acciones, bonos y dinero en metálico en su cuenta corriente. Pero la casa, considerando su colección de pinturas, hace que esa cantidad aumente mucho.

—De acuerdo. Discutiremos primero lo de la casa. Esta vivienda ya no es de nuestro tiempo. He vivido en ella porque está llena de recuerdos, pero es una reliquia de otra época, y aquí, en Nob Hill y Russian Hill ya no toleran semejantes reliquias. Barbara nunca vendría a vivir aquí, y en el testamento manifiesto mi voluntad de que se venda; no tiene hipoteca, y Harvev Baxter me aseguró que dará lo suficiente para pagar los derechos reales.

—Es muy posible. Pero me sorprende que no haya llamado a Harvey en lugar de a mí. Él está más familiarizado con sus asuntos.

—Harvey es un viejo, y no toleraría que se pusiera a llorar sobre mi colcha. Ahora hablemos de mis cuadros. Por favor, léame lo que se especifica en el testamento.

—El Mondrian y la *Mujer azul* de Picasso se lo dejo a mi querida amiga Eloise

Levy, que ha sido como una hija para mí... —Él se interrumpió y preguntó—: ¿Identifica eso el Picasso suficientemente? Creo que sólo hay un Mondrian...

—¡Oh, sí! Tengo dos Picassos, y cada uno de ellos está titulado.

—A mi hija Barbara le dejo el cuadro del *Oregon Queen*, el *Pescador* de Winslow Homer, y los dos cuadros de Thomas Eakins. ¿Hay sólo dos? —preguntó Boyd.

—¿Sólo dos? Mi querido muchacho...

—Bueno, mis conocimientos de arte son limitados. El resto de sus pinturas, Mrs. Lavette, irán a parar al Museo de Arte de San Francisco.

—El cielo sabe que los necesitan desesperadamente, considerando lo que tienen allí. Bueno, pues voy a cambiar eso algo. Quiero reservar dos para los chicos, uno para Freddie y otro para Sam. Ya nos ocuparemos de eso luego... El principal cambio será una manda para Sammy. Iba a dejarle una considerable suma de dinero, acciones, o algo semejante. Pero, de hacerlo así, Fred se sentiría herido, y dejarle dinero a Freddie sería ridículo. Estoy seguro de que Tom lo hará su heredero, ya que, según Barbara me ha explicado, Tom y su esposa prácticamente no se hablan, y aparte, he oído que Higate va en camino de convertirse en una de las principales industrias vinícolas del Estado. De modo que quiero eliminar esa manda a favor de Sam. Todo el dinero irá a manos de Barbara, con excepción de diez mil dólares para Mrs. Bendler, que ha sido muy bondadosa conmigo. Barbara decidirá lo que le quede a Sam. Pero... —hizo una pausa al observar que Boyd estaba pensativo—. ¿Tienes alguna influencia sobre ella?

—¿Sobre Barbara?

—Sí.

—No si está decidida a algo. Nadie puede influirla.

—Estoy segura de tu honradez. Mi hija es una mujer muy peculiar, para decirlo con palabras suaves. Mi padre le dejó quince millones, de los cuales ella se desprendió. Y dado que es un producto de una Seldon y de un Lavette, esto demuestra que el sentido común no es hereditario. ¿Puedes hacer que le resulte imposible desprenderse del dinero que le voy a dejar?

—Sí, eso puede hacerse. Podemos establecer un fideicomiso vitalicio —dijo Boyd tras un momento de reflexión—. Eso haría que ella sólo percibiera los réditos.

—Estoy segura de que será suficiente. Lo ha sido para mí, y mis gustos son más caros que los suyos.

—Necesitará albaceas testamentarios.

—Creo que tú y Harvey sois las personas adecuadas.

Continuaron discutiendo el testamento y sus detalles durante otra media hora. Al cabo de este tiempo, Jean estaba completamente exhausta. Boyd tomó asiento frente al tocador para redactar las modificaciones. Jean lo observó, preguntándose desapasionadamente qué clase de hombre sería él, no su aspecto externo, sus maneras

o sus opiniones, sino en lo más profundo de su ser, en donde una persona puede tener una esencia incluso desconocida para sí misma. No es que a ella le importara eso demasiado en aquel momento: ya estaba por encima de todo.

Jean había traído algo a este mundo; no demasiado, pero sí algo que podía ser medido en la escala de la Humanidad. Barbara descubriría qué clase de hombre era él, para bien o para mal. Tener una hija como Barbara no había sido poca cosa, no había sido algo intrascendente: era la continuación de un hilo que seguiría. Incluso Tom tendría una continuación con Freddie, igual que Barbara con Sam. Aquello estaba bien. Dan le había dicho una vez, refiriéndose a Barbara: «Hemos debido de hacer algo bien». No había felicidad en el legado de un rico, pero eso era un secreto. La vida estaba llena de secretos; la muerte sólo tiene un secreto.

Jean se estaba adormeciendo, se deslizaba en ese cálido espacio entre el sueño y la vigilia, en el que destellos del pasado adquieren una realidad no totalmente onírica. Boyd concluyó su trabajo.

—¿Mrs. Lavette? —dijo él suavemente—. Debe firmar esto. Su ama de llaves y yo serviremos de testigos.

—Oh, sí, me estaba adormeciendo. Me canso con facilidad. —Consiguió incorporarse para poder firmar y rubricar—. Mi estado de salud —le dijo a Boyd, hablando con lentitud y esfuerzo ahora—, es un secreto entre yo y mi abogado. Deberás respetar mi voluntad. No quiero que Barbara lo sepa... todavía no.

—¿Puedo decirle que he estado aquí?

—Aún no. Y, Boyd...

—¿Sí, Mrs. Lavette?

—Mi hija es una mujer extraordinaria. Creo que eres un hombre afortunado.

—Ya sé que lo soy. —Él se inclinó y la besó, notando que la mano de Jean agarraba la suya con inesperada energía.

Después que él se hubo marchado, ella se dijo:

«Me voy. Ya no hay razón para seguir aquí». Sentía dolor, no demasiado, pero era dolor. Tomó dos de las pildoras amarillas que él doctor Kellman le había recetado. Eran muy efectivas y le hicieron sentirse soñolienta. Volvió a sumirse de nuevo en esa cálida situación entre el sueño y la vigilia.

Cuando Barbara fue a ver a su madre unos días más tarde, se dio cuenta de cómo estaba Jean, a pesar de que ésta sólo quiso admitir que sentía cansancio y debilidad. Una hora después, Barbara irrumpió en la oficina de Kellman.

—¡Mi madre se está muriendo! ¿Lo sabe usted?

—Siéntese, Barbara —dijo él—. Por favor, siéntese. —Algo en la voz de él calmó su ira—. Sí, su madre se está muriendo.

—¿De modo que usted ya lo sabe, Milton? ¿Cómo ha podido usted...?

—Su madre cree que hay ciertas cosas que una persona debe hacer sola. Morirse

es una de ellas. Ahora, si se sienta y se calma, romperé la palabra que le di a su madre y le explicaré cuál es la situación. No ha sido fácil para mí. —Barbara hizo lo que Kellman le había pedido, y entonces él le explicó el desarrollo de los acontecimientos—. Era sólo mi opinión, Barbara. Consulté con dos de los mejores especialistas del hospital Mt. Zion. Le practicamos biopsias y la pusimos en los rayos X. No es operable y no se le puede aplicar ningún tratamiento. Su madre es una mujer muy vigorosa y fuera de lo corriente, y me exigió que jurara no decir esto a nadie.

Barbara asintió y se le llenó el rostro de lágrimas.

—Cuando la vuelva a ver, por favor, no le demuestre que está enterada. Esto es algo que ella desea vivamente.

Barbara se mostró de acuerdo. Una semana más tarde, Jean murió. Barbara estaba a su lado. Jean se limitó a cerrar los ojos y susurrar:

—Estoy muy cansada. Creo que voy a echar un sueñecito.

—¿Por qué? —preguntó Joshua—. ¿Por qué tengo que ser yo el que encienda el fuego?

Joshua se sentía tolerado. Como hermano menor de Fred, él siempre había tenido la sensación de ser simplemente tolerado.

—Porque hace frío —explicó Fred. Estaba echado, con la cabeza apoyada en el regazo de May Ling.

—Yo encenderé el fuego —dijo Dan.

—Tú no harás nada —le dijo Joshua—. Estás aquí por tolerancia, se te permite que estés entre los que son mayores que tú, para escucharlos. Voy a encender el fuego porque esos dos idiotas —señaló a Sam y a Fred— no saben cómo hacerlo, y aunque supieran, son demasiado vagos.

—¿Es esto realmente un fuego indio?

—Ya estás haciendo preguntas —le advirtió Joshua.

—Tú eres tolerado. No hagas preguntas. —Joshua se había unido finalmente a los mayores.

—Tengo trece años.

—No seas tan duro —le dijo Carla a Joshua, y después le aseguró a Dan que no era realmente un fuego indio—. El padre de Joshua lo construyó cuando era un niño, creo que hace treinta o treinta y cinco años.

—¿Recuerdas la primera vez que hicimos un fuego aquí? —le preguntó Sam a Carla—. Yo no tendría más de diez años, y parece que hace una eternidad... y treinta años...

—El sentido del tiempo es algo muy subjetivo —les dijo Fred—. Para un crío, un día es una eternidad. A la edad del joven Danny, un mes es un período de tiempo largo, muy largo. A nuestra edad ya es cuestión de años, aunque éstos aún nos

parecen muy largos. Pero ¿sabéis?, cuando hablé con la abuelita Jean antes de que muriera, me dijo que cuando retrocedía en sus recuerdos medio siglo, era como si sólo hubiera transcurrido un momento.

—Hace medio siglo —dijo Sam—. Mil novecientos dieciocho. Eso es mucho, pensar que mil novecientos dieciocho fue sólo hace un momento.

—Todo esto es muy inquietante —dijo Carla, acercándose a Sam—. No me gusta pensar en estas cosas. Me asustan.

—Mi querida niña —dijo Sam rodeándola con un brazo—. No tengas ningún temor. Siempre serás joven y hermosa.

—¿Qué es eso de querida niña, Samy? Soy tres años mayor que tú.

—Ya lo sé. Por eso nunca te he pedido que te cases conmigo.

—Tú eres un ligón muy experto, ¿verdad?

—No, querida, Freddie es el experto en ligues.

—De cualquier modo, no pienso casarme... nunca.

—¿Por qué? —preguntó May Ling.

—Tengo mis razones.

—En lo que se refiere a mujeres, Freddie es el prototipo de saltamontes. Nos hemos dado de plazo un año. Si para entonces él todavía quiere, bueno, pues a lo mejor. Si no, seguiremos tan amigos.

Ahora las llamas ya despedían resplandor. Fred se acercó al fuego y entonces exclamó:

—¡Maldita sea, Josh! ¡Ya has vuelto a traer esas asquerosas pastillas de malvavisco! No volverás a asarlas y a ofrecérnoslas... Sería inmoral.

—Nostalgia —dijo Joshua.

—A mí me encantan las pastillas de malvavisco asadas —dijo Danny.

—Mi hermano es la única persona simpática que hay aquí —dijo May Ling—. Y lo maltratáis. Pobre abuela Jean. ¡Vaya una pandilla de depravados descendientes!

—¡Oh, no! —protestó Dan—. Están fríos.

—¿Qué querías decir, al llamarme saltamontes?

—Sólo estaba aludiendo a tus tendencias poligámicas.

—La poligamia, querida, es un estado de matrimonio múltiple. Nunca he estado casado, ni una sola vez.

—Por la gracia de Dios —dijo Sam.

—Usted, caballero —dijo Fred—, es un santurrón impostor.

—Entre otras cosas.

—¿Quién quiere una pastilla de malvavisco? —ofreció Joshua.

—Aparta eso. Sólo con verlo me pongo enfermo.

—De cualquier modo, Carla —dijo May Ling—, eso de que no te casarás nunca es bastante extremado. ¿Cómo puedes saberlo?

—Si hubieses visto tantas esposas mexicanas como yo, maltratadas, golpeadas y preñadas cada nueve meses, pensarías igual que yo. Estoy trabajando en la «Seaside Repertory Company», y me pagan sesenta dólares a la semana, y la cosa no me va mal. Y si Hollywood decide alguna vez emplear mexicanos, entonces tendré mi oportunidad.

—Te gusta compadecerte a ti misma —dijo Sam—. ¿Por qué diablos siguen llamándote mexicana? Tu familia está en el Norte de California desde hace siete generaciones. Podrás ser chicana, pero no eres más mexicana que yo.

—¡Chicana! ¡Chicana! —exclamó Carla—. Vosotros los anglos lo tenéis todo bien, con excepción de un poco de cerebro y sensibilidad.

Sam se inclinó sobre ella y la besó.

—Perdóname, pero yo no soy anglo. Soy un semita, ¿cómo podría ser un anglo?

—Sí, como yo soy china.

—Yo sí que soy china —dijo May Ling.

—Yo no —dijo Dan—. Tengo pecas. Los chinos no tienen, pecas.

—Ha hablado la voz de la sabiduría —observó Freddie—. Resulta un hecho interesante comprobar que conforme nos vamos haciendo mayores alrededor de este fuego, más idiotas son nuestras conversaciones. A este paso, cuando tengamos cuarenta años, farfullaremos babeando.

—Así sucederá con los descendientes de los pioneros —admitió Sam—. Los Levy y los Lavette cruzaron este gran continente y plantaron su semilla en las verdes colinas de California. No sabían qué clase de fruto nacería.

—Los dos sois completamente absurdos —decidió May Ling—. Claro que podía esperarse esto. Cualquiera que nos observase, digamos hace diez años, advirtiendo nuestras características mutuas, y después nos llamara «manada de lobos»... bien, tendría que ser absolutamente tonto. ¿Os lo imagináis? «Manada de lobos».

—¿Os llamabais así? —preguntó Dan—. Fantástico. La manada de lobos.

—¿Quién quiere una pastilla del malvavisco? —preguntó Joshua.

—¿Quién inventó ese nombre? —quiso saber Carla—. No lo recuerdo.

—Fui yo —respondió Fred, suspirando—. Tenía entonces afición a leer a Jack London. Bueno, uno vive aquí y lee a Jack London, ¿qué otra cosa se podría esperar?

—Freddie, esto es muy noble y honrado por tu parte —dijo May Ling—. Si dejas de enamorarte de todas las rubias explosivas que ves, me casaré contigo.

—No he estado enamorado de nadie en seis meses. Me estoy volviendo tan serio y triste como Sammy. ¿Quieres dejar de comer esas porquerías? —le dijo a Josh—. Reventarás como un globo.

El sol poniente rozaba ahora la cumbre de las colinas que había frente al valle ahora ya en sombras. La tonalidad dorada y rojiza del cielo era tan asombrosamente hermosa que todos ellos dejaron de hablar. Aquellos colores duraron sólo unos

momentos. Fue como tocar un gran interruptor de la luz, con lo cual se quedó a oscuras el Valle de Napa. A sus pies, se veían luces en las viviendas de Higate, y sobre sus cabezas empezaron a aparecer las estrellas.

—Éste es el lugar más hermoso del mundo —dijo suavemente May Ling.

—Es el único lugar en el que he sido feliz —dijo Carla—. Fuera cuentan ellos. Siempre cuentan ellos. Aquí sólo contamos nosotros. Pero somos un fraude. Subimos aquí y pretendemos que el exterior no existe. Intentamos hacernos pasar por niños al venir a este lugar, pero ya no somos unos niños. Ruby dejó de ser un niño cuando lo asesinaron en Vietnam, y Sammy dejó de ser un niño en Jerusalén; en cuanto a Fred, eso le pasó hace mucho tiempo en el Sur. ¿Y May Ling y yo? También hace mucho tiempo. Y ahora vosotros tres estáis ya en las listas del Ejército y tenemos que contar cada maldito día hasta que decidan llamaros. Y yo trabajo en esa asquerosa «Seaside Repertory Compan» y cada semana me dicen: «Ten paciencia, Carla, y haremos algo español uno de estos días, de modo que sé buena chica y mecanografía scripts y apunta a los actores». ¡Español! ¡Siete generaciones en este país y tengo que esperar una obra española!

Carla se echó a llorar, y Sam la aproximó más a su cuerpo, acariciándole el cabello. Carla no era muy locuaz. Esta noche era la primera vez que Sam había presenciado en ella semejante torrente de palabras y llanto. Él le secó las lágrimas, la besó y susurró:

—Vamos, chiquita. Eres amada. Profundamente amada.

—He oído —dijo Joshua con tristeza—, que van a empezar a llamar a filas a universitarios.

—¡Hombre! —exclamó Sam—. Eso es precisamente lo que necesitamos escuchar ahora.

—Bueno, hay que pensar en ello.

Después permanecieron en silencio durante un tiempo, mientras oscurecía cada vez más. Joshua, que comprendía haber metido la pata, avivó el fuego y se puso a mirarlo fijamente. Él ya había decidido que si lo llamaban a filas, iría, pero también consideraba que no tenía objeto decirles eso a los demás, o tratar de explicarles por qué debía ir. Joshua sabía el dolor que le causaría a su madre, pero era algo inevitable. Estaba lejos de ser capaz de explicárselo a otra persona, pues le costaba trabajo explicarse a sí mismo los motivos para incorporarse al Ejército y, posiblemente, para ir a Vietnam. Todo ello tenía algo que ver con el hecho de que su padre había tomado parte en la invasión de Normandía, había luchado en suelo francés, siendo gravemente herido, y al acabar la guerra era mayor del Ejército de los Estados Unidos, condecorado. Adam nunca hablaba acerca de la guerra, pero Joshua sabía todo aquello, del mismo modo que sabía que el hermano de Adam, cuyo nombre le habían puesto a él, había muerto en el Pacífico en la misma guerra.

Asimismo estaba al tanto de que su abuelo, el viejo Jake, había peleado en Francia en 1917 y 1918. Aquello no tenía nada que ver con ninguna proclividad militarista o agresiva por su parte; era el más pacífico de todos ellos; era algo profundamente arraigado en su mente, como algo inevitable. Si aquél iba a ser su destino, pues de acuerdo. Él iría hasta el final. No estaba en desacuerdo con Fred y Sam; él sabía muy bien cuál era su camino.

Sam estiró el brazo y le tocó el hombro.

—No te preocupes, chico. Correremos nuestra suerte.

—No somos realmente unos fraudes —dijo Fred. Había estado pensando en las espontáneas palabras de Carla—. Nosotros no hemos hecho este mundo. Nos han traído a él, y hacemos las cosas de la mejor manera que sabemos. De pronto, ya hemos dejado de ser niños: somos gente adulta, y si tenemos algo de sensibilidad y miramos a nuestro alrededor, comprobamos que el mundo es una porquería. Desde el Vietnam hasta esos cretinos de Washington, es todo una mierda, pero me pregunto si alguna vez ha sido diferente. El otro día estuve hablando con unos promotores de urbanizaciones, antes de que el abuelo los echara. Han estado comprando tierras de viñedos por todo el valle para construir casas. Por supuesto, Jake dice que los enviará al infierno o se arruinará antes de vender una hectárea de terreno de Higate. Bueno, no hay peligro de que nos arruinemos, pero sobre nuestras cabezas pende una espada de Damocles. Jake, papá y mamá quieren que las cosas sigan igual que están, pero esa forma de pensar es un poco infantil, ¿no?

—Por eso se enfadaban tanto cuando fumábamos hierba —dijo May Ling—. En cambio, no decían nada si bebíamos vino. Siempre hemos podido beber vino. Pero la hierba era algo nuevo.

—Ya no. Es curioso, no he vuelto a pensar en los porros en años. —Sam movió la cabeza—. Por otra parte, en este valle la cosa es así. Si dices una sola palabra contra el vino, te linchan.

—Desde luego —admitió Fred.

—En los, días de la Prohibición, cuando el abuelo Jake compró estas tierras, no se podía beber vino ni licor en todo el país —comentó Joshua—. Es irreal, completamente irreal.

—Hay que olvidar el pasado —dijo Fred—. Ahora las cosas están mejor. —Se situó de forma para poder mirar a May Ling. A la luz del fuego, el rostro de la muchacha parecía un camafeo de marfil cincelado.

May Ling le tocó la cara y después le pasó un dedo por los labios.

—Querido muchacho —dijo ella dulcemente—, hablas demasiado. Si encuentras una esposa, hablarás hasta matarla.

—Ya he encontrado una.

—Ya veremos.



—Tengo una idea —dijo Fred—. Cenemos los cuatro en la ciudad la semana que viene.

—¿Y yo qué? —preguntó Joshua.

—La semana que viene, hermano, tú estarás de regreso en Stanford estudiando viticultura. Sin embargo, si puedes encontrar una dama aceptable a los ojos de tus mayores y no te importa conducir, nos alegrará que vayas con nosotros.

Dan, echado sobre el estómago, con la barbilla apoyada en las manos, respetuosamente silencioso, escuchaba a las dos jóvenes mujeres y a los tres jóvenes con asombro y admiración. Estaba agradecido de que hubiesen admitido su presencia. Algún día... sí, algún día. Todo sería posible algún día.

El mundo siguió girando, y llegó la primavera de 1968. En San Francisco, Lynda Johnson Robb, la hija del presidente, fue expulsada de un tranvía por comer un helado. Esto tuvo más repercusión que un terremoto acaecido meses más tarde en Irán, y que mató a doce mil personas. En Memphis, Tennessee, Martin Luther King dijo:

—Esta noche soy feliz. No me preocupa nada. No temo a ningún hombre. Mis ojos han visto la gloria de la llegada del Señor.

Al día siguiente, fue asesinado por James Earl Ray. Fue una época de asesinatos. Dos meses después, Robert F. Kennedy, candidato a la Presidencia de los Estados Unidos, fue asesinado en Los Ángeles por Sirhan B. Sirhan, un jordano. En Vietnam, como había sucedido otras veces antes, comenzaron unas conversaciones de paz. El 28 de abril hubo otra manifestación en favor de la paz en San Francisco. En Oakland, un hombre golpeó a su mujer porque se había incorporado a una organización pacifista femenina.

En San Francisco, en la casa de Barbara en Green Street, Boyd Kimmelman se aflojó el cinturón, se retrepó en su asiento y dijo lleno de satisfacción:

—¡Diablos! Eres una magnífica cocinera, Barbara. ¿Dónde lo aprendiste? ¿O es un don natural?

—Nada se recibe de forma natural. Aprendí en París, y me costó horrores, pues era una chica que no sabía ni hervir un huevo.

—Has encontrado el camino para llegar al corazón de un hombre. ¿Has estado alguna vez en Malibú?

—¿Por qué me haces una pregunta tan tonta?

—Jim Bernhard, que es un viejo amigo, cliente y últimamente un productor cinematográfico de mucho éxito, tiene una casa en la Colonia Malibú, que es una zona muy postinera de la Playa de Malibú. Tiene que estar ausente durante un par de semanas, y me ha preguntado si me gustaría ir allí y utilizar la casa mientras él esté fuera. Tiene un ama de llaves, de modo que no tendríamos que hacer nada más que

comer, dormir y pasear por la playa.

—Parece bastante tentador.

—No te veo muy convencida.

—Ya he estado allí. No me gusta del todo la gente de ese lugar.

—Supongo que te referirás a cuando estuviste trabajando en Hollywood. Hace diez años. Del modo como son las cosas allí, probablemente no reconocerás ni un solo rostro.

—Eso coincide con las vacaciones de primavera de Sam, pero me imagino que él tendrá pensado ir a Higate. La organización puede prescindir de mí durante unas pocas semanas. Vayamos.

—Maravilloso. ¿Qué te parece si cogemos la vieja Carretera 1 y pasamos una noche en Big Sur?

Pasaron en Malibú dos semanas muy tranquilas. No asistieron a ninguna fiesta, tampoco recibieron a nadie, y se limitaron a saludar con la cabeza a la demás gente de la colonia. La casa era lo bastante grande como para que dos personas estuviesen cómodas. Bernhard se había marchado unos días antes de que ellos llegaran, y su ama de llaves, una mujer vieja mexicana, los aceptó con simpatía, sobre todo gracias al excelente dominio que Boyd tenía del idioma español. La mujer dio por supuesto que ellos estaban casados, y no hicieron nada para que se llevara un desencanto en este sentido. Llevaron puestos pantalones téjanos, pasearon descalzos por la playa, y en ocasiones se aventuraron a bañarse en las frías aguas del océano. Por las noches permanecían sentados frente a la chimenea; a veces hablaban, otras leían o jugaban al backgammon. Dejaron establecido que no pondrían la televisión ni leerían periódicos.

Una noche, sentados delante de la chimenea, Boyd observó que sus relaciones eran cada vez mejores.

—Los dos tenemos más de medio siglo a nuestras espaldas, pero aún formamos una buena pareja. Parece que no nos ponemos nerviosos, y para ser una pareja con cincuenta y pico años, nuestra vida sexual es muy aceptable. Respetamos nuestra mutua independencia, y por encima de todo eso, estoy completamente enamorado de ti y no puedo concebir tener a nadie más a mi lado.

—¿A qué conduce todo esto?

—No lo sé. Estaba pensando en que podríamos casarnos y con seguridad seríamos muy felices.

—Probablemente.

—Nunca te lo he explicado, pero tu madre me pidió que fuera a verla cuando Kellman le dijo que su enfermedad era mortal.

—¿Hizo eso? ¿Por qué?

—Para efectuar algunos cambios en su testamento. Nada importante. Pero me pasé la tarde con ella, y hablamos mucho. Fue la primera vez que hablé largo rato con

ella.

—Pero ¿por qué te llamó a ti y no a Harvey Baxter?

—Jean dijo que Harvey era como una vieja, y que no quería verlo llorar sobre su colcha.

—Sí, mi madre era así. ¿No te pidió también que cuidaras de su pobre hijita huérfana?

—¿Jean Lavette? Vamos, Barbara.

—Me pregunto que cuál es el motivo de esta repentina petición de matrimonio. Hace meses que...

—He creído que debía esperar un tiempo apropiado después de la muerte de tu madre. Aquí y ahora parece la situación adecuada.

—Supongo que sí. Por otra parte, ¿qué diferencia supondría? No soy muy buena como esposa. Uno de mis matrimonios duró dos años, y el otro menos de un año. Pero tú y yo, ¿cuánto tiempo hace que dura lo nuestro? Creo que ya son ocho años.

—Es verdad. Me disgusta hacer preguntas, pero ¿qué vas a hacer esta noche?

—Por otro lado, hay un elemento de incertidumbre que probablemente ambos necesitamos.

—¿Ah, sí?

—Pregunta.

—¿Cómo quieres decir, pregunta?

—Eres encantador y muy inteligente, Boyd, pero no muy rápido de reflejos. Pregúntame qué voy a hacer esta noche.

—Muy bien. ¿Qué vas a hacer esta noche?

—No mucho, pero estoy cansada de permanecer sentada aquí delante del fuego como una vieja. Vayamos a dar un paseo por la playa.

Se pusieron sus jerseys, y, cogidos de la mano, caminaron por la playa, contemplando el movimiento de las olas. La luna estaba llena y brillante, iluminando la noche, y en medio del oleaje había un solo pescador que estaba arrojando su sedal.

—No es que la familia vaya a acabarse —dijo Barbara—. Parece que Freddie va a casarse con May Ling cualquier día de estos. Y Sam está encandilado, según dicen, de Carla Truaz, una hermosa chiquita chicana a la que habrás visto por las oficinas de mi organización.

—¿Muy hermosa, cabello negro, ojos oscuros y que se parece a Natalie Wood?

—¡Vaya! Veo que te fijas.

—¿Quiere Sam casarse con ella?

—No creo que Sam esté aún dispuesto a casarse con nadie. Todavía tiene que sentar la cabeza y debe acabar sus estudios de Medicina, y después el Ejército se apoderará de él si esta loca guerra no ha terminado. No creas que tiene tan claro lo de su matrimonio.

—Eso es algo que tú no has entendido de mí —dijo Boyd—. Hace veinte años, cuando fui por primera vez a Washington para defenderte de aquel podrido asunto del Congreso, me enamoré. Desde entonces hasta ahora, a la única que he querido ha sido a Barbara Lavette. Ahora ya te tengo, y cada día temo perderte.

Ella dejó de caminar, se volvió hacia él y lo besó.

—Mi pobre y querido Boyd. Nunca tenemos a nadie. Ésa es la gran ilusión, ¿no crees? Ni siquiera nos tenemos a nosotros mismos. Intentamos aferrarnos desesperadamente a otros porque tenemos miedo, y en este mundo de locos, ¿qué persona cuerda podría vivir sin temor? Yo ya no entiendo de amor. Es la palabra más prostituida y corrupta del léxico humano. Pero confiar en alguien, saber que estará ahí cuando lo necesites, bueno, eso es fantástico. Eso es lo que siento con respecto a ti, Boyd, y estoy segura de que tal sentimiento no cambiará.

Boyd reflexionó sobre esto unos instantes. Después dijo:

—Creo que me bastará para ser feliz.

Siguieron caminando. Ambos consideraron que se había dicho todo lo que se debía decir. Después, como ya empezaba a hacer frío, se dieron la vuelta y regresaron a la casa.

# Notas

[1] Cantor cómico, que se tiznaba la cara e imitaba a los negros. (N. del T.). <<